This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

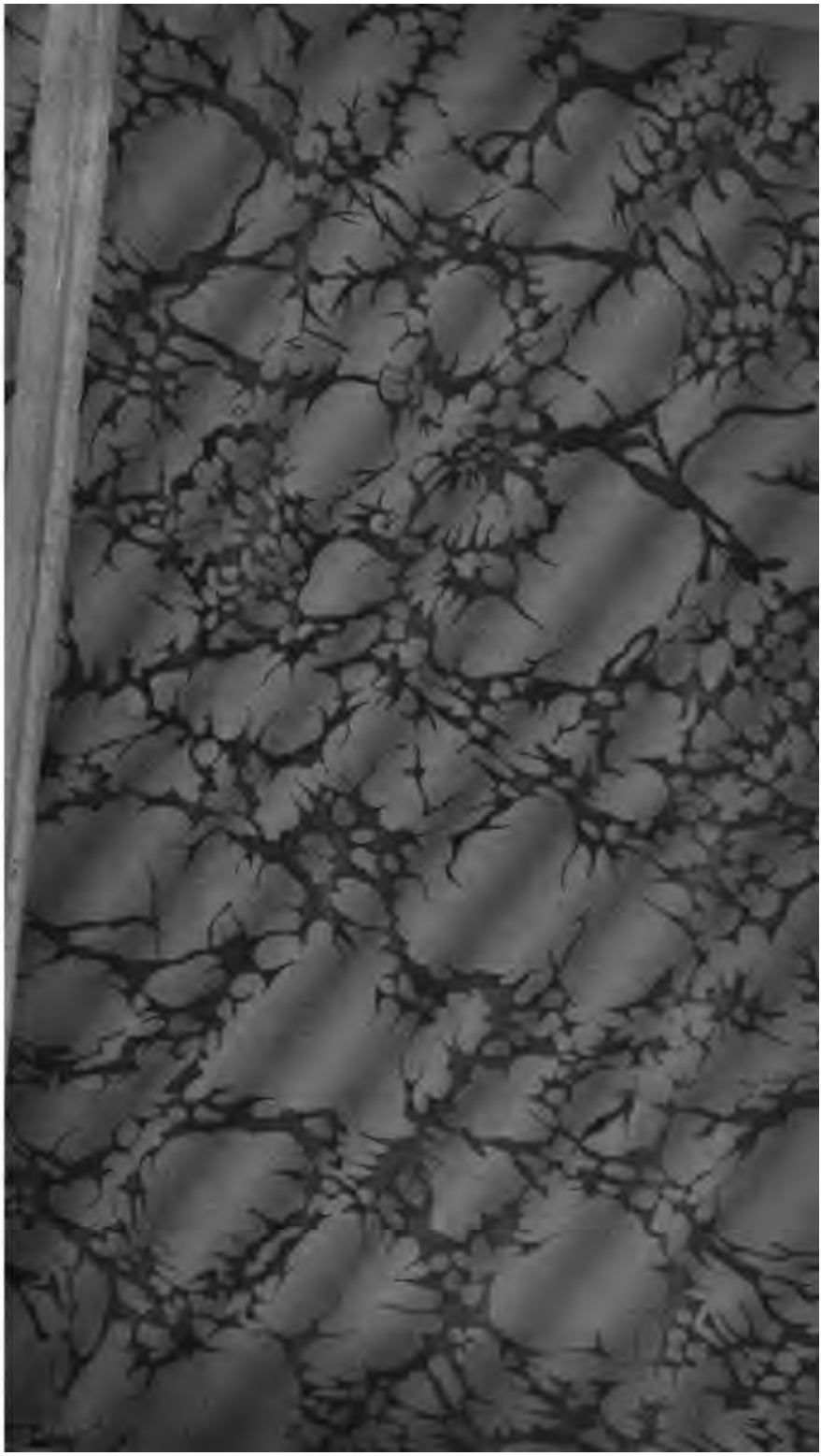
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

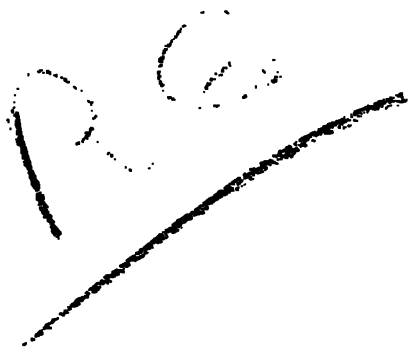
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

B 1,238,782

35





THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
1817

XII – 482 págs.

1134
C-3

ET 2A = 1/1 m

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XXXIII.

GUZMAN DE ALFARACHE.

EN LA IMPRENTA DE CRAPELET
9, CALLE DE VAUGIRARD

VIDA Y HECHOS

DEL PICARO

GUZMAN DE ALFARACHE

ATALAYA

DE LA VIDA HUMANA

POR MATEO ALEMAN

EN DOS PARTES

PARIS
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA
3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE
PRÈS LE PONT DES ARTS

1847

ADVERTENCIA DEL EDITOR ESPAÑOL.

Observando el singular agrado con que recibe el público español las reimpresiones de varias de nuestras novelas originales, y que el gusto á nuestra literatura crece y se extiende cada dia mas dentro y fuera de la Península, he determinado dar esta nueva edicion del *Guzman de Alfarache*, que se ha procurado sacar mucho mas correcta que todas las anteriores, casi ininteligibles por la multitud de errores tipográficos de que están sembradas; poniéndosele además algunas notas históricas y mitológicas que sirvan de ilustracion á varios pasajes del texto.

Respecto del mérito de esta novela, fuera muy por demás encarecerlo, por universalmente reconocido. Sin embargo, no podemos resistir al deseo de copiar aquí, en obsequio de los menos instruidos en nuestra literatura, el siguiente elogio del alférez Luis de Valdés, que al mismo tiempo que hará formar idea de la obra, será una prueba de la sinceridad con que procedemos.

EL ALFÉREZ LUIS DE VALDÉS

A MATEO ALEMAN.

ELOGIO.

Como si no fuesen hermanas las armas y las letras, así me querrá decir algun bachiller que siga la milicia y deje los elogios, pareciéndole negocio muy diferente. Pues yo le podria señalar, no uno, pero Césares muchos, y tan diestros en las letras, como bien disciplinados en las armas. Y para quitarles la ocasion, que no digan me adelanto en usurpar oficio de orador, teniéndome por demasiadamente atrevido; me iré apartando de su peligroso estilo, adular y ostentar, acogiéndome á lo seguro de mis trincheras, en referir la verdad, tan propia en un soldado como la espada y el coselete. Seré un eco, ya que no coronista, de lo que vi ó traté y supe donde quiera que me hallé, que ha sido en muchas y diferentes naciones. Cumpliré con mi deseo sin poder ser calumniado, hallándome para mí desinteresado y libre; que siempre amor, interés ó miedo corrompieron la justicia. Mas como sea tan justo premiarse los trabajos, animando á los virtuosos con un grito siquiera, como en la guerra, dándole por paga un agradecimiento, que siendo verdadero, es un verdadero tesoro. He querido, viendo tan dormidos á tantos, tomar la pluma por ellos, aunque menos obligado al comun parecer en razon de mi profesion; mas al mio ninguno me la gana. Todos le somos deudores, y justamente merece de todos dignas alabanzas; pues lo conocemos por el primero que hasta hoy, con estilo seme-

jante, ha sabido descomulgar los vicios; con tal suavidad y blandura, que siendo para ellos un áspid ponzoñoso, en dulce sueño les quita la vida. Ofrecer píldoras de acíbar para descargar la cabeza, muchos médicos lo hacen, y pocos ó ningun enfermo han gustado de mascarla ni tocarla con la lengua; y adulzarla de modo que ponga deseos de comerla, causando general golosina, solo Mateo Aleman le halló el punto, enseñando sus obras como sepamos gobernar las nuestras, no con pequeño daño de su salud y hacienda, consumiéndolo en estudios; y podremos decir de él, no haber soldado mas pobre, ánimo mas rico, ni vida mas inquieta con trabajos que la suya, por haber estimado en mas filosofar pobremente, que interesar adulando. Y como sabemos, dejó de su voluntad la casa real; donde sirvió (casi veinte años, los mejores de su edad) oficio de contador de resultas de S. M. el rey Felipe II, que esté en gloria, y en otros muchos muy graves negocios y visitas que se le cometieron, de que siempre dió toda buena satisfaccion, procediendo con tanta rectitud, que llegó á quedar de tal manera pobre, que no pudiendo continuar sus servicios con tanta necesidad, se retrajo á menos ostentacion y obligaciones. Empero, si por aquí careció de bienes de fortuna, no le faltan dotes en el alma, que son de mucha mayor estimacion y precio, y ninguno podrá preciarse de mas glorias. Oigan las lenguas de los hombres, y las verán pregonar sus alabanzas: no menos en España, donde no es pequeña maravilla consentir profeta de su nacion, mas en toda Italia, Francia, Flandes y Alemania, de que puedo deponer de oidas y vista juntamente; y que jamás oí mentar su nombre sin grandioso epíteto, hasta llamarle muchos el Español divino. ¿Quién como él en menos de tres años, y en sus dias, vió sus obras traducidas en tan varias lenguas, que como las cartillas en Castilla, corren sus libros por Italia y Francia? ¿Qué autor escribió, que al tiempo y cuando quiso sacar sus trabajos á luz, apenas habian salido del vientre de la imprenta, cuando (como dicen) entre las manos de la comadre no quedasen ahogadas y muertas? y las que salieron vivas, que alcanzaron á gozar de alguna vida, ¿cuáles como las de nuestro autor salieron con tan ligeras alas, que hiriendo las de la fama, la hiciesen volar con tal velocidad por todo el mundo, sin dejar tan remota provincia donde con ellas no hayan llegado, y se les haya hecho famoso recibimiento? ¿De cuáles obras en tan breve tiempo se vieron hechas tantas impresiones, que pasan de cincuenta mil cuerpos de libros los estampados, y de veinte y seis impresiones las que han llegado á mi noticia que se le han hurtado, con que muchos han enriquecido, dejando á su dueño pobre? ¿A quién sino para él halló cerradas las puertas la murmuracion, ó quién supo tan bien hacer huir la malicia? Si esto es así, ó si para las evidentes matemáticas es necesaria prueba de testigos, dígalo el mejor del mundo, la universidad insigne de Salamanca, donde celebrándolo allí los mejores ingenios de ella, les oí á muchos, que como á su Demóstenes los Griegos, y á Ciceron los Latinos, puede la lengua castellana tener á Mateo Aleman por príncipe de su elocuencia, por haberla escrito tan casta y diestramente, con tantas elegancias y frases. Bien lo sintió ser así un religioso agustino, tan discreto como docto, que sustentó en aquella universidad en un acto público no haber salido á luz libro mejor, de mayor provecho y gusto hasta entonces que la primera parte de este libro. Testifica esta verdad el Valenciano, que negando su nombre, se fingió Mateo-Lujan, por asimilarse á Mateo Aleman. Y aunque lo pudo hacer en el nombre y patria, en las obras no le fué

posible sin que se descubriese su malicia, y haberlo hecho movido de codicia del interés que se le pudo seguir, y no seria poco, pues en el mismo año que salió, lo compré yo en Flandes impreso en Castilla, creyendo ser legítimo, hasta que á poco leido mostró las orejas fuera del pellejo, y fué conocido. Dejemos esto, y dígase de los que admirados de tanta profundidad lo quisieron ahijar á diferentes padres tan doctos, y supuestos tan graves, que anduvieron buscándole cada uno el de mas vivo ingenio, mas docto y de singular elocuencia de quien tuvo concepto que pudiera hacer obra tan peregrina y admirable, que todo arguye y cambia en mayor gloria de su verdadero autor. Ya saldrán de su duda cuando hayan visto su S. Antonio de Padua, que por voto que le hizo de componer su vida y milagros, tardó tanto en sacar la segunda parte. Verán cuán milagrosamente trató de ellos, y aun se podia decir de milagro, pues yéndolo imprimiendo, y faltándole materia, supe por cosa cierta, que de antenoche componia lo que se habia de tirar en la jornada siguiente, por tener ocupacion forzosa en que asistir el dia necesariamente. Y en aquellas breves horas de la noche le vieron acudir á lo forzoso de sus negocios, á contar y escoger papel para dar á los impresores, á componer la materia para ellos, y á otras cosas importantes á su persona y casa, que cualquiera de estas ocupaciones pedian un hombre muy entero : y lo que de esta manera escribió, que fué todo el tercero libro (no obstante que todo él enteramente es en lo que mas mostró el océano de su ingenio, pues en él hallarán un riquísimo tesoro de varias historias, moralizadas y escritas con su elegancia, que es con lo que mas puedo encarecerlo), es el esmalte que se descubre mas en aquella joya, como lo dicen cuantos de ella pudieron alcanzar parte. ¿Qué diré, pues, agora de la segunda de su *Guzman de Alfarache*, y tiempo en que la compuso, que parece imposible, por apartarse de la que antes habia hecho, por habérsela querido contrahacer con la relacion que de ella tuvieron? Esta dará testimonio de sí, enfrenando á los atrevidos que con tanta temeridad se quieren despeñar vanamente. Si todo lo dicho es verdad, si lo aprueban los doctos, no negándolo el vulgo; si lo confiesa el mundo, porque halla cada uno lo que su gusto le pide, que por tan dificultoso lo pinta Horacio; si debajo de nombre profano escribe tan divino, que puede servir á los malos de freno, á los buenos de espuelas, á los doctos de estudio, á los que no lo son de entretenimiento, y en general es una escuela de fina política, ética y económica, gustosa y clara, para que como tal, apetecida la busquen y lean : ¿qué le doy, qué hago en esto mas de pagarle lo que tan justamente se le debe? ¡Oh Sevilla dichosa! que puedes entre tus muchas grandezas, y como una de las mayores, engrandecerte con tal hijo; cuyos trabajos y estudios indefesos (igualándose á los mas aventajados de los Latinos y Griegos) han merecido que las naciones del universo, celebrando su nombre con digno lauro, le canten debidas alabanzas.

AL VULGO.

No es nuevo para mí, aunque lo sea para tí (o enemigo vulgo), los muchos malos amigos que tienes, lo poco que vales y sabes; ¿cuán mordaz, envidioso y avariento eres? ¿Qué presto en disfamar, qué tardo en honrar, qué cierto á los daños, qué incierto en los bienes, qué fácil de moverte, qué difícil en corregirte? ¿Cuál fortaleza de diamante no rompen tus agudos dientes? ¿Cuál virtud lo es de tu lengua? ¿Cuál piedad amparan tus obras? ¿Cuales defectos cubre tu capa? ¿Cuál triaca miran tus ojos, que como basilisco no emponzoñes? ¿Cual flor tan cordial entró por tus oidos, que en el enjambre de tu corazon dejases de convertir en veneno? ¿Qué santidad no calumnias? ¿Qué inocencia no persigues? ¿Qué sencillez no condenas? ¿Qué justicia no confundes? ¿Qué verdad no profanas? ¿En cuál verde prado entraste que dejases de manchar con tus lujurias? Y si se hubiesen de pintar al vivo las penalidades y trato de un infierno, paréceme que tú solo pudieras verdaderamente ser su retrato. ¿Piensas, por ventura, que me ciega pasion, que me mueve ira, ó que me despeña la ignorancia? no por cierto : y si fueses capaz de desengaño solo con volver atrás la vista, hallarias tus obras eternizadas, y desde Adan reprobadas como tú. ¿Pues cuál enmienda se podrá esperar de tan envejecida desventura? ¿Quién será el dichoso que podrá desasirse de tus rapantes uñas? Huí de la confusa corte, seguísteme en la aldea; retiréme á la soledad, y en ella me hiciste tiro, no dejándome seguro sin someterme á tu jurisdiccion. Bien cierto estoy que no te ha de corregir la proteccion que traigo, ni lo que á su calificada nobleza debes, ni que en su confianza me sujete á tus prisiones, pues despreciada toda buena consideracion y respeto, atrevidamente has mordido á tan ilustres varones, graduando á los unos de graciosos, á otros acusando de lascivos, y á otros infamando de mentirosos. Eres raton campestre, comes la dura corteza del melon, amarga y desabrida, y en llegando á lo dulce te empalagas. Imitas á la mosca importuna, pesada y enfadosa, que no reparando en oloroso, huye de jardines y florestas por seguir los muladares y partes asquerosas. No miras ni reparas en las altas moralidades de tan divinos ingenios, y solo te contentas de lo que dijo el perro y respondió la zorra : eso se te pega, y como lo leiste

se te queda. ¡Oh zorra desventurada! que tal eres comparado, y cual ella serás, como inútil, corrido y perseguido. No quiero gozar el privilegio de tus honras, ni la franqueza de tus lisonjas cuando con ello quieras honrarme; que la alabanza del malo es vergonzosa: quiero mas la reprension del bueno, por serlo el fin con que la hace, que tu estimacion depravada, pues forzoso ha de ser mala. Libertad tienes, desenfrenado eres, materia se te ofrece, corre, destroza, rompe, despedaza como mejor te parezca, que las flores holladas de tus piés, coronan las sienes y dan la fragancia al olfato del virtuoso. Las mortales navajadas de tus colmillos y heridas de tus manos, sanarán las del discreto, en cuyo abrigo seré (dichosamente) de tus adversas tempestades amparado.

AL DISCRETO LECTOR.

Suelen algunos que sueñan cosas pesadas y tristes, bregar tan fuertamente con la imaginacion, que sin haberse movido (despues de recordados), así quedan molidos, como si con un fuerte toro hubieran luchado á fuerzas. Tal he salido del proemio pasado, imaginando en el barbarismo y número desigual de los ignorantes, á cuya censura me obligué, como el que sale á voluntario destierro, y no es en su mano la vuelta. Empeñéme con la promesa de este libro, hame sido forzoso seguir el envite que hice de falso. Bien veo de mi rudo ingenio y cortos estudios, fuera muy justo temer la carrera, y haber sido esta libertad y licencia demasiada, mas considerando no haber libro tan malo donde no se halle algo bueno, será posible que en lo que faltó el ingenio supla el celo de aprovechar que tuve, haciendo algun virtuoso efecto, que seria bastante premio de mayores trabajos, y digno del perdon de tal atrevimiento. No me será necesario con el discreto largos exordios ni prolijas arengas; pues ni le desvanece la elocuencia de palabras, ni lo tuerze la fuerza de la oracion á mas de lo justo, ni estriba su felicidad en que le capte la benevolencia: á su correccion me allano, su amparo pido, y en su defensa me encomiendo.

Y tú deseoso de aprovechar, á quien verdaderamente consideré cuando esta obra escribia, no entiendas que haberlo hecho fué acaso movido de interés, ni para ostentacion de ingenio, que nunca lo pretendí, ni me hallé con caudal suficiente. Alguno querrá decir, que llevando vueltas las espaldas, y la vista contraria, encamino mi barquilla donde tengo el deseo de tomar puerto: pues doite mi palabra que se engaña, y á solo el bien comun puse la proa, si de tal bien fuese digno, que á ello sirviese. Muchas cosas hallarás de rasguño y bosquejadas, que dejé de matizar por causas que lo impidieron. Otras están algo mas retocadas, que huí de seguir y dar alcance, temeroso y encogido de cometer alguna no pensada ofensa; y otras, que al descubierto me arrojé sin miedo, como dignas que sin rebozo se tratasen. Mucho te digo que deseo decirte; y mucho dejé de escribir que te escribo. Haz, como leas, lo que leyeres, y no te rias de la conseja, y se te pase el consejo: recibe los que te doy, y el ánimo con que te los ofrezco: no los

eches como barreduras al muladar del olvido; mira que podrá ser escobilla de precio: recoge, junta esa tierra, métela en el crisol de la consideracion, dale fuego de espíritu, y te aseguro hallarás algun oro que te enriquezca. No es todo de mi aljaba; mucho escogí de doctos varones y santos, eso te alabo y vendo. Y pues no hay cosa buena que no proceda de las manos de Dios, ni tan mala, de que no le resulte alguna gloria, y en todo tiene parte, abraza, recibe en tí la provechosa, dejando lo no tal ó malo como mio: aunque estoy confiado, que las cosas que no pueden dañar, suelen aprovechar muchas veces. En el discurso podrás moralizar segun se te ofreciere: larga márgen te queda: lo que hallares no grave ni compuesto, eso es el ser de un pícaro el sugeto de este libro; las tales cosas (aunque serán muy pocas), picardea con ellas, que en las mesas espléndidas, manjares ha de haber de todos gustos, vinos blandos y suaves, que (alegrando) ayuden á la digestion, y músicas que entretengan.

GUZMAN DE ALFARACHE

A SU VIDA.

POR EL LICENCIADO ARIAS.

Aunque nací sin padres, que en mi cuna
Sembrasen las primicias de su oficio,
Tuvo mi juventud por padre al vicio,
Y mi vida madrastra en la fortuna.
Formas halló y mudanzas, mas que luna,
Mi peregrinacion y mi ejercicio:
Mas ya postrado en tierra el edificio,
Le sirvo al escarmiento de coluna.
Vuelve á nacer mi vida con la historia,
Que forma en los borrones del olvido
Letras que vencerán al tiempo en años.
Tosco madero en la ventura he sido,
Que puesto en el altar de la memoria,
Doy al mundo leccion de desengaños.

DECLARACION

PARA EL ENTENDIMIENTO

DE ESTE LIBRO.

Teniendo escrita esta poquita historia para imprimirla en un solo volúmen, en el discurso del cual quedaban absueltas las dudas que agora (dividido) pueden ofrecerse, me pareció seria cosa justa quitar este inconveniente, pues con muy pocas palabras quedará bien claro. Para lo cual, se presupone que Guzman de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido muy buen estudiante, latino, retórico y griego (como diremos en esta primera parte), despues dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de la religion; mas por volverse á los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. Él mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo por delitos que cometió, habiendo sido ladron famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte. Y no es impropiedad ni fuera de propósito, si en esta primera escribiere alguna doctrina; que antes parece muy llegado á razon darla un hombre de claro entendimiento, ayudado de letras, y castigado del tiempo, aprovechándose del ocio de la galera; pues aun vemos á muchos ignorantes justiciados, que habiendo de ocuparlo en sola su salvacion, divertirse de ella por estudiar un sermoncito para en la escalera.

Va dividido este libro en tres. En el primero se trata la salida que hizo Guzman de Alfarache de casa de su madre, y poca consideracion de los mozos en las obras que intentan: y como teniendo claros ojos, no quieren ver, precipitados de sus falsos gustos. En el segundo, la vida de pícaro que tuvo, y resabios malos que cobró con las malas compañías, y ocioso tiempo que tuvo. En el tercero, las calamidades y pobreza en que vino, y desatinos que hizo por no quererse reducir, ni dejarse gobernar de quien podia y deseaba honrarlo. En lo que adelante escribiere se dará fin á la fábula, Dios mediante.

VIDA Y HECHOS

DEL PÍCARO

GUZMAN DE ALFARACHE.

PARTE PRIMERA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

En qué cuenta quién fué su padre.

El deseo que tenia, curioso lector, de contarte mi vida me daba tanta priesa para engolfarte en ella, sin prevenir algunas cosas que (como primer principio) es bien dejarlas entendidas (porque siendo esenciales á este discurso, tambien te serán de no pequeño gusto), que me olvidaba de cerrar un portillo, por donde me pudiera entrar curando cualquier terminista de mal latin, redarguyéndome de pecado porque no procedí de la difinicion á lo difinido, y antes de contarla no dejé dicho quiénes y cuáles fueron mis padres y confuso nacimiento, que en su tanto, si de ellos hubiera de escribirse, fuera sin duda mas agradable y bien recibida que esta mia: tomaré por mayor lo mas importante, dejando lo que no me es lícito para que otro haga la basa. Y aunque á ninguno conviene tener la propiedad de la hiena, que se sustenta desenterrando cuerpos muertos, yo aseguro, segun hoy hay en el mundo censores, que no les falten cronistas: y no es de maravillar que aun esta pequeña sombra querrás de ella inferir que les corto de tijera, y temerariamente me darás mil atributos, que será el menor de ellos tonto ó necio, porque no guardando mis faltas, mejor descubriré las ajenas. Alabo tu razon por buena, pero quiérote advertir que, aunque me tendrás por malo, no lo quisiera parecer, que es peor serlo y honrarse de ello. Y que contraviniendo á un tan santo precepto como el cuarto, del honor y reverencia que les debo, quisiera cubrir mis flaquezas con las de

mis mayores; pues nace de viles y bajos pensamientos tratar de honrarse con afrentas ajenas, segun de ordinario se acostumbra: lo cual condeno por necedad solemne de siete capas, como fiesta doble, y no lo puede ser mayor; pues descubro mi punto, no salvando mi yerro el de mi vecino ó deudo. Siempre vemos vituperado el maldiciente: mas á mí no me sucede así, porque adornando la historia todos dirán: *Bien haya el que á los suyos parece*, llevándome estas bendiciones de camino. Además, fué su vida tan sabida, y todo á todos tan manifiesto, que pretenderlo negar seria locura, y á resto abierto dar nueva materia de murmuracion. Antes entiendo que les hago (si así decirse puede) manifiesta cortesía en expresar el puro y verdadero texto, con el cual desmentiré las glosas que sobre él se han hecho. Pues cada vez que alguno algo de ello cuenta, lo multiplica con los ceros de su antojo, una vez mas, y nunca menos, como acude la vena, y se le pone en capricho. Que hay hombre que si se le ofrece propósito para cuadrar su cuento, deshará las pirámides de Egipto, haciendo de la pulga gigante, de la presuncion evidencia, de lo oido visto, y ciencia de la opinion, solo por florear su elocuencia y acreditar su discrecion. Así acontece ordinario, y se vió en un caballero extranjero que en Madrid conocí, el cual como fuese aficionado á caballos españoles, deseando llevar á su tierra el fiel retrato, tanto para su gusto como para enseñarle á sus amigos, por ser de nacion muy remota, y no siéndole permitido ni posible llevarlos vivos, teniendo en su casa los dos mas hermosos de talle que se hallaban en la corte, pidió á dos famosos pintores que cada uno le retratase el suyo, prometiendo además de la paga cierto premio al que mas en su arte se extremase. El uno pintó un overo con tanta perfeccion, que solo faltó darle lo imposible, que fué el alma. Porque en lo demás (engañando á la vista por no hacer del natural diferencia) cegara de improviso á cualquier descuidado entendimiento. Con esto solo acabó su cuadro, dando en todo lo restante de él claros y oscuros, segun convenia.

El otro pintó un rucio rodado, color de cielo, y aunque su obra muy buena, no llegó con gran parte á la que os he referido; pero extremóse en una cosa de que él era muy diestro: y fué, que pintando el caballo, á otras partes en las que halló blancos, dibujó por lo alto admirables lejos, nubes, arreboles, edificios arruinados, y varios nichos. Por lo bajo del suelo cercano, cantidad de arboledas, yerbas floridas, prados y riscos: y en una parte del cuadro colgando de un tronco los jaeces, y al pié de él estaba una silla gineta: todo tan costosamente obrado y bien acabado, cuanto se puede encarecer. Cuando vió el caballero sus cuadros, aficionado, y con razon, al primero, fué el primero á que puso precio, y sin reparar en el que por él pidieron, dando en premio una rica sortija al ingenioso pintor, le dejó pagado, y

con la ventaja de su pintura. Tanto se desvaneció el otro con la suya y con la liberalidad franca de la paga, que pidió por ella un excesivo precio. El caballero, absorto de haberle pedido tanto, y que apenas pudiera pagarle, dijo : Vos, hermano, ¿porqué no considerais lo que me costó aqueste otro lienzo, á quien el vuestro no se aventaja? En lo que es el caballo, respondió el pintor, vuesa merced tiene razon; pero árbol y ruinas hay en el mio que valen tanto como el principal de ese otro. El caballero replicó : No me convenia ni era necesario llevar á mi tierra tanta balumba de árboles y carga de edificios, que allá tenemos muchos y muy buenos. Además que no les tengo la aficion que á los caballos, y lo que de otro modo que por pintura no puedo gozar, eso huelgo de llevar. Volvió el pintor á decir: En lienzo tan grande pareciera muy mal un solo caballo; y es importante y aun forzoso para la vista y ornato componer la pintura de otras cosas diferentes que la califiquen y den lustre, de tal manera que pareciendo así mejor, es muy justo llevar con el caballo sus guarniciones y silla, especialmente estando con tal perfeccion obrado, que si de oro me diesen otras tales no las tomaré por las pintadas. El caballero, que ya tenia lo importante á su deseo (pareciéndole lo demás impertinente, aunque en su tanto muy bueno), y no hallándose tan sobrado que lo pudiera pagar, con discrecion, le dijo : Yo os pedí un caballo solo, y tal como por bueno os lo pagaré, si me lo quereis vender : los jaeces quedaos con ellos, ó dadlos á otro, que no los he menester. El pintor quedó corrido y sin paga por su obra añadida, y haberse alargado á la eleccion de su albedrío, creyendo que por mas composicion le fuera mas bien premiado y gratificado su trabajo.

Comun y general costumbre ha sido y es de los hombres, cuando les pedís reciten, ó refieran lo que oyeron ó vieron, ó que os digan la verdad y sustancia de una cosa, enmascararla y afeitarla de tal manera que se desconoce como el rostro de la fea. Cada uno le da sus matices y sentidos, ya para exagerar, incitar, aniquilar ó divertir, segun su pasion le dicta. Así la estira con los dientes para que alcance, la lima y pule para que entalle, levantando de punto lo que se les antoja, graduando como conde Palatino al necio de sabio, al feo de hermoso, y al cobarde de valiente. Quilatando con su estimacion las cosas, no pensando cumplen con pintar el caballo si le dejan en cerro y desenjaezado, ni dicen la cosa si no la comentan como mas viene á cuento á cada uno. Tal sucedió á mi padre, que respecto de la verdad ya no se dice cosa que lo sea. De tres han hecho trece, y de los trece trecientos, porque á todos les parece añadir algo mas, y de estos algos han hecho un mucho que no tiene fondo ni se le halla suelo. Reforzándose unas á otras añadiduras, y lo que en singular cada una no prestaba, muchas juntas hacen daño. Son lenguas engañosas y falsas, que como saetas agudas y brasas

encendidas les han querido herir las honras y abrasar las famas, de que á ellos y á mí resultan cada dia notables afrentas. Podrásme bien creer, si valiera elegir de adonde nos pareciera, que de la masa de Adan procurara escoger la mejor parte, aunque anduviéramos al puñete por ello. Mas no vale eso, sino tomar cada uno lo que le cupiere; pues el que lo repartió pudo y supo bien lo que hizo: él sea loado, que aunque tuve jarretes y manchas, cayeron en sangre noble de todas partes: *La sangre se hereda, y el vicio se apega*: quien fuere cual debe, será como tal premiado, y no purgará las culpas de sus padres. En cuanto á lo primero, el mio y sus deudos fueron Levantiscos. Vinieron á residir á Génova, donde fueron agregados á la nobleza. Y aunque de allí no naturales, aquí les habré de nombrar como tales. Era su trato el ordinario de aquella tierra, y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra, cambios y recambios por todo el mundo. Hasta en esto le persiguieron, infamándole de logrero: muchas veces lo oyó á sus oidos, y con su buena condicion pasaba por ello. No tenian razon, que los cambios han sido y son admitidos. No quiero yo loar, ni Dios lo quiera, que defienda ser lícito lo que algunos dicen, prestar dinero por dinero sobre prendas de oro ó plata por tiempo limitado, ó que se queden rematadas. Ni otros tratillos paliados, ni los que llaman cambio seco, ni que corra el dinero de feria en feria donde jamás tuvieron hombre ni trato, que llevan la voz de Jacob y las manos de Esaú, y á tiro de escopeta descubren el engaño. Que las tales, aunque se las achacaron, yo no las ví ni de ellas daré señas. Mas lo que absolutamente se entiende cambio es obra indiferente de que se puede usar bien y mal, y como tal (aunque injustamente) no me maravillo que no debiéndola tener por mala se reprueba. Mas la evidentemente buena, sin sombra de cosa que no lo sea, que se murmure y vitupere eso es lo que me asombra. Decir, si viese á un religioso entrar á la media noche por una ventana en parte sospechosa, la espada en la mano y el broquel en el cinto, que va á dar los sacramentos, es locura, que ni quiere Dios ni su Iglesia permite que yo sea tonto, y de lo tal evidentemente malo sienta bien. Que un hombre rece, frecuente virtuosos ejercicios, oiga misa, confiese y comulgue á menudo, y por ello le llamen hipócrita, no lo puedo sufrir, ni hay maldad semejante á esta. Tenia mi padre un largo rosario entero de quince dieces, en que se enseñó á rezar (en lengua castellana hablo) las cuentas gruesas mas que avellanas: este se le dió mi madre, que le heredó de la suya: nunca se le caia de las manos, cada mañana oia su misa sentadas ambas rodillas en el suelo, juntas las manos, levantadas del pecho arriba, el sombrero encima de ellas. Arguyéronle maldicientes de que estaba de aquella manera rezando para no oir, y el sombrero alto para no ver. Juzguen de este juicio los que se hallan desapasionados, y digan si haya sido perverso y temerario, de

gente desalmada, sin conciencia. Tambien es verdad que esta murmuracion tuvo causa, y fué su principio, que habiéndose alzado en Sevilla un compañero suyo, y llevándole gran suma de dineros, venia en su seguimiento, tanto á remediar lo que pudiera del daño, como á componer otras cosas. La nave fué saqueada, y él con la mayor parte de los que en ella venian, cautivo y llevado á Argel, donde medroso y desesperado, el temor de no saber cómo ó con qué volver á la libertad, desesperado de cobrar la deuda por bien de paz, como quien no dice nada, renegó. Allá se casó con una Mora hermosa y principal con buena hacienda: que en materia de interés (por lo general de quien siempre voy tratando, sin perjuicio de mucho número de nobles caballeros y gente grave y principales, que en todas partes hay de todo) diré de paso lo que en algunos deudos de mi padre conocí el tiempo que los traté. Eran amigos de solicitar cosas ajenas, olvidándose de las propias: que se les tratase verdad, y de no decirla: que se les pagase lo que se les debia, y no pagar lo que debian: ganar y gastar largo, diese donde diese, que ya estaba rematada la prenda, y como dicen, *á Roma por todo*. Sucedió pues que asegurado el compañero de no haber quien le pidiese, acordó tomar medios con los acreedores presentes, poniendo condiciones y plazos, con lo que pudo quedar de allí en adelante rico y satisfechas las deudas.

Cuando esto supo mi padre, nacióle nuevo deseo de venirse con secreto y diligencia, y para engañar á la Mora, le dijo que se queria ocupar en ciertos tratos de mercancías. Vendió la hacienda, y puesta en cequíes (moneda berberisca de oro fino) con las demás joyas que pudo, dejándola sola y pobre, se vino huyendo, y sin que algun amigo ni enemigo lo supiera, reduciéndose á la fe de Jesucristo, arrepentido y lloroso se delató á sí mismo, pidiendo misericordiosa penitencia, la cual siéndole dada, despues de cumplida, pasó adelante á cobrar su deuda. Esta fué la causa por que jamás le creyeron obra que hiciese buena. Si otra les piden, dirán lo que muchas veces (con impertinencia y sin propósito) me dijeron: Que quien una vez ha sido malo, siempre se presume serlo en aquel género de maldad. La proposicion es verdadera, pero no hay alguna sin excepcion. ¿Qué sabe nadie de la manera que toca Dios á cada uno, y si, conforme dice una auténtica[1], tenia ya reintegradas las costumbres?

Veis aquí sin mas acá ni mas allá los linderos de mi padre; porque decir que se alzó dos ó tres veces con haciendas ajenas, tambien se le alzaron á él. No es maravilla: los hombres no son de acero, ni están obligados á tener como los esclavos, que aun á ellos les falta la fuerza, y suelen soltar y aflojar. Estratagemas son de

[1] *Auténticas* se llaman los extractos ó compendios de ciertas disposiciones legales.

mercaderes que donde quiera se practican, en España especialmente, donde lo han hecho grangería ordinaria. No hay de qué nos asombremos, allá se entienden, allá se lo hayan, á sus confesores dan larga cuenta de ello, solo es Dios el juez de aquestas cosas, mire quien los absuelve lo que hace. Muchos veo que lo traen por uso, y á ninguno ahorcado por ello : si fuera delito, mala cosa ó hurto, claro está que se castigara; pues por menos de seis reales vemos azotar y echar cien pobres á las galeras. Por no ser contra mi padre quisiera callar lo que siento, aunque si he de seguir al filósofo, mi amigo es Platon, y mucho mas la verdad, conformándome con ella : perdone todo viviente, que canonizo este caso por muy gran bellaquería, digna de muy ejemplar castigo. Alguno del arte mercante me dirá : Mirad por qué consistorio de pontífice y cardenales va determinado : ¿quién mete al idiota, galeote, pícaro en establecer leyes ni calificar los tratos que no entiende? Ya veo que yerro en decir lo que no ha de aprovechar, que de buena gana sufriera tus oprobrios con tal que se castigara y tuviera remedio esta honrosa manera de robar, aunque mi padre estrenara la horca. Corra como corre, que la reformacion de semejantes cosas importantes, y otras que lo son mas van de capa caida, y á mí no me toca remediarlas. *Es dar voces al lobo, tener el sol, y predicar en desierto.*

Vuelvo á lo que mas le achacaron, que estuvo preso por lo que tú dices ó á tí te dijeron. Que por ser hombre rico, y como dicen *el padre alcalde y compadre el escribano*, se libró, que hartos indicios hubo para ser castigado. Hermano mio, los indicios no son capaces de castigo por sí solos. Así te pienso concluir que todas han sido consejas de horneras, mentiras y falsos testimonios levantados; porque confesándote una parte no negarás de la mia ser justo defenderte la otra. Digo que tener compadres escribanos es conforme al dinero con que cada uno pleitea : que en robar á ojos vistas tienen algunos el alma del gitano, y harán de la justicia el juego de pasa pasa, poniéndola en el lugar que se les antojare, sin que las partes lo puedan impedir, ni los letrados lo sepan defender, ni el juez juzgar. Y antes que me huya de la memoria, oye lo que en la iglesia de San Gil de Madrid predicó á los señores del consejo supremo un docto predicador un viernes de la cuaresma. Fué discurriendo por todos los ministros de justicia hasta llegar al escribano, al cual dejó de industria para la postre, y dijo : Aquí ha parado el carro, metido y sonrodado está en el lodo : no sé cómo salga si el ángel de Dios no revuelve la piscina : confieso, señores, que de treinta y mas años á esta parte tengo vistas y oidas confesiones de muchos pecadores que caidos en un pecado reincidieron muchas veces en él, y á todos por la misericordia de Dios que han salido de él reformando sus vidas y conciencias. Al amancebado consumieron el tiempo y la mala mujer : y al jugador des-

engañó el tablajero, que como sanguijuela de unos y otros poco á poco chupa la sangre: hoy ganas, mañana pierdes, rueda el dinero, vásele quedando, y los que juegan sin él. Al famoso ladron reformaron el miedo y la vergüenza. Al temerario murmurador la perlesía de que pocos escapan. Al soberbio su misma miseria le desengaña, conociéndose que es lodo. Al mentiroso puso freno la mala voz y afrentas que de ordinario recibe en sus mismas barbas. Al desatinado blasfemo corrigieron continuas reprensiones de sus amigos y deudos. Todos, tarde ó temprano, sacan fruto, y dejan como la culebra el hábito viejo, aunque para ello se estreche: á todos he hallado señales de su salvacion: en solo el escribano pierdo la cuenta, ni le hallo enmienda mas hoy que ayer, este año que los treinta pasados, que siempre es el mismo, ni sé cómo se confiesa, ni quién lo absuelve (digo al que no usa fielmente de su oficio), porque informan y escriben lo que se les antoja, y por dos ducados, ó por complacer al amigo y aun á la amiga (que negocian mucho los mantos), quitan la vida, las honras y las haciendas, dando puerta á infinito número de pecados. Pecan de codicia insaciable, tienen hambre canina, con un calor de fuego infernal en el alma que les hace tragar sin mascar á diestro y á siniestro la hacienda ajena; y como reciben por momentos lo que no se les debe, y aquel dinero puesto en las palmas de las manos en el punto se convierte sangre y carne, no lo pueden volver á echar de sí, y al mundo y al diablo sí. Y así me parece que cuando alguno se salva (que no todos deben de ser como los que yo he llegado á tratar), al entrar en la gloria dirán los ángeles unos á otros, llenos de alegría: *Lætamini in Domino,* escribano en el cielo, fruta nueva, fruta nueva. Con esto acabó su sermon. ¡Que hayan vuelto al escribano! Pase: tambien sabrá responder por sí dando á su culpa disculpa, que el hierro tambien se puede dorar, y dirán que son los aranceles del tiempo viejo, que los mantenimientos cada dia valen mas, que los pechos y derechos crecen, que no les dieron de valde los oficios, que de su dinero han de sacar la renta y pagarse de la ocupacion de su persona. Y así debió de ser en todo tiempo, pues Aristóteles dice que el mayor daño que puede venir á la república es de la venta de los oficios; y Alcameno Espartano, siendo preguntado, ¿cómo será un reino bienaventurado? respondió: Que menospreciando el rey su propia ganancia; mas el juez que le dieron su empleo graciosamente, en confianza, para hacer oficio de Dios, y así se llaman dioses de la tierra; decir de este tal que vende la justicia, dejando de castigar lo malo y de premiar lo bueno, y que si le hallara rastro de pecado le salvara, niégolo, y con evidencia lo pruebo. ¿Quién ha de creer haya en el mundo juez tan malo, descompuesto ni desvergonzado (que tal seria el que tal hiciese) que rompa la ley, y le doble la vara un monte de oro? Bien que por ahí dicen algunos que esto de preten-

der oficios y judicaturas va por ciertas indirectas y destiladeras, ó por mejor decir, falsas relaciones con que se alcanzan, y despues de constituidos en ellos, para volver algunos á poner su caudal en pié se vuelven como pulpos. No hay poro ni coyuntura en todo su cuerpo que no sean bocas y garras: por allí les entra y agarran el trigo, la cebada, el vino, el aceite, el tocino, el pan, el lienzo, sedas, joyas y dineros. Desde las tapicerías hasta las especerías: desde su cama hasta la de su mula: desde lo mas granado hasta lo mas menudo, de que solo el harpon de la muerte los puede desasir: porque en comenzándose á corromper quedan para siempre dañados con el mal uso; y así reciben como si fuesen gajes: de manera, que no guardan justicia, disimulan con los ladrones porque les contribuyen con las primicias de lo que roban, tienen ganado el favor, y perdido el temor tanto el mercader como el regaton, y con aquello cada uno tiene su ángel de guarda comprado por su dinero (ó con lo mas difícil de enajenar) para las impertinentes necesidades del cuerpo, además del que Dios les dió para las importantes del alma. Bien puede ser que algo de esto suceda, y no por eso se ha de presumir; mas el que diere con la codicia en semejante bajeza será de mil uno mal nacido y de viles pensamientos, y no les quieras mayor mal ni desventura: consigo lleva el castigo, pues anda señalado con el dedo: es murmurado de los hombres, aborrecido de los ángeles, en público y secreto vituperado de todos, y así no por este han de perder los demás; y si alguno se queja de agraviado, debes creer que como sean los pleitos contiendas de diversos fines, no es posible que ambas partes queden contentas de un juicio; quejosos ha de haber con razon ó sin ella: pero advierte que estas cosas quieren solicitud y maña; y si te falta será la culpa tuya, y no será mucho que pierdas tu derecho no sabiendo hacer tu hecho: y que el juez te niegue la justicia, porque muchas veces la deja de dar al que le consta tenerla porque no la prueba, y lo hizo el contrario bien, mal ó como pudo: y otras por negligencia de la parte, ó porque les falta fuerza y dineros con que seguirla y tener opositor poderoso; y así no es bien culpar jueces, y menos en superiores tribunales, donde son muchos y escogidos entre los mejores; y cuando uno por alguna pasion quisiese precipitarse, los otros no la tienen y le irian á la mano. Acuérdome que un labrador en Granada solicitaba (por su interés) un pleito en nombre del concejo contra el señor de su pueblo, pareciéndole que lo habia con Pero Crespo, el alcalde de él, y que pudiera traer los oidores de la oreja; y estando un dia en la Plaza Nueva mirando la portada de la chancillería, que es uno de los mas famosos edificios (en su tanto) de todos los de España, y á quien (de los de su manera) no se le conoce igual en estos tiempos, vió que las armas reales tenian en el remate á los dos lados la Justicia y Fortaleza. Preguntándole otro labrador de su tierra, ¿qué hacia?

porqué no entraba á solicitar su negocio? le respondió: Estoy considerando que estas cosas no son para mí, y de buena gana me fuera para mi casa, porque en esta tienen tan alta la justicia, que no se deja sobajar ni se la podré alcanzar.

No es maravilla (como dije), y lo seria, aunque uno la tenga, no sabiendo ni pudiéndola defender si se la diesen. A mi padre se la dieron porque la tuvo, la supo y pudo pleitear; además que en el tormento purgó los indicios, y tachó los testigos de pública enemistad, que deponian de vanas presunciones y de vano fundamento.

Ya oigo al murmurador diciendo la mala voz que tuvo, rizarse, afeitarse y otras cosas que callo, dineros que bullian, presentes que cruzaban, mujeres que solicitaban, me dejan la espina en el dedo. Hombre de la maldicion, mucho me aprietas y cansado me tienes: pienso de esta vez dejarte satisfecho, y no responder mas á tus réplicas, que seria proceder en infinito aguardar á tus sofisterías: así no digo que dices disparates, ni cosa de que no puedas obtener la parte que quisieres en cuanto la verdad se determina; y cuando los pleitos andan de ese modo, escandalizan, mas todo es menester. Líbrete Dios de juez con leyes de encaje, y escribano enemigo, y de cualquier de ellos cohechado. Mas cuando te quieras dejar llevar de la opinion y voz del vulgo (que siempre es la mas flaca y menos verdadera, por serlo el sugeto donde sale), dime como cuerdo, ¿todo cuanto has dicho es parte para que (indudablemente) mi padre fuese culpado? Y además que si es cierta la opinion de algunos médicos que lo tienen por enfermedad, ¿quién puede juzgar si mi padre no estaba sano? Y á lo que es tratar de rizados y mas porquerías, no lo alabo, ni á los que en España lo consienten, cuanto mas á los que lo hacen: lo que le ví, el tiempo que le conocí, te puedo decir que era blanco, rubio, colorado, rizoso, y creo de naturaleza tenia los ojos grandes, aturquesados; traia copete y sienes ensortijadas: si esto era propio, no fuera justo dándoselo Dios que se tiznara la cara, ni arrojara en la calle semejantes prendas; pero si es verdad, como dices, que se valia de untos y artificios de sebillos, que los dientes y manos que tanto le loaban, era á poder de polvillos, hieles, jabonetes y otras porquerías, confesaréte cuanto de él dijeres, y seré su capital enemigo, y de todos los que de cosa semejante tratan; pues además que son actos de afeminados maricas, dan ocasion para que de ellos murmuren, y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas tan solamente á mujeres permitidas, que por no tener bastante hermosura, se ayudan de pinturas y barnices á costa de su salud y dinero; y es lástima el ver que no solo las feas son las que aquesto hacen, sino aun las muy hermosas, que pensando parecerlo mas, comienzan en la cama por la mañana, y acaban á medio dia, la

mesa puesta; de donde (no sin razon) digo, que la mujer, cuanto mas se mira la cara, tanto mas destruye la casa. Si esto es aun en mujeres vituperio, ¿cuánto lo será mas en los hombres?

¡O fealdad sobre toda fealdad! ¡afrenta de todas las afrentas! no me podrás decir que amor paterno me ciega, ni el natural de la patria me cohecha, ni me hallarás fuera de razon y verdad; pero si en lo malo hay descargo, cuando en alguna parte hubiera sido mi padre culpado, quiero decirte una curiosidad por ser este su lugar, y todo sucedió casi en un tiempo: á tí te servirá de aviso, y á mí de consuelo, como mal de muchos.

El año de mil quinientos y doce, en Ravena, poco antes que fuese saqueada, hubo en Italia crueles guerras; y en esta ciudad nació un monstruo muy extraño, que puso grandísima admiracion. Tenia de la cintura para arriba todo su cuerpo, cabeza y rostro de criatura humana, pero un cuerno en la frente. Faltábanle los brazos, y dióle naturaleza por ellos en su lugar dos alas de murciélago: tenia en el pecho figurada la Y pitagórica, y en el estómago, hácia el vientre, una cruz bien formada. Era hermafrodito, y muy formados los dos naturales sexos. No tenia mas de un muslo, y en él una pierna, con su pié de milano, y las garras de la misma forma: en el nudo de la rodilla tenia un ojo solo. De aquestas monstruosidades tenian todos muy grande admiracion; y considerando personas muy doctas, que siempre semejantes monstruos suelen ser prodigiosos, pusiéronse á especular su significacion, y entre las demás que dieron, fué sola bien recibida la siguiente: Que el cuerno significaba orgullo y ambicion; las alas inconstancia y ligereza; falta de brazos, falta de buenas obras; el pié de ave de rapiña, robos, usuras y avaricias; el ojo en la rodilla, aficion á vanidades y cosas mundanas; los dos sexos, sodomía y bestial bruteza. En todos los cuales vicios abundaba por entonces toda Italia, por lo cual Dios la castigaba con aquel azote de guerras y disensiones; pero la cruz y la Y eran señales buenas y dichosas, porque la Y en el pecho significaba virtud. La cruz en el vientre, que si (reprimiendo las torpes carnalidades) abrazasen en su pecho la virtud, les daria Dios paz y ablandaria su ira. Ves aquí (en caso negado) que cuando todo corra turbio, iba mi padre con el hilo de la gente, y no fué solo el que pecó: harto mas digno de culpas serias tú si pecases, por la mejor escuela que has tenido: ténganos Dios de su mano para no caer en otras ó semejantes miserias, que todos somos hombres.

CAPÍTULO II.

En qué Guzman de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre.

Volviendo á mi cuento, ya dije (si mal no me acuerdo) que cumplida la penitencia, vino á Sevilla mi padre por cobrar la deuda, sobre que hubo muchos dares y tomares, demandas y respuestas, y si esta no se hubiera purgado en salud, bien creo que le faltara en Arestin; mas como se labró sobre sano, ni le pudieron coger por ceca, ni descubrieron blanco donde hacerle tiro. Hubieron de tomarse medios, el uno por no pagarlo todo, y el otro por no perderlo todo; del agua vertida cogióse lo que se pudo: con lo que le dieron volvió el naipe en rueda. Tuvo tales y tan buenas entradas y suertes, que ganó en breve tiempo de comer, y aun de cenar. Puso una honrada casa; procuró arraigarse, compró una heredad, jardin, en San Juan de Alfarache, de mucha recreacion, distante de Sevilla poco mas de media legua, donde muchos dias, en especial por las tardes el verano, iba por su pasatiempo, y se hacian banquetes. Aconteció que como los mercaderes hacian lonja para sus contrataciones en las gradas de la iglesia mayor, que era un anden ó paseo hecho á la redonda de ella por la parte de afuera, tan alto como á los pechos, considerado desde lo llano de la calle, á poco mas ó menos, todo cercado de gruesos mármoles y fuertes cadenas: estando allí mi padre paseándose con otros tratantes, acertó á pasar un cristianismo, á lo que se supo era hijo secreto de cierto personaje. Entróse tras la gente hasta la pila del bautismo por ver á mi madre, que iba con cierto caballero viejo de hábito militar (que por serlo comia mucha renta de la iglesia), y eran padrinos: ella era gallarda, grave, graciosa, moza, hermosa, discreta, y de mucha compostura. Estúvola mirando todo el tiempo que dió lugar el ejercicio de aquel sacramento como abobado de ver tan peregrina hermosura, porque con la natural suya, sin traer aderezo en el rostro, era tan curiosa, y bien puesto el de su cuerpo, que ayudándose unas prendas á otras, toda en todo, ni el pincel pudo llegar, ni la imaginacion aventajarse. Las partes y facciones de mi padre ya las dije.

A las mujeres les parece que los tales hombres pertenecen á la divinidad, y que como los otros no tienen pasiones naturales; echó de ver con el cuidado que la miraba, y no menos entre sí holgaba de ello, aunque lo disimulaba, que no hay mujer tan alta que no

huelgue ser mirada, aunque el hombre sea muy bajo : los ojos parleros, las bocas callando, se hablaron, manifestando por ellos los corazones que no consienten las almas velos en estas ocasiones. Por entonces no hubo mas de que se supo ser prenda de aquel caballero, dama suya, que con gran recato la tenia consigo. Fuése á su casa la señora, y mi padre quedó rematado, sin poderla un punto apartar de sí. Hizo para volver á verla muy extraordinarias diligencias; pero si no fué algunas fiestas en misa, jamás pudo de otra manera en muchos dias. *La gotera cava la piedra,* y la porfía siempre vence, porque la continuacion en las cosas las dispone. Tanto cavó con la imaginacion, que halló traza por los medios de una buena dueña de tocas largas reverendas, que suelen ser las tales ministros de Satanás, con que mina y postra las fuertes torres de las mas castas mujeres, que por ellas mejorarse de mongiles y mantos, y tener en sus cajas otras de mermelada, no habrá traicion que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan. A esta, pues, acariciándola con palabras, y regalándola con obras, iba y venia con papeles; y porque la dificultad está toda en los principios, y *al enhornar suelen hacerse los panes tuertos,* él se daba buena maña; y por haber oido decir que el dinero allana las mayores dificultades, siempre manifestó su fe con obras, porque no se la condenasen por muerta. Nunca fué perezoso ni escaso : comenzó (como dije) con la dueña á sembrar, con mi madre á pródigamente gastar, ellas alegremente á recibir; y como al bien la gratitud es tan debida, y el que recibe queda obligado á reconocimiento, la dueña lo solicitó de modo, que á las buenas ganas que mi madre tuvo, fué juntando leño á leño, y de flacas estopas levantó brevemente un terrible fuego, que muchas livianas burlas acontecen hacer pesadas veras. Era (como lo has oido) mujer discreta; queria y recelaba, iba y venia á su corazon como el oráculo de sus deseos, poniendo el pro y el contra; ya lo tenia de cara, ya del envés, ya tomaba resolucion, ya lo volvia á conjugar de nuevo. Ultimamente, ¿qué no la plata, qué no corrompe el oro? Este caballero era hombre mayor, escupia, tosia, quejábase de piedra, riñon y orina : muy de ordinario le habia visto en la cama desnudo á su lado, no le parecia como mi padre, de aquel talle ni brio; y siempre el mucho trato (donde no hay Dios) pone enfado : las novedades placen, especialmente á mujeres, que son de suyo noveleras, como la primera materia, que nunca cesa de apetecer nuevas formas. Determinábase á dejarle, y mudar de ropa, dispuesta á saltar por cualquier inconveniente : mas la mucha sagacidad suya, y largas esperiencias heredadas y mamadas al pecho de su madre, la hicieron camino, y ofrecieron ingeniosa resolucion; y sin duda el miedo de perder lo servido la tuvo perpleja en aquel breve tiempo, que de otro modo

ya estaba bien picada, que lo que mi padre le significó una vez, el diablo se lo repitió diez; y así no estaba tan dificultosa de ganarse Troya. La señora mi madre hizo su cuenta: En esto no pierde mi persona, ni vendo alhaja de mi casa: por mucho que dé, soy como la luz, entera me quedo, y nada se me gasta. De quien tanto he recibido es bien mostrarme agradecida; no le he de ser avarienta; con esto coseré á dos cabos, comeré con dos carrillos; mejor se asegura la nave sobre dos ferros que con uno: cuando el uno suelte queda el otro asido. Y *si la casa se cayere, quedando el palomar en pié, no le han de faltar palomas.* En esta consideracion trató con su dueña el cómo y cuándo seria. Viendo pues que en su casa era imposible tener sus gustos efecto, entre otras muchas y muy buenas trazas que se dieron, se hizo (por mejor) eleccion de la siguiente.

Era entrado el verano, fin de mayo, y el pago de Gelves y San Juan de Alfarache los mas deleitosos de aquella comarca por la fertilidad y disposicion de la tierra, que es toda una, y vecindad cercana que los hace el rio Guadalquivir famoso, regando y calificando con sus aguas todas aquellas huertas y florestas, que con razon, si en la tierra se puede dar conocido paraiso, se debe á este sitio el nombre de él; tan adornado está de frondosas arboledas, lleno y esmaltado de varias flores, abundante de sabrosos frutos, acompañado de plateadas corrientes, fuentes espejadas, frescos aires, y sombras deleitosas donde los rayos del sol no tienen en tal tiempo licencia ni permision de entrada. A una de estas estancias de recreacion concertó mi madre, con su medio matrimonio y alguna de la gente de su casa, venirse á holgar un dia, y aunque no era á la de mi padre la heredad adonde iban, estaba un poco mas adelante, en término de Gelves, que de necesidad se habia de pasar por nuestra puerta. Con este cuidado y sobre concierto, cerca de llegar á ella mi madre se comenzó á quejar de un repentino dolor de estómago; ponia el achaque al fresco de la mañana de do se habia causado; fatigóla de manera que la fué forzoso dejarse caer de la jamuga en que en un pequeño sardesco iba sentada, haciendo tales extremos, gestos y ademanes (apretándose el vientre, torciendo las manos, desmayando la cabeza, desabrochándose los pechos), que todos la creyeron, y á todos amancillaba, teniéndola compasiva lástima. Comenzábanse á llegar pasajeros, cada uno daba su remedio, mas como no habia de donde traerle, ni lugar para hacerle, eran impertinentes; volver á la ciudad imposible, pasar de allí dificultoso, estarse quedos en medio del camino, ya puedes ver lo incómodo que era; los accidentes crecian, todos estaban confusos, no sabiendo qué hacerse. Uno de los que se llegaron (que fué de propósito echado para ello), dijo: Quítenla del pasaje, que es crueldad no remediarla, y métanla en la casa de esta heredad primera: todos lo tuvieron por

bueno, y determinaron, en tanto que pasase aquel accidente, pedir á los caseros la dejasen entrar, y así dieron algunos golpes apriesa y recio: la casera fingió haber entendido que era su señor, y salió diciendo: ¡Jesus! Jesus! ay Dios! perdone vuesa merced, que estaba ocupada y no pude mas: bien sabia la vejezuela todo el cuento, y era de las que dicen: *no chero, no sabo*: adotrinada estaba en lo que habia de hacer, y de mi padre prevenida, además que no era lerda, y para semejantes achaques tenia en su servicio lo que habia menester; y en esto, entre las demás ventajas la hacen los ricos á los pobres, que los pobres, aunque buenos, siempre son ellos los que sirven á sus malos criados, y los ricos, aunque malos, sirviéndose de buenos, son solos los bien servidos. Mi buena mujer abrió su puerta, y desconociendo á la gente, dijo con disimulo: Mal hora, que pensé que era nuestro amo, y no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo de como me tardaba. Y bien, ¿qué es lo que mandan los señores? ¿Quieren algo sus mercedes? El caballero respondió: Mujer honrada, que nos deis lugar donde esta señora descanse un poco, que le ha dado en el camino un grave dolor de estómago. La casera, mostrándose con sentimiento y pesarosa, dijo: Noramaza sea, ¡qué dolor tan mal empleado en su cara de rosa! Entren en buen hora, que todo está á su servicio. Mi madre á todas estas cosas no hablaba, y de solo su dolor se quejaba. La casera, haciéndola las mayores caricias que pudo, les dió la casa franca, metiéndolos en una sala baja, donde en una cama que estaba armada tenia puestos en rima unos colchones: presto los desdobló, y tendidos luego sacó de un cofre sábanas limpias y delgadas, colcha y almohadas, con las que la aderezó en que reposase. Bien pudiera estar la cama hecha, el aposento lavado, todo perfumado, ardiendo los pebetes, y los pomos babeando, el almuerzo aderezado y puestas á punto otras muchas cosas de regalo; mas alguna de ellas, ni la casera llegar á la puerta, ni tenerla menos que cerrada convino, antes aguardó á que llamasen para que no pareciera cautela que pudiera engendrar sospecha, de donde viniera fácilmente á descubrirse la encamisada, que tal fué la de este dia. Mi madre con sus dolores desnudóse, metióse en la cama, pidiendo á menudo paños calientes, que siéndole traidos, haciendo como que los ponia en el vientre, los bajaba mas abajo de las rodillas, y aun algo apartados de sí, porque con el calor la daban pesadumbre, y temia no la causasen alguna remocion, de donde resultara aflojarse el estómago. Con este beneficio se fué aliviando mucho, y fingió querer dormir por descansar un poco. El pobre caballero, que solo su regalo deseaba, holgó de ello, y la dejó en la cama sola: luego cerrando con un cerrojo la sala por defuera, se fué á desenfadar por los jardines, encargando el silencio, que nadie abriese, ni hiciese ruido, y á la buena de nuestra dueña en guarda, en tanto que ella

recordada llamase. Mi padre no dormia, que con atencion lo estaba oyendo todo, y acechando lo que podia por la entrada de la llave de la cerradura del postigo de un retrete, donde estaba metido; y estando todo muy quieto, y avisadas la dueña y casera que con cuidado estuviesen en alerta para darles aviso con cierta seña secreta cuando el patron volviese, abrió su puerta para ver y hablar á la señora: en aquel punto cesaron los dolores fingidos, y se manifestaron los verdaderos. En esto se entretuvieron largas dos horas, que en dos años no se podria contar lo que en ellas pasaron.

Ya iba entrando el dia con el calor, obligando al caballero á recogerse: con esto, y con el deseo de saber la mejoría de su enferma, y si allí habian de quedar ó pasar adelante, le hizo volver á visitarla. En el punto fueron avisados, y mi padre con gran dolor de su corazon se volvió á encerrar donde primero estaba.

Entrando su viejo galan se mostró adormecida, y que al ruido recordaba. Hizo luego un melindre de enojada, diciendo: ¡Ay! válgame Dios! ¿porqué abrieron tan presto, sin quererme dejar que reposase un poco? El bueno de nuestro paciente la respondió: Por tus ojos, niña, que me pesa de haberlo hecho, pero mas de dos horas has dormido. No, ni media, replicó mi madre, que agora me pareció cerraba el ojo, y en mi vida no he tenido tan descansado rato (no mentia la señora, que con la verdad engañaba), y mostrando el rostro un poco alegre, alabó mucho el remedio que la habian hecho, diciendo que la habian dado la vida. El señor se alegró de ello, y de acuerdo de ambos concertaron celebrar allí su fiesta, y acabar de pasar el dia, porque no menos era el jardin ameno que aquel donde iban; y por estar no lejos, mandaron volver la comida y las demás cosas que allá estaban. En tanto que de esto se trataba, tuvo mi padre lugar para salir secretamente por otra puerta y volverse á Sevilla, donde las horas eran de á mil años, los momentos largo siglo, y el tiempo que de sus nuevos amores careció, penoso infierno. Ya cuando el sol declinaba, serian como las cinco de la tarde, subiendo en su caballo como cosa ordinaria suya, se vino á la heredad. En ella halló aquellos señores, mostró alegrarse de verlos, pesóle de la desgracia sucedida, de donde resultó el quedarse, porque luego le refirieron lo pasado. Era muy cortés, la habla sonora y no muy clara, hizo muy discretos y disimulados ofrecimientos, de la otra parte no le quedaron deudores; trabóse la amistad con muchas veras en lo público, y con mayores los dos en lo secreto, por las buenas prendas que estaban de por medio.

Hay diferencia entre buena voluntad, amistad y amor. Buena voluntad es la que puedo tener al que nunca vi, ni tuve de él otro conocimiento que oir sus virtudes ó nobleza, ó lo que pudo y bastó para moverme á ello. Amistad llamamos á la que comun-

mente nos hacemos, tratando y comunicando, ó por prendas que corren de por medio; de manera que la buena voluntad se dice entre ausentes, y amistad entre presentes: pero amor corre por otro camino: ha de ser forzosamente recíproco, traslacion de dos almas, que cada una de ellas asista mas donde ama que adonde anima. Este es mas perfecto, cuanto lo es el objeto, y el verdadero el divino: así debemos amar á Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon y de todas nuestras fuerzas, pues él nos ama tanto; despues de este el conjugal, y el del prójimo; porque el torpe y deshonesto no merece ni es digno de este nombre como bastardo; y de cualquier manera, donde hubiere amor, ahí estarán los hechizos, no hay otros en el mundo: por él se truecan condiciones, allanan dificultades, y doman fuertes leones; porque decir que hay bebedizos ó bocados para amar es falso, y lo tal solo sirve de trocar el juicio, quitar la vida, solicitar la memoria, causar enfermedades, y graves accidentes. El amor ha de ser libre, con libertad ha de entregar las potencias á lo amado, que el alcaide no da el castillo cuando por fuerza se le quitan, y el que amase por malos medios no se le puede decir que ama, pues va forzado adonde no le lleva su libre voluntad.

La conversacion andaba, y de ella se pasó al juego: comenzaron una partida en tercio; ganó mi madre, porque mi padre se hizo perdedizo, y queriendo anochecer dejaron de jugar, y salieron por el jardin á gozar del fresco. En tanto pusieron las mesas: traida la cena cenaron, y haciendo para despues aderezar de ramos y remos un ligero barco, llegados á la lengua del agua se entraron en él, oyendo de otros que andaban por el rio gran armonía de concertadas músicas, cosa muy ordinaria en semejante lugar y tiempo. Así llegaron á la ciudad, yéndose cada uno á su casa y cama, salvo el juicio del buen contemplativo, si mi madre, que cual otra Melisendra durmió con su consorte, el cuerpo preso en Sansueña, y en París cautiva el alma.

Fué tan estrecha la amistad que se hacian de aquel dia en adelante los unos á los otros, continuada con tanta discrecion y buena maña, por lo mucho que se aventuraba en perderla, cuanto se puede presumir de la sutileza de un Levantisco tinto en Genoves, que liquida y apura cuanto mas merma por ciento el pan partido á manos ó el cortado á cuchillo. Y de una mujer de las prendas que he significado, siendo de nacion andaluza, criada en buena escuela, y cursada entre los dos coros y naves de la Antigua, que antes habia tenido achaques, de donde sin conservar cosa propia ni de respeto, el dia que asentó la compañía con el caballero me juró que metió de puesto mas de tres mil ducados de solas joyas de oro y plata, sin el mueble de casa y ropas de vestir. El tiempo corre, y todo tras él: cada dia que amanece, amanecen cosas nuevas, y por mas que hagamos no podemos excusar que cada momento que

pasa, no le tengamos menos de la vida, amaneciendo siempre mas viejos y cercanos á la muerte. Era el buen caballero (como tengo significado) hombre anciano y cansado, mi madre moza, hermosa y con salsa: la ocasion irritaba el apetito, de manera que su desórden le abrió la sepultura. Comenzó con flaquezas de estómago, luego con dolores de cabeza y una calenturilla; despues á pocos lances acabó relajadas las ganas de comer: de treta en treta lo consumió el mal vivir, y al fin murióse sin poderle dar vida la que él juraba siempre que lo era suya, y todo mentira, pues le enterraron quedando ella viva.

Estábamos en casa cantidad de sobrinos, pero ninguno de ellos sino yo era de mi madre: los otros eran como pan de diezmo, cada uno de la suya, que el buen señor (á quien Dios perdone) habia holgado poco en esta vida; y al tiempo de su fallecimiento, ellos por una parte, mi madre por otra, aun el alma tenia en el cuerpo, cuando ya no tenia sábanas en la cama, que el saco de Amberes no fué tan riguroso con el temor del secreto. Como mi madre cuajaba la nata, era la ropera, tenia las llaves y privanza, metió con tiempo las manos donde estaba su corazon, aunque lo mas importante todo lo tenia ella, y de ello era señora; mas viéndose á peligro, parecióle mejor dar con ello salto de mata que despues rogar á buenos: diéronse todos tal maña, que apenas hubo con que enterrarle. Pasados algunos dias, aunque pocos, hicieron muchas diligencias para que la hacienda pareciese: clavaron censuras por las iglesias y por las puertas de las casas, mas allí quedaron, que pocas veces quien hurta lo vuelve; pero mi madre tuvo excusa, que el que buen siglo haya la decia cuando visitaba las monedas y recorria los cofres y escritorios, ó trayendo algo á su casa: Esto es tuyo, y para tí, señora mia. Así la dijeron letrados, que con esto tenia satisfecha la conciencia; además que le era deuda debida, porque aunque lo ganaba torpemente, no torpemente lo recibia. En esta muerte vine á verificar lo que antes habia oido decir, que los ricos mueren de hambre, los pobres de ahitos, y los que no tienen herederos y gozan bienes eclesiásticos de frio: y este podrá servir de ejemplo, pues viviendo no le dejan camisa, y la del cuerpo le hicieron de cortesía: los ricos por temor de que no les haga mal vienen á hacerles mal, pues comiendo por onzas, y bebiendo con dedales, viven por adarmes, muriendo de hambre, antes que de rigor de enfermedad: los pobres, como pobres, todos tienen misericordia de ellos, unos les envian, otros les traen, todos de todas partes les acuden, especialmente cuando están en aquel extremo; y como les hallen desflaquecidos y hambrientos, no hacen eleccion, faltando quien se lo administre, comen tanto que no pudiéndolo digerir por falta de calor natural, ahogándolos con viandas, mueren ahitos. Tambien acontece lo mismo aun en los hospitales, donde algunas piadosamente captas,

que por devocion los visitan, les llevan las faltriqueras y mangas llenas de colaciones, y criadas cargadas con espuertas de regalos, y creyendo hacerles con ello limosna los entierran por amor de Dios. Mi parecer seria que no se consintiese, y que antes lo den al enfermero que al enfermo, porque de allí saldrá con parecer del médico cada cosa para su lugar mejor distribuido, pues lo que así no se hace es dañoso y peligroso; y en cuanto á caridad mal dispensada, no considerando lo útil, ni el daño, el tiempo, ni la enfermedad, si conviene ó no conviene, los engargantan como á capones en cebadero con lo que los matan. De aquí quede asentado, que lo tal se dé á los que administran, que lo sabrán repartir, ó que lo den en dineros para socorrer otras mayores necesidades.

¡O qué gentil disparate! ¡qué fundado en teología! ¿No veis el salto que he dado del banco á la popa? qué vida de Juan de Dios la mia para dar esta doctrina. Calentóse el horno, y salieron estas llamaradas: podráseme perdonar por haber sido corto: como encontré con el cinco, llevémelo de camino; así lo habré de hacer adelante las veces que se ofrezca: no mires á quien lo dice, sino á lo que se te dice, que el bizarro vestido que te pones no se considera si lo hizo un corcovado: ya te prevengo para que me dejes, ó te armes de paciencia. Bien sé que es imposible ser de todos bien recibido, que no hay vasija que mida los gustos, ni balanza que los iguale; cada uno tiene el suyo, y pensando que es el mejor, es el mas engañado, porque los mas los tienen muy estragados.

Vuelvo á mi puesto, pues me espera mi madre, ya viuda del primer poseedor, querida y tiernamente regalada del segundo. Entre esas y esotras, ya yo tenia cumplidos tres años y cerca de cuatro; y por la cuenta y reglas de la ciencia femenina tuve dos padres, que supo mi madre ahijarme á ellos, y alcanzó á entender y obrar lo imposible de las cosas: vedlo á los ojos; pues agradó igualmente á dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos. Ambos me conocieron por hijo: el uno me lo llamaba, y el otro tambien; cuando el caballero estaba solo le decia que era un estornudo suyo, y que tanta similitud no se hallaba en dos huevos: cuando hablaba con mi padre, afirmaba que él era yo, cortada la cabeza, que se maravillaba, pareciéndole tanto (que cualquier ciego lo conociera solo con pasar la mano por el rostro), no haberse descubierto, echándose de ver el engaño; mas que con la ceguedad con que la amaban, y confianza que hacian de los dos, no se habia echado de ver, ni puesto sospecha en ello; y así cada uno lo creyó, y ambos me regalaban: la diferencia sola fué ser en el tiempo que vivió el buen viejo en lo público, y el extranjero en lo secreto el verdadero; porque mi madre lo certificaba despues, haciéndome largas relaciones de estas cosas; y

así protesto no me pare perjuicio lo que quisieren calumniarme; de su boca lo oí, su verdad refiero, que seria gran temeridad afirmar cuál de los dos me engendrase, ó si soy de otro tercero: en esto perdone la que me parió, que á ninguno está bien decir mentira, y menos al que escribe: ni quiero que digan que sustento disparates, mas la mujer que á dos dice que quiere, á entrambos engaña, y de ella no se puede hacer confianza. Esto se entiende por la soltera, que la regla de las casadas es otra: quieren decir que dos es uno, y uno ninguno, y tres bellaquería; porque no haciendo cuenta del marido (como es así la verdad), él solo es ninguno, y él con otro hacen uno, y con él otros dos, que son por todos tres, equivalen á los dos de la soltera: así que conforme á su razon cabal está la cuenta, sea como fuere, y el Levantisco mi padre, que pues ellos lo dijeron, y cada uno por sí lo tenia por verdad, no es bien que yo apele; las partes conformes, por suyo me llamo, por tal me tengo, pues de aquella melonada quedé legitimado con el santo matrimonio; y estame mucho mejor, antes que diga un cualquiera que soy mal nacido, é hijo de ninguno. Mi padre nos amó con tantas veras como lo dirán sus obras, pues tropelló con este amor la idolatría del qué dirán, la comun opinion, la voz popular, que no la sabian dar otro nombre á mi madre sino la comendadora, y así respondia por él, como si tuviera colada la encomienda: sin reparar en esto, ni dársele un cabello por esotro, se desposó y casó con ella. Tambien quiero que entiendas que no lo hizo *á humo de pajas;* cada uno sabe su cuento, *y mas el cuerdo en su casa, que el necio en la ajena.* En este tiempo intermedio, aunque la heredad era de recreacion, esa era su perdicion, el provecho poco, el daño mucho, el coste mayor, así de labores como de banquetes: las tales haciendas pertenecen solamente á los que tienen otras muy asentadas y acreditadas sobre quien cargue todo el peso, que á la demás gente no muy descansada son polilla que les come hasta el corazon, carcoma que se le hace ceniza, y cicuta en vaso de ambar. Esto por una parte, los pleitos, los amores de mi madre, y otros gastos que ayudaron por otras, le tenian harto delgado, á pique de dar estallido, como lo habia de costumbre. Mi madre era guardosa, nada desperdiciada: con lo que en sus mocedades ganó, y en vida del caballero, y con su muerte recogió, vino á juntar casi diez mil ducados, con que se dotó. Con este dinero, hallado de refresco, volvió un poco mi padre sobre sí, como torcida que atizan en candil con poco aceite: comenzó á dar luz, gastó, hizo carroza y silla de manos; no tanto por la gana que de ello tenia mi madre, como por la ostentacion que no le reconocieran su flaqueza. Conservóse lo menos mal que pudo: las ganancias no igualaban á las expensas, uno á ganar y muchos á gastar: el tiempo por su parte apretar, los años caros, las correspondencias

pocas y malas; *lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño*: el pecado lo dió, y él (creo) lo consumió, pues nada lució, y mi padre de una enfermedad aguda en cinco dias falleció.

Como quedé niño de poco entendimiento no sentí su falta, aunque ya tenia de doce años adelante; y no embargante que venimos en pobreza, la casa estaba con alhajas, de que tuvimos que vender para comer algunos dias. Esto tienen las de los que han sido ricos, que siempre vale mas el remanente que el puesto principal de las de los pobres, y en todo tiempo dejan rastros que descubren lo que fué, como las ruinas de Roma.

Mi madre lo sintió mucho, porque perdió bueno y honrado marido: hallóse sin él, sin hacienda, y con edad en que no le era lícito andar á rogar, para valerse de sus prendas, ni volver á su crédito; y aunque su hermosura no estaba distraida, teníanla los años algo gastada: haciasele de mal, habiendo sido rogada de tantos tantas veces, no serlo tambien entonces, y de persona tal que nos apelechara, que no lo siendo, ni ella lo hiciera, ni yo lo permitiera. Aun hasta en esto fuí desgraciado, pues aquel juro que tenia se acabó cuando tuve de él mayor necesidad; mal dije, se acabó, que aun estaba de provecho, y podia tener el dia que se puso tocas poco mas de cuarenta años. Yo he conocido despues acá doncellejas de mas edad, y no tan buena gracia, llamarse niñas, y afirmar que ayer salieron de mantillas; mas aunque á mi madre no se le conocia tanto, ella (como dije) no diera su brazo á torcer, y antes muriera de hambre que bajar escalones, ni faltar un quilate de su punto.

Veisme aquí sin uno y otro padre, la hacienda gastada, y lo peor de todo cargado de honra, y la casa sin persona de provecho para poderla sustentar. Por la parte de mi padre no me hizo el Cid ventaja, porque atravesé la mejor partida de la señoría: por la de mi madre no me faltaban otros tantos y mas cachibaches de los abuelos. Tenia mas ingertos que los cigarrales de Toledo, segun despues entendí: como cosa pública lo digo, que tuvo mi madre dechado en la suya, y labor de que sacar cualquier obra virtuosa; y así, por los propios pasos parece la iba siguiendo, salvo en los partos, que á mi abuela le quedó hija para su regalo, y á mi madre hijo para su perdicion. Si mi madre enredó dos, mi abuela dos docenas, y como pollos (como dicen) los hacia comer juntos en un tiesto, y dormir en un nidal, sin picarse los unos á los otros, ni ser necesario echarles capirotes. Con esta hija enredó cien linajes, diciendo y jurando á cada padre que era suya, y á todos se parecia, á cual en los ojos, á cual en la boca, y en mas partes y composturas del cuerpo, hasta fingir lunares para ello, sin faltar á quien pareciera en el escupir. Esto tenia por excelencia bueno, que la parte presente siempre la llamaba de aquel apellido,

y si dos ó mas habia, el nombre á secas : el propio era Marcela, su don por encima despolvoreado, porque se compadecia menos dama sin don, que casa sin aposento, molino sin rueda, ni cuerpo sin sombra. Los cognombres, pues eran como quiera, yo certifico que procuró apoyarla con lo mejor que pudo, dándola mas casas nobles que pudiera un rey de armas, y fuera repetirlas una letanía. A los Guzmanes era donde se inclinaba mas, y certificó en secreto á mi madre, que á su parecer, segun la dictaba su conciencia, y para descargo de ella, creia, por algunas indirectas, haber sido hija de un caballero deudo cercano á los duques de Medina Sidonia.

Mi abuela supo mucho, y hasta que murió tuvo que gastar, y no fué maravilla; pues la tomó la noche, cuando á mi madre la amanecia, y la halló consigo á su lado, que el primer tropezon le valió mas de cuatro mil ducados, con un rico perulero que contaba el dinero por espuertas. Nunca falleció de su punto, ni lo perdió de su deber, ni se le fué cristiano con sus derechos, ni dió al diablo primicia. Aun si otro tanto nos aconteciera, el mal fuera menos, ó si como nací solo naciera una hermana, arrimo de mi madre, báculo de su vejez, columna de nuestras miserias, puerto de nuestros naufragios, diéramos dos higas á la fortuna. Sevilla era bien acomodada para cualquier grangería, y cuanto se lleva á vender, tanto se compra; porque hay mercantes para todo, es patria comun, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos, y capa de pecadores, donde todo es necesidad, y ninguno la tiene, ó si no la corte, que es la mar que todo lo sorbe, y adonde todo va á parar, que no fuera yo menos hábil que los otros, no me faltaran entretenimientos, oficios, comisiones, y otras cosas honrosas con tal favor á mi lado, que era tenerlo en la bolsa; y á mal suceder no nos pudiera faltar de comer y beber como reyes, que el hombre que lleva semejante prenda que empeñar ó vender, siempre tendrá quien la compre, ó le dé sobre ella lo necesario. Yo fuí desgraciado como habeis oido, quedé solo sin árbol que me hiciese sombra, los trabajos acuestas, la carga pesada, las fuerzas flacas, la obligacion mucha, la facultad poca : ved si un mozo como yo, que ya galleaba, fuera justo con tan honradas partes estimarse en algo.

El mejor remedio que hallé fué probar la mano para salir de miseria, dejando á mi madre y tierra. Hícelo así, y para no ser conocido no me quise valer del apellido de mi padre; púseme el Guzman de mi madre, y Alfarache de la heredad adonde tuve mi principio : con esto salí á ver mundo, peregrinando por él, encomendándome á Dios y buenas gentes, en quien hice confianza.

CAPÍTULO III.

Como Guzman salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta.

Era yo muchacho, vicioso y regalado, criado en Sevilla, sin castigo de padre, la madre viuda (como lo has oido), cebado á torreznos, molletes y mantequillas, y sopas de miel rosada, mirado y adorado mas que hijo de mercader de Toledo, ó tanto: hacíaseme de mal dejar mi casa, deudos y amigos, además que es dulce amor el de la patria. Siéndome forzoso, no pude excusarlo: alentábame mucho el deseo de ver mundo, ir á reconocer en Italia mi noble parentela: salí, que no debiera (bien pude decir), tarde, y con mal; creyendo hallar copioso remedio, perdí el poco que tenia: sucedióme lo que al perro con la sombra de la carne: apenas habia salido de la puerta, cuando sin poderlo resistir dos Nilos rebentaron de mis ojos, que regándome el rostro en abundancia, quedó todo de lágrimas bañado: esto, y querer anochecer, no me dejaban ver cielo, ni palmo de tierra por donde iba. Cuando llegué á San Lázaro, que está de la ciudad poca distancia, sentéme en la escalera ó gradas por donde suben á aquella devota ermita. Allí hice de nuevo alarde de mi vida y discursos de ella: quisiera volverme, por haber salido mal apercibido, con poco acuerdo, y poco dinero para viaje tan largo, que aun para corto no llevaba, y sobre tantas desdichas (que cuando comienzan vienen siempre muchas, y enzarzadas unas de otras como cerezas) era viernes en la noche, y algo oscura, no habia cenado ni merendado: si fuera dia de carne, que á la salida de la ciudad, aunque fuera naturalmente ciego, el olor me llevara á alguna pastelería á comprar un pastel con que me entretuviera y enjugara el llanto, el mal fuera menos. Entonces eché de ver cuanto se siente mas el bien perdido, y la diferencia que hace del hambriento al harto: todos los trabajos comiendo se pasan; donde la comida falta no hay bien que llegue, ni mal que no sobre, gusto que dure, ni contento que asista: todos riñen sin saber porqué, ninguno tiene culpa; unos á otros se la ponen, todos trazan, y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía. Vime con ganas de cenar y sin que poder llegar á la boca, salvo agua fresca de una fuente que allí estaba: no supe que hacer, ni á qué puerto echar: lo que por una parte me daba osadía, por otra me acorbardaba: hallábame entre miedos y espe-

ranzas, el despeñadero á los ojos, y lobos á las espaldas: anduve vacilando, quise ponerlo en las manos de Dios, entré en la iglesia, hice mi oracion breve, pero no sé si devota: no me dieron lugar para mas, por ser hora de cerrarla y recogerse. Cerróse la noche, y con ella mis imaginaciones, mas no los manantiales y llanto: quedéme con él dormido sobre un poyo del portal acá fuera: no sé que lo hizo, si es que por ventura las melancolías quiebran el sueño, como lo dió á entender el montañes, que llevando á enterrar á su mujer, iba en piernas, descalzo, y el sayo al reves, lo de dentro afuera. En aquella tierra están las casas apartadas, y algunas muy lejos de la iglesia; y pasando por la taberna, vió que vendian vino blanco, fingió quererse quedar á otra cosa, y dijo: Anden, señores, con la malograda, que en un trote los alcanzo. Así se entró en la taberna, y de un sorbido en otro, emborrachóse y quedóse dormido: cuando los del acompañamiento volvieron del entierro y le hallaron tendido en el suelo, le llamaron; él recordando les dijo: Mal hora, señores, perdonen sus mercedes, que ma Dios non hay así cosa que tanta sed y sueño poña como sinsaborios. Así yo, que ya era del sábado el sol salido casi con dos horas, cuando vine á saber de mí; no sé si despertara tan presto, si los panderos y bailes de unas mujeres, que venian á velar aquel dia (con el tañer y cantar), no me recordaran. Levantéme, aunque tarde, hambriento y soñoliento, sin saber donde estaba, que aun me parecia cosa de sueño: cuando vi que eran veras, dije entre mí: Echada está la suerte, vaya Dios conmigo, y con resolucion comencé mi camino; pero no sabia para donde iba, ni en ello habia reparado. Tomé por el uno, que me pareció mas hermoso, fuera donde fuera: por lo de entonces me acuerdo de las casas y repúblicas mal gobernadas, que hacen los piés el oficio de la cabeza: donde la razon y entendimiento no despachan, es fundir el oro, salga lo que saliere, y adorar despues un becerro. Los piés me llevaban, yo los iba siguiendo, saliera bien ó mal, á monte ó á poblado. Quísome parecer á lo que aconteció en la Mancha con un médico falso: no sabia letra, ni habia nunca estudiado: traia consigo gran cantidad de recetas, á una parte de jarabes; y á otra de purgas; y cuando visitaba algun enfermo (conforme al beneficio que le habia de hacer) metia la mano y sacaba una, diciendo primero entre sí: Dios te la depare buena; y así le daba con la que primero encontraba. En sangrías no contaba con vena ni cantidad, mas de á poco mas ó menos, como le salia de la boca: así se arrojaba por medio de los trigos. Pudiera entonces decir á mí mismo: Dios te la depare buena, pues no sabia la derrota que llevaban, ni á la parte que caminaba; mas como su divina magestad envia los trabajos segun se sirve, y para los fines que sabe, todos enderezados á nuestro mayor bien, si queremos aprovecharnos de ellos, por todos le debemos dar gracias, pues son señales que no

se olvida de nosotros; á mí me comenzaron á venir, y me siguieron sin dar un momento de espacio, desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron; mas no eran estos de los que Dios envia, sino los que yo me buscaba: hay diferencia de unos á otros, que los venidos de la mano de Dios, él sabe sacarme de ellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas, cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres toman por sus vicios y deleites, son píldoras doradas, que engañando la vista con aparencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado: son verdes prados, llenos de ponzoñosas víboras, piedras (al parecer) de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, muerte eterna que engaña con breve vida.

Este dia, cansado de andar solas dos leguas pequeñas (que para mí eran las primeras que habia caminado), ya me pareció haber llegado á los antípodas, y como el famoso Colon, descubierto un nuevo mundo: llegué á una venta sudando, polvoroso, despeado, triste, y sobre todo el molino picado, el diente agudo y el estómago débil: seria medio dia, pedí de comer, dijeron que no habia sino solo huevos, no tan malo si lo fueran, que á la bellaca de la ventera, con el mucho calor, ó que la zorra le matase la gallina, se quedaron empollados, y por no perderlo todo los iba encajando con otros buenos; no lo hizo así conmigo, que cuales ella me los dió, le pague Dios la buena obra: vióme muchacho, boquirrubio, cariampollado, chapeton; parecíle un Juan de buena alma, y que para mí bastaba cualquier cosa. Preguntóme: ¿De dónde sois, hijo? Díjele que de Sevilla: llegóseme mas, y dándome con su mano unos golpecitos debajo de la barba, me dijo: ¿Y adónde va el bobito? ¡O poderoso Señor! y como con aquel su mal resuello me pareció que contraje vejez, y con ella todos los males: y si tuviera entonces ocupado el estómago con algo, lo trocara en aquel punto, pues me hallé con las tripas junto á los labios. Díjele que iba á la corte, que me diese de comer. Hízome sentar en un banquillo cojo, y encima de un poyo me puso un barredero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua, y una media hogaza mas negra que los manteles. Luego me sacó en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplasto de huevos: ellos, el pan, jarro, agua, salero, sal, manteles, y la huéspeda, todo era de lo mismo. Halléme bozal, el estómago apurado, las tripas de posta, que se daban unas con otras de vacías, comí, como el puerco la bellota, todo á hecho; aunque verdaderamente sentia crugir entre los dientes los tiernecitos huesos de los sin ventura pollos, que era como hacerme cosquillas en las encias. Bien es verdad que se me hizo novelad, y aun en el gusto, que no era como el de los

otros huevos que solia comer en casa de mi madre; mas dejé pasar aquel pensamiento con la hambre y el cansancio, pareciéndome que la distancia de la tierra lo causaba, y que no eran todos de un sabor ni calidad: yo estaba de manera que aquello tuve por buena suerte. Tan propio es al hambriento no reparar en salsas, como al necesitado salir á cualquier partido: era poco, pasélo presto con las buenas ganas: en el pan me detuve algo mas, comílo á pausas, porque siendo muy malo, fué forzoso llevarlo despacio, dando lugar unos bocados á otros que bajasen al estómago por su órden; comencélo por las cortezas, y acabélo en el migajon, que estaba hecho engrudo; mas tal cual no le perdoné letra, ni les hice á las hormigas migaja de cortesía, mas que si fuera poco y bueno. Así acontece si se juntan buenos comedores en un plato de fruta, que picando primero en la mas madura, se comen despues la verde, sin dejar memoria de lo que allí estuvo. Entonces comí (como dicen) á rempujones media hogaza, y si fuera razonable, y hubiera de hartar á mis ojos, no hiciera mi agosto con una entera de tres libras. Era el año estéril de seco, y en aquellos tiempos solia Sevilla padecer, que aun en los prósperos pasaba trabajosamente; mirad lo que seria en los adversos: no me está bien ahondar en esto, ni el decir el porqué; soy hijo de aquella ciudad, quiero callar, que todo el mundo es uno, todo corre unas parejas, ninguno compra regimiento con otra intencion que para grangería, ya sea pública ó secreta: pocos arrojan tantos millares de ducados para hacer bien á los pobres, sino á sí mismos, pues para dar medio cuarto de limosna, la examinan. Así pasó con un regidor, que viéndole un viejo de su pueblo exceder de su obligacion, le dijo: ¿Cómo, fulano N., eso no es lo que juraste cuando en ayuntamiento os recibieron, que habíades de volver por los menudos? Él respondió, diciendo: ¿Ya no veis como lo cumplo, pues vengo por ellos cada sábado á la carnicería? mi dinero me cuestan; y eran los de los carneros. De esta manera pasa todo en todo lugar: ellos traen entre sí la masa rodando, *hoy por mí, mañana por tí*, déjame comprar, dejaréte vender: ellos hacen los estancos en los mantenimientos: ellos hacen las posturas como en cosa suya, y así lo venden al precio que quieren, porque todo es suyo cuanto se compra y vende. Soy testigo que un regidor de una de las mas principales ciudades de la Andalucía, y reino de Granada, tenia ganado, y porque hacia frio no se le gastaba la leche de él, todos acudian á los buñuelos: pareciéndole que perdia mucho si la cuaresma entraba y no lo remediaba, propuso en su ayuntamiento, que los moriscos buñoleros robaban la república: dió cuenta por menor de lo que les podian costar, y que salian á poco mas de seis maravedís; y así los hizo poner á ocho, dándoles moderada ganancia: ninguno los quiso hacer, porque se perdian en ellos; y en aquella temporada él gastaba su esquilmo en man-

tequillas, natas, queso fresco y otras cosas, hasta que fué tiempo de cabaña, y cuando comenzó á quesear se los hizo subir á doce maravedís, como estaban antes, pero ya era verano, y fuera de sazon para hacerlos. Contaba él este ardid, ponderando cómo los hombres habian de ser vividores. Alejádonos hemos del camino, volvamos á él, que no es bien cargar solo la culpa de todo al regimiento, habiendo á quien repartir. Demos algo de esto á proveedores y comisarios, y no á todos, sino á algunos, y sea de cinco á los cuatro: que destruyen la tierra, roban á los miserables y viudas, engañando á sus mayores, y mintiendo á su rey: los unos por acrecentar sus mayorazgos, y los otros por hacerlos, y dejar de comer á sus herederos. Esto tambien es diferente de lo que aquí he de tratar, y pide un entero libro: de mi vida trato en este, quiero dejar las ajenas, mas no sé si podré poniéndome los cabes de paleta dejar de tirarles, que *no hay hombre cuerdo á caballo;* cuanto mas, que no hay que reparar de cosas tan sabidas: lo uno y lo otro todo está recibido, y todos caminan á *viva quien vence:* mas ay, ¡cómo nos engañamos, que somos los vencidos, y *el que engaña es el engañado!* Digo, pues, que Sevilla, por fas ó por nefas (considerada su abundancia de frutos, y la carestía de ellos) padece esterilidad, y aquel año hubo mas por algunos desórdenes ocultos, y codicias de los que habian de procurar el remedio, que solo atendian á su mejor fortuna. El secreto andaba entre tres ó cuatro, que sin considerar los fines tomaron malos principios y endemoniados medios en daño de su república. He visto siempre en todo lo que he peregrinado, que estos ricachos, poderosos, muchos de ellos son ballenas, que abriendo la boca de la codicia lo quieren tragar todo, para que sus casas estén proveidas, y su renta multiplicada, sin poner los ojos en el pupilo huérfano, ni el oido á la voz de la triste doncella, ni los hombros al reparo del flaco, ni las manos de caridad en el enfermo y necesitado, antes con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor vaya el agua á su molino: publican buenos deseos, y ejercítanse en malas obras; hácense ovejitas de Dios, y esquílmalas el diablo. Amasábase pan de centeno, y no tan malo: el que tenia trigo sacaba para su mesa la flor de la harina, y todo lo restante traia en trato para el comun: hacíanse panaderos, abrasaban la tierra los que debieran dejarse abrasar por ella. No te puedo negar que tuvo esto su castigo, y que habia muchos buenos á quien lo malo parecia mal; pero en las necesidades no se repara en poco, además que el tropel de los que lo hacian arrinconaban á los que lo estorbaban, porque eran pobres, y si pobres, basta, no te digo mas, haz tu discurso.

No ves mi poco sufrimiento, ¿cómo no pude abstenerme, y cómo sin pensar corrió hasta aquí la pluma? Arrimáronme el acicate, y torcime á la parte que me picaba: no sé qué disculpa darte, si no es la que dan los que llevan por delante sus bestias de

carga, que dan con el hombre que encuentran contra una pared, ó le derriban por el suelo, y despues dicen: Perdone. En conclusion, todo el pan era malo, aunque entonces no me supo muy mal: regaléme comiendo; alegréme bebiendo, que los vinos de aquella tierra son generosos. Recobréme con esto, y los piés cansados de llevar el vientre, aunque vacío y de poco peso, ya siendo lleno y cargado, llevaba á los piés; y así proseguí mi camino, no con poco cuidado de saber qué pudiera ser aquel tañerme castañetas los huevos en la boca: fuí dando y tomando en esta imaginacion, y cuando mas la seguia mas géneros de desventuras se me representaban, y el estómago se me alteraba, porque nunca sospeché cosa menos que asquerosa, viéndolos tan mal guisados, el aceite negro, que parecia de suelos de candiles, la sarten puerca, y la ventera lagañosa. Entre unas y otras imaginaciones encontré con la verdad, y teniendo andada otra legua, con solo aquel pensamiento fué imposible resistirme; porque como á mujer preñada me iban y venian erutaciones del estómago á la boca, hasta que de todo punto no me quedó cosa en el cuerpo; y aun el dia de hoy me parece que siento los pobrecitos pollos piándome acá dentro. Así estaba sentado en la falda del vallado de unas viñas, considerando mis infortunios, harto arrepentido de mi mal considerada partida, que siempre los mozos se despeñan tras el gusto presente, sin reparar ni mirar el daño venidero.

CAPÍTULO IV.

En que Guzman de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una pildra que le hicieron.

Confuso y pensativo estaba recostado en el suelo sobre el brazo, cuando acertó á pasar un arriero, que llevaba la recua de vacío, á cargarla de vino en la villa de Cazalla de la Sierra. Viéndome de aquella manera, muchacho, solo, afligido, mi persona bien tratada, comenzó (á lo que entonces de él creí) á dolerse de mi trabajo, y preguntándome qué tenia, le dije lo que en la venta me habia pasado. Apenas lo acabé de contar, cuando le dió tan extraña gana de reir, que me dejó casi corrido, y el rostro, que antes tenia de color de difunto, se me encendió con ira en contra de él; mas como no estaba en mi muladar, y me hallé desarmado en un desierto, reportéme por no poder cantar como quisiera,

que es discrecion saber disimular lo que no se puede remediar, haciendo el regaño risa, y los fines dudosos de conseguir en los principios, se han de reparar, que son las opiniones varias, y las honras vidriosas, y si allí me descomidiera, quizá se me atrevieran, y sin aventurar á ganar iba en riesgo, y aun cierto de perder, que las competencias hánse de huir, y si forzoso las ha de haber, sea con iguales, y si con mayores, no á lo menos menores que tú, ni tan adventajados á tí que te tropellen: en todo hay vicio, y tiene su cuenta, mas aunque me abstuve, no pude menos que con viva cólera decirle: ¿Vos, hermano, véisme alguna coroza, ó de qué os reis? Él, sin dejar la risa, que pareció tenerla por destajo segun se daba la prisa, que abierta la boca, dejaba caer á un lado la cabeza, poniéndose las manos en el vientre, y sin poderse ya tener en el asno, parecia querer dar consigo en el suelo: por tres ó cuatro veces probó á responder y no pudo; siempre volvia de nuevo á principiarlo, porque le estaba hirviendo en el cuerpo. Dios, y en hora buena, buen rato despues de sosegadas algo aquellas avenidas (que no suelen ser mayores las del Tajo), á remiendos, como pudo, medio tropezando, dijo: Mancebo, no me rio de vuestro mal suceso, ni vuestras desdichas me alegran; ríome de lo que á esa mujer le aconteció de menos de dos horas á esta parte. ¿Encontrastes por ventura dos mozos juntos, al parecer soldados, el uno vestido de una mezclilla verdosa, y el otro de vellorin, un jubon blanco muy acuchillado? Los dos de esas señas (le respondí) si mal no me acuerdo, cuando salí de la venta quedaban en ella, que entonces llegaron y pidieron de comer. Esos, pues (dijo el arriero), son los que os han vengado, y de la burla que han hecho á la ventera es de lo que me rio: si vais hácia donde yo camino, subid en un jumento de esos, y diréos por el camino lo que pasa. Yo se lo agradecí, segun lo habia menester, rindiéndole las palabras que me parecieron bastar por suficiente paga, que *á buenas obras pagan buenas palabras*, cuando no hay otra moneda, y el deudor está necesitado. Con esto, aunque mal ginete de albarda, me pareció aquello silla de manos, litera ó carroza de cuatro caballos; porque el socorro en la necesidad, aunque sea poco, ayuda mucho, y una niñería suple infinito. Es como pequeña piedra arrojada en agua clara, que hace cercos muchos y grandes, y entonces es mas de estimar, cuando viene á buena coyuntura, aunque siempre llega bien, y no tarda si viene. Vi el cielo abierto; él me pareció un ángel; tal se me representó su cara, como la del deseado médico al enfermo; digo deseado, porque como habrás oido decir, tiene tres caras el médico; de hombre cuando le vemos y no le habemos menester; de ángel cuando de él tenemos necesidad, y de diablo, cuando se acaban á un tiempo la enfermedad y la bolsa, y él por su interés persevera en visitar: como sucedió á un ca-

ballero en Madrid, que habiendo llamado á uno para cierta enfermedad, le daba un escudo á cada visita; el humor se acabó, y él no de despedirse. Viéndose sano el caballero, y que porfiaba en visitarle, se levantó una mañana, y fuése á la iglesia: como el médico le viniese á visitar, y no le hallase en casa, preguntó adonde habia ido: no faltó un criado tonto (que para el daño siempre sobran, y para el provecho todos faltan) que le dijo donde estaba en misa. El señor doctor, espoleando apriesa su mula, llegó allá, y andando en su busca, hallóle, y díjole: ¿Pues cómo ha hecho vuesa merced tan gran exceso, salir de casa sin mi licencia? El caballero, que entendió lo que buscaba, y viendo que ya no le habia menester, echando mano á la bolsa, sacó un escudo, y dijo: Tome, señor doctor, que á fe de quien soy, que para con vuesa merced no me ha de valer sagrado. Ved adonde llega la codicia de un médico necio, y la fuerza de un pecho hidalgo, noble. Yo cogí mi jumento, y dándome el pié me puse encima: comenzamos á caminar, y á poco andando, allí luego, no cien pasos, tras el mismo vallado estaban dos clérigos sentados, esperando quien los llevara caballeros la vuelta de Cazalla: eran de allá, y habian venido á Sevilla con cierto pleito. Su compostura y rostro daban á conocer su buena vida y pobreza: eran bien hablados, de edad el uno hasta treinta y seis años, el otro de mas de cincuenta. Detuvieron al arriero, concertáronse con él, y haciendo como yo, subiéronse en sendos borricos, y seguimos nuestro viaje. Era todavía tanta la risa del bueno del hombre, que apenas podia proseguir su cuento, porque soltaba el chorro tras de cada palabra, como casas de por vida, con cada quinientos un par de gallinas, tres veces mas lo reido que lo hablado. Aquella tardanza era para mí lanzadas, que quien desea saber una cosa, querria que las palabras unas atropellasen á otras para salir juntas y presto de la boca. Grande fué la preñez que se me hizo, y el antojo que tuve por saber el suceso; reventaba por oirle, esperaba de tal máquina que habia de resultar una gran cosa: sospeché si fuego del cielo consumió la casa y lo que en ella estaba, ó si los mozos la hubieran quemado, y á la ventera viva, ó por lo menos, y mas barato, que colgada de los piés en una oliva le hubiesen dado mil azotes, dejándola por muerta, que la risa no prometió menos; aunque si yo fuera considerado no debiera esperar ni presumir cosa buena de quien con tanta pujanza se reia, porque aun la moderada en cierto modo acusa facilidad; la mucha imprudencia, poco entendimiento, y vanidad; y la descompuesta, es de locos de todo punto rematados, aunque el caso la pida. Quiso Dios, y en hora buena, que los montes parieron un raton: díjonos en resolucion, con mil paradillas y corcovos, que habiéndose detenido á beber un poco de vino, y á esperar un compañero suyo que atrás dejaba, vió que la ventera tenia en un plato

una tortilla de seis huevos, los tres malos, y los otros no tanto, que se los puso delante, y yéndola á partir, le pareció que un tanto se resistia, yéndose unos tras otros pedazos: miraron qué lo podria causar, porque luego les dió mala señal; no tardaron mucho en descubrir la verdad; porque estaba con unos altos y bajos, que si no fuera solo á mí, á otro cualquiera desengañara en verla; mas como niño debí de pasar por ello; ellos eran mas curiosos ó curiales, espulgáronla de manera, que hallaron á su parecer tres bultillos, como tres mal cuajadas cabezuelas, que por estar los piquillos algo mas que tiesezuelos, deshicieron la duda, y tomando una entre los dedos, queriéndola deshacer, por su propio pico habló, aunque muerta, y dijo cuya era llanamente. Así cubrieron el plato con otro, y de secreto se hablaron: lo que pasó no lo entendió, aunque despues fué manifiesto, porque luego el uno dijo: Huéspeda, ¿qué otra cosa teneis que darnos? Habíanla poco antes (en presencia de ellos) vendido un sábalo; teníalo en el suelo para escamarle, respondióles: De este, si quereis un par de ruedas, que no hay otra cosa. Dijéronle: Madre mia, dos nos asareis luego, porque nos queremos ir; y si os pareciere, ved cuanto quereis en todo de ganancia, y lo llevaremos á nuestra casa. Ella dijo, que hecho piezas cada rueda le habia de valer un real, no menos una blanca: ellos que no, que bastaba un real de ganancia en todo. Concertáronse en dos reales, que el mal pagador, ni cuenta lo que recibe, ni regatea en lo que le fian. A ella se le hacia de mal el darle, aunque la ganancia en cuatro reales dos, por solo un momento que le faltaron de la bolsa, la puso llana. Hízole ruedas, asóles dos, con que comieron, metieron lo restante en una servilleta de la mesa, y despues de hartos y mal contentos, en lugar de hacer cuenta con pago, hicieron el pago sin la cuenta; que el un mozuelo, tomando la tortilla de los huevos en la mano derecha, se fué donde la vejezuela estaba deshaciendo un vientre de oveja mortecina, y con terrible fuerza le dió en la cara con ella, fregándosela por ambos ojos: dejóselos tan ciegos y dolorosos, que sin osallos abrir, daba gritos como loca; y el otro compañero, haciendo como que le reprendia la bellaquería, le esparció por el rostro un puño de ceniza caliente, y así se salieron por la puerta, diciendo: Vieja bellaca, *quien tal hace, que tal pague*. Ella era desdentada, boquisumida, hundidos los ojos, desgreñada, y puerca; quedó toda enharinada, como barbo para frito, con un gestillo tan gracioso de fiero, que no podia sufrir la risa cuando de ello y de él se acordaba. Con esto acabó su cuento, diciendo que tenia de que reirse para todos los dias de su vida: yo de que llorar (le respondí) para toda la mia, pues no fuí para otro tanto, y esperé venganza de mano ajena; pero yo juro á tal, que si vivo, ella me lo pague de manera que se le acuerde de los huevos y del muchacho. Los clérigos abominaron

el hecho, reprobando mi dicho, haberme pesado del mal que no hice: volviéronse contra mí, y el mas anciano de ellos, viéndome con tanta cólera, dijo: La sangre nueva os mueve á decir lo que vuestra nobleza muy presto me confesará por malo, y espero en Dios ha de fructificar en vos de manera que os pese por lo presente de lo dicho, y enmendeis en lo por venir el hecho.

Refiérenos el sagrado evangelio por san Mateo, en el capítulo quinto, y san Lucas en el sexto: *Perdonad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen.* Habeis de considerarlo primero, que no dice: Haced bien á los que os hacen mal, sino á los que os aborrecen; porque aunque el enemigo os aborrezca, es imposible haceros mal si vos no quisiéredes; porque como sea verdad infalible, que tendremos por bienes verdaderos á los que han de durar para siempre, y los que mañana pueden faltar, como faltan, mas propiamente pueden llamarse males, por lo mal que usamos de ellos, pues en su confianza nos perdemos, y los perdemos, llamaremos á los enemigos ciertos amigos, y á los amigos propios enemigos, en razon de los efectos que de los unos y otros vienen á resultar, pues nace de los enemigos todo el verdadero bien, y de los amigos el cierto mal. Bien veremos como el mayor provecho que podremos haber del mas fiel amigo de este mundo, será que nos favorezca, ó con su hacienda, dándonos lo que tuviere, ó con su vida, ocupándola en las cosas de nuestro gusto, ó con su honra, en los casos que se atravesare la nuestra; y esto ni esotro hay quien lo haga, ó son tan pocos, que dudo si en alguno pudiésemos dar el ejemplo en este tiempo. Mas cuando así sea, y todo junto lo hayan hecho, es mucho menos que un punto geométrico, si en lo que no es puede haber mas y menos; porque cuando me dé cuanto tiene, ya es poca sustancia para librarme del infierno; además, que no se expenden ya las haciendas con los virtuosos, antes con otros tales que les ayudan á pecar, y á esos tienen por amigos y dan su dinero. Si por mí perdiere su vida, no con ello se aumenta un minuto de tiempo en la mia: si gastare su honra, y la estragare, digo que no hay honra que lo sea mas de servir á Dios, y lo que saliere fuera de esto es falso y malo: de manera que todo cuanto mi amigo me diere, siendo temporal, es inútil, vano y sin sustancia; mas mi enemigo todo es grano, todo es provecho cuanto de él me resulta, queriendo valerme de ello, porque del quererme mal saco yo el quererle bien, y por ello Dios me quiere bien: si le perdono una liviana injuria, á mí se me perdonan y remiten infinito número de pecados; y si me maldice, lo bendigo; sus maldiciones no me pueden dañar, y por mis bendiciones alcanzo la bendicion: *Venid, benditos de mi padre;* de manera que con los pensamientos, con las palabras, con las obras mi enemigo me las hace buenas y verdaderas. ¿Cuál, si pensais, es la causa de tan grande maravilla, y la fuerza de tan alta virtud? Yo lo diré: De

que así lo manda el Señor, es voluntad y mandato expreso suyo; y si se debe cumplir el de los príncipes del mundo, sin comparacion mucho mejor el del príncipe celestial, á quien se humillan todas las coronas del cielo y tierra; y aquel decir : *Yo lo mando,* es un almíbar que se pone á lo desabrido de lo que se manda, como si ordenasen los médicos á un enfermo que comiese flor de azahar, nueces verdes, cáscaras de naranjas, cogollos de cidros, raices de escorzonera, ¿qué diria? Tate, señor, no me deis tal cosa, que aun en salud un cuerpo robusto no podrá con ello; pues para que se pueda tragar, y le sepa bien, hácenselo confitar; de manera que lo que de suyo era dificultoso de comer, el azúcar lo ha hecho sabroso y dulce. Esto mismo hace el almíbar de la palabra de Dios : *Yo mando que ameis á vuestros enemigos.* Esta es una golosina hecha en la misma cosa que antes nos era de mal sabor: y así, aquello en que hace mas fuerza nuestra carne, aquello á que mas contradice, por ser amargo, y ahelear á nuestras concupiscencias, diga el espíritu : Ya eso está almibarado, sabroso y dulce, pues Cristo nuestro redentor lo manda; y que si me hirieren la una mejilla, ofrezca la otra, que esa es honra, guardar con puntualidad las órdenes de los mayores, y no quebrantarlas. Manda un general á su capitan que se ponga en un paso fuerte por donde ha de pasar el enemigo, de donde si quisiere podria vencerle y matarle; mas dícele : Mirad que importa, y es mi voluntad, que cuando pasare no le ofendais, no embargante que os ponga en la ocasion y os irrite á ello. Si cuando el enemigo pasase, fuese diciendo bravatas y palabras injuriosas, llamando al capitan cobarde, ¿haríale por ventura en ello alguna ofensa? No por cierto, antes debe reirse de él, pues como á vano, y á quien pudiera destruir fácilmente, no lo hace por guardar la órden que se le dió, y si la quebrantara hiciera mal, y contra el deber, siendo merecedor de castigo. ¿Pues qué razon hay para no andar cuidadosos en la observancia de las órdenes de Dios? ¿Porqué se han de quebrantar? Si el capitan por su sueldo, y (cuando mas aventure á ganar) por una encomienda estará puntual, ¿porqué no lo seremos, pues por ello se nos da la encomienda celestial? En especial, que el mismo que hizo la ley la estrenó y pasó por ella, sufriendo de aquella sacrílega mano del ministro una gran bofetada en su sacratísimo rostro, sin por ello responderle mal, ni con ira. Si esto padece el mismo Dios, la nada del hombre, ¿qué se levanta y gallardea? Y para satisfaccion de una simple palabra (cargándose de duelos) espulga el duelo, buscando entre infieles, como si fuese uno de ellos, lugar donde combatirse, que mejor diríamos abatirse á las manos del demonio su enemigo, huyendo de las de su Criador, del cual sabemos, que estando de partida, cerrando el testamento, clavado en la cruz, el cuerpo despedazado, rotas las carnes, doloroso y sangriento desde la planta del pié hasta el pelo

de la cabeza, que tenia enfurtido en su preciosa sangre, cuajada y dura como un fieltro, con las crueles heridas de la corona de espinas, queriendo despedirse de su madre y discípulo, entre las últimas palabras, como por última manda, la mas encargada, y en la agonía mas fuerte de arrancarse el alma de su divino cuerpo, pide á su eterno Padre perdon para los que allí le pusieron. Imitóle san Cristóbal, que dándole un gran bofeton, acordándose del que recibió su maestro, dijo : Si yo no fuera cristiano me vengara, luego la venganza miembro es apartado de los hijos de la Iglesia nuestra madre. Otro dieron á san Bernardo en presencia de sus frailes, y queriéndole ellos vengar, los corrigió, diciendo : Mal parece querer vengar injurias ajenas el que cada dia pide perdon de las propias. San Esteban, estándole apedreando, no hace sentimiento de los golpes fieros que le quitan la vida, sino de ver que los crueles ministros perdian las almas, y dolido de ellas pide á Dios entre las bascas de la muerte perdon para sus enemigos, especialmente para Saul, que engañado, y celoso de su ley, creia merecer en guardar las capas y vestidos á los verdugos, para que desembarazados le hiriesen con mas fuerza; y tanta tuvo su oracion que trajo á la fe al glorioso apóstol san Pablo; el cual, como sabio doctor, experimentado en esta doctrina, viendo ser importantísimo, y forzoso á nuestra salvacion, dice : *Olvidad las iras, y nunca os anochezca con ellas. Bendecid á vuestros perseguidores, y no los maldigais; dadles de comer si tuvieren hambre, y de beber cuando estén con sed, que si no lo hiciéredes, con la misma medida sereis medidos, y como perdonáredes, perdonados.* El apóstol Santiago dice : *Sin misericordia y con rigor de justicia serán juzgados los que no tuvieren misericordia.* Bien temeroso estaba, y resuelto en guardar este divino precepto Constantino Magno, que viniéndole á decir como sus enemigos, por afrentarle, en vituperio y escarnio suyo, le habian apedreado su retrato, hiriéndole con piedras en la cabeza y rostro, fué tanta su modestia, que despreciando la injuria, se tentó con las manos por todas las partes de su cuerpo, diciendo : ¿Qué es de los golpes? ¿qué es de las heridas? Yo no siento ni me duele cuanto habeis dicho que me han hecho : dando á entender que no hay deshonra que lo sea, sino al que la tiene por tal; además, que no por esto habeis de entender que quien os injuria se sale con ello, aunque vos no lo vengueis, y aunque se lo perdoneis de vuestra parte, que el agravio que os hizo á vos, tambien lo hizo á Dios, cuyo sois, y él es. Dueño tiene esta hacienda; que si en el palacio de un príncipe ó en su corte á uno se hiciere afrenta, se hará juntamente al señor de ella; y no bastará el perdon del afrentado para ser perdonado absolutamente, porque con aquella sinrazon ó agravio tambien estarán injuriadas las leyes de ese príncipe, y su casa ó su tierra vituperada; y así dice Dios: *A mi cargo está, y á su tiempo lo*

castigaré : mia es la venganza, yo la haré por mi mano. Pues desdichado del amenazado si las manos de Dios le han de castigar ; mas le valiera no ser nacido. Así que, nunca deis mal por mal, si no quisiéredes que os venga mal : además, que mereceis en ello, y os pagareis de vuestra mano, que imitando al que os lo manda, os vendreis á simbolizar con él : dad, pues, lugar á las iras de vuestros perseguidores, para poder merecer : volvedles gracias por los agravios, y sacareis de ello glorias y descansos.

Mucho quisiera tener en la memoria la buena doctrina que á este propósito me dijo, para poder aquí repetirla, porque todo era del cielo finísima escritura sagrada : desde entonces propuse aprovecharme de ella con muchas veras ; y si bien se considera, dijo muy bien : ¿Cuál hay mayor venganza que poder haberse vengado? ¿Qué cosa mas torpe hay que la venganza, pues es pasion de injusticia, ni mas fea delante de los ojos de Dios y de los hombres, porque solo es dado á las bestias fieras? Venganza es cobardía y acto femenil ; perdon es gloriosa victoria : el vengativo se hace reo, pudiendo ser actor perdonando. ¿Qué mayor atrevimiento puede haber que quiera una criatura usurpar el oficio á su Criador, haciendo caudal de hacienda que no es suya, levantándose con ella como propia? Si tú no eres tuyo, ni tienes cosa tuya en tí, ¿qué te quita el que dices que te ofende? Las acciones competen á tu dueño, que es Dios, déjale la venganza : el Señor la tomará de los malos tarde ó temprano, y no puede ser tarde lo que tiene fin : quitársela de las manos es delito, desacato y desvergüenza : y cuando te tocara la satisfaccion, dime, ¿qué cosa es mas noble que hacer bien? ¿pues qué mayor bien hay que no hacer mal? Uno solo, el cual es hacer bien al que no te le hace y te persigue, como nos está mandado y tenemos obligacion ; que dar mal por mal es oficio de Satanás : hacer bien á quien te hace bien, es deuda natural de los hombres : aun las bestias lo reconocen, y no se enfurecen contra el que no las persigue : procurar y obrar bien á quien te hace mal es obra sobrenatural, divina escalera que alcanza gloriosa eternidad, llave de cruz que abre el cielo, sabroso descanso del alma, y paz del cuerpo. Son las venganzas vida sin sosiego, unas llaman á otras, y todas á la muerte. ¿No es loco el que, si el sayo le aprieta, se mete un puñal por el cuerpo? Qué otra cosa es la venganza, sino hacernos mal, por hacer mal? ¿quebrarnos dos ojos por cegar uno? ¿escupir al cielo, y caernos en la cara? Admirablemente lo sintió Séneca, que como en la plaza le diese una coz un enemigo suyo, todos le incitaban á que de él se querellase á la justicia, y riéndose, les dijo : ¿No veis que seria locura llamar un jumento á juicio? como si dijera : con aquella coz vengó como bestia su saña, y yo la menosprecio como hombre. ¿Hay bestialidad mayor que hacer mal, ni grandeza que iguale á despreciarlo? Siendo el duque de Orleans injuriado de otro, despues que fué rey de Francia, le dijeron que se

vengase (pues podia) de la injuria recebida; y volviéndose contra el que se lo aconsejaba, dijo: No conviene al rey de Francia vengar las injurias del duque de Orleans. Si vencerse uno á sí mismo lo cuentan por tan gran victoria, ¿porqué venciendo nuestros apetitos, iras y rencores, no ganamos esta palma, pues además de lo por ello prometido (aun en lo de acá), excusaremos muchos males que quitan la vida, menguan la vana honra, y consumen la hacienda? ¡Ah buen Dios! ¡como si yo fuera bueno, lo que de aquel buen hombre oí debia bastarme! Pasóse con la mocedad, perdióse aquel tesoro, fué trigo que cayó en el camino. Su buena conversacion y doctrina nos entretuvo hasta Cantillana, donde llegamos casi el sol puesto, yo con buenas ganas de cenar, y mi compañero de esperar el suyo, mas nunca vino: los clérigos hicieron rancho aparte, yéndose á casa de un amigo suyo, y nosotros á nuestra posada.

CAPÍTULO V.

De lo que á Guzman de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero.

Luego que dejamos á los camaradas, pregunté al mio, ¿dónde iremos? El me dijo: Huésped conocido tengo, buena posada, y gran regalador. Llevóme al meson del mayor ladron que se hallaba en la comarca; donde no menos hubo de que hacerte plato con que puedas entretener el tiempo, y por saltar de la sarten caí en la brasa, di en Scila huyendo de Caribdis. Tenia nuestro mesonero para su servicio un buen jumento y una yegüezuela gáliciana; y como aun los hombres en la necesidad no buscan hermosura, edad ni trajes, sino solo tocas, aunque las cabezas estén tiñosas, no es maravilla que entre brutos acontezca lo mismo. Estaban siempre juntos á un establo, á un pesebre, en un prado, y el dueño no con mucho cuidado de tenerlos atados, antes de industria los dejaba sueltos, para que ayudasen á repasar las lecciones á las otras cabalgaduras de los huéspedes; de lo cual resultó que la yegua quedase preñada de esta compañía.

Es inviolable ley en la Andalucía no permitir junta ni mezcla semejante, y para ello tienen establecidas gravísimas penas; pues como á su tiempo la yegüezuela pariese un muleto, quisiera el mesonero aprovecharle, y que se criara. Túvole escondido algunos dias con grande recato, mas como viese no ser posible dejarse de sentir, por no dar venganza de sí á sus enemigos, con temor del daño y codicia del provecho, acordó este (viernes en la noche) de matarle. Hizo la carne postas, echólas en adobo, ade-

rezó para este sábado el menudo, asadura, lengua y sesos. Nosotros (como dije) llegamos á buena hora, que el huésped de honor, con sol halla que cene, y cama en que se eche. Mi compañero, habiendo desaparejado, dió luego recado á su ganado: yo llegué tal de molido, que (dando con mi cuerpo en el suelo) no me pude mover por un gran rato: llegué los muslos frios, las plantas de los piés hinchadas de llevarlos colgando y sin estribos, las asentaderas batanadas, las ingles doloridas, que parecia meterme un puñal por ellas, todo el cuerpo descoyuntado, y sobre todo hambriento. Cuando mi compañero acabó de dar lo necesario á su recua, viniéndose para mí, le dije: ¿Será bien que cenemos, camarada? Respondió que le parecia muy justo, que era ya hora, porque otro dia queria tomar la mañana, y llegar con tiempo á Cazalla; y hacer cargas. Preguntamos al huésped, ¿si habia qué cenar? Respondió que sí, y aun muy regaladamente. Era el hombre bullicioso, agudo, alegre y decidor, y sobre todo grandísimo bellaco: engañóme, que como le vi de tan buena gracia, y de antes no le conocia, mostró buena pinta, y en decir que tenia todo buen recado, alegréme en el alma. Comencé entre mí mismo á dar mil alabanzas á Dios, reverenciando su bendito nombre, que despues de los trabajos da descansos; con las enfermedades medicinas; con la tormenta bonanza; pasada la afliccion holgura, y buena cena tras la mala comida. No sé si os diga un error (de lengua) gracioso que sucedió á un labrador que yo conocí en Olías, aldea de Toledo: dirélo por no ser escandaloso, y haber salido de pecho sencillo y cristiano viejo. Estaba con otros jugando á la primera, y habiéndose el tercero descartado, dijo el segundo: Tengo primera, bendito sea Dios que he hecho una mano; pues como iba el labrador viendo sus naipes, hallólos todos de un linaje, y con la alegría de ganar la mano, dijo en el mismo punto: No muy bendito, que tengo flux; y si tal disparate se puede traer á cuento, es este su lugar, por lo que me aconteció. Mi compañero preguntó: Pues bien, ¿qué hay aderezado? Respondióle el socarron: De ayer tengo muerta una hermosa ternera, que por estar la madre flaca, y no haber pasto con la sequía del año, luego la maté de ocho dias nacida: el despojo está guisado, pedid lo que mandáredes. Tras esto, diciendo chistes mentirosos, levantó la pierna, y en el aire dió por delante una zapateta; con que me alivié un poco, y me holgué mucho de oirle decir que habia menudo de ternera, que solo en mentarlo me enterneció, y despidiendo el cansancio, con alegre rostro, le dije: Huésped, sacad lo que quisiéredes: al punto puso la mesa, con ropa limpia en ella, el pan ya no tan malo como el pasado, el vino bueno, un plato de fresca ensalada, que para tripas tan lavadas como las mias no era de mucho momento, y se lo perdonara por el vientre de ternera, ó una mano de ella, mas no me pesó, porque las premisas

engañaban cualquiera discreto juicio, emborrachando el gusto de cualquier hombre hambriento. Dice bien el Toscano, aconsejando que de mujeres, marineros ni hostaleros hagamos confianza en sus promesas, ni de los que se alaban de sí mismos, porque de ordinario, por la mayor parte, regulado el todo, todos mienten. Tras la ensalada sacó sendos platillos, en cada uno una poca de asadura guisada: digo poca, recelaba dar mucha, porque con la abundancia, satisfecha la necesidad á vientre harto fuera fácil conocer el engaño: así, yendo con el tiento acechaba con el gusto que entrábamos en ello, y ponia mas hambre, deseando comer mas. De mi compañero no hay que tratar de él, porque nació entre salvajes, de padres brutos, y le paladearon con un diente de ajo; y la gente rústica, grosera (no tocando á su bondad y limpieza), en materia de gusto, pocas veces distingue lo malo de lo bueno: fáltales á los mas la perfeccion en los sentidos; y aunque ven, no ven lo que han de ver; oyen, y no lo que han de oir; y así en los demás, especialmente en la lengua, aunque no para murmurar, y mas de hidalgos: son como los perros, que por tragar no mascan, ó como el avestruz, que se engulle un hierro ardiendo, y si halla delante, se comerá un zapato de dos suelas que en Madrid haya servido tres inviernos; porque yo le he visto quitar con el pico una gorra de un paje, y tragársela entera; mas que yo, criado en regalo de padres políticos y curiosos, no sintiese el engaño, grande fué mi hambre, y esta excusa me disculpa: el deseo de comer algo bueno era grande, todo se les hizo á mis ojos pequeño: el traidor del mesonero lo daba destilado, no es maravilla, cuando tuviera defectos mayores, me pareciera banquete formado. ¿No has oido decir que á la hambre no hay mal pan? digo que se me hizo almíbar, y me dejó goloso. Pregunté, ¿si habia otra cosa? Respondió, si queríamos los sesos fritos en manteca con unos huevos: dijimos que sí; mas tardamos en decirlo, que él en ponerlo por obra, y casi en aderezarlos. En el ínterin, porque no nos aguásemos, como postas corridas, nos dió un paseo de revoltillos hechos de las tripas, con algo de los callos del vientre: no me supo bien, olióme á paja podrida: díle de mano, dejándolo á mi compañero, el cual *entró por ello como en viña vendimiada*: no me pesaba, antes me alegré, creyendo que si de aquello hiciera su pasto, me cupiera mas de los sesos. Al reves me salió, que no por eso dejó de picar con tan buena gracia, como si en todo aquel dia ni noche hubiera comido bocado. Pusiéronse los huevos y sesos en la mesa, y cuando vió la tortilla mi arriero, dióse á reir cual solia, con toda la boca: yo me amohiné, creyendo que gustaba de refrescarme la memoria, estragándome el estómago; pues como el huésped nos mirase á los dos, y estuviese sobre ascuas para oir lo que decíamos, viendo su descompuesta risa, tan mal sazonada, se alborotó,

creyendo que lo habia sentido, que á tal tiempo, sin haberse ofrecido de qué, no pudiera reirse de otra cosa; y como el delincuente siempre *trae la barba sobre el hombro,* y de su sombra se asombra, porque su misma culpa le representa la pena, cualquier acto, cualquier movimiento piensa que es contra él, y que el aire publica su delito, y á todos es notorio. Este pobreton, aunque bellaco, habituado en semejantes maldades, y curtido en hurtos, esta vez cortóse con el miedo; además, que los tales de ordinario son cobardes y fanfarrones. ¿Porqué piensas, que uno raja, mata, hiende, y echa bravatas? Yo te lo diré: por atemorizar con ellos, y suplir el defecto de su ánimo, como los perros, que pocos de los que ladran muerden, son gozquejos, todos ladridos y alborotos, y de volver á mirarlos huyen. Nuestro mesonero se turbó, como digo, que es propio en quien mal vive, temor, sospecha y malicia; perdió los estribos, no supo adonde ni como reparar, diciendo. Voto á tal, que es de ternera; no tiene de qué reirse, cien testigos le daré si es necesario. Púsosele con estas palabras el rostro encendido en fuego, que sangre parecia verter por los carrillos, y salirle centellas de los ojos de coraje. El arriero alzando el rostro, le dijo: ¿Quién lo ha con vos, hermano, ni os preguntan los años que habeis? ¿Hay arancel en la posada que ponga tasa de qué y cuánto se ha de reir el huésped que tuviere gana? ¿O ha de pagar algun derecho que esté impuesto sobre ello? Dejad á cada uno que llore ó ria, y cobrad lo que os debiere: yo soy hombre que si hubiera de reirme de cosa vuestra os lo dijera libremente: acordéme agora por estos huevos de otros que mi compañero comió este dia tres leguas de aquí, en la venta. Tras esto le fué refiriendo todo el cuento, segun de mí lo habia oido, y lo que despues pasó en su presencia con los mancebos, que parecia estarse bañando en agua rosada, segun los afectos, risas, visajes y menoos con que lo decia. El mesonero no cesaba de santiguarse, haciendo exclamaciones, llamando y reiterando el nombre de Jesus mil veces; y levantando los ojos al cielo, dijo: Válgame nuestra Señora, que sea conmigo: mal haga Dios á quien mal hace su oficio, y como en hurtar él era tan buen oficial, tenia por cierto no tocarle la maldicion hurtando bien. Comenzóse á pasear, fingiendo asombros y extremos, voceaba: ¿Cómo no se hunde aquella venta? ¿cómo consiente Dios, y disimula el castigo de tan mala mujer? ¿Cómo esta vieja bruja, hechicera, vive hoy en el mundo, y no la traga la tierra? Todos los huéspedes van quejosos de ella: todos veo que blasfeman su trato: ninguno sale sabroso: todos con pesadumbre; ó son todos malos, ó ella lo es, que no puede la culpa ser de tanto: por estas cosas y otras tales no quiere nadie parar en su casa, todos la santiguan y pasan de largo; pues á fe que debiera estar escarmentada del jubon que trae debajo de la camisa,

dó con cien botones abrochado, y se lo vistieron por otro tanto. Mandado le tienen que no sea ventera; no sé como vuelve al oficio, y no vuelven á castigarla: no sé en que topa, *en algo debe de ir, como dijo la hormiga*: misterio debe tener, que con la misma libertad roba hoy que ayer, y como el año pasado; lo peor es que hurta como si se lo mandasen, y debe de ser así, pues el guarda, el malsin, el cuadrillero, el alguacil, todos lo ven y hacen la vista gorda, sin que alguno la ofenda: á estos tales trae contentos, y les pecha con lo que á los otros pela; y así es menester que de otro modo se perderia, y le volverian á dar otro paseo: aunque mas pierde la malaventurada en desacreditar su casa, que si diera buen recado; con buen trato y término, acudieran á ella, y de muchos pocos hiciera mucho, que *llevando de cada camino un grano, abastece la hormiga su granero para todo el año*: nadie le tuviera el pié sobre el pescuezo: maldita ella sea, que tan mala es. Cuando aquí llegó, pensé que lo dejaba, mas volvió diciendo: Loada sea la limpieza de la vírgen María, que con toda mi pobreza no hay en mi casa mal trato, cada cosa se vende por lo que es, no gato por conejo, ni oveja por carnero; limpieza de vida es lo que importa, y la cara sin vergüenza descubierta por todo el mundo: lleve cada uno lo que fuere suyo, y no engañar á nadie. Aquí paró con el resuello, y no hizo poco: segun llevaba el trote, creí teníamos labor cortada para sobre cena; pero acabó con esto, dándonos para postre de la nuestra unas aceitunas gordales como nueces. Rogámosle que por la mañana nos aderezase un poco de ternera; encargóse de ello, y nosotros fuímos á buscar en que dormir, y en el suelo mas llano tendimos unas enjalmas, donde pasamos la noche.

CAPÍTULO VI.

En que Guzman de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero.

No sé, si me pusieran en medio de las plazas de Sevilla, ó á la puerta de mi madre (cuando amaneció el domingo), si hubiera quien me conociera, porque fué tanto el número de pulgas que cargó sobre mí, que pareció ser tambien para ellas año de hambre, y les habian dado conmigo socorro; y así, como si hubiera tenido sarampion, me levanté por la mañana sin haber parte de todo mi cuerpo, rostro ni manos donde pudiera darse otra picada en limpio: mas fuéme la fortuna favorable, en que con el cansancio del

camino, y la noche antes haber cargado la mano sobre el jarro mas de mi ordinario, dormí soñando paraisos, y sin sentir alguna cosa, hasta que recordado mi compañero con el cuidado de oir misa temprano, y tener tiempo de caminar siete leguas que le faltaban, me despertó. Levantámonos con la luz, antes que el sol saliese: luego pidiendo el almuerzo se nos trajo; no me supo tan bien como á él, que cada bocado parecia darlo en pechugas de pavo; nunca le pareció haber comido mejor cosa, segun lo alababa: fuéme forzoso tenerlo por tal en fe del gusto ajeno, atribuyendo la falta heredada del asno de su padre á mi mal paladar; pero hablando verdad, ello era malo, y decia bien quién era. Hízoseme duro y desabrido, y de lo poco que cené quedé empachado, sin poderlo digerir en toda la noche; y aunque con temor de ser del compañero reprendido, dije al huésped: ¿Esta carne cómo está tan tiesa y de mal sabor, que no hay quien hinque los dientes en ella? Respondióme: No ve, señor, que es fresca y no ha tomado el adobo? Mi camarada dijo: ¿No lo hace el adobo, sino que este gentilhombre se ha criado con rosquillas de alfajor y huevos frescos, todo se le hace duro y malo. Encogí los hombros y callé, pareciéndome que ya era otro mundo, y que á otra jornada no habia de entender la lengua; pero no me satisfice: con esto quedé como resabiado sin saber de qué. Y entonces me vino á la memoria el juramento tan fuera de tiempo que hizo la noche antes, afirmando que era ternera: parecióme mal, y que por solo haberlo jurado mentia; porque la verdad no hay necesidad que se jure fuera de juicio y de mucha necesidad: además, que toda satisfaccion prevenida sin queja, es en todo tiempo sospechosa. No sé qué me tuve, ó qué me dió, que aunque realmente de cierto no concebí mal, tampoco presumí algun bien. Fué un toque de la imaginacion, en que no reparé ni hice caso. Pedí por la cuenta, mi compañero dijo que la dejase, que él daria recado: híceme á una parte, dejéle creyendo ser amistad, y que de tan poco escote no me lo queria repartir. Quedéle agradecidísimo entre mí, sin cesar de cantarle alabanzas, que tan franco se mostró desde que me halló en aquel camino, dándome graciosamente caballería y de comer. Parecióme que todo habia de ser así, hallando en toda parte quien me hiciera la costa y llevara caballero. Alentéme, comencé por olvidar la teta, como si acíbar me pusieran en ella, y en todas las cosas que dejaba; y porque no se dijese por mí que de los ingratos estaba lleno el infierno, en tanto que él pagaba, quise comedirme llevándole á beber los asnos; volvílos á sus pesebres, para que en cuanto los aparejaban comiesen algunos bocados y acabasen la cebada: ayudéle á todo, estregándoles las frentes y orejas. En tanto que me ocupaba en esto, tenia mi capa puesta sobre un poyo, y como azogue al fuego ó humo al viento, se desapareció entre las manos, que nunca mas la vi ni supe de ella.

Sospeché si el huésped ó mi compañero por burlarme la hubiesen escondido: ya pasaba de burlas, porque me juraron que no la tenian en su poder, ni sabian quien la tuviese, ni donde podia estar: miré hácia la puerta, estaba cerrada, que no la habian abierto: allí no habia mas de nosotros y el solo huésped: parecióme, y fué imposible faltar, y que la habria puesto en otra parte, donde no me acordaba: dime á buscar todo el meson, y andando del palacio á la cocina, voy á parar á un trascorral, donde estaba una gran mancha de sangre fresca, y luego allí junto estendido un pellejo de muleto, cada pié por su parte, que aun estaban por cortar; tenia tendidas las orejas, con toda la cabeza de la frente; luego á par de ella estaban los huesos de la cabeza, que solo faltaban la lengua y sesos: al punto confirmé mi duda. Salgo en un punto á llamar á mi compañero, á quien cuando le enseñé los despojos de nuestro almuerzo y cena, dije: ¿Paréceos ahora que no es todo alfajor ni huevos frescos lo que los hombres comen en sus casas? ¿Esto era la ternera que con tanta solemnidad me alabastes, y el huésped regalador que prometistes? ¿Qué os parece de la cena y almuerzo que nos ha dado? ¿Y qué bien os ha tratado el que no vende gato por conejo, ni oveja por carnero; el de la cara sin vergüenza, descubierta por todo el mundo; el que blasfemaba de la ventera y de su mal trato? Él se quedó tan corrido y admirado de lo que vió, que enmudeció, y bajando la cabeza se fué para comenzar á caminar; tal se puso, que en todo aquel dia hasta que nos apartamos, nunca palabra le oí mas de para despedirnos, y esa que habló entonces, hubiérala de echar por los hijares, como sabreis adelante.

Aunque para mí fué la pena que cada uno podrá imaginar si acaso semejante le aconteciera, con todo eso, para estancar aquellos flujos de risa con que por momentos me atravesaba el alma, holgué de mi desventura, que por lo que le tocaba ya no me atormentara tanto. Con esto, y creer que fuese sueño pensar que no tuviese mi capa el huésped, tomé alguna osadía. Tanto puede la razon, que aumenta las fuerzas y anima los pusilánimes. Comencé con veras á pedirla, y él con risitas á negármela: hízome descomponer, hasta que lo hube de amenazar con la justicia; pero no le toqué pieza, ni hablé palabra de lo que habia visto. Como él me vió muchacho, desamparado, y un pobreto, ensoberbecióse contra mí, diciendo que me azotaria, y otros oprobios dignos de hombres cobardes y semejantes: mas como con los agravios los corderos se enfurecen, de unas palabras en otras vinimos á mayores, y con mis flacas fuerzas y pocos años, arranqué de un poyo y tiréle un medio ladrillo, que si con el golpe le alcanzara, y tras un pilar no se escondiera, creo que me dejara vengado; mas él se me escapó, y entró corriendo en su aposento, de donde salió con una espada desnuda. Mirad quien son estos feroces, que ya

no trata de valerse de sus tan fuertes brazos y robustos contra los débiles y tiernos mios. Olvidósele el azotarme, y quiere ofenderme con fuerza de armas, siendo un simple desarmado pollo. Vínose contra mí, que ya temiéndome de lo que fué, me previne de dos guijarros que arranqué del empedrado del suelo: él cuando me vió con ellos en las manos, fuese deteniendo. A la grita y vocería, el meson alborotado, se convocó todo el barrio, acudieron los vecinos, y con ellos gran tropel de gente, justicias y escribanos: eran dos alcaldes, llegaron juntos, queria cada uno advocar á sí la causa y prevenirla: los escribanos, por su interés, decian á cada uno que era suya, metiéndolos en mal. Sobre á cual pertenecia, se comenzó de nuevo entre ellos otra guerrilla, no menos bien reñida, ni de menor alboroto, porque los unos á los otros desenterraron los abuelos, diciendo quienes fueron sus padres, no perdonando á sus mujeres propias, y las devociones que habian tenido, quizá que no mentian, ni ellos querian entenderse, ni nosotros nos entendíamos. Llegáronse algunos regidores y gente honrada de la villa, pusiéronlos medio en paz, y asieron de mí, que *siempre quiebra la soga por lo mas delgado*: el forastero, el pobre, el miserable, el sin abrigo, favor ni reparo, de ese asen primero. Quisieron saber qué habia sido el alboroto, y porqué; pusiéronme á una parte, tomáronme la confesion de palabra; dije llanamente lo que pasaba; pero porque podian oirme algunos que estaban cerca, me aparté con los alcaldes, y en secreto les dije lo del machuelo. Ellos quisieron verificar primero la causa, mas pareciéndoles haber tiempo para todo, comenzaron las diligencias por la prision del mesonero, que bien descuidado estaba de poder ser por aquel delito, y creyendo solo era por la capa, lo hacia todo risa, como cosa de burla, por la falta de informacion que habia, y de quien contestara con el arriero de haberme visto entrar allí con ella. Mas como viese que poco á poco salian á plaza los pedazos de adobo, pellejo y zarandajas del machuelo, quedó helado, tanto, que tomándole la confesion, viendo presentes todos los despojos, confesando de plano, quedó convencido y confesó en cuanto habia pasado, sin que cosa negase, ni tuvo ánimo para ello; que es muy cierto en los hombres viles, de vida infame y mal trato, ser pusilánimes, de poco pecho, como antes dije, que sin darle tormento, ni amenazándole con él, declaró sin serle pedido hurtos y bellaquerías que hizo, así en aquel meson, como siendo ganadero, salteando caminos, de donde vino á tener caudal con que ponerse en trato. Yo á todo estaba el oido atento, si de entre la colada salia mi capa; pero con el odio que me cobró la dejó entre renglones. Hice mis diligencias para que pareciese, ninguna fué de provecho. Acabadas de tomar nuestras declaraciones del arriero y mia, por ser forasteros nos ratificaron en ellas. Y si por la pendencia me habian de llevar preso (como

dicen, *tras paciente aporreado*), hubo diversos pareceres, holgaron de ello los escribanos, y lo pretendieron; mas uno de los alcaldes dijo haber yo tenido razon y ninguna culpa. Que ¿qué me pedian, pues iba en cuerpo, y me habian quitado la capa? Con esto me mandaron soltar, llevando á la cárcel al mesonero. Nosotros acabamos de aliñar, y seguimos nuestro camino, pasamos por donde los clérigos estaban esperando, cada uno tomó su caballería: contéles el suceso, quedaron admirados de ello, condoliéndose de mi necesidad, mas como no la podian remediar encomendáronla á Dios. Yo y mi compañero con los alborotos y breve partida, que casi salimos huyendo, nos quedamos sin oir misa. Yo la solia oir todos los dias por mi devocion: desde aquel se me puso en la cabeza que tan malos principios era imposible tener buenos fines, ni podia ya sucederme cosa buena, ni hacérseme bien. Y así fué, como adelante lo verás; que cuando las cosas se principian dejando á Dios, no se puede esperar menos.

CAPÍTULO VII.

Como creyendo ser ladron Guzman de Alfarache fué preso, y habiéndole conocido le soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino.

Antiguamente los Egipcios, como tan agoreros, entre otros muchos errores que tuvieron, adoraban á la Fortuna, creyendo que la hubiera: celebrábanle una fiesta el primero dia del año, poniendo suntuosas mesas, haciéndole grandes banquetes y opulentos convites, en agradecimiento de lo pasado, y suplicándola por lo venidero. Tenian por muy cierto ser esta diosa la que disponia en todas las cosas, dando y quitando á su eleccion; porque como suprema, lo gobernaba todo. Hacian esto por faltarles el conocimiento de un solo Dios verdadero, en quien adoramos, por cuya poderosa mano y divina voluntad se rigen cielo y tierra, con todo lo en ello criado, invisible y visible. Parecíales cosa viva ver cuando las desgracias comienzan á venir, como llegaban las unas cuando las otras dejaban, sin dar hora de sosiego, hasta desmallar y descomponer un hombre. Y otras veces que (como cobardes) acometian de tropel muchas á un tiempo para dar con la casa en el suelo. Y por el contrario, no sube el aire á la cumbre de los altos montes tan ligero como ella los levanta por medios y modos no vistos ni pensados, no dejándolos firmes en uno ni otro estado: de modo

que el abatido desespere, ni el encumbrado confie. Si la lumbre de fe me faltara como á ellos, por ventura creyendo su error, pudiera decir cuando semejantes desgracias me vinieron : *bien vengas mal si solo vienes*. Quejéme ayer de mañana de un poco de cansancio, y dos semipollos que comí, disfrazados en hábito de romeros para ser desconocidos. Vine despues á cenar el hediondo vientre de un machuelo, y lo peor de todo comer de la carne y sesos, que casi era comer de mis propias carnes, por la parte que á todos toca de la de su padre; y para final de desdichas hurtarme la capa. *Poco daño espanta, y mucho amansa.* ¿Qué conjuracion se hizo contra mí? ¿Cuál estrella infelice me sacó de mi casa? Si despues que puse el pié fuera de ella todo se me hizo mal, siendo unas desgracias presagio de las venideras, y agüero triste de lo que despues me vino, que como tercianas dobles, iban al campo con algun reposo. *La vida del hombre milicia es en la tierra :* no hay cosa segura, ni estado que permanezca, perfecto gusto, ni contento verdadero, todo es fingido y vano. ¿Quiéreslo ver? Pues oye.

Habiendo el dios Júpiter criado todas las cosas de la tierra, y á los hombres para gozarlas, mandó que el dios Contento residiese en el mundo, no creyendo ni previniendo á la ingratitud que despues tuvieron, alzándose con el real y el trueque, porque teniendo á este dios consigo, no se acordaban de otro. A él hacian sacrificio, á él ofrecian las víctimas, á él celebraban con regocijo y cantos de alabanzas. Indignado de esto Júpiter, convocó todos los dioses, haciéndoles un largo parlamento : dióles cuenta de la mala correspondencia de los hombres, pues á solo el Contento adoraban, sin considerar los bienes recibidos de su pródiga mano, siendo hechura suya, y habiéndole criado de la nada, que diesen su parecer, para remedio de semejante locura. Algunos, los mas benignos, movidos de clemencia, dijeron : Son flacos, de flaca materia, y es bien sobrellevarlos ; que si fuera posible trocar nuestra suerte á la suya, y fuéramos sus iguales, sospecho que hiciéramos lo mismo. No se debe hacer caso de ello, y cuando mucho, dándoles una honesta correccion, tendremos por muy cierto que será bastante remedio por lo presente. Momo[1] quiso hablar, comenzando por algunas libertades, y mandáronle callar, que despues hablaria. Bien quisiera en aquella ocasion indignar á Jupiter, por haberse ofrecido, como lo deseaba ; mas obedeciendo por entonces, fué recapacitando una larga oracion que hacer á su propósito cuando llegasen á su voto ; pero entre tanto no faltaron otros de condicion igual á él, que dijeron : Ya no es justo dejar sin castigo tan grave delito, que la ofensa es infinita, hecha contra dioses infinitos, y así debe ser infi-

[1] Dios de la alegría y de la crítica, que es introducido en el consejo de los dioses como su bufon ; siendo ocupacion suya examinar las acciones de estos y de los hombres, y reprenderlas libremente con su fina sátira.

nita la pena : parécenos que conviene destruirlos, acabando con ellos, no criando mas de nuevo, pues no es necesidad forzosa que los haya. Otros dijeron no convenir así, mas que arrojándoles gran número de poderosos rayos, los abrasase todos, y criase otros buenos. Así fueron dando sus pareceres diferentes, de mas ó menos rigor, conforme su calidad y complexion, hasta que llegando á dar Apolo el suyo, pedida licencia y captada la benevolencia, con voz grave y rostro sereno, dijo :

Supremo Júpiter, piadosísimo, la grave acusacion que haces á los hombres es tan justa que no te se puede negar, ni contradecir cualquier venganza que contra ellos intentes, ni tampoco puedo, por lo que te debo, dejar de advertir desapasionadamente lo que siento : si destruyes el mundo, en vano son las cosas que en él criaste, y es imperfeccion en tí deshacer lo que hiciste, para quererlo enmendar, ni pesarte de lo hecho, que te desacreditas á tí mismo; pues tu poder de criador se estrecha á tan extraordinarios medios para contra tu criatura. Perderlos y criar otros de nuevo tampoco te conviene; porque les has de dar ó no libre albedrío : si se lo das, han de ser necesariamente tales cuales fueron los pasados; y si se lo quitas, no serán hombres, y habrás criado en balde tanta máquina de cielo, tierra, estrellas, luna, sol, composicion de elementos, y mas cosas, que con tanta perfeccion hiciste : de modo, que te importa no se innove mas de en una sola cosa, con que se previene de remedio. Tú, señor, les diste al dios Contento, que lo tuviesen consigo por el tiempo de tu voluntad, pues todo pende de ella : si se supiera conservar en gratitud y justicia, cosa fuera repugnante á la tuya no ampararlos, ampliándoles siempre los favores; mas pues lo han desmerecido por inobediencia (restringiendo las penas), debes castigarlos, que no es bien que tiránicamente posean tantos dones para ofenderte con ellos; antes les debes quitar este su dios, y en lugar suyo enviarles al Descontento su hermano, pues tanto se parecen : con que de aquí en adelante reconocerán su miseria y tu misericordia; tus bienes y sus males; tu descanso y su trabajo; su pena y tu gloria; tu poder y su flaqueza, y por tu voluntad repartirás el premio al que lo mereciere, con la benignidad que fuere tu gusto, no haciéndolo general á buenos y malos, gozando igualmente todos una bienaventuranza : con esto me parece quedarán castigados y reconocidos. Haz agora (ó Júpiter clementísimo) lo que mas á tu voluntad sea conveniente, de modo que te sirvas.

Con este breve razonamiento acabó su oracion. Quisiera Momo (con la emponzoñada suya) acriminar el delito, por la enemistad vieja que con los hombres tenia, y conocida su pasion, reprobaron su parecer, loando todos el de Apolo : se cometió la ejecucion de ello á Mercurio, que luego (desplegadas las alas, rompiendo por el aire) bajó á la tierra, donde halló á los hombres con su

dios del Contento, haciéndole fiestas y juegos, descuidados que pudieran en algun tiempo ser enajenados de su posesion. Mercurio se llegó donde estaba, y habiéndole dado de secreto la embajada de los otros dioses (aunque de mala gana), fuéle forzoso cumplirla. Los hombres alteráronse del caso, y viendo que les llevaban á su dios, quisieron impedirlo, y procurando todos esforzarse á la defensa, asidos de él, trabajaban fuertemente con todo su poder. Viendo Júpiter el caso, el motin y alboroto, bajó al suelo, y como los hombres estaban asidos á la ropa (usando de ardid), sacóles el Contento de ella, dejándoles al Descontento metido en su lugar y propias vestiduras, del modo que el Contento antes estaba, llevándoselo de allí consigo al cielo, con que los hombres quedaron gustosos y engañados, creyendo haber salido con su intento, teniendo su dios consigo, y no fué lo que pensaron.

Aun este yerro vive desde aquellos pasados tiempos, llegando con el mismo engaño hasta el siglo presente. Creyeron los hombres haberles el Contento quedado, y que lo tienen consigo en el suelo, y no es así, que solo es el ropaje y figura que le parece, y el Descontento está metido dentro. Ajeno vives de la verdad si creyeres otra cosa ó la imaginas: ¿quiéreslo ver? advierte.

Considera del modo que quisieres las fiestas, los regocijos, banquetes, danzas, músicas, deleites y alegrías, y todo aquello á que mas te mueve la inclinacion en el mas levantado punto que te podrá pintar el deseo. Si te preguntare: ¿Adónde vas? podrásme responder muy orgulloso: A tal fiesta de contento. Yo quiero que allá lo recibas y te lo den; porque los jardines estaban muy floridos, y el son de las plateadas aguas y manantiales de aljófares y perlas te alegraron. ¿Merendaste sin que el sol te ofendiese, ni el aire te enojase? ¿gozaste tus deseos, tuviste gran pasatiempo, fuiste alegremente recibido y acariciado? Pues ningun contento pudo ser tal que no se aguase con alguna pesadumbre; y cuando haya faltado disgusto, no es posible que cuando á tu casa vuelvas, ó en tu cama te acuestes, no te halles cansado, polvoroso, sudado, ahito, enfadado, melancólico, doloroso, y por ventura descalabrado ó muerto; que en los mayores placeres acontecen mayores desgracias, y suelen ser vísperas de lágrimas, no vísperas que pase noche de por medio: al pié de la obra, en medio de aquesa idolatría, las has de verter, que no se te fiarán mas largo. Vendrásme á confesar agora, que la ropa te engañó y la máscara te cegó: donde creiste que el contento estaba, no fué mas del vestido, y el descontento en él. ¿Ves ya como en la tierra no hay contento, y que está el verdadero en el cielo? Pues hasta que allá lo tengas no le busques acá.

Cuando determiné mi partida, ¿qué de contento se me representó, que aun me lo daba el pensarla? Veia con la imaginacion el abril y la hermosura de los campos, no considerando sus agostos, ó como si en ellos hubiera de habitar impasible; los

anchos y llanos caminos, como si no los hubiera de andar y cansarme en ellos: el comer y beber en ventas y posadas, como el que no sabia lo que son venteros, y dieran la comida graciosa, ó si lo que venden fuera mejor de lo que has oido.

La variedad y grandeza de las cosas, aves, animales, montes, bosques, poblados, como si hubieran de traérmelo á la mano: todo se me figuraba de contento, y en cosa no lo hallé sino en la buena vida: todo lo fabriqué próspero en mi ayuda, que en cada parte donde llegara estuviera mi madre que me regalara, la moza que me desnudara y tragera la cena á la cama, y me arropara la ropa, y á la mañana me diera el almuerzo. ¿Quién creyera que el mundo era tan largo? Habia visto unos mapas, parecióme que así estaba todo junto y tropellado. ¿Quién imaginara que habia de faltarme lo necesario? No pensé que habia tantos trabajos y miserias. Mas, oh! ¡cómo es el *no pensé* de casta de tontos, y propio de necios, excusa de bárbaros, y acogida de imprudentes! Que el cuerdo y sabio siempre debe pensar, prevenir y cautelar. Hice como muchacho simple, sin entendimiento ni gobierno: justo castigo fué el mio, pues teniendo descanso quise saber de bien y mal. ¡Cuántas cosas iba considerando cuando salí del meson, sin capa y burlado! Quise comer de las ollas de Egipto, que *el bien hasta que se pierde no se conoce*. Todos íbamos pensativos, á mi buen arriero acabósele la cosecha y risa con la burla del mesonero; antes tiraba piedras á mi tejado, agora encoge las manos, y las tiene quedas viendo que es el suyo de vidrio. Menos mal, discrecion es considerar antes que digan lo que pueden oir, y antes que hagan el daño que les pueden hacer. No es bien arrojarse al peligro, que á una libertad hay otra, lenguas para lenguas, y manos para manos: todas las cosas tienen su razon, y á todos conviene honrar el que de todos quiere ser honrado. ¿No consideras en tí, que aun tu secreto será ó puede ser para el otro público, y te podrá responder con obras ó palabras lo que no querrás oir ni padecer? No estribes en fuerzas ni en poderío, que si en tu rostro no dijere tu afrenta, irála publicando á todo el mundo. No ganes enemigos de los que con buen trato puedes hacer amigos, que ningun enemigo es bueno por flaco que sea: de una centelluela se levanta gran fuego. ¡Qué cosa tan honrosa, qué digna de hombres cuerdos, hidalgos y valerosos, andar medidos, arriendados y ajustados con la razon, para que no se les atrevan y los pongan en ocasion! ¿No ves como la anduvo un arriero? Ya iba callando, no se reia, llevaba baja la cara, que de vergüenza no la levantaba. Los buenos de los clérigos iban rezando sus horas. Yo considerando mis infortunios, y cuando todos, cada uno mas emboscado en su negocio, llegaron dos cuadrilleros en seguimiento de un paje que á su señor habia hurtado gran cantidad de joyas y dineros, y por las señas que les dieron debia de ser otro yo. Así

como me vieron, levantaron la voz: Ah ladron, ah ladron, aquí os tenemos, no podeis iros ni escaparos. Luego á puñadas me apearon del hermano asno, y (teniéndome asido) buscaron la recua, creyendo hallar el hurto: quitaron las enjalmas, tentaron las albardas, no perdonaron espacio de un garvanzo sin mirarlo. Decian: Ea, ladron, decid la verdad, que ahorcaros tenemos aquí si luego no lo dais. No querian oirme ni admitir disculpa, que á pesar del mundo (sin mas de su antojo) yo era el dañador. Dábanme golpes, empujones, torniscones, que me atormentaban, y mas por no dejarme hablar ni pronunciar defensa; y aunque mucho me dolia, mucho me alegraba entre mí, porque daban al compañero mas al doble y recio, como á encubridor que decian era mio. ¿No consideras la perversa inclinacion de los hombres, que no sienten sus trabajos cuando son mayores los de sus enemigos? Yo iba mal con él, que por su ocasion perdí mi capa y cené burro: sufria con menos pesadumbre el daño propio por lo que cambiaba en el ajeno. Dábanle sin piedad, pedíanle que descubriese donde lo llevaba ó quedaba guardado. El pobre hombre, que como yo estaba inocente de tal cosa, no sabia que hacer: al principio creyó ser burlas, mas cuando de la raya pasaron, al diablo daba el muerto y á quien lo lloraba: no se le hacia conversacion de gusto, ni quisiera conocerme. Ya tenian espulgada la ropa, mirada y revuelta, y el hurto no parecia, ni el rigor de su castigo cesaba; como si fueran jurídicos jueces nos maltrataban crudamente con obras y palabras (quizá que lo traian por instruccion). Ya cansados de aporrearnos, y nosotros de sufrirlo, nos maniataron para volvernos á Sevilla. Líbrete Dios de delito contra las tres santas, Inquisicion, Hermandad y Cruzada; y si culpa no tienes, líbrete de la Santa Hermandad, porque las otras santas, teniendo (como tienen) jueces rectos, de verdad, ciencia y conciencia, son los ministros muy diferentes; y los santos cuadrilleros en general es toda gente nefanda y desalmada, y muchos, por muy poco jurarán contra tí lo que no hiciste ni ellos vieron, mas del dinero que por testificar falso llevaron, si ya no fué jarro de vino el que les dieron. Son en resolucion de casta de porquerones, corchetes ó alguaciles, y por el consiguiente ladrones pasantes, ó punto menos, y (como diremos adelante) los que roban á bola vista en la república. ¿Y tú, cuadrillero de bien, que me dices que hablo mal, que tú eres muy honrado, y usas bien tu oficio? Yo te lo confieso, y digo que lo eres, como si te conociera. Pero dime, amigo (para entre nosotros, que no nos oiga nadie), ¿no sabes tú que digo verdades de tu compañero? Si tú lo sabes, y ello es así, con él hablo, y no contigo. Ya estábamos despedidos de los clérigos, que se iban á pié su camino, y nosotros el nuestro: ¿quiéres oirme lo que sentí? Pues fué sin duda mas verme volver á mi tierra de aquella manera, que los golpes recibidos, ni la muerte

si allí me la dieran; si á otra parte acaso nos llevaran (siendo extraña) lo tuviera en poco, supuesto que iba salvo, y la verdad habia de parecer, y no ser yo el que buscaban. Estábamos atraillados como galgos, afligidos, de la manera que puedes considerar, si tal te aconteciera. No sé como uno de aquellos benditos me miró, y dijo al otro: ¡Ola, hao, te digo! Creo que nos habemos engañado con la priesa. El otro respondió: ¿Cómo así? Volvióle á decir: ¿No sabes que el que buscamos tiene menos el dedo pulgar de la mano izquierda, y este está sano? Leyeron la requisitoria, refirieron las señas, y vieron que casi se engañaron en todas. Y sin duda que debian de traer gana de aporrear, y dieron en lo primero que hallaron. Luego nos desataron, y pidiendo perdon y licencia se fueron, y nos dejaron bien pagados de nuestro trabajo, quitándole al arriero unos pocos de cuartos para la vista del pleito, y remojar la palabra en la primera venta. No hay mal tan malo de que no resulte algo bueno. Si no me hubieran hurtado la capa, yendo cubierto con ella no echaran de ver si estaba sano de mis dedos pulgares, y cuando lo vinieran á mirar, no fuera en tiempo, y quisiera primero haber padecido mil tormentos. En todo eché buena suerte, gastado, robado, hambriento, y deshechas las quijadas á puñetes; desencasado el pescuezo á pescozadas; bañados en sangre los dientes á mogicones: mi compañero, si no peor, no menos; y perdonen, amigos, que no son ellos: ved que gentil perdon, y á que tiempo. Los clérigos iban cerca, luego nos alcanzamos: admiráronse en vernos: supieron de mí la causa de nuestra libertad, que mi compañero estaba tal, que no se atrevió á hablar por no escupir las muelas. Cada uno subió en su caballería: comenzamos á picar, y no con los talones, que los de albarda no alcanzaban: á fe os prometo que tuvimos bien que contar de la vendeja y grangería de la feria. El mas mozo de los clérigos dijo: Agora bien, para olvidar algo de lo pasado, y entretener el camino con algun alivio, en acabando las horas con mi compañero, les contaré una historia, mucha parte de ella que aconteció en Sevilla. Todos le agradecimos la merced, y porque ya concluian su rezado, estuvimos esperando en silencio y deseo.

CAPÍTULO VIII.

En que Guzman de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraxa segun se la contaron.

Luego como acabaron de rezar, que fué muy breve espacio, cerraron sus breviarios, y metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atencion oido, comenzó el buen sacerdote la historia prometida en esta manera.

Estando los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo de él no se conoció ventaja en alguna de las partes; porque aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los Moros (habiendo muchos) estaba fortalecida con la buena disposicion del sitio. La reina doña Isabel asistia en Jaen, previniendo á las cosas necesarias, y el rey don Fernando acudia personalmente á las del ejército. Teníale dividido en dos partes: en la una plantada la artillería, y encomendada á los marqueses de Cádiz y Aguilar, á Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y á los comendadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados: en la otra estaba su alojamiento, con los demás caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada; y si por ella pudieran atravesar, habia como distancia de media legua del un real al otro; mas por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra, y así distaban una legua; y porque con dificultad podian socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el rey por su persona muy á menudo visitaba: y aunque los Moros procuraban impedir que no se hiciesen, los cristianos los apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que cada dia no pasó alguno sin que dos ó mas veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos; pero porque la obra no cesase (siendo tan importante), siempre con los que en ella trabajaban asistian de guarda noche y dia las compañías necesarias. Aconteció que estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya para cierto efecto. Los Moros, que (como dije) siempre se desvelan procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea, y estando trabada socorrieron á los Moros otros muchos de la ciudad. El rey don

Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el rey al conde apretado y herido, mandó al maestre de Santiago acometer por una parte, y al marqués de Cádiz y duque de Nágera, y á los comendadores de Calatrava y á Francisco de Bobadilla, que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería. Los Moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra, y pelearon valentísimamente así ellos como los cristianos: y hallándose el rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron á mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los Moros, dieron á huir, y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta meterlos por los arrabales de la ciudad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fué Daraxa, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza. Era la suya una de las mas perfectas y peregrina hermosura que en otra se habia visto: seria de edad hasta diez y siete años no cumplidos; y siendo en el grado que tengo referido, la ponia en mucho mayor su discrecion, gravedad y gracia. Tan diestramente hablada castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja; pues entre las mas ladinas pudiera pasar por una de ellas. El rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió á la reina su mujer, que no la tuvo en menos, y recibiéndola alegremente, así por su merecimiento, como por ser principal descendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin mas daños ni peleas. Procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera y con ventajas que á otras de las mas allegadas á su persona: y así, no como cautiva, antes como á deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante, y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea. Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, además del gusto que recibia en hablar con ella; porque la daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de mas edad, y varon muy prudente por quien todo hubiera pasado: y aunque los reyes vinieron despues á juntarse en Baza (rendida la ciudad con ciertas condiciones), nunca la reina quiso deshacerse de Daraxa por la gran aficion que la tenia, prometiendo al alcaide su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia, mas dióle alivio entender el amor que los reyes la tenian, de donde les habia de resultar honra y bienes, y así no replicó palabra en ello. Siempre la reina la tuvo consigo, y llevó á la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco á poco sin violencia, con apacibles medios, la dijo un dia: Ya entenderás, Daraxa, lo que deseo tus cosas y gusto: en parte

de pago de ello te quiero pedir una cosa en mi servicio, que trueques esos vestidos á los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura. Daraxa la respondió : Haré con entera voluntad lo que tu alteza me manda; porque habiéndote obedecido, si hay algo en mí de alguna consideracion, de hoy mas estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos, y suplirán mis faltas. Todo lo tienes de cosecha (le replicó la reina), y estimo ese servicio y voluntad con que la ofreces. Daraxa se vistió á la castellana, residiendo en palacio por algunos dias, hasta que de allí partieron á poner cerco sobre Granada; que así por los trabajos de la guerra, como para irla saboreando en las cosas de nuestra fe, la pareció á la reina seria bien dejarla en casa de don Luis de Padilla (caballero principal, muy gran privado suyo), donde se entretuviese con doña Elvira de Guzman, su hija, doncella, á quienes encargaron el cuidado de su regalo; y aunque allí lo recibia, mucho sintió verse lejos de su tierra, y otras causas que la daban mayor pena, mas no las descubrió, antes bien con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquel gusto de su alteza, lo estimaba en merced, y recibia por suyo.

Esta doncella tenian sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin : sus calidades muy conformes á las de Daraxa : mancebo rico, galan, discreto, y sobre todo valiente y animoso, y cada una de estas partes dispuesta á recibir un muy, y le era muy debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñon de Castilla se criara, y hubiera nacido en ella : cosa digna de alabanza de mozos virtuosos, y gloria de padres que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente, de modo idolatraba en ella, que si se le permitiera en altares pusiera sus estátuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, de ella era su voluntad, y su esposa (reconocida) nada le quedaba en deuda. Era el amor igual, como las mas cosas en ellos, y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribian, los amorosos recados que se enviaban no se pueden encarecer : habíanse visto y visitado, pero no tratado sus amores á boca. Los ojos, parleros muchas veces, que nunca perdieron ocasion de hablarse, porque los dos, de muchos años antes, y no muchos, pues ambos tenian pocos; mas para bien hablar, desde su niñez se amaban, y las visitas eran á deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres, y amor en los hijos con tan estrechos nudos, que (de conformidad) todos desearon volverlo en parentesco, y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada. Con esta revuelta y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con mas comodidad y alegría, para

solemnizar con juegos y fiestas lo que aquella pedia, y casamiento de tan calificada gente. Daraxa, ya dije quien era su padre: su madre fué sobrina, hija de hermana de Boabdelin, rey de aquella ciudad, que habia tratado el casamiento. Y Ozmin, primo hermano de Mahomet, rey (que llamaron Chiquito) de Granada. Pues como sucediese al reves de sus deseos, mostrándose á todos la fortuna contraria, estando Daraxa en poder de los reyes, y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, efectos de tristeza que mostró, á todos se extendia, y ninguno salia con pequeña parte; mas como el daño fuese tan solo suyo, y la pérdida tan de su alma, tanto creció el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de una enfermedad tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida, y los remedios distantes. Crecian los efectos con indicios mortales; porque la causa crecia sin ser á propósito las medicinas, y lo peor que el mal no se entendia, siendo lo mas esencial de su reparo. Así de su salud los afligidos padres ya tenian rendida la esperanza; los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes: todos en esta pena, y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginacion de que le pareció sacar algun fruto, y aunque con riesgo, mas puesto en parangon del que tenia no podia ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecucion, procurando alcanzar ver á su querida esposa, cobró aliento y algun esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podian dañarle: despidió las tristezas y melancolías; pensaba solamente cómo tener salud: con esto vino á cobrar mejoría, á desesperacion de todos los que le vieron llegar á tal punto. Dicen bien, que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades. Y la alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial, y así es bien procurársela; y cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó á convalecer, y apenas podia tenerse sobre sí, cuando previniéndose (para guia) de un Moro que á los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espia, y de joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzon de la silla, su espada y daga ceñida (en traje andaluz), salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabian bien la tierra. Pasaron á vista del real, y habiéndole dejado bien atrás, por sendas y veredas iban á Loja, cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitan de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huia desamparando la milicia; pues como así los viese los prendió. Fingió el Moro tener pasaporte, buscándole, ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes, y como no le hallase, y los viese descaminados (tomando mala sospecha), los prendió para volverlos al real. Ozmin (sin alterarse alguna cosa, con libres palabras) aprovechándose del nombre del

caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo de Padilla, y haber venido á traer un recado á los reyes de parte de su padre, y cosas de Daraxa; y por haber adolecido se volvia. Otro sí, le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino, y que para tornar á él habian tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, pues todavía insistia queriéndolos volver, y no le entendian, que ni á él se le diera una tarja que se fueran ó volvieran. Solo fué su pretension, que un caballero tal como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones, que no hay firma de general que iguale al sello real: y no tanto mas, cuanto en mas noble metal estuviere estampado. Para los maltrapillos y soldados de tornillo tienen dientes, y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algun provecho, que eso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantas bravatas habian de parar, volvió á decirle: No entienda, señor capitan, que me diera pena volver atrás otra vez, ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud como ve no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejacion semejante por el riesgo de mi vida. Y sacando del dedo una rica sortija la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego, que luego le dijo: Señor, vuesa merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal, que no se va con la paga del rey, ni desampara á su campo menos que con la ocasion que tiene; é iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recado para que con seguridad pueda pasar adelante. Así lo hizo, quedando muy amigos, y habiendo reposado se despidieron, tomando cada uno por su via.

Con estas y otras desgracias llegaron á Sevilla, donde por la relacion que traia supo la calle y casa donde Daraxa estaba. Dió algunas vueltas á diferentes horas y en diversos dias, mas nunca la pudo ver, que como no iba fuera ni á la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor, y recrearse con su amiga doña Elvira. Viendo pues Ozmin la dificultad que tenia su deseo, y la nota que daba, como en comun la dan en cualquier lugar los forasteros, deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan, y de qué viven, especialmente si pasean una calle, y miran con cuidado á las ventanas ó puertas: de allí nace la envidia, crece la murmuracion, sale de balde el odio aunque no haya interesados.

Algo de esto se comenzaba, y fué forzoso (evitando el escándalo) cesar por algunos dias: el criado hacia el oficio como persona de poca cuenta. Mas no descubriéndosele camino, solo se consolaba con que las noches (á deshora), pasando por su calle, abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperacion vivió algun tiempo, hasta que por suerte llegó el que deseaba; que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre dia, vió que don Luis hacia reparar cierta pared sa-

cándola de cimiento : asió de la ocasion por el copete, aconsejando á su amo que comprando un vestidillo vil hiciese como entrar por peon de albañilería. Parecióle bien : púsolo en ejecucion, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse de ello cuando se le ofreciese, y así se fué á la obra. Pidió ¿si habia en que trabajar para un forastero? Dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando aventajarse á todos; y aunque con disgustos que tenia no habia cobrado entera salud, *sacaba* (como dicen) *fuerzas de flaqueza*, que *el corazon manda las carnes*. Era el primero que á la obra venia, siendo el postrero que la dejaba : cuando todos holgaban buscaba en que ocuparse ; tanto, que siendo reprendido de sus compañeros (que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia), respondia no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse de él en ministerios de casa, en especial del jardin. Preguntóle ¿ si de ello entendia? Dijo que un poco, mas que el deseo de acertarle á servir haria que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversacion y talle, porque de cualquiera cosa le hallaba tan suficiente como solícito.

El albañil acabó sus reparos, y Ozmin quedó por jardinero, que hasta este dia nunca le habia sido posible ver á Daraxa. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo, y deshecho el nublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz con que vió el alegre puerto de sus naufragios ; y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio, vió que su esposa se venia sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas de ellas, con que adornaba el cabello. Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado que en el alma tenia ; y bien vió que tanta hermosura no podia dejar de ser la suya. Turbóse en verla, de hablarla, y tan vergonzoso como empachado ! al tiempo que pasaba bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre que en la mano tenia. Volvió á mirar Daraxa el nuevo jardinero, y por un lado del rostro (aquello que cómodamente pudo descubrir) se la representó á la imaginacion el lugar donde siempre la tenia, por la mucha semejanza de su esposo, de dónde la vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo (arrimada al encañado del jardin) despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo á la memoria muchas, que si en cualquiera de ellas perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmin le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo, y el corazon alborotado, volviendo á contemplar de nuevo la imágen de su adoracion, que cuanto mas atentamente le miraba, mas vivamente las trasfor-

maba en sí. Parecíale sueño, y viéndose despierta, temia ser fantasma: conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender que fuese, porque la enfermedad le tenia flaco y falto de las colores que solia; mas en lo restante de facciones, compostura de su persona y sobresalto lo atestiguaba: el oficio, vestido y lugar la despedian y desengañaban. Pesábale del desengaño, porfiando en su deseo, sin poder abstenerse de cobrarle particular aficion por la representacion que hacia; y con la duda y ansias de saber quien fuese, le dijo: ¿Hermano, de dónde sois? Ozmin alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y añudada la lengua en la garganta, sin poder formar palabra, ni siendo poderoso á responderle con ella, lo hicieron los ojos regando la tierra con abundancia de agua que salia de ellos, cual si de dos represas alzaran las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraxa correspondió con la misma órden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, á lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardin don Rodrigo, hijo mayor de don Luis, que, enamorado de Daraxa, siempre seguia sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando; ellos por no darle á entender alguna cosa, Ozmin volvió á su labor, y Daraxa pasó adelante. Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro; presumió si hubiera sido algun enojo, y preguntóselo á Ozmin, el cual, aunque no se habia bien vuelto á cobrar del pasado sentimiento, mas esforzándose por la necesidad que tenia de ello, le dijo: Señor, del modo que la viste, la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra; y así no me lo dijo, ni sé cual sea su pasion, especialmente que siendo hoy el dia primero que en este lugar entré, ni á mí fuera lícito preguntarla, ni á su discrecion comunicármela. Con esto se fué de allí con intencion de saberlo de Daraxa, mas en cuanto en estas palabras se entretuvo, ella se subió á largo paso por un caracol á sus aposentos, y cerró tras de sí la puerta.

Algunas tardes y mañanas pasaban de estas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol del amor, con que daban alivio á sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso, que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho, ni con seguridad tuvieron este gusto, porque de la continuacion extraordinaria, y verlos estar juntos hablándose en algarabía, y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya dada pesadumbre á todos los de casa, y á don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversacion, lo cual no hacia con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuracion, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando como manchar y oscurecer las vidas y virtudes ajenas : y así en la gente de condicion vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazonada : es el ave de mas ligero vuelo, que mas presto se abalanza, y mas daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo, y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar á lo llano la ola, y á los oidos de don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica, y trata granjear á los mayores á costa ajena, con invenciones y mentiras cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos á quien la propia virtud falta, y por sus obras ni persona merecen. Dióles don Luis oido atento á las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijeron : era caballero prudente y sabio, no se las dejó estar paradas donde se las pusieron : pasólas á la imaginacion, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo : abrió el oido, no lo consintió cerrado, aunque algo se escandalizó : muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que mas le turbó fué sospechar si su jardinero era Moro, que con cautela hubiera venido á robar á Daraxa: creyendo que así seria, cegóse luego; y lo que mal se considera, muchas veces, y las mas no ha salido bien la ejecucion por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió á prenderle. Él sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándole con este seguro, fuése donde Daraxa estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabia todo, y aun de dias antes lo habia barruntado. Mostróse á don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borron semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase; pues para cualquier mala sospecha habian abierto senda. Estas y otras bien compuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hicieron á don Luis (con facilidad) arrepentirse de lo hecho. Quisiera (segun Daraxa lo deshizo) nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que le impusieron en ello. Mas por no mostrarse fácil, y que sin mucha consideracion se hubiese movido á cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, la dijo de esta manera : Bien creo, y de cierto conozco, hija Daraxa, la razon que tienes, y lo mal que (con término semejante) contra tí se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien desciendes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes mis señores todo el amor que un solo y verdadero hijo puede

ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de tí la cuenta conforme á la confianza que de mí se hizo. Por lo cual, y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder como quien eres, con el buen trato que á mi lealtad y á lo mas referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en tí haber cosa que desdiga ni degenere. Mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmin cuando entró á servir de peon), acompañada de hablar en arábigo para desear todos entender lo que sea, ó cuál fué su principio, sin haberle antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, á muchos quitarás la duda, y á mí un impertinente y prolijo desasosiego. Suplícote, por quien eres, nos absuelvas esta duda, creyendo de mí que en lo que fuere posible seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca.

Curiosamente estuvo atenta Daraxa en lo que don Luis la decia para poderle responder, aunque su buen entendimiento ya se habia prevenido de razones para el descargo si algo se hubiera descubierto, mas en aquel breve término (dejándolas pensadas) la fué necesario valerse de otras mas á propósito á lo que fué preguntada, con que fácilmente (dejándole satisfecho) descuidase, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo segun solia, y dijo así: Señor y padre mio, que así te puedo llamar; señor por estar en tu poder, y padre por las obras que de tal me haces; mal correspondiera con lo que soy obligada, y á las continuas mercedes que recibo de sus altezas por tus manos, y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discrecion mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra, y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo: que aunque traer á la memoria cosas que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre, y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar, y dejar deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas asegurado.

Ya, señor, habrás entendido quien soy, que te es notorio, y como mis desgracias ó buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro) me trajeron á tu casa, despues de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano, y descendiente de los reyes de ella. Este mi esposo (si tal puedo llamarle) se crió, siendo como de seis ó siete años, con otro niño cristiano cautivo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comian y dormian de ordinario por lo mucho que se amaban (ved si eran prendas de amistad las

que he referido), así lo amaba mi esposo, como si igual ó deudo suyo fuera: de él fiaba su persona, por ser muy valiente, era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos, y en sustancia otro él: ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba, que por la mucha discrecion de ambos, nunca de ella se trataron por no deshermanarse. Mereciálo bien el cautivo (dije mal, mejor dijera hermano, y tal debiera llamarle) por su trato fiel, compuestas costumbres, y ahidalgado proceder, que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron cautivos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este (habiéndose tratado de mis bodas) era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba: traíame papeles y regalos, volviendo los retornos debidos á semejantes portes; pues como Baza fuese entregada, y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los demás cautivos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobrarla fué tanto como el dolor de perdernos: de él podrás fácilmente saberlo, con lo mas que quisieres entender, porque es Ambrosio el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas Dios fué servido que á él viniese. Sin pensar le perdí, y acaso le he vuelto á hallar: con él repaso los cursos de mis desgracias, despues que en ellas me gradué: con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, y entretengo la penosa vida para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz á tu voluntad, que será la mia en cuanto la dispusieres. Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la extrañeza como del caso lastimoso, segun el modo de proceder que en contarle tuvo, sin pausa, turbacion ó accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo: además, que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes. Con esto fué suelto de la prision Ambrosio sin preguntarle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello á la informacion de Daraxa, solo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro, le dijo: Agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre, y si este faltara tú le dieras por tus virtudes y nobleza, que segun lo que de tí he sabido, en obligacion te estoy por ello para hacerte de hoy mas el tratamiento que mereces. Ozmin le dijo: En ello, señor, harás como quien eres, y el bien que recibiere podré preciarme siempre que de tu largueza y casa me ha procedido. Con esto se le permitió que volviese al jardin con la misma familiaridad que primero, y mas franca licencia: las veces que querian se hablaban, sin que alguno en ello ya se escandalizase.

En este intermedio siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraxa, de que les era dado

particular aviso, holgaban de saberlo, encomendándola mucho por sus cartas.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza, y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los demás principales caballeros de aquella ciudad, deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer; mas como don Rodrigo la tuviese (como dicen) de las puertas adentro, era entre los demás opositores el de mejor accion al comun parecer. El caso era llano, y la sospecha verosímil; pues de su condicion, costumbres y trato ella tenia hecha experiencia, y las ostentaciones de esta calidad no suelen ser de poco momento, ni el escalon mas bajo haber uno hecho alarde público de sus virtudes y nobleza donde por ellas pretende ser conocido y aventajado; mas como los amantes tuviesen las almas trocadas, y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto ajenos de ofenderse. Nunca Daraxa dió lugar con descompostura ni otra causa que alguno se le atreviese, aunque todos la adoraban: cada uno buscaba sus medios, y echaba sus redes, cercando con rodeos, mas ninguno tenia fundamento.

Visto por don Rodrigo cuan poco aprovechaban sus servicios, cuan en balde su trabajo, y el poco remedio que tenia; pues en tantos dias pasados de continua conversacion, estaba como el primero, vínole al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercesion alcanzar algunos favores; y tomándolo por el mas acertado medio, estando una mañana en el jardin, le dijo: Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes á tu ley, á tu rey, á tu natural, al pan que de mis padres comes, y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos: entiendo, que como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder á quien eres: vengo á tí con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra, y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si, tratando con Daraxa, entre las demás razones la dispusieres, con las buenas tuyas, á que dejada la secta falsa que sigue se quiera volver cristiana. Lo que de ello podrá resultar, bien te es notorio: á ella salvacion, servicio á Dios, á los reyes gusto, honra en tu patria, y á mí total remedio; porque pidiéndola por mujer, vendré á casar con ella; y no será poco el útil que sacarás de este viaje, que siéndote honroso, te será juntamente provechoso, y tanto, cuanto puede ponderar tu buen entendimiento; porque siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena obra y amistad que por intercesion tuya recibiere: no dejes de favorecerme, pues tanto puedes; y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno. Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortacion, Ozmin le respondió lo siguiente:

La misma razon con que has querido ligarme (señor don Ro-

drigo) te obligará que creas cuanto deseo que Daraxa siga mi ley, á que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo, y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado; pero amando tan de corazon á su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana es doblarle la pasion sin otro fruto alguno, que aun en ella viven algunas esperanzas, que podria mudarse la fortuna dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido de ella, y siempre me ha dicho, y la he visto firme en ello. Mas para cumplir con lo que me mandas (no obstante que no ha de ser de fruto) la volveré á hablar y á tratar de ello, y te daré su respuesta. No mintió el Moro palabra en cuanto dijo, si hubiera sido entendido; mas con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo, no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo: y así (engañado) llevó alguna confianza, que quien de veras ama se engaña con desengaños.

Ozmin quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacia, que casi salia de juicio con el celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no le pudo mas ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor (como poderoso en su tierra y casa) pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle su intento, siendo cual era tanta su solicitud: temíase no se la mudasen, que las muchas baterías aportillan los fuertes muros, y con secretas minas los postran y arruinan. Con este recelo discurria por el pensamiento á trágicos fines y funestos acaecimientos que se le representaban; mucho los temia, y algo los creia, como perfecto amador. Viendo Daraxa tantos dias tan triste á su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; mas ni él se la dijo, ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo habia pasado. Ella no sabia qué hacer, ni como poderle alegrar, aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca, y firme corazon, exageradas con los hermosos ojos, que las enternecian con el agua que de ellos á ellas bajaban, así le dijo:

Senor de mi libertad, dios que adoro, y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza, que estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría, ó cómo la tendreis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las nieblas de mi corazon. Si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy á piedad os mueven, si no quereis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digais, ¿qué os tiene triste? Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto; pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las

propias enjugar las ajenas, siendo todas unas, por estar impedida la lengua. Ozmin, con la opresion de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistió, volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabia Daraxa qué hacerse, con qué volverle, ni cómo consolarle, ni pudo entender cuál pudiera ser ocasion de tanta mudanza en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, despues de haber mojado un precioso lienzo que en ellas tenia, matizado de oro y plata, con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de mucha estimacion. Tanto se trasformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que si se descuidara un poco los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraxa le tenia la cabeza reclinada en su rodilla, y él recatado en sus faldas, en cuanto en sí volvia, y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardin. Daraxa con la turbacion se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fué por su dueño puesto en cobro, y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fué, y ellos quedaron solos. Preguntóle, ¿qué habia negociado? Respondióle: Lo que siempre; tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no solo dejará de ser (como pretendes) cristiana, pero que si lo fuera, por él dejara de serlo, volviéndose mora: y á tal extremo llega su locura, el amor de su ley y de su esposo. Habléle tu negocio, y á tí porque lo intentas, y á mí porque lo trato, nos ha cobrado tal odio, que ha propuesto, si de ello mas le hablo, no verme, y á tí de verte venir se fué huyendo: así que, no te canses, ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano. Entristecióse mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmin era en su daño que de provecho: parecióle que á lo menos, cuando Daraxa la diera tan desabrida, él no debiera referirla con accion semejante, haciéndose casi dueño del negocio, y es imposible amor y consideracion: tanto uno se desbarata mas, cuanto mas ama. Representóscle la muy estrecha amistad que se decia tener con su primer amo: parecióle que aun seria viva, y no de creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento, reforzado de pasion, se determinó á echarle de casa, diciéndole á su padre cuan dañoso era permitir donde Daraxa estuviese, quien pudiera entretenerla con sus pasados amores, ni hablarla de ellos en especial, siendo la intencion de sus altezas volverla cristiana, y en cuanto Ambrosio allí estuviese, lo tenia por dificultoso. Hagamos (dijo), señor, el ensayo con apartarlos unos dias, en que veremos lo que resulta. No pareció mal á don Luis el consejo de su hijo; y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber (que al poderoso no hay pedirle causa,

y suele el capitan con sus soldados hacer con dos ochos quince), lo despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogióle de sobresalto; aun despedirse no pudo; y obedeciendo á su amo, fingiendo menor dolor del que sentia, sacó de allí el cuerpo, prenda que tuvo, porque el alma tenia dueño, en cuyo poder la dejó.

Viendo Daraxa tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso, y que ya lo sabia. Con esto, juntándose un mal á otro, pesar á pesar, y dolor á dolores, careciendo de ver á su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto mas podia, era eso lo que mas la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable el que se viere afligido, que cuando con ello no quite la carga de la pena, á lo menos la hace menor, y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto, desabrida, cual se le conocia muy bien de su rostro y talle. No quiso el enamorado Moro mudar estado, que como antes andaba, tal se trató siempre, y en hábito de trabajador seguia su trabajada suerte: en él habia tenido la buena pasada, y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaban, yendo de esta manera, probando ventura, si entrando en unas y otras partes oyese ó supiese algo que le importase, que no por otro interés, pues podia con larga mano gastar por muchos dias de los dineros y joyas que sacó de su casa. Mas así por lo dicho, como por haberse dado á conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia, y andar mas desconocido, sin que sus designios le pudieran ser desbaratados, perseveró en él por entonces. Los caballeros mancebos que servian á Daraxa, conociendo el favor que con ella Ozmin tenia, y que ya no servia en casa de don Luis, cada uno le codició para sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantóse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galan y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darian ganado el juego: mandóle llamar, concertóse con él, hízole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad (si entre señor y criado puede haberla, no obstante que en cuanto hombre es compatible; pero su propio nombre comunmente se llama privanza), con que pasados algunos lances, le vino á descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses, que todo fué volverle á manifestar las heridas, refrescando llagas, y hacerlas mayores; y si antes recelaba de uno, ya eran dos, y en poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió, y los caminos por donde cada uno marchaba, y de quien se valia: díjole, que otros no queria, ni buscaba mas de su buena inteligencia, creyendo como tiene cierto seria sola su intercesion bastante á efectuarlo.

No sabré decir, ni se podrá encarecer lo que sintió verse hacer segunda vez alcahuete de su esposa, y cuanto le convenia pasar

por todo con discreta disimulacion. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo; y si con todos hubiera de arrojarse, mucho le quedaba por andar; todo lo perdiera, y de nada tuviera conocimiento. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas para que pacíficamente se alcance el fin de ellas. Fuéle entreteniendo, aunque se abrasaba vivo: batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra, y le tiraban garrochas, no sabia donde acudir, ni tras quien correr, ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese: la liebre una, los galgos muchos, y buenos corredores, favorecidos de halcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner á las honras fuego, y en muchas casas que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, á dejarlo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las propias tienen, y otras por engaño, que de todo hay, todo se platica, y para la gente principal y grave, no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas y cobijas. Todo lo temia, y mas á don Rodrigo, á quien él y los otros competidores tenian gran odio por su arrogancia falsa: cautelaba con ella para que los otros desistiesen, desmayados en creer seria el orígen de ella los favores de Daraxa. Hablábanle bien, queríanle mal; vertíanle almíbar por la boca, dejando en el corazon ponzoña; metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas; hacíanle rostro de risa, y era la que suele hacer el perro á las abispas, que tal es todo lo que hoy corre, y mas entre los mejores.

Volvamos á decir de Daraxa los tormentos que padecia, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fué, qué se hizo, si estaba en salud, con qué pasaba, si amaba en otra parte; y esto le daba mas cuidado, porque aunque las madres tambien lo tienen de sus hijos ausentes, hay diferencia, que ellas temen la vida del hijo, y la mujer al amor del marido, si hay otra que con caricias y fingidos halagos lo entretenga. Qué dias tan tristes aquellos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope[1] con el casto deseo de su amado Ulises. Mucho diré callando en este paso, que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella, que despues de pintada muerta en su lugar, puso á la redonda sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte, y

[1] Habiendo marchado Ulises, rey de Itaca, á la guerra de Troya, y como por prolongarse su ausencia se le creyese muerto, se presentó una multitud de pretendientes á la mano de Penélope, su esposa, que no sabiendo qué partido tomar, los entretuvo ofreciéndoles que se decidiria luego que concluyese una tela en que estaba trabajando, y que habia de servir para el funeral de su suegro Laertes: mas por la noche deshacia la labor que habia hecho de dia, y con este ardid fué dando largas á la impaciencia de sus amantes.

con el sentimiento que cada uno en su grado podia tocarle; mas cuando llegó á los padres, dejólos por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor segun lo sintiese; porqué no hay palabras ni pincel que llegue á manifestar amor ni dolor de padres, sino solas algunas obras que de los gentiles habemos leido: así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochon grosero, y ha de formar borrones: cordura será dejar á discrecion del oyente, y del que la historia supiere, cómo suelen sentirse pasiones cual esta: cada uno lo considere, juzgando el corazon ajeno por el suyo. Andaba triste, que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolía, y don Rodrigo su hijo, ambos por alegrarla, ordenaron unas fiestas de toros y juego de cañas, y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cual desesperado, cual con esperanza, cual cautivo, cual amartelado, cual alegre, cual triste, cual celoso, cual enamorado; pero la paga de Daraxa igual á todos.

Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta, y ser su amo en ella cuadrillero, parecióle ser esta la mejor ocasion, y no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor, señalándose aquel dia; el cual, como fuese llegado al tiempo que se corrian los toros, entró en su caballo, ambos bien aderezados. Llevaba con un tafetan azul cubierto el rostro, y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero: iba su criado delante con una gruesa lanza: dió á toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiracion que en ella estaban. Entre todo ello, así resplandecia la hermosura de Daraxa, como el dia contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó, vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que á este punto soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado, y como un leon de bravo. Así como salió, dando dos ó tres ligeros brincos, se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de ella, con que á todos puso miedo. Encarábase á una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas, y sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentia le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances y ninguno perdido. Ya no se le atrevian á poner delante, ni habia quien á pié le esperase aun de muy lejos: dejáronle solo, y nadie mas que el enamorado Ozmin y su criado parecian allí cerca. El toro volvió al caballero como un viento, y fuéle necesario, sin pereza, tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho (que con el lienzo de Daraxa traia por el molledo atado), con graciosa destreza y galan aire le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo

la uña del pié izquerdo; y cual si fuera de piedra, sin mas menearse, le dejó allí muerto, quedándole en la mano un trozo de lanza, que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Mucho se alegró Daraxa en verle, que cuando entró le conoció por el criado, el cual tambien lo habia sido suyo, y despues en el lienzo del brazo. Todos quedaron con general murmullo de admiracion y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos á los otros: todos lo vieron, y todos lo contaban; á todos pareció sueño, y todos volvian á referirlo; aquel dando palmadas; el otro dando voces; este habla de mano; aquel se admira; el otro se santigua; este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría; el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean las cejas, otros rebentando de contento, hacen graciosos matachines, que todo para Daraxa eran grados de gloria. Ozmin se recogió fuera de la ciudad entre unas huertas, de donde habia salido, y (dejando el caballo, trocando el vestido, con su espada ceñida) volviendo ser Ambrosio, se vino á la plaza. Púsose á parte, donde veia lo que deseaba, y era visto de quien le queria mas que á su vida. Holgaban en contemplarse, aunque Daraxa estaba temerosa, viéndole á pié, no le sucediese desgracia. Hízole señas que se subiese á un tablado; disimuló que no las entendia, y estúvose quedo en tanto que los toros se corrieron.

Veis aquí al caer de la tarde cuando entran los del juego de cañas en la forma siguiente.

Lo primero de todo, trompetas, ministriles y atabales, con libreas de colores, á quien seguian ocho acémilas cargadas con haces de cañas. Eran de ocho cuadrilleros que jugaban: cada uno su repostero de terciopelo encima, bordadas en él con oro y seda las armas de su dueño. Llevaban sobrecargas de oro y seda con los garrotes de plata.

Entraron tras esto doscientos y cuarenta caballos de cuarenta y ocho caballeros, de cada uno cinco, sin el que servia de entrada, que eran seis; pero estos que entraron delante de diestro venian en dos hileras de los dos puestos contrarios. Los primeros dos caballos (que iban pareados), á cada cinco por banda, llevaban en los arzones, á la parte de afuera, colgando las adargas de sus dueños, pintadas en ellos enigmas y motes, puestas bandas y borlas, cada uno como quiso. Los demás caballos llevaban solamente sus pretales de cascabeles, y todos con jaeces tan ricos y curiosos, con tan soberbios bozales de oro y plata, llenos de riquísima pedrería, cuanto se puede exagerar: baste por encarecimiento ser en Sevilla, donde no hay poco, ni saben de él, y que los caballeros eran amantes, competidores, ricos, mozos, y la dama presente. Esto entró por una puerta de la plaza, y habiendo dado vuelta por toda en torno, salian por otra que estaba

junto á la por donde entraron; de manera, que no se impedian los de la entrada con los de la salida, y así pasaron todos.

Habiendo salido los caballos, entraron los caballeros corriendo de dos en dos las ocho cuadrillas: las libreas, como he dicho; sus lanzas en las manos, que vibradas en ellas, parecian juntar los cuentos á los hierros, y cada asta cuatro; animando con alaridos á los caballos, que heridos del agudo acicate, volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo, segun en las ginetas iban ajustados. No es encarecimiento, pues en toda la mayor parte de Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, *sacan los niños* (como dicen) *de las cunas á los caballos*, de manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiracion ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio. Dieron á la plaza vuelta, corriendo por las cuatro partes de ella, y volviendo á salir, hicieron otra entrada como antes, pero los caballos mudados, y embrazadas las adargas y cañas en las manos.

Partiéronse los puestos, y seis á seis (á la costumbre de la tierra) se trabó un bien concertado juego, que habiendo pasado en él como un cuarto de hora, entraron de por medio algunos otros caballeros á separarlos, comenzando con otros caballos una ordenada escaramuza los del uno y otro puesto, tan puntal, que parecia danza muy concertada, de que todos en mirarla estaban suspensos y contentos; esta desbarató un furioso toro que soltaron de postre. Los de á caballo, con garrochones que tomaron, comenzaron á cercarle á la redonda, mas el toro estábase quedo sin saber á cual acometer: miraba con los ojos á todos, escarbando la tierra con las manos; y estando en esto, esperando su suerte cada uno, salió de través un mal trapillo haciéndole cocos: pocos fueron menester para que el toro como un rabioso, dejando los de á caballo, viniera para él: volvióse huyendo, y el toro le siguió hasta ponerse debajo de la ventana de Daraxa, y adonde Ozmin estaba, que pareciéndole haberse acogido el mozuelo á lugar privilegiado, y haciendo caso de injuria de su dama, y suya, si allí recibiera mal tratamiento; tanto por esto, como abrasado de los que allí habian querido señalar sus gracias, por medio de la gente salió contra el toro, que dejando al que seguia se fué para él. Bien creyeron todos debia de ser loco quien con aquel ánimo arremetia para semejante bestia fiera, y esperaban sacarle de entre sus cuernos hecho pedazos: todos le gritaban dando grandes voces que se guardase. Su esposa, ya se puede considerar cual estaria: no sé que diga, salvo que como mujer, sin alma propia, ya el cuerpo no sentia de tanto sentir. El toro bajó la cabeza para darle el golpe, mas fué humillársele al sacrificio, pues no volvió á levantarla, que sacando el Moro el cuerpo

á un lado, y con extraña ligereza la espada de la cinta todo á un tiempo, le dió tal cuchillada en el pescuezo, que partiéndole los huesos del celebro, se la dejó colgando del gaznate y papadas, y allí quedó muerto. Luego (como si nada hubiera hecho), envainando su espada, se salió de la plaza; mas el populacho novelero, tanto algunos de á caballo, como gente de á pié, le comenzaron á cercar por conocerle: poníansele delante admirados de verle, y tantos cargaron, que casi le ahogaban, sin dejarle menear en el paso. En ventanas y tablados comenzaron otro nuevo murmullo de admiracion cual el primero, y en todos tan general alegría, y por haber sucedido cuando se acababan las fiestas, que otra cosa no se hablaba mas de en los dos maravillosos casos de aquella tarde, dudando cual fuese mayor, y agradeciendo el buen postre que se les habia dado, dejándoles el paladar y boca sabrosa para contar hazañas tales por inmortales tiempos.

Tuvo Daraxa este dia (como habeis visto) salteados los placeres, aguada la alegría, los bienes falsos, y los gustos desabridos: apenas llegaba el contento de ver lo que deseaba, cuando al momento la asustaba el temor del peligro: tambien la martirizaba el acordarse de no saber con qué ocasion otra vez le veria, ni cómo apacentaria su corazon, satisfaciendo la hambre de los ojos en los manjares de su deseo; y como el placer no llega adonde deja el pesar, no se le pudo conocer en el rostro si las fiestas le hubiesen sido de entretenimiento, aunque la trataron de ellas. Esto, y quedar los galanes algo mas picados que antes, encendidos en la mucha hermosura de Daraxa, deseosos como mas agradarla, y ocasion con que volver á verla, con aquel orgullo, á sangre caliente, ordenaron una justa, haciendo mantenedor á don Rodrigo. El cartel se publicó una de aquellas noches, con gran aparato de músicas y hachas encendidas, que las calles y plazas parecian arderse con el fuego: fijáronle en parte que á todos fuera notorio, pudiendo ser leido. Habia una tela puesta junto á la puerta que llaman de Córdoba, pegada con la muralla (que la vi en mis tiempos y la conocí, aunque maltratada), donde se iban á ensayar, y corrian lanzas los caballeros. Allí don Alonso de Zúñiga, como novel, tambien se ejercitaba, deseoso de señalarse por la grande aficion que á Daraxa tenia.

Temíase perder en la justa, y así lo decia en la conversacion públicamente, no porque el ánimo ni fuerzas le faltasen, mas como la práctica en las cosas hace á los hombres maestros de ellas, y con la teórica sola se yerran los mas confiados, él no quisiera errar, hallábase atajado y cuidadoso.

Por otra parte Ozmin deseaba tener *de los enemigos los menos*, y ya que él no podia justar, ni le fuera posible, quisiera entrara en la tela quien á don Rodrigo derribara la soberbia, por ser de quien mas se receleba. Con este ánimo, y no de hacer á su amo

servicio, le dijo : Señor, si me das licencia para decir lo que quiero, diré lo que por ventura te podrá ser de algun provecho en ocasion honrosa. Don Alonso, muy remoto y descuidado, que le pudiera tratar de tales ejercicios, creyendo antes fuesen cosas de sus amores, le dijo : Ya tardas, que crecen el pensamiento y deseo hasta saberlo. He visto (le dijo), señor, que á la fiesta divulgada de esta justa es forzoso que salgas; y no me maravillo, que donde el premio de glorioso nombre se atraviesa, los hombres anden temerosos con codicia de ganarle. Yo tu criado te serviré, adiestrándote en lo que saber quisieres de ejercicios de caballería, y en breve tiempo, de manera que te sean de fruto mis lecciones : no te admire ni escandalice mi poca edad, que por ser cosas en que me crié tengo de ellas alguna noticia. Holgóse don Alonso en oirle, y agradeciéndoselo, dijo : Si lo que ofreces cumples, á mucho me obligas. Ozmin le respondió : Quien promete lo que no piensa cumplir, lejos está de ello, entretiene y busca achaques; mas el que está como yo, donde no los puede haber (si no es loco), queda forzado á cumplir con obras mas de lo que prometen sus palabras. Manda, señor, apercebir las armas de tu persona y mia, que presto conocerás cuanto mas he tardado en ofrecerlo, que me podré ocupar en salir de esta deuda libre, y no de la obligacion de servirte. Mandó luego don Alonso aprestar lo necesario, y prevenido, se salieron á lugar apartado, adonde aquel dia y los mas siguientes hasta el determinado de la justa, se ocuparon en ejercicios de ella; de modo, que brevemente don Alonso estuvo en la silla tan firme, y cierto en el ristre, sacando la lanza con tan buen aire, y llevando en ella tanta gracia, que parecia lo hubiera ejercitado muchos años; á todo lo cual era de gran importancia (y así le ayudaban) su gentileza de cuerpo y buenas fuerzas.

De la destreza de subir á caballo en ambas sillas, del proceder en las lecciones, del talle, compostura, término, costumbres y habla de Ozmin, le nació á don Alonso un pensamiento, ser imposible llamarse Ambrosio, ni ser trabajador, sino trabajado, segun mostraba. Descubria por sus obras un resplandor de persona principal y noble, que por algun vario suceso anduviese de aquella manera; y no pudiendo separarse de ella, sin salir de este cuidado, apartándole á solas, en secreto le dijo : Ambrosio, poco habrá que me sirves, y ha mucho me tienes obligado : tan claro muestran quien eres tus virtudes y trato, que no lo puedes encubrir : con el velo del vil vestido que vistes, y debajo de aquesa ropa, oficio y nombre, hay otro encubierto. Claro entiendo por las evidencias que tuyas he tenido, que me tienes, ó por mejor decir, que has tenido engañado; pues á un pobre trabajador que representas, es dificultoso y no de creer, sea tan general en todo, y mas en los actos de caballería, y siendo tan mozo. He visto en

tí, y entiendo que debajo de aquesos terrones y conchas feas está el oro finísimo y perlas orientales. Ya te es notorio quien soy, y á mí oscuro quien tú seas, aunque, como digo, se conocen las causas de los efectos, y no te me puedes encubrir. Yo te prometo por la fe de Jesucristo, que creo, y órden que de caballería mantengo, de serte amigo fiel y secreto, guardando el que depositares en mí, ayudándote con cuanto de mi hacienda y persona pudiere: dame cuenta de tu fortuna, para que pueda en algo cancelar parte de las buenas obras de tí recibidas. Y Ozmin le respondió: Tan fuertemente, señor, me has conjurado, así me has apretado los husillos, que es forzoso sacar de mi alma lo que otra opresion que los tornos de tu hidalgo proceder fuera imposible; y cumpliendo lo que me mandas, en confianza de quien eres, y tienes prometido, sabrás de mí que soy caballero, natural de Zaragoza de Aragon: es mi nombre Jaime Vives, hijo del mismo. Podrá haber pocos años, que siguiendo una ocasion fué cautivo y en poder de Moros, por una cautelosa alevosía de unos fingidos amigos: y si lo causó su envidia ó mi desdicha, es cuento largo. Sabréte decir, que estando en su poder me vendieron á un renegado, y para el tratamiento que me hizo el nombre basta. Metióme tierra adentro hasta llevarme á Granada, donde me compró un caballero Zegrí [1] de los principales de ella. Tenia un hijo de mi edad, que se llamaba Ozmin, retrato mio, así en edad, como en talle, rostro, condicion y suerte, que por parecerle tanto, le puso mas codicia de comprarme, y hacer buen tratamiento, cavando entre nosotros mayor amistad. Enseñéle lo que pude y supe, segun lo aprendí de los mios en mi tierra, y con la mucha frecuentacion que en ella tenemos en semejantes ejercicios, de que no saqué poco fruto; porque tratando con el hijo de mi amo de ellos, aumenté lo que sabia, que de otra manera pudiera ser que lo olvidara; y porque los hombres enseñando aprenden, de aquí vino á resultar afinarse en hijo y padre la aficion que me tenian, fiando de mí sus personas y hacienda. Este mozo estaba tratado casarse con Daraxa, hija del alcaide de Baza (mi señora, que tú tanto adoras), llegó á punto de tener efecto, por haberlo tenido las capitulaciones, si el cerco y guerras no lo impidieran: fuéles forzoso dilatarlo; Baza se rindió, y quedaron suspensas estas bodas. Como yo era el que privaba, iba y venia con presentes y regalos de una ciudad á otra: acerté á estar en Baza, por mi buena dicha, cuando vino á entregarse, y así cobré mi libertad con los demás cautivos de ella. Quise volverme á mi tierra, faltóme dinero, tuve noticia que estaba en esta ciudad un deudo mio: juntáronse dos cosas, el deseo de verla (por ser tan ilustre y generosa), y socorrer mi persona para seguir

[1] Los Zegríes fueron una de las mas distinguidas familias árabes de Granada, y rival de la de los Abencerrajes.

mi camino. Estuve aquí mucho tiempo sin hallar á quien buscaba, porque las nuevas de ello fueron inciertas, y salió cierta mi perdicion, hallando lo que no busqué, como acontece de ordinario. Ibame por la ciudad vagando, con poco dinero y mucho cuidado: vi una peregrina hermosura para mis ojos, cuando para los otros no lo sea; porque solo es hermoso lo que agrada. Entreguéle mis potencias, quedé sin alma, no supe mas de mí, ni cosa poseo que suya no sea: esta es doña Elvira, hermana de don Rodrigo, hija de don Luis de Padilla, mi señor; y como suelen decir, que *de la necesidad nace el consejo*, viéndome tan perdido en sus amores, y sin remedio de cómo podérselos manifestar con las calidades de mi persona, tomé por acuerdo acertado escribir mi libertad á mi padre, y que estaba en mil doblas empeñado, que me socorriera con ellas. Sucedió bien, que habiéndomelas enviado, y un criado con un caballo en que fuese, me valí de todo. Los primeros dias comencé á pasearle la calle, dando vueltas á todas horas, pero no la podia ver.

De la continuacion en mi paseo nació en alguna gente cierta nota, y me traian sobre ojos; de manera, que para desmentir las espias me convino el recato. Mi criado (á quien di parte de mis amores), considerando algunas cosas, me dió por consejo, como mas en dias, viendo que en casa de mi señor andaba cierta obra, que comprando este vestido de trabajador, y mudando el nombre, porque no se supiera quien fuese, asentase por peon de albañilería. Púseme á pensar qué pudiera de ello sucederme, mas como *para el amor ni muerte hay casa fuerte*, todo lo vencí, todo se me hizo fácil; determinéme, y acerté. Aconteciómе un caso no pensado, y fué, que acabada la obra me recibieron por jardinero en la misma casa. Fué tal entonces mi buena dicha, creció tanto mi luna, y el colmo de mi ventura, que el dia primero que asenté la plaza, y metí el pié dentro del jardin, fué hallarme con Daraxa: si se admiró de verme, no menos yo de verla: dímonos finiquito de nuestras vidas, refiriendo nuestras desgracias, contándome las suyas, y yo las mias, y como los amores de su amiga me tenian de aquel modo. Supliquéla, que pues tenia tan clara noticia de mis padres y mia, y de la sangre de nuestro linaje, me favoreciese con ella; de modo, que por su mano y buena intercesion viniese (con el santo matrimonio) á gozar el fruto de mis esperanzas. Así me lo prometió, y lo que pudo cumplió; mas como sea tan avara mi fortuna, cuando mas nuestros tiernos amores iban cobrando alguna fuerza, quebráronse los pimpollos, la flor se secó de un áspero solano, royó un gusano la raiz, con que todo se acabó. Salí desterrado de su casa, sin decirme la causa, cayendo, de la mas alta cumbre de bienes, á la mas ínfima miseria de males. El que de la lanzada mató el toro, el que de una cuchillada rindió al otro, yo soy, que en su servicio lo hice; bien me vió y

conoció, y no poco se regocijó, que en el rostro se lo conocí, sus ojos me lo dijeron; y si en esta ocasion fuera posible, tambien me procurara señalar por el gusto de mi dama, que eternizara mis obras dando á conocer quien soy con lo que valgo. De no poder ejecutar este deseo rebiento de tristeza : si pudiera comprarlo, diera en su cambio la sangre de mis venas. Ves aquí, señor, te he dicho todo el proceso de mi historia, y remate de desgracias.

Don Alonso (acabándole de oir) le echó los brazos encima, apretándole estrechamente; Ozmin porfiaba en tomarle las manos para besárselas, mas no se lo consintió, diciendo : Estas manos y brazos en tu servicio se han de ocupar para merecer ganar las tuyas : no es tiempo de cumplimientos, ni que se altere de como hasta aquí en tanto que tu voluntad ordene otra cosa, y no te ponga cuidado la justa, que en ella entrarás, no lo dudes. Otra vez quisiera Ozmin, y arremetió á tomarle las manos, bajando la rodilla en el suelo : don Alonso hizo lo mismo, haciéndose muchas ofertas con la fuerza de nueva amistad. Así pasaron largas conversaciones aquellos dias, hasta que llegó el de la justa, en que habian de señalarse. Ya dije de don Rodrigo, como por su arrogancia era secretamente mal quisto. Parecióle á don Alonso haber hallado lo que deseaba, porque justando Jaime Vives, estaba muy cierto el descomponerle, humillándole la soberbia. Ozmin por su parte tambien lo deseaba, y antes de ser hora de armarse (por ver entrar á Daraxa en la plaza), se anduvo despacio por ella paseando, admirándose de verla tan bien aderezada, tantas colgaduras de oro y seda, cuantas no se pueden significar; tanta variedad en los colores, tanta curiosidad en el ventanaje, tanta hermosura en las damas, riqueza de sus aderezos y vestidos, concurso de tan ilustre gente, que toda junta parecia un inestimable joyel, y cada cosa por sí, preciosa piedra engastada en él. Estaba la tela, que dividiendo la plaza en dos iguales partes, atravesaba por medio de ella el tablado de los jueces en lugar acomodado, y frontero á las ventanas de Daraxa y de doña Elvira : las cuales, en dos blancos palafrenes enjaezados (con guarniciones de terciopelo negro y chapería de plata), con mucho acompañamiento entraron, y dando vuelta por toda la plaza, llegaron á su asiento : luego (dejándola en él) se salió de ella Ozmin, porque ya querian entrar los mantenedores, los cuales llegaron de allí á poco espacio muy bien aderezados. Comenzaron á sonar los menestriles, trompetas y otros instrumentos, tañendo sin cesar hasta que se pusieron en su puesto. Entraron justadores combatientes, y fué de los primeros don Alonso, que corridas las tres lanzas (y muy bien, pues fueron de las mejores), luego se fué á su casa. Ya tenia ganada licencia para un caballero, amigo suyo, que fingió esperaba de Jerez de la Frontera, y estaba Ozmin aguardando. Fuéronse á la tela juntos, y apadrinóle don Alonso. Llevaba el Moro las armas

negras de todo punto, el caballo morcillo, sin plumas la celada, y en su lugar por ellas, hecha con gran curiosidad, una rosa del lienzo de Daraxa, cierta señal, en que luego por él fué conocido de ella. Púsose en el puesto, y quiso la suerte que la primera lanza cupiese á un ayudante del mantenedor. Hicieron señal, partieron de carrera, Ozmin tocó al contrario en la vista, donde rompió la lanza, y volviéndole á dar de reencuentro con lo tieso de ella, le sacó de la silla, dando con él en el suelo por las ancas del caballo; pero no le hizo mas mal que el gran golpe de las armas. Para las dos últimas lanzas entró don Rodrigo, el cual barreó la primera por cima del brazal izquierdo del Moro, quedando herido de él en el guardabrazo derecho, donde rompió la lanza por tres partes. En la última desbarró don Rodrigo, y Ozmin rompió la suya en la junta de la babera, dejándole en ella un gran pedazo de astilla; creyeron todos quedaba mal herido, mas defendióle el almete, con haberle hecho gran daño. Y así el Moro, rotas las tres lanzas, salió con victoria ufano, y mucho mas don Alonso por haberle apadrinado, que no cabia de contento. Salieron de la plaza, fuése á desarmar á su casa, sin dejarse conocer de otro alguno; y tomando su ordinario vestido, salió por un postigo de la casa ocultamente, volviéndose á contemplar en su Daraxa, y ver lo que en la justa pasaba. Púsose tan cerca de la dama, que casi se pudieran dar las manos: mirábanse el uno al otro, empero él siempre los ojos tristes, y ella tristísimos, pensando qué lo pudiera causar, que su vista no le hubiera alegrado. Estuvo confusa de haberle visto justar con armas y caballo todo negro, señal entre ellos de mal agüero. Todo le causó profundísima melancolía, y tan de veras fué posesionándose de ella, cargóle tan pesadamente, que las fiestas no eran bien acabadas, cuando rebentándole el corazon en el cuerpo (quitándose de la ventana), se fueron á la posada. Los que con ella estaban se admiraron como de alguna cosa no recibia contento, y aun lo murmuraban, sospechando cada uno aquello con que mejor se casaba su malicia. Don Luis (como prudente caballero) en las partes que de ello se trataba satisfacia; y así lo hizo á sus hijos aquella noche, que murmurando de ello, les dijo: El alma triste en los gustos llora: ¿qué cosa puede alegrar al ausente de lo que bien quiere? Los bienes tanto se estiman en mas, cuanto se gozan con los conocidos y propios: entre extraños puede haber holguras; pero no se sienten, y tanto mas en el alma levantan el dolor cuanto en las ajenas ven mas alegría. No la culpo ni me admiro, antes lo juzgo á su mucha prudencia, y lo atribuyo á cordura, que fuera lo contrario liviandad notoria. Hállase sin sus padres, lejos de su esposo, y (aunque libre) cautiva en tierra extraña, sin saber de su remedio, ni tener para ello medio. Examine cada uno su pecho, póngase en el contrario puesto, sentirá lo que aquesto

se siente, que no lo haciendo así, es decir el sano al enfermo que coma. Pasada esta plática secreta entre ellos, trataron en público lo bien que lo hizo el Jerezano, y como (aunque desearon saber quien hubiese sido) nunca don Alonso dijo mas de lo primero, y creyeron ser verdad. Las tristezas de Daraxa iban muy adelante, ninguno las acertaba, ni daba en el blanco, ni aun al terrero de cuantos le asestaban; todos juzgaban al revés, buscándole cuantos entretenimientos podian darla: ninguno era capaz, ni cuadraba en el círculo de sus deseos.

Tenia en el ajarafe la casa y hacienda de su mayorazgo, en un lugar aldea de Sevilla: era el tiempo templado, cerca de febrero, la caza y campo parece que alegran en tales dias: acordaron irse á holgar allá una temporada, por no dejar de andar esta vereda, y ver si pudieran divertirla de sus tristezas. A esto parece que mostró algo mas buen rostro, creyendo, si salia de la ciudad, habria en el campo modos como ver y hablar á Ozmin. Aderezaron la recámara, y era cosa de alegría ver tanto bullicio, cuál que lleva los galgos de trailla, cuál va con los podencos y hurona, cuáles llevan halcones, cuál el buho, cuál su escopeta al hombro ó la ballesta, otros con las acémilas cargadas, todos iban de trulla alborotados con la fiesta. Ya don Alonso lo sabia, y habia dicho á Ozmin que sus damas eran de campo á cierta huelga, y como se quedaban allá por entonces, no sabiendo cuando volverian. No les pareció mal, por dos cosas: la una, que allá tendrian por ventura menos competidores para tratar sus amores; la otra, mejor ocasion para no ser conocidos. Hacia las noches no claras ni muy oscuras, no frio ni calor, antes un agradable sosiego, con serenidad apacible. Los dos enamorados amigos acordaron probar la mano y su buena ventura, caminando á ver sus damas: vistiéronse de labradores: así salieron al poner del sol en dos rocines, y antes de llegar á la aldea un cuarto de legua, se apearon en una casería, para que yendo á pié no hubiese nota: entonces les hubiera sucedido bien, si la fortuna no rodara y les volviera las espaldas, porque llegaron á tiempo que las damas estaban en un balcon entretenidas en sus conversaciones. No se atrevió á llegar don Alonso por no espantar la caza, y dijo al compañero que fuera solo á negociar por ambos, que pues doña Elvira le amaba y Daraxa le conocia, no habia de qué recelarse. Así Ozmin poco á poco (con cuidadoso descuido) se fué paseando por delante, cantando en tono bajo, como entre dientes, una cancion arábiga, que para quien sabia la lengua eran los acentos claros, y para la que no y estaba descuidada, le parecia el cantar de lala, lala. Doña Elvira dijo á Daraxa: Aun en esta gente bruta puso Dios dones de precio, si supiesen aprovecharse de ellos: ¿no consideras aquel salvaje, qué voz entonada y suave que tiene, y va cantando la madre de los cantares? Es como el agua, que llueve en la mar sin provecho.

¿Agora sabes (dijo Daraxa) que son las cosas todas como el sugeto en que están, y así se estiman? Estos labradores, por maravilla, si de tiernos no se trasplantan en vida política, y los ingieren y mudan de tierras ásperas á cultivadas, desnudándolos de la rústica corteza en que nacen, tarde ó nunca podrán ser bien morigerados; y al revés los que son ciudadanos de político natural, son como la viña, que dejándola de labrar algunos años, da fruto, aunque poco, y si sobre ello vuelven, reconociendo el regalo, rinde colmadamente el beneficio. Este que aquí canta, no será poderoso un carpintero con hacha ni azuela para desalabearle ni ponerle de provecho; pena me da oirle aquel cantar de tórtola: vámonos de aquí si te parece, que es hora de acostarnos. Bien se habian entendido los amantes, ella el canto, y él sus palabras, y el fin con que las dijo. Fuéronse las damas, quedándose Daraxa un poco atrás, y en arábigo le dijo que esperase. Él quedó aguardando, y en tanto que volvia se paseaba por aquella calle. La gente villana siempre tiene á la noble (por propiedad oculta) un odio natural, como el lagarto á la culebra, el cisne al águila, el gallo al francolin, el lagostin al pulpo, el delfin á la ballena, el aceite á la pez, la vid á la berza, y otros de este modo; que si preguntais, deseando saber, qué sea la causa natural, no se sabe otra mas de que la piedra iman atrae á sí al acero, el eliotropio sigue al sol, el basilisco mata mirando, la celidonia favorece á la vista; que así como unas cosas entre sí se aman, se aborrecen otras por influjo celeste, que los hombres no han alcanzado hasta hoy razon que lo sea para ello. Que las cosas de diversas especies tengan esto, no es maravilla, porque constan de composiciones, calidades y naturaleza diversa; mas hombres racionales, los unos y los otros de un mismo barro, de una carne, de una sangre, de un principio, para un fin, de una ley, de una doctrina, todos en todo lo que es hombre, tan una misma cosa, que todo el hombre naturalmente ame á todo hombre, y en esto haya este resabio, que aquesta canalla endurecida, mas empedernida que nuez galiciana, persiga con tanta vehemencia á la nobleza, es grande admiracion. Andábanse tambien paseando aquella noche unos mozuelos, acertaron á ver á los forasteros, y en aquel punto, sin mas causa ni razon, sin darles alguna ocasion, comenzaron á convocarse, y llegados en tropa, vinieron diciendo: ¡Al lobo, al lobo! y desembrazando piedra menuda (como si del cielo lloviera), los apedrearon de manera que les fué forzoso huir y no esperarlos; y así se volvieron, que lugar no tuvo Ozmin de despedirse. Fuéronse do estaban sus caballos, y en ellos á la ciudad, con ánimo de volver la noche siguiente algo mas tarde para no ser sentidos. De poco les aprovechó, que si rayos del cielo cayeran, y con ellos pensaran ser deshechos, habia villano en ellos, que antes dejara la vida que de guardar el puesto, solo por hacer mal y daño; pues apenas la otra noche habian metido los piés en el pueblo,

cuando junta una bandada de aquellos mozalvillos (habiéndolos reconocido), cual con honda, cual á brazo, unos con azagayas, palos, chuzos, otros con asadores, no dejando segura la pala ó barredero del horno (como á perro que rabia), salieron á ellos; pero halláronlos mas apercibidos que la noche pasada, porque aquesta ya traian buenas cotas, cascos acerados, y rodelas fuertes. De la una parte viérades pedradas, palos, alaridos, de la otra muy recias cuchilladas, y de entrambas tanto alboroto, que con el ruido parecia hundirse el pueblo con la trabada guerrilla. Descuidóse don Alonso, y al atravesar de una calle le dieron una muy mala pedrada en los pechos, de que cayó en tierra, sin hallarse con fuerzas para volver mas á la pelea, y como pudo se fué retirando, en tanto que Ozmin se iba entrando con ellos la calle arriba, haciéndoles mucho daño, porque algunos, y no pocos, quedaban heridos, y tres muertos. Creciendo el alboroto, se convocó el pueblo todo: tomáronle el paso, que no pudo huir aunque lo probó á hacer. Por otra parte llegó un destripaterrones, y dióle con una tranca de puerta en un hombro, que le hizo arrodillar; mas no le valió ser hijo de alcalde, que antes que pudiera volver á darle segundo (yéndose para él), de una cuchillada le partió la cabeza por medio como si fuera de cabrito, dejándole hecho un atun en la playa, rendida la vida en pago de su desvergüenza. Tantos cargaron por una y otra banda, tanto le acosaron, que no pudiéndose defender, quedó preso. Daraxa y doña Elvira vieron el ruido desde su principio, y el alboroto de la prision, como le ataron las manos atrás con un cordel, cual si fuera igual suyo. Unos y otros le maltrataron, dándole puñadas, rempujones y coces, haciéndole mil ignominiosas afrentas, con que se vengaban del rendido. ¡Qué cosa fea y torpe, solo de semejantes villanos, usada como propia! ¿Qué os parece tal desgracia? ¿Cómo la sentiria la que adoraba su sombra? Esto por una parte, heridos y muertos de la otra, y su honra en medio, que habiendo de saber don Luis el caso, forzoso es preguntaria lo que buscaba Ambrosio en la aldea. En esta confusion sacó de la necesidad consejo, previnose de una carta, y cerrada la metió en un cofrecillo suyo para cuando viniese don Luis, hacer con ella su descargo. Ya era el otro dia amanecido, y la gente no se sosegaba: habian enviado á la ciudad á dar noticia del caso, para que se hiciese la informacion; y venido el escribano, comenzaron á examinar testigos: acudió mucho número de ellos (aun sin ser llamados), que los malos para el mal se convidan ellos mismos, y se hacen amigos los enemigos. Unos juraron que con Ozmin venian seis ó siete; otros que salieron de casa don Luis, y que de la ventana dijeron: Mátalos, matalos; otros que estando los del pueblo seguros y quietos, les acometieron; otros que los fueron á sacar de sus casas con desafío, sin haber hombre que jurase verdad. Líbreos Dios de villanos, que

son tiesos como encinas, y de su misma calidad : el fruto dan á palos, y antes dejarán arrancarse de cuajo por la raiz, quedando destruidos y sus haciendas asoladas, que dejarse doblar un poco ; y si dan en perseguir, serán perjuros mil veces en lo que no les importa una paja, sino solo hacer mal ; y es lo malo y peor, que piensan los desdichados que así se salvan, y por maravilla se confiesan de aquella ponzoña. Las muertes y heridas quedaron averiguadas, y el hombre cargado de hierro á buen recaudo. Don Luis, cuando lo supo, fué á la aldea, informóse de su hija, díjole lo pasado de la manera que habia sido : preguntóselo á Daraxa, díjole lo mismo, y que ella envió á llamar á Ambrosio para darle una carta que encaminase á Granada, y antes que le pudiera llegar á hablar le habian apedreado estas dos noches ; de modo que (sin habérsela dado) se le habia quedado escrita. Don Luis le pidió se la enseñase, para ver qué podria enviar á decir ; y á sus excusas ella hizo como que la pesaba de darle : no fué necesario rogárselo mucho, pues otra cosa no deseaba, y sacándola de donde la tenia, dijo : Dóila porque se entienda mi verdad, y no se sospeche que escribo cosas dignas de esconderse. Don Luis la tomó, y queriéndola leer, vió que estaba en arábigo, y no supo. Buscó despues quien la leyese, y lo que iba escrito era decir á su padre el cuidado en que vivia por no saber de su salud, que ella la tenia ; y si el deseo de verle no lo impidiera, estaba la mas contenta y acariciada de don Luis que ninguno de sus hijos ; y así le suplicaba, que en reconocimiento de esta cortesía y buen hospedaje, le regalasen con un presente.

Como en semejantes alborotos los dichos crecen, y cada uno canoniza su presuncion segun se le antoja, murmuraban de don Luis y de la gente de su casa, y á él se le subia la mostaza en las narices : mas como caballero cuerdo, tuvo á mejor disimular con algo, y volver á la ciudad su casa y gente.

Cuando sucedieron estas cosas, ya Granada se habia rendido con los partidos que sabemos por las historias, y aun oimos á nuestros padres. Entre los nobles que en ella quedaron fueron los dos consuegros Alboacen, padre de Ozmin, y el alcaide de Baza : ambos pidieron el bautismo, deseando ser cristianos, y siéndolo, el alcaide suplicó á los reyes le diesen licencia para ver á Daraxa, su hija ; siéndole otorgada, dijeron que le mandarian avisar, cómo y cuándo seria. Alboacen, creyendo que su hijo seria muerto ó cautivo, hizo muchas diligencias para informarse donde pudieran darle alguna nueva, mas nunca descubrió rastro suyo. Estaba tan triste por ello, cuanto lo pedia pérdida de tal hijo, solo, de padres principales y ricos. No lo sentia menos el alcaide, pues por tan su verdadero hijo le tenia, como propio padre, y por lo que Daraxa sentiria cuando le diesen tan pesarosas nuevas. Los reyes por su parte enviaron á Sevilla su man-

dado, y que luego don Luis partiese adonde estaban, y trajese consigo á Daraxa con el respeto que de él confiaban. Vistas las cartas, y entendida esta órden, ella quedó fuera de sí, por serla forzoso en esta ocasion hacer ausencia, sin saber el fin que habia de tener, y el estrecho en que dejaba el preso. Hallóse confusa, imaginativa y triste, llamándose mil veces desdichada sobre la misma desdicha, y la mas lastimada de todas las mujeres. Queriendo atropellarlo todo, y perder con su esposo la vida, estuvo perpleja, y casi determinada de hacer un atrocísimo yerro, en señal del casto y verdadero amor que á Ozmin tenia; mas era de buen juicio, corrigiendo sus crueles imaginaciones; volviendo sobre sí, determinó fiar sus desdichas en manos de fortuna, su enemiga, esperando el fin que les daba, pues el último mal era la muerte, no quiso desesperarse, mas no pudo la presa del sufrimiento resistir un mar de lágrimas que le rebentó de los ojos: todos creyeron era de alegría de volver á su natural, y engañábanse todos: cada uno la alentaba, y alguno no la consolaba. Llegó don Rodrigo á despedirse de ella, y con el rostro bañado de las cristalinas corrientes de aquellos divinos ojos, le dijo tales palabras: Bien pudiera, señor don Rodrigo, persuadiros con abundancia de razones á las obras que de vos en esta ocasion pretendo, y de suyo es cosa tan justa, que ni puedo dejar de pedirla, ni vos de concedérmela, por la mucha parte que teneis en ella. Ya sabeis la obligacion de hacer bien á cuanto nos estreche, que como ley natural divina con todos habla, y no hay bárbaro que la ignore: esta tiene tanta fuerza, cuantas mas razones se la allegan, entre las cuales, una principal y no pequeña, es á los que dimos nuestro pan, y bastara para que, correspondiendo á quien sois, no fuera mi intercesion necesaria; mas lo que quiero con ella pediros, es, que (como sabeis) Ambrosio fué criado de vuestros padres y de los mios; tenémosle por ello particular deuda, y yo mayor, habiéndolo puesto por mi culpa en la pena que padece, no teniendo él en ello causa suya, mas de mi propio interés; de mi mano está puesto en el peligro, de que estoy hecha cargo: si librarme quereis de él, si deseastes mi gusto, si pretendeis obligarme al vuestro, para que siempre quede agradecida, ha de ser, que cargando sobre vuestro cuidado mi propio deseo, acudais á su libertad, que es la mia, con las veras que os lo suplico; don Luis mi señor, antes que de aquí conmigo parta, hará su posible diligencia con sus amigos y deudos, para que los unos ayudados de los otros en su ausencia, me saquen libre de esta deuda. Don Rodrigo se lo prometió, y así se partieron.

Como la pobre señora dejaba en tanto riesgo á su querido esposo, sentia su pena, y tanto mas, cuanto mas de él se alejaba; de manera, que cuando á Granada llegó, no parecia ser ella. Lleváronla luego á palacio, donde será bien que la dejemos, y vol-

vamos al preso, á quien don Rodrigo favorecia tan de veras como si fuera su hermano. Don Alonso, como escapó lastimado en los pechos, acostóse mal dispuesto; pero en sabiendo que habian traido el preso á Sevilla, se levantó, y sin sosegar momento, solicitaba el pleito cual si fuera suyo mismo; mas como las partes acusasen, y fuesen mal intencionados los actores, los muertos y heridos muchos, no le pudieron defender de manera que no fuese condenado á horca pública. Don Rodrigo se enojó de que á su padre y á él se perdiera el respeto, ahorcando sin culpa su criado. Por otra parte don Alonso defendia, diciendo, no permitirse ni poder ser ahorcado un caballero de noble sangre, tal como Jaime Vives, amigo suyo; que cuando el delito fuera mayor, la distancia de las calidades le salvara la vida, y en especial de muerte de horca, y debiera ser degollado. La justicia quedó confusa, sin saber qué fuera el caso: don Rodrigo le llama criado, y don Alonso amigo: don Rodrigo defiende, pidiendo por Ambrosio; y alega don Alonso por Jaime Vives, caballero natural de Zaragoza, que en las fiestas de toros hizo las dos suertes, de que toda la ciudad era testigo; y en la justa, siéndole padrino, derribó al un mantenedor, señalando valerosamente su persona. Era la diferencia tanta, los apellidos tan contrarios, las calidades alegadas tan distantes, que para salir de esta duda se resolvieron los jueces á tomarle su declaracion. Preguntáronle, ¿si era caballero? Respondió, ser noble, de sangre real; pero no llamarse Ambrosio ni Jaime Vives. Pídenle que diga su nombre y califique su persona. Respondió, que no por descubrirse excusara la pena; y que habiendo de morir indubitablemente, no era necesario decirlo, ni de importancia padecer una ni otra muerte. Rogáronle dijese ¿si habia sido el que don Alonso decia, que tan señalado anduvo en los toros y justa? Respondió ser así; pero no tenia los nombres que decian: y como tan de veras negase su linaje (pareciéndoles hombre de calidad), fuéronse deteniendo algo con él para verificar quien fuese, y porque los dos caballeros le defendian, y en general toda la ciudad deseaba su libertad, y le estaban apasionados. Con esto despacharon á Zaragoza, que se averiguara la verdad, y supiera su nacimiento; mas habiéndose gastado algunos dias en ello, y hecho muchas diligencias, no se descubrió quien de él diese noticia, ni supiera quien pudiera ser el caballero de su nombre ni señas. Traido este mal despacho, aunque le importunaron sus amigos, y la justicia le requirió diversas veces que se calificara, jamás lo quiso hacer, ni fué posible. Así (pasados los términos) los jueces, muy contra su voluntad, condolidos de tanta mocedad y valentía, no pudiendo dejar de hacer justicia, siendo con importunacion pedida de los contrarios, confirmaron la sentencia.

Daraxa ni sus padres no dormian en cuanto esto pasaba, que

ya tenian hecha relacion á sus altezas de todo el caso, y estaban informados de la verdad. Dábanseles memoriales por momentos. Daraxa personalmente solicitaba la vida de su esposo, pidiéndola de merced, y nada se respondia; pero secretamente despacharon luego á don Luis con su real provision á las justicias, para que en el estado que aquel pleito estuviese, originalmente con el preso, se le entregasen, que así convenia á su servicio. Don Luis partió con mucha diligencia, como le fué mandado, y la pobre Daraxa, padre y suegro, se deshacian en lágrimas, considerando la priesa que la justicia se daria en despachar al pobre caballero, y que á sus peticiones y merced suplicada se respondiese con tanto espacio. No sabian qué decir de dilacion semejante, sin darles alguna buena ni mala respuesta, ni esperanza. Causábales mucha pena, no alcanzaban lance con que remediarlo, ni lo habian dejado por intentar, porque temian sobre todo el peligro en la tardanza.

En cuanto en esto vacilaban, ya (como dije) don Luis caminaba muy apriesa, y con mucho secreto. Él entraba por las puertas de Sevilla, Ozmin salia por las de la cárcel á ser ajusticiado; las calles y plazas por donde le pasaban estaban llenas de gente: todo el lugar con gran alboroto; no habia persona que no llorase viendo un mancebo tan de buen talle y rostro, valiente, y bien quisto, por los famosos hechos que públicamente hizo; y mayor dolor ponia ver que moria sin querer confesar. Todos creian lo hacia por escapar ó dilatar la vida; mas palabra no hablaba, ni tristeza mostraba en el rostro, antes con semblante casi risueño iba mirando á todos. Paráronse con él un poco para persuadirle á que confesase, y no quisiese así perder el alma con el cuerpo: á nada respondia, y á todo callaba. Estando así todos en esta confusion, y la ciudad esperando el espectáculo triste, llegó don Luis apartando la gente para impedir la ejecucion. Los alguaciles creyeron era resistencia; pero con el temor que le tenian, por ser arriscado y poderoso caballero, desamparando á Ozmin (con gran alboroto), fueron á dar cuenta de lo pasado á sus mayores. Ellos venian á saber qué pudiera causar desacato semejante. Salióles don Luis al encuentro con el preso, enseñóles la orden y recaudo de los reyes, que con gran gusto fué de ellos obedecida; y con mucho acompañamiento de todos los caballeros de aquella ciudad, y comun alegría de ella, llevaron á Ozmin á casa de don Luis, haciendo aquella noche una galana máscara, poniendo muchas hachas y luminarias en calles y ventanas, por el general contento, y en señal de regocijo: quisieran hacerlas públicas aquellos dias, porque se supo entonces quien era; mas don Luis no dió lugar á ello, que guardando instruccion, se partió con el preso luego por la mañana, llevándole muy regalado.

Habiendo llegado á Granada, le tuvo consigo secretamente algunos dias, hasta que sus altezas le mandaron le llevase á palacio.

Cuando le pusieron en su presencia, holgaron de verle, y teniéndole ante sí mandaron salir á Daraxa. Viéndose los dos en lugar semejante, y tan ajenos de ello, podrás por tu pecho ser juez de la no pensada alegría que recibieron, y lo que cada uno de ellos pudiera sentir. La reina se adelantó, diciéndoles cómo sus padres era ncristianos, aunque ya Daraxa lo sabia: pidióles que si ellos lo querian ser les haria mucha merced, mas que el amor ni temor los obligase, sino solamente el de Dios y de salvarse; porque de cualquier manera, desde aquel punto se les daba libertad para que de sus personas y hacienda dispusiesen á su voluntad. Ozmin quisiera responder por todas las coyunturas de su cuerpo, haciéndose lenguas con que rendir las gracias de tan alto beneficio; y diciendo que queria ser bautizado, pidió lo mismo en presencia de los reyes á su esposa Daraxa, que los ojos no habia quitado de su esposo, teniéndolos vertiendo suaves lágrimas; volviéndolos entonces con ellas á los reyes, dijo: Que pues la voluntad de Dios habia sido darles verdadera luz, trayéndolos á su conocimiento por tan ásperos caminos, estaba dispuesta de verdadero corazon á lo mismo, y á la obediencia de los reyes sus señores, en cuyo amparo y reales manos ponia sus cosas. Así fueron bautizados, llamándolos á él Fernando y á ella Isabel (segun sus altezas), que fueron los padrinos de pila. Y luego á pocos dias de sus bodas les hicieron cumplidas mercedes en aquella ciudad, adonde habitaron y tuvieron ilustre generacion.

Con gran silencio vinimos escuchando aquesta historia, cuando llegamos á vista de Cazalla, que pareció haberla medido al justo, aunque mas dilatada y con alma diferente nos la dijo de lo que yo la he contado. El arriero que estuvo mudo desde que se comenzó (aunque todos tambien lo veníamos), ya habló, y lo primero fué decir: Ea, señores, apéense, que he de ir por esta senda á los lugares; y á mí me dijo: Y el señor mancebito, hagamos cuenta. Aun este trago me quedaba por pasar, dije entre mí, porque creí haber sido amistad lo pasado: cortéme, no supe qué responder otra cosa, mas de preguntarle, ¿qué le debia por la caballería de nueve leguas? Déme lo que mandare, como estos señores. De la mesa y posada montó tres reales: hízoseme caro el vientre del machuelo: además, que para pagarle no habia dinero; díjele: Hermano, lo del escote véislo aquí, pero la caballería no la debo, que vos me convidastes con ella sin pedírosla. Aun eso seria el diablo, si quisiese haber venido caballero de balde, volvió á replicar. Comenzamos á barajar sobre ello, pusiéronse los clérigos de por medio, condenáronme que pagase la cebada de mi jumento de aquella noche: paguéla, é hice balance de cuenta con la bolsa, sin dejar en ella mas de veinte maravedís, con que me ajusté aquella noche: el mozo se fué á su hacienda, los clérigos y yo entramos en Cazalla, donde nos despedimos, yéndose cada uno por su parte.

LIBRO SEGUNDO.

TRATASE COMO VINO A SER PÍCARO, Y LO QUE SIÉNDOLO LE SUCEDIÓ.

CAPÍTULO I.

Como Guzman de Alfarache, saliendo de Cazalla, á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero.

Vesme aquí en Cazalla, doce leguas de Sevilla, lunes de mañana, la bolsa apurada, y con ella la paciencia, sin remedio, y causado ladron en profecía. El dia primero sentí mucho, aunque mas el segundo, porque creció el cuidado y llovió sobre mojado, habia y comia, *que los duelos con pan son menos*. Bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa. El dia tercero fué casi de muerte, cargó todo junto; halléme como perro flaco ladrado de los otros, que á todos enseña dientes, todos le cercan, y acometiendo á todos á ninguno muerde: trabajos me ladraron, teniéndome rodeado: todos me picaban, y mas que otro, no haber que gastar, ni modo con que buscar lo de todos los dias. Conocí entonces lo que es una blanca, y como el que no la gana no la estima ni sabe lo que vale en tanto que no le falta. Fué la primera vez que ví á la necesidad su cara de hereje: por cifra entendí, aunque despues he considerado sus efectos, ¿cuantos torpes actos comete? ¿cuántas atroces imaginaciones representa? ¿cuántas infamias solicita? ¿á cuántos disparates espolea? ¿y cuántos imposibles intenta? Con este he visto lo poco de que se contenta nuestra madre naturaleza, y por mucho que á todos dé, ninguno está contento, todos viven pobres, publicando necesidad. ¡O Epicureo! desbaratado prodigio, que locamente dices: ¡Comer tantos millares de ducados de renta! di que los tienes, y no que los comes; y si los comes, ¿de qué te quejas? Pues no eres mas hombre que yo, á quien podridas lentejas, cocosas habas, duro

garbanzo, y arratonado bizcocho tienen gordo : ¿no me dirás ó darás razon cuál es la causa? Yo no la sé; mas ya tengas necesidad, ó te pongas en ella (que es lo que mejor puede creerse), allá te lo hayas, mis duelos lloro : ella es maestra de todas las cosas, invencionera sutil, por quien hablan los tordos, picazas, grajos y papagayos. Vi claramente como la contraria fortuna hace á los hombres prudentes; en aquel punto me pareció haber sentido una nueva luz, que como en claro espejo me representó lo pasado, presente y venidero. Hasta hoy habia sido bozal, cuadrábame bien el nombre : *hijo de la viuda, bien consentido y mal doctrinado.* Tenia mucho por desbastar; el primer golpe de azuela fué el de este trabajo; de manera me escoció, que no le sé encarecer : víme desbaratado, engolfado, sin saber del puerto, la edad poca, la experiencia menos, debiendo serlo mas, y lo peor de todo, que (conociendo por presagios mi perdicion) queriendo tomar consejo, no conocia de quien poderle recibir. Entré conmigo en cuenta; hallémela muy mala, mucho cargo y poca data; quisiera no pasar de allí, porque para ir adelante me faltaba recado, aunque tambien para volverme: hízoseme vergüenza, ya que salí, quedarme (como dicen) al quicio de la puerta, á ojos de mi madre, amigos y deudos. ¡Válgame Dios! ¿cuántas cosas he visto despues acá perdidas por este hízoseme vergüenza? ¿Cuántas doncellas lo han dejado de ser, hallándose obligadas de un papel de confites y unas coplas, ó porque un vano le hizo tañer á la puerta, y la enamoró con ajena gracia de lo que cantó el otro por él? ¿Cuántos majaderos han hecho fianzas, que han pagado la deuda, quedando perdido, y sus hijos á los hospitales? ¿Cuánto dinero se prestó por hacer amistad, que se perdió el amigo y la deuda está por cobrar, y quien le dió no le come, y el que le recibió le tiene sobrado, y no se atreven á pedirle por hacérseles vergüenza? Hágote saber (si no lo sabes), que es la vergüenza como redes de telarejo, si un hilo se quiebra, toda se deshace, por él se va. Para las cosas de que puede resultarte daño, y estrecharte notablemente, déjala ir, quiébrala los hilos, y te aseguro que no me digas mal por ello; y el pesar que has de recibir, hecha la cosa que te piden, llévelo el que te la pide, y no la hagas, que es muy de tontos la vergüenza para lo que les cumple. De tí mismo es bien que tengas vergüenza, para no hacer (aun á solas) cosa torpe ni afrentosa, que para lo demás, ¿qué sabes tú de qué color es, ni qué hechura tiene? Suéltala en lo que te importa, no la tengas encadenada, como á perro tras la puerta de tu ignorancia : dala cuerda, corra, trote; solo ten vergüenza de no hacer desvergüenza (como dije), ¿qué llamas vergüenza? No es sino necedad. Si á mí no se me hiciera vergüenza, no gastara en contarte los pliegos de papel de este volúmen, y les pudiera añadir cuatro ceros adelante; mas voy por la posta, obligándome á decirte cosas mayores de mi vida, si Dios para ello me la concediere. Digo que

sentí mucho volver sin capa habiendo salido con ella, ni quedarme (á manera de hablar) en el barrio. Hícelo punto de honra, que habiendo tomado resolucion en partirme, fuera pusilanimidad volverme. Ojo, pues, ¿quién otro tal? Hícelo punto de honra. A las manos me ha venido la buena dueña, no creo saldrá de ellas con tocas en la cabeza: ella irá desmelenada y sin reverendas: el agua la tengo á la boca, vengarme pienso poniéndola los piés en el pescuezo, echándola á fondo. Pluguiera Dios (orgulloso mancebico, hombre desatinado, viejo sin seso), que yo entonces entendiera, ó tú agora supieras lo que es honra, para los dislates que haces y simplezas que sigues. No quiero así hacer glosas sobre el canto llano de mis palabras; yo te cumpliré la mia diciéndote quien es, con que serás desengañado; quédese á punto, que presto la daré alcance. Hícela punto de honra (dije entre mí), confianza en Dios, que á nadie falta: con esto determiné pasar adelante, y por entonces á Madrid, que estaba allí la corte, donde todo florecia con muchos del tuson, muchos grandes, muchos titulados, muchos prelados, muchos caballeros, gente principal, y sobre todo, rey mozo, recien casado. Parecióme que por mi persona y talle todos me favorecieran, y allá llegado anduvieran á las puñadas, haciendo diligencia sobre quien me llevara consigo. ¡O qué de cosas me ocurren juntas en esta simplicidad! ¡cuánto distan las obras de los pensamientos que he hecho! ¡qué fruto, qué guisado, qué fácil es todo al que piensa, y que dificultoso es al que obra! Pintó en la imaginacion, que es el pensar un bonito niño, corriendo por lo llano en un caballo de caña, con una rebilandera de papel en la mano; y el obrar un viejo cano, calvo, manco y cojo, que sube con muletas á escalar una muralla muy alta y bien defendida. ¿He dicho mucho? Pues digo que no es menos. ¡Qué bien se disponen las cosas de noche á oscuras, con la almohada! como saliendo el sol al punto las deshace, como á la flaca niebla en el estío. ¡Quién me pudiera ver cuando esta cuenta hice, con cuánto cuidado y poca gana de dormir la fabriqué! fueron castillos en arena, fantásticas quimeras, apenas me vestí que todo estaba en tierra: tenia trazadas muchas cosas, ninguna salió cierta, antes al revés, y de todo punto contrario: todo fué vano, todo mentira, todo ilusion, todo falso y engaño de la imaginacion, todo cisco y carbon, como tesoro de duende.

Luego proseguí mi camino, busqué una cañita que llevar en la mano; parecióme que con ella era llevar capa; pero ni me honraba ni abrigaba tanto: servíame de sustentar el brazo para dar aliento á los piés. Acertaron á pasar dos de á mula, creí que yendo con ellos me harian la costa. Pescar con mazo no es renta cierta, ni el pensar es saber: no llevaban mozo, ni largo el paso, pero corto el ánimo, por lo que conmigo hicieron: dí á caminar siguiéndolos, y á tres leguas de allí hicieron medio dia. Yo reven-

taba corriendo y galopeando por no quedarme atrás, que aun su espacio (para mis pocas fuerzas) era priesa. Estos fueron hombres, ó mejor dijera bestias, que palabra no hablaron, y creo de avarientos; y algunos lo son tanto que la saliva no darán si saben que es medicina. Estos miserables callaban por no ayudarme siquiera con buen entretenimiento : aun ya si fueran diciendo cuentos como el pasado, el cansancio no se sintiera tanto, que la buena conversacion donde quiera es manjar del alma, alegra los corazones de los caminantes, espacia los ánimos, olvida los trabajos, allana los caminos, entretiene los males, alarga la vida, y por particular excelencia lleva caballeros á los de á pié. Llegamos á la posada juntos, y yo tal, que de mí á un difunto habia poca diferencia; pero por granjear un pedazo de pan, estamos obligados á salir de paso y olvidar puntillos. Hice mas de lo que pude, humilléme, comedíme á servirlos, meterles las mulas en la caballeriza, y entrar la ropa en el aposento. Ellos debian de tener salud, yo pestilencia, que al primer ofrecimiento me dijo el uno : A un lado, señor galan, desviésenos de aquí. ¡ O traidores, enemigos de Dios! (dije) ¡ con qué caridad comienzan ! ¿ qué esperanza podré tener me darán la comida? O si en el camino me rindiere, ¿ me dejarán subir en ancas de una mula? Sentáronse á comer, apartéme á un poyo que estaba enfrente, con pensar quizá me darian algo de la mesa; pero nunca lo hicieron. Llegó allí un fraile francisco á pié y sudando ; sentóse á descansar, y de allí á poco sacó de una talega en que llevaba pan y tocino. Yo estaba tan traspasado de hambre que casi queria espirar; y no atreviéndome con palabras, de vergüenza ó cobardía, con los ojos le pedí me diese un bocado por amor de Dios. El buen fraile (entendiéndome) dijo (con un ahinco, cual si le fuera la vida en darlo): Vive el Señor, aunque me quedara sin ello, y cual tú estás agora, te lo diera. Toma, hijo. ¡ Bondad inmensa de Dios ! ¡ eterna sabiduría! ¡ providencia divina ! ¡ misericordia infinita, que en las entrañas de la dura piedra sustentas un gusano, y cómo con tu largueza celestial todo lo socorres ! Los que podian y tenian, con su avaricia no me lo dieron, y hallélo en un mendigo y pobre frailecito: quien propias necesidades no tiene, mal se acuerda de las ajenas. La mia estaba presente, viéronla, y mis pocos años, que iba reventando, cansado de tenerles compañía, no se compadecieron algo de mi necesidad. Mi buen fraile partió conmigo de su vianda, con que me dejó satisfecho. Si como aquel bienaventurado iba hácia Sevilla, llevara mi viaje, fuera mi rescate, mas teníamos encontrado el camino. Al tiempo que se quiso ir, dióme otro medio panecillo que le quedaba, y dijo : Vete con Dios, que si mas llevara, mas te diera. Metílo en el forro del faldamento del sayo, y fuíme poco á poco mi camino : llegué á tener la noche otras tres leguas adelante, donde cené mi pan sin otra cosa, ni hubo quien me la diese. Era jornada de

arrieros; juntáronse algunos, mandóme el ventero entrar á dormir al pajar, hícelo así, pasé mi trabajo como el que mas no pudo. La cena fué ligera, bien se creerá sin juramento que no me levanté á la mañana empachado el vientre; y queriendo irme, pidióme el huésped un cuarto de posada, no le tuve, ni se le pude pagar: harto deseó el traidor quitarme el sayo, que era de buen paño: víme apretado, y casi se me arrasaron los ojos de agua. Movióse á lástima uno de los arrieros que allí estaban, que no son todos blasfemos y desalmados, y dijo: Dejadle, huésped, que yo le daré. Sus compañeros me preguntaron: Muchacho, ¿de dónde eres? ¿dónde vas? Respondióles el que pagó por mí: ¿Qué le preguntais, perdidos, no se le conoce? Amargo está de ver que va huyendo de casa de su padre ó de su amo. Díjome el huésped: Oyes, mozuelo, ¿quieres asentar á soldada conmigo? No me pareció para de presente malo: aunque se me hacia duro aprender á servir, habiendo sido enseñado á mandar. Díjele que sí. Pues entra y quédate, que no quiero me sirvas de otra cosa mas que en dar paja y cebada, teniendo buena cuenta con cada uno á quien la dieres. Harélo, le respondí; y así me quedé por algunos dias, comiendo sin tasa y trabajando con ella, como por pasatiempo, que hasta las noches cuando venian los arrieros, todo lo restante con pasajeros no era de consideracion. Allí supe adobar la cebada con agua caliente, que creciese un tercio, y medir falso, raer con la mano, hincar el pulpejo, requerir los pesebres; y si alguno me encargaba diese recado á su cabalgadura, le esquilmase un tercio. Algunos mancebillotes de ligas y bigotes venian á lo pulido y sin mozo, haciendo de los caballeros: con los tales era el escudillar, porque llegábamos á ellos, y tomándoles las cabalgaduras, las metíamos en su lugar, donde las dábamos libranza sobre las ventas de adelante para la media paga, que la otra media recibian allí luego de socorro, aunque mal medida, y aun para ella tenia por coadjutores las gallinas y lechones de casa, si acaso faltaba el borrico; y otras veces entraban todos á la parte, porque no se repara entre buenos en poquedades; pero á fe, que á la cuenta lo pagaban por entero, nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideracion á posturas ni aranceles, porque aquellos no se guardan, solo se ponen allí para que se paguen cada mes al alcalde y al escribano los derechos de ello, y para tener un achaque, si tenian fijada la cedulilla ó no, con que llevarles la pena. Las cabalgaduras, ya se sabe lo que come cada una, y en cuanto salen por cabeza de paja, cebada y de posada. La cuenta de la mesa era para mí gracioso entretenimiento; porque siempre nos arrojábamos al vuelo, y estábamos diestros en decir: Tantos reales y tantos maravedís, y hágales buen provecho, cargando siempre un real mas que una blanca menos. Muchos, como cuerdos, lo pagaban luego; y algunos noveles ó de la hoja, pedian de qué, y era cortarse las cabezas, porque (subiendo los precios á

todo) siempre buscábamos que añadir, aunque fuese de guisar la olla, y venian á faltar dineros, los que les pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del ventero es una sentencia definitiva, no hay á quien suplicar, sino á la bolsa, y no aprovechan bravatas, que son los mas cuadrilleros, y (por su mal antojo) siguen á un hombre callando hasta poblado, y allí le probarán que quiso poner fuego á la venta, y le dió de palos, ó le forzó la mujer ó hija, solo por hacer mal y vengarse. Teníamos tambien en casa unas añagazas de municion para provision de pobretos pasajeros, y eran ellas tales que ninguno entrara en la venta á pié que dejara de salir á caballo. ¿Pues olvídesete algo? pónlo á mal cobro, que luego lo hallarás. ¡Qué de robos, qué de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas y posadas! ¡qué poco se teme á Dios ni á sus ministros y justicias! pues para ellos no las hay, ó es que van á la parte, y no es tal cosa de creer. Pero ya se ignore ó se entienda, seria importantísimo el remedio; que se dejan muchas cosas de seguir, y los acarreos detienen las mercaderías por la costa de ellos. Cesan los tratos por temor de venteros y mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando públicamente. Soy testigo haber visto cosas que en mucho tiempo no podria decir de aquestas insolencias; que si las oyéramos pasar entre bárbaros, como á tales los culpáramos, y tratándolas á los ojos no hacemos caso de ellas; pues prometo que la reformacion de los caminos, puentes y ventas, no es lo que requeria menos cuidado, que son muy graves por el comercio y trato. Aunque ya cuando yo de aquí salga, poco me quedará de andar.

CAPÍTULO II.

Como Guzman de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid, y llegó hecho pícaro.

Siendo aquella para mí una vida descansada, nunca me pareció bien, y menos para mis intentos; porque al fin era mozo de ventero, que es peor que de ciego. Estaba en camino pasajero; no quisiera ser allí hallado, y en aquel oficio, por mil vidas que perdiera. Pasaban mozuelos caminantes de mi edad y talle, mas y menos, unos con dinerillos, otros pidiendo limosna; dije: Pues pese á tal, ¿he de ser mas cobarde ó para menos que todos? pues no me pienso perder de pusilánime. Hice corazon y buen rostro á

los trabajos, con que dejando mi venta, me fuí visitando las de adelante con alguna moneda de vellon, ganada con buena guerra, y de algunos mandados que hice: era poco, y consumióse presto. Comencé á pedir por Dios; algunos me daban á medio cuarto, y los mas me decian: Perdonad, hijo. Con el medio cuarto, y otros que se le arrimaban, comia segun alcanzaba el *gaudeamus*, y con el perdona, hijo, no remediaba letra; perecia. Dábase muy poca limosna, y no era maravilla, que en general fué el año estéril, y si estaba mala la Andalucía, peor cuanto mas adentro del reino de Toledo, y mucha mas necesidad habia de los puertos adentro. Entonces oí decir: *líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla, y de la hambre que sube de la Andalucía.*

Como el pedir me valia tan poco, y lo compraba tan caro, tanto me acobardé, que propuse no pedirlo por extremo en que me viese: fuíme valiendo del vestidillo que llevaba puesto; comencéle á desencuadernar, malogrando de una en otra prenda, unas vendidas, otras enajenadas, y otras por empeño hasta la vuelta; de manera, que cuando llegué á Madrid, entré hecho un gentil galeote, bien á la ligera, en calzas y en camisa: eso muy sucio, roto y viejo, porque para el gasto fué todo menester. Viéndome tan despedazado, aunque procuré buscar á quien servir, acreditándome con buenas palabras, ninguno se aseguraba de mis obras malas, ni queria meterme dentro de casa en su servicio, porque estaba muy asqueroso y desmantelado. Creyeron ser algun pícaro ladroncillo que los habia de robar. Viéndome perdido, comencé á tratar el oficio de la florida picardía; la vergüenza que tuve de volverme, perdíla por los caminos, que como vine á pié, y pesaba tanto, no pude traerla, ó quizá me la llevaron en la capilla de la capa, y así debió de ser, pues desde entonces tuve unos bostezos y calosfrios que pronosticaron mi enfermedad. Maldita la vergüenza que me quedó, ni ya la tenia, porque me comencé á desenfadar, y lo que tuve de vergonzoso lo hice desenvoltura, que nunca pudieron ser amigos la hambre y la vergüenza. Vi que lo pasado fué cortedad, y tenerla entonces fuera necedad, y erraba como mozo, mas yo la sacudí del dedo, cual si fuera víbora que me hubiera picado. Juntéme con otros torzuelos de mi tamaño, diestros en la presa: hacia como ellos en lo que podia, mas como no sabia los acometimientos, ayudábales á trabajar, seguia sus pasos, andaba sus estaciones, con que allegaba mis blanquillas. Fuíme así dando bordos y sondando la tierra. Acomodéme á la sopa, que la tenia cierta; pero habia de andar muy concertado relojero, que faltando á la hora, prescribia, quedándome á oscuras. Aprendí á ser buen huésped, esperar, y no ser esperado. No dejaba de darme pena tanto cuidado, y andar holgazan; porque en este tiempo me enseñé á jugar á la taba, al palmo y al hoyuelo: de allí subí á medianos, supe el quince y la treinta y una, quínolas y

primera: brevemente salí con mis estudios, y pasé á mayores, volviéndolos boca arriba, con topa y hago. No trocara esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados: tomé tiento á la corte, íbaseme sutilizando el ingenio por horas; di nuevos filos al entendimiento, y viendo á otros menores que yo, hacer con caudal poco mucha hacienda, y comer sin pedir, ni esperarlo de mano ajena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre: con deseo de esta gloriosa libertad, y no me castigasen (como á otros) por vagabundo, acomodéme á llevar los cargos que podian sufrir mis hombros.

Larga es la cofradía de los asnos, pues han querido admitir á los hombres en ella, y han estado comedidos en llevar las inmundicias con toda llaneza por aliviarles el trabajo; mas hay hombres tan viles, que se lo quitan del seron y lo cargan sobre sí, por tener una azumbre mas de vino para beber: ved á lo que se estiende su fuerza.

Dejando esto á una parte, te confieso que á los principios anduve algo tibio, de mala gana, y sobre todo temeroso, que como cosa nunca usada de mí, se me asentaba mal, y le entraba peor; porque son dificultosos todos los principios; mas despues que me fuí saboreando con el almíbar picaresco, de hilo me iba por ello á cierra ojos. ¡Qué linda cosa era, y qué regalada! sin dedal, hilo ni aguja, tenaza, martillo ni barreno, ni otro algun instrumento, mas de una sola capacha, como los hermanos de Anton Martin, aunque no con su buena vida y recogimiento, tenia oficio y beneficio: era bocado sin hueso, lomo descargado, ocupacion holgada, y libre de todo género de pesadumbre.

Poníame muchas veces á pensar la vida de mis padres, y lo que experimenté en la corta mia; lo que tan sin propósito sustentaron, y á tanta costa. Oh! (decia) lo que carga el peso de la honra; y ¡cómo no hay metal que se iguale! ¡á cuánto está obligado el desventurado que de ella hubiere de usar! ¡qué mirado y medido ha de andar! ¡qué cuidadoso y sobresaltado! ¡por cuán altas y delgadas maromas ha de correr! ¡por cuántos peligros ha de navegar! ¡en qué trabajo se quiere meter! ¡y en qué espinosas zarzas enfrascarse! ¿Que diz que ha de estar sujeta mi honra de la boca del descomedido y de la mano del atrevido, el uno porque dijo, y el otro porque hizo lo que fuerzas ni poder humano pudiera resistirlo? ¿Qué frenesí de Satanás casó este mal abuso con el hombre, que tan desatinado lo tiene? Como si no supiésemos que la honra es hija de la virtud, y mientras que uno fuere virtuoso será honrado, y será imposible quitarme la honra si no me quitaren la virtud, que es centro de ella. Solo podrá la mujer propia quitármela (conforme á la opinion de España), quitándosela á sí misma; porque siendo una cosa conmigo, mi honra y suya son una, y no dos, como es una misma carne, que lo mas

es burla, invencion y sueño. Vida dichosa, que no la conoces, ni sabes, ni tratas de ella. Parecíame, si quien la pretendia de veras abriera los ojos, considerando sin pasion sus efectos, que diera en el suelo con la carga primero que tocarla con la mano. ¡Qué trabajosa es de ganar! ¡qué dificultosa de conservar! ¡qué peligrosa de traer! ¡y cuán fácil de perder, por la comun estimacion! Y si con el vulgo se ha de caminar á ella, es uno de los mayores tormentos que (á quien con quietud quiere pasar su carrera) le pueda dar la fortuna, ni padecer en esta vida; y con ver á los ojos que así pasa, como si salvase las almas, las dan por ella. No haces honra de vestir al desnudo, ni hartar al necesitado, ni ejercer (como debes) las obras de tu ministerio, y otras muchas que sé, y las callo, y tú las conoces de tí mismo, y las disimulas, creyendo que otro no te las entiende, siendo públicas, que las dejo de escribir por no señalarte con el dedo, y hácesla del humo, y aun de menos. Haz honra de que esté proveido el hospital de lo que se pierde en tu botillería ó despensa: que tus acémilas tienen sábanas y mantas, y allí se muere Cristo de frio: tus caballos rebientan de gordos, y se te caen los pobres muertos á la puerta de flacos. Esta es honra que se debe tener y buscar justamente, que lo que llamas honra, mas propiamente se llama soberbia ó loca estimacion, que trae los hombres héticos y tísicos, con hambre canina de alcanzarla, para luego perderla, y con el alma, que es lo que se debe sentir y llorar.

CAPÍTULO III.

En que Guzman de Alfarache prosigue contra las vanas honras. Declara una consideracion que hizo, de cual debe ser el hombre con la dignidad que tiene.

Aunque era muchacho, como padecia necesidad, todo esto pasaba con la imaginacion: antojábaseme que la honra era como la fruta nueva por madurar, que dando por ella excesivos precios, todos igualmente la compran, desde el que puede hasta el que no es bien que pueda; y es grande atrevimiento y desvergüenza que compre media libra de cerezas tempranas un trabajador por lo que le costarán dos panes para sustentar sus hijos y mujer. ¡O santas leyes, provincias venturosas donde en esto ponen freno como á daño universal de la república! Cómpranla al fin, y comen de ella sin límite ni moderacion, que nunca se hartan de

comprarla ni de comerla: hacen el cuerpo de mala sustancia, engéndrales mal humor, vienen despues á pagarlo con gentiles calenturas y otras congojosas enfermedades. A fe que ha de costar mas de una purga tanto tragar de honra; nunca la codicié, ni le hice cara despues que la conocí. Tambien porque veia escuderos, criados y oficiales de obra usada sacarlos de sus oficios para otros de todo punto repugnantes, como el calor del frio, y tan distantes de su calidad como el cielo de la tierra: llamástelos ayer con tu criado, no dándoles mas de un vos muy seco, que aun apenas les cabia, ya te envian hoy á llamar con un portero, y para tu negocio se lo suplicas, no cansándote de arrojarle mercedes, pidiéndole que te las haga. Díme, ¿no es ese que ahora como fingido pavon hace la rueda y extiende la cola, el que ayer no la tenia? Sí, el mismo es, y el mal fuste sobre que dieron aquel bosquejo, presto, caida la pluma, quedará lo que antes era; y si bien lo consideras, hallarás los tales no ser hombres de honra, sino honrados, que los de honra ellos la tienen de suyo, nadie los puede pelar, que no les nazca nueva pluma, mas fresca que la primera; mas los honrados de otro la reciben: ya los ves, ya no los ves, tanto duran las mayas como mayo; tanto los favores como el favoreciente; pásase, y queda cada uno quien es: así los veia salir ocupados á negocios graves y de calidad, á quien un hidalgo de muy buen juicio y partes pudiera acometer, y aun deseara alcanzar. Decíales yo desde mi lecho: ¿Dónde vais, hermanos, con esos oficios? Y si me oyeran, pudieran responder: No sé, por Dios, allá nos envian para que nos aprovechemos, ganando cuatro reales. ¿Pues no consideras, pobre de tí, que lo que llevas á cargo no lo entiendes, ni es de tu profesion, y perdiendo tu alma pierdes el negocio ajeno, y te obligas á los daños en buena conciencia? ¿No sabes que para salir de ello tienes necesidad forzosa de saber mas que coser ó tundir, ó dar el brazo á la señora doña Fulana, que por dar ella la mano al personaje de quien te lo alcanzó lo llevas? Preguntáronte por ventura, ó tú contigo mismo hiciste algun escrutinio, ¿si te hallabas capaz, con suficiencia, si lo podrias ó sabrias hacer bien, sin encargar la conciencia, yéndote al infierno, y llevando contigo á quien te lo dió? Algun bachiller aquí vecino, y creo debe ser el oficial del barbero, me responde: Podemos: mira qué cuerpo de tal, qué negocio de tantas tretas y dificultades: todos somos hombres, y sabremos darnos maña, que una vez comenzados, ellos mismos caminan y se hacen. ¡O qué gran lástima que aprendas el oficio cuando vienes á usar de él! Teme el piloto el gobierno de la nave (no solo en la tormenta, sino en todo tiempo, aun en bonanza, por varios acaecimientos que suceden) con ser en su arte diestro: y tú, que nunca viste la mar, ni conoces el arte de marear, ¿quieres gobernarla, y engolfarte donde no sabes?

¿quién le pudiera decir á este mocito de guitarra: Y tú no ves que cuando lo vienes á entender, ó á pensar que lo entiendes (que es lo mas cierto), ya lo tienes perdido, y al dueño de él, con los dias que has ocupado, y disparates que has hecho? Usa tu oficio, deja el ajeno, mas no es la culpa tuya, sino del que te lo encargó: cambio es que corre sobre su conciencia. Vamos adelante.

Así, pues, hoy los conocia gente miserable y pobre, mañana se levantaban desconocidos, como el que se tiñe la barba, de viejo mozo, entronizados, que esperaban ser salvados primero de otros á quien pudieran servir, criados, y en oficios muy bajos. Yo me sabia bien por donde corria, quién guiaba el carro, y por qué se violentaba, sacándole de su curso, quitándolo á sus dueños para darlo á los extraños. Tambien sentia que tenia razon los que de ello murmuraban, que debiendo dar á cada uno lo que le viene de su derecho, lo habian corrompido la envida y la malicia, quedando infamados todos; porque cuanto las dignidades hacen ser mas conocidos á los que no las merecen, tanto mas los hacen ser menospreciados; y ellas no se quedan sin su paga, que como afrentan á los que las tienen sin merecerlas tener, tambien quedan deshonradas por haberse dado á tales personas, dejando juntamente al que las dió con infamia, detraccion y obligacion.

Aquí se acaba de apear un pensamiento, que llegó de camino, de los de aquellos buenos tiempos: véndole por mio, si no es esa la falta que le hallas: diréle por haberme parecido digno de mejor padre: tú le dispon y compon segun te pareciere, enmendando las faltas; y aunque de pícaro, cree que todos somos hombres, y tenemos entendimiento que *el hábito no hace al monge*: además, que en todo voy con tu correccion.

Ya sabes mis flaquezas, quiero que sepas que con todas ellas nunca perdí algun dia de rezar el rosario entero, con otras devociones; y aunque te oigo murmurar, que es muy de ladrones y rufianes no soltarle de la mano, fingiéndose devotos de nuestra Señora, piensa y di lo que quisieres, como se te antojare, que no quiero contigo acreditarme. Lo primero, cada mañana era oir una misa, luego me ocupaba en ir á mariscar para poder pasar. Como una vez me levantase tarde, y no bien dispuesto, parecióme no trabajar: era fiesta, fuíme á la iglesia, oí misa mayor, y un buen sermon de un docto agustino, sobre el capítulo quinto de san Mateo, donde dice: *Así den luz vuestras buenas obras á vista de los hombres, que miradas por ellos, den gracias y alabanzas á vuestro Padre eterno, que está en los cielos, etc.* Dió una rociada por los eclesiásticos, prelados y beneficiados, que no les habian dado tanto de renta, sino de cargo, no para comer, vestir y gastar en lo que no es menester, sino en dar de comer y vestir á los que lo han menester, de quien eran mayordomos, ó propiamente administradores como de un hospital; y que haber-

les encargado la tal mayordomía ó administracion, fué como á personas de mas confianza, menos interesadas, piadosas, retiradas del siglo y de sus confusiones, que con mas cuidado y menos ocupacion podrán acudir á este ministerio: que abriesen los ojos á quien lo daban, cómo y en qué lo distribuian, que era dinero ajeno, de que se les habia de tomar estrecha cuenta. Nadie se duerma, todo el mundo vele, no quiera pensar hallar la ley de la trampa, ni la invencion de la zancadilla para defraudar un maravedí, que seria la sisa de Judas. Dijo en general, que sus tratos y costumbres fuesen como el farol en la capitana, tras quien todos caminasen, y en quien llevasen la mira, sin empacharse en otros tratos ni granjerías de las que se encargaron con el voto que hicieron, y obligacion que firmaron en los libros de Dios, donde no puede haber mentiras ni borrones. Harto me acordé de un amigo de mi padre, lo mal que distribuyó lo que cobró, y del mal ejemplo que dejó, y en tal paró él y ello. Muchas y buenas razones dijo, que por la indecencia de mi profesion callo, y no es lícito á mi hábito referirlas. A la noche mi enfermedad crecia, la cama no era muy buena, ni mas mullida que un pedazo de estera vieja en un suelo lleno de hoyos. Venia el ganado paciendo por la dehesa humana del mísero cuerpo, recordé al ruido, húbeme de rascar, y comencéme á desvelar: fuí recapacitando todo mi sermon pieza por pieza, entendí, que aunque habló con religiosos, tocaba en comun á todos, desde la tiara hasta la corona, desde el mas poderoso príncipe hasta la vileza de mi abatimiento. ¡Válgame Dios! me puse á pensar, que aun á mí me toca, y yo soy alguien, cuenta se hace de mí; ¿pues qué luz puedo dar, ó como la puede haber en hombre de oficio tan oscuro y bajo? Sí, amigo (me respondia), á tí te toca, y contigo habla, que tambien eres miembro de este cuerpo místico, igual con todos en sustencia, aunque no en calidad: lleva tus cargos bien y fielmente, no les vendimies, ni cercenes, ni saltees en el camino, pasando de la espuerta á los calzones, á tus escondrijos y balsopetos lo que no es tuyo, ni quieras llevar á peso de plata los pasos que mueves, y tanto por carga de dos panes como de dos vigas; modérate con todos, al pobre sirve de balde, dándole á Dios de primicia: no seas deshonesto, glotón, vicioso ni borracho: ten cuento con tu conciencia, que haciéndolo así (como la viejecita del Evangelio) no faltará quien levante su corazon y los ojos al cielo, diciendo: Bendito sea el Señor, que aun en pícaros hay virtud; y esto en tí será luz.

Pero á mi juicio de ahora y entonces, volviendo á la consideracion prometida, con quien habló mas que á religiosos y comunidad, fué con los príncipes y sus ministros de justicia, de quien iba hablando cuando esta digresion hice, que verdaderamente son luz, y en aquel sagrado capítulo, ó en la mayor parte de él, todo es luz y mas luz, para que no aleguen que no la tuvieron.

Consideré que la luz ha de estar como agente en algun paciente sugeto, en quien haga como en la cera, ya sea una hacha, ó lo que tú quisieres. Digo habérseme representado la tal persona, ó tú (como es verdad), ser la luz: tus buenas obras, tus costumbres, tu celo, tu santidad, es lo que ha de resplandecer y darla. Pues ¿qué piensas que es darte un oficio ó dignidad? Poner cera en esa luz, para que ardiendo resplandezca. ¿Cuál es el oficio de la luz? Ir con su calor llamando y chupando la cera hácia sí, para alumbrar mejor y sustentarse mas. Eso, pues, has de hacer de tu oficio, embeberle, incorporarle en esa luz de tus virtudes y honesta vida, para que todos las vean, y todos las imiten, viviendo tan rectamente, que ruegos no te ablanden, ni lágrimas te enternezcan, ni dones te corrompan, ni amenazas te espanten, ni la ira te venza, ni el odio te turbe, ni la aficion te engañe. Oye mas. ¿Cuál vemos primero, la luz ó la cera? No negarás que la luz. Pues haz de manera que tu oficio, que es la cera, se vea despues de tí, conociendo al oficio por tí, y no á tí por el oficio. Muchas veces acontece la cera ser mucha y la luz poca, y ahogarse en ella: como si en un cirio grueso el pábilo fuese sutil; otras volver la luz abajo, y derritiéndose la cera encima, luego apagarse: así vemos, que lo bueno en tí es tan poco, y el oficio que te dan sobra tanto á la medida de tus méritos, que lo poco se te apaga, y quedas á oscuras: otras veces vuelves al suelo tus virtudes, inclinaste mal, porque derrites el oficio encima, robando, baratando, forzando, menospreciando al pobre su causa, tratándola con dilacion, y la del rico con instancia: señálaste con rigor en el pobre, dispensando con el rico mansedumbre: al pobre tropellaste con soberbia, y al rico hablaste con veneracion y crianza. Con esto se te acaba de morir, y se te gasta, quedando perdido. Hay otros que hacen del oficio luz (como dije antes), y habiéndolo ellos de ser, por el contrario, son la cera. Estos tales ¿sabes qué negocian? Yo te lo diré. ¿Cuál es la propiedad de la cera? Irse poco á poco gastando y consumiendo, llevando la luz violentada tras de sí, hasta que se desparecen el uno y el otro, y quedan acabados: esto mismo les aconteció: viven de manera (teniendo escondidas las buenas obras, las virtudes, lo bueno), que ni se precian de ello, ni lo estiman: estiman el oficio, que hicieron luz: vanle violentando por incorporarle en sí, por esquilmarle, por desnatarle, y aun desangrarle, y vanse poco á poco consumiendo con él; viven mal, y mueren mal; cual vivieron, así murieron. ¿Qué piensa el que se hace cera, cuando á uno le quita su justicia, ó lo que justamente merece, y lo trasmonta en el idiota que se le antoja? ¿Sabes qué? derrítese, y gástase sin sentir cómo ni de qué manera; acábasele la salud, consúmesele la honra, pierde la hacienda, fallecen los hijos, mujer, deudos y amigos, en quien hacian estribos de sus pretensiones, andan metidos en profundísima

melancolía, sin saber dar causa de que la tienen. La causa es, amigo, que son azotes de Dios, con que temporalmente los castiga en la parte que mas les duele, además de lo que para despues les aguarda: y así lo permite su divina magestad para consuelo de los justos, que los que disolutamente pecan haciendo públicos agravios y sinrazones, castígalos á ojos de los hombres, para que le alaben en su justicia, y se consuelen con su misericordia, que tambien lo es castigar al malo. ¿Quieres tener salud, andar alegre, sin esos achaques de que te quejas, estar contento, abundar en riquezas, y sin melancolías? toma esta regla: Confiésate como para morir: cumple con la difinicion de la justicia, dando á cada uno lo que le toca por suyo: come de tu sudor, y no del ajeno: sírvante para ello los bienes y gajes ganados limpiamente, andarás con sabor, serás dichoso, y todo se te hará bien.

A buena fe, que mi consideracion me iba metiendo muy adentro, donde quizá perdiera pié, y fuera menester socorro. Ya me engolfaba, ó me puse á pique para decir el porqué y cómo se hace algo de esto: si corre por interés, ó si por aficion ó pasion, quiero callar, y no habrá ley contra mí: *mi secreto para mí*, que *al buen callar llaman santo*; pues aun conozco mi exceso en lo hablado, que mas es doctrina de predicacion que de pícaro. Estos ladridos á mejores perros tocan, rómpanse las gargantas, descubran los ladrones; mas ay! si por ventura les han echado pan á la boca y callan.

CAPÍTULO IV.

En que Guzman de Alfarache refiere un soliloquio que hizo, y prosigue contra las vanidades de la honra.

Larga digresion he hecho, y enojosa, ya lo veo; mas no te maravilles, que la necesidad adonde acudimos era grande, y si concurren dos ó mas lesiones juntas en un cuerpo, es precepto acudir á lo mas principal, no poniendo en olvido lo menos. Así corre en la guerra, y todas las mas cosas: yo te prometo que no sabré decir cual de las dos fuese mayor, la que dije ó la que tomé, por lo que importan ambas; mas volvamos adonde nos queda empeñada la prenda, siguiendo aquel discurso. Llevaba yo un dia en mi capacha ó esporton del rastro un cuarto de carnero á un oficial calcetero: halléme acaso unas coplas viejas, que á medio tono, como las iba leyendo, las iba cantando. Volvió mi dueño la cabeza, y sonriéndose, dijo: ¿Válgate la maldicion, mal trapillo, y leer sabes? Res-

pondíle: y mucho mejor escribir. Luego me rogó que le enseñase á hacer una firma, y que me lo pagaria. Preguntéle: ¿Diga, señor, firma sola, para qué la quiere, ó de qué le puede aprovechar? Él me respondió: ¿Para qué? salgo á negocios que me da fulano, mi señor; porque yo calzo á sus niños (y nombró el personaje), querria siquiera saber firmar, por no decir que no sé cuando se ofrezca. Quedóse así este negocio, y yo haciendo un largo soliloquio, que fuí siguiendo buen rato, en esta manera:

Aquí verás, Guzman, lo que es la honra, pues á estos la dan. El hijo de nadie, que se levantó del polvo de la tierra, siendo vasija quebradiza, llena de agujeros, rota, sin capacidad que en ella cupiera cosa de algun momento, la remendó con trapos el favor, y con la soga del interés, ya sacan agua con ella, y parece de provecho. El otro hijo de Pero sastre, que porque su padre, como pudo y supo, mal ó bien, le dejó que gastar; y el otro, que robando tuvo que dar, y con que cohechar, ya son honrados, hablan de bóveda, y se meten en corro: ya les dan lado y silla quien antes no los estimara para acemileros. Mira cuantos buenos están arrinconados, cuantos hábitos de Santiago, Calatrava y Alcántara cosidos con hilo blanco, y otros muchos de la envejecida nobleza de Lain Calvo y Nuño Rasura [1] atropellados. Dime, ¿quién les da la honra á los unos que á los otros quita? El mas ó menos tener. ¡Qué buen decano de la facultad, ó qué gentil rector, ó maestre-escuela! ¡qué discretamente gradúan! ¡y qué buen exámen hacen! Dime mas: ¿Y á qué se obliga ese que lleva el oficio que decias primero, y esotro á quien el dinero entronizó en la *sancta sanctorum* del mundo? ¿Y cómo queda el hombre discreto, noble, virtuoso, de claros principios, de juicio sosegado, cursado en materias, dueño verdadero de la cosa, que dejándole sin ella, se queda pobre, arrinconado, afligido, y por ventura necesitado á hacer lo que no era suyo, por no incurrir en otra cosa peor? Mucho me pides para lo poco que sabré satisfacerte; mas diré, conforme á lo que alcanzo, lo que de ello entiendo.

Cuánto para con Dios son sus juicios ignorados de los hombres y de los ángeles: no me entremeto á mas de lo que con entendimiento corto puedo decir; y es, que él sabe bien dar á cada uno todo aquello de que tiene necesidad para salvarse; y pues aquel oficio faltó, no convino, por lo cual sabe, ó porque con él se condenará, y le quiere salvar, que le tiene predestinado. Esto es cuanto para el que se queda sin lo que merece; pero para el poderoso, que se lo quita, que no es de juez de intenciones, ni de corazones, ni los puede examinar, y por lo exterior, que solo conoce, pervierte la provision, si hemos de hablar en lenguaje rústico, regulando el celestial, digo: Que á la márgen de la cuenta de este

[1] Jueces de Castilla que la gobernaron en el siglo x.

poderoso, saca Dios, como acá solemos (para advertir algo), un ojo, y dice luego : ¿Qué le tengo de pedir? ¿qué causa tuvo de este agravio, sabiendo que los tengo amenazados? Jueces de la tierra, porque no juzgásteis bien os tengo aparejado durísimo castigo : yo residiré en la sinagoga de los dioses, y los juzgaré. Lástima grande, que quieran (sabiendo esta verdad) hallarse delante de aquel juez recto y verdadero, con acusacion cierta, que los ha de condenar, y faltos de la restitucion que deben, sin la cual el pecado no puede ser perdonado, y no lo quiera remediar.

Verdad es, que no faltará quien les diga : Sí, señor, bien pudísteis, no pecásteis, bien hicísteis en darle á vuestro deudo, conocido ó amigo, ó al criado, que están mas cerca. Pues en verdad que no pudísteis, porque le quitásteis de su lugar, y le pusistes en el ajeno. Vuelve sobre tí, considera, hermano mio, que es yerro, que no pudiste. Y porque no pudiste, pecaste, y porque pecaste, no está bien hecho : no mires á dichos de tontos, ni de congraciadores en lo que te importa tanto : lo mejor seria que te ciñeses y vieses lo que te aprieta, y lo rapases con tiempo, que hay confesores de grandes absolvederas, que son como sastres; diránte, que el vestido que ellos te hicieron te entalla bien; pero tú sabes mejor si te aprieta, si te aflige, si te angustia, ó cómo te viene; y permite Dios, que porque no buscaste quien (viviendo y gobernando) te dijese verdades, al tiempo de la muerte, agonizando, no haya quien te las diga, y te condenes. Vela con los ojos, abre los oidos, y no dejes que te pongan las abejas de Satanás la miel en ellos, ni hagan enjambre, que son caminos anchos de perdicion. Pero volviendo á estos tales, cuanto á Dios no dudo su castigo, y cuanto á los hombres te sabré decir, que abren puerta á la murmuracion, y que hagan de ello pública conversacion, diciendo (como dije antes) los fines que creí fueran secretos, teniendo lástima de tantos méritos tan mal galardonados, y de un trueque tan desproporcionado, viendo á los malos por malos medios valer mas, y á los buenos con su bondad excluidos y desechados; mas yo te prometo que les tiene Dios contados los cabellos, y que ni uno se les pierda. Si los hombres les faltaren, consuélense, que les queda buen Dios, que no les faltará.

Así que, de este modo van las cosas, pues ni quiero mandos ni dignidades; no quiero tener honra, ni verla : estate como te estás, Guzman amigo; sean en hora buena ellos la conseja del pueblo, nunca se acuerden de tí, no entres donde no puedes libremente salir; no te pongas en peligro que temas; no te sobre, que te quiten, ni falte para que pidas; no pretendas lisonjeando, ni enfrasques porque no te inquieten; procura ser usufructuario de tu vida, que usando bien de ella, salvarte puedes en tu estado : ¿quién te mete en ruidos por lo que mañana no ha de ser ni puede durar? ¿Qué sabes, ó quién sabe del mayordomo del rey don Pelayo, ni

del camarero del conde Fernan Gonzalez? Honra tuvieron y la sustentaron, y de ellos ni de ella se tiene memoria alguna; pues así mañana serás olvidado, ni se tendrá de tí. ¿Para qué es tanto ahinco, tanta sed, y tantos embarazos? uno por la comida, que aun es tanta la vanidad, que comer mucho y desperdiciado califica; otro para el vestido, y otro para la honra. No, no, que no te está bien, y con tales cuidados no llegarás á viejo, ó lo serás antes de tiempo: deja, deja la hinchazon de esos gigantes, arrímalos por las paredes, vístete en invierno de cosa que te abrigue, y el verano que cubra, no andando deshonesto ni sobrado; come con que vivas, que fuera de lo necesario, es todo superfluo, pues no por ello el rico vive, ni el pobre muere; antes es enfermedad la diversidad y abundancia en los manjares, criando viscosos humores, y de ellos graves accidentes y mortales apoplejías. ¡O tú dichoso dos, tres y cuatro veces, que á la mañana te levantas á las horas que quieres, descuidado de servir ni ser servido! que aunque es trabajo tener amo, es mayor tener mozo, como luego diremos. Al medio dia la comida segura, sin pagar cocinero ni despensero, ni enviar por carbon mojado á la tienda, y que te traigan piedras y tierra, y sabe Dios porqué se disimula; sin cuidado de la gala, sin temor de la mancha, ni codicia del recamado, libre de guardar, sin recelo de perder, no envidioso, no sospechoso, sin ocasion de mentir y maquinar para privar, eso te importa: ir solo, que acompañado, apriesa, que despacio, riendo, que llorando, corriendo, que trepando, sin ser notado de alguno. Tuya es la mejor taberna, donde gozas del mejor vino; el bodegon donde comes el mejor bocado; tienes en la plaza el mejor asiento; en las fiestas el mejor lugar; en el invierno al sol; en el verano á la sombra: pones mesa, haces cama por la medida de tu gusto, como te lo pide, sin que pagues dinero por el sitio, ni alguno te lo vede, inquiete, ni contradiga: remoto de pleitos, ajeno de demandas, libre de falsos testigos, sin recelo que te repartan, y por temas te empadronen, descuidado que te pidan, seguro que te decreten, lejos de tomar fiado, ni de ser admitido por fiador, que no es pequeña gloria, sin causa para ser ejecutado, sin trato para ejecutar, quitado de pleitos, contiendas y debates; últimamente, satisfecho, que nada te oprima, ni te quite el sueño, haciéndote madrugar, pensando en lo que has de remediar.

No todos lo pueden todo, ni se olvidó Dios del pobre; camino le abrió con que viviese contento, no dándole mas frio que como tuviese la ropa, y puede como el rico pasar si se quiere regalar; mas esta vida no es para todos, y sin duda el primer inventor debió ser famosísimo filósofo, porque tan felice sosiego es de creer que tuvo principio de algun singular ingenio; y hablando verdad, lo que no es esto, cuesta mucho trabajo, y los que así no pasan, son los que lo padecen y pagan, caminando con sobresaltos, con-

tiendas y molestias, lisonjeando, idolatrando, ajustando por fuerza, encajando de maña, trayendo de los cabellos lo que ni se sufre, ni llega, ni se compadece; y cerrando los ojos á lo que importa ver, los tienen de lince, para que el útil no se pase, siendo cosas que les importara mas estar de todo punto ciegos, pues andan armando lazos, haciendo embelecos, desvelándose en como pasar adelante, poniendo trampas en que los otros caigan, porque se queden atrás : vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¡Qué triste cosa es sufrir tanto número de calamidades, todas asestadas, ó (por menos mal decir) hechas puntales, para que la frágil y desventurada honra no se caiga, y el que la tiene mas firme es el que vive con mayor sobresalto de reparos! Volvia considerando sin cesar, ni hartarme de decir : ¡Dichoso tú, que envuelto entre plomo y piedras (con firmes ligaduras) la sepultaste en el mar, de donde mas no salga ni parezca!

Acordábaseme lo que en las cosas domésticas costaba un criado bellaco, sisador, mentiroso, como los de ogaño, y si va por el atajo, ha de ser tonto, puerco, descuidado, flojo, perezoso, costal de malicias, embudo de chismes, lenguaz en responder, mudo en lo que importa hablar, necio, y desvergonzado en gruñir. Una moza, ó ama, que quiere servir de todo, sucia, ladrona, con un hermano, pariente ó primo, para quien destaja tantas noches cada semana, amiga de servir á hombre solo, de traer la mantilla en el hombro, y que le den racion, y ella se tiene cuidado de la quitacion cuando halla la ocasion, y ha de beber un poquito de vino, porque es enferma del estómago. Si salíamos por las calles, donde quiera que ponia la mira, todo lo veia de menos quilates, falto de ley, falso, nada cabal en peso ni medida : traslado á los carniceros y á la gente de las plazas y tiendas; además de esto, qué desesperacion pone un escribano falsario ó cohechado, contra quien la verdad no vale, que solo el cañon de su pluma es mas dañoso que si fuera de bronce reforzado : un procurador mentiroso, un letrado revoltoso, de mala conciencia, amigo de trampear, marañar y dilatar, porque come de ello. Un juez testarudo, de los de : Yo me entiendo, que ni se entiende, ni lo entienden, andaba pretendiendo mansejon, como toro en la vacada, y en saliendo, pareció que le tiraron garrochas : llevó un vestido, que para poderle concertar y ponérsele, eran menester mas de mil cedulillas y albalá de guia, ó entrarle con una cuerda, como en el laberinto, y con aquella hambre nunca se pensó ver harto : *dé donde diere, no dejó roso ni velloso,* en todo halló pecado : en este porque sí, y en aquel porque no. ¡Quién como la leona pudiera con bramidos dar vida en estos cachordillos (verdades muertas), para que alentados tuviesen remedio! Vamos por los oficios. Considera el de un sastre, que tienen introducido tanto que se les ha de dar para el pendon, ó la obra no se ha de hacer, ó la

tullen por hurtarlo : un albañil, un herrero, un carpintero, y otro cualquier oficial, sin que alguno se reserve, todos roban, todos mienten, todos trampean, ninguno cumple con lo que debe, y es lo peor, que se precian de ello. Volvamos arriba, no se nos quede arrinconado un boticario, que por no decir no tengo, ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados, no le hallarás droga leal, ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan, y ligan como les parece sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco á decir de esto á esotro, siendo al contrario de toda razon y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras pelotas ó balas de artillería. Pues el señor doctor lo adoba, y pensarás que es menos : si no le pagas, deja la cura; si le pagas, la dilata, y por ello algunas, ó muchas veces mata el enfermo; y es de considerar, que siendo las leyes hijas de la razon, si pides á un letrado algun parecer, le estudia, no se resuelve sin primero mirarle, con ser materia de hacienda; y un médico, luego que visita, solo de tomar el pulso, conoce la enfermedad desconocida y remota de su entendimiento, y aplica remedios, que son mas verdaderamente medios para el sepulcro. ¿No fuera bien (si es verdad su regla, que *la vida es breve, el arte largo, la experiencia engañosa, el juicio difícil)* irse poco á poco, hasta enterarse, y ser dueños de lo que quieren curar, estudiando lo que deban hacer para ello? Es cuento largo tratar de esto, porque todo anda revuelto, todo apriesa, todo marañado : no hallarás hombre con hombre, ni cosa con cosa; todos vivimos en asechanza los unos de los otros, como el gato para el raton, ó la araña para la culebra, que hallándola descuidada se deja colgar de un hilo, y asiéndola de la cerviz, la aprieta fuertemente, no apartándose de ella hasta que con su ponzoña la mata.

CAPÍTULO V.

Como Guzman de Alfarache sirvió á un cocinero.

Libre me vi de todas estas cosas, á ninguna sujeto, excepto á la enfermedad, y para ella ya tenia pensado entrarme en un hospital. Gozaba la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada y discantada de poetas, para cuya estimacion todo el oro y riquezas de la tierra es poco precio. Túvela y no la supe conservar, que como acostumbrase á llevar algunos cargos, y

fuese fiel y conocido, tenia cuidado de buscarme un traidor de un despensero: déle Dios mal galardon. Hacia confianza de mí, enviábame solo, que llevase á su posada lo que compraba. De esta continuacion y trato (que no debiera) me cobró amistad, parecióle mejorarme sacándome de aquel oficio á sollastre ó pícaro de cocina, que era todo á cuanto me pudo encaramar en grueso. Muchas veces me lo dijo, y una mañana me hizo una larga arenga de promesas, fué subiéndome á corregidor de escalon en escalon; que si aprendia bien aquel oficio, saliendo tal, entraria en la casa real, y que sirviendo tantos años podria retirarme rico á mi casa: hinchóme á fe mia la cabeza de viento, y hasta probar poco habia que aventurar. Llevóme al señor mi amo (que ya nos conocíamos): cuando allá llegué (como si fuera la primera vez que nos viéramos) me dijo con mucho engreimiento: ¿Bien, qué dice agora, poca ropa? ¿A qué bueno por acá el caballero de Illescas? ¿Es menester algo? ¿Vienes á estar conmigo? Yo estuve mal considerado, que cuando le vi comenzar con el tono tan alto habia de volverle las espaldas, y dejarle con su razon, y á la mosca, que es verano. Quedéme suspenso, sin saber qué responder, mas como á otra cosa no iba, le dije: Sí, señor. Pues entra conmigo, que si haces el deber (me dijo) no perderás en ello. Bien seguro estoy (le respondí) que asentando con vuesa merced tendré cierta la ganancia, pues no tengo de qué me resulte pérdida. Preguntóme: ¿Y sabes lo que has de hacer? Volvíle á decir: Lo que me mandaren, y supiere hacer, ó pudiere trabajar, que quien se pone á servir, ninguna cosa debe rehusar en la necesidad, y á todas las de su obligacion tiene alegremente de satisfacer, y para lo uno y otro se ha de disponer. Él se contentó de mi plática y entendimiento: asenté á mercedes, como gavilan. Anduve á los principios con gran puntualidad, y él me regalaba cuanto podia; mas no solo á mis amos (que era casado) procuré agradar, sirviendo de toda broza en monte y villa, dentro y fuera de mozo y moza, que solo faltó ponerme saya y cubrir manto para acompañar á mi ama, porque las mas caserías, barrer, fregar, poner una olla, guisarla, hacer las camas, aliñar el estrado, y otros menesteres, de ordinario lo hacia (que por ser solo estaba puesto á mi cargo); pero á todos los criados del amo procuraba contentar. Así acudia en un vuelo al recado del paje, como del mayordomo, del maestre de sala, como del mozo de caballos. Uno me daba para que le comprase lo necesario; otro que le limpiase la ropa; aqueste que le enjabonase un cuello; aquel que llevase la racion á su mujer, y esotro á su manceba. Todo lo hacia sin rezongar ni emperezar. Nunca fuí chismoso, ni descubrí secreto, aunque no me lo encargaran, que bien se me alcanzaba lo que habia licencia de hablar, y cual era necesario callar. El que sirve se debe guardar de estas dos cosas, ó se perderá presto, siendo

mejor la del vaso de plata, púsele á buen cobro. Habiendo asegurado el hurto, volvíme á la cocina, donde no faltó en que ocuparme hasta la noche, que vino mi amo con un terrible dolor de costado en las sienes, y estando en el hogar solo un tizo me quiso aporrear, que para qué gastaba tanta leña, que se quemaria la casa. No estuvo aquella noche de provecho; como pude suplí, cubriendo su falta, puse á punto la cena, dímosla, y habiendo cumplido á todo, nos fuímos á dormir. Hallé á mi ama de mal semblante, muy triste, los ojos bajos y llorosos, ansiada y pesarosa, sin hablar palabra, hasta que mi amo fué acostado. Preguntéle, ¿qué tenia, que tan mohina estaba? Respondióme: ¡Ay Guzmanico, hijo de mi alma! gran mal, gran desventura, amarga fuí yo, desdichada la hora en que nací, en triste signo me parió mi madre. Ya yo sabia donde la dolia; su botica fuera mi faltriquera, y mi voluntad su médico; pero no, que todas aquellas compasiones no me la ponian, porque habia oido decir que cuando mas la mujer llorare, se le ha de tener la lástima como á un ganso, que anda en el agua descalzo por enero. No me movió un cabello; mas fingiendo pesarme de su pena, la consolaba, que no dijese tales palabras, rogándola me contase qué tenia, dándome parte de ello, que en lo que pudiese haria por ella como por mi madre. ¡Ay hijo! me respondió, que trajo tu señor (en amarga hora) unos amigos á merendar, y entre todos me falta el vaso de plata: ¿qué hará tu amo cuando lo sepa? mataráme por lo menos, hijo de mis entrañas. ¿Qué hará por lo mas? le quise preguntar. Híceme del pesante, abominando la bellaquería, y que no hallaba otro medio mas de que se levantase por la mañana, y fuésemos á comprar á los plateros otro como él, y dijese á su marido, que porque estaba viejo y abollado le habia hecho limpiar y aderezar, que con esto excusaria el enojo: tambien la ofrecí, que si no tenia dineros, y lo hallase fiado, tomase mis raciones para pagarlo con ellas, ó las pidiese adelantadas. Agradeciómelo mucho, tanto por el consejo, como por el remedio: mas hízosela inconveniente salir de casa y sola, temiendo que su marido no la viese, porque era muy celoso. Rogóme, que por un solo Dios le fuese yo á buscar, que dineros tenia con que pagarle: yo no deseaba otra cosa, porque me habia puesto cuidado á quién ó cómo pudiera venderle que me le comprara, pues por mi persona era fácil de creer que le habia hurtado; mas con esta buena salida, fuíme á los plateros, dije á uno que me le limpiase y desabollase, que estaba maltratado. Concertélo en dos reales: pusiéronle cual si entonces acabaran de hacerle. Volví á mi casa, diciendo: Uno he hallado en la puerta de Guadalajara; pero tiene cincuenta y siete reales de plata, y no quieren por la hechura menos de ocho. A ella le pareció una blanca, segun deseaba salir de aquel trabajo: contóme el dinero en tabla, y volvísele á vender como si no fuera el mismo ni se le hubiera hurtado, con que quedó

contenta y yo pagado; mas como se vino se fué, de dos encuentros me lo llevaron. Estos hurtillos de invencion de cosecha me los tenia, y la ocasion me los enseñaba; mas los de permision siempre andaba con cuidado para saberlos usar bien cuando los hubiera menester. Así tenia costumbre de llegarme al tajo donde se repartian las porciones; atentamente veia lo que pasaba, y como en cada una iban dos onzas de menos, aprendí jugar de dedillo, balanza y golpete. Algunos le decian que pesase bien; el despensero respondia que enjugaba la carne, y que recibiéndola en un peso y en fiel, no podia dejar de hacer un poco de refaccion para las mermas de muchos, y en esto iba á decir la sexta parte. Despensero, cocinero, botiller, veedor, y los demás oficiales, todos hurtaban, y decian venirles de derecho con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria. No habia mozo tan desventurado que no ahorrase los menudillos de las gallinas ó de los capones, el jamon de tocino, el contrapeso del carnero, las postas de ternera, salsas, especias, nieve, vino, azúcar, aceite, miel, velas, carbon y leña, sin perdonar las alcamonías ni otra cosa, desde lo mas necesario hasta lo de menos importancia que en una casa de un señor se gasta. Luego que allí entré no se hacia de mí mucha confianza, fuí poco á poco ganando crédito, agradando á los unos, contentando á los otros, y sirviendo á todos; porque tiene necesidad de complacer el que quiere que todos le hagan placer. Ganar amigos es dar dinero á logro, y sembrar en regadío. La vida se puede aventurar para conservar un amigo, y la hacienda se ha de dar para no cobrar un enemigo; porque es una atalaya que cien ojos vela, como el ladron sobre la torre de su malicia, para juzgar desde muy lejos nuestras obras. Mucho importa no tenerle, y quien le tuviere, trátele de manera, como si en breve hubiese de ser su amigo. ¿Quieres conocer quien es? mira el nombre, que es el mismo del demonio, enemigo nuestro, y ambos son una misma cosa. Siembra buenas obras, cogerás fruto de ellas, que el primero que hizo beneficios forjó cadenas con que aprisionar los corazones nobles. En lo que me pude adelantar no me detuvo la pereza: no dí lugar que de mí se diesen quejas verdaderas, ni me trajeran en revueltas: huí de los de este trato, y mas de chismosos, á quien con gran propiedad llaman esponjas; aquí chupan lo que allí exprimen: de los tales no se fien, apártense de ellos, aborrezcan su compañía, aunque en ella se interese, porque al cabo ha de salirse con pérdida y descalabrado. No puede una casa padecer mayor calamidad, ni la república mas contagiosa pestilencia, que tener hombres cizañeros, revoltosos, amigos de hablar en corrillos, y hacerlos. Siempre procuré con todos tener paz, por ser hija de la humildad; y el humilde que ama la paz, ama y es amado del autor de ella, que es Dios. Si malas compañías no me dañaran, yo comencé bien, y

corria mejor, comia, bebia, holgaba, pasando alegremente mi carrera.

Muchas veces (acabada la hacienda) me echaba á dormir á la suavidad de la lumbre que sobraba de medio dia ó de parte de noche, quedándome allí hasta por la mañana: cuando en casa no habia que hacer, dábanme los bellacos de los mozos y pajes mucho del sartenazo, culebras y pesadillas; echábanme libramientos, ahogándome á humazos. Tal vez hubo, que con uno me desatinaron por mucho rato, que ni sabia si estaba en pié ó si sentado; y si no me tuvieran, me hiciera la cabeza pedazos contra una esquina, y á todo esto paciencia, sin desplegar la boca, corrigiéndome para conservarme, *que el que todo lo quiere vengar, presto quiere acabar*; larga se debe dar á mucho, si no se quiere vivir poco; despreciando las injurias, queda corrido, y se cansa el que te las hace, que si te corrieses quedarias cargado: en mí hacian anatomía. Otras veces, para probarme, hicieron cebaderos, poniéndome moneda donde forzosamente hubiese de dar con ella; querian ver si era Levantisco, de los que quitan y no ponen; mas como se las entendia, y les entendia la flor, decia: *No á mí que las vendo, á otro perro con ese hueso*; salto en vago habeis dado, no os alegrareis con mis desdichas, ni hareis almoneda de mis infamias. Allí me le dejaba estar hasta que quien le puso le alzase, teniendo cuenta que otro no le traspusiese y dijesen que yo. Otras veces le alzaba, y daba con él en manos de mis amos, andando con gran recato en hacer mis heridas limpias á lo salvo, como buen esgrimidor, que dar una cuchillada y recibir una estocada es disparate. Hurtaba lo que podia; pero de modo que no se pudiera causar sospecha contra mí. Para las haciendas de mi cargo yo me lo tenia, y á mi amo descuidado de mandarlo: en habiendo que trabajar, no aguardaba que me lo mandasen; era de todos mis compañeros el primero para pelar las aves, fregar, limpiar, barrer, hacer y soplar la lumbre, sin decir al otro, hacedlo vos, porque consideraba, que no habiendo de holgar ni estar mano sobre mano, tanto me daba trabajar en esto que en esotro, y era engañar de maña con lo que era fuerza; siempre hacia lo que mas podia y mejor sabia, guardando el decoro al oficio. Aun el ave no estaba bien acabada de pelar, cuando tomaba el almirez y molia misturas para salsas ó para guisados. Traia el herraje como espadas acicaladas; las sartenes, que se pudieran limpiar con la capa; los cazos como espejos; guardábalo en sus cajas, colgábalo en sus clavos, donde solia estar cada cosa, para darlo en la mano cuando fuera menester sin andarlo á buscar, acordándome donde lo puse: todo tenia su lugar diputado, con mucha curiosidad y concierto. Las horas que me sobraban cuando no habia que hacer, en especial por las tardes, que siempre tenia mas lugar, los oficiales de casa me daban sus gajes, que los llevase á vender: íbame con ellos á las puertas de la carnicería, donde era nuestro

puesto, y donde acudian á comprar los que lo habian menester. Algunas veces lo que llevaba era bueno, otras no tal, y otras hediondo y malo; mas todo resultaba de lo que llamaban ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado que el almojarifazgo de Sevilla: lo ordinario, y siempre, nunca faltaban menudillos de aves y despojos de terneras, perdices, gallinas que se perdian andando en el asador, ó perdigadas en el hervor de la olla, conejos desollados y mechados, con sus garrochitas de tocino ribeteados, como gaban de sayago, sin dejarles blanco del tamaño de una uña donde no llevasen clavada su saeta: presas habia, que habiéndose tardado en sacarse á vender oliscaban: disfrazaban estas tales de manera que parecian como nuevas: cada uno, el que mas podia, mejor afeitaba su hacienda. Vendia tambien lenguas de vaca, cecina de jabalí, lomo en adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino con tres dedos de tabla en grueso: ¡mirad qué derechos tan tuertos, y qué provechos tan dañosos para no sacarse cada dia facultades, empeñarse los Estados y vender los vasallos! ¡Pobres de los señores que no pueden ó no saben, ó por mejor decir, no quieren consumir esta langosta, destruyendo tan dañosa polilla! Y desventurados de los que (para ostentacion) quieren tirar la barra con los mas poderosos; el ganapan como el oficial, el oficial como el mercader, el mercader como el caballero, el caballero como el titulado, el titulado como el grande, el grande como el rey, todos para entronizarse. Pues á fe que no es oficio holgado, y que el rey no duerme ni descansa con el reposo del ganapan, ni come con el descuido del oficial, y le aflige mas lo que la corona le carga, que cuanto el mercader carga; mas le inquieta cómo tiene de proveer sus armadas, que al caballero el aprestar sus armas; y no hay titulado muy empeñado, que el rey no lo esté mas, ni grande tan grande que los trabajos y pesadumbres del rey no sean mas grandes y graves; él vela cuando todos duermen. Por eso los Egipcios, para pintarle, ponian un cetro con un ojo encima: trabaja cuando todos huelgan, porque es carro y carretero; suspira y gime cuando todos rien, y son pocos los que se duelen de él que no sea por su interés, debiendo por sí solo ser amado, temido y respetado. Pocos le tratan verdad por no ser odiados; pocos le desengañan, ellos saben el porqué y para qué, y sabemos todos que lo hacen por adelantarse y volar arriba, sea como fuere, aunque sean las alas de cera, y hayan de caer en el mar de Icaro[1]. La locura y desvanecimiento de los hombres (como te decia) los trae

[1] Encerrado Dédalo, hábil artífice de Grecia, con su hijo Icaro en el laberinto de Creta, en castigo de haber contribuido á la satisfaccion de los brutales amores de Pasifae, se escapó por medio de unas alas fabricadas al intento por él con sumo arte, dejando instruido á su hijo de cómo debia hacer otras para sí, y encargándole que al volar no se elevara muy alto, porque el sol no derritiese la cera con que debian estar pegadas; pero el imprudente jóven despreció los consejos de

perdidos en vanidades, y los que mas lastiman son señores y caballeros, que gastando sin necesidad, vienen á la necesidad; porque aun pocas expensas, muchas veces hechas, consume la sustancia, váseles cayendo la pluma pelo á pelo, de donde (quedando sin cañones) los llamaron pelones ó peludos; luego se recogen á las aldeas ó caserías, donde dan en criar cebones, gallinas y pollos, contando los huevos de cada dia, haciendo de ellos caudal principal. Sáquese de aquí en limpio, que si el rico se quisiere gobernar, le aseguro que nunca será pobre; y si el pobre se comidiere, que presto será rico, acomodándose todos en todo con el tiempo; que no siempre le está bien al señor guardar, ni al pobre gastar. Entretenimientos han de tener; mas ténganse tales, que sean para entretenerse, y no para perderse. En las ocasiones ha de mostrarse cada uno conforme á quien es, que para eso lo tiene; pero no emparejándose todos lado á lado, pié con pié, cabeza con cabeza. si se alargare el poderoso, deténgase el escudero, no quiera con sus tres hacer lo que el otro con treinta: ¿no considera que son abortos, y cosas fuera de su natural, de que todos murmuran, riéndose de él, y gastada la sustancia, se queda pobre arrinconado? ¿No entiende el que no puede, que hace mal en querer gallear y estirar el pescuezo? Si es cuervo y no sabe, ni puede mas de graznar, para qué quiere cantar y preciarse de voz, aunque el adulador le diga que la tiene buena, ¿no ve que lo hace por quitarle el queso y burlarle? Lo mismo digo á todos, que cada uno se conozca á sí mismo, tiente el temple de sus aceros, no quiera gastar el hierro con la lima de palo, y lo que él murmura del otro, cierre la puerta para que el otro no lo murmure de él. A todos conviene dormir en un pié (como la grulla) en las cosas de la hacienda, procurando, ya que se gasta, que no se robe, que el dejar perder no es franqueza, y con lo que hurtan veedor, cocinero y despensero (que son los tres del mohino) se pueden gratificar seis criados. No digo mas del robo de estos, que del desperdicio de esotros, pues todos hurtan, y todos llevan lo que pueden cercenar de lo que tienen á su cargo; uno un poco, y otro otro poco: de muchos pocos se hace un algo, y de muchos algos un algo tan mucho que lo embebe todo.

Gran culpa de esto suelen tener los amos, dando corto salario y mal pagado, porque se sirven de necesitados, y de ellos hay pocos que sean fieles. Póneste á jugar en un resto lo que tienes de renta en un año: paga y haz merced á tus criados, y serás bien y fielmente servido, que el galardon y premio de las cosas hace al señor ser tenido y respetado como tal, y pone ánimo al pobre criado para mejor servir. Hay señor que no dará un real al sirviente

su padre, derritióse la cera, desprendiéronse las alas, y él cayó en el mar, á que dió su nombre.

mas importante, pareciéndole que le basta el sueldo seco, y que en dárselo, y su racion, está pagado. No, señor, no es buena razon; que aqueso ya se lo debes, no tiene que agradecerte, con lo que no le debes lo has de obligar á mas de lo que te debe, y que con mas amor te sirva, que si no te alargas de lo que prometiste, siendo señor, no será mucho que el criado se acorte, y no se adelante de aquello á que se obligó; como sucedió á un hidalgo cobarde, que habiendo sido demasiado, en confianza de su dinero, con otro hidalgo de valor, viendo que sus fuerzas y ánimo eran flacos, quiso valerse de un mozo valiente que le acompañaba. Aconteció, que como una vez echase su enemigo mano para él, su criado le defendió con pérdida del contrario, que la retiró en cuanto su señor se puso en salvo, y en esta cuestion perdió el mozo el sombrero y la vaina de la espada. Esto se pasó, fuése á su posada, mas nunca el amo le satisfizo la pérdida, ni le adelantó en alguna cosa; y como viniese otra vez con un palo, y le diese de palos el de la cuestion pasada, el criado se estuvo quedo mirando como le aporreaba. El amo daba voces, pidiendo socorro, á quien el mozo respondió: Vuesa merced cumple con pagarme cada mes mi salario, y yo con acompañarle, como lo prometí, y ni el uno ni el otro no estamos á mas obligados. Así que, si quieres que salgan de su paso, aventajándose en tu servicio, de lo que pierdes tan desbaratadamente, gánales las voluntades, que será ganar no te roben la hacienda, defiendan tu persona, ilustren tu fama, y deseen tu vida. ¡O cuántas veces vi llevar, y llevé tortas de manjar blanco, lechones, pichones, palominos, quesos de cien diferencias y provincias, y otras infinitas cosas á vender, que es prolijidad referirlas, y faltan tiempo y memoria para contarlas! solo quiero decir, que estos desórdenes en todos, me hizo á mí como á uno de ellos: *andaba entre lobos*; *enséñeme á dar aullidos*. Yo tambien era razonable principiante, aunque por diferente camino, mas entonces perdí el miedo; soltéme al agua sin calabaza, salí de vuelo; todos jugaban y juraban, todos robaban y sisaban, hice lo que los otros. De pequeños principios resultan grandes fines. Comencé (como dije) de poco á jugar, sisar y hurtar; fuíme alargando el paso, como los niños que se sueltan en andar, hasta que ya lo hacia de lo fino, de á ciento la onza; y no lo tenia por malo (que aun á esto llegaba mi inocencia) antes por lícito y permitido. Compraba algunas cosillas que me hacian falta, ó lo echaba en un topa, que siempre de los juegos buscaba los mas virtuosos, vueltos ó carteta, para acabar presto y acudir á mi oficio. Acuérdome una vez, que estando porfiando una suerte con otros mancebitos de mi talle en un corral de casa, se levantó gran grita: pareció con la vocería hundirse la casa; mandó nuestro amo al maestre-sala mirase qué era aquello: hallónos en la brega fregando el delito; y excediendo de

su comision, diónos una rociada de leña seca, sacudiéndonos el polvo del hatillo, de manera que nos levantó ronchas por todo el cuerpo debajo de la camisa, con que tambien perdí mi crédito ganado, trayéndome de allí adelante sobre ojos (como dicen), de donde comenzó mi total perdicion, de la manera que sabrás adelante.

CAPÍTULO VI.

En que Guzman de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero hasta salir despedido de él.

Mucho se debe agradecer al que por su trabajo sabe ganar; pero mucho mas debe estimarse aquel que sabe con su virtud conservar lo ganado. Mucho me forzaba la voluntad en agradar, aunque mas me tiraba la mala costumbre de la vida pasada; y así, lo que hacia (como cosa contrahecha) eran las obras de la mona: que la gloria falsamente alcanzada, poco permanece y presto pasa. Fuí como la mancha de aceite, que si fresca no parece, brevemente se descubre y crece: ya no se fiaban de mí; llamábanme uno cedacillo nuevo, otro la gata de Venus; y se engañaban, que mi natural bueno era, y en el mio ni lo aprendí ni lo supe, yo le hice malo, y le dispuse mal: enseñáronmele la necesidad y el vicio: allí me afiné con los otros ministros y sirvientes de casa. Ladrones hay dichosos que mueren de viejos; otros desdichados, que por el primer hurto los ahorcan. Lo de los otros era pecado venial, y en mí mortal; fué muy bien, pues degeneré de quien era haciendo lo que no debia: perdíme con las malas compañías, que son verdugos de la virtud, escalera de los vicios, vino que emborracha, humo que ahoga, hechizo que enhechiza, sol de marzo, áspid sordo, y voz de sirena. Cuando comencé á servir procuraba trabajar y dar gusto; despues los malos amigos me perdieron dulcemente; la ociosidad ayudó gran parte, y aun fué la causa de todos mis daños. Como al bien ocupado no hay virtud que le falte, al ocioso no hay vicio que no le acompañe. Es la ociosidad campo franco de perdicion, arado con que se siembran malos pensamientos, semilla de cizaña, escardadera que entresaca las buenas costumbres, hoz que siega las buenas obras, trillo que trilla las honras, carro que acarrea maldades, y silo en que se recogen todos los vicios. No puse los ojos en mí, sino en los otros; parecióme lícito lo que ellos hacian, sin considerar, que por estar acredi-

tados y envejecidos en hurtar les estaba bien hacerlo, pues así habian de medrar, y para eso sirven á buenos. Quise meterme en docena, haciéndome como ellos, no siendo su igual, sino un pícaro desandrajado; pero si disculpas valen, y la que diere se me admite, como tan libremente veia que todos llevaban este paso, parecióme la tierra de Jáuja, y que tambien habia de caminar por allí, creyendo (como dije) ser obra de virtud, aunque despues me desengañaron, que pensé bien y entendí mal; porque la gracia de esta bula solo la concedió el uso á los hermanos mayores de la cofradía de ricos y poderosos, á los privados, á los hinchados, á los arrogantes, á los aduladores, á los que tienen lágrimas de cocodrilo, á los alacranes que no muerden con la boca y hieren con la cola, á los lisonjeros que con dulces palabras acarician el cuerpo, y con amargas obras destruyen el alma. Estos tales eran á quien todo les estaba bien, y en los como yo era maldad y bellaquería; engañéme con mi engaño, me desenvolví de manera, que desde muy lejos me conocieran la enfermedad, aunque todo era niñería de poca estimacion: suelen decir que el postrero que sabe las desgracias es el marido. De todas estas travesuras, por maravilla llegaban de mil una á los oidos de mi amo; ya porque los agradaba no querian ponerme mal, y me echara de casa, ó ya porque, aunque me lo reñian, viendo que todo el mundo era uno, de nada se admiraban; mas por algunos descuidos mios, y cosas que se traslucian algo, andaba ya escaldado mi amo conmigo, andábame á las espuelas para cogerme. Aconteció que le llamaron para un banquete de un príncipe extranjero, nuevamente venido á la corte: mandóme ir con él para trasponer el cebollino, resultas de la cocina, segun el uso y costumbre. Luego que fuímos á la posada se nos hizo el entegro: mi amo comenzó á destrozar, dividir y romper con grandísima destreza, poniendo géneros aparte, y de cada cosa lo que le pertenecia, conforme á su arancel; porque con otros cuidados no hubiese algun descuido, y se mezclasen las acciones, siendo justo *dar lo de César á César,* y posesionarse cada cual en su hacienda. Despues al cerrar de la noche habíame mandado traer costales, comenzólos á estivar de maestro, y poniéndomelos al hombro, á tiempo y de manera que no pudiera ser visto, me hizo dar cuatro caminos, que ninguno me vagaba el resuello, segun iba de cargado. Cada uno y todos parecian el arca de Noé, y no sé si en ella hubo de tantos individuos, ó Dios despues los crió. Ya que tuve acabada mi faena, mandóme aderezar la lumbre, calentar agua, pelar y perdigar, en que ocupé gran parte de la noche. Al bueno de mi amo no se le cocia el pan, andaba con sobresalto, sin sosiego, cuidadoso que su mujer estaba sola, y no podria poner en órden tanta hacienda, ó que no sucediese algun torbellino, y con este alboroto me dijo: Guzmanillo, vete á casa, pon cobro en

lo que llevaste, abre los ojos, y mira por todo, di á tu señora que acá me quedo; ten cuenta con la casa, y en amaneciendo ven aquí volando. Hícelo así, doy á mi ama el recado, pido garabatos y sogas, púselas por unos corredores colgando al patio; allí ensarté los trofeos de la victoria. Era gloria de ver la varia plumajería del capon, de la perdiz, de la tórtola, de la gallina, del pavo, zorzales, pichones, codornices, pollos, palomas y gansos, que sacando por entre todo las cabezas de los conejos, parecian salir de los viveros. Colgué á otra parte perniles de tocino, piezas de ternera, venado, jabalí, carnero, lenguas, lechones y cabritos: entapizóse nuestro patio á la redonda en muy buenos clavos que puse, de manera, que (á fe mia te prometo) segun lo que allí campeaba, me pareció haber traido de cinco partes las dos, y faltaban por venir los siete infantes de Lara, que no estaba con esto acabado: ello quedó muy bien acomodado, y yo muy de veras cansado, que lo trabajé muy bien, aunque se me lució muy mal, pagándomelo peor. Mi ama vivia en un aposento bajo, dejóme como el escarabajo, el peso á cuestas, y fuése á dormir; debió de cenar salado, que cargó delantero, conforme á su costumbre antigua. Yo (acabada la tarea) hice lo mismo, subíme á la cama; hacia tanto calor, que por buen rato me entretuve rascando y dando vuelcos, hasta que con algunas malas ganas me dejé ir á media rienda por el sueño adelante; anduve galopeando con él y con la manta, que sábanas no se usan dar, ni mas que un jergon viejo á los mozos de mi tamaño en aquella tierra, cuidadoso de madrugar, como mi amo me lo habia mandado. Veis aquí, Dios en hora buena (serian como las tres de la madrugada, entre dos luces), oigo andar abajo en el patio una escaramuza de gatos, que hacian banquete con un pedazo de abadejo seco, traido acaso por los tejados de casa de algun vecino, y como de suyo son de mala condicion, que no sabreis cuando están contentos, como los viejos, ni quieren aun comer callando, que de todo gruñen, ó bien sea que quieran decir que sabe bien, ó que no está bueno de sal, con el ruido de su pendencia me despertaron, púseme á escuchar, y dije: Seria el diablo, si la pesadumbre de esta buena gente fuese sobre la capa del justo, y estuviesen á estas horas riñendo por la partija de mis bienes, de modo que pagasen mis huesos la carne que comiesen, metiéndome con mi amo en deuda y en pendencia. Yo estaba en la cama como nací del vientre de mi madre; no creí que alguien me viera; salto en un pensamiento, y como si á mi linaje todo llevaran Moros, y aquella diligencia valiera su rescate, doy á correr y trompicar por las escaleras abajo por llegar á tiempo, y no fuese como en algunos socorros importantes acontece. Mi ama, como se acostó primero, llevóme muchas ventajas, y mas el estar holgada, corria sobre cuatro dormidas, como gusano de seda, y frezaba para levantarse: oyó el mismo rebato, debióscle de antojar que yo soña-

ria, y en buena razon así debiera ello ser, parecióle que no lo oyera. Ella, aunque se acostaba vestida, siempre andaba en cueros, y esta vez lo estaba, sin tener sobre los heredados de Eva camisa ni otra cobija; y así desnuda, sin acordar de cubrirse, salió corriendo, desvalida, con un candil en la mano á reparar su hacienda. Su pensamiento y el mio fueron uno, el alboroto igual, y la diligencia en causa propia, el ruido de ambos poco, por venir descalzos. Véisnos aquí en el patio juntos, ella espantada en verme, y yo asombrado de verla. Ella sospechó que yo era duende, soltó el candil, y dió un gran grito; yo atemorizado de la figura, y con el encandilado, dí otro mayor, creyendo seria el alma del despensero de casa, que habia fallecido dos dias antes, y venia por ajustarse de cuentas con mi amo. Ella daba voces, que la oyeran en todo el barrio; yo con las mias, fué poco no me oyese toda la villa: fuése huyendo á su aposento, yo quise hacer lo mismo al mio, dieron los gatos á huir, tropecé con un mansejon de casa en el primero escalon, asióseme á las piernas con las uñas, pensé que ya me llevaba el que atrás vaya; pareció que me arrancaba el alma, doy de hocicos en la escalera, desgarréme las espinillas, é híceme las narices. No podia ninguno de los dos entender ó sospechar al cierto lo que el otro fuese, como todo sucedió presto, y acudimos al sonido de una misma campana, hasta que yo caido en el suelo, y escondida ella dentro de su pieza, nos conocimos por las quejas y llantos. Con esta alteracion (si el fresco de la mañana no lo hizo), á la señora mi ama la faltó la virtud retentiva, y aflojándosele los cerraderos del vientre, antes de entrar en su cámara, me la dejó en portales y patio, todo lleno de huesezuelos de guindas, que debia de comérselas enteras. Tuve que trabajar por un buen rato en barrerlo y lavarlo, por estar á mi cargo la limpieza. Allí supe que las inmundicias de tales acaecimientos huelen mas y peor que las naturalmente ordinarias: quede á cargo del filósofo inquirir y dar la causa de ello; baste que á costa de mi trabajo, en detrimento de mi olfato, le testifico la experiencia. Quedó mi ama del caso corrida, y yo mas, que aunque varon era muchacho, y en cosas tales no me habia desenvuelto: tenia tanto empacho como una doncella, y cuando fuera muy hombre, me avergonzara de su vergüenza. Pesóme muy de veras haberla visto, no quisiera tal acaecimiento por la vida; mas nunca la pude persuadir dejase de creer malicia en mí, ni bastaron juramentos para ponerla en razon, ni encaminarla á mi inocencia. Desde aquel momento me perdió toda buena voluntad, y supe despues de una vecina nuestra, á quien ella contó el caso, que sola su pena era no haberse hallado desnuda, sino haberse desañudado, que por lo demás no se le diera un pito, que eso quieren las que algo están de sí confiadas. Cuando vi que nada bastaba, luego vi mala señal, y que me habia de levantar algun falso testi-

monio para echarme de casa, poniéndome mal con su maridó, como si (pobre de mí) hubiera sido la culpa; nunca mas le conocí el rostro á derechas, ni atravesó palabra conmigo. Venido el dia claro, volví á mi tahona como me fué mandado; fuí á tener con mi amo, no desplegué mi boca de lo pasado. Preguntóme ¿si dejaba recaudo en lo de casa? Díjele que sí: ocupóme en algunas cosas, y puedo certificar que mi amo y sus compañeros, yo y los mios, ayudantes y trabajadores, teníamos mas que hacer en poner cobró á lo hurtado, que sazon á los manjares. ¡Cuál andaba todo! ¡qué sin órden, cuenta ni concierto! ¡qué sin duelo se pedia! ¡qué sin dolor se daba! ¡con qué gloria se recibia! ¡qué poco se gastaba! ¡cuánto se rehundia! Pedian azúcar para tortas, y para tortas azúcar, dos y tres veces para cada cosa. Estos banquetes tales llamábamos jubileos, porque iba el rio vuelto, y sobreaguados los peces. Con esto creí, que pues era (como dicen) el pan de mi compadre, y el duelo ajeno, que no tenia yo menos colmillos para ganar esta indulgencia, que tambien estaba mi alma en mi cuerpo, sin faltarme tilde ni hebilleta de hombre, y siquiera de las migajas caidas debajo de la mesa, aun sin querer igualarme á mis iguales, fuera lícito valerme algo de la franqueza, gozando del barato. Yo estaba cansado de pelar aves, limpiar almendras y piñones, calentar aguas, y otras cosas; andaba con una camisilla vieja y un juboncillo: de lo que cupo al cuartel de mi amo, habia una canasta de huevos, llegúeme por par, y echéme entre camisa y carnes unos pocos, y otros en las faltriqueras de los calzones. Ved, ya que metí la mano, en lo que vine á empacharme: mas diciendo verdad, no lo hice tanto por el interés, que fué una desventura, cuanto por decir siquiera que le dí un beso á la novia, y no se dijera que salí vírgen, ó que yendo á la corte no vi al rey. El traidor de mi amo sintiólo, y para santificarse con mi culpa asegurando su fidelidad con mi hurto, estando el veedor presente, y otros criados graves de casa, cuando quise salir á poner en cobro la pobreza, porque no se me viera, llegóse á mí como un leon, y asiéndome por los cabezones, me trajo á la melena, hollado entre los piés: bien podrás pensar cuál se puso la mercadería de bien acondicionada, pues me los deshizo todos á puntillones, corriendo las claras y yemas por las piernas abajo. Sin duda (dije entre mí) algun planeta gallinero me persigue. Quisiera decirle con la cólera: ¿Pues cómo, ladron, tienes la casa entapizada de lo que hurtaste y yo llevé, y haces alharacas por seis tristes huevos que me hallaste? ¿No ves que te ofendes con lo que me ofendes? Parecióme mas acertado el callar, que el mejor remedio en las injurias es despreciarlas. Mucho la sentí, por hacérmela mi amo, que si fuera de un extraño, no la estimara en tanto; mas hube de sufrir: no hice mas mudamiento, ni dí otra respuesta que alzar los ojos al cielo con algunas lágrimas que á ellos vinieron. La behetría del banquete se pasó, y nos fuí-

mos á casa; díjome mi amo por el camino : Que te digo, Guzmanillo, advierte, que lo que yo te dí, me importó mas de lo que piensas; ya sé que no tuve razon, mañana te compraré unos zapatos por ello, y valdrán mas que los huevos. Alegréme con la manda, porque los que traia estaban rotos y viejos; mi ama le debió de contar algunos males de mí, que desde que entramos en casa siempre mi amo me hizo un gesto de probar vinagre, sin que la ocasion llegase de comprar zapatos, que sin ellos me quedé. Como le veia torcido, procuraba de quitarle los tropezones de delante, sirviéndole con mas cuidado que nunca, sin hacerle falta, ni á cosa de la cocina en un cabello. Un dia de fiesta, como era de costumbre, se hicieron unas empanadas y pasteles, de que sobró un poco de masa, y otro dia lunes habian de correrse toros en la plaza : estaba en la basura una canilla de vaca casi entera, yo tenia necesidad para holgarme de unas blanquillas, y en un pensamiento empané mi zancarron, que como le puse, no diferenciaba por defuera de un hermoso conejo : fuíme con él á mi puesto, con ánimo de dar alguna gatada; mas como estaba de priesa no pude aguardar merchante, llegó á comprármela un cano y honrado escudero : hícele buena comodidad, concertéla en tres reales y medio, vi el cielo abierto por volverme presto; mas cuanta mi priesa era mucha, su flema era grande. Púsose debajo del brazo un reportorio pequeñuelo que llevaba en la mano, colgó del cinto los guantes y lienzo de narices, luego sacó una caja de anteojos, y en limpiarlos y ponérselos tardó largas dos horas; fué destilando del bolsico de un cinto cuarto á cuarto, y poniéndomelos en la mano, cada medio cuarto le parecia cuartillo, y le daba seis vueltas mirándole hácia el sol. Apenas me vi con mi dinero, cuando mi amo estaba conmigo, que con la falta que hice salió á buscarme; asióme del brazo, diciendo : ¿Qué prendas rematais, mancebo? El escudero estaba presente á todo esto, que no se lo quiso llevar la maldicion, para descubrir mi secreto : halléme atajado, que no supe ni pude darle autor, y por no tenerle, quedó como libro prohibido ó mercaderías vedadas, castigándome por ello, pues me pescó las monedas, diciendo : Soltad, bellaco, ¿sois vos el que me alababan? La mosca muerta, el que hacia del fiel, de quien yo fiaba mi hacienda? ¿Esto tenia en mi casa? ¿A vos daba mi pan y regalaba? ¿No mas de un pícaro? No me entreis mas en casa, ni paseis por mi puerta, quien se abate á poco no perdonará lo mucho si ocasion se le ofrece : y dándome un pescozon y un puntillon á un tiempo, y en presencia de mi merchante (que nunca mi mala suerte le despegó de allí con su flema), casi me hiciera dar en tierra : quedé tan corrido, que no supe responderle, aunque pudiera, y tuve harto paño, mas no siéndome lícito por haber sido mi amo, bajé la cabeza, y sin decir palabra me fuí avergonzado, que es mas gloria huir de los agravios callando, que vencerlos respondiendo.

CAPÍTULO VII.

Como despedido Guzman de Alfarache de su amo, volvió á ser pícaro, y de un hurto que hizo á un especiero.

En cualquier acaecimiento *mas vale saber que haber*, porque si la fortuna se rebelare, nunca la ciencia desampara al hombre; la hacienda se gasta, la ciencia crece, y es de mayor estimacion lo poco que el sabio sabe, que lo mucho que el rico tiene. No hay quien dude los excesos que á la fortuna hace la ciencia, no obstante que ambas aguijan á un fin de adornar y levantar á los hombres. Pintaron varios filósofos á la fortuna en varios modos, por ser en todo tan varia: cada uno la dibujó segun la halló para sí, ó la consideró en el otro. Si es buena, es madrastra de toda virtud; si mala, madre de todo vicio, y al que mas favorece, para mayor trabajo la guarda. Es de vidrio, instable, sin sosiego, como figura esférica en cuerpo plano: lo que hoy da, quita mañana: es la resaca de la mar, tráenos rodando y volteando, hasta dejarnos una vez en seco en las márgenes de la muerte, de donde jamás vuelve á cobrarnos, y en cuanto vivimos, obligándonos como á representantes á estudiar papeles y cosas nuevas, que salir á representar en el tablado del mundo. Cualquier vario acaecimiento la descompone y roba, y lo que deja perdido y desahuciado remedia la ciencia fácilmente. Ella es riquísima mina descubierta, de donde los que quieren pueden sacar grandes tesoros, como agua de un caudaloso rio, sin que se agote ni acabe; ella honra la buena fortuna, y ayuda en la mala; es plata en el pobre, oro en el rico, y en el príncipe piedra preciosa; en los pasos peligrosos, en los casos graves de fortuna el sabio se tiene y pasa, y el simple en lo llano tropieza y cae. No hay trabajo tan grande en la tierra, tormenta en la mar, ni temporal en el aire, que contraste á la ciencia; y así debe desear todo hombre vivir para saber, y saber para bien vivir: son sus bienes perpetuos, estables, fijos y seguros. Preguntarásme, ¿dónde va Guzman tan cargado de ciencia? ¿Qué piensa hacer con ella? ¿Para qué fin la loa con tan largas arengas, y engrandece con tales veras? ¿Qué nos quiere decir? ¿Adónde ha de parar? Por mi fe, hermano mio, á dar con ella en un esporton, que fué la ciencia que estudié para ganar de comer, que es una buena parte de ella, pues *quien ha oficio, ha beneficio*, y el que otro no sabia para pasar la vida, tanto lo estimé

para mí en aquel tiempo, como en el suyo Demóstenes la elocuencia, y sus astucias Ulises.

Mi natural era bueno, nací de nobles y honrados padres, no lo pude cubrir ni perder, forzoso les habia de parecer, sufriendo con paciencia las injurias, que en ellas se prueban los ánimos fuertes; y como los malos con los bienes empeoran, los buenos con los males se hacen mejores, sabiendo aprovecharse de ellos. ¿Quién dijera que tan buen servicio sacara tan mal galardon por tan inopinada y liviana ocasion? Salvo si no me dices, que anda tal el mundo, que por el mismo caso que uno es bueno, diestro en su oficio, y en él hace como debe, por eso mismo le descompone y arrincona, para que todo se yerre; ó que á los que Dios tiene predestinados, tras el pecado les envia la penitencia. ¡Ojalá fuera yo tan dichoso, y me lo castigara á cuerpo presente! Mi amo ya conmigo maleaba, que su mujer le indignó contra mí; cualquier cerrar de ojos bastara y aprovechara poco, aunque me desvelara mucho en quitarle las ocasiones. Ya estoy en la calle arrojado, y perseguido sobre despedido, ¿qué haré? ¿dónde iré? ó ¿qué será de mí? pues á voz de ladron salí de donde estaba: ¿quién me recibirá de buena ni de mala gana? Acordéme en aquella sazon de mis trabajos pasados, como hallaron puerto en una espuerta. *Buñolero solia ser, volvíme á mi menester;* no me pesó de haberlos tenido, pues así me socorrí de ellos, y es bien á veces tomarlos de voluntad para que no cansen tanto los forzosos en la necesidad; y pues nunca pueden faltar, justo es enseñarse á tenerlos, para mejor saber sufrirlos cuando vengan; además, que humillan á los hombres á cosas en que despues hallan fruto. No hay trabajo tan amargo que (si quieres) no saques de él un fin dulce, ni descanso tan dulce con que puedas dejar de temer un fin amargo, salvo en el de la virtud. Si como estaba tan á mi gusto acomodado, antes no hubiera padecido trabajos, nunca en la bonanza de mi sollastria supiera navegar en saliendo de la cocina, como piloto de agua dulce, ni hallara tan á la mano de qué me socorrer; ¿qué fuera entonces de mí? ¿No consideras, qué turbado, qué afligido estaria, y qué triste, quitado el oficio, sin saber de qué valerme, ni rincon adonde abrigarme? Con cuanto gané, jugué y hurté, ni compré juro, censo, casa ni capa, ó cosa con que me cobijar: habíase todo ido entrada por la salida, comido por servido, jugado por ganado, y frutos por pension. *Del mal el menos*: con todas estas desdichas mi caudal estaba en pié, la vergüenza perdida, que al pobre no le es de provecho tenerla, y cuanta menos poseyere, le dolerán menos los yerros que hiciere. Ya me sabia la tierra, y habia dineros para esporton, mas antes de resolverme á volverle al hombro, visitaba las noches y á medio dia los amigos y conocidos de mi amo, si alguno por ventura quisiera recibirme, porque ya sabia un poquillo, y holgara saber

algo mas, para con ello ganar de comer : algunos me ayudaban, entreteniéndome con un pedazo de pan : debieron de oir tales cosas de mí, que á poco tiempo me despedian, sin querer acojerme : donde la fuerza oprime, la ley se quiebra. Con estas diligencias cumplia á lo que estaba obligado, para no poder acusarme á mí mismo que volvia á lo pasado, huyendo del trabajo; y te prometo, que lo amaba entonces porque tenia de los vicios experiencia, y sabia cuanto es uno mas hombre que los otros, cuanto era mas trabajador, y por el contrario con el ocio. Mas no pude ya otra cosa, no sé qué puede ser, que deseando ser buenos nunca lo somos, y aunque por horas lo proponemos, en años nunca lo cumplimos, ni en toda la vida salimos con ello; y es porque no queremos, ni nos acordamos de mas de lo presente. Comencé á llevar mis cargos, comia lo que me era necesario, que nunca fué mi Dios mi vientre, y el hombre no ha de comer mas de para vivir lo que basta, y excediendo es brutalidad, que la bestia se harta para engordar. De esta manera, comiendo con regla, ni entorpecia el ánimo, ni enflaquecia el cuerpo, no criaba malos humores, tenia salud, y sobrábanme dineros para el juego. En el beber fuí templado, no haciéndolo sin mucha necesidad, ni demasiado, procurando ajustarme con lo necesario, así por ser natural mio, como parecermo malo la embriaguez en mis compañeros, que privándose del sentido y razon de hombres, andaban enfermos, roncos, enfadosos de aliento y trato, y los ojos encarnizados, dando traspiés y reverencias, haciendo danzas con los cascabeles en la cabeza, echando contrapasos atrás y adelante, y sobre toda humana desventura, hecho fiesta de muchachos, risa del pueblo, y escarnio de todos. Que los pícaros lo sean, andar, son pícaros, y no me maravillo, pues cualquier bajeza les entalla, y se hizo á su medida, como á escoria de los hombres; ¿pero que los que se estiman en algo, los nobles, los poderosos, los que debian ser abstinentes lo hagan? Que el religioso se descomponga el grueso de un pelo en ello, no solamente digo descomponga, pero aun llegar á la raya de poderse notar en semejante vituperio, digan ellos mismos lo que sienten cuando sienten, si no es que, para llevar el absurdo adelante, se disculpan con locuras, y trayendo consecuencias, que cometido un yerro dan en doscientos; mas para sí todos entienden la verdad. Afrentosa cosa es tratar de ello, infamia usarlo, bellaquería paliarlo, cosa indigna de hombres no abominarlo.

Teníamos en la plaza junto á Santa Cruz nuestra casa propia, comprada y reparada de dinero ajeno : allí eran las juntas y fiestas : levantábamo con el sol; acudia con diligencia por aquellas tenderas y panaderos, entraba en la carnicería, hacia mi agosto las mañanas para todo el dia. Dábanme los parroquianos que no tenian mozo que les llevase la comida : hacíalo fiel y diligente-

mente, sin faltarles un cabello; acreditéme mucho en el oficio, de manera, que á mis compañeros faltaba, y á mí me sobraba para un teniente que siempre me allegaba. Entonces éramos pocos, y andábamos de vagar; agora son muchos, y todos tienen en qué ocuparse, y no hay estado mas dilatado que el de los pícaros, porque todos dan en serlo, y se precian de ello. A esto llega la desventura; hacer de las infamias bizarría, y honra de las bajezas, y de las veras burla.

Sucedió que se dieron conductas á ciertos capitanes, y luego que acontece lo tal, se publica en el pueblo, y en cada corrillo y casa se hace consejo de Estado. La de los pícaros no se duerme, que tambien gobierna como todos, haciendo discursos, dando trazas y pareceres: no entiendas que por ser bajos en calidad han de alejarse mas los suyos de la verdad, ó ser menos ciertos: engáñaste de veras, que es antes al contrario, y acontece saber ellos lo esencial de las cosas, y hay razon para ello; porque en cuanto al entendimiento, algunas y muchas hay, que si lo acomodasen lo tienen bueno, pues como anden todo el dia de una en otra parte, por diversas calles y casas, y sean tantos, y anden tan divididos, oyen á muchos muchas cosas; y aunque suelen decir, que *cuantas cabezas tantos pareceres,* y si uno ó un ciento disparan, diciendo locuras donosas, otros discurren con prudencia; nosotros, pues (recogido todo lo de todos), en cuanto se cenaba referíamos lo que en la corte pasaba; además, que no habia bodegon ó taberna donde no se hubiera tratado de ello y lo oyéramos, que allí tambien son las aulas y generales de los discursos, donde se ventilan cuestiones y dudas, donde se limita el poder del Turco, reforman los consejos, y culpan á los ministros: últimamente, allí se sabe todo, se trata en todo, y son legisladores de todo, porque hablan todos por boca de Baco, teniendo á Ceres por ascendiente, conversando de vientre lleno, y si el mosto es nuevo hierve la tinaja. Con lo que allí aprendíamos, venia despues á tratar nuestra junta de lo que nos parecia. Esta vez acertamos en decir que aquestas compañías marcharian la vuelta de Italia: fuése verificando el caso, porque arbolaron las banderas por la Mancha adentro, subiéndose desde Almodovar y Argamasilla por los márgenes del reino de Toledo, hasta subir á Alcalá de Henares y Guadalajara, yéndose siempre acercando al mar Mediterráneo. Parecióme muy buena ocasion para la ejecucion de mis deseos, que con crueles ansias me espoleaban á hacer este viaje, por conocer mi sangre, y saber quiénes y de qué calidad eran mis deudos; mas estaba tan roto y despedazado, que el freno de la razon me hacia parar á la raya, pareciéndome imposible efectuarse; pero nunca me desvelaba en otra cosa: en esta iba y venia, sin poder apartarla de mí: de dia cavaba en ello, y de noche lo soñaba; y si tiene lugar el proverbio del Romano, *si quieres ser papa,*

estámpalo en la testa, en mí se verificó, que andando en este cuidado solícito, dándole mil trasiegos, me senté á un lado de la plaza, junto á una tendera, donde solia ser mi puesto y de mi teniente; y estando con la mano en la mejilla, determinando de pasar aunque fuera por mochilero, si mas no pudiera, y aun segun estaba me sobraba, oí decir: ¿Guzman, Guzmanillo? Volví el rostro á la voz, y sentí que un especiero debajo de los portales de junto á la carnicería me llamaba: hízome señas con la mano que fuese allá: levantéme por ver qué me queria; díjome: Abre ese esporton. Echóme dentro cantidad de dos mil y quinientos reales en plata y en oro, y en cuartos pocos. Preguntéle: ¿A qué calderero llevamos este cobre? Díjome: ¿Cobre le parece al pícaro? Alto, aguije, que lo voy á pagar á un mercader forastero que me vendió algunas cosas para la tienda. Esto me decia, mas yo en otro pensaba, que era cómo darle cantonada: porque no la alegre nueva del parto deseado llegó al oido del amoroso padre, ni derrotado marinero con tormentas descubrió de improviso el puerto que buscaba, ni el rendido muro al famoso capitan que le combate, le dió tal alegría, ni tuvo tan suave acento, cual en mi alma sentí oyendo aquella dulce y sonora voz de mi especiero: ABRE ESA CAPACHA. ¡Gran palabra! letras que de oro se me estamparon en el corazon, dejándolo colmado de alegría, y mas cuando las calificaron, poniéndome actualmente en quieta y pacífica posesion de lo que creí habia de ser mi remedio. Desde aquel venturoso punto comencé á dispensar de la moneda, trazando mi vida: cargué con ella, fingiendo pesar mucho, y me pesaba mucho mas, de que no era mas. Mi hombre comenzó á andar por delante, y yo á seguirle, con increible deseo de hallar algun aprieto ó concurso de gente en alguna calle, ó llegar en alguna casa donde hacer mi hecho: deparóme la fortuna á la medida del deseo una como así me la quiero; pues entrando por la puerta principal, salí tres calles de allí por un postigo, y dando bordos de esquina en esquina, el paso largo y no descompuesto, para no dar nota, las fuí trasponiendo con lindo aire hasta la puerta de la Vega, donde me dejé ir descolgando hácia el rio, atravesé la Casa del Campo, y ayudado de la noche, caminé por entre la maleza de los álamos, chopos y zarzas una legua de allí. En una espesura hice alto, para con maduro consejo pensar en lo por venir, cómo fuese de fruto lo pasado; que no basta comenzar bien, ni ir bien al medio, si no se acaba bien: de poco sirven buenos principios, y mejores medios, no saliendo prósperos los fines. ¿De qué provecho hubiera sido el hurto, si me hallaran con él, sino perderle, y á vueltas de él quizá las orejas, y haber comprado un cabo de año si tuveria edad? Allí entré en acuerdo de lo que fuera bien hacer; busqué donde el agua tenia mas fondo en la mayor espesura, y en ella hice un hoyo, y en las telas de mis calzones y sayo, envuelta la moneda,

la metí, cubriéndola muy bien de arena y piedras por defuera: puse una señal, no porque me descuidase, que allí residí á la vista por casi quince dias; pero para no turbarme despues, buscándola dos piés mas adelante ó atrás, que fuera morirme si cuando metiera la mano dejara de asentarla encima, en especial, que algunas noches me alargaba de allí á los lugares de la comarca por viandas para tres ó cuatro dias, volviendo luego á mi albergue, ensotándome en saliendo el sol por aquel bosque del Pardo. De esta manera me entretuve en tanto que desmentí las espías y cuadrilleros, que sin duda debieron de ir tras de mí. Así se perdió el rastro, y pareciéndome que todo estaria seguro, para poder mudar el rancho y marchar, hice un pequeñuelo lio de los forros viejos que del sayuelo me quedaron, donde metí envuelta la sangre de mi corazon; quedóme solo el viejo lienzo de los calzones, un juboncillo desharrapado, y una rota camisa; pero todo limpio, que lo habia por momentos lavado: quedé puesto en blanco, muy acomodado para la danza de espadas de los hortelanos. Anduve á escojer un par de garrotillos lisos; del uno colgué á las espaldas el precioso fardo, el otro llevé por bordon en la mano: ya cansado y harto de estar hecho conejo en aquel vivero, temeroso que una guarda, ó cualquier que allí me viera residir de asiento no tomase de mí mala sospecha, comencé á caminar de noche á oscuras por lugares apartados del camino real, tomando atraviesas, trochas y sendas por medio de la Sagra de Toledo, hasta llegar dos leguas de él á un soto que llaman Azuqueica, que amanecí en él una mañana. Metíme á la sombra de unos membrillos para pasar el dia; halléme sin pensar junto á mí un mocito de mi talle; debia de ser hijo de algun ciudadano, que con tan mala consideracion como la mia, se iba de con sus padres á ver mundo. Llevaba liado su hatillo; y como era caballero novel, acostumbrado á regalo, la leche en los labios, cansábase con el peso, que aun á sí mismo se le hacia pesado llevarse. No debia tener mucha gana de volver á los suyos, ni de ser hallado de ellos: caminaba como yo, de dia por los jarales, de noche por los caminos, buscando madrigueras. Dígolo, porque desde que allí llegamos hasta el anochecer, que nos apartamos, no salió de donde yo. Cuando se quiso partir, tomando á peso el fardo, lo dejó caer en el suelo, diciendo: Maldígate Dios, si no estoy por dejarte. Ya nos habíamos de antes hablado y tratado, pidiéndonos cuenta de nuestros viajes, y de dónde, quién eramos. Él me lo negó, yo no se lo confesé, que por mis mentiras conocí que me las decia: con esto nos pagamos; lo que mas pude sacarle fué descubrirme su necesidad. Viendo, pues, la buena coyuntura, y disgusto que con el cargo llevaba, y mayor con el poco peso de la bolsa, parecióme seria ropa de vestir. Preguntéle, ¿qué era lo que allí llevaba, que tanto le cansaba? Díjome: Unos vestidos. Tuve buena entrada para mis deseos, y díjele: Gentil-

hombre, daríaos yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar. Él me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradeceria mucho. Volvíle á decir : Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos de ello, y acudid á lo mas necesario : ahí llevais esa ropa, ó lo que es, vendedla, que menos peso y mas provecho podrá haceros el dinero que sacáredes de ella. El mozo replicó discretamente (que son de buen ingenio los Toledanos) : Ese parecer bueno es, y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma: ¿qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mí se me ofrece causa para no entrar en poblado á hacer trueco, ni venta, ni alguno que no me conozca querrá comprarlo. Luego le pregunté, ¿qué piezas eran las que llevaba? Respondióme : Unos vestidillos para remudar con este que tengo puesto. Preguntéle la color, y ¿si estaba muy traido? Respondió, que era de mezcla, y razonable. No me descontentó, que luego le ofrecí pagárselo de contado si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio. Esta imaginacion fué mia, que le debió de pasar al otro, y que debia de ser algun ladroncillo que le queria burlar; porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaria ó no, que de mi talle no se podia esperar ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena ó mala presuncion de su persona, y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el hábito califica; pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen vividor. En el punto entendí su pensamiento como si estuviera en él, y para reducirle á buen concepto, le dije: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno, é hijo de tan buenos padres como vos; hasta agora no he querido daros cuenta de mí, mas porque perdais el recelo pienso dárosla. Mi tierra es Burgos, de ella salí como salís, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde de ellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado, y este vestido desarropado, aseguro la vida, y paso libremente, que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro, y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen, ni de salteadores que le asalten : si os place, vendedme lo que no habeis menester; y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, á donde es mi viaje; holgaria entrar algo bien tratado, y no con tan vil hábito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacó de él un herreruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí : concertéme con él en cien reales; no valia mas, que aunque estaba bien tratado el paño no era fino; descosí por un lado mi

envoltero, y de él saqué los cuartos que bastaron, que no le dió poca mohina cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podia excusarla; mas consolóse que era menor que la pasada, y mas provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedimos, él se fué con la buena ventura, y yo (aunque tarde) aquella noche me entré en Toledo.

CAPÍTULO VIII.

Como Guzman de Alfarache, vistiéndose muy galan en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hicieron, y despues en Malagon.

Suelen decir vulgarmente, que *aunque vistan á la mona de seda, mona se queda* : esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepcion. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene : podria entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo. Presto me pondré galan y en breve volveré á ganapan, que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como verás adelante. Lo primero que hice á la mañana fué reformarme de jubon, zapatos y sombrero; al cuello del herreruelo le hice quitar el tafetan que tenia, y echar otro de otra color : reparé la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño, y púseselas de buen tafetan, con que á poca costa lo desconocí todo, con temor que por mis pecados ó desgracia no cayera en algun lazo donde viniera á pagar lo de antaño y lo de ogaño; que buscando al mozuelo, no me vieran sus vestidos, y achacándome haberle muerto para robarle, me le pidieran por nuevo, y que diera cuenta de él. Así anduve dos dias por la ciudad, procurando saber dónde ó en qué lugar hubiese compañías de soldados : no supo alguno darme nueva cierta; andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover (aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo, y si salia de la posada era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido) veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la corte, tan bien aderezado, que me dejó envidioso. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza, y aforrado en tela de plata, el jubon de tela de oro, coleto de ante, con un bravato pasamano milanés, casi de tres dedos en ancho; el sombrero muy galan, bordado, y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro, esmaltadas de negro, y en cuerpo. Lle-

vaba en el portamanteo un capote (á lo que me pareció) de raja ó paño morado, su pasamano de oro á la redonda, como el del coleto y calzones. El vestido del hombre me puso codicia, y como el dinero no se ganó á cavar, hacíame cocos desde la bolsa, no me lo sufrió el corazon. A buena fe (le dije), si gana teneis de danzar, yo os haga el son, y si no quereis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros á cuestas: cumpliréos ese deseo, satisfaciendo el mio bien presto, y que no tarde. Fuíme de allí á la tienda de un mercader, saqué todo lo necesario, llamé un oficial, corté un vestido; díle tanta priesa, que ni fué (como dicen) oido ni visto, porque en tres dias me envasaron en él, salvo, que por no hallar buen ante para el coleto, lo hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro; púseme de liga pajada, con un rapacejo y puntas de oro, á lo de Cristo me lleve, todo muy á la órden. Asentábame con el rostro, que no habia mas que pedir, y en realidad de verdad, tuve cuando mozuelo buena cara. Viéndome tan galan soldado, dí ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algun hombre principal. Tambien recibí luego un paje bien tratado que me acompañase: acerté con un ladino en la tierra: parecióme, viéndome entronizado y bien vestido, que mi padre era vivo, y que yo estaba restituido al tiempo de sus prosperidades; andaba tan contento, que quisiera de noche no desnudarme, y de dia no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran. Amaneció el domingo, púseme de ostentacion, y dí de golpe con mi lozanía en la iglesia mayor para oir misa, aunque sospecho que mas me llevó la gana de ser mirado. Paseéla toda tres ó cuatro veces, visité las capillas donde acudia mas gente, hasta que vine á parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes; pero yo me figuré que era el rey de los gallos, y el que llevaba la gala, y como pastor lozano, hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran, y enseñar aun hasta las cintas, que eran del tudesco; estiréme de cuello, comencé á hinchar la barriga y atiesar las piernas: tanto me desvanecia, que de mis visajes y meneos todos tenian que notar, burlándose de mi necedad; mas como me miraba, yo no miraban en ello, ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas, antes me pareció que á todos admiraba mi curiosidad y gallardía. En cuanto á los hombres no se me ofrece mas que decirte; pero con las damas me pasó un donoso caso, digno por cierto de los tan bobos como yo; y fué, que dos de las que allí estaban, la una de ellas natural de aquella ciudad, y hermosa por todo extremo, puso los ojos en mí, ó por mejor decir, en mi dinero, creyendo que los tenia quien tan bien vestido estaba, mas por entonces no reparé en ello, ni la vi, á causa que me habia cebado en otra que á otro lado estaba, á la cual, come la hice algunas señas á lo niño, rióse de mí á lo taimado. Parecióme que aquello bastaria, y que ya lo tenia

negociado; fuí perseverando en mi ignorancia, y ella en sus astucias, hasta que, saliendo de la iglesia, se fué á su casa, y yo en su seguimiento poco á poco íbala por el camino diciendo algunos disparates: tal era ella, que (cual si fuera de piedra) no respondió, ni hizo sentimiento; pero no por eso dejaba de cuando en cuando de volver la cabeza, dándome cara, con que me abrasaba vivo. Así llegamos á una calle, junto á la Solana de San Cebrian, donde vivia, y al entrar en su casa, me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños, y el rostro alegre. Con esto la dejé, y me volví á mi posada por los mismos pasos; y á muy pocos andados, vi estar una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se la veian los ojos, la cual me habia seguido; y sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué á ver lo que mandaba, hízome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, á quien estaba obligado agradecer la voluntad que me tenia, tanto por esto, cuanto por su calidad y buenos deudos, que gustaria le dijese dónde vivia, porque tenia cierto negocio para tratar conmigo. Ya yo no cabia de contento en el pellejo; no trocara mi buena suerte á la mejor que tuvo Alejandro Magno, pareciéndome que penaban por mí todas las damas. Así la respondia á lo grave, con agradecimiento de la merced ofrecida, que cuando se sirviese de hacérmela, seria para mí muy grande. En esta conversacion poco á poco nos acercamos á mi posada: ella la reconoció, y despidiéndonos, entréme á comer, que era hora. Como yo no sabia quién fuera esta señora, ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla: todo se me hacia tarde; fuíme á su calle, dí mas paseos y vueltas que rocin de noria, y á buen rato de la tarde salió (como á hurto) á hablarme desde una ventana: pasamos algunas razones; últimamente me dijo, que aquella noche me fuese á cenar con ella. Mandé á mi criado comprase un capon de leche, dos perdices, un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallase, frutas y colacion para postre, y lo llevase. Despues de anochecido, pareciéndome hora, fuí al concierto, hízome un gran recibimiento de bueno: ya era hora de cenar, pedíle que mandase poner la mesa, mas ella buscando novedades y entretenimientos lo dilataba. Metióme en un laberinto, comenzándome á decir que era doncella, de noble parte, y tenia un hermano travieso y mal acondicionado, el cual nunca entraba en casa mas de á comer y cenar, porque lo restante, dias y noches ocupaba en jugar y pasear. Estando en esta plática, ves aquí que llamaron con grandes golpes á la puerta. ¡Ay Dios! (me dijo) perdida soy. Alborotóse mucho, con una turbacion fingida, de tal manera, que á otro mas diestro engañara con ella; y aunque ya la señora sabia el fin y los medios como todo habia de caminar, se mostró afligida

de no saber qué hacerse; y como si entonces la hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua; pero con alguna lama de haberla tenido, y no bien limpia. Estaba puesta en el portal del patio, hice lo que quiso, cubrióme con el tapador, y volviéndose á su estrado, entró el hermano, el cual viendo la humareda, dijo : Hermana, vos teneis algo de brava con este humo, y lloverse la casa, gana teneis que salga huyendo de ella. ¿Qué tenemos para cenar con tanta humareda? Entró en la cocina, y como viese nuestro aparato, salió diciendo : ¿Qué novedad es esta? ¿Cuál de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en casa? ¿Qué aderezo de banquete es este, ó para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento, y dais á vuestros padres y desdichado hermano? La verdad he de saber, ó todo ha de acabar en mal esta noche. Ella le dió no sé qué descargos, que con el miedo, y estar cubierto, no pude bien oir ni entender, mas de que daba voces, y haciendo del enojado, la mandó asentar á la mesa, y habiendo cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa, y echó la aldaba á la puerta de la calle, y entrándose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro, y yo en la tinaja. A todo esto estuve muy atento y devoto, de suerte, que no me quedó oracion de las que sabia que no rezase porque Dios le cegara, y no mirara donde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera, saqué poquito á poco la cabeza, mirando si la señora venia, si tosia, ó si escupia, y el gato se meneaba, ó cualquier cosa, todo se me antojaba que era ella; mas viendo que tardaba, y la casa estaba muy sosegada, salí del vientre de mi tinaja, cual otro Jonás del de la ballena, no muy limpio; mas fué mi buena suerte, que con el temor de malas cosas, que suelen suceder, y mas á muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiéndome á las noches del viejo que antes habia comprado, y así no me dió cuidado ni pena. Di vueltas por la casa, lleguéme al aposento, comencé á rascar la puerta y en el suelo con el dedo para que me oyera : era mal sordo, y no quiso oir. Así se fué la noche de claro : cuando vi que amanecia, lleno de cólera, triste, desesperado y frio, abrí la puerta de la calle, y dejándola emparejada, salí fuera como un loco, echando mantas y no de lana, haciendo cruces á las esquinas, con determinacion de nunca volvérselas á cruzar. Pensando en mis desdichas, llegué al ayuntamiento, y junto á él tenian abierta la puerta de una pastelería; hartéme de pasteles, pícaros como yo, por serme de mejor sabor : con ellos pasé al estómago el coraje que me ahogaba en la garganta : mi posada estaba cerca, llamé y abrióme mi criado, que me aguardaba; desnudéme, y metíme en la cama. Con el rastro del enojo no podia tener sosiego, ni cuajar sueño : ya me culpaba á mí mismo, ya á la dama, ya á mi mala fortuna; y estando en esto (siendo de dia claro), ves aquí que

llaman á mi aposento : era la moza que me habia seguido el dia pasado, y venia su ama con ella; sentóse á la cabecera en una silla, y la criada en el suelo junto á la puerta : la señora me pidió larga cuenta de mi vida, quién era, y á qué venia, y qué tiempo tardaria en aquella ciudad; mas yo todo era mentira, nunca la dije la verdad; y pensándola engañar, me cogió en la ratonera : fuíla satisfaciendo á sus palabras, y perdí la cuenta en lo que mas importaba; pues debiéndola decir que allí habia de residir de asiento algunos meses, la dije que iba de paso : ella por no perder los dados, y que no debia de apetecer amores tan de repelon, quiso dármelo : comenzó á tender las redes en que cazarme : así al descuido, con mucho cuidado, iba descubriendo sus galas, que eran buenas, guarniciones de oro, y otras cosas, que traia debajo de una saya entera de gorbaran de Italia; y sacando unos corales de la faltriquera, hizo como que jugaba con ellos, y de allí á poco fingió que le faltaba un relicario que tenia engarzado en ellos. Afligióse mucho, diciendo ser de su marido; y con esto se levantó, como que la importaba volverse luego á su casa, por si allá se le hubiera quedado, buscarle con tiempo; y aunque la prometí dar otro, y la dije muchas cosas, y ofrecí promesas, no pude acabar con ella, que mas se esperase. Así se fué, dándome la palabra de venir otra vez á visitarme, y enviar su criada en llegando á casa para darme aviso si habia parecido la joya : yo quedé tristísimo que así se hubiese ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bizarra y discreta : yo tenia gana de dormir : dejéme llevar del sueño, mas no pude continuarle dos horas. Como ya tenia cuidados, levantéme á solicitarlos : en cuanto me vestí se hizo hora de comer, y estando á la mesa, entró la criada; la cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido, y díjome, que volvia, si por ventura, jugando su ama con el rosario, se le hubiese allí caido la pieza; todos la buscamos, mas no pareció, porque no faltaba. Encarecióme que no sentia tanto su valor, como el ser cuya era : figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras á que la comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el dia siguiente al amanecer seria conmigo su señora, porque saldria en achaque de ir á cierta romería. Así me fuí con ella á los plateros, y la compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió, y ya el ama le habria echado el ojo : con él se quedaron, que nunca supe mas de ama ni moza : ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocia, deseando saber la ocasion de la noche pasada, y si habia sido burla; y olvidado de la injuria, volví á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste, y que me esperaba : llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca, y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguien á quien temer, y llegándose á la puerta, dijo que me adelantase hácia la iglesia mayor : hícelo así;

ella tomó su manto, y llegamos entrambos casi á un tiempo; atravesó por entre los dos coros, y salió á la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo que la siguiera. Fuíme tras ella, entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná, y yo con ella: dióme allí satisfacciones, haciendo mil juramentos, no haber tenido culpa, ni haber sido en su mano lo pasado. Hinchóme la cabeza de viento; creíla sus mentiras bien compuestas; prometióme que aquella noche lo enmendaria, y aunque aventurase á perder la vida, la arriscaria por mi contento. Rindióme tanto, que pudieran amasarme como cera: compró algunas cosas, que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga, dijo al mercader: ¿Cuánto tengo de dar de esta deuda cada semana? Él respondió: Señora, no las doy por ese precio, ni vendo fiado; si vuesa merced trae dineros llevará lo que ha comprado, y sino, perdone. Yo le dije: Señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo su bolsa, y soy su mayordomo: así sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, tambien saqué mi barba de vergüenza, y á la dama de deuda. Al punto se me representó haber sido estratagema para pagarse adelantado, y no quedarse burlada, como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenia obligada, y no diera mis dos empleos de aquel dia en las dos damas por Méjico y el Perú. Así la pregunté: ¿si su promesa seria cierta, y á qué hora? Asegurómela sin duda para las diez de la noche. Ella se fué á su casa, y yo á entretener el dia, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo, y volví á la tahona; hice la seña concertada, que fué dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana, mas fué como darlos en el puente de Alcántara. Parecióme quizá no seria hora, ó no podia mas; esperé otro poco, y así me estuve hasta las doce de la noche haciendo señas á tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burlería, que el que decia ser su hermano, era su galan, y se sustentaban con aquellos embelecos, estando de concierto los dos para cuanto hacian. Eran Cordobeses, bien tratadas las personas, y entre los mas tordos nuevos que habian cazado, era un mancebito escribanito, recien casado, que picado de la señora, la habia dado ciertas joyuelas, y como á mí, le llevaba en largas, haciéndole esperar, pechar y despechar; mas cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse. Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oido, y cuando me queria ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente; adelantéme pareciéndome justicia, y sentí que llamaron á la misma puerta; volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turba multa, y un corchete, diciendo quien eran, hizo que abriesen. Cuando entraron me llegué á la puerta, por

mejor entender lo que pasaba; el alguacil miró toda la casa, y no halló cosa de lo que buscaba. Yo que quisiera decir: Miren las tinajas, y echar á huir; á fe mia que ya el escribanito sabia si estaban empegadas, que cuidado tuvo en hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano se quedó allí; y como se hacia el oficio entre amigos, dijo un corchete: Aun este puño dueño tiene. La dama le quiso encubrir; pero entre tanto volvieron á dar vuelta con mas cuidado; y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande que allí estaba pudiera caber un hombre, le hizo abrir, donde hallaron al galan; vistiéronse los dos, y de conformidad los llevaron á la cárcel. Yo quedé tan contento, cuanto corrido; contento de que no me hubiesen hallado dentro, y corrido de las burlas que me habian hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar pensando en ello, y en la otra señora que aguardaba, creyendo desquitarme con ella: figurábala entre mí mujer de otra calidad y término. Todo aquel dia la esperé; pero ni aun siquiera un recado me envió, ni supe dónde vivia, ni quién era. Ves aquí mis dos buenos empleos, y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, á la noche cuando fuí á la posada hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé qué persona; ya ves lo que pude sentir. Díjele á mi criado que me esperase hasta la mañana; salí por la puerta del Cambron, donde pensando y paseando pasé casi hasta el dia, haciendo mis discursos, qué podia querer ó buscar aquel alguacil; mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa, y mudar de vestido y posada: aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba, segun me dijeron. Salí á la plaza de Zocodover, pregonaban dos mulas para Almagro; mas tardé en oirlo, que en concertarme y salir de Toledo; porque allí todo me parecia tener olor de esparto y suela de zapato. Aquella noche tuve en Orgaz y en Malagon la siguiente; pero con el sobresalto de que las noches antes no habia podido reposar, llegué tan dormido, que á pedazos me caia, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado, y fué, que entrando en la posada se llegó á tomar la ropa una mozuela, mas que criada y menos que hija, de bonico talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños de ellas. Habléla, y respondió bien; fuímos adelantando la conversacion, de suerte, que concertó conmigo de hablarme cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; díle una pechuga de un capon; brindéla, é hizo la razon; quise asirla de un brazo, desvióse; yo por allegarla, y ella por huir, caí de lado en el suelo: era la silla de costillas, cogióme en medio, de que recibí un mal golpe, y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta, y

dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta, y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo, dejara pagados mis acreedores. Volvíla á preguntar ¿si esperaria? Díjome, que si falta hubiese, yo lo veria, y otras algunas chocarrerías, con que se despidió de mí. Las noches antes, ya te dije lo mal que se pasaron; tal estaba, que fué imposible resistirme; pero tuve deseo de madrugar aunque nunca durmiera; y así mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana, y lo metiesen en mi aposento; lo cual hecho, habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada, y se fueron á dormir: aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo, como dicen, á media rienda. Ves aquí despues de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era del huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió bonico la cabeza por alcanzar algun bocado, y en llegando al arnero, meneólo, y procurando entrar, sonó la puerta: yo que estaba cuidadoso, poco basta para recordarme; y pensé que tenia los toros en el coso: estaba todavía soñoliento, parecióme que no acertaba con la cama; púseme sentado en ella, y llaméla. Como la borrica me sintió, temió, y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esporton de la paja: yo creyendo que fuese la señora, y que tropezaba en él, salté de la cama, diciendo: Entra, mi vida, daca la mano. Alargué todo el cuerpo para que me la diese: toquéle con la rodilla en el hocico, alzó la cabeza, dándome con ella en los mios una gran cabezada, y fuése huyendo, que si allí se quedara, no fuera mucho (con el dolor) meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices, y dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz, era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.

CAPÍTULO IX.

Como Guzman de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de donde tuvo orígen la mala voz: *en Malagon en cada casa un ladron, y en la del alcalde, hijo y padre.*

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion á ley que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar el

corazon, y dificultoso de salir de él, así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no habia bien recordado; con esto no pude madrugar, quedéme en la cama hasta las nueve del dia. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de meson, que sus amos la encerraron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentia; y así dije:

Vuestros amores, hermana Lucía,
Mal enojado me han:

Comenzaron por silla, y acabaron en albarda. No me la volvereis á echar otra vez: aderezadnos de almorzar, que me quiero ir. Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me queria partir, las mulas estaban á punto; era la mia mohina de condicion, y de mal proceder; quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás creo que me debia de querer decir que no lo hiciese, ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua para que la entendiese, alzando las piernas, y dándome dos coces me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones. Aun esto mas me estaba gardado, dije algo levantada la voz: No hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula. Subí en ella, y por el camino (visto las desgracias que habia tenido) les fuí contando á mis criados lo de la burra; riéronse mucho de ello, y mas de mi mozo entendimiento, en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pié quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo (dijo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi paje respondió: Antes me parece que nos la hurtaron por sacar adelante la fama de este pueblo. Entonces tuve deseo de saber qué orígen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre traginando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podía preguntárselo á mi hombre de á pié, y le dije: Hermano Andres, pues fuistes estudiante y carretero, y ahora mozo de mulas, ¿no me direis (si habeis oido) de dónde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y porqué se dijo: *en Malagon en cada casa hay un ladron, y en la del alcalde hijo y padre?* El mozo respondió, diciendo: Señor, vuesa merced me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto, y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere,

dejando á parte lo que no tiene color, ni sombra de verdad, y conformándome con la opinion de algunos á quien lo oí, de cuyo parecer fio el mio, por ser mas llegado á la razon, que en lo que no la tenemos natural, ni por tradicion de escritos, cuando tiene sepultadas las cosas el tiempo, el buen juicio es la ley con quien habemos de conformarnos; y así esto tiene orígen que corre de muy lejos, en esta manera.

En el año del Señor de mil y doscientos y treinta y seis, reinando en Castilla y Leon el rey don Fernando el Santo, que ganó á Sevilla el segundo año despues de fallecido el rey don Alonso de Leon, su padre, un dia estaba comiendo en Benavente, y tuvo nueva que los cristianos habian entrado en la ciudad de Córdoba, y estaban apoderados de las torres y castillos del arrabal que llaman Axarquía, con aquella puerta y muro, y que por ser los Moros muchos, y los cristianos pocos, estaban muy necesitados de socorro.

Este mismo despacho habian enviado á don Alvar Perez de Castro, que estaba en Martos, y á don Ordoño Alvarez, caballeros principales de Castilla, de mucho poder y fuerzas, y otras muchas personas que les diesen su favor y ayuda. Cada uno de los que lo supieron acudió al momento, y el rey se puso luego en el camino sin dilatarlo, no obstante que le dieron la nueva en 28 de enero, y el tiempo era muy trabajoso de nieves y frios. Nada se lo impidió, que partió al socorro, dejando dada órden que sus vasallos partiesen en su seguimiento, porque no llegaban á cien caballeros los que con él salieron. Lo mismo envió á mandar á todas las ciudades, villas y lugares, enviasen su gente á esta frontera donde él iba: cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y rios, que no dejaban pasar la gente. Juntáronse en Malagon cantidad de soldados de diferentes partes, tantos, que con ser entonces lugar muy poblado, y de los mejores de su comarca, para cada casa hubo un soldado, y en algunas á dos y tres. El alcalde hospedó al capitan de una compañía, y á un hijo suyo que traia por alferez de ella. Los mantenimientos faltaban, el camino se traginaba mal, padecíase necesidad, y cada uno buscaba su vida robando á quien hallaba qué: un labrador gracioso, del propio lugar, salió de allí camino de Toledo, y encontrándose en Orgaz con una escuadra de caballeros, le preguntaron de dónde era: respondió que de Malagon: volviéronle á decir: ¿qué hay por allá de nuevo? Y dijo: Señores, lo que hay de nuevo en Malagon, es *en cada casa un ladron, y en la del alcalde, quedan hijo y padre.* Este fué el orígen verdadero de la falsa fama que le ponen, por no saber el fundamento de ella; y es injuria notoria en nuestro tiempo, porque en todo este camino dudo se haga otro mejor hospedaje, ni de gente mas comedida, cada una en su trato. Tambien podré decir que habemos visto en

él hurtos calificados de mucha importancia. En esto íbamos tratando por alivio del camino, cuando de un caminante supe, que en Almagro estaba una compañía de soldados: certificóme de ello, y alegréme grandemente, que solo eso buscaba para salir de congoja. En llegando á la villa, luego á la entrada de ella, ví en la calle Real en una ventana una bandera: pasé adelante, y fuíme á posar á uno de los mesones de la plaza, donde cené temprano, yéndome luego á dormir, para restaurar algo de tantas malas noches pasadas. El mesonero y huéspedes, viéndome llegar bien aderezado y servido, preguntaban á mis criados, quién fuese; y como no sabian otra cosa mas de lo que me habian oido, respondian que me llamaba don Juan de Guzman, hijo de un caballero principal de la casa de Toral. A la mañana temprano mi paje me dió de vestir, compuse mis galas, y oida una misa fuí á visitar al capitan, diciéndole como venia en su busca para servirle. Recibióme con mucha cortesía, el rostro alegre, y lo merecia muy bien el mio; el vestido y dineros que llevaba, que serian pocos mas de mil reales, porque los otros habian tomado vuelo, é hicieron el del cuervo, en vestidos, amores y camino. Asentóme en su escuadra, y á su mesa, tratándome siempre con mucha crianza; y en remuneracion de ello lo comencé á regalar y servir, echando de la mano como un príncipe, cual si tuviera para cada martes orejas, ó si como en cada lugar habia de hallar otro especiero, otro rio, y otro bosque adonde poder ensotarme; tan sin miedo, con tanta prodigalidad lo despedia y arrojaba en dos á siete, y en tres á once, visitaba tan á menudo las tablas de la bandera, que ya (ganando pocas veces, y perdiendo muchas) me adelgazaba. Con esto me entretuve hasta que comenzamos á marchar, que para socorrer la compañía nos metieron en la iglesia; de allí fuímos uno á uno saliendo, y cuando á mí me llamaron, y el pagador me vió, parecíle muy mozo; no se atrevió á pasar mi plaza, conforme á la instruccion que llevaba. Encolericéme en gran manera, tanto me encendí, que casi me descompuse á querer decir algunas libertades, de que despues me pesara, pues con ello quedaba obligado á mas de lo que era lícito. ¡O, lo que hacen los buenos vestidos! Yo me conocí un tiempo, que me mataban á coces y pescozones, y de ellos traia tuerta la cabeza, callaba y sufría, y ahora estimé por el cielo, lo que no pesaba una paja, encendiéndome en cólera rabiosa. Entonces experimenté como no embriaga tanto el vino al hombre, cuanto el primero movimiento de la ira, pues le ciega el entendimiento, sin dejarle luz de razon; y si aquel calor no se pasase presto, no sé cual ferocidad ó brutalidad pudiera parangonizarse con la nuestra. Pasóseme aquel incendio súbito, y reportado un poco, le dije: Señor pagador, la edad poca es, pero el ánimo mucho: el corazon manda, y sabrá regir el brazo la espada, que sangre

hay en él para suplir cosas muy graves. Él me respondió con mucha cordura: Es así, señor soldado, y lo tal creo con mas veras de lo que se me puede decir; mas la órden que traigo es esta, y en excediendo de ella, lo pagaré de mi bolsa. No tuve que responder á sus buenas palabras, aunque las colores que me sacó el enojo al rostro no se me pudieron quitar tan presto. Al capitan pesó mucho de este agravio; recibióle como propio; en quitarle mi plaza, creyó que luego dejara su compañía, y vuelto contra el pagador, se alargó con él; de manera, que á no ser tan compuesto en sufrir, se levantara entonces algun grande alboroto. Sosegóse la pendencia, y el socorro hecho, el capitan vino á visitarme á la posada, diciéndome con término bizarro, lo que sentia mi pesadumbre; y con palabras y promesas honrosas, me dejó contento á toda satisfaccion. Tal fuerza tiene la elocuencia, que, como los caballos dejan gobernarse de los buenos frenos, así á las iras de los hombres, las razones comedidas son poderosas para trocar las voluntades, mudando los ánimos ya determinados, reduciéndolos fácilmente. Aunque yo estuviera resuelto en dejarle, su oracion me persuadiera en quedarme. Estuvimos en la conversacion buen rato; y si va á decir verdades, murmuramos de la corta mano de los hombres valerosos, y cuán abatida estaba la milicia, qué poco se remuneraban servicios, qué poca verdad informaban de ellos algunos ministros por sus propios intereses, cómo se yerran las cosas, porque no se camina derechamente al buen fin de ellas, antes al provecho particular, que á cada uno se le sigue; y porque aquel sabe que el otro (aunque con buen celo) gobierna y guia, lo tuerce y desbarata, metiendo de traviesa sus enredos, por alcanzar á ser él solo dueño; y por el mismo caso buscará mil rodeos y medios, y aliándose con sus enemigos, lo es de sus amigos, porque venga á parar á su puerta la danza, puestos los ojos á su mejor fortuna. Quiere ser semejante al Altísimo, y poner su silla en Aquilon, y que otro no la tenga. Llevan los tales la voz en el servicio de su rey, pero las obras endereza-das para sí; como el trabajador que levanta los brazos al cielo, y da con el golpe del azadon en el suelo. Ordenan guerras, rompen paces, faltando á sus obligaciones, destruyendo la república, robando las haciendas, y al fin infernando las almas. Cuántas cosas se han errado, cuántas fuerzas perdido, cuántos ejércitos desbaratado, de que culpan al que no lo merece, y solo se causa porque lo quieren ellos, que aquel mal ha de ser su bien, y si sucediera bien, resultara mal para ellos; *así va todo, y así se pone de lodo.* Quiere vuesa merced ver á lo que llega nuestra mala ventura, que siendo las galas, las plumas, los colores lo que alienta y pone fuerzas á un soldado, para que con ánimo furioso acometa cualesquier dificultades y empresas valerosas, en viéndonos con ellas somos ultrajados en España, y les parece que debemos an-

dar como solicitadores, ó hechos estudiantes capigorristas, enlutados, y con gualdrapas, envueltos en trapos negros. Ya estamos muy abatidos, porque los que nos han de honrar nos desfavorecen. El solo nombre español, que otro tiempo peleaba, y con la reputacion temblaba de él todo el mundo, ya por nuestros pecados la tenemos casi perdida: estamos tan fallidos, que aun con las fuerzas no bastamos; pues los que fuímos, somos y seremos. Dé Dios conocimiento de estas cosas, y enmiende á quien las causa, yendo contra su rey, contra su ley, contra su patria, y contra sí mismos. Ahora, señor don Juan, el tiempo le doy por testigo de mi verdad, y de los daños que causa la codicia en la privanza: de ella nace el odio, del odio la envidia, de la envidia disension, de la disension mala órden: infiera de allí adelante lo que podrá resultar: vuesa merced no se aflija, que ya marchamos; en Italia es otro mundo; y le doy mi palabra de le hacer dar una bandera, que aunque es menos de lo que merece, será principio para poder ser acrecentado. Agradecíselo mucho; despedímonos: él quisiera irse solo, yo porfiaba en acompañarle á su posada, no me lo consintió. Luego otro dia comenzó á marchar la compañía sin parar, hasta que nos acercamos á la costa; y el señor capitan á la mia, gastando largo. Estuvimos esperando que viniesen las galeras; tardaron casi tres meses, en los cuales, y en lo pasado, la bolsa rendia y la renta faltaba. La continuacion del juego tambien me dió priesa; y así me descompuse, no todo en un dia, sino de todo en los pasados. *Yo quedé cual digan dueñas,* pues vine á volverme al puesto con la caña. ¡Cuánto sentí entonces mis locuras! ¡Cuánto reñí á mí mismo! ¡Qué de enmiendas propuse, cuando blanca para gastar no tuve! ¡Cuántas trazas daba de conservarme, cuando no sabia en cuál árbol arrimarme! ¡Quién me enamoró sin discrecion? ¿Quién me puso galan sin moderacion? ¿Quién me enseñó á gastar sin prudencia? ¿De qué sirvió ser largo en el juego, franco en el alojamiento, pródigo con mi capitan? *¿Cuánto se halla trastero quien ensilla muy delantero?* ¿Cuánta torpeza es seguir deleites? De seso salia en ver mis disparates, que habiéndome puesto en buen predicamento, no supe conservarme; ya por mis mocedades ni era temido ni estimado. Los amigos que con la prosperidad tuve, la mesa franca del capitan y alferez, la escuadra en que me deseaba alistar, parece que el solano entró por ello, y lo abrasó: pasó como saeta, corrió como rayo en abrir y cerrar de ojo. Como iba faltando el dinero de que disponer, me comenzaron á descomponer poco á poco, pieza por pieza; quedé degradado, fué el obispo de San Nicolas, respetado el dia del santo, y yo hasta no tener moneda. Los que conmigo se honraban, los que me visitaban, los que me entretenian, los que acudian á mis fiestas y banquetes, apurada la bolsa, me dieron de mano, ninguno

me trataba, nadie me conversaba; y no solo esto, mas ni me permitian los acompañase. Hedió el oloroso, fué mohino el alegre, deshonró el honrador, solo por quedar pobre, y como si fuera delito, me entregaron al brazo seglar; mi trato, mi conversacion era ya con mochileros, y en eso vine á parar, y es justa justicia, *que quien tal hace, que así lo pague.*

CAPÍTULO X.

De lo que á Guzman de Alfarache sucedió sirviendo al capitan, hasta llegar á Italia.

¡Qué agrio se me hizo de comenzar! ¡qué pesado de pasar! ¡qué triste de padecer nueva desventura! mas ya sabia de aquel menester, y en él habia traido los atabales á cuestas: presto me hice al trabajo; que es gran bien saber de todo, no fiando de bienes caducos, que cargan, y vacian como las azacayas, tan presto como suben bajan. Con una cosa quedé consolado, que en el tiempo de mi prosperidad gané crédito para la adversidad; y no tuve por pequeña riqueza, habiendo de quedar pobre, dejar estampado en todos que era noble, por las obras que de mí conocieron. Mi capitan me estimó en algo, reconocido de las buenas que le hice, quiso, y no pudo remediarme, porque aun á sí mismo no podia: conservóme á lo menos en aquel buen punto que de mí conoció luego que me trató, teniendo respeto á quienes debian de ser mis padres. Necesitéme á desnudarme poniendo altiveces á una parte; volví á vestirme la humildad que con las galas olvidé, y con el dinero menosprecié, considerando que no me asentaban bien vanidad y necesidad. Que el poderoso se hinche, tiene de qué y con qué: mas que el necesitado se desvanezca, es camaleon, cuanto traga es aire sin sustancia; y así, aunque es aborrecible el rico vano, tanto es insufrible y escandaloso el pobre soberbio. Ví que no la podia sustentar, dí en servir al capitan mi señor, de quien poco antes habia sido compañero, hícelo con el cuidado que al cocinero: mandábame con encogimiento, considerando quien era, y que mis excesos, la niñez, y mal gobierno de mocedad, me habian desbaratado, hasta ponerme á servirle, y estaba seguro de mí no haria cosa que desdijese de persona noble por ningun interés. Teniame por fiel, y por callado, tanto como sufrido: hízome tesorero de su secreto, lo cual siempre le agradecí. Manifestóme su necesidad, y lo que pretendiendo habia gastado; el prolijo tiempo

y excesivo trabajo con que lo habia alcanzado; rogando, pechando, adulando, sirviendo, acompañando, haciendo reverencias, postrada la cabeza por el suelo, el sombrero en la mano, el paso ligero, cursando los patios tardes y mañanas. Contóme, que saliendo de palacio con un privado, porque se cubrió la cabeza en cuanto se entró en su coche, le quiso con los ojos quitar la vida, y se lo dió á entender, dilatándole muchos dias el despacho, haciéndole lastar y padecer. Líbrenos Dios cuando se juntan poder y mala voluntad. Lastimosa cosa es, que quiera un ídolo de estos particular adoracion, sin acordarse que es hombre representante que sale con aquel oficio, ó con figura de él, y que se volverá presto á entrar en el vestuario del sepulcro á ser ceniza, como hijo de la tierra. Mira hermano, que se acaba la farsa, y eres lo que yo, y todos somos unos. Así se llenan de viento algunos, como si en su vientre pudiesen sorber la mar, y se divierten como si fuesen eternos, y se entronizan, como si la muerte no los hubiese de humillar. ¡Bendito sea Dios, que hay Dios! ¡Bendita sea su misericordia, que previno igualdía de justicia!

Mi capitan me lastimó con su pobreza, porque no sabia con que remediarla, y tanto cuanto un noble tiene mas necesidad, tanto se compadece de ella; mas el pobre que el rico. Algunas joyas tenia para poder vender, mas honrábase con ellas, y como estaba de partida para embarcarse donde las habia menester, haciasele de mal deshacer lo mucho para remediar lo poco. En el tiempo que tardaron las galeras anduvimos por alojamientos. Con la confesion que mi amo me hizo lo entendí, y el fin para que me la hizo, díjele: Ya señor, tengo noticia experimentada de lo que son buena y mala suerte, prosperidad y adversidad; en mis pocos años he dado muchas vueltas, lo que en mí fuere tendré la lealtad que debo á mi señor, y á quien soy: vuesa merced se descuide, que arriesgaré mi vida en su servicio, dando trazas para que en tanto que mejor tiempo llegue, se pase lo presente con menos trabajo. Así me encargué de mas que mis fuerzas ni el ingenio prometian. De allí adelante hacia de oficio cosas de admiracion: en cada alojamiento cogia una docena de boletas, que ninguna valia de doce reales abajo, y algunas hubo que contribuyeron cincuenta; mi entrada era franca en todas las posadas, sin estar en algunas segura de mis manos ni el agua del pozo. Jamás dejó mi señor de tener gallina, pollo, capon ó palomino á comida y cena, y pernil de tocino entero cocido en vino cada domingo: nunca para mí reservé cosa en los encuentros que hice, siempre le acudí con todo el pio. Si en algun asalto me cautivaba el huésped, siendo poco pasaba por niñería; y si de consideracion, el castigo era cogerme mi amo en presencia del que de mí se querellaba, y haciéndome maniatar, con un zapato de suela delgada me daba mucho del zapateado, por ser huero sonaba mucho y no me dolian; algunas

veces habia padrinos y me las perdonaban, mas cuando faltasen, el castigo no era riguroso, ni levantaba roncha; y como sabia que me daban mas por cumplir, que con gana, sin haberme tocado al sayo, levantaba el grito que hundia la casa: de esta manera satisfaciamos, él con su obligacion, y yo la necesitad, reparando la hambre y sustentando la honra. Saliame por los caminos á tomar bagajes, vendiales el favor, encareciendo á los dueños lo que me costaba volvérselos, pagábalo á dinero; los que nos daban en los lugares, rescataba los que podia; haclalos escurridizos, y decia que se huyeron. En las muestras y socorros metia cuatro ó seis mozos acomodados del pueblo, pasábanles las plazas; tal vez hubo, que metiendo uno en la iglesia, por cima del osario cinco veces, cobró cinco socorros, y para el postrero le puse un parche sobre las narices, por desconocerle, y cada vez le trocaba el vestido, porque mi demasía no descubriera la trampa descubriéndome la flor. Con estas travesuras y otros embustes, le valia mi persona tanto como cuatro conductas. Estimábame como á su vida, mas era gran gastador, y haciásele poco.

Llegados á Barcelona para embarcarnos, hallóse fatigado, sin moneda de rey, ni traza de buscarla, ni allí podian ser las mias de provecho; víle melancólico, triste, desganado: conocíle la enfermedad como médico que otras veces le habia curado de ella. Ofrecióseme de improviso su remedio. Llevaba no sé cuales joyuelas, y un *agnus Dei* de oro muy rico; pesábale deshacerse de ello, y díjele: Señor, si de mí se puede hacer confianza, deme ese *agnus Dei*, que le prometo volvérsele mejorado dentro de dos dias. Alegróse oyéndome, y (como haciendo burla) me dijo: ¿Qué embeleco tienes ya trazado, Guzmanillo? ¿Hay por ventura cuajadas algunas de las bellaquerías que sueles? Y porque sabia que se podia fiar de mi habilidad su provecho, y de mi secreto su honra, y que su joya estaba segura, sin rogárselo muchas veces me le dió, diciendo: Quiera Dios que me le vuelvas, y como lo piensas te suceda: vésle ahí. Toméle, metíle en el pecho, guardado en una bolsilla bien atada y amarrada en un ojal del jubon. Fuíme derecho á casa de un platero confeso, gran logrero que allí habia, hícele larga relacion de mi persona, de la manera que vine á la compañía, y lo mucho que en ella en poco tiempo habia gastado, reservando para mayor necesidad una joya muy rica que tenia, que si me la pagase algo menos de su valor, se la daria; pero que se informase primero de mí, quién era y mi calidad, y en sabiéndolo (sin decir para que lo preguntaba, teniendo bastante satisfaccion) se saliese á la marina, que allí le esperaba solo. El hombre, codicioso de la pieza, se informó del capitan, oficiales y soldados, hallando la relacion que le pareció bastante. Contestaron todos una misma cosa, ser hijo de un caballero principal, noble y rico, que deseoso de pasar á Italia, vine con dos criados, muy bien tratada

mi persona y con dineros, que todo lo desperdicié como mozo, quedando perdido, cual me veia. El confeso salió donde le esperaba, y me contó lo que le habian dicho; estaba satisfecho, que seguramente podia comprar de mí cualquiera cosa. Pidióme la joya para verla, que me la pagaria por lo que valiese: díjele que nos apartásemos á solas en parte secreta, y allí se la enseñaria. Fuímonos alargando un poco, y donde me pareció lugar conveniente, metí la mano en el seno, y saqué el *agnus Dei* de oro, de cuyo precio estaba yo bien informado, como del que lo habia pagado. Satisfízose el platero, crecióle la codicia de comprarle, porque además que estaba bien trabajado, tenia piedras de precio. Pedíle por él doscientos escudos, y era muy poco menos lo que habia costado de lance. Comenzóle á deshacer bajándole de punto, púsole cien faltas, y ofrecióme mil reales á la primera palabra: resolvíme que habian de ser ciento y cincuenta escudos, y los valia como un real; no queria bajar de allí. Sirva de aviso al que vende, que nunca baje al precio en que ha de dar la cosa, sino espere á que suba el comprador á aquello en que la puede llevar. Dimos y tomamos; mi hombre se puso en darme ciento y veinte escudos de oro en oro; parecióme que de allí no subiria, y que bastaban para lo que yo pretendia; rematésele. Bien deseó no apartarse, ni dejarme hasta tenerle pagado, y que me fuese con él. Yo le dije: Señor honrado, que buena sea su vida, por lo que aquí me aparté á solas, fué con temor no me tomen este dinero que tengo reservado para en llegando á Italia vestirme, y darme á conocer á deudos mios; y si algun soldado me ve ir con vuesa merced, bien ha de sospechar que no es á comprar, sino á vender algo; y en sintiéndome algunas blancas (como soy muchacho) me las han de quitar, y no me queda otro remedio. Vaya en buena hora, que aquí le espero, vengan los escudos y llevará su joya, que le haga buen provecho, como deseo. Mi razon le cuadró, partió como un potro de carrera hasta su casa por ellos. Yo habia dado aviso á un compañero mio (de quien mi amo hacia confianza) que me estuviese esperando, y en dándole una seña, llegase á mí secretamente. Pusóse en acecho, y venido el platero, contóme los escudos en la palma de la mano; tenia la joya en la bolsa, hice por quererla desatar, y como estaba tan bien añudado, no pude. Tenia mi merchante colgada del cinto una caja de cuchillos, pedíle uno: él (sin saber para que) me le dió, corté la cinta con él, dejando asido el ñudo al jubon como se estaba, y díselo con el *agnus Dei*. El hombre se admiró y dijo: ¿para qué habia hecho tal? Respondíle, que como no tenia caja, ni papel en que dársela envuelta, lo hice, que no importaba, que ya la bolsa era vieja, y no tenia de ella necesidad, porque aquellos escudos habian de ir cosidos en una faja; él tomó su joya como se la dí, metióla en el seno, despedímonos y fuése: hice á mi compañero la seña, y en

llegando, díle los escudos, y aviséle que aguijase con ellos á casa, y dándoselos á mi señor, le dijese que yo iba luego. Así me fuí siguiendo á mi platero, y aunque por ir á paso largo me llevaba ventaja, corrí tras él, hasta tener buena ocasion, como la esperaba. Al tiempo que emparejó con un corrillo de soldados, asgo de él con ambas manos, dando voces: ¡Al ladron, al ladron! señores soldados, por amor de Dios, que me ha robado, no le suelten, ténganle, quítenle la joya, que me matará mi señor si voy sin ella, y me la hurtó, señores. Conocíanme los soldados, y como me oyeron, creyeron decia verdad; tuvieron el hombre para saber qué habia sido; y porque quien dá mas voces tiene mas justicia, y vence las mas veces con ellas: yo daba tantas que no le dejaba hablar, y si hablaba que no le oyesen, haciéndole el juego maña. Imploraba con grandes exclamaciones, las manos levantadas, y juntas las rodillas en el suelo: Señores mios, que me matará el capitan mi señor, compadézcanse de mí. Dábales lástima mi tribulacion, preguntaron ¿cómo habia sido? No le dejé hacer baza, quise ganar por la mano, acreditando mi mentira, porque no encajase su verdad; que el oido del hombre, contrayendo matrimonio de presente, con la palabra primera que le dan tarde la repudia, con ella se queda; son las demás concubinas, van de paso, no se asientan. Díjeles: Esta mañana se dejó mi señor el *agnus Dei* á la cabecera de la cama, mandóme que lo guardase, púsele en la bolsa, metíle en el seno, y estando con este buen hombre en la marina, le saqué y se le enseñé; como era platero, preguntéle lo que valia: díjome que era de cobre dorado, y las piedras vidrios, que si lo querian vender: dijéle que no, que era de mi amo. Preguntóme: ¿Y él venderále? Respondíle: No señor, digáselo vuesa merced. Con esto me llevó en palabras, preguntándome quién era, de dónde venia, y dónde iba, hasta que nos vimos á solas, y sacando un cuchillo de aquella caja, me dijo que callase ó que me mataria. Sacóme del seno la joya, y como no la pudo desatar, cortóme la cinta, y fuése: búsquensele por un solo Dios. Viendo los soldados la bolsa cortada, miraron al platero que estaba como muerto, sin saber que decir: sacáronle el *agnus Dei* del seno, que le llevaba en la bolsa como yo se le habia dado. Echaba maldiciones y juramentos, que se lo habia vendido, y que por mi mano, con aquel cuchillo corté la bolsa, y en ella se la dí, dándome por él ciento y veinte escudos de oro: no le creyeron, pareciéndoles que ni él comprara de mí aquella pieza, pues habia de creer ser hurtada, y porque habiéndome mirado y rebuscado, no me hallaron dineros; con esta prueba le maltrataron de obras y palabras, que no le valian las que decia; quitáronsele por fuerza: fuése á quejar á la justicia, parecí presente, y referí el caso, segun antes lo habia dicho, sin faltar sílaba. Los testigos juraron lo que habian visto · púsose el negocio en términos que quisieron castigarle,

diéronle una fraterna, y echáronle de allí, y á mí me mandaron que llevase á mi amo la joya. Fuíme á la posada, y en presencia de toda la gente se la entregué.

La traicion aplace, y no el traidor que la hace : bien puede obrando mal el malo, complacer á quien le ordena; pero no puede que en su pecho no le quede la maldad estampada, y conocimiento de la bellaquería, para no fiarse de él en mas de aquello que le puede aprovechar. Por entonces no le pesó á mi amo del hecho, mas dióle cuidado : hallábase bien con mis travesuras, temíase de ellas, y de mí; con este rescoldo pasó hasta Génova, donde habiendo desembarcado, y teniendo de mi servicio poca necesidad, me dió esquina. Son los malos como las víboras, ó alacranes, que en sacando la sustancia de ellos, los echan en un muladar; solo se sustentan para conseguir con ellos el fin que se pretende, dejándolos despues para quien son. A pocos dias llegados, me dijo : Mancebico, ya estais en Italia, vuestro servicio me puede ser de poco fruto, y vuestras ocasiones traerme mucho daño : veis aquí para ayuda del camino, partíos luego donde quisiéredes. Dióme algunas monedas de poco valor, y unos reales españoles, todo miseria, con que me fuí de con él. Iba la cabeza baja, considerando por la calle la fuerza de la virtud, que á ninguno dejó sin premio, ni se escapó del vicio sin castigo y vituperio. Quisiera entonces decir á mi amo en lo que por él me habia puesto, las necesidades que le habia socorrido, de los trabajos que le habia sacado, y tan á mi costa todo; mas consideré que de lo mismo me hacia cargo, apartándome por ello de sí como á miembro cancerado. Viendo mi desgracia, y creyendo hallar allí mi parentela, me dió por todo poco, fuíme por la ciudad tomando lengua, que ni entendia ni sabia, con deseo de conocer y ser conocido.

LIBRO TERCERO.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIÓ EN ITALIA.

CAPÍTULO I.

Como hallando Guzman de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron.

Para los aduladores, *no hay rico necio, ni pobre discreto;* porque tienen anteojos de larga vista, con que se representan las cosas mayores de lo que son; verdaderamente se pueden llamar polilla de la riqueza, y carcomas de la verdad. Reside la adulacion con el pobre, siendo su mayor enemigo, y la pobreza, que no es hija del espíritu, es madre del vituperio, infamia general, disposicion á todo mal, enemigo del hombre, lepra congojosa, camino del infierno, piélago donde se anega la paciencia, consumen las honras, acaban las vidas, y pierden las almas. Es el pobre moneda que no corre, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor, y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oido; si le encuentran, huyen de él; si aconseja, le murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida, todos le atropellan, y ninguno le favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, á nadie debe, y á todos pecha. ¡Desventurado y pobre del pobre, que las horas del reloj le venden y compra el sol de agosto! Y de la manera que

las carnes mortecinas y desaprovechadas vienen á ser comidas de perros tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios. ¡Cuán al revés corre un rico! ¡qué viento en popa! ¡con qué tranquilo mar navega! ¡qué bonanza de cuidados! ¡qué descuido de necesidades ajenas! Sus alfolíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado el verano del calor! ¡qué empapelado el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias: si es malicioso, le llaman astuto: si pródigo, liberal: si avariento, arreglado y sabio: si murmurador, gracioso: si atrevido, desenvuelto: si desvergonzado, alegre: si mordaz, cortesano: si incorregible, burlon: si hablador, conversable: si vicioso, afable: si tirano, poderoso: si porfiado, constante: si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro: sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve: todos cuelgan su oido de su lengua, para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder le hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella: ¡cómo le acompañan, cómo se llegan, cómo le festejan, cómo le engrandecen! Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así, donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y así el que no le tiene, es cuerpo muerto que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo. Este camino corre el mundo; no comienza de nuevo, que *de atrás le viene al garbanzo el pico*, no tiene medio ni remedio: así lo hallamos, así lo dejaremos: no se espere mejor tiempo, ni se piense que lo fué el pasado: todo ha sido, es, y será una misma cosa. El primer padre fué alevoso; la primera madre mentirosa; el primer hijo ladron y fratricida. ¿Qué hay ahora que no hubo? ¿ó qué se espera de lo por venir? Parecernos mejor lo pasado, consiste solo, que de lo presente se sienten los males, y de lo ausente nos acordamos de los bienes; y si fueron trabajos pasados, alegra el hallarse fuera de ellos, como si no hubieran sido. Así los prados, que mirados de lejos es apacible su frescura, y si llegais á ellos, no hay palmo de suelo acomodado para sentaros: todo son hoyos, piedras, y basura: lo uno vemos, lo otro se nos olvida. Muy antigua cosa es amar todos la prosperidad, seguir la riqueza, buscar la hartura, procurar las ventajas, morir por abundancias; porque donde faltan, el padre al hijo, el hijo al padre, hermano para hermano, yo á mí mismo quebranto la lealtad, y me aborrezco. Así me lo enseñó el tiempo con la disciplina de sus discursos, castigándome con infinito número de trabajos. Ya veo, que si cuando á Génova llegué, me considerara, no me arriesgara; y si

aquella ocasion guardara para mejor fortuna, no me perdiera en ella, como sabrás adelante. Luego, pues, que dejé á mi amo el capitan, con todos mis harapos y remiendos, hecho un espantajo de higuera, quise hacerme de los godos, emparentando con la nobleza de aquella ciudad, publicándome por quien era; y preguntando por la de mi padre, causó en ellos tanto enfado, que me aborrecieron de muerte; y es de creer, que si á su salvo pudieran, me la dieran, y aun tú hicieras lo mismo si tal huésped te entrara por la puerta; mas harto me la procuraron, por las obras que me hicieron. A persona no pregunté, que no me socorriese con una puñada ó bofeton. El que menos mal me hizo, fué escupiéndome á la cara, decirme : Bellaco, marrano, ¿sois vos Genoves? hijo sereis de alguna gran mala mujer, que bien se os echa de ver: y como si mi padre fuera hijo de la tierra, ó si hubiera de doscientos años atrás fallecido, no hallé rastro de amigo ni pariente suyo, ni descubrirle pude, hasta que uno se llegó á mí con halagos de cola de serpiente. O hideputa, viejo maldito, y cómo me engañó, diciendo : Yo, hijo, bien oí decir de vuestro padre; aquí os daré quien haga larga relacion de sus parientes, y han de ser de los mas nobles de esta ciudad, á lo que creo; y pues habreis ya cenado, veníos á dormir á mi casa (que no es hora de otra cosa); de mañana daremos una vuelta, y os pondré (como digo) con quien los conoció y trató gran tiempo. Con la buena presencia y gravedad que me lo dijo, su buen talle, la cabeza calva, la barba blanca, larga hasta la cinta, un báculo en la mano, me representaba un san Pablo. Fiéme de él, seguíle á su posada, con mas gana de cenar que de dormir, que aquel dia comí mal, por estar enojado, y ser á mi costa, que temblaba de gastar; mas como lo que nos dan es poco, y si nos cuesta dineros comemos poco pan y duro, y aun se nos hace mucho y blando, ya me hacia guardoso. Ibame cayendo de hambre, y mira cual era mi huésped, pues como el Cordobes, me dijo que ya yo habria cenado; y si no temiera perder aquella coyuntura, no fuera con él sin visitar primero una hostería; mas la esperanza del bien que me aguardaba, me hizo soltar el pájaro de la mano por el buey que iba volando. Luego como entramos, un criado salió á tomar la capa; no se la dió, antes en su lengua estuvieron razonando; envióle fuera, y quedámonos á solas paseando. Preguntóme por cosas de España, por mi madre, si le quedó hacienda, cuántos hermanos tuve, y en qué barrio vivia; fuíle dando cuenta de todo con mucho juicio. En esto me entretuvo mas de una hora, hasta que volvió el criado : no sé qué recado le trajo, que me dijo el viejo : Ahora bien, idos á dormir, y mañana nos veremos. Ola, Antonio María, lleva este hidalgo á su aposento. Fuíme con él de una en otra pieza : la casa era grande, obrada de muchos pilares y losas de alabastro : atravesamos un corredor, y entramos en un aposento que estaba al cabo de él :

teníanle bien aderezado, con unas colgaduras de paños pintados de matices, á manera de arambeles, salvo que parecian mejor : á una pared habia una cama, y junto á la cabecera un taburete; y como si tuviera que desnudarme, acometió el criado á quererlo hacer. Llevaba un vestido, que aun yo no me lo acertaba á vestir sin ir tomando guia de pieza en pieza, y ninguna estaba cabal ni en su lugar, de tal manera, que fuera imposible discernir ó conocer cuál era la ropilla ó los calzones quien los viera tendidos en el suelo. Así desaté algunos nudos con que le ataba por falta de cintas, y le dejé caer á los piés de la cama; y sucio como estaba, lleno de piojos, metíme entre la ropa : era buena, limpia y olorosa. Consideraba entre mí, si este buen viejo es deudo mio, y me hace cortesía, y no quiere descubrirse hasta mañana, buen principio muestra, haráme de vestir, trataráme bien; pues estando tal, me hace tan buen acogimiento, sin duda es como lo digo : de esta vez yo soy de la buena ventura. Era muchacho, no ahondaba, ni veia mas de la superficie; que si algo supiera, y experiencia tuviera, debiera considerar, que á grande oferta, grande pensamiento, y á mucha cortesía, mayor cuidado, que no es de balde, misterio tiene : *si te hace caricias el que no las acostumbra hacer, á engañarte quiere, ó te ha menester.* Salió fuera el criado, dejándome una lámpara encendida : díjele que la apagase. Respondió, que no hiciera tal, porque de noche andaban en aquella tierra unos murciélagos grandes muy dañosos, y solo el remedio contra ellos era la luz, porque huian á lo oscuro. Mas me dijo, que era tierra de muchos duendes, y que eran enemigos de la luz, y en los aposentos oscuros algunas veces eran perjudiciales. Creíle con toda la simplicidad del mundo. Con esto se salió; yo luego me levanté á cerrar la puerta, no por miedo de lo que me pudieran hurtar, mas con sospecha de lo que (como muchacho) me pudiera suceder. Volvíme á la cama, dormíme presto, y con mucho gusto, porque las almohadas, colchones, cobertores y sábanas me brindaban, y á mí no me faltaba gana. Pasado ya lo mas de la noche, declinada la media, caminando al claro dia, y estando dormido como un muerto, recordóme un ruido de cuatro bultos, figuras de los demonios, con vestidos, cabelleras y máscaras de ello : llegáronse á mi cama, y dióme tanto miedo, que perdí el sentido, y sin hablar palabra me quitaron la ropa de encima; dábame priesa haciendo cruces, rezaba oraciones, invoqué á Jesus mil veces; mas eran demonios bautizados, mas priesa me daban. Habian puesto sobre el cochon, debajo de la sábana, una frazada : cada uno asió por una esquina de ella, y me sacaron en medio de la pieza : turbóme tanto, viendo que rezar no me aprovechaba, que ni osaba ni podia desplegar la boca. Era la pieza bien alta y acomodada; comenzaron á levantarme en el aire, manteándome como á perro por carnestolendas, hasta que ellos, cansados de zarandearme, habiéndome mo-

lido, me volvieron á poner adonde me levantaron, y dejándome por muerto, me cubrieron con la ropa, y se fueron por donde habian entrado, dejando la luz muerta: yo quedé tan descoyuntado, tan sin saber de mí, que siendo de dia, ni sabia si estaba en cielo, si en tierra. Dios, que fué servido de guardarme, supo para qué. Serian como las ocho del dia, quíseme levantar, porque me pareció que bien pudiera, halléme de mal olor, el cuerpo pegajoso y embarrado. Acordóseme de la mujer de mi amo el cocinero, y como en las turbaciones nunca falta un desconcierto, mucho me afligí; *mas ya no podia ser el cuervo mas negro que las alas*: estreguéme todo el cuerpo con lo que limpio quedó de las sábanas, y añudéme mi hatillo. En cuanto me tardé en esto, estuve considerando qué pudiera ser lo pasado, y á no levantarme descoyuntado creyera haber sido sueño: miré á todas partes, no hallaba por donde hubiesen entrado; por la puerta no pudieron, que la cerré con mis manos, y cerrada la hallé: imaginaba si fueron trasgos, como la noche antes me dijo el mozo: no me pareció que lo serian, porque hubieran hecho mal de no avisarme que habia trasgos de luz. Andando en esto alcé las colgaduras, para ver si detrás de ellas hubiera portillo alguno; hallé abierta una ventana que salia al corredor, luego dije: Ciertos son los toros, por aquí me vino el daño; y aunque las costillas parece que me sonaban en el cuerpo como bolsa de trebejos de ajedrez, disimulé cuanto pude por lo de la caca, hasta verme fuera de allí. Cubrí muy bien la cama, de manera que no se viera entrando mi flaqueza, y por ella me dieran otro nuevo castigo. El criado que allí me trajo vino casi á las nueve á decirme que su señor me esperaba en la iglesia, que fuese allá; y porque allí no se quedara el mozo, para ganarle ventaja, roguéle me llevara hasta la puerta, que no sabria salir; llevóme á la calle, y volvióse. Cuando en ella me ví, como si en los piés me nacieran alas, y el cuerpo estuviera sano, tomé las de Villadiego, afufélas, que una posta no me alcanzara; mas se huye que se corre: mucho esfuerzo pone el miedo; yo me traspuse como el pensamiento; compré vianda, y para ganar tiempo iba comiendo y andando; así no paré hasta salir de la ciudad, que en una taberna bebí un poco de vino, con que me reformé para poder caminar la vuelta de Roma, donde hice mi viaje, yendo pensando en todo él, con qué pesada burla quisieron desterrarme porque no los deshonrara mi pobreza; mas no me la quedaron á deber, como lo verás en la segunda parte.

CAPÍTULO II.

Como, saliendo de Génova Guzman de Alfarache, comenzó á mendigar, y juntándose con otros pobres aprendió sus estatutos y leyes.

Tal salí de Génova, que si la mujer de Lot hiciera lo que yo, no se volviera piedra. Nunca volví atrás la cabeza. Iba la cólera en su punto, que quando hierve, por maravilla se sienten aun las heridas mortales; despues, cuanto mas el hombre se reporta, tanto mas reconoce su daño. Yo escapé de la de Roncesvalles como perro con vejiga; no habia ligadura fiel en toda mi humana fábrica, mas no lo sentí mucho hasta que reposé, llegando á una villeta, diez millas de allí, que aporté sin saber donde iba, desbaratado, desnudo, sin blanca y aporreado. ¡O necesidad, cuánto acobardas los ánimos, cómo desmayas los cuerpos! y aunque es verdad que sutilizas el ingenio, destruyes las potencias menguando los sentidos, de manera que vienen á perderse con la paciencia.

Dos maneras hay de necesidad: una desvergonzada que se convida, viniendo sin ser llamada; otra, que siendo convidada, viene llamada y rogada. La que se convida líbrenos Dios de ella; esa es de quien trato; huésped forzoso en casa pobre, que con aquella fuerza trae mil efes en su compañía; es fuste en quien se arman todos los males, fabricadora de todas traiciones, fuerte de sufrir y de ser correjida; farol á quien siguen todos los engaños, fiesta de muchados, folla de necios, falsa ridiculosa, fúnebre tragedia de honras y virtudes; es fiera, fea, fantástica, furiosa, fastidiosa, floja, fácil, flaca, falsa, que solo le faltaba ser Francisca; por maravilla da fruto que infamia no sea. La otra que convidamos es muy señora, liberal, rica, franca, poderosa, afable, generosa, conversable, graciosa y agradable: déjanos la casa llena, hácenos la costa, es firme defensa, torre inexpugnable, riqueza verdadera, bien sin mal, descanso perpetuo, casa de Dios, y camino del cielo. Es necesidad que se necesita, y no necesitada, levanta los ánimos, da fuerza en los cuerpos, esclarece las famas, alegra los corazones, engrandece los hechos, inmortalizando los nombres: cante sus alabanzas el valeroso Cortés[1], verdadero

[1] Hernan Cortés, por quitar á algunos de los soldados que le acompañaron á la conquista de Méjico la esperanza de volverse á Cuba antes de concluir tamaña empresa, tomó la heróica resolucion de echar á fondo su armada, poniéndolos en la necesidad de vencer ó morir.

esposo suyo; tiene las piernas y piés de diamante, el cuerpo de zafiro, y el rostro de carbunclo, resplandece, alegra y vivifica. La otra su vecina, parece á la tendera sucia, todo es monton de trapos de hospital, asquerosa, no hay á quien bien parezca, todos la aborrecen, y tienen razon. Miren, pues, que tal soy yo, que de mí se enamoró, amancebóse conmigo á pan y á cuchillo, estando en pecado mortal, obligándome á sustentarla; para ello me hizo estudiar el arte de la briba; llevóme por esos caminos, hoy en un lugar, mañana en otro, pidiendo limosna en todos. Justo es dar á cada uno lo suyo, y te confieso que hay en Italia mucha caridad, y tanta, que me puso golosina el oficio nuevo para no dejarle: en pocos dias me hallé caudaloso de manera, que desde Génova, de donde salí, hasta Roma, donde paré, hice todo el viaje sin gastar un cuatrin; la moneda toda guardaba, la vianda siempre me sobraba. Era novato, y echaba muchas veces á los perros lo que despues vendido me valia muchos dineros. Quisiera luego en llegando vestirme y tornar sobre mí; parecióme mal consejo, volví diciendo: ¿Hermano Guzman, ha de ser esta otra como la de Toledo? Y si estando vestido no hallas amo, ¿de qué has de comer? Estáte quedo, que si bien vestido pides limosna, no te la darán, guarda lo que tienes, no seas vano. Asentóseme, díle otro nudo á las monedas: Aquí habeis de estaros quedas, que no sé cuando os habró menester. Comencé con mis trapos viejos, inútiles para papel de estraza, los harapos colgando, que parecian pedacitos de frisas, á pedir limosna, acudiendo al medio dia donde hubiese sopa, y tal vez hubo que la cobré de cuatro partes. Visitaba las casas de los cardenales, embajadores, príncipes, obispos y otros potentados, no dejando alguna que no corriese: guiábame otro mozuelo de la tierra diestro en ella, de quien comencé á tomar lecciones. Este me enseñó á los principios cómo habia de pedir á los unos y á los otros, que no á todos ha de ser con un tono ni con una arenga: los hombres no quieren plegarias, sino una demanda llana por amor de Dios: las mujeres tienen devocion á la Vírgen María, á nuestra Señora del Rosario, y así Dios encamine sus cosas en su santo servicio, y las libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores, y de malas lenguas: esto les arranca el dinero de cuajo, bien pronunciado, y con vehemencia de palabras recitado. Enseñóme cómo habia de compadecer á los ricos, lastimar á los comunes, y obligar á los devotos. Díme tan buena maña, que ganaba largo de comer en breve tiempo. Conocia desde el papa hasta el que estaba sin capa: todas las calles corria, y para no enfadarlos pidiendo á menudo, repartia la ciudad en cuarteles, y las iglesias por fiestas, sin perder punto. Lo que mas llegaba eran pedazos de pan; este le vendia, y sacaba de él muy buen dinero; comprábanme parte de ello personas pobres que no mendigaban,

pero tenian la bola en el emboque; vendíale tambien á trabajadores y hombres que criaban cebones y gallinas; mas quien mejor lo pagaba eran turroneros para el alajúr, ó alfajor, que llaman en Castilla: recogia, además de esto, algunas viejas alhajas, que como era muchacho y desnudo, compadecidos de mí me lo daban. Despues dí en acompañarme con otros ancianos en la facultad, que tenian primores en ella, para saber gobernarme: íbame con ellos á limosnas conocidas, que algunos por su devocion repartian por las mañanas en casas particulares. Yendo una vez á recibirla en la del embajador de Francia, sentí otros pobres tras de mí que decian: Este rapaz Español que agora pide en Roma, nuevo es en ella, sabe poquito, y nos destruye por lo que he visto, que habiendo una vez comido, en las demás partes que llega, si le dan vianda no la recibe; destrúyenos el arte dando muestras que los pobres andamos muy sobrados; á nosotros hace mal, y á sí propio, no sabe aprovecharse. Otro que con ellos venia, les dijo: Pues dejádmele y callad, que yo le disciplinaré como se entienda, y no se deje tan fácil entender. Llamóme pasico, y apartóme á solas; era diestrísimo en todo: Lo primero que hizo (como si fuera proto-pobre) examinó mi vida, sabiendo de dónde era, cómo me llamaba, cuándo y á qué habia venido: díjome las obligaciones que los pobres tienen á guardarse el decoro, darse avisos, ayudarse, aunarse como hermanos de mesta, advirtiéndome de secretos curiosos y primores que no sabia; porque en realidad de verdad, lo que primero aprendí de aquel muchacho, y otros pobretes de menor cuantía, todas eran raterías respecto de las grandiosas que allí supe: dióme ciertos avisos que en cuanto viva no me serán olvidados; entre los cuales fué uno, con que soltaba tres ó cuatro pliegues al estómago, sin que me parase perjuicio por mucho que comiese. Enseñóme á trocar á trascanton, con que hacia dos efectos; lastimaba, creyendo que estaba enfermo, y que aunque envase dos ollas de caldo, quedara lugar para mas, y así publicase la hambre y miseria de los pobres.

Supe cuántos bocados, y cómo los habia de dar en el pan que me daban, cómo le habia de besar y guardar, qué gestos habia de hacer, los puntos que habia de subir la voz, las horas á que á cada parte habia de acudir, en qué casas habia de entrar hasta la cama, y en cuáles no pasar de la puerta, á quién habia de importunar, y á quién pedir sola una vez: refirióme por escrito las ordenanzas mendicativas, advirtiéndome de ellas para evitar escándalo, y estuviese instructo: decian así:

Ordenanzas mendicativas.

« Por cuanto las naciones todas tienen su método de pedir, y por él son diferenciadas y conocidas, como son los Alemanes cantando en tropa, los Franceses rezando, los Flamencos revereciando, los Gitanos importunando, los Portugueses llorando, los Toscanos con arengas, los Castellanos con bravatas, haciéndose mal quistos, respondones y mal sufridos: á estos mandamos que se reporten y no blasfemen, y á los mas, que guarden la órden.

« *Item,* mandamos, que ningun mendigo, llagado ni estropeado, de cualquiera de estas naciones, se junte con los de otra, ni alguno de todos haga pacto ni alianza con ciegos rezadores, salta en banco, músico ni poeta, ni con cautivos libertados, aunque nuestra Señora los haya sacado de poder de Turcos, ni con soldados viejos que escapan rotos del presidio, ni con marineros que se perdieron con tormenta; que aunque todos convienen en la mendiguez, la briba y labia son diferentes, y les mandamos á cada uno de ellos que guarden sus ordenanzas.

« *Item,* que los pobres de cada nacion, especialmente en sus tierras, tengan tabernas y bodegones conocidos, donde presidan de ordinario tres ó cuatro de los mas ancianos, con sus báculos en las manos: los cuales diputamos para que allí dentro traten de todas las cosas y casos que sucedieren: den sus pareceres y jueguen al rentoy, puedan contar y cuenten hazañas ajenas y suyas, y de sus antepasados, y las guerras en que no sirvieron, con que puedan entretenerse.

« Que todo mendigo traiga en las manos garrote ó palo, y los que pudieren herrados, para las cosas y casos que se les ofrezcan, pena de su daño.

« Que ninguno pueda traer ni traiga pieza nueva, ni medio usada, sino rota y remendada, por el mal ejemplo que daria con ella, salvo si se la dieron de limosna, que para solo el dia que la recibiere le damos licencia, con tal que se deshaga luego de ella.

« Que en los puestos y asientos guarden todos la antigüedad de posesion, y no de personas, y que el uno al otro no le usurpe ni defraude.

« Que puedan dos enfermos ó lisiados andar juntos y llamarse hermanos, con lo que pidan á remuda, y entonando la voz alta; el uno comience donde el otro dejare, yendo parejos, y guardando cada uno su acera de calle, y no encontrándose con las arengas, cante cada uno su plaga diferente, y partan la ganancia, pena de nuestra merced.

« Que ningun mendigo pueda traer armas ofensivas ni defensivas de cuchillo arriba, ni traiga guantes, pantuflos, anteojos, ni calzas atacadas, pena de las temporalidades.

« Que pueda traer un trapo sucio atado á la cabeza, tijeras, cuchillo, alesna, hilo, dedal, aguja, hortera, calabaza, esportillo, zurron y talega; como no sea costal, espuerta grande, alforjas, ni cosa semejante, salvo si no llevare dos muletas y la pierna mechada.

« Que traigan bolsa, bolsico y retretes, y cojan la limosna en el sombrero. Y mandamos, que no puedan hacer ni hagan landre en capa, capote ni sayo, pena, que siéndoles atisbada, la pierdan por necios.

« Que ninguno descubra tretas, ni las divulgue, ni se enfurezca contra el que no fuere del arte profeso en ella; y el que nueva flor entreverare, la manifieste á la pobreza para que se entienda y sepa, siendo los bienes tales comunes, no habiendo entre los naturales estanco. Mas por via de buena gobernacion, damos al autor privilegio, que lo imprima por un año y goce de su trabajo, sin que alguno sin su órden lo use ni trate, pena de nuestra indignacion.

« Que los unos manifiesten á los otros las casas de limosna, en especial de juego, y partes donde galanes hablaren con sus damas, porque allí está cierta y pocas veces falta.

« Que ninguno crie perro de caza, galgo ni podenco, ni en su casa pueda tener mas de un gozquejo, para el cual damos licencia, y que le traiga consigo atado con un cordel ó cadenilla del cinto.

« Que el que trajere perro, haciéndole bailar y saltar por el haro, no se le consienta tener, ni tenga puesto ni demanda en puerta de iglesia, estacion ó jubileo, salvo que pida de pasada por la calle, pena de contumaz y rebelde.

« Que ningun mendigo llegue al tajon á comprar pescado ni carne, salvo con extrema necesidad y licencia de médico, ni cante, taña, baile ni dance, por el escándalo que en lo uno y en lo otro daria lo contrario haciendo.

« Damos licencia y permitimos que traiga alquilados niños hasta cantidad de cuatro, examinando las edades, y puedan los dos haber nacido de un vientre juntos, con tal que el mayor no pase de cinco años; y que si fuere mujer, traiga el uno criando á los pechos, y si hombre, en los brazos, y los otros de la mano, y no de otra manera.

« Mandamos, que los que tuvieren hijos los hagan que anden como los perros venteando, y los arrimen á las iglesias, y siempre al ojo, los cuales pidan para sus padres, que están enfermos en una cama: esto se entienda hasta tener seis años, y si fueren de mas, los dejen volar, que salgan aventureros, buscando la vida, y acudan á casa con la pobreza á las horas ordinarias.

« Que ningun mendigo consienta ni deje servir á sus hijos, ni que aprendan oficios, ni les den amos, que ganando poco trabajan mucho, y vuelven pasos atrás de lo que deben á buenos y á sus antepasados.

« Que el invierno á las siete, ni el verano á las cinco de la mañana ninguno esté en la cama ni en su posada, sino que al sol salir, ó antes media hora, vayan al trabajo, y otra media antes que anochezca se recoja y encierre en todo tiempo, salvo en los casos reservados, que de nos tiene licencia.

« Permitímosles que puedan desayunarse las mañanas echando tajada, habiendo aquel dia ganado para ello, y no antes; porque se pierde tiempo y gasta dinero, disminuyendo el caudal principal, con tal que el olor de boca se repare, y no se vaya por las calles y casas jugando de punta de ajo, tajo de puerro, estocada de jarro, pena de ser tenidos por inhábiles é incapaces.

« Que ninguno se atreva á hacer embelecos, levante alhaja, ni ayude á mudar, ni trastejar, ni desnude niño, acometa, ni haga semejante vileza, pena que será excluido de nuestra hermandad y cofradía, y relajado al brazo seglar.

« Que pasados tres años, despues de doce cumplidos en edad, habiéndolos cursado legal y dignamente en el arte, se conozca y entienda haber cumplido la tal persona con el estatuto, no obstante que hasta aquí eran necesarios otros dos de jábega, y sea tenida por profesa, haya y goce las libertades y exenciones por nos concedidas, con tal que de allí adelante no pueda dejar, ni deje nuestro servicio y obediencia, guardando nuestras ordenanzas, so las penas de ellas. »

CAPÍTULO III.

Como Guzman de Alfarache fué reprendido de un pobre jurisperito, y lo demás que le pasó mendigando.

Además de estas ordenanzas, tenian y guardaban otras muchas, no dignas de este lugar, las cuales legislaron los mas famosos poltrones de la Italia, cada uno en su tiempo las que le parecieron convenientes, que pudiera decir ser otra nueva recopilacion de las de Castilla. Ilustrábalas entonces un Alberto por nombre propio, y por el malo, Misser Morcon. Teníamosle en Roma por generalísimo nuestro. Merecia por su talle, trato y loables costumbres la corona del imperio, porque ninguno le llegó de sus antecesores. Pudiera ser príncipe de poltronía, y archibribon del cristianismo. Comíase dos mondongos enteros de carnero, con sus morcillas, piés y manos, una manzana de vaca, diez libras de pan, sin zarandajas de principio y postre, bebiendo con ello dos azumbres

do vino. Y con juntar él solo mas de limosna, que seis pobres ordinarios de los que mas juntaban, jamás le sobró, ni vendió comida que le diesen, ni moneda recibió que no la bebiese; y andaba tan alcanzado, que nos era forzoso (como á vasallos de bien y mal pasar) socorrerle con lo que podíamos. Nunca le vimos abrochado, ni cubierto de la cinta para arriba, ni puesto ceñidor ni media calza; traía descubierta la cabeza, la barba rapada, reluciendo el pellejo como si se le lardaran con tocino.

« Este ordenó que todo pobre trajese consigo escudilla de palo y calabaza de vino donde no se le viese. Que ninguno tuviese cántaro con agua, ni jarro en que beberla, y el que la bebiese fuera en un caldero, barreño, tinajon ó cosa semejante, donde metiese la cabeza como bestia, y no de otra manera. Que quien con la ensalada no brindase, no lo pudiese hacer en toda aquella comida ó cena, y quedase con sed. Que ninguno comprase ni comiese confites, conservas, ni cosas dulces. Que las comidas todas tuviesen sal ó pimienta, ó se la echasen antes de comerlas. Que durmiesen vestidos en el suelo, sin almohada, y de espaldas. Que hecha la costa del dia, ninguno trabajase ni pidiese. » Comia echado, y el invierno y verano dormia sin cobija. Los diez meses del año no salia de tabernas y bodegones. Teníamos (como digo) nuestras leyes, sabíalas yo de memoria, pero no guardaba mas de las pertenecientes á buen gobierno; y las tales como si de su observancia pendiera mi remedio. Toda mi felicidad era, que mis actos acreditaran mi profesion, y verme consumado en ella; porque las cosas una vez principiadas ni se han de olvidar, ni dejar hasta ser acabadas; que es nota de poca prudencia muchos actos comenzados y acabado ninguno. Nada puse por obra que soltase de las manos antes de verle el fin; mas como estaba verde, y la edad no madura ni sazonada, faltábame la práctica, hallábame mas atajado cada dia en casos que se ofrecian, y en muchos erraba. Una siesta de los primeros dias de setiembre, como á la una de la tarde, salí por la ciudad con un calor tan grande, que no lo puedo encarecer, creyendo que quien me oyera pedir á tal hora, pensara obligarme gran hambre, y me favorecerian con algo : quise ver lo que á tales horas podia sacar, solo por curiosidad. Anduve algunas calles y casas, de ninguna saqué mas de malas palabras, enviándome con mal : así llegué á una, donde toqué con el palo á la puerta, no me respondieron; batí segunda y tercera vez, tampoco : vuelvo á llamar algo recio por ser la casa grande. Un bellacon, mozo de cocina (que debia de estar fregando), púsose á una ventana, y echóme por cima un gran pailon de agua hirviendo, y cuando la tuve á cuestas, dijo muy despacio : *Agua va, guardaos debajo.* Comencé á gritar, dando voces que me habian muerto; verdad es que me escaldaron, mas no tanto como lo acriminaba. Con aquello hice gente, cada uno decia lo que le parecia :

unos, que fué mal hecho; otros, que tenia la culpa, que si no tenia gana de dormir, que dejara los otros dormidos. Algunos me consolaron, y entre los mas piadosos junté alguna moneda, con que me fuí á enjugar y reposar. Iba entre mí diciendo: ¿Quién me hizo tan curioso sacando el rio de su madre? ¿Cuándo podré reportarme? ¿Cuándo escarmentaré? ¿Cuándo me contentaré con lo necesario, sin querer saber mas de lo que me conviene? ¿Qué demonio me engañó, y sacó del ordinario curso, haciendo mas que los otros? Llegaba cerca de mi casa, y junto á ella vivia un viejo de casi setenta años de pobre, porque nació de padres del oficio, y se lo dejaron por herencia, con que pasó su vida. Era natural de Córdoba (dígolo para que sepais que era tinto en lana), trájole su madre al pecho á Roma el año del jubileo. Cuando me vió pasar de aquella manera, hecho un estropajo mojado, sucio, lleno de grasa, berzas y garbanzos, me preguntó el suceso, yo se le conté, y él no podia tener la risa, y dijo: Tú, Guzmanejo, bien me temo no seas otro Benitillo, como te hierve la sangre, antes quieres ser maestro que discípulo. ¿No ves que haces mal en exceder de la costumbre? pues por ser de mi país, y muchacho, te quiero doctrinar en lo que debes hacer. Siéntate y considera, que no se ha de pedir por la siesta en el verano, y menos en las casas de hombres nobles, que en la de los oficiales: es hora desacomodada, reposan todos, ó quieren reposar, dales pesadumbre que nadie los despierte, y se enfadan mucho con importunidades.

En llamando á una puerta dos veces, ó no están en casa ó no lo quieren estar, pues no responden; pasa de largo y no te detengas, que perdiendo tiempo no se gana dinero.

No abras puerta cerrada, pide sin abrirla ni entrar dentro, que acontece abriendo (descuidados de lo que sucede) salir un perro que se lleva media nalga en un bocado, y no sé como nos conocen, que aun de ellos estamos odiados, y si perro faltare, no faltará un mozo desesperado, diciendo lo que no quieras oir, si acaso con eso poco se contenta.

Cuando pidas no te rias, ni mudes tono; procura hacer la voz de enfermo aunque puedas vender salud, llevando el rostro parejo con los ojos, la boca justa y la cabeza baja.

Friégate las mañanas el rostro con un paño, antes liento que mojado, porque no salgas limpio ni sucio, y en los vestidos echa remiendos, aunque sea sobre sano, y de color diferente, que importa mucho ver á un pobre mas remendado que limpio, pero no asqueroso.

Aconteceráte algunas veces llegar á pedir limosna, y el hombre quitarse un guante y echar mano á la faltriquera, que te alegrarás, pensando que es para darte limosna, y verásle sacar un lienzo de narices, con que se las limpia; no por eso te ensañes,

ni le gruñas, que por ventura estará otro á su lado que te la querrá dar, y viéndote soberbio te la quite.

Donde fueres bien recibido acude cada dia, que aumentando la devocion, crece tu caudal, y no te apartes de su puerta sin rezar por sus difuntos, y rogar á Dios que le encamine sus cosas en bien.

Responde con humildad á las malas palabras, y con blandas á las ásperas, que eres Español, y por nuestra soberbia, siendo mal quistos, en toda parte somos aborrecidos, y quien ha de sacar dinero de ajena bolsa, mas conviene rogar que reñir, orar que renegar, y *la becerra mansa mama madre ajena y de la suya.*

Donde no te dieren limosna responde con devocion: *Loado sea Dios. Él se lo dé á vuesas mercedes con mucha salud, paz y contento de esta casa, para que lo den á los pobres.* Esta treta me valió muchos dineros, porque respondiendo con tal blandura, y las manos puestas, levantándolas con los ojos al cielo, me volvian á llamar, y daban lo que tenian.

Además de esto, enseñóme á fingir lepra, hacer llagas, hinchar una pierna, tullir un brazo, teñir el color del rostro, alterar todo el cuerpo, y otros primores curiosos del arte, á fin que no se nos dijese que pues teníamos fuerzas y salud, que trabajásemos. Hízome muchas amistades, tenia secretos curiosos de naturaleza con que se valia: nada escondió de mí, porque le parecí capaz, y entonces comenzaba, y como ya él estaba el pié puesto en el estribo para la sepultura, quiso dejar capellan que rogase á Dios por él; así fué, que luego se murió. Juntabámonos algunos á referir con cuales exclamaciones nos hallábamos mejor: estudiábamoslas de noche, inventábamos modos de bendiciones: pobre habia que solo vivia de hacerlas, y no las vendia como farsas: todo era menester para mover los ánimos y volverlos compasivos. Los dias de fiesta madrugábamos á los perdones, previniendo buen lugar en las iglesias, que no alcanzaba poco quien cogia la pila del agua bendita ó la capilla de la estacion; salíamos á temporadas á correr la tierra, sin dejar aldea ni alquería de la comarca que no anduviésemos, de donde veníamos bien proveidos, porque nos daban tocino, queso, pan, huevos en abundancia, ropa de vestir, doliéndose mucho de nosotros: pedíamos un traguito de vino por amor de Dios, que teníamos gran dolor de estómago, donde quiera nos decian si teníamos en que nos lo diesen; llevábamos un jarrillo como para beber, de algo menos de media azumbre, siempre nos le llenaban; luego en apartándonos de la puerta lo vaciamos en una bota, que no se nos caia, colgando atrás del cinto, en que cabian cuatro azumbres, y acontecia llenarla en una calle, que nos era forzoso ir á casa y echarlo en una tinajuela, para volver por mas. De ordinario andábamos calzados, descalzos, y cubiertas las cabezas, yendo descubiertos, porque los zapatos

eran unas chancletas muy viejas y muy rotas, y el sombrero de lo mismo; pocas veces llevábamos camisa, porque pidiendo á una puerta con la humildad acostumbrada nuestra limosna, si decian: Perdonad, hermano, Dios os ayude, otro dia daremos, volvíamos á pedir unos zapatillos viejos ó sombrero viejo, para este pobre que anda descalzo y descubierto al sol y al agua: bendito sea el Señor que libró á vuesas mercedes de tanto afan y trabajo como padecemos; que él se lo multiplique y libre sus cosas de poder de traidores, dándoles la salud para el alma y el cuerpo, que es la verdadera riqueza. Si tambien decian: En verdad, hermano, que no hay que daros, no lo hay ahora: aun quedaba otro replicato, pidiendo una camisilla vieja, rota, desechada, para cubrir las carnes y curar las llagas de este sin ventura pobre, que en el cielo lo hallen, y los cubra Dios de su misericordia; por el buen Jesus se lo pido, que no lo puedo ganar ni trabajar, me veo y me deseo, bendita sea la limpieza de nuestra Señora la Vírgen María: con esto ó con esotro, de acero eran las entrañas, y el corazon de jaspe que no se ablandaban. Escapábanse pocas casas donde no saliese prenda; y cualquier par de zapatos no podian ser tan malos, tan desechado el sombrero, ni la camisa que se nos daba tan vieja, que no valiera mas de medio real: para nosotros era mucho, y á quien lo daba no era de provecho, ni lo estimaba, era una mina en el cerro de Potosí. Teníamos compradores para cada cosa, que nos ponian la moneda sobre tabla, zahumada y lavada con agua de ángeles; llevábamos de camino unos asnillos en que caminábamos á ratos en tiempo llovioso, para poder pasar los arroyos; y si atisbábamos persona que representase autoridad, comenzábamos á plagearle de muchos pasos atrás, para que tuviera lugar de venir sacando la limosna; porque si aguardábamos á pedir al emparejar, muchos dejaban de darla por no detenerse, y nos quedábamos sin ella; desotro modo se erraban pocos lances: otras veces que habia ocasion y tiempo, en divisando tropa de gente, nos aparecíamos á cojear, variando visajes, cargándonos á cuestas los unos á los otros, torciendo la boca, volteando los párpados de los ojos para arriba, haciéndonos mudos, cojos, ciegos, valiéndonos de muletas, siendo sueltos mas que gamos; metíamos las piernas en bendos, que colgaban del cuello, ó los brazos en orillos; de manera que con esto y de buena labia, que Dios les diese buen viaje y llevase con bien á ojos de quien bien querian, siempre valia dinero, y esta llamábamos venturilla, por ser en despoblado y por suceder á veces muy bien, y en otras no llegar mas de lo que tasadamente nos era necesario para el camino. Teníamos por excelencia (bueno sobre todo) que no se hacia fiesta de que no gozásemos teniendo buen lugar, ni aun banquete donde no tuviésemos parte; olíamosle á diez barrios. No teníamos casa, y todas eran nuestras, que ó portal de cardenal, embajador ó señor no

podia faltar; y corriendo todo turbio, de los pórticos de las iglesias nadie nos podia echar; y no teniendo propiedad, lo poseíamos todo. Tambien habia quien tenia torreoncillos viejos, edificios arruinados, aposentillos de poca sustancia, donde nos recogíamos, que ni todos andábamos aventureros, ni todos teníamos pucheros; mas yo que era muchacho, donde me hallaba la noche, allí me entregaba al siguiente dia; y así, aunque los llevaba malos, la juventud resistia teniéndolos por muy buenos.

CAPÍTULO IV.

En que Guzman de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero, y las libertades de los pobres.

Una verdadera señal de nuestra predestinacion es la compasion del prójimo; porque tener dolor del mal ajeno, como si fuese propio, es acto de caridad, que cubre los pecados, y en ella siempre habita Dios. Todas las cosas con ella viven, y sin ella mueren; que ni el don de profecía, ni conocimiento de misterios, ni ciencia de Dios, ni toda la fe, faltando caridad, es nada. El amar á mi prójimo como me amo á mí es entre todos el major sacrificio, por ser hecho en el templo de Dios vivo; y sin duda es de gran merecimiento recibir uno tanto pesar de que su hermano se pierda, como placer de que él mismo se salve. Es la caridad fin de los preceptos; el que fuere caritativo, el Señor será con él misericordioso en el dia de su justicia; y como sin Dios nada merezcamos por nosotros, y ella sea don del cielo, es necesario pedir con lágrimas que se nos conceda, y hacer obras con que alcanzarla, humedeciendo la sequedad hecha en el alma, y durezas del corazon, que no será desechado el humilde y contrito, antes le acudirá Dios con su gracia, haciéndole señaladas mercedes; y aunque la riqueza, por ser vecina de la soberbia, es ocasion á los vicios, desflaqueciendo las virtudes, á su dueño peligrosa, señor tirano, y esclavo traidor, es de la condicion del azúcar, que siendo sabrosa, con las cosas calientes calienta, y refresca con las frias. Es al rico instrumento para comprar la bienaventuranza, por medios de la caridad; y aquel será caritativo y verdaderamente rico, que haciendo rico al pobre, se hiciere pobre así, porque con ello queda hecho discípulo de Cristo.

Yo estaba un dia en el zaguan de la casa de un cardenal, envuelto y revuelto en una gran capa parda, tan llena de remiendos, unos cosidos en otros, que tenia por donde menos tres telas, sin

que se pudiera conocer de qué color habia sido la primera : tenia un canto como una tabla para el tiempo, harto mejor que la mejor frazada, porque abrigaba mucho, y no la pasara el aire, agua ni frio, ni, estoy por decir, un dardo. Entróle á visitar un caballero, parecia principal en su persona y acompañamiento, el cual como me vió de aquella manera, creyó debiera estar malo de calenturas, y fué, que habiéndome quedado allí la noche antes como era invierno, y aventaba fresco, estábame quedo hasta que entrara bien el dia. Paróse á mirarme, y llamóme, saqué la cabeza, y con el susto de ver aquel personaje junto á mí (no sabiendo qué pudiera ser) mudé la color; parecióle que temblaba, y díjome : Cúbrete, hijo, estate quedo; y sacó de las faltriqueras lo que llevaba, que seria cantidad hasta trece reales y medio, y diómelos; tomélos, y quedé fuera de mí, tanto de la limosna, como ver cual iba levantando los ojos. Creo por sin duda debia decir : Bendígante, Señor, los ángeles y tus cortesanos del cielo, todos los espíritus te alaben, pues los hombres no saben, y son rudos; que no siendo yo de mejor metal, y no sé si de mejor sangre que aquel, yo dormí en cama, y él en el suelo; yo voy vestido, y él queda desnudo; yo rico, y él necesitado; yo sano, y él enfermo; yo admitido, y él despreciado, pudiendo haberle dado lo que á mí me diste, mudando las plazas. Fuiste, Señor, servido de lo contrario : tú sabes porqué, y para qué. Sálvame, Señor, por tu sangre, que esa será mi verdadera riqueza, tenerte á tí, y sin tí no tengo nada. Digo yo, que aquel sabia verdaderamente granjear los talentos, que no considerando á quien lo daba, sino por quien lo daba, viéndome y viéndose, me dió lo que llevaba con mano franca, y ánimo de compasion. Estos tales ganaban por su caridad el cielo por nuestra mano, y nosotros la perdíamos por la de ellos, pues con la golosina del recibir, pidiendo sin tener necesidad, lo quitábamos al que la tenia, usurpando nuestro vicio el oficio ajeno. Andábamos comidos, bebidos, lomienhiestos; teníamos una vida, que los verdaderamente senadores, y aun comedores, nosotros éramos, que aunque no tan respetados, la pasábamos mas reposada, mejor, y de menos pesadumbre; y dos libertades aventajadas mas que todos ellos, ni que algun otro Romano, por calificado que fuese. La una era la libertad en pedir sin perder, que á ningun honrado le está bien; porque la miseria no tiene otro mayor que hallarse un hombre tal obligado alguna vez á ello, para socorrer lo que le hace menester, aunque sea su propio hermano, porque compra muy caro el que recibe, y mas caro vende quien lo da al que lo agradece; y si en esto del pedir he de decir mi parecer, es lo peor que tiene la vida del pobre, siéndole forzoso, porque aunque se lo dan, le cuesta mucho pedirlo. Mas te diré cual sea la causa, que el pedir escuece y duele tanto : Como el hombre sea perfecto animal racional, criado para eternidad, semejante á Dios (como él dice) que cuando le quiso

hacer, asistiendo á ello la santísima Trinidad, dijo : *Hagámosle á nuestra imágen y semejanza* (tambien te pudiera decir cómo se ha de entender esto, mas no es este su lugar); quedó el hombre hecho, saliendo con aquel natural, todos inclinados á querernos endiosar, avecindándonos cuanto mas podemos, y siempre andamos con esta sed secos, y con esta hambre flacos. Vemos que Dios crió todas las cosas, nosotros queremos lo mismo, y ya que no podemos, como su divina magestad de nada, hacemóslo de algo, como alcanza nuestro poder, procurando conservar los individuos de las especies, en el campo los animales, los peces en el agua, las plantas en la tierra, y así en su natural cada cosa de las del mundo. Miró las obras hechas de sus manos, pareciéndole muy bien, como manos benditas y poderosas : alegróse de verlas, que estaban á su gusto. Eso pasa hoy al pié de la letra. Queremos hacer ó contrahacer, cuan bien me parece el ave que en mi casa crio, el cordero que nace en mi cortijo, el árbol que planto en mi huerto, la flor que en mi jardin sale : cómo me huelgo de verla en tal manera, que aquello que no crié, hice ó planté, aunque sea muy bueno, lo arrancaré, destruiré y desharé sin que me dé pesadumbre : y lo que es obra de mis manos, hijo de mi industria, fruto de mi trabajo, aunque no sea tal, como hechura mia, me parece, y la quiero bien. Del árbol de mi vecino y del conocido no solo quitaré la flor y fruto, mas no le dejaré hoja, ni rama, y si se me antojare, cortaréle el tronco. Del mio me llega al alma si hallo una hormiga que le dañe ó pájaro que le pique, porque es mio; y en resolucion todos aman sus obras : así en quererlas bien, me parezco al que me crió, y de él lo heredé yo. En todos los mas actos es lo mismo : es muy propio en Dios el dar, y muy impropio el pedir, cuando no es para nosotros mismos, que lo que nos pide, no lo quiera para sí, ni le hace necesidad al que es el remedio de toda necesidad, y hartura de toda hambre. Mucho tiene, y puede dar, y nada le puede faltar : todo lo comunica y reparte, cual tú pudieras dejar sacar agua de la mar, y con mayor largueza, lo que va de tu miseria á su misericordia. Queremos tambien parecerle en esto : á su semejanza me hizo, á él he de semejar, como á la estampa lo estampado : qué locos, qué perdidos, qué deseosos y desvanecidos andamos todos por dar : el avariento, el guardoso, el rico, el logrero, el pobre, todos guardan para dar, sino que los mas entienden menos, como he dicho antes de ahora, que lo dan despues de muertos. Si preguntases á estos que juntan el dinero y lo entierran en vida, ¿para qué lo guardan? responderian los unos, que para sus herederos : otros, que para sus almas : otros, que para tener que dejar; y todos desengañados de que consigo no lo han de llevar. Pues ves como le quieren dar, sino que es fuera de tiempo ; como un aborto, que no tiene perfeccion, mas al fin ese es nuestro fin y deseo. ¡ Cuán endiosado se halla un hombre, cuando con ánimo generoso tiene que

dar y lo da! ¡Qué dulce le queda la mano, alegre el rostro! ¡Qué descansado el corazon! ¡Qué contenta el alma! Quítasele las canas, refréscasele la sangre, la vida se le alarga, y tanto mucho (sin comparacion) mas cuanto sabe que tiene para ello, sin temor que le hará falta.

De donde queriendo hacer lo que hizo el que como á sí nos hizo, gustamos tanto en el dar, y sentimos el pedir, y aquellos con quien la divina mano fué tan franca, que habiéndolos hecho (y de ánimo noble, que es otro don particular) se hallan oprimidos, faltos de bienes, querrian padecer antes cualquier miseria, que pedir á otro que se la socorra. De estos es de quien se debe tener lástima, y estos son á los que á manos llenas habria todo el mundo de favorecer, y en esto se conoce quien les hace amistad y se la muestra, que viendo al necesitado, lo socorran sin que lo pida, que si aguardan á ese punto, ni le da, ni le presta; deuda es que le paga, con logro le vende y con ventajas. Ese es el amigo que socorre á su amigo, y *ese llamo socorro, con el que corro*: yo he de darlo, que no han de pedirlo, con él he de correr, que no esperar ni andar.

Si me detuve y no te satisfice, perdona mi ignorancia, recibiendo mi voluntad. Así que, la libertad en pedir solo al pobre le es dada, y en esto nos igualamos con los reyes, y es particular privilegio poderlo hacer, y no ser bajeza como lo fuera en los demás; pero hay una diferencia, que los reyes piden al comun para el bien comun, por la necesidad que padecen, y los pobres para sí solos, por la mala costumbre que tienen. La otra libertad de los cinco sentidos, ¿quién hay hoy en el mundo que mas licenciosa ni francamente goce de ellos que un pobre, con mayor seguridad ni gusto? Y pues he dicho gusto, comenzaré por él; pues no hay olla que no espumemos, manjar de que no probemos ni banquete de donde no nos quepa parte. ¿Dónde llegó el pobre, que si hoy una casa le niegan, mañana no le den? Todas las anda, en todas pide, de todas gusta, y podrá decir muy bien en cuál se sazona mejor. El oir, ¿quién oye mas que el pobre? que como desinteresados en todo género de cosa, nadie se recela que los oiga, en las calles, en las casas y en las iglesias, en todo lugar se trata cualquier negocio, sin recelarse de ellos, aunque sea caso importante. Pues de noche, durmiendo en plazas y calles, ¿qué música se dió que no la oyésemos? ¿Qué requiebro hubo que no le supiésemos? Nada nos fué secreto, y de lo público mil veces lo sabíamos mejor que todos, porque oíamos tratar de ello en mas partes que todos. Pues el ver, ¿cuán francamente lo podíamos ejercitar sin ser notados, ni haber quien lo pidiese ni impidiese? ¿Cuántas veces me acusé, que pidiendo en las iglesias estaba mirando y alegrándome? Quiero decir (para mejor aclararme) codiciando mujeres de rostros angélicos, cuyos amantes no se atrevieran, ni osaran mirar, por no

ser notados, y á nosotros nos era permitido. Oler, ¿quién mas pudo oler que nosotros, que nos llaman oledores de casas ajenas? Además, que si el olor es mejor, cuánto no es mas provechoso nuesto ambar, y almizcle (mejor que todos y mas verdadero) era un ajo que no faltaba de ordinario, preservativo de contagiosa corrupcion; y si otro oler queríamos, nos íbamos á una esquina de las calles donde se venden estas cosas, y allí estábamos al olor de los coletos y guantes aderezados, hasta que los polvillos nos entraban por los ojos y narices. El tacto querrás decir que nos faltaba, que jamás pudo llegar á nuestras manos cosa buena; pues desengañaos, ignorantes, que es diferente la pobreza de la hermosura. Los pobres tocan y gozan cosas tan buenas como los ricos, y no todos alcanzan este misterio. Pobre hay que con su mendiguez y pobreza sustenta mujer, que el muy rico deseara mucho gozar, y quiere mas á un pobre que la dé y no la falte, que á un rico que la infame; y cuantas veces algunas damas me daban de su mano la limosna (no sé lo que los otros hacian) mas yo con mi mocedad trataba de ella con las mias, y en modo de reconocimiento devoto, no la soltaba hasta habérsela besado, mas esto es gran miseria, y bobería, que sobre todas las cosas gusto, vista, olfato, oido y tacto, el principal y verdadero de todos los cinco sentidos juntos, era el de aquellas rubias caras de los encendidos doblones, aquella hermosura de patacones, realeza de Castilla, que ocultamente teníamos, y con secreto gozábamos en abundancia, que tenerlos para pagarlos ó emplearlos no es gozarlos: gozarlos, es tenerlos de sobra sin haberlos menester mas de para confortacion de los sentidos; aunque otros dicen que el dinero nunca se goza hasta que se gasta. Traíamoslos cosidos en unas almillas de remiendos, en lugar de jubones, pegados á las carnes. No habia remiendo, por sucio y vil que fuera, que no valiera para un vestido razonable; todos manábamos oro, porque comiendo de gracia, la moneda que se ganaba no se gastaba, y *ese te hizo rico, que te hizo el pico; grano á grano hinche la gallina el papo.* Llegábamos á tener caudal con que algun honrado levanta los piés del suelo y no pisara lodos. Descansa un poco en esta venta, que en la jornada del capítulo siguiente oirás lo que aconteció en Florencia con un pobre, que allí falleció, contemporáneo mio, en quien conocerás el trato nuestro si es como quiera bueno.

CAPÍTULO V.

En que Guzman de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia.

Cosa muy ordinaria es á todo pobre ser tracista, desvelándose noches y dias, buscando medio para su remedio, y salir de laceria. En todas partes acontece, y aunque dicen que en materia de crueldad Italia lleva la gala, y en ella mas los de la comarca de Génova, no creo que va en la tierra, sino en la necesidad y codicias: diciéndose de estos, que la tienen todo; sus mismos naturales ciudadanos vinieron á llamarlos Moros blancos. Ellos, para vengarse y echarles las cabras, dicen, que *quien descubre la alcabala ese la paga*: que no se dijo por ellos, ni se ha de entender sino por los tratantes de Génova, que traen las conciencias en faltriqueras descosidas, de donde se les pierde y ninguno la tiene. Uno dijo que no, que de mas atrás corria, y era que cuando los Genoveses ponen sus hijos á la escuela, llevan consigo las conciencias, juegan con ellas, hacen travesuras, unos las olvidan, otros perdidas allí se las dejan. Cuando barren la escuela y las hallan, danlas al maestro, el cual con mucho cuidado las guarda en un arca, porque otra vez no se les pierdan: quien despues la ha menester, si se acuerda donde la puso, acude á buscarla. Como el maestro guardó tantas, y las puso juntas, no sabe cuál es de cada uno, dale la primera que halla, y vase con ella creyendo llevar la suya y lleva la del amigo, la del conocido ó deudo. De ello resulta, que no trayendo ninguno la propia, miran y guardan las ajenas, y de aquí quedó el mal nombre. ¡Ah, ah España! amada patria, custodia verdadera de la fe, ¡téngate Dios de su mano, y cómo hay en tí mucho de esto! tambien tienes maestros que truecan las conciencias, y hombres que las traen trocadas. ¡Cuántos olvidados de sí se desvelan en lo que no les toca: la conciencia del otro reprenden, solicitan y censuran! Hermano, vuelve sobre tí, deshaz el trueco, no espulgues la mota en el ojo ajeno, quita la viga del tuyo, mira que vas engañado; eso que piensas que descarga tu conciencia es burla, y tú te burlas de tí; no disimules tu logro, diciendo: Fulano es mayor logrero; no hurtes, y te consueles ó disculpes con que el otro es mayor ladron; deja la conciencia ajena, mira la tuya; esto te importa á tí, aparte cada uno de sí lo que no es suyo, y los ojos del pecado ajeno, pues ni la idolatría de Salomon, ni el sacrilegio de Judas disculpan el tuyo; á cada uno darán su castigo

merecido. Como te inclinas á lo dañoso y malo, ¿porqué no imitas al bueno y virtuoso, que ayuna, confiesa, comulga, hace penitencia, actos de santidad y buena vida? ¿Es por ventura mas hombre que tú? ¿Dejas, como el enfermo, lo que te ha de sanar, y comes lo que te ha de dañar? Pues yo te prometo que importará para tu salvacion acordarte de tí, y olvidarte de mí. Donde hay muchas escuelas de niños y maestros, que guardan conciencias (aunque, como digo, ninguna ciudad, villa, ni lugar se escapa en todo el mundo) es en Sevilla, de los que se embarcan para pasar la mar; que los mas de ellos, como si fuera de tanto peso y volúmen que se hubiera de hundir el navío con ellas, así las dejan en sus casas ó á sus huéspedes que las guarden hasta la vuelta; y si despues las cobran (que para mí es cosa dificultosa, por ser tierra larga, donde no se tiene tanta cuenta con las cosas), bien; y si no, tampoco se les da por ellas mucho, y si allá se quedan, menos. Por esto en aquella ciudad anda la conciencia sobrada de los que se la dejaron y no volvieron por ella. No quiero pasearme por las gradas ó lonja, ni entrar en la plaza de San Francisco, ni anegarme en el rio, déjese á una banda todo género de trato y contrato, que seria si comenzase, no salir de ello; apuntado se quede, y como si lo dijera, piensen que lo digo, que quizá lo diré algun dia.

Hubo un hombre, natural de un lugar cerca de Génova, gran persona de invenciones, y de sutil ingenio: llamábase Pantalon Castelleto, pobre mendigo, que, como fuese casado en Florencia y le naciese un hijo, desde que la madre lo parió anduvo el padre maquinando cómo dejarle de comer sin obligarle á servir ni á tomar oficio. Allá dicen vulgarmente: Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno; aunque yo le llamo desdichado, pues no es posible lograr lo que le dejó, ni llegar á tercero poseedor.

Este me parece que por dejar el suyo bien parado y reparado se puso á peligro; y aunque por ser casado (que es particular granjería, y largo de contar, casar pobres con pobres, y ser todos de un oficio) tenian razonablemente lo que les era menester para pasar su vida y que poder dejar á su heredero para un moderado trato; no se quiso fiar de la fortuna, púsosele en la imaginacion la crueldad mas atroz que se puede pensar. Estropeóle, como lo hacen muchos de todas las naciones, en aquellas partes, que de tiernos los tuercen y quiebran como si fueran de cera, volviéndolos á entallar de nuevo, segun su antojo, formando varias monstruosidades de ellos para dar mas lástima. En cuanto son pequeños, ganan de comer para su vejez, y despues con aquella lesion les dejan buen patrimonio. Mas este quiso aventajarse con géneros nuevos de tormentos, martirizando al pobre y tierno infante: no se los dió todos de una vez, que como crecia se los daba como camisas ó baños, uno seco y otro puesto, hasta venirle á dejar entallado, segun te lo pinto.

Cuanto á lo primero, no le tocó, ni pudo en lo que recibió de sola naturaleza. Tenia, con toda su desdicha, buen entendimiento, era decidor y gracioso. En lo que le dió, que fué la carne, comenzando por la cabeza, se la torció, y traíala casi atrás, caido el rostro sobre el hombro derecho. Lo alto y bajo de los párpados de los ojos eran una carne. La frente y cejas quemadas, con mil arrugas. Era corcovado, hecho su cuerpo un ovillo, sin hechura ni talle de cosa humana. Las piernas vueltas por cima de los hombros, descarnadas y secas : tenia sanos los brazos y la lengua. Andaba como en jaula, metido en un arquetoncillo, encima de un borrico, y con sus manos le regia; salvo, que para subir ó bajar buscaba quien lo hiciese, y no faltaba. Era (como digo) gracioso, decia muchas y muy buenas cosas. Con esto andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable, que toda Florencia se dolia de él, y así por su pobreza, como por sus gracias, le daban mucha limosna. De esta manera vivió setenta y dos años, poco mas, al cabo de los cuales le dió una grave dolencia, de que claramente conoció que se moria. Viéndose en este punto, y en el de salvarse ó condenarse, como era discreto, revolvió sobre sí pareciéndole no ser tiempo de burlas, ni de confesiones para cumplir con la parroquia; era la postrera, y quiso que fuese la valedera. Pidió un confesor conocido suyo, de muchas letras y gran opinion en vida, costumbres y doctrina. Con él trató sus pecados, comunicando sus cosas, de manera, que ordenó hacer su testamento con las mas breves y compendiosas palabras que se puede imaginar, porque hecha la cabeza, por ser oficio del notario, él, en lo que le tocaba, dijo así :

« Mando á Dios mi alma, que crió, y mi cuerpo á la tierra, el cual entierren en mi parroquia.

« *Item* mando que mi asno se venda, y con el precio de él se cumpla mi entierro, y la albarda se le dé al gran duque, mi señor, á quien le pertenece, y es por derecho suya, al cual nombro por mi albacea, y de ella le hago universal heredero. »

Con esto cerró su testamento, debajo de cuya disposicion falleció. Como todos le tenian por decidor, creyeron que se habian emparejado muerte y vida, todo gracias, como suele acontecer á los necios; mas cuando el gran duque supo lo testado (que luego se lo dijeron), como conoció al testador, y le tenia por discreto, coligió no vacar la cláusula de misterio; mandó que llevaran á palacio su herencia; y teniéndola presente, la fueron descosiendo pieza por pieza, y sacaron de ella diferentes monedas y apartados en que estaban, todas en oro, cantidad que montaba de los nuestros castellanos tres mil y seiscientos escudos de á cuatrocientos maravedís cada uno. Al pobre le aconsejaron, y le pareció que aquello no era suyo, ni se podia restituir de otra manera, que dejándolo al señor natural, á cuyo cargo estaban todos los pobres, con que descargaba su conciencia. El gran duque, como

príncipe tan poderoso, y señor generoso, mandó que de todo ello se le hiciesen algunas memorias perpetuas que le ordenó por su alma, como buen cabezalero, y mejor caballero.

¿Qué dirás agora del tacto de este pobre? No es el tuyo tal, ni con gran parte, aunque goces de otra Venus. De estas dos ventajas éramos dueños, que ninguno era tan franco en ellas, sin otras muchas que pudiera referir.

Cuando me pongo á considerar los tiempos que gocé, y por mí pasaron, no porque se me antoje, ni tenga olvidados los trabajos, para que los que agora padezco en esta galera me parezcan mayores, ó no tales; mas no hay duda que sus memorias estimo en mucho. Aquel tener siempre la mesa puesta, la cama hecha, la posada sin embarazo, el zurron abastecido, la hacienda presente, el caudal en pié, sin miedo de ladrones, ni temor de lluvias, sin cuidado de abril ni recelo de mayo, que son la polilla de los labradores, no desvelado en trajes ni costumbres, sin prevencion de lisonjas, sin composicion de mentiras para valer y medrar; ¿qué sustentaré para que me estimen? ¿Cómo visitaré para que no me olviden? ¿Cómo acompañaré para dejar obligados? ¿Qué achaque buscaré para hablarles porque me vean? ¿Cómo madrugaré para que me tengan por solícito, y mas cuanto es el tiempo mas riguroso? ¿Cómo trataré de linajes para encajar la limpieza del mio? ¿Cómo descubriré al otro su falta, para que quien oyere que la murmuro piense que yo no la tengo? ¿Cómo tendré conversacion para hacer ostentacion? ¿Por dónde rodearé para encajar mi dicho? ¿A qué corrillos iré que yo sea el gallo, y en saliendo de ellos no me murmuren como hice de los otros? ¡O, esto de los corrillos y murmuraciones, y cómo es larga historia! Quién tuviera lugar de significar lo mal que parece un hidalgo ser sastre de tan mala ropa, que no hay religioso á quien no corten sotana con falda, ni mujer honrada queda sin saya entera: visten al santo y al pecador al talle largo. Quédese aquí, porque si vivimos, allá llegaremos. ¿A cuán derecha regla, recorrido nivel y medido compás ha de ajustarse aquel desventurado pretendiente que por el mundo ha de navegar esperando fortuna de mano ajena? Si ha de ser buena, qué tarde llega: si mala, qué presto ejecuta: por mas que se ajuste ha de pecar de falso y falto: si no es bien quisto todo se le nota: si habla, aunque bien, le llaman hablador; si poco, que es corto; si de cosas altas y delicadas, temerario, que se mete en honduras que no entiende; si de no tales, abatido; si se humilla, es infame; si se levanta, soberbio; si acomete, desbaratado y loco; si se reporta, cobarde; si mira, embelesado; si se compone, hipócrita; si se rie, inconstante; si se mesura, saturnino; si afable, tenido en poco; si grave, aborrecido; si justo, cruel; si misericordioso, buey manso. De toda esta desventura tienen los pobres carta de guia, siendo señores de sí mis-

mos, francos de pecho ni derrama, lejos de emuladores: gozan su vida sin almotacen que se la denuncie, sastre que se la corte, ni perro que se la muerda. Tal era la mia, si el tiempo y la fortuna (consumidores de las cosas, que no consienten permanecer en un estado alguna) no me derribaran del mio, declarando por el color de mi rostro y libres miembros estar de salud rico, no llagado ni pobre, segun lo publicaban mis lamentaciones; porque como una vez me sentase á pedir limosna en la ciudad de Gaeta en la puerta de una iglesia, donde por curiosidad quise ir á ver si su caridad y limosna igualaba con la de Roma, descubrí mi cabeza, como recien llegado, y no prevenido de lo necesario: para luego y presto valíme de tiña, que sabia contrahacer por excelencia. Entrando el gobernador, pasó por mí los ojos, dióme limosna, fuéme razonablemente algunos dias; y como *la codicia rompe el saco*, parecióme un dia de fiesta sacar nueva invencion; hice mis preparamentos, aderecé una pierna, que valia una viña. Fuíme á la iglesia con ella, comencé á entonar la voz, alzando de punto la plaga, como el que bien lo sabia; quísolo mi desgracia, ó mi poco saber, que siempre de la ignorancia y necedad proceden los acaecimientos. No tenia yo para qué andar hecho truecaborricas en pueblo corto; pasara con mi tiña, que me daba de comer y estaba recibida, sin andarme buscando mas retahilas, ni ensayando invenciones. Vino el gobernador aquel dia en aquella iglesia para oir misa, y como me reconoció, hízome levantar, diciéndome: Vente conmigo, daréte una camisa que te pongas: creíle, fuíme con él á su posada: si supiera lo que me queria, no sé si me alcanzara con una culebrina, ni me asiera en sus manos, por buena maña que se diera. Cuando allá estuve, miróme al rostro, y dijo: Con esos colores y frescura de cuerpo (que estás gordo, recio y tieso), ¿cómo tienes así esa pierna? no acuden bien lo uno á lo otro. Respondíle turbado: No sé, señor; Dios ha sido servido de ello: luego conocí mi mal, y atisbaba la salida para si pudiera tomar la puerta: no pude, que estaba cerrada; mandó llamar un cirujano que me examinase; vino, y miróme despacio: á los principios turbéle, que no sabia qué fuese, mas luego se desengañó, y le dijo: Señor, este mozo no tiene mas en su pierna que yo en los ojos; y para que se vea claramente, lo mostraré. Comenzó á desenfardelarme, y desenvolviendo adobos y trapos, me dejó la pierna tan sana, como era verdad que lo estaba: quedó el gobernador admirado en verme de aquella manera, y mas de mi habilidad: yo pasmé, sin saber qué decir ni hacer, y si la edad no me valiera, otro que Dios no me librara de un ejemplar castigo, mas el ser muchacho me reservó de mayor pena, y en lugar de camisa que me prometió, mandó que el verdugo, en su presencia, me diese un jubon para debajo de la rota que yo llevaba, y que saliese de la ciudad luego

al momento; mas aunque no me lo mandaran, en cuidado lo tenia, que allí no quedara si señor de ella me hicieran. Fuíme temeroso, temblando y encogido, volviendo de cuando en cuando atrás la cabeza, sospechoso si, pareciéndoles no llevar bastante recado, quisieran darme otra vuelta: con esto me fuí á la tierra del papa, acordándome de mi Roma, y echándole á millares las bendiciones, que nunca reparaban en menudencias, ni se ponian á espulgar colores; cada uno busque su vida, como mejor pudiere. Al fin tierra larga, donde hay que mariscar, y por donde navegar, y no por estrechos, siempre por la canal, donde á pocos bordos, con poca tormenta, darás en bajíos, quedando roto y desbarato.

CAPÍTULO VI.

Como, vuelto á Roma Guzman de Alfarache, un cardenal, compadecido de él, mandó que fuese curado en su casa y cama.

Bien es verdad natural en los de poca edad tener corta vista en las cosas delicadas, que requieren gravedad y peso, no por defecto del entendimiento, sino por falta de prudencia, la cual pide experiencia, y la experiencia tiempo: como la fruta verde mal sazonada no tiene sabor perfecto, antes acedo y desabrido, así no le ha llegado al mozo su maduro, fáltale el sabor, la especulacion de las cosas, y conocimiento verdadero de ellas; y no es maravilla que yerre, antes lo seria si acertase. Con todo esto, el buen natural de ordinario siempre tiene mas capacidad para las consideraciones. Conocí del mio, que muchas veces me levantó el espíritu mas de lo que pedian mis años, poniéndome (como el águila sus pollos) los ojos clavados en el sol de la verdad, considerando que todas mis trazas y modos de engañar era engañarme á mí mismo, robando al verdaderamente necesitado y pobre lisiado impedido del trabajo, á quien aquella limosna pertenecia, y que el pobre nunca engaña, ni puede, aunque su fin es ese; porque quien da no mira al que lo da, y el que pide es el reclamo que llama las aves, y él se está en su percha seguro. El mendigo, con el reclamo de sus lamentaciones recibe la limosna, que convierte en útil tuyo, metiendo á Dios en su voz, con que lo hace deudor, obligándole á la paga. Por una parte me alegraba cuando me lo daban, por otra temblaba entre mí cuando me tomaba la cuenta de mi vida, porque sabiendo cierto ser aquel camino de mi condenacion, estaba obligado á la restitucion, como hizo el Flo-

rentin; mas cuando algunas veces veia que algunos hombres poderosos y ricos con curiosidad se ponian á hacer especulacion para dar una desventurada moneda, que es una blanca, no lo podia sufrir, gastábaseme la paciencia, y aun hoy se me refresca con ira, envistiéndoseme un furor de rabia en contra de ellos, que no sé como lo diga. Rico amigo, ¿no estás harto, cansado y ensordecido de oir las veces que te han dicho que lo que hicieres por cualquier pobre que lo pide por Dios, lo haces por el mismo Dios, y él mismo te queda obligado á la paga, haciendo deuda ajena suya propia? Somos los pobres como el cero de guarismo, que por sí no vale nada, y hace valer á la letra que se le allega, y tanto mas, cuantos mas ceros tuviere delante. Si quieres valer diez, pon un pobre par de tí, y cuantos mas pobres remediares, y mas limosna hicieres, son ceros que te darán para con Dios mayor merecimiento. ¿Qué te pones á considerar si gano, si no gano, si me dan, si no me dan? Dame tú lo que te pido, si lo tienes y puedes, que cuando no por Dios, que te lo manda, por naturaleza me lo debes, y no entiendas que lo que tienes y vales es por mejor lana, sino por mejor cardada, y el que á tí te lo dió y á mí me lo quitó, pudiera descruzar las manos y dar su bendicion al que fuera su voluntad y la mereciere. No seas especulador, ni hagas elecciones, que si bien lo miras, no son sino avaricia, y excusas para no darla: yo lo sé, alarga el ánimo para ello, y que veas el efecto de la limosna. Oye lo que cuenta Sofronio, á quien cita Canisio, varon docto: Teniendo una mujer viuda una sola hija muy hermosa, doncella, el emperador Cenon se enamoró de ella, y por fuerza (contra toda su voluntad) la estupró, gozándola con tiranía. La madre, viéndose afligida por ello y ultrajada, teniendo gran devocion á una imágen de nuestra Señora, cada vez que á ella se encomendaba, decia: Vírgen María, venganza y castigo te pido de esta fuerza y afrenta que Cenon, tirano emperador, nos hace. Dice que oyó una voz que le dijo: Ya estuvieras vengada si las limosnas del emperador no nos hubieran atado las manos. Desata las tuyas en favorecer los mendigos, que es tu interés, y te va mas á tí en darlo que á ellos en recibirlo. No hizo Dios tanto al rico para el pobre, como al pobre para el rico: no te atengas con decir quién lo merece mejor. No hay mas de un Dios, por ese te lo piden, á él se lo das, todo es uno, y tú no puedes entender la necesidad ajena como aprieta, ni es posible conocerla lo exterior que juzgas, pareciéndote uno estar sano, y no ser justo darle limosna: no busques escapatorias para descabullirte, déjalo á su dueño, no es á tu cargo el exámen, jueces hay á quien toca; sino míralo por mí, si hubo descuido en castigarme, lo mismo harán los demás.

No te pongas, ó tú de malas entrañas, en acecho, que ya te veo. Digo, que la caridad y limosna su órden tiene: no digo que

no la ordenes, sino que la hagas, que la des, y no la espulgues, si tiene, si no tiene, si dijo, si hizo, si puede, si no puede, si te la pide, ya se la debes, caro le cuesta, como he dicho, y tu oficio solo es dar. El corregidor y regidor, el prelado y su vicario abran los ojos, y sepan cual no es pobre, para que sea castigado. Ese es oficio, esa es dignidad, cruz y trabajo, no los hicieron cabezas para comer el mejor bocado, sino para que tengan mayor cuidado; no para reir con truhanes, sino para gemir las desventuras del pueblo; no para dormir y roncar, sino para velar y suspirar, teniendo como el dragon continuamente clara la vista del espíritu. Así que, á tí te toca solamente el dar la limosna, y no pienses que cumples dando lo que no te hace provecho, y lo tienes á un rincon para echarlo al muladar, que como si el pobre lo fuese, das en él con ello, no tanto por dárselo, como por sacarlo de tu casa, que así fué el sacrificio de Caín. Lo que ofrecieres, lo mejor ha de ser, como lo hizo el justo Abel, con deseo y voluntad, que fuera mucho mejor, y que haga mucho provecho, no como de por fuerza, ni con trompetas, antes con pura caridad, para que saques de ella el fruto que se promete, aceptándote el sacrificio.

Alejado voy de Roma, para donde caminaba: cuando allá llegué me reventaron las lágrimas de gozo, quisiera fueran los brazos capaces de abrazar aquellas santas murallas. El primer paso que dentro puse, fué con la boca, besando aquel santo suelo; y como la tierra que el hombre sabe, esa es su madre, yo sabia bien la ciudad, era conocido en ella, comencé como antes á buscar mi vida, vida la llamaba, siendo mi muerte, aquel me parecia mi centro.

Cuán casados estamos con las pasiones nuestras, y como lo que aquello no es, nos parece extraño siendo lo verdadero y cierto. Así me pareció la suma felicidad, juzgando á desventura lo demás; y aunque todo lo miraba, inclinábame á lo peor, y eso tenia por mejor. Levantéme una mañana, segun tenia costumbre, y mi pierna, que se pudiera enseñar á vista de oficiales: púseme con ella pidiendo á la puerta de un cardenal, y como él saliese para el palacio sacro, reparóse á oirme, que pedia la voz levantada, el tono extravagante, y no de los ocho del canto llano, diciendo: Dame, noble cristiano, amigo de Jesucristo, ten misericordia de este pecador afligido y llagado, impedido de sus miembros, mira mis tristes años, amancíllate de este pecador. ¡O reverendísimo padre, monseñor ilustrísimo! duélase vuestra señoría ilustrísima de este mísero mozo, que me veo y me deseo; loada sea la Pasion de nuestro Maestro y Redentor Jesucristo. Monseñor (despues de haberme oido atentamente) apiadóse de mí en extremo: no le parecí hombre, representósele el mismo Dios. Luego mandó á sus criados que en brazos me metiesen en casa, y que desnudándome

aquellas viejas y rotas vestiduras, me echasen en su propia cama, y en otro aposento junto á este le pusiesen la suya; hízose así en un momento. ¡O bondad grande de Dios! ¡largueza de su condicion hidalga! Desnudáronme para vestirme; quitáronme de pedir para darme, y que pudiera dar: nunca Dios quita que no sea para hacer mayores mercedes. Dios te pide, darte quiere. Pónese cansado á medio dia en la fuente, pidete un jarro de agua de que beben las bestias; agua viva te quiere dar por ella con que lo goces entre los ángeles. Este santo varon lo hizo á su imitacion; y luego mandó venir dos expertos cirujanos, y ofreciéndoles buen premio, les encargó mi cura, procurando mi sanidad; y con esto dejándome en las manos de los dos verdugos, en poder de mis enemigos, fuése á su viaje. Aunque el fingir de llagas haciamos de muchas maneras, las que tenia entonces era con cierta yerba, que las hacia de tan mal parecer, que á quien las viera parecieran incurables, y necesitadas de grande remedio, teniéndolas por cosa cancerada; pero si solos tres dias dejara la continuacion de aqueste embeleco, la propia naturaleza pusiera las carnes con la perfeccion y sanidad que antes tenian. A los dos cirujanos les pareció de la primera vista cosa de mucho momento: quitáronse las capas, pidieron un brasero de lumbre, manteca de vacas, huevos, y otras cosas, que cuando todo estuvo á punto, me desfajaron muy de propósito. Preguntáronme, ¿cuánto tiempo habia que padecia de aquel mal? ¿si me acordaba de qué hubiese procedido? ¿si bebia vino, qué cosas comia? y otras preguntas como esta, que los en el arte peritos acostumbran hacer en semejantes actos. A todo enmudecí, quedando como un muerto, que no estaba en mí, ni lo estuve en mucho rato, viendo tanto preparamento para cortar y cauterizar; y cuando de esto escapase, mi maldad habia de quedar manifiesta. Lo en Gaeta padecido se me antojaban flores: aquí fué el temer á monseñor, cuán bravo castigo me habia de mandar hacer por la burla recibida. No sabia cómo remediarme, qué hacerme ni de quien valerme, porque en toda la letania, ni en *Flos Sanctorum* no hallaba santo defensor de bellacos, que quisiera disculparme. Habíanme mirado, y dado cien vueltas, dije: Perdido voy, aun de vida soy si pellejo me dejan esta vez: dos horas son de trabajo (si ya no me sepultan en el Tíber), pasarélas como pudiere, y si me cortan la pierna, quedaré con mejor achaque y cierta la ganancia, si no es que me muero: mas cuando tan mal suceda, tendrélo hecho para adelante, y no será menester otra vez. ¡Qué puedo mas, desdichado de mí! Nacido soy, *paciencia y barajar*, que ya está hecho. En esto vacilaba, cuando de la codicia y avaricia de los cirujanos hallé la puerta de mi remedio. El uno de ellos, mas experimentado, vino á conocer aquello ser fingido, y que por las señales procedia de los efectos de la misma yerba que yo usaba; callólo para sí, diciéndole al compañero: Cancerada está esta carne,

será necesario, para que el daño se ataje y nazca otra nueva, quitar hasta la viva, y quedará como conviene. El otro dijo : Tiempo largo es menester para esta cura, ocasion hay para sacar el vientre de mal año. El que sabia mas tomó al otro por la mano, y sacóle allá fuera en la antesaleta. Yo que los vi salir, salté de la cama tras ellos á escuchar, y oí que le dijo así : Señor doctor, no creo que vuesa merced tiene advertida esta enfermedad, y no me maravillo, porque sé curar pocas á ella semejantes, y así pocos las conocen; pues quiero que sepa que tengo descubierto un gran secreto. ¿Qué por mi vida? le dijo el otro. Yo diré á vuesa merced, le respondió: este es un grandísimo poltron, las llagas que tiene son fingidas, ¿qué haremos? Si le dejamos, el bien se nos va de las manos con la honra y el provecho; si le queremos curar, no tenemos de qué, y reiráse de nuestra ignorancia; y si de una ni otra manera se puede salir bien de ello, será lo mejor decir al cardenal el caso como pasa. El otro dijo: No, señor, por agora no conviene; menos mal es que para con este, que es un pícaro, quedemos con poca opinion, que dejar de gozar tan fina ocasion. No nos demos por entendidos, antes le iremos curando con medicamentos que entretengan ; y si fuere necesario, aplicándole corrosivos que le coman de la carne sana, en que nos ocupemos algunos dias. El otro dijo: No, señor, que para eso mejor seria desde luego comenzar con el fuego, cauterizando lo inficionado. En cuál de los dos remedios habian de comenzar y cómo se habia de partir la ganancia estuvieron discordes, á punto de manifestarme á monseñor, porque el que conoció el mal queria mas parte. Viendo pues lo que reparaban, y ser de poco momento, que de buen partido lo diera yo de mi desventurada pobreza, en trueco de no quedar perdido, así como estaba desnudo salí á ellos, y postrado ante sus piés, les dije : Señores, en vuestras manos y lengua está mi vida ó muerte, mi remedio y mi perdicion : de mi mal no se os puede seguir bien, y de mi bien está cierto el provecho y la reputacion : ya os es notorio la necesidad de los pobres, y la dureza de los corazones de los ricos, que para poderlos mover á que nos den una flaca limosna, es necesario llagar nuestras carnes con todo género de martirios, padeciendo trabajos y dolores; y aun estas ni otras mayores lástimas nos valen. Gran desventura es tener necesidad de padecer lo que padecemos, para un miserable sustento que de ello sacamos. Doleos de mí por un solo Dios, que sois hombres, que corréis por la plaza del mundo, y sois de carne como yo, y el que me necesitó pudiera necesitaros: no permitais que sea descubierto, haced vuestra voluntad, que en lo que tocare á serviros y ayudaros, no faltaré punto; de manera que salgais de esta cura muy aventajados. Fiaos de mí, que cuando no estuviera de por medio algun otro seguro que el temor de mi pena, me hiciera tener secreto : en lo de la ganancia no se repare, mejor es aceptarla

que perderla; juguemos tres al mohino, que *mas vale algo que nada.* Estas plegarias y prerogativas fueron bastantes á que tuviesen por acertado mi consejo, y mas cuando vieron que salí al camino. Gustaron tanto de ello, que á hombros quisieran volverme á la cama de contento: ellos y yo, lo recibimos, por lo que á cada uno le importaba. Tanto se tardaron en estos conciertos y debates, que apenas estaba vuelto á cubrir con la ropa, y monseñor entraba por la puerta; uno de los dos cirujanos le dijo: Crea vuestra señoría ilustrísima, que la enfermedad de este mozuelo es grave, y necesariamente se le han de hacer grandes beneficios, porque tiene la carne cancerada en muchas partes, y el daño tan arraigado, que los medicamentos es imposible obrar sin largo trascurso de tiempo, mas estoy confiado, y sin alguna duda certifico que ha de quedar sano y bueno, mediante la voluntad de Dios. El otro dijo: Si este mozuelo no cayera en las piadosas manos de vuestra señoría ilustrísima, dentro de pocos dias acabara de corromperse, y muriera; mas atajarásele su daño, de modo que, dentro en seis meses, y aun antes, le quedarán sus carnes tan limpias como las mias. El buen cardenal (á quien solo caridad movia) les dijo: En seis, ó en diez, cúrese como se ha de curar, que yo mandaré proveer lo necesario; con esto los dejó, y se entró en el otro aposento. Esto me alentó, y como si de otra parte me trajeran el corazon, y me le pusieran en el cuerpo, así entonces le sentí, que aun hasta en este punto no estaba fiado de aquellos traidores. Temia no dieran alguna vuelta, dejándome perdido; mas ya con lo que allí trataron en mi presencia, quedé alegre y consolado; pero la costumbre del jurar, jugar y bribar son duras de desechar: no pudo dejar de darme gran pesadumbre verme impedido, encerrado, inhábil de gozar lo mucho y bueno que tenia pidiendo, mas pasábase menos mal por el curioso tratamiento, comida y cama que tenia, que era segun podia desearse, como un príncipe servido, como la persona de monseñor curado, y así lo mandó á los de su casa; demás que por su propia persona venia todos los dias á visitarme, y algunos tardaba conmigo, hablando de cosas que gustaba oirme. Con esto sané de la enfermedad, y cuando pareció á los cirujanos tiempo, se despidieron, siendo de su poco trabajo mucho y bien pagados, y á mí me mandaron hacer de vestir y pasar al cuartel de los pajes, para que como uno de ellos de allí adelante sirviese á su señoría ilustrísima.

CAPÍTULO VII.

Como Guzman de Alfarache sirvió de paje á monseñor ilustrísimo cardenal, y lo que le sucedió.

De todas las cosas criadas ninguna podrá decir haber pasado sin su imperio : á todos los llegó su vida y tuvieron vez; mas como el tiempo todo lo trueca, las unas pasan, y otras han corrido. De la poesía, ya es notorio cuanto fué celebrada. Diga de la oracion la antigua Roma, la veneracion que dió á sus oradores; y hoy nuestra España á las sagradas letras, de tantos tiempos atrás bien recibidas, y en el punto en que están ambos derechos. Los vestidos y trajes de España no se escapan, que inventando cada dia novedades, todos ahilan tras ellas como cabras; ninguno queda que no los estrene, y aquello no parece bien, que hoy no admite el uso; no obstante que se usó y tuvo por bueno, llegando la ignorancia del vulgacho á querer todos emparejarse, vistiendo una medida, el alto como el bajo de cuerpo, el gordo como el flaco, el defectuoso como el sano, haciendo sus talles de feas monstruosidades, por seguir igualmente al uso, y querer con un jarabe ó purga curar todas las enfermedades. Tambien los vocablos y frases de hablar corrompió el uso, y los que algun tiempo eran limados y castos, hoy tenemos por bárbaros. Las comidas tambien tienen su cuando, que no nos sabe bien en el invierno lo que por el verano apetecemos, ni en otoño lo que en el estío, y al contrario. Los edificios y máquinas de guerra se innovan cada dia; las cosas manuales van rodando ; las sillas, los bufetes, escritorios, mesas, bancos, taburetes, candiles, candeleros, los juegos y danzas, que aun hasta en lo que es música y en los cantares hallamos esto mismo, pues las seguidillas arrinconaron á la zarabanda, y otros vendrán que las destruirán y caigan. Quién vió los machuelos un tiempo que tanto terciopelo arrastraron en gualdrapas, y ser incapaces hoy de toda cortesía, que ni cosa de seda ni dorada se les puede poner.

Testigos somos todos cuando el hermano sardesco era el regalo de las damas, en que iban á sus estaciones y visitas : agora es todo sillas las que antes eran albardas.

Digan las mismas damas cuan esencial cosa sea, y lo que importa tener perritos falderillos, monas y papagayos para entretener el tiempo, que en los pasados gastaban con la rueca y con las almohadillas; mas fueron desgraciadas y pasaron : corrieron

como todo. A la Verdad aconteció lo mismo : tambien tuvo su cuando; de tal manera, que antiguamente se usaba mas que agora, y tanto, que vinieron á decir haber sido sobre todas las virtudes respetada, y aquel que decia mentira (mas ó menos de importancia) era conforme á ella castigado, hasta darle pena de muerte, siendo públicamente apedreado. Mas como lo bueno cansa y lo malo nunca se daña, no pudo entre los malos ley tan santa conservarse. Sucedió que, viniendo una gran pestilencia, todos aquellos á quien tocaba, si escapaban con la vida, quedaban con lesion de las personas. Y como la generacion fuese pasando, alcanzándose unos á otros, los que sanos nacian vituperaban á los lisiados, diciéndoles las faltas y defectos de que notablemente les pesaba ser denostados, de donde poco á poco vino la Verdad á no querer ser oida; y de no quererla oir llegaron á no quererla decir, que de un escalon se sube á dos, y de dos hasta el mas alto, de una centella se abrasa una ciudad. Al fin fuéronsele atreviendo hasta venir á romper el estatuto, siendo condenada en perpetuo destierro, y á que en su silla fuese recibida la Mentira. Salió la Verdad á cumplir el tenor de la sentencia: iba sola, pobre, y cual suele acontecer á los caidos (que tanto uno vale, cuanto lo que tiene y puede valer, y en las adversidades, los que se llaman amigos declaradamente se descubren por enemigos): á pocas jornadas, estando en un repecho, vió parecer por cima de un collado mucha gente, y cuanto mas se acercaba, mayor grandeza descubria. En medio de un escuadron, cercado de un ejército, iban reyes, príncipes, gobernadores, sacerdotes de aquella gentilidad, hombres de gobierno y poderosos, cada uno conforme á su calidad, mas ó menos, llegados cerca de un carro triunfal, que llevaban en medio con gran majestad, el cual era fabricado con admirable artificio y extrema curiosidad. En él venia un trono hecho que se remataba con una silla de márfil, ébano y oro, con muchas piedras de precio engastadas en ella, y una mujer sentada, coronada de reina, el rostro hermosísimo; pero cuanto mas de cerca, perdia su hermosura, hasta quedar en extremo fea. Su cuerpo, estando sentada, parecia muy gallardo, mas puesta en pié ó andando, descubria muchos defectos. Iba vestida de tornasoles riquísimos á la vista, y de colores varios, mas tan sútiles y de poca sustancia, que el aire los maltrataba, y con poco se rompian. Detúvose la Verdad en tanto que pasaba este escuadron, admirada de ver su grandeza; y cuando el carro llegó, que la Mentira reconoció á la Verdad, mandó que parasen. Hízola llegar cerca de sí: preguntóla ¿de dónde venia, dónde y á qué iba? Y la Verdad la dijo en todo. A la Mentira le pareció convenir á su grandeza llevarla consigo, que tanto es uno mas poderoso, cuanto mayores contrarios vence; y tanto en mas tenido, cuantas mas fuerzas resistiere. Mandóla volver, no pudo librarse, hubo de

caminar con ella, pero quedóse atrás de toda la turba, por ser aquel su propio lugar conocido. Quien buscare á la Verdad, no la hallará con la Mentira ni sus ministros, á la postre de todo está, y allí se manifiesta. La primera jornada que hicieron fué á una ciudad, en donde salió á recirbirlos el Favor, un príncipe muy poderoso; convidóla con el hospedaje de su casa; aceptó la Mentira la voluntad, mas fuése al meson del Ingenio, casa rica, donde la aderezaron la comida y sestearon. Luego, queriendo pasar adelante, llegó el mayordomo Ostentacion, con su gran personaje, la barba larga, el rostro grave, el andar compuesto, y la habla reposada; preguntóle al huésped lo que debia, hicieron la cuenta, y el mayordomo, sin reparar en ninguna cosa, dijo que bien estaba. Luego la Mentira llamó á la Ostentacion, diciendo: Pagadle á ese buen hombre de la moneda que le distes á guardar cuando aquí entrastes. El huésped quedó como tonto, qué moneda fuese aquella que decian. Túvolo á los principios por donaire, mas como instasen en ello, y viese que lo afirmaban tanta gente de buen talle, lamentábase diciendo: Nunca tal habérsele dado. Presentó la Mentira por testigos al Ocio, su tesorero, á la Adulacion, su maestre-sala, al Vicio, su camarero, á la Asechanza, su dueña de honor, y á otros sirvientes suyos; y para mas convencerle, mandó comparecer ante sí al Interés, hijo del huésped, y á la Codicia, su mujer. Todos los cuales contestes afirmaron ser así. Viéndose apretado el Ingenio, con exclamaciones rompia los aires, pidiendo á los cielos manifestase la Verdad, pues no solo le negaban lo que le debian, pero le pedian lo que no debia. Viéndole la Verdad tan apretado, como tan amiga, que siempre deseó ser suya, le dijo: Ingenio, amigo, razon teneis, pero no puede aprovecharos, que es la Mentira quien os niega la deuda, y no hay aquí mas de á mí de vuestra parte, y en lo que puedo valeros es, en solo declararme, como lo hago. Quedó la Mentira tan corrida de aqueste atrevimiento, que mandó á los ministros pagasen al Ingenio de la hacienda de la Verdad; y así se hizo, y pasaron adelante, haciendo por los caminos, ventas y posadas lo que tiene de costumbre semejante género de gente, sin dejar alguna que no robasen, que un malo suele ser verdugo de otro; y siempre un ladron, un blasfemo, un rufian, y un desalmado acaba en las manos de otro su igual; son peces que se comen grandes á chicos. Llegaron mas adelante á un lugar, donde la Murmuracion era señora, y gran amiga de la Mentira. Salióla á recibir, llevando delante de sí los poderosos de su tierra y privados de su casa; entre los cuales iban la Soberbia, Traicion, Engaño, Gula, Ingratitud, Malicia, Odio, Pereza, Pertinacia, Venganza, Envidia, Injuria, Necedad, Vanagloria, Locura, Voluntad, sin otros muchos familiares. Convidóla con su posada, la cual aceptó la Mentira con una condicion, que solo se la diese el

casco de la casa, porque ella queria hacer la costa. La Murmuracion quisiera mostrarle allí su poder, y regalarla; mas como debia dar gusto á la Mentira, recibió la merced que la hacia sin replicarla mas en ello, y así se fueron juntos á palacio. El veedor, Solicitud, y el despensero, Inconstancia, proveyeron la comida; y á la fama vinieron de la comarca con suma de bastimento : todo se recibia sin reparar en precios; y en habiendo comido, queriendo ya partirse, los dueños pidieron su dinero de lo que habian vendido; el tesorero dijo que nada les debia, y el despensero que lo habia pagado. Levantóse gran alboroto, salió la Mentira, diciendo : Amigos, ¿qué pedis? locos estais, ó no os entiendo; ya os han pagado cuanto aquí trajísteis, que yo lo vi, y os dieron el dinero en presencia de la Verdad; ella lo diga, si basta por testigo. Fueron á la Verdad que lo dijese, hízose dormida, recordáronla con voces, mas ella (considerando lo pasado) dudaba en lo que habia de hacer; acordó fingirse muda, escarmentada de hablar, por no pagar ajena costa, y de sus enemigos, y con aquella costumbre se ha quedado : ya la Verdad es muda por lo que le costó el no serlo; ese que la trata, paga : mas á mi parecer pinto en la imaginacion, que la Verdad y la Mentira son como la cuerda y la clavija de cualquier instrumento. La cuerda tiene lindo sonido, suave y duce; la clavija gruñe, rechina, y con dificultad voltea. La cuerda va dando de sí, alargándose, hasta que la ponen en su punto. La clavija va dando tornos, quedando apretada, señalada y gastada de la cuerda; pues así pasa. La Verdad es la clavija, y la Mentira la cuerda; bien puede la Mentira, yéndose estirando, apretar á la Verdad y señalarla, haciéndola gruñir, y que ande desabrida; pero al fin va dando tornos y estirando, aunque con trabajo, y quedando sana, la Mentira quiebra.

Si mi trato fuera verdad, aunque pasara por tantos tormentos, afrentas y pesadumbres, no pudieran al cabo dejar de tener buen puerto. Era mentira, embuste y bellaquería, luego faltó y quebró. No pudo resistir la torcedura, siempre rodando de daño en daño, de mal en peor, que un abismo llama á otro. Ya soy paje, quiera Dios que no vengamos á peor. No es posible lo que está violentado dejar de bajar ó subir á su centro, que siempre apetece. Sacáronme de mis glorias, bajándome á servir; presto verás lo poco que asisto en ello, que tanto caminar apriesa, el cansancio llegará presto : venir tan de vuelo de uno en otro extremo, no puede ser con firmeza, es dificultosísimo de conservarse. Si el árbol no echa raices no lleva fruto, presto se seca; no las pude echar en el oficio nuevo, aunque perseveré algunos años, ni vine á fructificar; fué mucho salto á paje de pícaro (aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que solo el hábito los diferencia), por fuerza me habia de lastimar. Bien al revés me aconteció que á los otros, pues dicen, que *las honras, cuanto*

mas crecen, mas hambre ponen: á mí me daban hastío las que habia profesado, esas lo eran para mí, cada uno en lo que se cria. Bueno seria sacar el pez del agua, y criar los pavos en ella; hacer volar al buey, y el águila que are; sustentar al caballo con arena, cebar con paja al halcon, y quitar al hombre el risible. Yo estaba enseñado á las ollas de Egipto; mi centro era el bodegon; la taberna el punto de mi círculo; el vicio mi fin, á quien caminaba; en aquello tenia gusto, aquello era mi salud, y todo lo contrario á esto lo era mio. El que como yo estaba hecho á qué quieres boca, cuerpo qué te falta, los ojos hinchados de dormir, y por otra parte las manos como se da de holgar, el pellejo liso y tieso de comer mucho, que me sonaba el vientre como un pandero, las nalgas con callos de estar sentado, mascando siempre á dos carrillos como la mona, ¿de qué manera pudiera sufrir una limitada racion, y estar un dia de guarda, y á la noche la hacha en la mano, en un pié como grulla, arrimado á la pared hasta casi amanecer, á veces sin cenar, y aun las mas, era mas á lo cierto helado de frio, esperando que salga ó entre la visita, hecho resaca de las escaleras ó fuelles de herrero, bajando y subiendo, acompañar, seguir la carroza á horas y deshoras, poniéndonos el invierno de lodo, y el verano de polvo, sirviendo á la mesa, el vientre ahilado con deseos, comiendo con los ojos, y deseando en el alma lo que allí se ponia, llevar el recado, volver con otro, gastando zapatos, y de mes á mes que nos los daban, los quince dias andábamos descalzos? ¿En esto so pasa desde 1° de enero hasta fin de diciembre de cada un año. Preguntando al cabo de ello, ¿qué teneis horro? ¿Qué se ha ganado? La respuesta está en la mano: Señor, sirvo á mercedes, he comido y bebido, en invierno frio, en verano caliente, poco, malo y tarde; traigo este vestido que me dieron, y no tanto con que me cubriese, cuanto para con que sirviese; no para que me abrigase, sino con que los honrase; hiciéronle á su gusto y á mi costa; diéronme por mis dineros las colores de su antojo; lo que habemos medrado en abundancia, ha sido resfriados, que no hay hombre que pueda alzar un plato, granos y comezon con que nos entretenemos, y otras cosas de frutillas tales ó peores. Cuando el viento corre fresco, y alcanzamos valor de diez ó doce cuartos todo en grueso, ha sido de otros tantos pellizcos ó bocados de cera que quitamos á la hacha, y los vendemos á un zapatero de viejo. El que puede acaudalar un cabo, ya ese tiene patrimonio, hace grandezas, compra pasteles y otras chucherías, mas acaso si en ello le hallan, en azotes lo paga, que es un juicio. Solo esto se permitia hurtar, digo (se hurtaba), menos mal que si se nos permitiera, cabo á cabo me diera tal maña, que pusiera tienda de cerería; mas cuando esquilmaba de la mia, ó traspalaba de las de mis compañeros, aquello era todo. Eran ellos tan rateruelos, que nunca les

vi meter mano en otra cosa, dejando á parte de comida, que las tales consúmense y nunca se venden, y aun en esto hacian mil burradas, que como uno levantase un panal de la mesa, envolvióle de presto en un lienzo, y metióle en la faltriquera. Como servia los manjares, y no pudiese tan presto darle puerto de salvacion, ó el cobro que deseaba, y con el calor se fuese la miel derritiendo, iba corriendo por las medias calzas abajo á mucha priesa. Monseñor le miraba desde la mesa, y con gana de reir que tuvo, mandóle que se estirase arriba las calzas; el paje lo hizo: como pasó las manos por cima de la miel, pegósele, y quedó corrido de lo que allí se rieron; mas á fe que le amargó, porque (sin gustar de la miel) con una correa le hicieron que diese la cera. No fuera yo, á fe que nunca tal me sucediera; sabia muy bien cualquier bellaquería, y no estaba olvidado de mis mañas; porque no se me secase la vaina, me ocupaba siempre en menudencias, haciendo cuidadosos á mis compañeros. El diablo trajo á palacio necios y lerdos, que se dejan caido cada pedazo por su parte: gente enfadosa de tratar, pesada de sufrir, y molesta de conversar. El hombre ha de parecer al buen caballo ó galgo, en la ocasion ha de señalar su carrera, y fuera de ella se ha de mostrar compuesto y quieto. Paje habia, y digo que los mas, y me alargo mas, que todos eran unos leños, lerdos, poco bulliciosos, así delante como detrás de su señor. Tan tardos en los mandatos como en levantarse de la cama: flojos, haraganes, descuidados, que por ser tales hogaba de hacerles tiros, acomodándolos de medias, ligas, cuellos, sombreros, lienzos, cintas, puños, zapatos, y lo mas que podia, de que poblaba el gergon de la cama de mi compañero porque no lo hallasen en la mia. En los aires lo trocaba por otro, y aunque fuera por hierro viejo, no habia de quedar en mi poder. Tuviera cada uno buena cuenta con su hatillo, que si un punto se descuidaba, *ojos que le vieron ir, nunca le vieran volver*. De aquestas travesuras hacia muchas, y todas eran obras de mozo liviano. Di en una cosa despues que jamás me habia pasado por el pensamiento, y fué en goloso. No sé si lo hizo el comer por tasa, y que levantó el deseo el apetito, ó que debia estar en muda, porque dicen que en ciertas edades truecan los hombres de costumbres. Ibame tras la golosina como ciego en el rezado; las que mis ojos columbraban en el erario no estaban seguras, mis manos eran águilas; y como el ciervo con el resuello saca las culebras de las entrañas de la tierra, así yo, poniendo los ojos en las cosas de comer, se me rendian viniéndoseme á la boca. Tenia monseñor un arcon grande, que usan en Italia, de pino blanco: aun en España he visto muchos de ellos, que suelen traer de allá con mercaderías, especialmente con vidrios ó barros: este estaba en la recámara para su regalo, con muchos géneros de conservas azucaradas, digo secas: allí estaba la pera bergamota de

Aranjuez, la ciruela genovesa, melon de Granada, cidra sevillana, naranja y toronja de Plasencia, limon de Murcia, pepino de Valencia, tallos de las islas, berengena de Toledo, orejones de Aragon, patata de Málaga; tenia camuesa, zanahoria, calabaza, confitura de mil maneras, y otro infinito número de diferencias que me traian el espíritu inquieto, y el alma desasosegada. Siempre que habia de hacer colacion ó comer alguna de estas cosas, dábame la llave que la sacase en su presencia, sin fiarla nunca de mí á solas. De esta desconfianza nació ira, de la ira deseo de venganza, con él me puse á soñar estando despierto: ¡Válgame Dios! ¿cómo le daríamos á este arcon garrote? Ya dije que era grande, á mi parecer de dos varas y media, una de alto y otra en ancho, blanco mas que un papel, la veta menuda como hilos de Cambrai, bien labrado, pulido, cerrado con cantoneras, y su chapa en medio. Si sabes qué es hurtar, ó lo has oido decir, ¿cómo será bueno vaciarle sin falsear llave, abrir cerradura, quitar gozne, ni quebrar tabla? Espera, diréte qué hacia. Cuando me cabia la garda, y habia en casa visita ó cualquier otra ocupacion que parecia forzosa, ó prometia seguridad, tenia mi herramienta prevenida, alzaba un poquito el un canton de la tapa, cuanto podia meter una cuña de madera, y alzaprimando un poco mas, metia un palo rollizo torneado como cabo de martillo; este iba poco á poco cazando con él, dando vueltas hácia la chapa, y cuanto mas á ella lo llegaba, tanto la dejaba del canto mas levantada; de manera, que como era mozuelo y tenia delgado el brazo, sacaba lo que se me antojaba, de que poblaba las faltriqueras. Mas hacia, cuando alguna vez no alcanzaba lo que estaba un poco lejos, contra la contumacia y rebeldía de las tales cosas, ponia en un palillo ó cabo de caña dos alfileres, uno de punta y otro hecho garabato, con que lo hacia venir á obediencia; así era señor de cuanto dentro estaba, sin tener llave para ello. Dime tan buena maña en todo, que aunque habia mucho, ya se veia la falta, y conoció ser claro por una zamboa castellana, que como fuese muy grande, y estuviese toda dorada, me inclíné á ella; era una ascua de oro á la vista, y despues me supo que hasta hoy la traigo en la boca: nunca mejor cosa ni su semejante vi en mi vida. Como era pieza conocida, y faltase de allí, comenzó la sospecha general; mas nunca se entendió que se hubiera sacado menos que con llave contrahecha, y de esto pesara mucho á monseñor tener en su casa quien se atreviera á falsearle cerraduras, y mas las de dentro de su retrete. Llamó á sus criados principales para que la verdad se supiera; quiso mi buena suerte que ya estaba toda digerida, sin memoria de ella en mi poder. Era el mayordomo un capellan melancólico, de mala digestion; dijo que llamasen á todos los criados, para que (encerrados en una pieza) se hiciera en ellos cala y cata, y en sus aposentos, porque obra semejante no era de hombre de razon, sino atrevimiento de criado

mozo. A todos nos enjaularon, mas no fué de sustancia, que nos hallaron cabales de la marca, y á ninguno falso. Esta se pasó, mas el cuidado no, que á buena fe que andaba el amo deseoso de saber la verdad. Yo con el alboroto dejé pasar algunos dias, hasta que se olvidase y hubiese otro asno verde, sin osar poner las manos ni aun la vista en el arcon; mas la corcoba que el árbol pequeño hiciere, en cuanto fuere mayor se le hará peor: las malas mañas que aprendí me quedaron indelebles. Así pudiera sustentarme sin ello como sin resollar, y mas aquellas niñerías que ya les habia tomado el tiento y me sabian bien. No pude tenerme en la silla sin volver á caer y á visitarle de nuevo, volvíme á la querencia. Un dia que mi amo jugaba, parecióme lance forzoso asistir allí con otros cardenales, aunque le pesaba. Estaba el arcon en un retretillo come alcoba, mas adentro de la cámara en que dormia, y teniendo mi brazo arremangado dentro de él, acertó á darle á monseñor gana de orinar: levantóse á su aposento, y no viendo algun paje, tomó el orinal, que estaba á la cabecera, y estando orinando sentíle y alborotóme; quise con el sobresalto sacar el brazo de presto, cayóse el garrotejo rollizo en el suelo, y quedéme asido dentro, el brazo entre la tapa y el canton de las maderas; quedé como gorrion en la loseta, bien apretado. Al ruido del golpe monseñor preguntó: ¿Quién está ahí? No pude responderle ni apartarme de como estaba: entró dentro, y hallóme de rodillas castrando la colmena. Preguntóme ¿qué hacia? Hube de confesar: dióle tanta gana de reir en verme de aquella manera, que llamó á los que con él jugaban para que me vieran; riéronse todos, y rogaron por mí, que aquella se me perdonase por ser la primera, y golosina de muchacho. Monseñor porfiaba que no, y que habia de ser azotado. Sobre cuantos azotes me habian de dar hubo nueva chacota, que así los iban regateando como si fuera hechura de algun pontifical; quedaron de concierto fuesen una docena: remitieron la paga al dómine Nicolao, que servia de secretario; era mi mortal enemigo: diómelos con tales ganas en su aposento, que en quince dias no pude estar sentado; pero no le sucedió de ello como pensaba, que me lo pagó muy presto, y aun con setenas; y fué, que como los mosquitos le persiguiesen, y hubiese muchos en toda Roma, y en casa buena cantidad, le dije: Yo, señor, daré un remedio de que usábamos en España para destruir esta mala canalla. Él me lo agradeció, y con ruegos me importunó se le diese; díjele que mandase traer un manojo de perejil, y mojado en buen vinagre, lo pusiese á la cabecera de la cama, que todos acudirian al olor, y en sentándose en él irian cayendo muertos. Creyóme, é hízolo luego. Cuando se fué á la cama, cargó tanto número de ellos, y diéronle tan mala vida, que le sacaban los ojos á tenazadas, y le comian las narices. Dábase mil bofetadas para matarlos, y creyendo que moririan, pasó hasta por la mañana. La noche

siguiente, como el remedio hubiese atraido, no solo los de casa, mas aun de todo el barrio, labraron de manera, que le desfiguraron el rostro, y todo lo mas que pudieron alcanzar de su cuerpo, con tal exceso, que fué necesario dejar el aposento, y salirse de él huyendo. El secretario me quiso matar; y viéndolo monseñor de aquella manera, que parecia leproso, y que yo de miedo no parecia, se descompuso riendo de la burla que le hice, y mandóme llamar: preguntóme, ¿que porqué habia hecho aquella travesura? Respondíle: Vuestra señoría ilustrísima me mandó dar una docena cabal de azotes por lo de las conservas, y se acuerda bien cuanto se regatearon uno á uno: además de esto, no habian de ser azotes de muerte, sino de los que pudieran llevar mis años; el dómine Nicolao me dió mas de veinte por su cuenta, siendo los postreros los mas crueles; y así vengué mis ronchas con las suyas. Pasóse en gracia; y porque de mi atrevimiento pasado quedé azotado y desterrado del servicio de la cámara, serví este tiempo al camarero.

CAPÍTULO VIII.

Como Guzman de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servia, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.

Era hombre donoso, sin punta de malicia, todo del buen tiempo, hecho á la buena fe, sin mal engaño, salvo que era un poco importuno y mas de un poco imaginativo. Tenia unas parientas pobres, y cada dia les enviaba su racion, y algunas veces comia ó cenaba con ellas, como lo hizo la noche antes que sucediese lo que oireis adelante; y de achaque de un jarro de agua y unas tajarinas (que es un manjar de masa cortada, y cocida en graso de ave, con queso y pimienta), no vino bien dispuesto, fuése á la cama derecho, y metióse dentro desnudo. Pues como faltase á la cena de monseñor, y preguntase por él, dijéronle lo que pasaba; envióle á visitar, y respondió no sentirse bueno, mas que confiaba en Dios lo estaria por la mañana con la merced que su señoría ilustrísima le hacia, enviando á saber de su salud. Esto se quedó así por entonces, y á la mañana yo era ido á casa de las parientas con la comida, y un compañero mio quedó limpiando los vestidos para que su señor se levantara. Él y el secretario se burlaban mucho, y de las burlas (por ser sin perjuicio) gustaba monseñor. Levantóse el secretario, y fuése adonde mi compañero

estaba, y preguntóle: ¿Cómo está vuestro amo? Él respondió: Que reposaba, porque la noche antes no lo habia hecho, ni podido dormir. Volvióle á decir: Pues en tanto que no se viste, idos con este mi criado, ayudaréisle á traer cierto recado, y ha de ser presto, que yo quedaré aquí entre tanto: el mozo fué donde le mandaron. Ya el secretario, con el achaque de la cena fuera de casa, y haber faltado á la mesa, tenia trazada una donosa burla, y prevenido un mozuelo (que vestido en hábito de dama cortesana), se metiese tras de su cama, pues como estuviese durmiendo, y la entrada franca, para mayor seguridad entró el secretario primero sin ser sentido: el mozuelo se escondió, como estaba industriado, y estúvose quedo; volvió el secretario á salir, y fuése donde monseñor se paseaba rezando, el cual preguntó luego por el camarero. Respondióle: Señor, agora supe de él, y me dijo su criado no haber estado esta noche bueno; y no me maravillo, que antes de recogerme anoche le visité, y no me habló de buena gracia, no sé lo que tiene. Monseñor, que era la misma caridad, al momento le fué á visitar; y estando sentado á su cabecera, salió el mozuelo por la cortina trasera de la cama, y dijo: ¡Ay amarga de mí! Vóime, señor, que es tarde, por amor de mi marido; y así salió por medio de todos los criados del cardenal, que con él habian allí venido. Monseñor se admiró, que le tenia por un santo, y el camarero asombrado creyó ser vision. Comenzó á dar gritos: ¡Jesus, Jesus, el demonio! y así saltó en camisa de la cama, huyendo por toda la pieza. El secretario y algunos que lo sabian se estuvieron riendo, y en ello conoció monseñor que habia sido burla: dijéronle la verdad. El camarero no sosegaba, ni sabia por donde huir; y aunque todos procuraban reportarle, no volvió tan presto en sí; antes quedó asombrado y corrido de la burla por haber sido en presencia de monseñor. Disimuló cuanto pudo como cortesano, y el cardenal se fué santiguando y riendo del entretenimiento donoso. Ya cuando yo vine todo era pasado, mas tanto lo sentí, como si dado me hubieran otros tantos azotes: diera el camarero por vengarse un ojo de la cara. Como me vió triste, y él tambien lo estaba, me dijo: ¿Qué te parece, Guzmanillo, de lo que han hecho conmigo estos bellacos? Respondíle: Bueno ha sido; mas creo que si á mí me la hicieran, que no le diera su Santidad la penitencia, ni en mi testamento aguardara á dejarle la manda, que antes de ello cobrara la deuda, y no mal. Todos me tenian por travieso y tracista: no fué necesario muchas palabras, que ya me sacaba los bofes porque le dijese algo. Recelábame de darle consejo, por no ser lícito á un paje vengar las injurias de un ministro grave contra otro su igual; ande *cada oveja con su pareja,* que no son buenas burlas con los mayores: una bastó para mi satisfaccion, y en causa propia, que fué con disculpa; ¿quién ó para qué me embarcaba

en cosas de que no podia escapar menos que con buenos azotes, ó las orejas cuatro dedos mas largas, y sin pelo ni cañon en la cabeza? por eso callaba y estábame quedo; mas yo que de mio era bullicioso, siendo tantas veces importunado, haciéndome grandes ofrecimientos y promesas, y entender que monseñor habia de saber ser obra de mis manos, en defensa de quien por entonces era mi amo, determiné hacerme dueño de ello, y así dejé pasar algunos dias esperando que hiciese mas calor: cuando me pareció tiempo, y que el ordinario de España queria partir, el secretario trabajaba con gran priesa; compré un poco de resina, incienso y almáciga, molilo y cernílo todo junto, dejándolo hecho sutil harina. Estaba el mozo del secretario aquella mañana envuelto con los vestidos, limpiándolos de priesa, fuíme derecho á él, diciendo: Ola, hermano Jacobo, hágote saber que tengo en el asador un muy gentil torrezno, pan hay, si tienes vino serás mi compañero, y sino perdona, que quiero buscar camarada; él dijo: No, pesie tal, que yo lo daré, quédate aquí, que luego soy con él y contigo. Entre tanto que fué por él á la despensa, saqué mi papel de polvos, y volviendo las calzas, rociélas con un poco de vino que llevaba en un pomillo de vidrio, y polvoreélas muy bien, tornándolas á poner como el mozo las dejó. Él volvió bien presto con el jarro proveido, y antes que hablase palabra, su amo le estaba llamando, que se queria vestir; dejóme el vino en poder, y entróse allá dentro. Metiéronse en papeles, que hasta medio dia no pudo volver á salir. Era el secretario muy velloso, comenzaron los polvos á disponerse y hacer su efecto: era por los caniculares, y con la fuerza del calor obraron de manera, que desde la cintura hasta la planta del pié, se hizo un pegote tan recio y fortalecido, que le daba mal rato, arrancándosele un ojo con cada pelo. Como así se vió, comenzó á llamar su gente, para saber aquello qué fuese; ninguno le supo decir ni darle razon, hasta que el camarero entró, y le dijo: Señor, esto ha sido burlar al burlador, y *dar al maestro cuchillada: si buena me la hizo, buena me la paga.* Ella fué tal, pues con unas tijeras iban cortando pelo á pelo entre dos criados, y fué necesario descoser las calzas para poderlas quitar. La burla se solemnizó mas que la primera, porque escoció mas. De esta vez quedé confirmado por quien era, todos huian de mis burlas como del pecado.

Los dos meses del destierro se pasaron; despues volví á mi oficio con la misma poca vergüenza que primero. Ya tendrás noticia de la fábula, cuando apartaron compañía la vergüenza, el aire y el agua, que preguntándose dónde volverian á verse, dijo el aire que en la altura de los montes, y el agua en las entrañas de la tierra, y la vergüenza, que una vez perdida imposible seria hallarla. Yo la perdí, sin ella me quedé, y sin esperanza de volver á ella, ni me estaba á cuento, porque á quien le falta, la villa es suya. ¿A quién

lo pasado no pusiera escarmiento para no volver mas á caso semejante? Contaréte de la enmienda lo que me aconteció: ya tenia las tripas dulces, y tan hechas á ello, que aquellos dias que faltó, fué quitar al enfermo el agua ó al borracho el vino. Dejárame caer de lo alto de Sant'Angelo para hurtarlas del suelo; y es así, que *quien teme la muerte, no goza la vida*: si el miedo me acobardara, sin gozar de mas dulce me quedara. Hice mi cuenta; cuando en otra me hallen, ¿qué me pueden hacer? ¿Qué mal me puede venir? Siempre vi pintar al miedo flaco, despeluznado, amarillo, triste, desnudo y encogido. Es el miedo acto servil, muy propio en esclavos, nada emprende, de nada sale bien, como el perro medroso, que es mas cierto en ladrar que á morder: es el miedo verdugo del alma, y es necedad temer lo que evitar no se puede; érame imposible (por mi condicion) abstenerme. Venga lo que viniere, que *á los osados favorece la fortuna*: con mi persona lo he de pagar, y no con bienes muebles ni raices, pues Dios no ha sido servido darme tierra propia de que haga un bodoque, ni semovientes que conmigo no anden. Era monseñor aficionado á unos pipotillos de conservas almibaradas que suelen traerse de Canaria ó de las islas de la Tercera, y en estando vacíos, echábanlos á mal. Yo acaudalé uno de media arroba que me servia de baul, y en él tenia guardados naipes, dados, ligas, puños, lienzos de narices, y otras cosas de paje pobre. Mandó un dia, estando comiendo, á su mayordomo, que comprase á un mercader tres ó cuatro quintales de ellos, que habian llegado frescos. Yo lo estaba oyendo, y pensando en el mismo tiempo cómo valerme de un barril. Alzóse la mesa, recogiéronse todos á comer; entretanto me fuí á mi aposento, y en abrir y cerrar el ojo recogí dentro del que tenia cuantos trapos viejos y tierra hallé á la mano hasta henchirle; púsele su fondo, apretéle los arcos como si naturalmente le hubieran traido con raices de escorzonera: dejéle estar, poniéndome á la mira de lo que sucediera. Ves aquí sobre tarde, veo traer dos acémilas cargadas de conservas, que descargaron en el recibimiento; mandónos el mayordomo á los pajes las llevásemos al aposento de monseñor. Víle á la dama el copete: No os pasareis, le dije, sin que os asga del cabello: carguéme de uno, como todos los demás, y quedándome de los postreros, al pasar por delante de mi aposento, métole dentro, y saco el otro, el cual me llevé á la recámara, y así hice mis tres caminos, dando de todos buena cuenta. Cuando subí el postrero, púseme muy mesurado en la sala. Monseñor me dijo: ¿Qué te parece de esta fruta, Guzmanillo? aquí no se puede meter el brazo: poco valen las cuñas. Respondíle al punto: Monseñor ilustrísimo, *donde no valen cuñas aprovechan uñas*; y si no cupiere el brazo, valdríame la mano, y eso me bastara. Replicóme: ¿Cómo entrarán las uñas ni la mano de la manera que están? Esa es la ciencia (le respondí), que estando de otra, fácil de ser abiertas, ni

grado ni gracias; en las dificultades han de conocerse los ingenios, y en las cosas grandiosas de importancia se muestran, que no hincando en la pared un clavo, ni en calzarse los zapatos, cosas agibles de suyo ya hechas. Ahora pues (dijo), si en estos ocho dias fuere tu habilidad tanta que me hurtes algo de ellos, te daré lo que hurtares y otro tanto; pero si no lo haces te has de obligar á una pena. Monseñor ilustrísimo, le dije, ocho dias de plazo es vida de un hombre, negocio largo, y que podria ser cuando allá llegásemos, ó el concierto se hubiese resfriado, ó la memoria perdido: yo acepto la merced que se me ofrece, y si mañana á estas horas no estuviere negociado, dejo la pena en el arbitrio del secretario, porque estoy cierto de lo que desea vengar el enojo pasado, que todavía sabe á la pez, y no se la cubre pelo. Rióse monseñor y los que con él estaban, y así quedamos de concierto para el siguiente dia: mas como ya estaba el negocio seguro, pudiera desde luego salir de la obligacion, y dejélo hasta su tiempo. Estaba la mesa puesta, y monseñor sentado á ella comiendo los principios que yo serví primero; y mirándome á la cara con alguna risa, me dijo: Guzmanillo, poco te queda de aquí á la tarde, llegando se te va el plazo; ¿qué dieras ahora por verte libre? Ya el dómine Nicolao tiene puesto á punto el recado, y me parece que traza como vengarse de tí, y tú de satisfacerte de él; de mi consejo seria se hubiese bien contigo, no tanto por tí como por sí. Yo le respondí: Monseñor ilustrísimo, seguro estoy de la pena de sus manos, y no lo están las conservas de las mias; y si se pudiera jugar á siete, y llevar, y tuviera que perder mas de la pobreza de mi persona, de esta vez determinara jugarlo por tener mi suerte cierta. Así pasó la comida hasta el servir los postres, que tomando del aparador una media fuente, la llené del barril, y con ella me fuí á la mesa, y la puse en ella. Cuando monseñor la vió, admiróse, porque él mismo en su aposento guardó los barriles, y allí los tenia, que á nadie los fió por el apuesta, y se guardó la llave. Llamó al camarero, y mandóle entrar dentro, que los contase y viese si estaba alguno abierto ó mal acondicionado. Entró, y hallólos como se pusieron: salió diciendo que estaban enteros y cabales, sanos, y sin sospecha de faltar en alguno de todos ellos un cabello. Há, há, há (dijo monseñor), no te han de valer bellaquerías, de esta vez pagar tienes: querias decir que lo sacaste de los barriles, y lo tendrás pagado con tus dineros. Dómine Nicolao (dijo al secretario), yo os entrego á Guzmanillo, que hagais de él á vuestra posta, pues ha perdido en la apuesta. El secretario respondió: Monseñor ilustrísimo, vuestra ilustrísima señoría haga en él cual castigo le pareciere, que yo á par de él, ni de su sombra quiero llegarme, ni me atrevo, que le tengo por tal, que buscará sabandijas que me coman; si á mi castigo dejan su pena, yo le absuelvo, y le quiero por amigo. No he tenido culpa hasta ahora (respondí)

para que me den absolucion : donde no hay materia no tiene que buscar forma : yo tengo ganado lo que prometí, y cuando no fuere verdad, y se viere palpablemente, castíguenme como quisieren : ¿de qué sirven las palabras donde hay obras? Digo que esta conserva es de la que ayer se trajo; y no solo esta, pero un barril entero está en mi aposento. Santiguábase monseñor, maravillado cómo pudiera ser : en cuanto acabó de comer y alzaron la mesa, no hacia otra cosa que santiguarse con toda la mano ; y deseoso de certificarse de ello, se levantó, y fué á mirarlo por sus ojos. Habia puesto ciertas señales, hallólas fieles, el número cabal, consigo la llave, no sabia como fuese; creyó con mas veras que compré el barril, y díjome : Guzmanillo, ¿no sabes que metiste aquí tantos? Pues cuéntalos : yo los conté, y le dije : Monseñor ilustrísimo, cabales están, pero *de lo contado come el lobo* : ya veo que están buenos, mas no todos, y para que así se vea, tráigase uno que tengo en mi aposento, y abran aquel que allí está, y hallaránle trocado. Abriénronle, conociendo mi verdad y sutileza, porque la tierra y trapos viejos lo manifestaron; quedaron admirados de pensar cómo pudiera haber sido; todos me lo preguntaron, mas á ninguno lo dije. Luego supliqué se cumpliese conmigo lo prometido : así se hizo : mandáronme dar otro, y tuve dos : pero para que conociesen de mi ánimo ser noble, tal como me le entregaron le di á los pajes mis compañeros que lo partiesen entre sí; y aunque monseñor quedó escandalizado de la sutileza del hurto, admiróse mas de mi liberalidad, y túvolo en mucho. Temíase de mis malas mañas, y sin duda entonces me echara de su casa si no fuera tan santo varon; hizo una consideracion : si á este desamparo, algun gran mal podrá sucederle por sus malas costumbres; las cosas que en mi casa hace son travesuras de niñez, y de lo que no me pone en falta : menor daño es que á mí se atreva en poco, que con la necesidad á otros en mucho. Con esto hizo (para mejor disimularlo) del vicio gracia; y es gran prudencia, cuando el daño puede remediarse que se remedie, y cuando no que se disimule. Hízose risa de ello, contándolo á cuantos príncipes y señores le visitaban en las conversaciones que se ofrecian.

CAPÍTULO IX.

De otro hurto de conservas que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y como por el juego él mismo se fué de su casa.

La ordenacion de la caridad (aunque antes quedó apuntado), digo que comienza de Dios, á quien se siguen los padres, y á ellos los hijos, despues á los criados, y si son buenos, deben ser mas amados que los malos hijos. Mas como no los tenia monseñor, amaba tiernamente á los que le servian, poniendo (despues de Dios y su figura, que es el pobre) todo su amor en ellos; era generalmente caritativo, por ser la caridad el primer fruto del Espíritu Santo, y fuego suyo, primero bien de todos los bienes, primer principio del fin dichoso: tiene inclusas en sí la fe y esperanza, es camino del cielo, ligaduras que atan á Dios con el hombre, obradora de milagros, azote de la soberbia, y fuente de sabiduría. Deseaba tanto mi remedio, como si de él resultara el suyo. Obligábame con amor, por no asombrarme con temor; y para probar si pudiera reducirme á cosas de virtud, me regalaba de la mesa, quitándome las ocasiones y deseo; de su plato, de sus niñerías, cuando las comia, partia conmigo, diciéndome con mucho amor: Guzmanillo, esto te doy por treguas, en señal de paz; mira que como el dómine Nicolao contigo no quiere pendencia, conténtate con este bocado, y con que te reconozco vasallaje dándote párias. Decíalo sonriéndose con alegre rostro, sin reparar que estuvieran en su mesa cualesquier señores: era humanísimo caballero, trataba y estimaba sus criados, favorecíalos, amábalos, haciendo por ellos lo posible; con lo que todos le amaban con el alma, y servian con fidelidad, que sin duda *al amo que honra, el criado le sirve,* y si bien paga, bien le pagan, pero si es humano, le adoran. Y al contrario, al señor soberbio, mal pagador, de poco agradecimiento, ni le dicen verdad, ni le hacen amistad, no le sirven con temor, ni regalan con amor; es aborrecido, odiado, vituperado, pregonando en plazas, calles y tribunales, desacreditado con todos, y defendido de ninguno. Si supiesen los señores cuanto les importan honrados y buenos criados, la comida se quitarian para dársela, por ser ellos la verdadera riqueza; y es imposible que sea el criado diligente con el señor que no le amare.

Trajéronle á monseñor de Génova unas cajas de conservas muy grandes, muy doradas, labradas por encima, lo que se podia de-

sear: eran frescas, acabadas de hacer, y en el camino habian tomado alguna humedad. Cuando se las pusieron delante, holgóse de verlas, y mas por haberlas hecho y enviado una señora deuda suya, de quien solia ser ordinariamente regalado; yo no estaba en casa, y en tanto que volvia entraron en acuerdo qué se haria de ellas, ó dónde se podrian enjugar que tuviesen salvoconducto de mi persona; porque como se hubiesen de poner al sol, corrieran peligro aun dentro de la urna con las cenizas de Julio César. Cada uno dió su parecer, y ninguno bueno. Monseñor acordó en una cosa, y dijo: No hay para que buscar donde guardarlas; dándoselas que las guarde, tendrán seguridad, y no de otra manera. Cuadró á todos la razon, y luego como vine me dijo: Guzmanillo, ¿qué habemos de hacer de estas conservas, que vienen húmedas, para que no se acaben de perder? Yo dije: Lo mas cierto me parece, monseñor ilustrísimo, comerlas luego. ¿Y atreviéraste á comerlas todas? me preguntó. Respondíle: No son muchas á mi parecer, si el tiempo fuese mucho mas; no soy tan comedor que para luego me atreviera solo con tanta y tan honrada gente. Pues yo quiero que las guardes, y tengas cuenta con sacarlas al sol cada dia, que aquí no hay lance, por cuenta se te han de entregar, y las tienes de volver; descubiertas van y llenas, asegurado estoy del daño que les puede venir. Yo no lo estoy (le respondí) de mí mismo, ni del que les podria hacer, que soy hijo de Eva, y metido en un paraiso de conservas, podríame tentar la serpiente de la carne. Volvió á decir: Pues mira como ha de ser, que me las tienes de dar como te las doy, tan enteras y cabales, ó mira por tí lo que te va en ello. Volvíle á decir: No viene el pleito sobre ese artículo, que hasta volverlas como están, sin que se les conozca falta ni daño, cosa es fácil; otra es en la que reparo. ¿En qué reparas? me volvió á preguntar. Díjele: Que me pongo á gran peligro, porque conozco de mi habilidad y flaqueza, que cumpliendo con lo que se manda, forzoso he de gustar mucha parte de ello. Monseñor, admirándose, dijo: Ahora, pues, en esto quiero ver lo que sabes, dóite licencia que comas hasta que te hartes una vez, con tal condicion, que me las vuelvas á entregar sin que se les conozca falta, y si se le conociere me lo has de pagar. Aceptélo, fuéronme todas entregadas; otro dia saquélas al sol en unos corredores, y entre todas habia una de azahar y limon que á la vista se venia. Lleguéme bonico con un cuchillo pequeño, quitéle las tachuelas del suelo, y dejándola trastornada sobre la tapa, con el mismo cuchillo la saqué casi la mitad por abajo, volviéndola á clavar como primero, poniendo en lugar de conserva otro tanto de papel de estraza, cortado á la medida, y tan justo, que no habia mas que ver. Estando monseñor aquella noche haciendo colacion, trájele á la mesa cuatro cajas de aquellas, y preguntéle ¿si habia hecho buena guarda? Respondióme: Si así están las demás,

yo me contento: fuíselas trayendo todas, y holgóse de verlas, porque estaban algo mas enjutas y cabales: luego volví con un plato, y en él todo mi hurto, que en realidad de verdad, aun de ello no probé cantidad de una nuez; aquello hice solamente para la ostentacion del ingenio. Cuando lo vió me preguntó: ¿Qué es esto? Yo le respondí: Parto con vuestra señoría ilustrísima de mi hurto. Él me dijo: Yo mandé que te hartases, mas no que hurtases, perdido has esta vez. Repliquéle: Yo no me he hartado, ni lo he probado; no pienso perder por ese camino, que eso es de lo que me he de hartar, y todo el hurto entero, como se podrá bien ver; y si del haber usado virtud ha de resultarme daño, no sé por donde camine que acierte, pues me tienen tomadas las veredas; no se me da nada del castigo, ni de haber perdido, porque creí haber ganado, mas otra vez no perderé. Ahora no quiero dejarte quejoso (me respondió), sin razon te culpo: mas ¿de cuál de todas estas, deseo saber, lo sacaste? Alargué la mano, diciendo: De esta es la falta, y enseñéle como y por donde. Holgóse de la gran sutileza, mas no quisiera que tuviera tanta, porque se temian mucho no la emplease en mal algun tiempo. Mandóme alzar la caja, y que me la llevase. De estas cosas pasaban por mí muchas. Gustaba de ellas y de mí como de un joglar; porque si algun paje se dormia, bien pudieran otro dia comprarle zapatos y medias, que libramientos de cera eran sus despertadores. Nuestro ejercicio era cada dia dos horas á la mañana y dos á la tarde oir á un preceptor que nos enseñaba, de quien aprendí, el tiempo que allí estudié, razonablemente la lengua latina, un poco de griego, y algo de hebreo; lo mas, despues de servir á nuestro amo, que era harto poco, leíamos libros, contábamos novelas, jugábamos juegos: si salíamos de casa era solo á engañar buñoleros, que con los pasteleros buen crédito teníamos ganado. De noche dábamos elegías á las damas cortesanas, y á las puertas cantaletas. En esto pasé hasta que me apuntó la barba; y aunque te parecerá vida de entretenimiento, era entretenerme en un palo, con una argolla al pescuezo puesto á la vergüenza: todo me hedia, nada me asentaba, dia y noche suspiraba por mis pasados deleites. Cuando me vi mancebo (que pudiera bien ceñir espada) holgara de algun acrecentamiento, de donde pudiera cobrar esperanzas para valer adelante; y estoy cierto, que si mis obras lo merecieran no me faltara, mas en lugar de cobrar juicio, y hacer cosas virtuosas para ganar la voluntad, obligando con ellas, dí en jugar, aun hasta mis vestidos, y como era un poco libre, tambien lo andaba en el juego: siempre procuré aprovecharme de todas cuantas trampas y cautelas pude, en especial jugando á la primera. ¡Cuántas veces yendo en dos tomé tres cartas, y teniendo cinco envidé con las tres mejores! ¡Cuántas veces tomé la carta postrera, y ponerla debajo, veia si era buena ó no, y muy despacio brujuleaba la otra ya vista, y

hacia partidos que era robar en poblado! ¡Cuántas veces tenia un diácono á mi lado, que se hacia dormido, y me daba las cartas por debajo! ¡Cuántas veces andaba un adalid por cima que me daba el punto de los otros, para saber el que tenian, y á qué iban, y por señas tan sútiles me lo decia, que era imposible poder entenderse! ¡Cuántas pandillas hice, dando al contrario cincuenta y dos, y quedándome con as hice cincuenta y cinco, ó con un cinco, que hice cincuenta y cuatro, y mejoré mi punto, ó gané por la mano! Pues ya cuando jugábamos dos á uno, y nos dábamos las cartas, tomar naipe deshechado, poniéndole encima, jugar con guion, hacer trascartones, poner el naipe de mayor, ó señalarle, habiéndome hecho de concierto anteriormente. ¡Oh, qué hice de ruindades y fullerías! ninguno hubo que no entendiera y supiera, todas las obraba; porque la ceguera del juego es tal, que tienen los cautelosos en él mucho campo; y si lícito fuere, digo lícito, que como en la república se permiten casas de pecados por excusar otros mayores, habia de haber en cada pueblo principal maestros de estas bellaquerías, donde los inclinados al juego las entendiesen, y no los engañasen; porque nuestra sensualidad se deja vencer fácilmente del vicio, y hace vil costumbre lo que se inventó por lícito ejercicio. Con razon se dirá vil costumbre cuando descompuestamente le siguieren, sacándole de su curso. El juego fué inventado para recreacion del ánimo, dándole alivio del cansancio y cuidados de la vida; y lo que de esta raya pasa es maldad, infamia y hurto; pues pocas veces se hace que no se le junten estos atributos. Voy hablando de los que se llaman jugadores, que lo traen por oficio y tienen por costumbre, no obstante que deseo mas que se aparten de él aquellos que son mas nobles, considerando los daños que de ello se le sigue, viendo que el malo se iguala con el bueno, y que si él gana y el otro pierde, se obliga á sufrir muchos atrevimientos y descomposturas, palabras y meneos, que la ganancia sola pudiera sufrirlo, y no un hombre de honor; y otras cosas (que no me atrevo á decir) tales de calidad, que no solo por ellas y las dichas habian de aborrecer el juego, pero las casas donde se juega. Mas ya que nuestro apetito es tan desenfrenado, no seria malo, sino importante, que sepa el mancebo las leyes, los partidos, las tretas, los engaños que en él hay; y si de ello sacaren provecho ó rehundieren, rehunda el resto en botas, calzas, puños, cuellos, cinta en el pecho, en las mangas, donde pueda, para que no pierda su dinero y se lo lleven como bestia, que además de ganárselo burlan de él. Una cosa procuré, nunca sentarme á jugar con poco, ni de poco, ni con persona que no aventurase á ganar mucho, jugando mi real á tres, y sin dar mohina ni tomarla. Yo me entretenia ya de manera que hacia muchas faltas; y no es posible que pueda el jugador cumplir con sus obligaciones, y menos el que sirve. Yo no sé qué señor quiere

dar pan á criado jugador, porque si tiene hacienda á su cargo, hacienda de que puede aprovecharse, y pierde, ha de jugar por cuenta del amo, por si acaso podrá esquitarse; pero si vuelve á perder, y no tiene de qué pagar, ha de hacer otro mayor daño cuando aquel quisiere remediar: si no tiene á cargo hacienda, no es posible asistir á las horas que debe servir, ni le han de hallar cuando fuere menester, como á mí me aconteció. Sentíalo monseñor en el alma; nada pudo aprovechar conmigo, amonestaciones, persuasiones, palabras ni promesas, para quitarme de malas costumbres: y estando una vez con los demás criados de casa (en mi ausencia), les dijo lo bien que me queria, y deseo que de mí bien tenia; y pues conmigo no bastaban buenos medios, se usase una estratagema; que echándome unos dias de casa, podria ser que viendo mis faltas, amansaria conociendo mi miseria; pero que no se me quitase la racion, porque no hiciese cosa torpe ni mal hecha. ¡O virtud singular de príncipe, digna de alabanza eterna, y á quien deben imitar los que quieren ser bien servidos! que si los criados no son cual yo era, es imposible no dar mil vidas por solo un pequeño gusto de los tales amos. Previnome la necesitad forzosa de la comida: ¡Líbreos Dios todopoderoso de tal necesidad! todas las otras, trabajo se padece con ellas; pero el comer, y no tener de qué, llegar la hora y estar en ayunas, pasar hasta la noche y no haberlo hallado, no aseguro la primera capa que se encontrare por la mitad de lo que vale. Hízose así, y en tiempo harto trabajoso, porque como un dia y una noche hubiese estado jugando, y perdido cuanto dinero tenia, y del vestido me quedase solo un juboncillo y zaragüelles de lienzo blanco, viéndome así, metíme en mi aposento, sin osar salir de él; y aunque me quise fingir enfermo, no pude, porque monseñor era tan puntual en la salud y cosas necesarias de sus criados, que al momento me hiciera visitar de los médicos; y tambien porque de boca en boca luego se supo en toda la casa mi daño. Como le falté á la mesa tantos dias, preguntaba siempre por mí; pesábale que se dijesen chismes, y de que unos fiscaleasen á otros; y así le decian: Por ahí anda. Creció su sospecha, no me hubiera sucedido alguna desgracia, y apretando mucho por saber de mí, fué necesario satisfacerlo diciéndole la verdad. Pesóle tanto de mi mala inclinacion, viendo cuan disolutamente, sin temor ni vergüenza procedia, que mandó me hiciesen un vestido, y con él me echasen de casa en la forma que lo habia mandado antes. Vistióme el mayordomo, y despidióme. Corríme tanto de ello, que como si fuera deuda que me debiera tenerme monseñor consigo, echando bravatas, me salí, sin querer nunca mas volver á su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recados y promesas, diciéndome el fin con que se habia hecho, y solo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me queria, y

en mi ausencia decia de mí : nada pudo ser parte que volviese, siempre tuve mis trece, que parecia vengarme con aquello; extendíme como un ruin, quedéme para ruin, pues fuí ingrato á las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varon de mi amo me hacia : justa sentencia suya es, que á quien las buenas obras no aprovechan, y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mio que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¡Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, porqué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabia, ni á mi servicio se debia, ni por gratitud lo merecia! ¡Qué mal supe conservar aquel bien presente, ni merecer el que con aumento esperaba, y sin duda recibiera! ¡Qué desconocido anduve al regalo con que fuí curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fuí administrado! ¡Qué ingrato á la caridad con que fuí servido! ¡Qué descuidado del cuidado con que fuí doctrinado! ¡Qué soberbio á la mansedumbre con que fuí amonestado! ¡Qué pertinaz á las dulces palabras con que fuí persuadido! ¡Qué sordo á las graves razones amorosas con que fuí reprendido! ¡Qué áspero á la paciencia con que fuí sufrido! ¡Qué incorregible al favor con que fuí defendido! ¡Qué rebelde á los medios que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fuí tratado! ¡Y qué sin enmienda de los descuidos que me disimularon! Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieran á su prosperidad, hicieran tanto, ni con tanto amor, sufriéndome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mia. Con menos respeto trataba en su presencia, que si fuera igual mio, y él con entrañas de Dios me lo sufria. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas : monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí. ¡O condicion real, heredada del padre verdadero, hacer bien, y mas bien á los tales como yo! Esperándome un dia, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa, y que atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren. En todo seguí mi gusto, á todo hice oidos de mercader; apelé para mi carne, que pronta para mis vicios, en seguirla me desvanecí; tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia, y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar á la naturaleza, no tendré razon, pues no menos tuve habilidad para lo bueno que inclinacion para lo malo; mia fué la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razon, siempre fué maestra de verdad y de vergüenza; nunca faltó en lo

necesario; mas como se corrompe por el pecado, y los mios fueron tantos, yo produje la causa de su efecto, siendo verdugo de mí mismo.

CAPÍTULO X.

Como despedido Guzman de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que da fin á la primera parte de su vida.

No me puedo quejar de haberme monseñor despedido de su casa, si, como dije (y fué verdad), tanta instancia hizo por volverme á ella; mas como hervia la sangre, considerélo bien mal. Quiero decir bien mal, de no considerar mi mal bien. Andábame vagando la flor del berro por las calles de Roma, y como tenia de la prosperidad algunos amigos de mi profesion, viéndome desacomodado me convidaban, aunque me costaba muy caro, que la comida en compañía del malo, dando el alimento á cuerpo, destruye con malos humores el alma: que mas me destruian sus malos consejos y costumbres, de que solo me ha quedado el arrepentimiento; porque lo vine á conocer cuando ya me hallé con el agua á la boca. Entranse los vicios callando, son lima sorda, no se sienten hasta tener al hombre perdido: son tan fáciles de recibir, cuanto dificultosos de dejar; y los tales amigos son fuelles, encienden la llama que comienza á arder, y con una centella levantan gran hoguera. Bien pudiera yo cobrar mi racion, habiéndome dicho el mayordomo de mi amo que fuese ó enviase por ella cada dia, mas dejélo de obstinado, y queria mas la hambre con los malos, que hartura de los buenos. Ben presto me dieron el pago los que me aconsejaron que la perdiese, y por cuya confianza yo lo hice: cansáronse muy presto de dármelo; no solo no me lo dieron, mas por no dármelo me aborrecieron. Esto de huéspedes tiene misterio; siempre hallé en el que convida *boca de miel y manos de hiel*: con franqueza prometen, con avaricia dan, con alegría convidan, y con tristeza comen. Los huéspedes han de ser á deseo ricos y de pasaje, han de pisar poco la casa, calentar poco la silla, y asistir poco á la mesa para no dar hastío. No te fies, creyendo ser hospedado liberal y francamente, como suenan las palabras, que para mí es regla cierta de hospederías haberse de recibir de un pariente una semana, del mejor hermano un mes, de un amigo fino un año, y de un mal padre toda la vida. Solo el padre no se cansa, que

todos los mas de poco se empalagan y enfadan; lo que mas tardares has de ser odiado y enojoso, y te querrian echar en el pan zarazas. Dame, pues, por ventura, si te convida un casado, y la mujer es angosta de pechos, la hacienda suya, y un poco brava, ó si es madre ó hermana: finalmente mujer, que las mas de suyo son avarientas, ¡cómo lo lloran, cómo lo sienten, cómo lo maldicen, y aun á sí mismas con ello! El dia que en tu casa pudieres comer con piedras duras no quieras en la ajena pavos blandos. Mis amigos, hartos de mí, no fué necesario que yo avergonzado los dejase, pues ellos me desecharon, yéndose acortando en el dar, hasta sin rebozo venirlo á negar. Fuéme forzoso buscar un árbol donde arrimarme que me hiciese sombra con la comida; vime tan apretado, que cual el hijo pródigo quisiera volver á ser uno de los mercenarios de la casa de monseñor. Fué mi desgracia tanta, que ya era fallecido; ya yo estaba rendido, y me queria sujetar con muy determinada voluntad en la enmienda; mas acudí tarde, que quien cuando puede no quiere, bien es que cuando quiere no pueda, y pierda por el mal querer el bien poder. No distó mi buena de mi mala fortuna espacio de dos meses; y si los asistiera sin la mudanza que hice, cuando mal y peor librara, me quedara como al que menos de sus criados, con una honrada racion para toda mi vida, y en ventura de alguna mejoría; mas pues así fué, sea Dios loado. No podré decir que mi corta estrella lo causó, sino que mi larga desvergüenza lo perdió: las estrellas no fuerzan, aunque inclinan. Algunos ignorantes dicen: Ah Señor! al fin habia de ser, y lo que ha de ser conviene que sea. Hermano mio, mal sientes de la verdad, que ni ha de ser, ni conviene ser, tú lo haces que sea y que convenga: libre alvedrío te dieron con que te gobernases, la estrella no te fuerza, ni todo el cielo junto con cuantas tiene te puede forzar; tú te fuerzas á dejar lo bueno, y te esfuerzas en lo malo siguiendo tus deshonestidades, de donde resultan tus calamidades. Entré á servir al embajador de Francia, con quien monseñor (que está en gloria) tuvo estrechas amistades, y en su tiempo gustaba de mis niñerías. Mucho se deseaban servir de mí, no se atrevió á recibirme por la amistad que estaba de por medio. En resolucion, allá me fuí, hacíame buen tratamiento, pero con diferente fin, que monseñor guiaba las cosas al aprovechamiento de mi persona, y el embajador al gusto de la suya, porque lo recibia de donaires que le decia, cuentos que le contaba, y á veces de recados que le llevaba de algunas damas á quien servia. No me señaló plaza ni oficio, generalmente le servia, y generalmente me pagaba; porque ó él me lo daba, ó en su presencia yo me lo tomaba en buen donaire: y hablando claro, yo era su gracioso, aunque otros me llamaban truhan, chocarrero. Cuando teníamos convidados (que nunca faltaban), á los de cumplimiento servíamos con gran puntualidad, desvelando los ojos en los suyos, mas á

otros importunos, necios, enfadosos, que sin ser llamados venian, á los tales hacíamos mil burlas; á unos dejándolos sin beber, que parecia que los criábamos como melones de secano; á otros dándoles á beber poco y con tazas penadas; á otros muy aguado; á otros caliente. Los manjares que gustaban alzábamos el plato, servíamosles con salado, acedo y mal sazonado; buscábamos invencion para que les hiciese mal provecho por aventarlos de casa. Una vez aconteció, que como un Inglés hubiese dicho ser pariente del embajador, y tuviese costumbre de venírsenos á casa cada dia, mi amo se enfadaba, porque (demás de no ser su deudo) no tenia calidades ni sangre noble, y sobre todo era en su conversacion impertinente y cansado. Hombres hay que aporrean un alma con solo mirarlos, y otros que se meten en ella, dejándose querer, sin ser en las manos del uno, ni en el poder del otro, el odio ni el amor; pero este parecia todo de plomo, mazo sordo. Una noche al principio de cena comenzó á desvanecerse con mil mentiras, de que el embajador se enfadó mucho, y no pudiéndole sufrir, me dijo en español (que el otro no entendia): Mucho me cansa este loco. No lo dijo á tonto ni sordo, luego lo tomé á destajo: fuíle sirviendo con picantes, que llamaban á gran priesa; era el vino suavísimo, la copa grande, iba menudeando, de polvillo en polvillo se levantó una polvareda de la maldicion: cuando le vi rendido y á treinta con rey, quitéme una liga, y púsele una lazada floja en la garganta del pié, atando el cabo con el de la silla, y levantados los manteles, cuando se quiso ir á su posada, no tan presto se alzó del asiento, como estaba en el suelo hechas las muelas y los dientes, y aun deshechas las narices; de manera, que vuelto en sí otro dia, y viendo su mal recado, de corrido no volvió mas á casa. Bien me fué con este, porque sucedió como deseaba, mas no todos los lances salen ciertos, algunos hay que pican y se llevan el cebo, dejando burlado al pescador, y el anzuelo vacío, como me aconteció con un soldado español de mas de la marca. ¡O hideputa, traidor, y qué madrigado y redomado era! Oye lo que con él nos pasó: entrósenos en casa á medio dia, cuando el embajador queria comer, y llegándose á él, dijo ser un soldado, natural de Córdoba, caballero principal de ella, y que tenia necesidad; y así le suplicaba se la favoreciese haciéndole merced. El embajador sacó un bolsico donde tenia unos escudos, y sin abrirle se le dió, por parecerle que seria lo que significaba: no contento con esto, deteníase contándole quien era, y las ocasiones en que se habia hallado de lance en lance. Como el embajador se fué á sentar á la mesa, él hizo lo mismo; llegando una silla se puso á un lado; yo iba por la vianda, y veo que otros dos gerifaltes como él entraban por el corredor, y como le vieron comiendo, dijo el uno al otro: Voto á tal, que parece que el pecado nos ata los piés, que siempre este chocarrero nos gana por la mano, que su padre no se hartó de

calzarme borceguíes en Córdoba, donde tiene su ejecutoria en el techo de la iglesia mayor: esta es la desventura nuestra, que si pasamos veinte caballeros á Italia, vienen cien infames cual este á quererse igualar, haciéndose de los godos: como entienden que no los conocen, piensan que engomándose el bigote y arrojando cuatro plumas, han alcanzado la nobleza y valentía, siendo unos infames gallinas, pues no pelean plumas ni bigotes, sino corazones y hombres: vámonos, que yo le haré al marica que desocupe nuestros cuarteles, y busque rancho. Fuéronse, y quedé considerando cuáles eran todos tres, y cómo se honraban. Con los dos me indigné, pareciéndome fanfarrones, y por su mal término en hablar, infamando al que se deseaba honrar sin ajena costa ni perjuicio, y con el huésped cobré gran ira por su demasiado atrevimiento: debiérase contentar con lo que le habian dado, sin ser desvergonzado, poniéndose á la mesa con semejante desenvoltura: dióme deseo de burlarle, y aprovechóme poco, pues *pensando ir por lana volví trasquilado*, no saliendo con mi intento. Pidióme de beber, hice que no lo entendia: señalóme con la mano, acerquéme junto á él: volvió tercera vez con una seña, volví los ojos á otra parte, mesurando el rostro; y viendo que ó lo hacia de tonto ó de bellaco, no me lo volvió á pedir, antes dijo al embajador: No le parezca á vuestra señoría ser atrevimiento el haberme sentado á su mesa sin ser convidado, por las muchas excusas que tengo para ello.

Lo primero, la calidad de mi persona y noble linaje merece toda merced y cortesía. Lo segundo, ser soldado, me hace digno de cualquier mesa de príncipe, por haberlo conquistado mis obras y profesion. Lo último, que se junta con lo dicho, mi mucha necesidad, á quien todo es comun; la mesa de vuestra señoría se pone para remediar á semejantes, con que no es necesario esperar á ser convidados los que fueron soldados de mis prendas: suplico á vuestra señoría se sirva mandar que se me dé la bebida, que como soy Español, no me han entendido aunque la he pedido. Mi amo nos mandó darle de beber, y así no pudo excusarse; pero juré-sela que me lo habia de pagar: trájele la bebida en un vaso muy pequeño y penado, y el vino muy aguado, de manera que lo dejé casi con la misma sed. Mas como á los Españoles poco les basta para entretener y sufrir mucho trabajo, con aquella gota pasó como pudo hasta el fin de la comida, habiéndonos todos los pajes conjurado de no mirarle á la cara en cuanto comiese, porque no volviese con señas á pedirlo, y nos obligase á darlo: mas él supo mucho, que cuando satisfizo el estómago de viandas y servian los postres, volvió á decir: Con licencia de vuestra señoría voy á beber; y levantándose de la silla fuése al aparador, y en el vaso mayor que halló echó vino y agua, lo que le pareció; y satisfecha la sed, quitándose la gorra y haciendo una reverencia, salió de la sala, y se fué sin hablar otra palabra. Quedó el embajador tan

risueño de mis trazas, y admirado de la resolucion del hombre, que me dijo: Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con bravatas y poca vergüenza.

En libertades de Españoles estábamos tratando sobre mesa, cuando entró por la puerta un gentilhombre napolitano, diciendo: Vengo á contar á vuestra señoría el caso mas atroz y de admiracion que se ha visto en nuestros tiempos, que hoy ha sucedido en Roma. El embajador pidió se le contase; yo por oirle entretuve la comida, lleguéle una silla, y en sentándose, dijo así:

En esta ciudad residió un caballero mancebo, de edad hasta veinte y un años, de noble sangre, y no mucha hacienda; tenia buen parecer, era virtuoso, hábil, diestro, y de gran valor por su persona: enamoróse de una doncella dentro de Roma, y de edad tendria diez y siete años, en extremo hermosa y honesta, ambos iguales en estado, y mas en voluntad, pues si uno amaba, el otro ardia: él se llamaba Dorido, y ella Clorinia. Sus padres la criaban tan recogida, que no la permitian trato ni conversacion de que pudiera resultarle daño, ni asomar á ventana, sino acaso, y muy pocas veces; porque el exceso de su hermosura era causa para ser de todos los nobles mancebos codiciada. Sus padres y un hermano que tenia estaban muy celosos, por lo cual no podian los dos amantes tratarse como quisieran. Es verdad que á Clorinia, como bien enamorada, nada se le ponia por delante para mostrarse á Dorido todas las veces que por la calle pasaba, porque tenia pared en medio de su ventana otra de una amiga suya, que con mas libertad (por ser casada) siempre podia residir á ella; y como la hubiese dado cuenta de sus amores, cuando pasaba Dorido le daba cierta seña, con que luego salia por verle; y así recibia de su amante lo que con esta avaricia podia. Esto estuvo así por algun tiempo, que otra cosa no habia mas que mirarse de pasada; pero Dorido impaciente, codicioso de mejorarse en los favores, buscó modo como con mas comodidad gozar de la dulce vista, ya que otro no le era permitido, y fué hacer amistad muy estrecha con el hermano, que se llamaba Valerio. Dióse tal maña, que no podia Valerio vivir sin Dorido, lo cual fué causa que muchas veces le llevase á su casa, haciendole señor de ella, donde á su placer contemplaba la hermosura de su dama. Iban con estos cebos tomando los amores fuerzas, declarándose mas las voluntades con los ojos. Clorinia, como menos fuerte, y por ventura mas encendida, se descubrió á una criada suya, llamada Scintila, la cual deseosa de servir á su ama, fué á buscar á Dorido, y le dijo: Ya, Dorido, no es tiempo que os excuseis de mí, pues no me es nuevo los amores que pasan entre vos y mi señora; y para que veais que no os engaño, sabed que ella misma me los ha revelado, pidiéndome ayuda en que os declare su pecho, y lo que os ama; y así me dió esta cinta verde, señal de esperanza, para que por su gusto os la

pongais en el brazo : bien creo estareis cierto que viene de su mano, pues muchas veces se la conocistes revuelta en sus cabellos; de manera, que de hoy en adelante podreis fiaros de mí, que tanta gana tengo de serviros. Oyendo aquesto Dorido, quedó espantado y mal contento, como aquel que siempre se habia recelado de ella, no teniéndola por capaz de negocio de tanta confianza, temiendo no fuesen descubiertos sus amores : mas visto que no habia otro remedio, habiéndolo hecho Clorinia, disimuló su poca satisfaccion, y lo mejor que pudo la agradeció la buena voluntad y obras. Pasados algunos dias, y creciendo el deseo en Dorido de hablar á boca á su señora, y no hallando medios para ello, amor, que todo lo puede y vence acometiendo imposibles, le abrió camino, mostrándole modo de poder conseguir lo que tanto deseaba. Estaba pegado á la pared de la casa de Clorinia (que respondia por la calle pública) un pedazo de pared antigua, medio derribada, de altura que casi llegaba á una ventana de la casa, y un poco mas bajo de ella estaba un agujero, tapado con una piedra movediza, que se quitaba y ponia. Este solia servir algunas veces á Clorinia de celosía, mirando por él (sin ser vista) los que pasaban por la calle : era bien conocido de Dorido por las veces que en él habia visto á su señora; parecióle oportunidad favorable á su deseo, comunicólo á Scintila, y rogándola que le favoreciese, la dijo : Ya, Scintila, que quiso mi dicha que á nuestros amores os haya hallado dispuesta en mi gusto, no dejaré de ponerme en vuestras manos con seguridad, que pondreis en todo el cuidado que la voluntad de servir á vuestra señora y hacerme merced os obligan : sabed, que desde que á Clorinia dí el alma, haciéndola dueño verdadero de ella y de mi vida, no tengo alcanzado otra cosa mas de haberme respondido con la voluntad, significada por los ojos, por habernos faltado mejor comodidad. Cuanto mas me ha sido prohibido, mas ha crecido el deseo, que siempre *la privacion engendra el apetito* : hame venido ahora un pensamiento, como con vuestra ayuda pueda quedar honestamente satisfecho mi deseo. Ya sabeis el agujero que está debajo de la ventana, ese será el lugar, y vos el instrumento de mi buena dicha. Direis á Clorinia (suplicándola por mí) corresponda en mi ruego, y cuando lo rehusase, podreis guiarla la voluntad si acaso no se atreviere, para que aquesta noche, pues la oscuridad nos ayuda, que ya despues de su gente sosegada, se sirva de hablarme por él, que otra cosa no la pido ni pretendo. A Scintila pareció cosa fácil y sin riesgo; dióle buena esperanza, prometióle su solicitud hasta ponerlo en efecto : así lo cumplió, y señaló la hora en que pudiera ir, advirtiéndole de cierta señal que haria de la ventana. Dorido, venida la noche, disfrazado el vestido, fuése al determinado lugar, donde estuvo esperando; llegada la ocasion, cuando todos los de casa estaban sosegados, Scintila se fué á la ventana, y la abrió con achaque de

verter un poco de agua; lo cual visto por Dorido, que ya estaba encima de la pared, y habiendo conocido á Scintila, dijo: Aquí estoy: ella le dijo que esperase; y cerrando la ventana se entró dentro. Dorido quedó saltándole el corazon en el pecho, que parecia querer salir de allí, reventando con el deseo, cuidadoso de pensar qué palabras la podia decir: á todo acudia con el pensamiento, y con los ojos á mirar por el agujero lo que la mal encajada piedra permitia. Ya veia como Clorinia hablaba con Scintila, ya con sus padres, ya como se levantaba de donde estaba y pasaba en otra parte, hasta que (sus padres acostados) la vió venir al puesto, y llegar tan turbada de vergüenza, que intentaba volverse; mas como la esforzase Scintila, llegóse. Luego que se vieron juntos, tanto se turbó Dorido, que aunque estaba prevenido de lo que pensaba decirla, quedó mudo, y ella no menos temblando, sin tener en tal coyuntura quien al uno ni al otro diese aliento para pronunciar palabra: mal ó bien, poco á poco, cuando hubieron cobrado calor las lenguas heladas, formaron de ambas partes algunas con que se saludaron. Dorido la pidió la mano, y ella se la dió de buena gana; no pudo mas que besársela, trayéndola por todo su rostro, sin alejarla punto de su boca. Despues él alargó la suya, alcanzando á tentar el rostro de su dama, sin poderse gozar otra cosa, ni el lugar era mas dispuesto. En esto se entretuvieron un gran rato: en cuanto las manos hablaban ellos callaban, que lo uno impedia lo otro; y como Scintila les daba priesa por el temor de no ser descubiertos, Dorido, con muchos encarecimientos, pidió á Clorinia, que la noche siguiente, á la misma hora, y él en el mismo lugar, pudiese gozar de aquel regalo: ella se lo prometió, y así se despidieron cada uno lleno de contento, y él mucho mas, que no le cabia en todo el cuerpo; y con el deseo que pasasen presto aquella noche y el siguiente dia, se fué á su casa, donde, si sentado no podia reposar, en levantándose buscaba en qué acostarse; y como allí no sosegaba, con inquietud y deseo paseábase, no hallaba descanso en cosa alguna. De esta manera padeció hasta la siguiente noche y punto señalado, que con ampolletas estaba midiendo el tiempo, haciéndosele todo perezoso. Fuése á su puesto esperando que le diesen la seña, metióse en el hueco de una puerta antigua que estaba en el paredon, muy cerca de la ventana, y estando para subir al agujero, vió que pasaron dos galanes de dos damas de la misma calle, los cuales anduvieron por ella dando vueltas, esperando que se desocupase, por gozar de otra semejante ocasion; eran grandes amigos de Dorido, y sabian que andaba enamorado de Clorinia. Conociéronse bien los unos á los otros, mas como en sus amores andaba tan recatado, no queria descubrirse por la sospecha que pudiera dar de lo que no habia, y así, en cuanto aquellos por allí estuvieron paseando, no se atrevió á subir en el paredon por no ser visto, que aunque la

noche fuera mas oscura, se dejara muy bien reconocer el bulto por los que allí andaban, aunque por los que pasaran de largo no se advirtiera tanto; y así porque no lo conociesen (yéndose de allí), se puso mas lejos, esperando que se fueran ó entretuviesen en sus paradas para volver á la suya; mas como vió que tardaban, y llegase la hora, parecióle si su dama venia y allí no lo hallaba, que ignorando la causa, se lo tuviera por descuido y poco amor; esto llegó con la cólera en tal desesperacion, que estuvo determinado de acometerles dándoles caza si no le aguardaran, y si se defendieran matarlos. Pudiéralo bien hacer, así por su mucho esfuerzo, como porque iba bien apercibido; además, que la ira en que ardia le ayudara, que semejante coraje acrecienta las fuerzas, y mas que los cogiera descuidados; pero considerando, no el peligro, sino el estado de sus negocios, por no perderlos, estuvo sosegado, mordiéndose los labios, torciéndose las manos, mirando al cielo, dando pisadas á la tierra como un loco. Viendo pues que el tiempo era pasado, se fué tan disgustado, cuanto alegre la noche pasada. Luego al siguiente dia estos dos hombres fueron en busca de Dorido, y le dijeron: Ya, señor, sabeis que somos vuestros amigos, y como tales no es justo entre nosotros haya cosa oculta; lo mismo es justo, si lo sois nuestro, se haga de vuestra parte, diciéndonos la verdad que se os preguntare, y fuere lícito. Ayer á cuatro horas andadas despues de anochecido, paseando por nuestra calle, que así la podemos llamar (pues en ella tenemos cada cual de nosotros el alma), buscando nuestra ventura, vimos un hombre que nos anduvo acechando siguiéndonos los pasos, sin perdernos de vista un solo credo. Tuvimos deseo de reconocer quien fuera, y lo dejamos de hacer por no causar algun escándalo: no pudimos aun sospechar quién fuese, hasta despues estar certificados (por lo que sucedió) ser vos; y fué, que habiéndonos parado cerca de la ventana de vuestra dama, la sentimos abrir y ponerse á ella Scintila, que viendo los bultos, y no conociendo, dijo: Dorido, ¿porqué no subís? Cuando aquello le oimos, con una impertinente curiosidad (fiados de vuestra amistad), le respondí: ¿Por dónde? A esta palabra, sin replicar otra alguna, cerrando la ventana, se entró dentro: de donde sospechamos debíades de haber hecho algun concierto, y por no impedirlo nos fuímos de allí luego y en vuestra busca, mas no parecistes; y así no pudimos deciros hasta ahora lo pasado. Mas porque deseamos serviros, y que (conservando nuestra amistad) nuestras pretensas vayan adelante, cada uno con la suya, sin que podamos impedirnos, partamos la noche; nosotros tomaremos de la media hasta el dia, y si lo quereis, al trocado; sea como gustáredes, que á nosotros todo nos viene á ser una cuenta. Dorido quisiera disimular con ellos, mas hallándose atajado con razones, no pudo, y así escogió la primera parte que le ofrecieron, y con esta llaneza

prosiguió la noche tercera su visita, bien falto de esperanza de hacerla, y que ella allí volviese por el suceso pasado. Mas como Clorinia amaba, nada se la ponia por delante, que con mucho cuidado solicitaba si volveria su galan, por alegrarse con su vista, y saber qué impedimento le hubiera hecho faltar la noche pasada. En tanto que sus padres estaban cenando, levantándose de la mesa, fué al agujero: podíalo hacer con seguridad, porque la chimenea, junto á la cual cenaban, estaba á la una puerta de la sala que era grande, y la ventana del agujero á la otra, cerca del rincon de ella, y en medio habia ciertos embarazos que impedian la vista de la una parte á la otra. Sus padres estaban de manera, que fácilmente pudiera llegar y hablar bajo sin ser sentida de alguno; verdad es que estaba sobre aviso de lo que pudiera suceder, para quitarse presto. Ella llegó á tan buen tiempo, que ya Dorido la estaba esperando, porque desde la calle le pareció sentir pasos en la sala: fué cierta señal para él que serian de su dama, subió presto á verlo, y como era la segunda vez que se veian, ya no tuvieron el empacho que primero. Habláronse con mas osadía lo que les dió lugar el tiempo (que fué aquella noche breve, y como hurtado); despidiéronse con grandes ternezas, dejando concertado, que en cuanto la luna les diese lugar con la menguante, gozasen ellos de su creciente, hasta que otro mejor medio se hallase.

En este tiempo un mancebo, muy gran amigo de Dorido, que llamaban Horacio, se enamoró de Clorinia; servíala, no embargante que entendia ser prenda de su amigo; pero juntamente sabia que no trataba de casarse con ella, y él sí. Confiándose de su grande amistad, en la justa peticion y causa honesta, le pidió muy encarecidamente desistiese de los amores de Clorinia, y le diese lugar, pues el fin de ambos era tan diferente. Valieron mucho con Dorido las afectuosas palabras y ruego lícito de Horacio, y así le respondió ser muy contento, prometiéndole, si su señora de ello gustase, desembarazaria el puesto, dejándole desocupada la plaza sin contradicion alguna, y viviese seguro, que no le seria competidor, para lo cual haria dos cosas: la una desengañar á Clorinia, diciéndola, como por cierto voto él no podia ser casado con ella; y la otra, que para poderla olvidar, procuraria amar en otra parte; pero que por la grande amistad que con Valerio tenia, no podia dejar de visitarla, y de ello podria resultarle algun provecho, y de ninguna manera daño, pues entendia favorecerle en las ocasiones que se ofreciesen.

Quedó con esto Horacio contento, satisfecho, y muy agradecido á Dorido, no considerando, que habiéndolo dejado á la eleccion de Clorinia, hasta saber su voluntad, habia poco negociado; y el haber hecho Dorido la oferta, fué confiado, que hablar á Clorinia en ello fuera sacarle el corazon. Con estas varias confianzas, Ho-

racio pidió á Dorido hablase por él, y así se lo prometió por conservar su amistad, no dando nota ni escándalo en sus amores. Como lo ofreció lo hizo, que viéndose con su dama, le relató una grande arenga de todo lo pasado, diciéndola, que si su voluntad era amar á Horacio, que nunca Dios permitiera que él impidiera su honrado intento; mas á lo menos, cuando no le quisiese, tenia obligacion de agradecerle la voluntad, no mostrándosele áspera, y si pasase por la calle no huílle, que le hiciese rostro alegre, aunque fuese fingido. A esto respondió Clorinia con enojo, diciendo: Que no le mandase tal, ni hablase mas en ello, porque cuando por este fin él la dejase, antes gustaria de ser aborrecida que ofenderle y ofenderse, poniendo su amor en otra parte; que él habia sido el primero, y seria el último en su vida, la cual desde luego le sacrificaba, para que, no siendo caso de mandarle que le olvidase, dispusiese de todo lo restante de su voluntad. No dejaba Dorido de recibir contento, por ser el verdadero crisol donde se afinaban sus amores, y la seguridad con que le amaba, y así no se lo volvió á tratar, antes prosiguió sus visitas de dia y noche, habiendo primero desengañado á Horacio de lo pasado. Él no lo quiso creer, entristecióse grandemente de oirlo, y con todo esto, no dejaba de servirla, mas nunca la halló dispuesta en hacerle algun favor, antes áspera y rigurosa, de donde resultó, que viéndose desdeñado, y á Dorido preferido, el furor irritó la paciencia; encendiéndose de tal manera en una ira infernal, que el amor que le tenia trocó en aborrecimiento; y así como por lo pasado siempre deseó servirla, de allí adelante se desvelaba buscando su daño, poniendo en ello todo su estudio y diligencia; de tal manera, que como hubiese algunas veces acechado á Dorido, y supiera la hora, lugar, y modo como subia por el paredon, y se hablaban, una noche se anticipó á la venida del verdadero amante; y fingiendo ser él, subió al puesto, é hizo un pequeño ruido con la piedra que estaba en el agujero, segun lo habia visto hacer algunas veces: pues como Clorinia sintió la seña, y sin considerar el tiempo, que era muy anticipado, acudió al reclamo luego (quitando la piedra); recibió con dulces palabras al fingido amador, que callado estaba, lo cual incitó mas á Horacio en su traicion; y metiendo la mano por el agujero, asió de la de Clorinia, y se la sacó afuera, fingiendo querérsela besar; así se la tuvo apretada con la suya izquierda, y con la derecha (sacando un afilado cuchillo que llevaba), sin mucha dificultad y con suma impiedad, se la cortó y llevó consigo, dejando á la triste doncella en el suelo amortecida; porque el dolor, que se habia de desfogar con voces y quejas, refrenóle haciendo fuerzas á la flaqueza femenil, encerróse en el corazon, y ofendiendo los espíritus vitales quedó casi muerta. Allí acabara sin duda, si brevemente no acudieran, que como la hallasen menos, y llamándola no respondiese á sus padres,

alborotados de ello salieron á buscarla, y la hallaron desangrándose en el suelo junto del agujero, que quedó abierto, y en verlo ensangrentado dió indicios de la causa de su muerte, que tal se juzgaba, pues en ella no habia señal de vida. Viendo los afligidos padres el cruel espectáculo triste, y el tronco del brazo sin su mano, no pudiendo refrenar el dolor, cayeron como muertos junto á la sin ventura hija, no menos desalentados que ella estaba; mas volviendo luego en sí, con las mayores lástimas que nunca se oyeron, comenzaron á lamentar su mucha desventura y lastimoso caso; pero en medio del excesivo dolor, consideraron ya que la vida de la hija se perdia, que tambien perdian la honra, y no ser lícito aventurarlo todo junto. Parecióles ocultar el suceso, refrenando los suspiros y gemidos; así sosegaron la casa, y llevando á Clorinia, con los muchos beneficios que la hicieron, la volvieron algo en sí; la cual, viéndose en medio de sus padres llorosos, y de aquella manera, la fué otro tanto dolor, y acrecentado de la vergüenza, de nuevo se amorteció. Visto por ellos, creció su dolor de manera, que se les arrancaban las almas; y con las palabras mas tiernas que podian, regaladamente procuraban consolarla, diciéndole dulces amores, como padres que tanto la querian, para curarla con ellas la herida del ánimo, que era la que mas ella sentia. Con esto la afligida Clorinia se alentó algun tanto, y llorando su mal, que hasta entonces no habia podido, movia las piedras á sentimiento. Luego con gran secreto trataron de curarla: Valerio, su hermano, fué á llamar un cirujano amigo suyo, de quien podia secretamente fiarse. La noche hacia muy oscura, llevaba una linterna, con la cual al atravesar una calle reconoció á Dorido, que muy descuidado venia para verse con su dama, ignorante de todo lo pasado; comenzóle á llamar con voz dolorosa y triste, y como volviese, le dijo: ¡Ay amigo verdadero! ¿dónde vais? ¿Vais por ventura á llorar con nosotros nuestras desgracias, y el trágico dolor que nos acaba las vidas? ¿Habeis visto ó sentido desventura como la nuestra, y de la desdichada Clorinia? Ay! que á vos que sois amigo verdadero, no se podrá encubrir lo que á todo el mundo habemos de negar, porque sé que habemos de tener en vos compañero á nuestro duelo; y que como nosotros mismos hareis diligencia en la venganza, procurando saber quién sea el cruel homicida de mi hermana. Dorido quedó sin sentido de oir estas palabras, y fué maravilla poderse tener en pié segun le hirieron en el corazon; pero cobrándose algo con el deseo de entender el caso, procurando esforzarse, con voz turbada preguntó lo que habia sido. Valerio le dijo por órden lo pasado, y como iba á llamar un cirujano: rogóle se fuese con él, pues corria peligro la tardanza con la vida de Clorinia. Dorido le acompañó, y aunque le hacia mas menester ser consolado que dar consuelo, todavía, lo menos

mal que pudo, dijo así: Valerio, hermano, es tanto lo que siento vuestras lástimas y de la desdichada Clorinia, que no menos que á vos me pueden dar el pésame de su desdicha: de tal manera lo siento, que estoy seguro y cierto que no me haceis ventaja: empero viendo cuan poco el dolor aprovecha, ni el llanto importa, no acudo á mas que aconsejaros en lo que se debe hacer; y os digo, que se busque al traidor que tal maldad ha hecho, para que en él se ejecute la mayor venganza que nunca se hizo. Yo me encargo de ello, que para esta diligencia bien creo seré bastante á salir con ella, descubriendo rastros por donde lo halle. Vos id por el cirujano, que no es bien (donde á tanto se ha de acudir) que todos asistamos á una cosa, siendo la de mi cargo tan forzosa, cada uno haga la suya: idos con Dios, que no me basta la paciencia en detenerme punto: con esto se apartaron. A Dorido se le asentó en el ánimo, que otro que Horacio no pudo haber sido autor de tel maldad, por muchas razones que concurrieron, que cada cual era manifiesto indicio de ello; y así determinó hacer en él un castigo igual á lo que su justo enojo le pedia. Con esta determinacion se fué á su casa, y entrando en su aposento, soltó las riendas al llanto, lamentando el áspero desastre: Clorinia de mis ojos, la decia, bien veo el mal que por mí te ha venido; yo fuí la causa de ello; engañóte el traidor Horacio; pensaste que era tu querido Dorido. ¡Ay desdichada señora de mi vida! Yo te traje á este paso tan amargo; yo te he muerto, pues te inquieté de tu reposo; yo te saqué de recogimiento. ¡Ay maldito agujero! ¡Ay malditos ojos que te vieron! ¡Ay maldita lengua con que pedí me hablases! ¡Amada Clorinia! Clorinia, vida mia, ya no vida, sino muerte, pues con la tuya vendrá la mia; yo te hice este mal, mas viva yo hasta que te vengue; y vive tú hasta que sepas la venganza en el traidor, que será tan ejemplar como es justo, para que quede por memoria en siglos venideros. Yo prometo sacrificar á tus cenizas la impía sangre del traidor Horacio; por una mano que te quitó dará dos suyas: una cortó inocente, dos le cortaré sacrílegas. Déte tanta vida el cielo, que lo alcance y deje gozar el galardon que por ello te debo. Y tú, dulce Clorinia, perdona la culpa que tengo, que si fuese tu gusto mi muerte, con mis manos te lo hubiera dado. Con estas y otras lastimosas palabras lloraba el caso, digno de eternas lágrimas; y bien el dolor le acabara segun le apretaba, mas íbase sustentando con el deseo de venganza, y así (entre muerte y vida) pasó aquella noche. Luego el siguiente dia los fué á visitar: los padres y hermano de nuevo renovaron las lágrimas, abrazando los unos á los otros; y el padre dijo: ¡Qué desdicha tan grande, hijo Dorido, ha sido la nuestra! ¡Qué rigor de cielos contra mí se conjuraron! ¿Qué furia infernal intentó semejante delito? ¿Qué os parece de nuestra desgracia? ¿Cómo sentís nuestra honra? ¿Qué capa cubrirá mancha tan fea? ¿Y qué venganza

podrá mitigar dolor semejante? Decídnos, ¿qué consuelo será el nuestro? ¿Cómo podrémos vivir sin la que nos daba vida? Dorido, no pudiendo resistir las lágrimas, consolando á los afligidos padres y hermano, dijo: No es tiempo, señores, de gastarlo lamentando, antes debemos ocuparlo en lo que mas á todos nos es importante; y aunque para lo que quiero proponer fuera necesario no ser yo mismo, la ocasion y secreto me obliga que lo haga. Bien conoceis, y habeis visto la general desdicha sucedida, tan vuestra como mia, y mas mia que vuestra. Por sentir vuestro dolor, juntamente con el mio, veo cortado el hilo de mi vida, que solo espero la muerte tan amarga, cuanto creí me fuera dichosa si la acabara primero que Clorinia. Ya sabeis quien soy, y sé yo vuestro mucho valor y calidad, que cuando al mio no sobrepujara, lo hiciera la singular amistad que me habeis tenido, poniéndome en obligacion eterna. Este caso es propio mio, y para que así lo entienda el mundo, lo que despues por otro tercero habia de suplicaros, quiero pediros de merced me deis á mi Clorinia por esposa, y con esto hareis dos cosas, rescatais vuestras honras, y ejecutais con mano propia la venganza. Si el cielo me fuere tan favorable que la conceda vida, conmigo quedará, no como merece su calidad, mas como se debe á mi deseo de servirla; y si otra cosa sucediere, bien es se sepa que hizo su esposo lo que estuvo obligado, y no Dorido, amigo de sus padres: concededme este bien, por lo bien que á todos podria resultar de ello. A los padres y hermano pareció justa y honrada peticion, agradeciéronselo mucho, mas porque quien mas en ello habia de ser parte era Clorinia, quisieron tomar su parecer; la cual, cuando se lo dijeron, la salieron las lágrimas de gozo, y dijo: Con sola esta espero tener vida, y si mas caro me costara, la comprara barato; confio en Dios de vivir alegre, y morir consolada; y así suplico se haga como mi esposo Dorido lo pide. Luego le llamaron, y viéndose juntos, en mucho rato no pudieron hablarse con lo que las almas de los dos sentian; y así se juraron, quedando concertado el matrimonio, y hechas en él con todo secreto las diligencias que convino, entretanto que pudieran ser desposados. En esto pasaron tres dias, y del contento parecia tener Clorinia alguna mejoria, mas era fingida, porque con la mucha sangre que le habia salido poco á poco se acababa. Viendo Dorido ser imposible escapar su esposa con la vida, porque muriese de todo punto alegre y satisfecha (si tal puede haber en la muerte), al cuarto dia, pareciéndole tiempo conveniente á lo que tenia trazado, para el quinto convidó á Horacio como hacia otras veces, el cual, confiado en el secreto con que cometió el delito, y que ni en la ciudad ni vecindad se hablaba, ni entendia palabra, paseábase muy seguro, como si tal no hubiera hecho, y así no se recelaba. Dorido, para mas desvelarle, fingió no saber alguna cosa, mostróle el rostro alegre,

la boca risueña, que asegurado tambien con esto aceptó el convite. Habia hecho Dorido conficionar un vino que daba profundo sueño siendo bebido, el cual secretamente mandó que le sirviesen á la mesa: hízose así, y habiendo comido, con el postrer bocado se quedó en la silla como un muerto. Luego Dorido, atándole los piés y brazos fuertemente á los de la misma silla, cerradas todas las puertas de la casa, y ellos dos en ella solos, le dió á oler una poma, con que luego recordó del sueño en que estaba sepultado; y viéndose de tal modo, sin ser señor de poderse menear, conoció ser castigo de su culpa. Dorido le cortó ambas manos, y en el canto de la silla le dió garrote, con que le dejó ahogado; y esta madrugada lo trajo antes de amanecer delante de sí en la silla de un caballo, y poniendo un palo en el agujero donde cometió el delito, le dejó ahorcado de él, y con una cinta las dos manos atadas al cuello. Con esto se ausentó de Roma, pareciéndole que sin su Clorinia, patria ni vida pudieran consolarle. Hoy que amaneció este espectáculo, ha fallecido Clorinia, y en este punto acaba de espirar.

Al embajador causó gran lástima y admiracion el caso; era hora de ir á palacio, y despidiéronse; yo dí mil gracias á Dios que no me hizo enamorado; pero si no jugué los dados, hice otros peores baratos, como verás en la segunda parte de mi vida, para donde (si la primera te dió gusto) te convido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

DE GUZMAN DE ALFARACHE.

AL CURIOSO LETOR.

Aunque siempre temí sacar á luz aquesta segunda parte, despues de algunos años acabada y vista (que aun muchos mas fueran pocos para osar publicarla), y que seria mejor sustentar la buena opinion, que proseguir á la primera, que tan á brazos abiertos fué generalmente de buena voluntad recibida, dudé poner en condicion el buen nombre, ya porque podria no parecer tan bien, ó no haber acertado á cumplir con mi deseo, que de ordinario, donde mayor cuidado se pone, suelen los desgraciados acertar menos. Mas viéndome ya como el mal mozo, que á palos y coces lo levantan del profundo sueño, siéndome lance forzoso, me aconteció lo que á los perezosos, hacer la cosa dos veces; pues por haber sido pródigo comunicando mis papeles y pensamientos, me los cogieron al vuelo, de que viéndome (si decir se puede) robado y defraudado, fué necesario volver de nuevo al trabajo, buscando caudal con que pagar la deuda, desempeñando mi palabra. Con esto me ha sido forzoso apartarme lo mas que fué posible de lo que antes tenia escrito. Pecados tuvo Esaú, que cansado en seguir y matar la caza, causasen llevarle Jacob la bendicion.

Verdaderamente habré de confesarle á mi concurrente (sea quien dice, ó diga quien sea) su mucha erudicion, florido ingenio, profunda ciencia, grande donaire, curso en las letras humanas y divinas, y ser sus discursos de calidad, que le quedo envidioso, y holgara fueran mios. Mas déme licencia que diga con los que dicen, que si en otra ocasion fuera de estas se quisiera servir de ellos, le fueran trabajo, tan honrados, que cualquiera muy grave supuesto pudiera descubrir su nombre y rostro; mas en este propósito fué meter en Castilla monedas de Aragon. Sucedióle lo que muchas veces vemos en las mujeres, que miradas por facciones, cada una por sí, es de tanta perfeccion, que satisfaciendo al deseo, ni tiene mas que apetecer, ni el pincel que pintar; empero juntas todas, no hacen rostro hermoso. Y anduvo discreto haciendo lo que acostumbran los que salen embozados á dar lanzada, confiados en su destreza; mas como de suyo son suertes de ventura, si aciertan, se descubren, y si la yerran, para siempre se niegan. En cualquier manera que haya sido, me puso en obligacion, pues arguye, que haber tomado tan excesivo y

excusado trabajo de seguir mis obras, nació de haberlas estimado por buenas. En lo mismo le pago seguiéndolo. Solo nos diferenciamos en haber él hecho segunda de primera, y yo en imitar su segunda; y lo haré á la tercera, si quisiere de mano hacer el envite, que se le habré de querer por fuerza, confiado que allá me darán lugar entre los muchos, que como el campo es ancho, con la golosina del sujeto, á quien tambien ayudará la codicia, saldrán mañana mas partes que conejos de soto, ni se hicieron glosas á *La bella* en tiempo de Castillejo. Advierto en esto, que no faciliten las manos á tomar la pluma sin que se cansen los ojos y hagan capaz al entendimiento, no escriban sin que lean, si quieren ir llegados al asunto, sin desencuadernar el propósito. Que haberse propuesto nuestro Guzman en muy buen estudiante, latino, retórico y griego, que pasó con sus estudios adelante, con ánimo de profesar el estado de la religion, y sacarlo de Alcalá tan distraido y mal sumulista, fué cortar el hilo á la tela, de lo que con su vida en esta historia se pretende, que solo es descubrir, como atalaya, toda suerte de vicios, y hacer triaca de venenos varios. Un hombre perfecto castigado de trabajos y miserias, despues de haber bajado á la mas ínfima de todas, puesto en galera por curullero de ella. Dejemos ahora que no se pudo llamar ladron famosísimo por tres capas que hurtó, aunque fuesen las dos de mucho valor, y la otra de parches, y que sea muy ajeno de historias fabulosas introducir personas públicas y conocidas, nombrándolas por sus propios nombres. Y vengamos á la obligacion que tuvo de volverlo á Génova para vengar la injuria de que dejó amenazados á sus deudos en el último capítulo de la primera parte, libro primero. Y otras muchas cosas, que sin quedar satisfechas pasa en diferentes, alterando y reiterando, no solo el caso, mas aun las propias palabras. De donde tengo por sin duda la dificultad que tiene querer seguir discursos ajenos, porque los lleva su dueño desde los principios entablados á cosas que no es posible darles otro caza, ni aunque se le comuniquen á boca, porque se quedan arrinconados muchos pensamientos, de que su propio autor aun con trabajo se acuerda el tiempo andando, la ocasion presente, como al rey don Fernando de Zamora, para la infanta doña Urraca su hija. Esto no acusa falta en el entendimiento, que no lo pudo ser pensar otro mis pensamientos, mas dice temeridad cuando se sale á correr con quien es necesario dejarlo muy atrás, ó no venir al puesto.

Si aquí los frasis no fueren tan gallardos, tan levantado el estilo, el decir suave, gustosas las historias, ni el modo fácil, doy disculpa, necedades la tienen ser necesario mucho, aun para escribir poco, y tiempo largo para verlo y enmendarlo. Mas teniendo hecha mi tercera parte, y caminando en ella con el consejo de Horacio, para poderla ofrecer, que será muy in breve, no se pudo excusar este paso, como el que lo es tan forzoso á los fines que pretendo. Recibe mi ánimo, que ha sido de servirte, que no siempre corre un tiempo, influyen favorables las estrellas, ni acuden á Caliope los caprichos.

LIBRO PRIMERO.

DONDE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ DESDE QUE SIRVIÓ AL EMBAJADOR SU SEÑOR HASTA QUE SALIÓ DE ROMA.

CAPÍTULO I.

Guzman de Alfarache disculpa la continuacion de su discurso, pide atencion, y da noticia de su intento.

Comido y reposado has en la venta; levántate, amigo, si en esta jornada gustas de que te sirva yendo en tu compañía, que aunque nos queda otra, para cuyo dichoso fin voy caminando por estos pedregales y malezas, bien creo que se te hará fácil el viaje con la cierta promesa de llevarte á tu deseo. Perdona mi proceder atrevido, no juzgues á descomedimiento tratarte de esta manera, falto de aquel respeto debido á quien eres: considera que lo que digo no es para tí, antes para que lo reprendas á otros, que como yo lo habrán menester. Hablando voy á ciegas, y dirásme muy bien que estoy muy cerca de hablar á tontas, pues arrojo la piedra sin saber adonde podrá dar; y diréte á esto le que decia un loco que arrojaba cantos; cuando alguno tiraba daba voces, diciendo: *Guarda hao, guarda hao, todos me la deben, dé donde diere.* Aunque tambien te digo, que *como téngolas hechas, tengo sospechas.* A mí me parece que son todos los hombres como yo, flacos, fáciles, con pasiones naturales, y aun extrañas, que con mal seria si todos los costales fuesen tales, mas como soy malo, nada juzgo por bueno, tal es mi desventura: y de semejantes, convierto las violetas en ponzoña, pongo en la nieve manchas, maltrato y sobajo con el pensamiento la fresca rosa. Bien me hubiera sido en alguna manera no pasar con este mi discurso adelante, pues además que tuviera excusado el serte molesto, no me fuera necesario pedirte perdón para ganarte la boca y conseguir lo que mas aquí pretendo; que aun muchos, y quizá todos los que comieron la manzana, lo

juzgarán por impertinente y superfluo, empero no es posible; porque aunque tan malo cual tienes de mí formada idea, no puedo persuadirme que sea cierta, pues ninguno se juzga como lo juzgan; yo pienso de mí lo que tú de tí, cada uno estima su trato por el mejor, su vida por la mas corregida, su causa por justa, su honra por la mayor, y sus elecciones por mas bien acertadas. Hice mi cuenta con la almohada, pareciéndome, como es verdad, que siempre la prudente consideracion engendra dichosos acaecimientos, y de acelerarse las cosas nacieron sucesos infelices y varios, de que vino á resultar el triste arrepentimiento, porque dado un inconveniente se siguen de él infinitos. Así, para que los fines no se yerren, como casi siempre sucede, conviene hacer fiel exámen de los principios, que hallados y elegidos, está hecha la mitad principal de la obra, y dan de sí un resplandor que nos descubre de muy lejos con indicios naturales de lo por venir. Y aunque de suyo son en sustancia pequeños, en virtud son muy grandes, y están dispuestos á mucho; por lo cual se deben dificultar cuando se intentan, procurando todo buen consejo; mas ya resueltos una vez por acto de prudencia, se juzga el seguirlos con osadía; y tanto mayor, cuanto fuere mas noble lo que se pretende con ellos. Y es imperfeccion, y aun liviandad notable, comenzar las cosas para no fenecerlas; en especial si no las impiden súbitos y mas graves casos, pues en su fin consiste nuestra gloria.

La mia, ya te dije que solo era de tu aprovechamiento; de tal manera, que puedas con gusto y seguridad pasar por el peligroso golfo del mar que navegas. Yo aquí recibo los palos, y tú los consejos en ellos: mia es el hambre, y para tí la industria, para que no la padezcas. Yo sufro las afrentas de que nacen tus honras; y pues has oido decir, que *aquese te hizo rico que te hizo el pico*, haz por imitar el discreto yerno, que sabe con blandura granjear del duro suegro que le pague la casa, le dé mesa y cama, dinero y esposa con quien se regale, abuelos que (como esclavos y truhanes) crien, sirvan y entretengan á sus hijos. Ya tengo los piés en la barca, no puedo volver atrás, echada está la suerte, prometido tengo, y como deuda debo cumplirte la promesa en seguir lo comenzado. El asunto es humilde y bajo; el principio fué pequeño; lo que pienso tratar, si como buey lo rumias, volviéndolo á pasar del estómago á la boca, podria ser importante, grave y grande. Haré lo que pudiere, satisfaciendo al deseo; pues hubiera servido de poco alborotar tu sosiego, habiéndote dicho parte de mi vida, y dejando lo restante de ella. Muchos creo que dirán, ó ya lo han dicho: mas valiera que ni Dios te la diera, ni así nos la contaras, porque siendo notablemente mala y distraida, fuera para tí mejor callarla, y para los otros no saberla. Lejos vas de la verdad, no aciertas con la razon en lo que dices, ni creo ser sano el fin que te mueve: antes me causa sospecha, que como te tocan en lo vivo,

aun con solo el amagarte, sin que te lleguen, te lastiman; pues el disciplinante, cuando mas le duele y siente la llaga que se hizo él propio, es cuando se la curan otros. O te digo verdades ó mentiras: mentiras no, y á Dios pluguiera que lo fueran, que yo conozco de tu inclinacion que holgaras de oirlas, y aun hicieras espuma con el freno: digo verdades, y hácensete amargas. Pícaste de ellas porque te pican; si te sintieras con salud y á tu vecino enfermo, si diera el rayo en casa de Ana Diaz, mejor lo llevaras; todo fuera sabroso, y yo de tí muy bien recibido. Mas para que no te me deslices como anguila, yo buscaré hojas de higuera contra tus bachillerías; no te me saldrás por esta vez de entre las manos. Digo, si quieres oirlo, que aquesta confesion general que hago, este alarde público que de mis cosas te represento, no es para que me imites á mí, antes para que sabidas corrijas las tuyas en tí: si me ves caido por mal reglado, haz de manera que aborrezcas lo que me derribó; no pongas el pié donde me viste resbalar, y sírvate de aviso el tropezon que dí, que hombre mortal eres como yo, y por ventura no mas fuerte ni de mayor maña. Da vuelta por tí, recorre á espacio y con cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos muladares asquerosos en lo mejor de ella, y no espulgues ni murmures que en casa de tu vecino estaba una pluma de pájaro á la subida de la escalera. Ya dirás que te predico, y que ¿cuál es el necio que se cura con médico enfermo? Pues quien para sí no alcanza la salud, menos la podrá dar á los otros. ¿Qué recóndito cordial puede haber en el colmillo de la víbora, ó en la puntura del alacran? ¿Qué nos podrá decir un malo, que no sea malo? No te niego que lo soy, mas aconteceráme contigo lo que al diestro trinchante á la mesa de su amo, que corta curiosa y diligentemente la pechuga, el alon, la cadera ó la pierna del ave; y guardando respeto á las calidades de los convidados á quien sirve, á todos hace plato, á todos procura contentar; todos comen, todos quedan satisfechos, y él solo sale cansado y hambriento. A mi costa y con trabajos propios descubro los peligros y sirtes para que no embistas y te despedaces, ni encalles adonde te falte remedio á la salida. No es el rejalgar tan sin provecho, que deje de hacerlo en algo; dineros vale, y en la tienda se vende; si es malo para comido, aplicado será bueno. Y pues con él emponzoñan sabandijas dañosas, porque son perjudiciales, triaca seria mi ejemplo para la república si se atosigasen estos animalazos fieros, aunque caseros y al parecer domésticos (que eso es lo peor que tienen), pues figurándosenos humanos y compasivos nos fiamos de ellos: fingen que lloran de nuestras miserias, y despedazan cruelmente nuestras carnes con tiranías, injusticias y fuerzas. ¡Oh si valiese algo para poder consumir otro género de fieras! Estos que lominhiestos y descansados andan ventoleros, desempedrando calles, trajinando el mundo, vagabundos de tierra en tierras, de barrio

en barrios, de casa en casas, hechos espumaollas, no siendo en parte alguna de algun provecho, ni sirviendo de mas que, como los arrieros en la alhóndiga de Sevilla, de meter carga para sacar carga, llevando y trayendo mentiras, aportando nuevas, parlando chismes, levantando testimonios, poniendo disensiones, quitando las honras, infamando buenos, persiguiendo justos, robando haciendas, matando y martirizando inocentes. ¡Hermosamente parecieran si todos parecieran! Que no tiene Bruselas tapicería tan fina, que tanto adorne, ni tan bien parezca en la casa del príncipe, como la que cuelgan los verdugos por los caminos. Premios y penas conviene que haya: si todos fueran justos, las leyes fueran impertinentes; y si sabios, quedaran por locos los escritores: para el enfermo se hizo la medicina, las honras para los buenos, y la horca para los malos. Y aunque conozco ser el vicio tan poderoso, por nacer de un deseo de libertad, sin reconocimiento de superior humano ni divino; ¿qué temo, si mis trabajos, escritos y desventuras padecidas tendrán alguna fuerza para enfrenar las tuyas, produciendo el fruto que deseo? Pues viene á ser vano y sin provecho el trabajo que se toma por algun respeto, si no se consigue lo que con él se pretende. Mas como ni el retórico siempre persuade, ni el médico sana, ni el marinero aporta en salvamento, habréme de consolar con ellos, cumplidas mis obligaciones, dándote buenos consejos, y sirviéndote de luz, como el pedernal herido, que la sacan de él para encenderla en otra parte, quedándose sin ella. De la misma forma el malo pierde la vida, recibe castigos, padece afrentas, dejando á los que lo ven ejemplo en ellas.

Quiero volverme al camino, que se me representa en este lugar lo que á los labradores, y aun á los muy labrados cortesanos, cuando pasan por la ropería, si acaso alzan los ojos á mirar, que luego se arriman á ellos, unos les tiran, y otros estiran; y allí los llevan, y acullá los llaman, y no saben con cuales ir seguramente. Porque pareciéndoles que todos engañan y mienten, de ninguno se fian, y andan muy cuerdos en ello; yo sé muy bien el porqué, y lo que venden lo dice á voces. Ahora bien, démosles lado, dejémoslos pasar, siquiera por las amistades que un tiempo me hicieron, en comprarme prendas que nunca compré, dándome dinero á buena cuenta de lo que les habia de vender, y enseñándome á hacer de la noche á la mañana ropillas de capas, vendiendo los retazos para echar soletas. O lo que suele suceder al descuidado caminante, que sin saber el camino salió sin preguntarlo en la posada, y cuando tiene andada media legua, suele hallarse al pié de una cruz que divide tres ó cuatro sendas á diferentes partes; y empinándose sobre los estribos, torciendo el cuerpo, vuelve la cabeza mirando quien le podrá decir por donde ha de caminar. Mas no viendo á quien lo adiestre, hace consideracion cosmógrafa, eligiendo á poco mas ó menos la que le parece ir mas derecha há-

cia la parte donde camina. Veo presentes tantos, y tan varios gustos, estirando de mí todos, queriéndome llevar á su tienda cada uno, y sabe Dios porqué y para qué lo hace: pide este dulce, aquel acedo, uno hace freir las aceitunas, otro no quiere sal ni aun en el huevo, y habiendo quien guste de comer los piés de la perdiz tostados al humo de la vela, no falta quien dice que no crió Dios legumbre como el rábano. Así lo vimos en cierto ministro papelista, por excelencia malquisto y mentiroso, aunque sobre todo avariento: el cual, como se mudase de una posada en otra, despues llevada la ropa y trastos de casa, se quedó solo en ella rebuscándola, y quitando los clavos de las paredes. Acertó á entrar en la cocina, donde halló en el ala de la chimenea cuatro rábanos añejos, que como tales los dejaron perdidos y sin provecho. Juntólos y atólos, y con mucho cuidado los llevó á su mujer, y con cara de herrero la dijo: ¿Así se debe de ganar la hacienda, pues así se deja perder? como no la trajistes en dote de todo se os da nada; ¡veis esta perdicion! Guarda esos rábanos, que dinero costaron, y volvedlos á echar á mal, perdida, que yo lo soy harto mas en consentir que por junto se traiga un manojo á casa. La mujer los guardó, y aquella noche (por no tenerla negra con pendencia) los hizo servir á la mesa; y comiéndolos el marido, dijo: Ahora por Dios, hermana, que sobre todos los gustos, tiene lugar principal el de los rábanos añejos, que cuanto mas lácios mejor saben; sino probad uno de estos, y haciéndola fuerza, la obligó á comerlo contra toda su voluntad y con asco. Gentes hay que no se contentan con loar aquello que dicen placerles, sea por lo que fuere, sino que quieren que los otros lo hagan, y que á su pesar sepa bien y se lo alaben. Y juntamente con esto vituperan el gusto ajeno, sin considerar que son los gustos varios como las condiciones y rostros, que si por maravilla se hallaren dos que se parezcan, es imposible hallarlos en todo iguales. Así, habré de hacer aquí lo que me aconteció en una comedia, donde por ser de los primeros vine á ser de los delanteros; y como tras de mí hubiese otros no tan bien dispuestos, me decian que me hiciese á un lado; y en meneándome un poco se quejaban otros á quienes hacia tambien estorbo; los unos y los otros me ponian á su modo, porque todos querian ver; de manera, que no sabiendo como acomodarme, acomodándolos, hice *orejas de mercader;* púseme de pié derecho, y cada uno alcanzase como mejor pudiese. Querrian el melancólico, el sanguino, el colérico, el flemático, el compuesto, el desgarrado, el retórico, el filósofo, el religioso, el perdido, el cortesano, el rústico, el bárbaro, el discreto, y aun la señora doña Calabaza, que para sola ella escribiese á lo fruncido, y que con solo su pensamiento y á su estilo me acomodase. No es posible, y seríame necesario, además de hacer para cada uno su diferente libro, haber vivido tantas vidas, cuantos hay diferentes pareceres.

Una sola he vivido, y la que me achacan es testimonio que me levantan: la verdadera mia iré prosiguiendo, aunque mas me vaya persiguiendo: y no faltará otro Gil para la tercera parte que me arguya como en la segunda de lo que nunca hice, dije ni pensé; lo que le suplico es, que no tome tema ni tanta cólera conmigo, que no me ahorque por su gusto, que ni estoy en tiempo de ello, ni me conviene. Déjeme vivir, pues Dios ha sido servido de darme vida en que me corrija, y tiempo para la enmienda: servirán aquí mis penas para excusarte de ellas, informándote, para que sepas encadenar lo pasado y presente con lo venidero de la tercera parte, y que hecho de todo un trabado contexto, quedes cual debes instruido en las veras, que solo este ha sido el blanco de mi puntería. Y descubro el de mi pensamiento, á los que se sirvieren de excusarme del trabajo. Empero sea de manera que se puedan gloriar del suyo, que tengo por indecente negar á un autor su nombre, apadrinando sus obras con el ajeno: que será obligarme á escribir otro tanto, para no ser tenido por tonto, cargándome descuidos ajenos. Esto se quede, porque no parezca dicho con cuidado, ni mas de por haber venido á propósito. Mas volviendo al nuestro, digo que cada uno haga su plato y pasto de lo que le sirviéremos en esta mesa, dejando para otros lo que no le supiere bien, ó no abrazare su estómago, y no quieran todos que sea este libro como los banquetes de Eliogábalo, que se hacia servir de muchos y varios manjares, empero todos de un solo pasto, ya fuesen pavos, pollos, faisanes, jabalí, peces, leche, yerbas ó conservas. Una sola vianda era; empero como el maná, diferenciada en gustos: aunque los del maná eran los que cada uno queria, y esotros los que les daba el cocinero, conforme á la torpe gula de su amo. Con la variedad se adorna la naturaleza; eso hermosea los campos, estar aquí los montes, allí los valles, acullá los arroyos y fuentes de las aguas. No sean tan avarientos, que lo quieran todo para sí, que yo he visto en casa de mis amos dar libreas, y el paje pequeño tan contento con la suya, aunque no entró tanta seda, como el grande que la hubo menester doblada, por ser de mas cuerpo. Determinado estoy de seguir la senda que me pareciere atinar mejor al puerto de mi deseo, y lugar adonde voy caminando. Y tú, discreto huésped, que me aguardas, pues tienes tan clara noticia de las miserias que padece quien como yo va peregrinando, no te desdeñes, cuando en tu patria me vieres, y á tu puerta llegare desfavorecido, en hacerme aquel tratamiento que á tu propio valor debes, pues á tí solo busco, y por tí hago este viaje: no para hacerte cargo de él, ni con ánimo de obligarte á mas de una buena voluntad, que naturalmente debes á quien te la ofrece, y si de tí la recibiere, quedaré con satisfaccion pagado, y deudor para rendirte por ella infinitas gracias. Mas el que por oírmelas está deseoso de verme, mire no le acontezca lo que á los mas de los curiosos que

se ponen á escuchar lo que se habla de ellos, que siempre oyen mal; porque con oro fino se cubre la píldora, y á veces le causará risa lo que le debiera hacer verter lágrimas. Además, que si quisiere advertir la vida que paso, y lugar adonde quedo, conocerá su demasía, y daráme á conocer su poco talento. Póngase primero á considerar mi plaza, la suma miseria donde mi desconcierto me ha traido, represéntese otro yo, y luego discurra qué pasatiempo se podrá tomar con el que siempre lo pasa (preso y aherrojado) con un renegador ó renegado cómitre: salvo si soy para él como el toro en el coso, que sus garrochadas, heridas y palos alegran á los que lo miran, y en mí lo tengo por acto inhumano; y si dijeres que hago ascos de mi propio trato, que te lo vendo caro, haciéndome de rogar, ó que hago melindre, pesárame que lo juzgues á tal; que aunque es notoria verdad haber servido siempre al embajador mi señor de su gracioso, entonces pude, aunque no supe; y aunque ahora supiese, no puedo, porque tienen mucha costa, y no todo tiempo es uno. Mas para que no ignores lo que digo, y sepas cuáles eran mis gracias entonces, y lo que ahora seria necesario para ellas, oye con atencion el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

Guzman de Alfarache cuenta el oficio de que servia en casa del embajador su señor.

Del mucho poder y poca virtud en los hombres nace no premiar tanto servicios buenos y trabajos personales de sus fieles criados, cuanto palabras dulces de lenguas vanas, por parecerles que lo primero se les debe por lo que pueden, y así no lo agradecen; y de lo segundo se les hace gracia, porque no lo tienen, y compran sus faltas á peso de dineros. Es mucho de sentir que les parezca que contradice la virtud á su nobleza, y sintiendo mal de ella, no la tratan; y tambien porque como se haya de conseguir por medios ásperos, contrarios á su sensualidad, y con su mucho poder, nunca se les apartan del oido y lados, lisonjeros, viciosos y aduladores; aquella es la leche que mamaron, y paños en que los envolvieron, hicieron su centro natural con el uso, y con el mal abuso se quedaron. De aquí nacen los gastos demasiados, las prodigalidades, las vanas magnificencias, que sobre tabla se pagan muy presto, de contado, con suspiros y lágrimas: el dar antes á un truhan el mejor de sus vestidos, que á un virtuoso el sombrero

desechado; y porque tambien es dádiva recíproca, trueco y cambio que corre; visten ellos el cuerpo á los que revisten el suyo de vanidad, favorecen con regalos á los que los adulan con halagos de palabras tiernas y suaves, de buen sonido y consonancia; compran con precio su gusto, por lo cual corre su alabanza justamente de la boca de semejantes, dejando abierta la puerta por su descuido, para que los buenos publiquen sus demasías, que real y verdaderamente se debiera tener por vituperio. No quiero con esto decir, que carezcan los príncipes de pasatiempos; conveniente cosa es que tengan entretenimientos, empero que den á cada cosa su lugar: todo tiene su tiempo y premio. Necesario es, y tanto suele á veces importar un buen chocarrero, como el mejor consejero. No me pasa por el pensamiento atarles las manos á hacer mercedes, pues como tengo dicho, nunca el dinero se goza, sino cuando se gasta, y nunca se gasta, cuando bien se dispensa y con prudencia; ya, ya (por mis pecados) de uno y otro tengo experiencia, bien puedo deponer como aquel que ha traido los atabales á cuestas, pues el tiempo que serví al embajador mi señor (como has oido), yo era su gracioso, y te prometo que fuera muy de menor trabajo y menos pesadumbre para mí cualquiera otro corporal; porque para decir gracias, donaires y chistes, conviene que muchas cosas concurran juntas. Un don de naturaleza, que se acredite juntamente con el rostro, talle y movimiento de cuerpo y ojos; de tal manera, que unas prendas favorezcan á otras, y cada una por sí tenga un donaire particular, para que juntas muevan el gusto ajeno; porque una misma cosa la dirán dos personas diferentes: una de tal manera, que te quitarán el calzado y desnudarán la camisa, sin que con la risa lo sientas; y otra con tal desagrado, que te se hará la puerta lejos y angosta para salir huyendo, y por mas que procuren estos esforzarse á darles aquel vivo necesario, no es posible. Requiérese tambien leccion continua, para saber cómo y cuándo, qué y de qué se han de formar. Tambien importa memoria de casos, y conocimiento de personas, para saber casar y acomodar lo que se dijere, con aquello de quien se dijere. Conviene solicitud en inquirir lo mas digno de vituperar, y mas en los mas nobles, en vidas ajenas; porque ni los visajes del rostro, libre lengua, disposicion de cuerpo, alegres ojos, varias medallas de matachines, ni toda la ciencia del mundo será poderosa para mover el ánimo de un vano, si faltare la salsa de la murmuracion. Aquel puntillo de agrio, aquel granito de sal es quien da gusto, sazona y pone gracia en lo mas desabrido y simple; porque á lo restante, llama el vulgo retablo, artificio con poco ingenio. Tambien es de importancia, oportunidad y tiempo en quien las quisiere decir; que fuera de él y sin propósito, no hay gracia que lo sea, ni siempre se quieren oir, ni se podrán decir. Pídanle al mas diestro en ellas que las diga, y si le cogen al descuido, le dejarán helado. Aquesto

le aconteció á Cisneros, un famosísimo representante, hablando con Manzanos (que tambien lo era, y ambos de Toledo, los dos mas graciosos que se conocieron en su tiempo), que le dijo: Veis aquí, Manzanos, que todo el mundo nos estima por los dos hombres mas graciosos que hoy se conocen. Considerad que con esta fama, nos manda llamar el rey nuestro señor. Entramos vos y yo, y hecho el acatamiento debido (si de turbados acertáremos con ello) nos pregunta: ¿Sois Manzanos y Cisneros? Responderéisle vos, que sí; porque yo no tengo de hablar palabra. Luego nos vuelve á decir: Pues decidme gracias. Agora quiero yo saber ¿qué le diremos? Manzanos le respondió: Pues, hermano Cisneros, cuando en eso nos veamos (lo que Dios no quiera) no habrá mas que responder, sino que no están fritas. Así que no á todos ni de todo, ni siempre podrán decirse ni valdrán un cabello sin murmuracion. Esto sentia yo por excesiva desventura, hallarme obligado á ser como perro de muestra, venteando flaquezas ajenas. Mas como era el quinto elemento, sin quien los cuatro no pueden sustentarse, y la repugnancia los conserva, continuamente andaba solícito, buscando lo necesario al oficio que ya profesaba, para ir con ello ganando tierra, y rindiendo los gustos al mio, que no es la menor ni menos esencial parte captar la benevolencia, para que celebren con buena gana lo que se dice y hace; de modo que aquellas prendas que me negó naturaleza, las habia de buscar y conservar por maña: tomando ilícitas licencias, y usando perjudiciales atrevimientos, favorecido todo de particular viveza mia, por faltarme letras, pues entonces no tenia otras que las de algunas lenguas que aprendí en casa del cardenal mi señor, y aun esas estaban en agraz por mis verdes años. Considerad pues, ahora de todo lo dicho, qué puedo aquí tener, y qué me falta sin libertad y necesitado. En aquellos tiempos, en la primavera de mis floridos años, todo iba corriente, todo parecia bien, y á todo me acomodaba. Por ello y otras cosas anejas á ello me traian vestido, era el regalado, el de la privanza, el familiar, el dueño de mi amo, y aun de todos los interesados en ser sus amigos y allegados. Yo era la puerta principal para entrar en su gracia, y el señor de su voluntad. Yo tenia la llave dorada de su secreto, habíame vendido su libertad, obligábame á guardárselo tanto por esto, como por caridad de ley natural y amor que le tenia, que siempre conoció de mí gran sufrimiento en callar. Figúraseme ahora, que debia de ser entonces como la malilla en el juego de los naipes, que cada uno la usa cuando y como quiere. Diferentemente se aprovechaban todos de mí; unos de mis hechos, por su propio interés, y otros de mis dichos, por su solo gusto; y solo mi amo se tiraba conmigo en dichos y hechos. Esto he venido á decir porque de mí no se sienta que quiero contravenir á que los príncipes tengan en sus casas hombres de placer ó juglares. Y no seria malo cuando los

dar paga ni gracias del beneficio : ya sabíamos aca eso, y tiene mil inconvenientes. Pues maldito sea otro que tiene, mas de no haber dado ellos primero en ello; y con el viento de su vanidad y violencia de su codicia lo despiden. Hacen primero como los boticarios, que destilan ó majan la yerba, y en sacando la sustancia, dan con ella en el muladar. Entéranse primero del negocio como pueden, y dando de mano al verdadero autor, despues lo disponen de modo que le ponen del lodo, y vendiéndolo por suyo, sacan privilegio de ello. Son como las vasijas de vientre grande y boca estrecha, entienden las cosas mal, hinchen el estómago de cuanto les dicen; pero aunque mas les digan, y mas les den, y estén llenos, como no lo supieron entender, tampoco se dan á entender. De esta manera se pierden los negocios, porque no pudo este quedar tan enterado en lo que le trataron, como propio, que se desveló muchas noches, acudiendo á las objeciones de contra, y favoreciendo las de pro. Buen provecho les haga, en eso me ganen, que no les arriendo la ganancia. Mi amo holgaba de oirme, mas que por oirme; y como buen jardinero, recogia las flores que le parecian convenientes para el ramillete que deseaba componer, y dejaba lo restante para su entretenimiento. Conversaba conmigo de secreto, lo que decian otros en público, y no solo conmigo, antes como deseaba saber y acertar, solicitaba las habilidades de hombres de ingenio favorecíalos, y honrábalos, y si eran menesterosos, dábales lo que buenamente podia y veia que les faltaba, por un modo discreto, sin que pareciese limosna, dejándolos contentos, pagados y agradecidos. Acostumbraba de ordinario sentar dos ó tres de estos á su mesa, donde se proponian cuestiones graves, políticas y del Estado, principalmente aquellas que mayor cuidado le daban. De esta manera, sin descubrirse, recibia pareceres, y disfrutaba lo mas esencial de ellos. Lo mismo hacia con oficiales y gente ciudadana honrada, que (sustentándoles amistad) sabia de ellos los agravios que recibian, el reparo que podian tener, de qué ánimo estaban; y despues con su buen juicio, disponia segun le convenia, y en pocos casos erraba. Era muy discreto, compuesto, virtuoso, gentil estudiante, y amigo de tales. Tenia las calidades que pide semejante plaza, mas en medio de ella, en lo mejor de todo, estaba sembrado y nacido un pero. Manzana fué nuestra general ruina, y pero la perdicion de cada particular. Era enamorado, que no hay carne tan sana donde no haya corrupcion y se hallen miserias y enfermedades. La suya era querer bien, y aun con exceso; y en materia semejante, cada uno juzga como le parece. Aunque muchos políticos dijeron que no se podia dar hombre cumplidamente perfecto sin haber sido enamorado, segun lo sintió un gracioso labrador, pregonero en su pueblo, el cual, habiéndose pregonado muchas veces un jumento que á otro labrador se le habia perdido : como no pareciese (porque lo

debieron de hurtar Gitanos, que si es necesario, para desparecerlos y que no los conozcan, los tiñen verdes), y el dueño le pidiese con mucho encarecimiento que le volviese á pregonar el domingo despues de misa mayor, y que si pareciese le daria un ceboncillo que tenia. El traidor pregonero, movido de la codicia, lo hizo segun se lo pidió; y estando todo el pueblo junto en la plaza, se puso en medio de ella, y en voz alta dijo: El que de todos los vecinos de este lugar y zagales de él, nunca hubiere sido enamorado, véngalo diciendo, y le darán un gentil recental. Estaba puesto al sol, arrimado á las paredes de la casa de concejo un moceton de veinte y dos años al parecer, melenudo, un sayo largo pardo con girones, abierto por el hombro, y cerrado por delante, calzon de frisa blanca plegado por abajo, camisa de cuello colchado, que no se lo pasara un arco turquesco con una muy aguda flecha, caperuza de cuartos, las abarcas de cuero de vaca, y atadas por encima con tomizas, la pierna desnuda, y dijo: Hernan Sanz, dádmele á mí, que pardiez, nunca hu ñamorado, ni ma quillotrado tal refunfuñadura. Entonces el pregonero, llamando al dueño del jumento muy apriesa, y señalando al moceton con el dedo, le dijo: Anton Berrocal, dadme el ceboncillo, y veis aquí vuestro asno. Y porque lo levantemos mas de puntas con verdades, y de nuestro tiempo. En Salamanca, un catedrático de prima, de los mas famosos y graves letrados de aquella universidad, visitaba por su entretenimiento á una señora monja, hermosa, de mucha calidad y discreta. Y siéndole forzoso á él hacer ausencia de allí por algunos dias, aunque breves, fuése sin despedirse de allá, pareciéndole haber hecho una fineza en amor. Despues cuando volvió del viaje, y la quisiese visitar, como ella no admitiese su visita, quedó tan suspenso como triste; porque ignoraba cual fuese la causa de novedad semejante, habiéndole hecho siempre tanta merced; mas cuando por buena diligencia supo la causa, estimóselo en mucho, pareciéndole que antes aquello era (en cierta manera) un género de favor. Envióla á dar sus disculpas, haciendo instancia en suplicarla lo viese, poniendo por terceras para ello algunas amigas de ambas partes. Ya por la mucha importunacion (aunque de mala gana) salió á recibir la visita, empero con tanto enojo y cólera, que lo dió bien á conocer, pues las primeras palabras fueron decirle: Debeis de ser mal nacido; y tan bajos pensamientos no arguyen menos que humilde linaje; lo cual confirma vuestro mal proceder, y así habeis dado de ello infame muestra; pues teniendo el ser que teneis por mi respeto, y habiendo llegado por él al punto en que os veis, olvidado de todo, y de lo que me cuesta el haberos calificado, me habeis perdido el debido reconocimiento: mas pues fué mia la culpa con engrandeceros, no es mucho que padezca la pena de sufriros. A estas palabras añadió muchas otras de aspereza, tanto, que ya el pobre

señor, hallándose corrido (por los que á semejante sequedad se hallaron presentes) y atajado de un exceso de rigor, dijo: Señora, en cuanto tener vuestra merced queja de mí, ya sea con razon, ó sin ella, y acusar mi mal proceder, pase, porque cada uno siente como ama; y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace: mas en lo forzoso, justo y necesario habré de satisfacer á los presentes por mi honra, que si Dios fué servido de traerme al puesto que tengo, no ha sido por sobornos ni por favores; antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras. Ella entonces no dejándole pasar adelante, antes con ira le replicó luego: ¿Pues cómo, traidor, y teníades vos entendimiento para conseguirlas en tal extremo (ni para remendaros un zapato viejo) si yo no hubiera puesto el caudal, con daros licencia que me amárades? Conforme á esto, averiguado queda lo que importe amar y no ser tan gran delito cuanto lo criminan: digo, cuando los fines no son deshonestos. Mas en mi amo, juzgábase á mala parte; habian excedido y traspasado la raya, de que me cargaban á mí lo malo de ellos, achacándome, que despues que yo le servia tenia legrado el casco y le sonaban dentro cascabeles, lo cual no se le habia sentido hasta entonces. Bien pudo ello ser así, que con mi calor brotase pimpollos, mas para decir verdad (pues aquí no se conocen partes, y la peor es para mí) cierto que me lo levantaron; porque ya cuando le comencé á servir, y puso su cura en mis manos, desahuciado estaba ya de los médicos. No quiero negar ni mucha ocasion; porque con el favor que tenia, tenia tambien libertades y gracias perjudiciales. Yo era familiar en toda Roma, entraba en cada casa como en la propia, tomando por achaque para mis pretensiones dar lecciones, á unas de tañer, y á otras de danzar. Entretenia en buena conversacion á las doncellas con chistes, y á las viudas con murmuraciones, y ganando amistades con los casados, ganaba las bocas á sus mujeres, á quien ellos me llevaban para darles gusto, y que de este principio lo tuviese mi amo para declararse mas; porque haciéndole yo relacion de lo que pasaba en todas partes, era cosa natural soplar con el aire de mis palabras el fuego de su corazon, quitando la ceniza de sobre las ascuas que dentro estaban encendidas y vivas. Habia buena disposicion, y era menester poca ocasion; era la casa de paja, bastaba poca lumbre para levantarse mucho incendio, aficionándose de quien mejor le pareciese, sin guardar el recato que antes. Yo me confieso por el instrumento de sus excesos, y que por mi respeto, de verme pasear, entrar y salir, estaban ya muchas casas y calidades manchadas con infamia. Mas dejemos aquí á mi amo, como á hombre á quien, aunque aquesto le causaba nota, no era tan de culpar como á los que á mí me conocian. Quisiérales yo preguntar: ¿Qué honra, ó qué provecho era el que conmigo interesaban? ¿La señora viuda para qué quiere donaires, ó para qué los

padres llevan á sus hijas tales pasantes, ni los maridos á sus mujeres entretenimientos tan peligrosos? ¿Qué otra cosa se puede sacar de los pajecitos pulidetes, cual yo era, que no pisaba el suelo, ni de los graciosos de los príncipes ó enanos de los poderosos? ¿de qué valen, sino de que les digan y oigan ellas de buena gana la de sus amos? ¿lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ámbares que compran, las galas con que regalan, y las músicas que dieron? ¿Para qué dan oidos á cosas con que otros despues abran sus bocas y sacudan sus lenguas? ¿No ven que labran la cárcel y tejen la tela con que las amortajan? ¿De qué aprovecha gustar de cuentos, que no es otra cosa sino dar lugar para que los lleven á sus amos y los den que contar á sus vecinos? Pues ténganse su pago; si son amigas de gracias, no se maravillen de las desgracias. Quieren llevar á sus casas músicas, pues á fe que les han de cantar coplas: *La viuda honrada, su puerta cerrada, su hija recogida, y nunca consentida, poco visitada y siempre ocupada; que del ocio nació el negocio;* y es muy conforme á razon, que *la madre holgazana saque hija cortesana;* y si se picare, que la hija se repique, y sea cuando casada mala casera, por lo mal que fué doctrinada. Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sí lo que murmuran de los otros, y vean cuánto mejor seria que sus mujeres, hermanas é hijas aprendiesen muchos puntos de aguja, y no muchos tonos de guitarra: *Bien gobernar, y no mucho bailar,* que de no saber las mujeres andar por los rincones de sus casas, nace ir á hacer mudanzas á las ajenas. ¿Por ventura digo verdad? Ya sé que direis que sí, empero quo tales verdades como aquellas, no se han de tratar ni decir donde no hay necesidad. Así lo confieso, y apruebo de mi parte: mas ya que á ninguno de los que aquí están y me oyen, les toca lo dicho, bien está dicho, para que lo aconsejen á otros, que en esto vieren descaminados, y cuando sea necesario.

Malo es lo malo, que nunca pudo ser bueno ser yo alcahuete de mi amo, y esto por la órden y traza que arriba he dicho, tomando ocasion de cuando en Roma entraba como familiar en cada casa como en la propia, valiéndome por achaque para mis pretensiones dar las lecciones de tañer y de danzar, entretener á las doncellas con chistes, y á las viudas con murmuraciones, y tomando amistad con los casados. Mas tuve disculpa, porque me descubrió la necesidad aquel camino por donde saliese á buscar mi vida; pero ¿qué descargo darán, ni cómo se podrán disculpar los que así enajenan, y no estiman las prendas de mayor estimacion que tienen, y el ser esto lo que mas deben estimar y poner sobre sus ojos? Si yo lo hacia, era por asentar con mi amo la aficion y privanza que en ambas partes habia, y no con fin ni pensamiento de alborotar su flaqueza, y lo condeno. Mas quien de mí se fiaba en semejantes casos y tanto me confiaba, ¿qué aguardaba, ó qué

esperaba de mí? Paréceles á muchos que acreditan su estimacion, que se adquiere nobleza, y se granjea reputacion con semejantes visitas, entradas y salidas, siendo muy al contrario; y á las mujeres, que tratando con pajes, con poetas estudianticos de alcorza, de bonete abollado, y mocitos de barrio, y otros á este modo, que serán tenidas por discretas, y pierden el nombre de castas, cual debian ser, quedándose despues para necias. De esto y esotro, lo que vine á sacar medrado, en resolucion, fué graduarme de alcahuete; porque, sin mentir, pudieran ponerme borla por lo que á muchos otros, y con mucho menos, los veia poner borra. Veis como aun las desdichas vienen por herencia. Ya se decia, sin ningun género de rebozo ni máscara, que yo traia sin sosiego y quietud á mi amo, y él á mí traia hecho un Adonis en el traje pulido, galan y oloroso, por mi buena solicitud y diligencia en cosas semejantes. ¡Qué cierta y segura es la murmuracion en cosas tocantes á esto! y si en lo bueno muerde, ¿qué maravilla es que en lo malo despedace, y *que haya sospechas donde no faltan hechas*? Grandísima simplicidad é ignorancia fuera la mia, y de tales como yo, cuando pidiéremos otro mejor nombre, ni queramos tapiar á piedra lodo de tal suerte las imaginaciones, dando evidentes ocasiones á ello. No se puede poner coto á los que juzgan, porque es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos, contar las arenas del mar. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen, ó negar lo que todos afirman; todo es trabajo sin provecho, como querer atar y poner puertas al humo. Mas ¿qué diré agora de nuestros amos tontos, pues les debe de parecer que por nuestra mano corre bien y con secreto su negocio? Real y verdaderamente conozco que no hay ciencia que corrija á un enamorado; no hay en amores Bártulos, ni Aristóteles, ni Galenos; faltan consejos, falta el saber, y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nuestra solicitud; porque á dos visitas nuestras, y un paso suyo, lo cantan luego los muchachos por las calles. La pena que yo tenia era verme apuntar el bozo y barbas, y que sin rebozo me daban con ello en ellas; y como á los pajes graciosos y de privanza toca el ser ministros de Venus y Cupido, cuanto cuidado ponia en componerme, pulirme y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme; y viéndome así, para murmurarme. Yo procuraba ser limpio en los vestidos, y se me daba poco por tener manchadas las costumbres, y así me ponian de lodo con sus lenguas. Ultimamente, por activa ó por pasiva, ya me decian el nombre de las pascuas; y aunque les decia que como bellacos mentian, reíanse y callaban, dando á la verdad su lugar: ultrajábanme con veras, y recibian mis agravios á burlas: mis palabras eran pajas, y las de ellos garrochas. Hombres hay considerados, que toman los dichos, no como son, sino de quien los dice, y es gran cordura de muy cuerdos. Al con-

trario de algunos (no sé si diga necios) que de un favor de su dama forman injuria; y como si lo fuese, ó lo pudiera ser, toman venganza, representando agravio; y haciéndosele á ella en su honra, sin razon la disfaman. Yo no podia resistir á tantos, ni acuchillarme con todos; veia que tenian razon, pasaba por ello; y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobios, en mí era de cobardía y abatimiento de ánimo, que si á todo callaba, era porque mas no podia; y así, lo sufria con paciencia. Como en casa no habia centella de vergüenza, no reparaba en lo menos, perdido ya lo mas, con risitas y sonsonetes me importaba llevarlo. En resolucion, aunque debiera tener por mas compatible cualquier excesivo daño que torpe provecho, tenia como melon la cama hecha, estaba dañado, y sin tratar de la enmienda, la tomaba como por honra, dando ripio á lo malo cuando algo me decian, por no mostrarme corrido ni obligado, que fuera dar lugar á que mas me apretasen, y menos me aprovechase. Ya con esto, en alguna manera, no me perseguian tanto; mas ¿para qué habia de hacer otra cosa, cuando me importara, si aunque quisiera intentarlo no saliera con ello, y fuera encender el fuego, pensando apagarle con estopas y resina? Haga conchas de galápago, y lomos de paciencia: cierre los oidos y la boca quien abriere la tienda de los vicios; y ninguno crea que teniendo costumbres feas, tendrá fama hermosa; pues *el nombre sigue al hombre*, y tal será estimado, cual su trato diere lugar para ello.

CAPÍTULO III.

Guzman de Alfarache cuenta lo que le aconteció con un capitan y un letrado en un banquete que hizo el embajador.

Son tan parecidos el engaño y la mentira, que no sé quien sepa ó pueda diferenciarlos; porque aunque diferentes en el nombre, son de una identidad, conformes en el hecho, supuesto que no hay mentiras sin engaño, ni engaño sin mentiras. Quien quiere mentir, engaña; y él que quiere engañar, miente. Mas como ya están recibidos en diferentes propósitos, iré con el uso, y digo conforme á él: que tal es el engaño respecto de la verdad, como lo cierto en órden á la mentira, ó como la sombra del espejo, y lo natural que la representa. Está tan dispuesto, y es tan fácil para efectuar cualquier grave daño, cuanto es difícil de ser á los principios conocido, por ser tan semejante al bien, que representando

su misma figura, movimientos y talle, destruye con grande facilidad. Es una red sutilísima, en cuya comparacion fué hecha de maromas la que fingen los poetas que fabricó Vulcano contra el adúltero[1]. Es tan imperceptible y delgada, que no hay tan clara vista, juicio tan sutil, ni discrecion tan limada que pueda descubrirla; y tan artificiosa, que tendida en lo mas llano, menos podemos escaparnos de ella por la seguridad con que vamos. Y con aquesto, es tan fuerte, que pocos ó ninguno la rompe sin dejarse dentro alguna prenda. Por lo cual se llama (con justa razon) el mayor daño de la vida; pues debajo de lengua de cera trae corazon de diamante, viste cilicio sin que le toque, chúpase los carrillos y rebienta de gordo; y teniendo salud para vender, habla doliente por parecer enfermo. Hace rostro compasivo, da lágrimas, ofrécenos el pecho, los brazos abiertos para despedazarnos en ellos. Y como las aves dan el imperio al águila, los animales al leon, los peces á la ballena, y las serpientes al basilisco, así entre los daños es el mayor de ellos el engaño, y mas poderoso. Como áspide, mata con un sabroso sueño. Es voz de sirena, que prende agradando al oido. Con seguridad ofrece paces, con halago amistades, y faltando á sus divinas leyes las quebranta, dejándolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos y ciertas esperanzas que nunca cumple ni llegan, porque las va cambiando de feria en feria. Y como le fabrica la casa de muchas piedras, así un engaño le fabrica de otros muchos engaños, todos á solo aquel fin dirigidos. Es verdugo del bien, porque con aparente santidad asegura, y ninguno se guarda de él ni le teme. Viene cubierto en figura de romero para ejecutar su mal deseo. Es tan general esta contagiosa enfermedad, que no solamente los hombres la padecen, mas las aves y animales. Tambien los peces tratan allá de sus engaños, para conservarse mejor cada uno.

Engañan los árboles y plantas prometiéndonos alegre flor y fruto, que al tiempo falta, y lo pasan con lozanía. Las piedras, aun siendo piedras y sin sentido, turban el nuestro con su fingido resplandor, y mienten, pues no son lo que parecen; el tiempo, las ocasiones, los sentidos nos engañan; y sobre todo aun los mas bien trazados pensamientos. Toda cosa engaña, y todos engañamos en una de cuatro maneras. La una de ellas es, cuando quien trata el engaño sale con él, dejando engañado al otro, como le aconteció á cierto estudiante de Alcalá de Henares, el cual, como se llegasen las pascuas, y no tuviese con que poderlas pasar alegremente, acordóse de un vecino suyo que tenia un muy gentil

[1] Noticioso Vulcano de que Venus, su esposa, mantenia trato ilícito con Marte, fabricó una red imperceptible á la vista, y sin embargo tan fuerte, que Marte mismo no la pudiese romper: convidó en seguida á todos los dioses, sorprendió á los dos amantes, que cercados no pudieron escapar, y los expuso á la mofa del Olimpo.

corral de gallinas, y no para hacerle algun bien. Era pobre mendicante, y juntamente con esto grande avariento; criábalas con el pan que le daban de limosna, y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormia. Pues como anduviese dando trazas para hurtárselas, y ninguna fuese buena, porque de dia era imposible, y de noche asistia y las guardaba, vínole á la memoria fingir un pliego de cartas, y púsole de porte dos ducados, dirigiéndole á Madrid á cierto caballero principal muy conocido, y antes que amaneciese, con mucho secreto se lo puso al umbral de la puerta, para que luego en abriéndola le hallase. Levantóse por la mañana, y como lo vió, sin saber qué fuese, lo alzó del suelo; pasó el estudiante por allí como acaso, y viéndole el pobre, le rogó que leyese qué papeles eran aquellos: el estudiante le dijo: Cuales me hallara yo agora otros: estas cartas van á Madrid con dos ducados de porte á un caballero rico que allí reside, y no será llegado, cuando estén pagados. Al pobre le creció el ojo, parecióle que un dia de camino era poco trabajo, en especial pudiendo andarle para medio dia, y á la noche se volveria en un carro; dió de comer á sus aves, dejólas encerradas y proveidas, y fuése á llevar su pliego. El estudiante á la noche saltó por unos trascorrales, y desquiciando el aposentillo, no le tocó en alguna otra cosa que en las gallinas, no dejándole mas de solo el gallo, con un capuz y caperuza de bayeta, muy bien cosido, de manera que no se le cayese; y así se fué á su casa. Cuando el pobre vino á la suya de madrugada, y vió su mal recaudo, y que habia trabajado en balde, porque tal caballero no habia en Madrid, lloraban él y el gallo su soledad y viudez amargamente. Otros engaños hay, en que junto con el engañado lo queda tambien el engañador. Así le aconteció á este mismo estudiante, y en este mismo caso; porque como para efectuarlo no pudiese solo él, siéndole necesario compañía, juntóse con otro camarada suyo, dándole cuenta y parte del hurto. Este lo descubrió á un su amigo, de manera que pasó la palabra hasta venirlo á saber unos bellaconazos andaluces. Y como esotros fuesen Castellanos Viejos, y por el mismo caso sus contrarios, acordaron de desbalijarlos con otra graciosa burla. Sabian la casa donde fueron, y calles por donde habian de venir. Fingiéronse justicia, y aguardaron hasta que volviesen á la traspuesta de una calle, de donde luego que los divisaron salieron en forma de ronda, con sus linternas, espadas y rodelas: adelantóse uno á preguntar: ¿Qué gente? Pensaron ellos que aquel era corchete, y por no ser conocidos y presos con aquel mal indicio, soltaron las gallinas, y dieron á huir como unos potros. De manera que no faltó quien tambien á ellos los engañase.

La tercera manera de engaño es, cuando son sin perjuicio, que ni engañan á otro con ellos, ni lo quedan los que quieren ó tratan de engañar: lo cual es en dos maneras; ó con obras, ó pala-

bras. Con palabras, contando cuentos, refiriendo novelas, fábulas y otras cosas de entretenimiento. Y con obras, como son las del juego de manos, y otros primores ó tropelías que se hacen, y son sin algun daño ni perjuicio.

La cuarta manera es, cuando el que piensa engañar queda engañado, trocándose la suerte. Aconteciόle aquesto á un gran príncipe de Italia (aunque tambien se dice de César), el cual por favorecer á un famosísimo poeta de su tiempo, le llevó á su casa, donde le hizo á los principios muchas lisonjas y caricias, acompañadas de mercedes, mientras le duró aquel gusto : mas fuésele pasando poco á poco, hasta quedar el pobre poeta con solo su aposento y limitada racion. De manera que padecia mucha desnudez y trabajo ; tanto, que ya no salia de casa por no tener con que cubrirse. Y considerándose allí enjaulado, que aun como á papagayo no trataban de oirle, acordó de recordar al príncipe dormido en su favor, tomando traza para ello ; y en sabiendo que salia de casa, esparábalo á la vuelta, y saliéndole al encuentro con alguna obra que le tenia compuesta, se la ponia en las manos, creyendo con aquello refrescarle la memoria. Tanto continuó en hacer esta diligencia, que ya cansado el príncipe de tanta importunacion lo quiso burlar, y habiendo él mismo compuesto un soneto, y viniendo de pasearse una tarde, cuando vió que le salia el poeta al encuentro, sin darle lugar á que le pudiese dar la obra que le habia compuesto, sacó del pecho el soneto, y púsosele en las manos al poeta; el cual, entendiendo la treta como discreto, fingiendo haberlo ya leido, celebrándole mucho, echó mano á su faltriquera, y sacó de ella un solo real de á ocho que tenia, y diósele al príncipe, diciendo: Digno es de premio un buen ingenio; cuanto tengo doy, que si mas tuviera, mejor lo pagara. Con esto quedó atajado el príncipe, hallándose preso en su mismo lazo, con la misma burla que pensó hacer, y trató de allí adelante de favorecer al hombre como solia primero. Hay otros muchos géneros de estos engaños, y en especial es uno, y dañosísimo, el de aquellos que quieren que como por fe creamos lo que contra los ojos vemos. Los mal nacidos, y por tal conocidos, quieren con hinchazon y soberbia ganar nombre de poderosos, porque á lo sumo tienen cuatro maravedís, dando con su mal proceder causa que hagan burla de ellos, diciendo quiénes son, qué principio tuvo su linaje, de dónde comenzó su caballería, cúanto le costó la nobleza, y el oficio en que trataron sus padres, y quiénes fueron sus madres. Piensan estos engañar, y engáñanse ; porque con humildad, afabilidad y buen trato fueran echando tierra hasta henchir con el tiempo los hoyos, y quedar parejos con los buenos. Otros engañan con baladronadas para hacerse valientes, como si no supiésemos que solo aquellos que callan lo son. Otros con el mucho hablar y mucha librería, quieren ser estimados por sabios,

y no consideran cuánto mayor la tienen los libreros, y no por eso lo son; que ni la sotana larga, ni el sombrero de falda, ni la mula con tocas en gualdrapadas, será poderosa para que á cuatro lances no descubra la hilaza. Otros hay necios de solar conocido, que como tales, ó que caducan de viejos, inhábiles ya para todo género de uso y ejercicio, notorios en edad y flaqueza, quieren desmentir las espías, contra toda verdad y razon, tiñendose las barbas, cual si alguno ignorase que no las hay tornasoladas, que á cada viso hacen su color diferente, y ninguno perfecto, como los cuellos de las palomas, y en cada pelo se hallan tres diferencias, blanco al nacimiento, flavo en el medio, y negro á la punta, como pluma de papagayo; y en mujeres, cuando lo tal acontece, ningun cabello hay que no tenga su color diferente.

Puedo afirmar de una señora que se teñia las canas, á la cual estuve con atencion mirando, y se las vi verdes, azules, amarillas, coloradas, y de varios colores, y en algunas de todos; de manera, que por engañar al tiempo descubria su locura, siendo risa de cuantos la veian. Que usen esto algunos mozos, á quienes por herencia (como fruta temprana de la vera de Plasencia) les nacieron cuatro pelos blancos, no es maravilla, y aun estos dan ocasion que se diga libremente de ellos aquello de que van huyendo, perdiendo el crédito en edad y seso. Desventurada vejez, templo sagrado, paradero de los carros de la vida, ¿cómo eres tan aborrecida en ella, siendo el puerto de todos mas deseado? ¿Cómo los que de lejos te respetan, en llegando á tí te profanan? ¿Cómo, si eres vaso de prudencia, eres vituperada como loca? ¿Y si eres la misma honra, respeto y reverencia, cómo estás de tus mayores amigos tenida por infame? ¿Y si eres archivo de la ciencia, porqué te desprecian? O en tí debe de haber mucho mal, ó la maldad está en ellos; y esto es lo cierto: llegan á tí sin lastre de consejo, y da vaivenes la gavia, porque al seso le falta el peso. A propósito te quiero contar un cuento largo de consideracion, aunque de discurso breve, fingido para este propósito.

Cuando Júpiter crió la fábrica de este universo, pareciéndole toda en todo tan admirable y hermosa, primero que criase al hombre, crió los demás animales, entre los cuales quiso el asno señalarse (que si así no lo hiciera, no lo fuera), y luego que abrió los ojos y vió esta belleza del orbe, se alegró. Comenzó á dar saltos de una en otra parte con la rociada que suelen, que fué la primera salva que se le hizo al mundo inmundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo mas manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginacion, cómo, de dónde, ó cuando era él asno, pues ni tuvo principio del asno, ni tuvo padres que fuesen asnos. ¿Porqué, ó para qué fué criado? ¿Cuál habia de ser su paradero? Cosa muy propia de asnos, venirles la consideracion á mas no poder, ó lo último de todo, cuando es pasada la fiesta,

los gustos y contentos; y aun quiera Dios que llegue como ha de venir, con enmienda y perseverancia: que *temprano se recoge, quien tarde se convierte.* Con este cuidado se fué á Júpiter, y le suplicó se sirviese de revelarle, ¿quién, ó para qué le habia criado? Júpiter le dijo, que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo. Y fué este tan pesado para él, que de solamente oirle, le hizo mataduras, y arrodillar de ojos en el suelo; y con el temor del trabajo venidero (aunque siempre los males no padecidos, asombran mas, con el ruido que hacen cuando se oyen, que despues de ejecutados) quedó en aquel punto tan melancólico, cual de ordinario le vemos, pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba; y preguntando ¿cuánto tiempo habia de durar en ella? le fué respondido que treinta años. El asno se volvió de nuevo á congojar, pareciéndole que seria eterna, si tanto tiempo la esperase, que aun á los asnos cansan los trabajos; y con humilde ruego le suplicó, que se doliese de él, no permitiendo darle tanta vida; y pues no habia desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar de tanta pena, que bastaria vivir diez años, los cuales prometia servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre; y que los veinte restantes los diese á quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter, movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el asno menos mal contento. El perro, que todo lo huele, habia estado atento á lo que pasó con Júpiter y el asno, y quiso tambien saber de su buena ó mala suerte; y aunque anduvo en esto muy perro, queriendo saber lo que no era lícito, secretos de los dioses, y para solos ellos reservados, cuales eran las cosas por venir, en cierta manera pudo tener excusa su yerro, pues lo preguntó á Júpiter, y no hizo lo que algunos de los que me oyen, que (sin Dios, y con el diablo) buscan hechicerías, y Gitanas que les echen suertes, y digan su buena ventura: ¡ved cual se la dirá, quien para sí la tiene mala! Dícenles mil mentiras y embelecos: hártanles por bien ó por mal, aquello que pueden, y dejándolos para necios, burlados y engañados. En resolucion, fuése á Júpiter, y suplicóle, que pues con su compañero el asno habia procedido tan misericordioso, dándole satisfaccion á sus preguntas, le hiciese á él otra semejante merced. Fuéle respondido, que su ocupacion seria en ir y venir á caza, matar la liebre y el conejo, y no tocar en él, antes ponerle con toda fidelidad en manos del amo; y despues de cansado y despeado de correr y trabajar, habian de tenerle atado á estaca, guardando la casa, donde comeria tarde, frio y poco, á fuerza de dientes, royendo un hueso roido y desechado, y juntamente con esto le darian muchas veces muchos puntillones y palos. Volvió á replicar, preguntando el tiempo que habia de padecer tanto trabajo. Fuéle respondido, que treinta años. Mal contento el perro, le pareció negocio intolerable; mas confiado de la mer-

ced que al asno se le habia hecho, representando la consecuencia, suplicó á Júpiter que tuviese de él misericordia, y no permitiese hacerle agravio, pues no menos que el asno era hechura suya, y el mas leal de los animales: que lo emparejase con él, dándole solos diez años de vida. Júpiter se lo concedió; y el perro, reconocido de esta merced, bajó el hocico por tierra, en agradecimiento de ella, resignando en sus manos los otros veinte años de que le hacia dejacion. Cuando pasaban estas cosas, no dormia la mona, que con atencion estaba en acecho, deseando ver el paradero de ellas; y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar á sus compañeros, además que la llevaba el deseo de saber de sí, pareciéndola, que quien tan clemente se habia mostrado con el asno y el perro, no seria para con ella rigoroso. Fuése á Júpiter, y suplicóle se sirviese darla alguna luz de lo que habia de pasar en el discurso de su vida, y para qué habia sido criada, pues era cosa indudable no haberla hecho en balde. Júpiter la respondió, que solamente se contentase saber por entonces, que andaria en cadenas, arrastrando una maza, de quien se acompañaria como de un fiador, si ya no la ponian asida de alguna varanda ó reja, donde padeceria en el verano calor, y en el invierno frio, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos, porque á cada bocado daria cien tenazadas con los dientes, y la darian otros tantos azotes para que con ellos provocase á risa y gusto. Este se le hizo á ella muy amargo, y si pudiera, lo mostrara entonces con muchas lágrimas; pero llevándolo en paciencia, quiso tambien saber cuánto tiempo habia de padecerlo. Respondiéronla lo que á los otros, que viviria treinta años. Congojada con esta respuesta, y consolada con la esperanza en el clemente Júpiter, le suplicó lo que los demás animales, y aun se la hicieron muchos años. Otorgósele la merced, segun que lo habia pedido, y dándole gracias le besó la mano por ello, y fuése con sus compañeros.

Ultimamente, crió despues al hombre, criatura perfecta mas que todas las de la tierra, con ánima inmortal y discursiva. Dióle poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndolo señor usufructuario de ello. Él quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, tan misteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de inmortalidad; y así suplicó á Júpiter le dijese, no lo que habia de ser de él, sino cuánto habia de vivir. Júpiter le respondió, que cuando determinó la creacion de todos los animales, y la suya, propuso darles á cada uno treinta años de vida. Maravillóse de esto el hombre, que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos pasaria como una flor su vida. Y apenas habria sacado los piés del vientre de su madre, cuando entraria de cabeza en el de la

tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar de su edad, ni del agradable sitio donde fué criado. Y considerando lo que con Júpiter pasaron los tres animales, fuése á él, y con rostro humilde le hizo este razonamiento: Supremo Júpiter, si ya no es que mi demanda te sea molesta, y contra las ordenaciones tuyas (que tal no es intento mio, mas cuando tu divina voluntad sea servida, confirmando la mia con ella en todo) te suplico, que pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia con el conocimiento de razon que no tuvieron, pues largaron cada uno de ellos veinte años de los que les habias concedido; te suplico me los des, para que yo los viva por ellos, y tú seas en este tiempo mejor servido de mí. Júpiter oyó la peticion del hombre, concediéndole que como tal viviese sus treinta años, los cuales pasados, comenzase á vivir por su órden los heredados. Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreando, juntando, trayendo á casa, y allegando para sustentarla lo necesario á ella. De cincuenta hasta setenta viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condicion y peor gusto. Y últimamente de setenta á noventa, usase de los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza. Y así vemos en los que llegan á esta edad, que suelen (aunque tan viejos) querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar y hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la mona, que todo es querer imitar las obras del hombre, y nunca lo puede ser.

Terrible cosa es, y mal se sufre, que los hombres quieran, á pesar del tiempo y de su desengaño, dar á entender al contrario de la verdad; y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hagan trampantojos, desacreditándose á sí mismos: como si con esto comiesen mas, durmiesen mas ó mejor; viviesen mas ó con menos enfermedades; ó como si por aquel camino les volviesen á nacer los dientes y muelas que ya perdieron, ó no se les cayesen las que les quedan; ó como si reformasen sus flaquezas, cobrando calor natural, vivificándose de nuevo la vieja y helada sangre, ó como si se sentiesen mas poderosos en dar y tener mano. Finalmente, como si supiesen que no se supiese ni se murmurase, que ya no se dice otra cosa, sino de cual es mejor legía, la que hace fulano ó la de zutano. No sin propósito he traido lo dicho, pues viene á concluirse con dos caballeros cofrades de esta bobada, por quien he referido lo pasado.

El embajador mi señor (como has oido) daba plato de ordinario, era rico, y holgaba hacerlo. Y como no siempre todos los convidados acontecian á ser de gusto, acertó un dia que hacia banquete al embajador de España y á otros caballeros, llegársele dos de mesa; eran personas principales, uno capitan y el otro letrado, pero para él enfadosísimos y cansados ambos, y de quien antes

habia murmurado conmigo á solas; porque tanto cuanto gustaba de hombres de ingenio, verdaderos y de buen proceder, aborrecia por el contrario todo género de mentiras aun en burlas. No podia ver hipócritas, ni aduladores; queria que todo trato fuera liso, sencillo y sin doblez, pareciéndole que allí estaba la verdadera ciencia. Y aunque habia causas en estos para ser aborrecidos, tengo tambien por sin duda que hay en esto de amarse ó desamarse unos mas que otros algun influjo celeste, y en estos obraba con eficacia, porque todos los aborrecian. Bien quisiera mi amo escaparse de ellos, mas no pudo á causa de que se le llegaron en la calle, y lo vinieron acompañando. Hubo de tenerles el embite por fuerza, trayéndolos á su pesar consigo; que no hay peso que así pese, como lo que pesa una semejante pesadilla. Luego como entró por la puerta de casa, le conocí en el rostro que venia mohino. Miréle con atencion, y entendióme. Hízome señas, hablándome con los ojos, mirando aquellos dos caballeros, y no fué menester mas para dejarme bien satisfecho y enterado de todo el caso. Callé por entonces, y disimulé mi pesadumbre: púseme á imaginar qué traza podria tener, para que aquestos hombres (que tan disgustado tenian á mi amo) le pudieran ser en alguna manera de entretenimiento y risa, pagando el escote. Tocóme luego en la imaginacion una graciosa burla, y no hice mucho en fabricarla, porque ya ellos venian perdigados, y la traian guisada. Esperé la ocasion, que ya estaba muy cerca, y guardéme para los postres, por ser mejor admitido, que para que la boca se hinche de risa, no ha de estar el vientre vacío de vianda, y nunca se quisieron bien gracias y hambre; tanto se ríe, cuanto se come. Las mesas estaban puestas, vinieron sirviendo manjares, brindáronse los huéspedes; y cuando ya vi que se les calentaba la sangre á todos y andaba la conversacion en folla, tratando de varias cosas, antes de dar aguamanos, ni levantar los manteles, lleguéme por un lado al capitan, y díjele al oido un famoso disparate; él se rió de lo que le dije, y viéndose obligado á responderme con otro, me hizo bajar la cabeza para decírmelo al oido; y así en secreto nos pasaron ciertas idas y venidas. Y cuando me pareció tiempo á propósito, levanté la voz sin contar con él, diciendo con rostro sereno cual si fuera verdad que hubiéramos tratado de lo que queria decir: No, no, eso no, señor capitan, si vuestra merced se lo quiere decir, muy enhorabuena, pues tiene lengua para ello y manos para defenderlo, que no son buenas burlas esas para un pobre mozo como yo, y tan servidor del señor dotor como el que mas en el mundo. Mi amo y los demás huéspedes dijeron á una: ¿Qué es eso, Guzmanillo? Yo respondí: No sé, por Dios; aquí el señor capitan que tiene deseo de verme de corona, me ordena los grados y anda procurando como el señor dotor y yo nos cortemos las uñas, metiéndonos en pendencia. El capitan se quedó helado del embe-

leco, y no sabiendo en lo que habia de parar, se reia sin hablar palabra: mas el embajador de España me dijo: Guzman, amigo, por mi vida, ¿qué ha sido eso? ¿sepamos de qué te ries y enojas á un tiempo, que algo debe tener de gusto? Pues vuestra señoría metió su vida por prenda, dirélo aunque muy contra toda mi voluntad, y protesto que no digo nada, ni lo dijera con menos fuerza, si me sacaran la lengua por el colodrillo. Sabrá vuestra señoría que me mandaba el señor capitan que le hiciese al señor dotor una burla picándole algo en el corte de la barba, porque dice que la trae á modo de barba de pichel de Flandes, y que la mete las noches en prensa de dos tabletas, liada como guitarra, para que á la mañana salga con esquinas como limpiadera, pareja y tableada, los pelos iguales, cortados en cuadro, muy estirada porque alargue, para que con ella y su bonete romano acrediten sus letras pocas y gordas como de libro de coro. Cual si fuera esto parte para darlas, y no se hubiesen visto caballos argeles, hijos de otros muy castizos y muy grandes necios de falda, mayores que las de sus sotanas, y son como melones que nos engañan por la pinta, parecen finos, y son calabazas. Esto queria que yo le dijese como de mio; por eso digo que se lo diga él y haga, ó haga lo que mandare. Santiguábase riendo el capitan viendo mi embuste, y todos tambien se reian sin saber si fuese verdad ó mentira que tal nos hubiese pasado. Mas el señor dotor con su entendimiento atestado de sopas, no sabia si enojarse ó llevarlo en burlas; empero como le estaban los mas mirando, asomóse un poco, y haciendo la boca de corrido, dijo: Monsieur, si mi profesion diera lugar á la satisfaccion que pide semejante atrevimiento, crea vuestra señoría que cumpliera con la obligacion en que mis padres me dejaron. Mas como vuestra señoría está presente, y no tengo mas armas que la lengua, daráseme licencia para que pregunte al señor capitan, y me diga la edad que tiene; porque si es verdad lo que dice, que se halló en servicio del emperador Carlos V en la jornada de Tunez, ¿cómo no tiene pelo blanco en toda la barba, ni alguno negro en la cabeza? Y si es tan mozo como parece, ¿para qué depone de cosas tan antiguas? Díganos en qué Jordan se baña, ó á qué santo se encomienda para que le pongamos todos candelitas cuando lo hayamos menester. Aclárese con todos, tenga y tengamos, pues ha salido de un triunfo, hagamos todos basas, que no será justo, habiendo metido prenda, que la saque franca. Todos los convidados volvieron á refrescar la risa, en especial mi amo, por haberse tratado de dos cosas que le causaban enfado, y descaba en ellas la reformacion, y viendo lo que habia pasado, me dijo: Dí agora tu, Guzmanillo, ¿qué sientes de esto? Absuelve la cuestion, pues propusiste el argumento. Yo entonces dije: Lo que puedo responder á vuestra señoría solo es que ambos han dicho verdad, y ambos mienten por la barba.

CAPÍTULO IV.

Agraviado solo el dotor que Guzmanillo le hubiese injuriado en presencia de tantos caballeros, quisiera vengarse de él. Soslégalo el embajador de España, haciendo que otro de los convidados refiera un caso que sucedió al condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

Solemnizaron el agudo dicho, y el encarecerle algunos tanto, encendió al dotor de manera, que ya les pesaba de haberlo comenzado; mas el embajador de España con su mucha prudencia tomó la mano en meter el baston, haciéndolo (con su discrecion) chacota. El capitan era de buen proceder, soldado corriente, reíase de todo, y santiguábase jurando que ni tal palabra habló conmigo, ni le pasó por el pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado, y estaba sordo de oir en su negocio mucho mas y peor de lo que allí el dotor dijo, y porque le pareció que tenia razon en cuanto hablaba como injuriado, pasó por todo. Mas cuando el dotor supo de cierto haber sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se volvió contra mí, que partia con los dientes las palabras, no acertando á pronunciarlas de coraje. Quisiera levantarse á darme mil mojicones y cabezadas, empero no le dejaron; y faltándole todo género de venganza, no pudiendo con otra que la sola lengua, la soltó en decirme cuantas palabras feas á ella le vinieron, de que hice poco caso, antes le ayudaba, diciéndole que me dijese. De esto se enojaba mas, viendo que de todo me burlaba, y fué causa que la soltase demasiadamente, porque como excomunion iba tocando á participantes, y casi, y aun sin casi, si mi amo no lo atajara (viendo la polvareda que suele un colérico necio levantar á veces, con que deja obligados á muchos en mucho) pasara el negocio á malos términos. Apaciguóle con razones, divertiéndole lo mejor que pudo, y para bien hacerlo, barajando la conversacion pasada, volvió el rostro á César, aquel caballero napolitano que habia contado el caso de Dorido y Clorinia (el cual era uno de sus convidados), y díjole: Señor César, pues ya es notorio en Roma y á estos caballeros el caso y muerte de la hermosa Clorinia, recibamos merced en que nos diga, qué se sabe del constante Dorido, pues me tiene con mucho cuidado. A su tiempo lo sabrá vuestra señoría, dijo César, que aqueste no lo es para que de él se trate, ni semejantes desgracias y lástimas

caerán bien hoy sobre lo que aquí ha pasado. Mas pues habemos comido, y la siesta viene, diré otro caso que la ocasion me ofrece, que por haber sido verdadero creo dará mucho gusto. Agradecíéronle todos la promesa, y estándole atentos, dijo:

Residiendo en Valladolid el condestable de Castilla don Alvaro de Luna, en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del verano, y salirse á pasear un poco, gozando del fresco por el campo. Y despues de haber hecho algun ejercicio, antes que le pudiese ofender el sol, se recogia. Una vez de estas, habiéndose alargado y detenido algo mas de su ordinario por un alegre jardin que á la orilla del rio Pisuerga estaba, recreándose de ver su varia composicion, hermosas flores, alegres arboledas, y sabrosas frutas, entró el calor de manera, que temiendo la vuelta, y con el gusto de tanta recreacion, determinó quedarse, gozándola hasta la noche. Y en cuanto los criados prevenian de lo necesario á la comida (para entretener el tiempo), pidió á dos caballeros que le acompañaban, el uno don Luis de Castro, y el otro don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contase un caso de amores, el de mayor peligro y cuidado que le hubiese sucedido. Porque sabia bien que los dos eran entonces los galanes de mas nombre, de ilustre sangre, discretos, gallardos de talle y trato, curiosos en sus vestidos, generales y briosos en todas gracias, que pudieran con satisfaccion colmar su deseo en aquella materia. Y para mas animarlos, prometió por premio una rica sortija de un diamante que traia en el dedo, á quien por el suceso mejor la mereciese. Don Luis de Castro tomó luego la mano, y dijo:

Bien podrá ser, condestable mi señor, que otros amantes, para contar sus desdichas, las vayan matizando con sentimientos, exageraciones, y terneza de palabras, en tal manera, que por su gallardo estilo provoquen á compasion los ánimos, y de los de este género se halla mucho escrito. Mas que real y verdaderamente desnudo de toda composicion, haya sucedido en los presentes tiempos negocio semejante al mio, no es posible, por ser el mas extraño y peregrino de los que se saben. Y pues vuestra señoría es el juez, bien creo conocerá lo que tengo por él padecido.

Yo amé á cierta señora de este reino, doncella, y una de las mas calificadas de él: tan hermosa, como discreta y honesta; de lo cual, y de lo que mas dijere acerca de esto, doy por testigo presente á don Rodrigo de Montalvo, como el amigo que solo se halló presente á todo. Servíla muchos años (y lo mejor de los mios), con tanto secreto y puntualidad, que jamás de mí se conoció tal cosa, ni en alguna de su gusto hice falta. Por ella corrí sortijas y toros, jugué cañas, mantuve torneos y justas, ordené saraos y máscaras. Y para desvelar suspechas, desmintiendo las espías, para que no se supiese, ni hubiese rastro por donde se

pudiera presumir ser por ella, siempre para lo exterior ponia los ojos en otras damas; empero real y verdaderamente bien conocia la de mi alma ser sola ella su dueño, y por quien yo lo hacia. En estas fiestas, y en otras ocasiones encaminadas á este solo fin, me gasté de manera, sacando facultades para vencer dificultades, y vendiendo posesiones. Y siendo conocidamente mucho lo que mis padres me dejaron, todo lo consumí hasta quedar tan pobre que la merced sola de vuestra señoría es la que me sustenta. Y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un caballero como yo, de mi calidad y prendas, mi hacienda deshecha, tan arrinconado y pobre, que la necesidad me obligue á servir, habiendo sido servido siempre: que aunque confieso por mucha felicidad el ser criado de vuestra señoría, no se duda cuanta sea la buena fortuna de aquellos que pasan su vida con seguridad y descuido, sin sobresaltos ni desvelos en buscar medios con que granjear voluntades, tengo por la mayor de mis desgracias, y siento en el alma, que habiéndome mi dama entretenido con falsas esperanzas y promesas vanas, que nunca daria sus favores á otro, antes por premio de mi constante amor se casaria conmigo, de que me dió su palabra: ó fueron palabras de mujer, ó fueron obras de mi corta fortuna; pues cuando me vió gastado y pobre, olvidada de todo lo pasado, dándome de mano, la dió á otro, desposándose con él. Faltó á su obligacion y á su calidad; pues despreciada la mia, y los bienes naturales, hizo eleccion de los de fortuna, con marido no igual suyo, porque se la aventajaba en la hacienda, y aun en años, que hasta en estas desdichas hace suplir el dinero. Ya tengo dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios y desgraciados fines que tuvieron; aunque por no cansar á vuestra señoría me acorto en referir por menor lo que padecí estos tiempos, vuestra señoría supla con su discrecion cuanto seria, cuantos trabajos importaria padecer, y á cuantos peligros habria de ponerse quien seguia tan altos pensamientos, y tan recatado andaba en el secreto, para que nada faltara de su punto. No creo tendrá don Rodrigo ni otro algun caballero, suceso de infortunio mayor que poder contar á vuestra señoría, pues amando con tanta firmeza, y sirviendo con tantas veras, fiado de palabras dulces y suaves, perdí mi tiempo, perdí mi hacienda, y sobre todo á mi dama, para venirme á dar en trueco de todo la fortuna solo el premio de aquesa sortija.

Don Luis acabó con esto su razonamiento, y don Rodrigo de Montalvo comenzó el suyo, diciendo: Tambien habeis perdido la sortija, pues de razon será mia; y volviendo el rostro con las palabras al condestable, prosiguió de esta manera: Por cierto, señor ilustrísimo, aunque confieso ser verdad cuanto don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista por la grande amistad que habemos tenido siempre: agora no tiene razon de pretender el

diamante; porque si desapasionadamente lo considera, y trocásemos los asientos, juzgaria en mi favor y contra sí. Mas pues él vive ciego, juzgarálo vuestra señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores que ha contado, el cual pasa en esta manera: Pocos dias ha que nos andábamos él y yo paseando una tarde por la orilla de este mismo rio, tratando de algunas cosas, bien ajenos de lo que nos esperaba, cuando se llegó á don Luis un criado antiguo de esta misma señora dama suya, de cuya parte secretamente le dió una carta, que abierta y leida de don Luis, me la dió para que la leyese: yo lo hice mas de una y de dos veces, maravillado de lo que habia en ella escrito; por lo cual, y por no ser pobre de memoria, me quedó toda en ella, y decia de esta manera: « Señor mio, es justo que me acuseis de ingrata por pareceros tener alguna justa causa, pues no es posible olvidarse (como lo habreis creido de mí) lo que se ama de veras; y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida, y el no corresponder á vuestro merecimiento con mis obras fué por ser tan contrarias á lo que se debia en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorbaron el matrimonio (que con vos deseaba mas que mi propia vida) la obediencia de hija, el mandato de padres, y la instancia de mis deudos, movidos todos de vano interés y título de condesa, que contra mi gusto tengo, pues me obligaron á entregar el cuerpo á quien jamás dí el alma, por ser en calidades y en edad tan contrario á la mia. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo cual podreis conocer en el deseo que tengo de acudir á vuestros brazos. El conde mi marido hace una jornada, venios aquí luego, y no traigais en vuestra compañía otra persona que á don Rodrigo, nuestro amigo, y cuando llegueis á esta villa hallareis á la entrada de ella, en una ermita, órden para lo que habeis de hacer. »

Esto contenia la carta, la cual vista por don Luis, que lo que venia en ella era lo mas contrario de su esperanza y natural á su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió leyéndola por momentos: ponia con atencion los ojos en ella, volvíalos al criado esperando que á voces le dijéramos toda la certeza en su gusto por el bien prometido, que aun dudaba de ello; y tan turbado como alegre, me decia: ¿Qué vemos, don Rodrigo? ¿Estoy despierto? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura esta letra de la condesa, y aquel su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio, y como afligido enamorado, cercano á la desesperacion, finjo imaginaciones para engañar á la fantasía? Con todas estas cosas, y certificarse de ellas, diciéndole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, le animé á que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hízose luego, y cuando llegamos á la ermita hallamos en ella una reverenda y

honrada dueña, que por saber ya el dia y hora que habíamos de llegar, nos esperaba, la cual nos dió un recado, diciéndonos que el conde su señor habia salido fuera, y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese á palacio á decir á su señora la condesa su llegada. Fuése, y quedamos, yo algo confuso, y don Luis desesperado : yo por las dificultades que se pudieran ofrecer, y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle : así en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena dueña, nos pasaron muchos cuentos que no son para referir en este. Y á las once de la noche volvió á nosotros, diciendo que la siguiésemos. Ayudábanos la oscuridad, y metiónos con mucho secreto en un aposento de palacio, donde salió la condesa, y nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya despues de habernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fué breve, me dijo la condesa : Don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasion que se ofrece, ya con vuestra discrecion podreis juzgar cuan corto sea. Tambien sabeis la obligacion de amistad que teneis á don Luis, y cuando esta faltara, por mí que lo pido debeis concederme un ruego. Sabed, que como el conde mi marido, por indisposicion que tuvo se volviese del camino y llegase cansado, se fué luego á echar á la cama donde le dejo dormido. Mas porque podria suceder que despertando alargase alguna pierna ó brazo hácia mi lugar, y me hallase menos, de lo cual me resultaria peligro, y grandísimo escándalo en la casa, deseo que en tanto que aquí nos entretenemos hablando, vuestro amigo don Luis y yo (que á lo mas largo podrá ser como un cuarto de hora), os acosteis en mi lugar, y esteis en él para que con esto pueda estar aquí segura : y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, pues no tendreis alguno. Porque además de ser el conde viejo, nunca recuerda en toda la noche hasta ya muy de dia, si no es á gran maravilla, y entonces suele dar un vuelco, y luego se duerme. Sabe Dios, y considere vuestra señoría cuanto me podria pesar que la condesa me pusiera en tan evidente peligro. Mas como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehusara no cumplia con mi honra ni obligaciones tanto de amistad como de ruego de la condesa, dije que lo haria. Pedíles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues conocian el riesgo en que por sus gustos me ponia. Ellos me lo prometieron, y juraron que á lo mas largo no pasaria de media hora. Púsome la condesa un tocado suyo, y desnudo y descalzo me llevó á su retrete, y metió en su cama. No habia luz alguna, estaba todo á oscuras, y en extraño silencio; estúveme así á un lado de la cama, lo mas apartado que pude, no un cuarto de hora, ni media, sino mas de cinco, que ya era casi de dia. Considere cada uno, y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante, y tanto tiempo. ¡Qué congojas por no ser conocido! ¡con cuánto temor

de no ser sentido! y era lo menos que sentia, lo mas que me pudiera suceder, que era la muerte, si recordara el conde. Porque como entré desnudo y sin armas, habia de ser á brazos la pendencia, y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabia cómo ni por dónde habia de huir. Y no fueron solas estas mis congojas, que adelante pasaron; porque don Luis y la condesa se reían, y hablaban tan descompuestos y recio, que les oia desde la cama casi todo lo que decian, con lo que me aumentaban el temor de que despertasen al conde, y entre mí me deshacia, viendo que no les podia decir que hablasen quedo, ya que se tardaban. Rebentaba con esto, y por no poderme apartar de allí un punto por esta negra honrilla. Despues de todo esto, ya cuando vieron el dia tan cerca que casi era claro, se vinieron risueños y juntos hácia la cama con una vela encendida, y llegándose adonde yo estaba con mucha grita y trisca, hacian grande ruido. Entonces vine á pensar si con el mucho contento se hubieran vuelto locos: ya me pesaba tanto de su desgracia como de *mi* desventura, pues habia de ser la infamia y castigo general en todos, y sin que alguno escapase de él, ellos por faltos, y yo por sobrado. Vime de modo que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ser de provecho; y estando en ellas, enmedio de mi mayor conflicto, se vinieron acercando á la cama, y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algun sentido; tanto, que quisiera huir, y no pude; mas muy presto volví en mí; porque yo que siempre creí tener á mi lado al conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conocí no ser él, sino una señora doncella, hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual, y de la burla que creí habérseme hecho, quedé tan atajado y corrido, que no supe hablar, ni otra cosa que hacer mas de levantarme como estaba en camisa, y salir á buscar mis vestidos, de que despues me avergoncé mucho mas de lo que temí antes. Vea pues vuestra señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él debérseme dar la sortija. Riéndose mucho de esto el condestable, dijo que don Luis no debia tener queja del amor, pues aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su deseo; y así, no era merecedor del premio puesto, ni tampoco don Rodrigo, porque no habia corrido algun peligro durmiendo con el conde, aunque habia sido muy donosa la burla que le habian hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno de ellos dueño del diamante, y sacándole del dedo, le entregó á don Rodrigo, para que le enviase á la doncella con quien habia dormido, pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento, y todos muy contentos quedaron determinando si la sentencia del condestable habia sido discreta ó justa; loáronlo todos de cortesano, y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus nego-

cios, poco á poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir á ellos.

CAPÍTULO V.

No sabiendo una matrona romana como librarse (sin detrimento de su honra) de las persuasiones de Guzman de Alfarache, que la solicitaba para el embajador su señor, le hizo cierta burla que fué principio de otra desgracia que despues le sucedió.

Los que del rayo escriben, dicen, y la experiencia nos enseña, ser su sobierba tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina: desgaja y despedaza una robusta encina sin tocar á la debil caña: postra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta un hombre, como si fuese barro le deshace los huesos, y deja el vestido sano: derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando la bolsa en que va metida; y siendo así, se quebranta su fuerza en llegando á la tierra: ella solo es quien le resiste. Por lo cual en tiempos tempestuosos, los que sus efectos temen se acostumbran meter en las cuevas ó soterraños hondos, porque dentro de ellos conocen estar seguros. El ímpetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararle con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete á las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio: es caballo que parte de carrera, sin temer el camino, ni advertir en el paradero. Siempre sigue al furor, y como bestia mal domada, no se deja ensillar de razon, y alborótase sin ella, no sufriendo ni aun la muy lijera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega. Y siendo cual decimos esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrije, y en ella se quebranta. Esta es la tierra contra quien su fuerza no vale, su contrayerba y el fuerte, donde se halla fiel reparo. De tal manera, que no hay que esperar cosa buena en el mozo que humilde no fuere, por ser la juventud puerta y principio del pecado. Criéme consentido, no quise ser corregido, y como la prudencia es hija de la experencia que se adquiere por trascurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo; mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oido en los amores de Malagon y Toledo, y debiendo temer como gato escal-

dado el agua fria, diese mas crédito á mujeres, y me quisiese dejar llevar de sus enredos; que no conociese con tantas experiencias y tales, que siempre nos tratan con cautela; ó nace de mucha simplicidad nuestra, ó demasiada pasion del apetito; y aquesto es lo mas verdadero y cierto. Y á Dios pluguiera que aquí parara, y en este puerto diera mi *plus ultra*, plantando las colunas de mi escarmiento, sin que (como verás adelante) no reincidiera mil veces en esta flaqueza, sin poderme preciar de que alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donacion á quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ajeno de ellos haga locuras, multiplicando los disparates. El embajador mi señor amaba una señora principal y noble, llamaba Fabia; era casada con un caballero romano, á la cual yo paseaba muy á menudo, y no con pequeña nota, pues ya por ello estaba indiciada sinrazon, porque de su parte jamás hubo para ello algun consentimiento ni causa. Mas como todos, y cada uno puede amar, protestar y darse de cabezadas contra la pared sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su pasion le dictaba, y ella lo que á su honra y de su marido convenia. Verdad es, que no estábamos tan ciegos que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz: alguna llevábamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado: mirad qué tres enemigos contra una mujer moza, hermosa y bien traida. Con esto, y con que una familiar, criada suya (doncella que habia sido), era prenda mia, creí que por sus medios y mis modos, con las ocasiones dichas pudiéramos fácilmente ganar el juego. Mas ¿quién sino mi desdicha lo pudiera perder llevando tales triunfos en la mano? Salióme todo al revés; no es todo fácil cual lo parece; *virtudes vencen señales*, y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo. Cuando esta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos á su salvo, y mucho daño de nuestro amor y de mi persona en especial, porque como me viese solicitar esta causa tanto, y su doncella dama mia por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ella, haciendo á tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin envite, y aun haciendo de falso muchos, con rodeos que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada matrona se viese acosada en casa, y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres, ni embelecos de los que algunas acostumbran para calificar su honestidad, y con aquel seguro gozar despues de su libertad. Que la mujer honrada con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos las oigan y censuren, y que cada cual sienta de ellas como quisiere; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal por ser malos ellos, y aquella voz ahoga como la cizaña el trigo. Como esta señora era Romana, hizo un hecho ro-

mano: conociendo su perdicion, acudió al remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada, y aun casi rendida. Un dia que la criada la metió cierta coleta en el negocio, se la mostró risueña, y con alegre rostro la dijo: Nicoleta (que así se llamaba la moza), yo te prometo que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad que tan salteada me tienes: porque yo se la tengo á Guzman y á su buen término. Además que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y mas mérito que yo, huelgue de su amistad y servicios. Mas como sabes, y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera, y no habiéndose dado de mi parte algun consentimiento (á lo que acaso deseo), ya se murmura por el barrio, y en toda Roma, lo que aun en mi casa, y contigo que sola pudieras venir á ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas del amor de aquese caballero, lo que te ruego es que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile á Guzman que acuda por acá estas noches, para que una de ellas le des entrada y se vea conmigo si se ofreciere oportunidad para tratar algo de lo que deseamos. Nicoleta se arrojó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero, si los piés ó las manos, y con la cara encendida en fuego de alegría no cesaba de rendirla gracias, calificando el caso, y afeando las faltas de su viejo dueño. Traíala á la memoria pasadas pesadumbres, mala condicion y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion que simplemente creyó haber tomado. Con esto se vino á mí desalada, los brazos abiertos, y enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba pidiéndome las albricias; las que despues de ofrecidas, me refirió lo pasado. Yo con ella por la mano (como quien lleva despojos de alguna famosa victoria) nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, cómo y por dónde habia yo de poder entrar á hablar con Fabia. Y dando mi amo á Nicoleta un bolsillo que tenia en la faltriquera con unos escudos españoles, hacia como que no queria recibirlo, mas nunca cerró el puño ni encogió la mano, antes por la vergüenza la volvió atrás como el médico, y con una risita le daba gracias por ello; con esto se despidió de él y de mí. Quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores, y yo á él parabienes de ellos, con lo que pasamos aquella tarde toda. Ya despues de anochecido, á las horas que tenia de órden, fuí á mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche ni en otras tres ó cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un dia que habia muy bien llovido menudico y cernido, y á mis horas vine á correr la tierra con lodos (como dicen) hasta la cinta.

Llegué algo remojado, anocheció muy oscuro, y así fué todo para mí. Mi suerte (que no debiera) llegó á tener efecto. Como para las cosas de interés y gusto importe tanto despedir el miedo, y acometer á las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez mas de lo que importaba, pues con agua del cielo, y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dándome con la frente por las esquinas, vine al reclamo. Luego fuí conocido; empero hicieron por un rato estarme mojando, y tanto, que ya el agua que habia entrádome por la cabeza, me salia por los zapatos, mandándome esperase un poco. Y cuando ya no habia en todos mis vestidos ni persona nada que no estuviese remojado mucho, sentí que muy pasico abrian la puerta, y á Nicoleta llamarme. Parecióme aquel aliento que salió de su voz de tanto calor, que me dejó todo enjuto. Ya no sentia el trabajo pasado con la regalada vista de la fregoncilla de mi alma, y esperanzas de gozar de la de Fabia. Poco habíamos hablado, porque solo me habia dado el bien venido, cuando bajó la señora y dijo á su criada: Oyes, Nicoleta, sube arriba y mira lo que tu señor hace, y si llamare avísame de ello en tanto que aquí estoy con el señor Guzman hablando. A todo esto estábamos tan á oscuras que ni los bultos nos veíamos, ó con dificultad muy grande, cuando me comenzó á preguntar por mi salud, como si me la deseara, ó le fuera de importancia ó gusto. Yo la repliqué con la misma pregunta; dile un largo recaudo de mi amo en agradecimiento de aquella merced, y ofrecíle á su servicio con una elegante oracion que tenia estudiada para el propio efecto. Mas antes de concluirla, en la mayor fuerza de ella, ganada la benevolencia, no la pude hacer estar atenta, ni volverla dócil, porque alborotada con un improviso, me dijo: Señor Guzman, perdone por mi vida, que con el miedo que tengo, todos pienso que me acechan; éntrese aquí dentro, y allí frontero hay un aposento; váyase á él y aguarde en tanto que doy una vuelta por mi casa, y aseguro mi gente; presto seré de vuelta, no haga ruido. Yo la creí, entréme de hilo, y pareciéndome que atravesaba por algun patio, quedé metido en jaula en un sucio corral, donde á dos ó tres pasos andados tropecé (con la priesa) en un monton de basura, y dí con la cabeza en la pared frontera tal golpe que me dejó sin sentido; empero con el salto que me quedaba, poco á poco anduve las paredes á la redonda, tentando con las manos (como los niños que juegan á la gallina ciega) en busca del aposento; mas no hallé otra puerta que la por donde habia entrado. Volví otra vez pareciéndome que quizá con el recio golpe no la hallaba, y vine á dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto, y no todo, donde solo cabia la boca de una media tinaja, lodoso y pegajoso el suelo, y no de muy buen olor, donde vi mis daños, y consideré mis desventuras. Quise volverme á salir, y hallé la puerta cerrada por de-

fuera. El agua era mucha, por lo que fuéme forzoso recogerme debajo de aquel avariento techo, y desacomodado suelo. Allí pasé lo que restó de la noche, harto peor para mí que la Toledana, y no de menor peligro que la que tuve con el Ginoves mi pariente. No solo me afligia el agua que llovia, que aunque no venia cernida, caíame á canal, y cuando menos goteando; mas consideraba tambien qué habia de ser de mí pues ya que me habian armado aquella ratonera, sin duda por la mañana seria entregado al gato. Tras esto me venian luego á la imaginacion otros discursos con que me consolaba diciendo : Líbreme Dios de la tramontana de esta noche, y déjeme amanecer con vida, que cuando el patron de la nave aquí me halle, todo será decirle que su criada me trujo y que soy su marido; porque será menor daño casarme con ella que verme desencajar los huesos á tormentos para que diga lo que buscaba, si acaso con esto se contentan y no me dan de puñaladas, y me sepultan en este mal cimenterio, acabando de una vez conmigo. En esto iba y venia hasta que ya despues de las dos de la madrugada me pareció que ya abrian la puerta, con cuyo ruido todo lo pasado se me hizo flores creyendo seria Fabia que volvia; mas cuando á la puerta llegué y la hallé sin cerrojo ni persona viviente por todo aquello, volví á cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones, creyendo que detrás de alguna pared ó puerta de la casa esperaban que saliese para con mayor seguro y facilidad quitarme la vida. Desenvainé la espada, y en otra mano la daga; fuí poco á poco reconociendo con la escasa luz de la madrugada los pasos por donde me habian entrado, que no eran muchos ni dificultosos; empero con mas miedo que vergüenza llegué á la puerta de la calle, que hallé tambien abierta. Cuando puse los piés en el umbral, abrí los ojos y vi que lo pasado habia sido castigo de mis atrevimientos, y que aunque la burla fué pesada, pudiera serlo mas y peor. Consoléme y reconocíme, sentí mi culpa, y en este pensamiento llegué hasta mi casa, donde abriendo mi aposento, me desnudé y metíme revuelto entre las frazadas para cobrar algun calor del que con el agua y sustos habia perdido. De esta manera pasé hasta casi las diez del dia sin poder tomar sueño de corrido, pensando y vacilando en lo que podria responder á mi amo; porque si decia la verdad fuera con afrenta notable mia, y me habia de garrochear por momentos, dándome con aquella burla por las barbas, riéndose de mí los niños. Negárselo y entretenerle, tampoco me convenia, pues ya Nicoleta le habia cogido las albricias, y pareceríale invencion para llevarle su dinero. Todas eran matas y por rozar, de una parte malo, y de la otra peor; si saltaba de la sarten, habia de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí cuando un criado tocó en mi aposento, que monsieur

me llamaba. ¡Oh desgraciado de mí! (dije luego) ¿qué haré, pues me cogen las manos en la masa y al pié de la obra, el hurto patente, y por prevenir el expediente? Animo, ánimo (me respondí), ¿cuándo te suelen á tí arrinconar casos como este, Guzman amigo? Aun el sol está en las bardas, el tiempo descubrirá veredas; quien te sacó anoche del corral, te sacará hoy del retrete. Tomé otro de mis vestidos, y tan galan como si tal cosa por mí no hubiera sucedido, subí adonde me llamaba el embajador mi señor. Preguntóme ¿cómo me habia ido, y cómo no le habia dado cuenta de lo pasado con Fabia? Respondíle que me tuvieron en la calle hasta mas de media noche aguardando la vez, y últimamente la tuve mala, y nació hija, pues no fué posible hablarme ni darme puerta. Tambien le dije que me queria volver á echar, porque no me sentia con salud por entonces. Dióme licencia, subíme á la cama, desnudéme, y comí en ella, y así me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni sustancia. Como con el enojo y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenia sosiego, ni el otro, de espaldas me cansaba, y sentado no podia estar, determiné levantarme. Ya tenia los vestidos en las manos, y los piés fuera de la cama, cuando entró en mi aposento un mozo de caballos, y dijo: Señor Guzman, abajo en el zaguan están unas hermosas que le llaman. Oh! que les venga el cáncer, dije. Diles que se vayan al burdel, ó que no estoy en casa. Parecióme que ya toda Roma sabia de mi desdicha, y que serian algunas maleantes que me venian á requerir con algun ladrillejo: receléme de ellas, hice que las despidiesen, y así se fueron. Aquella noche me mandó mi amo continuar la estacion: respondíle hallarme mal dispuesto, por lo cual quiso que me retirase temprano, y avisase de lo que habia menester, y si fuese necesario, llamar al médico. Beséle las manos por la merced, muy á lo regalon, y volvíme á mi aposento, donde me recogí solo, como aquel dia lo habia hecho. Por la mañana del siguiente amaneció conmigo un papel de mi Nicoleta, quejándose de mí, porque habiéndome venido á visitar el dia pasado no la habia querido hablar, ni darla aviso de lo que la noche antes habia tratado con su ama, y qué causa tuve para haber dejado pasar aquella noche sin dar vuelta por aquella calle, y que me habia esperado hasta mas de las doce. Añadió á estas otras palabras que me dejaron tan sobresaltado como confuso, y para salir de dudas, la respondí por otro billete, que aquel dia por la tarde la visitaria por la calleja detrás de la casa. Estaba la de Fabia entre dos calles, y á las espaldas de la puerta principal habia un postigo, y encima de él un aposento con una ventanilla, por donde cómodamente podia Nicoleta hablarme de dia, por ser calleja de mal paso, angosta y llena de lodo, y entonces lo estaba tanto, que mal y con trabajo pude

llegar al sitio. Cuando en él estuve, me preguntó qué habia sido de mí, qué grande motivo pudo impedirme que la noche antes no la hubiera visitado, cuando no por ella, debiera hacerlo por su ama. Formaba de mí muchas quejas, culpando la inconstancia de los hombres, los cuales, no por amar, sino por vencer, seguian á las mujeres, y en teniéndolas alguna prenda, las olvidaban y tenian en poco. De esto, y de lo que profesaba quererme, conocí su inocencia y malicia de Fabia, pues nos queria engañar á entrambos. Díjela: Nicoleta mia, engañada estás en todo, sabe que tu señora nos ha burlado. Referíle lo que me habia sucedido, de que se santiguaba ella, no cesando de hacerse cruces, pareciéndola no ser posible. Yo estaba muy galan, perniabierto, estirado de cuello, y tratando de mis desgracias, muy descuidado de las presentes, que mi mala fortuna me tenia cercanas; porque aconteció que como por aquel postigo se servian las caballerizas, y se hubiese por él entrado un gran cebon, hallóle el mozo de caballos hozando en el estiércol enjuto de las camas, y todo esparcido por el suelo, tomó bonico una estaca, y dióle con ella los palos que pudo alcanzar. Él era grande y gordo, y salió como un toro huyendo, y como estos animales tienen de costumbre ó por naturaleza caminar siempre por delante, y revolver pocas veces, embistió conmigo, cogióme de bola, quiso pasar por entre piernas, llevóme á horcajadillas, y sin poderme cobrar ni favorecer, cuando acordé á valerme ya me tenia en medio de un lodazal; y tal, que por salvarle, para que me sacase de él, convino abrazarle por la barriga con toda mi fuerza. Y como si jugáramos á quebranta barriles, ó á punta con cabeza, dándole aldabadas á la puerta falsa con hocicos y narices, me traspuso (sin poderlo excusar, temiendo no caer en el cieno) tres ó cuatro calles de allí, á todo correr y gruñir, llamando gente, hasta que conocido mi daño me dejé caer sin reparar adonde. Y me hubiera sido menor mal en mi callejuela, porque supuesto que no fuera tanto, no fuera tan público, y tenia cerca el remedio. Levantéme muy bien puesto de lodo, silvado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro y vestidos, de piés á cabeza, que parecia salir del vientre de la ballena. Dábanme tanta grita de puertas y ventanas, y los muchachos tanta priesa, que como sin juicio buscaba donde esconderme. Vi cerca una casa, donde creí hallar un poco de buen acogimiento; entréme dentro, cerré la puerta, híceme fuerte contra todo el pueblo que deseaba verme; mas no me aconteció segun lo deseaba, pues al malo no es justo sucederle cosa bien, pena es de su culpa, y así lo fué de la mia el mal recibimiento que allí me hicieron, como lo sabrás en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VI.

En la casa que se retiró Guzman de Alfarache, se quiso limpiar. Cuenta lo que le pasó en ella, y despues con el embajador su señor.

Ya era noche oscura, y mas en mi corazon. En todas las casas habia encendidas luces, empero mi alma triste siempre padeció tinieblas. No sentia ni consideraba ser tarde, ni que el señor de la posada donde me habia recogido huyendo de la turba, me queria ver fuera de ella, y rempujándome con palabras, no veia la hora que me fuese, porque tenia recelo y sospechaba si aquello habia sido estratagema mia, tomando aquel achaque para tener en su casa entrada, y á buen seguro hacer mi herida. El bueno del señor no andaba descaminado, porque la señora su dueña era en su causa el dueño, amiga de su gusto, cerrada de sienes, y no muy firme de los talones. No era maravilla ver su marido visiones, y que con cualquiera sombra se le metiera el demonio en la cabeza. Por lo cual, cuando dentro en su casa me vió, recogió su gente, y dejándome solo en el portal de afuera, no habia consentido que aun solo á darme un caldero con agua saliesen fuera, ni tuve con que lavarme. Así, yo pobre, lleno el vestido de cieno, las manos asquerosas, el rostro sucio, y todo tal cual podreis imaginar, iba entreteniendo la salida con temor, y no poco, si aun todavía hubiese á la puerta gente aguardando para ver mi nueva librea, que mejor dijera lebrada. Como los que vieron mi desgracia no fueron pocos, y esos estuvieron detenidos, refiriéndola en corrillos á los que venian de nuevo, y yo que generalmente no estaba bien recibido, deteníanse todos á oirla, dando unos y otros gritos de risa, significando grande alegría. Y quizá los mas de ellos tenian razon, y en aquello vengaban las buenas obras de mí recibidas. Allí se pudo decir por mí lo del romance:

Mas enemigos que amigos
Tienen su cuerpo cercado,
Dicen unos que le entierren,
Y otros que no sea enterrado.

Estaba llena la calle de gente y muchachos que me perseguian con grita, diciendo á voces. ¡Échale fuera, échale fuera, salga ese sucio en adobo! Hacíanme perder la paciencia y el juicio. Habia

entre la gente honrada otros de mi banda, y todos tales como yo, apasionados mios; aquestos me defendian, procurando sosegar la canalla con amenazas, porque ya se desvergonzaban á tirar pedradas á la puerta, deseando que saliera. Y no culpo á ninguno, ni me disculpo á mí, que yo hiciera en tal caso lo mismo contra mi padre, pues las cosas de curiosidad que no caen (como las carnestolendas) cada un año, no tengo por exceso procurarlas ver. No es encarecimiento, y doy mi palabra de no serlo, que si por dineros dejara que me vieran, pudiera en aquella ocasion quedar muy bien parado, porque todo yo era un bulto de lodo, sin descubrírseme mas de los ojos y dientes como á los negros, porque me sucedió el caso en lo muy líquido de una embalsada que se hacia en medio de la calle. Verdad sea, que con el cuchillo de la espada raí lo que pude, mas no pude tanto que fuese de alguna consideracion, porque así como así se quedó el vestido mojado y entrapado en cieno; mas aprovechóme de que no fuera por las calles goteando como carga de paños cuando la traen del lavadero. Habiéndose ido ya tarde toda la gente, salí de esta manera *cual digan dueñas*, y en tal se vea quien mas de ello se huelga. Si en desdichas hay dichas, por el consuelo que se suele ofrecer en ellas, este dia parece que la fortuna retozaba conmigo, y andaba de juego de cañas, porque ya que me desfavoreció con semejante trabajo, ayudóme con la noche, y noche oscura, en la que se retiró la gente, dando lugar á que saliese sano, salvo y sin peligro del muchachismo que me aguardaba. Salí encubierto, sin ser de nadie conocido, y á paso largo, huyendo de mí mismo por la mucha suciedad y mal olor que llevaba; mas este no pudo disimularse, porque por donde pasaba iba dando señal, siendo sentido de muy lejos, y ninguno volvió á mirarme que no sospechase cosa mala. Unos decian : Dejadle que pase, pues desgracia de tripas ha sido. Decíanme otros : Acábese ya de requerir, y no corra tanto, pues *no puede ser el cuervo mas negro que las alas*. Tapándose otros las narices, decian : Po, aguas mayores han sido, gran llaga lleva este disciplinante; aguije presto, hermano, y lávese antes que se desmaye. Para todos llevaba, y á ninguno faltaba que decirme, hasta preguntarme algunos : ¿Amigo, á cómo vale la cera? Yo callando respondia, que no siempre me dejaban ir en hora buena, y á los que me la pegaban mala, entre mí se la volvia como buen monacillo, y con esto bajando la cabeza pasaba de largo. Lo que me atribulaba mucho era verme ir todo el camino ladrado de perros, porque como aguijaba tanto, me perseguian cruelmente, y en especial gozquejos, hasta llegarme á morder en las pantorrillas. Queríalos asombrar, y no me atrevia, porque con la defensa no se juntasen mas y mayores, y me dejasen (cual á otro Acteon) hecho pedazos con sus dientes. Ultimamente, con todas estas desdichas á Sevilla hube llegado. Llegué á mi posada, y sin que alguno me sintiese subí hasta mi

aposento, que no fuera pequeña dicha si la tuviera de poder entrar luego dentro. Metí la mano en una faltriquera para sacar la llave, y no la hallé. Busquéla en la otra, y tampoco. Daba saltos en el aire, por si se me hubiese metido por los follados de las calzas, y no la descubrí, porque sin duda se me cayó en la casa que me recogí, queriendo sacar un lienzo para limpiarme las manos y el rostro. Esta fué para mí una muy grande pesadumbre; levantando los ojos casi con desesperacion, dije: ¡Pobre miserable de mí! ¿qué haré, dónde iré, qué será de mí, qué consejo tomaré para que los criados de mi amo y compañeros mios no sientan mis desgracias? ¿Cómo disimularé para que no me martiricen? A todo el mundo podré decir que mienten, mas no á los de casa, si así me vieren. A todos podré confesar ó negar parte ó todo, segun me pareciere; pero aquí ya me cojen con el hurto en público, abierta la causa y cerrada la boca, sin razon que darles, ni mentira que ofrecerles en mi defensa. Los envidiosos de mi privanza se bañarán en agua rosada, y convocarán á sus amigos para que como enjambre tras la maestra todos corran á verme y correrme. Perdido soy, de este bordo se anega mi barquilla, que no hay piloto que la salve, ni maestre que la gobierne. Con estas exclamaciones pasaba perdido, y con mi poca prudencia no me acordaba del mal nombre que tenia en toda Roma, y me lamentaba con alharacas de un caso de fortuna. ¡Oh si á Dios pluguiese que al respecto que sentimos las adversidades corporales, hiciésemos el sentimiento en las del alma! empero acontécenos como á los que hacen barrer la delantera de su puerta de calle, y meten la basura en casa. Diciendo estaba endechas á mis desdichas, cuando me vino á la memoria un caso que pocos dias antes habia sucedido, el que me fué de grandísimo consuelo, dándome ánimo, y nuevo esfuerzo para lo que adelante pudiera suceder, y fué:

A una dama cortesana en Roma por ser descompuesta de lengua, la hizo dar otra una gran cuchillada por la cara, que atravesándola las narices, la ciñó igualmente los lados. Y estándola curando, despues de haberla dado diez y seis ó diez y siete puntos, decia llorando: ¡Ay desdichada de mí! Señores mios, por un solo Dios que no lo sepa mi marido. Respondióle un maleante que allí se habia hallado: Si como á vuestra merced la atraviesa por toda la cara, la atravesara las nalgas, aun pudiera encubrirlo; pero si no hay toca con que se cubra, ¿qué secreto nos encarga? Parecióme dislate y bobería hacer aquellos melindres, y pues el daño era público, y de ninguna manera podia estar callado, que seria mucho mejor hacer el juego maña, ganar por la mano, salirles á todos al camino echándolo en donaire, y contándolo yo mismo antes que me tomasen prenda, entendiendo de mí que me corria, que por el mismo caso fuera necesario no parar en el mundo. Haga nombre del mal nombre quien desee que se le caiga presto; porque

con cuanta mayor violencia le pretendiere desechar, tanto mas arraiga y se fortalece; de tal manera, que se queda hasta la quinta generacion: y entonces los que suceden hacen blason de aquello mismo que sus pasados tuvieron por afrenta. Esto mismo le sucedió á este mi pobre libro, que habiéndole intitulado: *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro*, y no se conoce ya por otro nombre. Quedé perplejo, sin determinar lo que habia de hacer. Y pareciéndome que pues en los infortunios no hay otro sagrado en la tierra donde acudir sino á los amigos, aunque yo tenia pocos, y ninguno verdadero, que seria bien valerme de un compañero mio, que se me vendia por tal, y mas mostraba serlo. Fuíme á su aposento, llamé á la puerta, y abrióme. Allí estuve aguardando hasta que al mio le quitaron la cerradura. Ved cuál estaba yo, pues aun para sentarme sobre un arca no tuve ánimo por no dar al compañero pesadumbre, dejándosela estampada de mi yerro. No pudo ser este caso tan secreto que se dejase de saber luego. Gran lástima es de una casa que no haya criado en ella que no procure como lisonjear al señor, aunque sea con chismes; cuando él no es tal que juegan con él como tres contra el mohino; y en esto se conocerá cada señor, en lo que los criados le aman, y en la gracia con que le sirven. Y desdichado de él, si piensa llevarlos con rigor, y granjear por temor el amor, que pocos ó ninguno saldrá con ello. Son los corazones nobles, y quieren moverse con halagos. Apenas habia mudado de vestido y lavádome, cuando ya mi amo sabia de mi lodo; hablanle dicho el qué, pero no el cómo. Con esto me dejaron, y tuve harto blanco donde poder henchir lo que quisiese. Preguntóles cómo me habia sucedido; ninguno supo satisfacerle con mas de lo que habia visto. Despues me dijo, y supe de su boca, que le pasó por la imaginacion: si me habian cogido dentro de casa de Fabia, y que conociendo mis mañas me habrian querido dar carena; de donde habria resultado escaparme huyendo y caido en algun lodazal, ó que luchando á brazos con los criados que saldrian en mi seguimiento, me habrian derribado por el suelo, poniéndome de aquella manera por afrentarme sin matarme. Y en el mismo tiempo estaba yo haciendo la cuña del mismo palo con el mismo pensamiento para sacar de él mí la satisfaccion; y aunque no era lo propio, á lo menos era de aquel triunfo, y por caminos diferentes íbamos ambos á un parador. Solo nos diferenciábamos, en que con su prudencia sospechara lo mas contingente, y yo con mi vanidad lo menos dañoso á mi reputacion. Habia estado aquella noche ocupado con papeles, mas dejándolos por un rato me mandó llamar; y teniéndome presente, no me habló palabra, hasta que retirándose á su retrete se fueron los demás criados, y quedé con él á solas. Preguntóme cómo habia caido, y dónde: yo le dije que como estuviese con cuidado á la puerta frontera de un vecino de Fabia por si acaso

habia lugar para poder hablarla, y como saliese Nicoleta su criada haciéndome señas que llegase presto; con el alboroto del no pensado regocijo, quise atravesar la calle por un mal paso (por no tardarme rodeando por el bueno) queriendo dar un salto en una piedra mal asentada, torcióse, y torcíme, quíseme cobrar, y no pude sin caer en el suelo y enlodarme. Por lo cual Nicoleta, con el alboroto de la gente se retiró á dentro, y á mí me fué forzoso volverme á casa. Él me dijo entonces: *Del daño el menos;* desgraciadamente andas en esto Guzmanillo. Tarde, con mal, y en martes lo comenzaste. Solo en mi suerte y servicio te pudiera suceder esa desgracia. No la tenga por tal vuestra señoría, le dije, ni la pongo en ese número, que antes creo lo fuera muy mayor si no me aconteciera esta. Porque dicen allá en Castilla: *Quebréme un pié, quizás por mejor.* Su marido estaba en casa, y yo no sé para qué me llamaban; ignoro si era trampa, pero (cuando todo me corriera viento en popa) ¿que sé yo si sintiéndome dentro hablando con la señora, me zamarrearan de manera que á buen librar no me dejaran hueso en su lugar, ni narices en la cara? Porque de mi continuacion en rondar aquella casa se ha causado alguna nota, y aunque algunos entienden que lo hago por Nicoleta, la criada, muchos que lo ignoran lo atribuyen á lo peor; y he visto que de pocos dias á esta parte anda el buen viejo don Beltran conmigo torcido como alcuzcuz. Hablábame otras veces preguntando por damas de esta corte, si habia buena ropa castellana, y agora se pasa de largo aun sin hablarme, y si descubro la cabeza y quito el sombrero, hace que no me mira, y se pasa entero como hecho de una tabla. Esto le decia, y estábame mi amo muy atento, de cuando en cuando arqueando las cejas, de donde colegí que se ciscaba. Vile todas las cartas, conocíle todo el juego, y que lo hacia con temor de su reputacion, ó de su persona, que no le seria bien contado si le sucediera desgracia en aquella casa, por ser de lo mas y mejor emparentado de la ciudad; acudíle, apretando mas la llave, prosiguiendo: Ninguna cosa hoy hay en el mundo que me ponga espanto, ni desquilate un pelo de mi ánimo, que ya tengo conocido hasta donde puede la desgracia tirar conmigo la barra, que quien anda en mis pasos y mi trato, trae jugada la vida y perdida la honra. Prevenido estoy de paciencia y sufrimiento para cualquier grave daño que me venga; enseñado estoy á sufrir con esfuerzo, y á esperar las mudanzas de fortuna, porque siempre de ellas sospeché lo peor, y previne lo mejor, esperando lo que viniese; nunca son sus efectos tan grandes como las amenazas; y si me acobardase á ellas, me irian siguiendo hasta la mata sin dejarme. No importa lo sucedido, ni que haya sido el principio en martes, que ni guardo abusos, ni vuestra señoría es Mendocino para ir con los vanos abusos de los Españoles, como si los mas dias tuviesen algun privilegio, y el martes

alguna maldicion del cielo; y cuando sobre mí se caiga con todo rigor y á todo mal suceder, no por cosa hoy del mundo me sacaran palabra por la boca con que á ninguno pare perjuicio : vuestra señoría siempre se haga desentendido en todo, y no se le dé un cuatrin por nada. Servirle tengo hasta la muerte sea como fuere, y tope donde topare. Verdad es que si el caso fuera propio mio, no solo me desistiera de él por lo mal que se va entablando, pues en mil dias no dan uno de audiencia (y á este paso es negocio inmortal, salvo si no ha de ser como los mayorazgos, que los fundan los padres para que los gocen los hijos, y aqueste requiebro ha de quedar para los herederos), sino que además en todo aquel barrio no pusiera pié por lo que ya en él se nota. No falta en Roma bueno y mas bueno, á menos peligro y costa, con mas gustos y menos embarazos. No sé en qué consiste que nunca yo quiero por querer, sino por salpicar como los de mi tierra; soy cuchillo de melonero, ando picando cantillos, mudando hitos, hoy aquí, mañana en Francia; de cosa no me congojo, ni en alguna permanezco; á mis horas como y duermo, no suspiro en ausencia, en presencia bostezo; y con esto las muelo. Vuestra señoría es muy diferente, va todo á lo grave y con señorío, sigue como poderoso lo mas dificultoso, y como sacre sube tras de la garza hasta perderse de vista, cueste lo que costare y venga lo que viniere, que como hay fuerzas para resistir, todo asienta de cuadrado, y le hace buena pantorrilla. Mal entiendes lo que dices, Guzmanillo, me respondió mi amo, que antes corre al revés de lo que has dicho; porque ninguna cosa hoy hay en el mundo mas perjudicial ni mas notada que cualquier pequeña flaqueza en una persona pública. Porque como tengamos obligacion los de mi calidad á vestirnos como queremos parecer, á pena de parecer como nos quisiéremos vestir, hace muy grande mancha cualquiera muy pequeña salpicadura : muy poquito aire hace sonar mucho los órganos; y te doy palabra que si empeñada no la tuviera en algunas cosas, en especial que la dí á Nicoleta de que visitarias de mi parte á Fabia, y me pesaria que me tuviese por fácil ó pusilánime, culpándome de inconstante, que habia sido mi amor como de niño, agua en cesto, no mas de para tentar los aceros y burlarla, pues habiéndome dado buenas esperanzas las estimo en poco, no siguiendo el alcance, que no se me diera un clavo por dejarlo. Pues además de que, como dices, habemos comenzado tan perezosamente, no me siento tan perdido ni apasionado, que deje de conocer que tiene marido de lo mejor de Roma, principal, rico y noble, á cuyo respeto debemos los que profesamos tener algun honrado principio, guardar todo buen decoro, sin hacerle injuria : que no por ser ella moza (y como tal obligada con ocasiones á gozar de otras que se le ofrezcan) tengo yo de seguir al arreo, y sustentárselas tan á costa de lo que debo á mi nobleza, y al honor de su casa y deudos. Muchas

veces los hombres al descuido miramos, y con pequeña causa nos empeñamos mucho, adonde sin reparo nos es necesario tener el embite, á pena de necios, cobardes ó impotentes. Mas pues de nuestra parte se han hecho diligencias, y tan poco valen, y tanto cuestan como es la honra de aquesa señora; si mi apetito fué pólvora que súbito abrasó la razon con el incendio, ya se pasó aquel furor, ya reconozco lo mal que hago, y me allano postrado por tierra. No quiero mas ir (como dices) en alcance de lo que mas me huye, antes con esa señora que me vino á la mano quiero hacer como generoso gavilan, soltar el pájaro de manera que de todo punto quede sepultada la mala voz que por mi respeto se ha levantado, tomando para ello la traza que mejor esté á su reputacion y á la mia. Esto dijo, y parecióme su resolucion mi salvacion: en ella hallé abierto el paraiso de mis deseos; y loando su buen propósito, le facilité la salida, no tanto por su intencion, cuanto por mi reputacion; y así le dije: Vuestra señoría corresponde á quien es en lo que dice y hace; porque aunque sea suma felicidad alcanzarse lo que se desea, la tengo por muy mayor no desear lo que incita la sensualidad, y menos en daño ajeno y de tal calidad. Esa es consideracion cristiana, hija del valeroso entendimiento de vuestra señoría, no es justo desampararla, y quede á mi cargo el modo; pues el fiel criado, aunque por interesar la privanza le acontezca dar calor al apetito de su amo, no está fuera de obligacion de volver la rienda cuando le viere corregido, animando su buen propósito. Con esto me despidió, diciendo: Vete con Dios á dormir en mi negocio, pues en tus manos anda mi honra.

CAPÍTULO VII.

Siendo pública en Roma la burla que se hizo á Guzman de Alfarache, y el suceso del puerco, de corrido se quiere ir á Florencia: hácesele amigo un ladron para robarle.

Póngome muchas veces á considerar cuánto ciega la pasion á un enamorado. Considero á mi amo que me deja su honra encomendada, como si yo supiera tratarla sin sobajarla. Viéneme tambien al pensamiento, y no me deja mucho holgar, cuando discurro cómo habiendo sido tan lisiado en mentir, pude subir á tanta privanza; cómo conmigo se trataban casos de importancia, cómo me fiaban secretos y hacienda, cómo se admitian mis pareceres, cómo se daba crédito á trato, y cómo siendo esto así que jamás oyeron de

mi boca verdad que no saliese adulterada, me daba tanto enfado que me la dijesen otros. Y por el mismo caso aborreceria para siempre á quien una sola vez me la trataba. Y no era maravilla en mí, si es natural á todos los que algo negocian pesarles que no sean con ellos en todo puntuales, y nunca lo saben ser ellos ni se cansan de mentir. Comiencen de lo mas alto, y desciendan á lo mas bajo si algo de ellos habeis de recibir, si algun favor os han de dar (que nada les cuesta), cuántas trampas, cuántas dilaciones, cuánto diferirlo de hoy á mañana, sin que mañana llegue por ser la del cuervo, que siempre la promete, y nunca viene. Y si lo habeis de dar, y con ellos no andais tan corrientes que un solo momento faltais á lo puesto, si no les pagais puntualmente lo prometido, si se lo dilatais una hora, ni sois hombre de palabra, ni de buen trato. Yo en el mio hacia lo mismo; consideraba entre mí diciendo: ¿A mí qué se me da de no decir verdad? ¿Qué me importa que sea vicio de viles, y pasto de bestias? ¿Qué daño me vendrá cuando no me den crédito, si lo tengo ya ganado, aunque á los ojos vean que miento, y es tanta su pasion que no se quieren desengañar de mi engaño? ¿Qué honra tengo que perder? ¿De cuál crédito vendré á faltar? Yo soy conocido, y el mundo está de manera que por el mismo caso que miento, me sustentan, me favorecen y estiman. Mentir y adular apriesa, que es manjar de príncipes. No en buena fe, sino llegaos y decidles que no jueguen, que tienen el Estado consumido, y á los vasallos pobres: que no sean disolutos por las calles, ni en las iglesias, pues dan ocasion á muchos escándalos y daños: que no sean disipadores pródigos, porque se pierden y empeñan por la posta; que pues tienen para malbaratar, que sepan pagar á sus criados, que andan rotos y hambrientos: que si pueden ó tienen favor, que lo dispensen con los pobres: que si privan, que aprovechen la privanza en ganar amigos, pues ninguna es fija, ni hay fortuna firme: que siquiera las fiestas para oir misa se levanten á tiempo: que confiesen de veras, y no para cumplir con la parroquia; y ya que son cristianos de solo nombre (que hay hombres que tasadamente tienen fe para que no les castiguen), que miren por sí, pues son hombres; y si viejos, ya están luchando á brazos con la muerte, la sepultura en medio. Ya se les ha notificado la sentencia, y como los que han de ajusticiar se despiden de sus amigos, y les van poniendo las insignias que han de llevar, así se van despidiendo de todas las cosas á que mas aficion tuvieron, del gusto, del sueño, de la vista, del oido: y le hace por horas notificacion de la sentencia el riñon, la bijada, la orina; el estómago se debilita, enflaquece la virtud, el calor natural falta, la muela se cae, duelen las encías, que todo esto es caer terrones, y podrirse las maderas de los techos; y no hay puntales que tengan la pared que falta toda desde el cimiento, y se viene al suelo la cara. Atreveos pues á un mozo, mocito atre-

vido y descomedido: representadle que no sabe quién le quiere mal, que porque habló, porque miró, porque se alabó, porque por ventura pasó, y entró adonde no debiera, le coserán á puñaladas, y no tendrá lugar de recibir sacramentos, ni de llamar á Dios que le valga; ó que considere, que la sangre se corrompe, los humores abundan, que anda desordenado, come demasiado, hace poco ejercicio, que le dará una apoplejía, ó cualquiera otra enfermedad que le acabe; pues *tan presto se va el cordero como el carnero*. Que no piense por verse fuerte de brazos, tieso de pié y pierna, robusto de cuerpo, y sano de cabeza, que aquello es fijo, y tiene cierta la estabilidad. Ya me parece que le oigo decir: Vos como pobre sois el que os habeis de morir y padecer aquesas desventuras; que yo soy rico, valido, valiente, discreto y generoso; tengo buena casa, duermo en buena cama, como lo que quiero, huelgo segun se me antoja, y donde no hay trabajos, no hay enfermedad, ni llega la vejez. ¡Ah, loco, loco! Pues á fe que Sanson, David, Salomon, y Lázaro, eran mejores, mas discretos, valientes, galanes y ricos que tú, y se murieron; que llegó su dia. Y de Adan á tí han pasado muchos, y ninguno de ellos ha quedado en el siglo vivo. Quién les diria aquesta verdad, y que si otra cosa piensan que son tontos. *Dígaselo Vargas*. Atrévase á ellos un desesperado; por menos que eso darán queja criminal de vos; no hay burlarse con poderosos, ni decirles verdades. No me corre obligacion de decirles donde no han de ser bien admitidas, y ha de resultarme notorio daño de ellas: baste para mi entender, y aca para los de mi tamaño, saber que todo miente, y que todos nos mentimos: mil veces quisiera decir esto, y no tratar de otra cosa, porque solo entender esta verdad es lo que nos importa. Que nos prometemos lo que no tenemos, ni podemos cumplir. El que se tiene por mas valiente, sano, de humores mas concertados, y bien mezclados, ese no tiene punto de seguridad, y está mas presto para caer. No hay fuerzas tan robustas que resistan á un soplo de enfermedad, somos unos montes de polvo, poco viento basta para dejarnos llanos con la tierra. Nadie se adule, ninguno forme de sí lo que no es, ni lo que su sensualidad mentirosa le dice. Diráte lo que á todos. Poderoso eres, haz lo que quisieres. Galan eres, pasea y huélgate. Hermoso y rico eres, haz disoluciones. Nobleza tienes, desprecia á los otros, y ninguno se te atreva. Injuriado estás, no se la perdones. Regidor eres, rige tu negocio, pese á quien pesare, y venga lo que viniere. Juez eres, juzga por tu amigo, y tropéllese todo. Favor tienes, gástale en tu gusto, dándole al pobre humo á narices, que no conviene á tu reputacion, á tu oficio, á tu dignidad, ni á tu honra que te pida lo que le debes, ni la capa que le quitaste. Pues á fe, señores mios, ya sean quien quisieran ser, ó piensan que son, que no son lo que piensan; y el mejor cuando muy bueno es, es un poco de polvo. Escojan de cuál polvo quieren

ser, si de tierra, ó de ceniza, porque no hay otro; y si de tierra, traigan á la memoria que cuando su principio fué lodo, porque se amasó con agua: y fué lo mismo que decirles que se fertilizasen para el cielo, conociéndose á sí mismos. Ya saben que la tierra sin agua no da fruto, y si la suya está seca con vicios, y con el rocío del cielo y santas inspiraciones no la regaren de buenas obras para que fructifique, perdonando injurias, pidiendo perdon de las cometidas, pagando lo que deben, y haciendo verdadera penitencia, serán montones de ceniza, para nada buenos. Aconteceráles lo que á la ceniza, que hacen de ella el jabon, con que se limpian en otra parte las manchas, y luego la echan al muladar. Con su ejemplo escarmentarán otros que se salven, y ellos irán á las carboneras del infierno. Ya son estas verdades, ya se ha llegado el tiempo para decirlas, y si mentí en mi juventud con la lozanía de ella, las experiencias me dicen, y con la senectud conozco la falta que me hice. Y nadie se atreva ni piense que le sucederá lo que á mí, vida larga, y confiados en ella se descuiden con la enmienda, dejándolo para despues de muy maduros, que vendrá un solano que los lleve verdes. Nunca yo la tuve cierta, ni á los mas está segura, que somos como las aves del cortijo, llega el águila y lleva la que le parece, ó el dueño las va entresacando como se le antoja. Ninguna tiene hora suya, unas van tras otras; yo tambien he ido tras de mi pensamiento, sin pensar parar en el mundo; mas como el fin que llevo es fabricar un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio las voy amontonando. Son mi centro aquestas ocasiones, y camino con ellas á él. Quédese aquí esta carga, que si alcanzare al tiempo, yo volveré por ella, y no será tarde.

Vuelvo pues, y digo que todo yo era mentira como siempre. Quise ser para con algunos mártir y con otros confesor, que no todo se puede ni debe comunicar con todos; así nunca quise hacer plaza de mis trabajos, ni publicarlos con puntualidad; á unos decia uno, y á otros otro, y á ninguno sin su comento. Y como al mentiroso le sea tan importante la memoria, hoy lo contaba de una manera, y mañana de otra diferente, todo trocado de como antes lo habia dicho. Dí lugar á que conociéndome por mentiroso no me diesen crédito, dándolo á la voz general, porque realmente todos convenian en el hecho, aunque quitaban y ponian como á cada uno se le antojaba, y tú sueles hacerlo. Ya como novedad, por aquellos dias no se trataba otra cosa en toda Roma; mi yerro era su cuento, y mi suciedad la salsa de las conversaciones. Ya mi amo lo sabia, mas como prudente sentia y callaba, que no siempre se ha de dar el señor por entendido de todo, que seria obligarse (á ley de bueno) al remedio de todo. Disimulaba, mas no tanto que por algunas entrerisitas y mirar de ojos no se le conociese. Araba conmigo, que no le perdia sulco; y como estaba bien

á él disimular, tambien á mí el negar; callábamos todos, empero no pudo ser sin que dejase de romper el diablo sus zapatos. No faltó un amigo suyo, y por el consiguiente mi enemigo, que cogiéndole á solas, le dijo cuanto le importaba para su calidad y crédito despedirme, por la publicidad con que se hablaba de sus cosas, y que cada cual sentia de ellas como queria. Que los caballeros de su profesion y oficio debian proceder segun lo que representaban, porque de lo contrario resultaria en perjuicio de la reputacion de su dueño. Este discurso es mio, que si no pasaron estas palabras formales, á lo menos creo serian otras equivalentes á ellas. Mas cualesquiera que fuesen, yo sé que ningunas le pudieron decir que no le fuesen á él muy sabidas, y sin duda le pesaria de que se las dijesen; mas palabra no me dijo por entonces, ni conmigo hizo demostracion alguna que diferenciase mas de lo que siempre. Solo que, como ya era entrada la cuaresma, tomóla por achaque para recogerse, y no tratar de cosas de mujeres. De esta manera corríamos, mas con las demasías de lo que me pasaba por las calles, tomaron en casa los criados por chacota y entretenimiento mas licencia de la que convenia; empero entre burlas y veras me daban cordelejos, que no aprietan los cordeles en el tormento tanto; de manera que ya no tenia parte segura, ni pared adonde arrimarme de donde no saliese un eco que me confesase los pecados. Un dia yendo por una calle, me vi tan apurado de paciencia por todas partes, tan agostado el entendimiento, que casi me obligaron á hacer muchos disparates. Dijo bien el que, preguntándole que en cuánto tiempo se podria volver un cuerdo loco, respondió: Segun le dieren priesa los muchachos. Aquí me llegó el agua sobre la boca, vime anegado, y renegado de mi sufrimiento; quisiera tirar piedras, mas fuéme á la mano un mocito de mi talle, traza y edad, bien compuesto, pero mal sufrido, porque tomando contra todo el comun mi defensa, favorecido de otros dos ó tres amigos que con él venian, resistieron con obras y palabras ásperas á los que me perseguian. Y sosegándolos á ellos, y reportándome á mí, me llevó solo, mano á mano, á mi posada, dejándose allí á los compañeros deteniendo la gente. Luego que á mi casa llegamos, le quisiera detener para hacerle algun regalo, empero no le admitió. Supliquéle me dijese su posada y nombre, negómelo todo, prometiéndome volverme á visitar; solo me dijo, que me tenia particular aficion, así por mi persona, como por ser Español, de su nacion, que como tal sentia mis desgracias, y con esto nos despedimos. Yo llegué tan robada la color, tan encendidos los ojos, tan alborotado el entendimiento, que (sin consideracion) viendo servir la comida, me subí tras los pajes hasta la mesa del embajador mi señor: cuando allí me hallé igual á los gentileshombres, con capa y espada, conocí mi necedad, quíselo remediar con salir de la pieza, mas fué tarde, porque ya mi amo en el semblante me ha-

bia conocido lo que llevaba; preguntómelo, y hallándome sin tener que contestar, mal prevenido de mentiras, díjele toda la verdad sin pensar ni quererla decir. Y fué la primera que salió sin agua de mi taberna. Mi amo calló, mas los criados, no pudiendo sufrir la risa, unos cubrian el rostro con las medias fuentes, trincheros y salvillas que tenian en las manos, otros que las tenian vacías, cubriéndose la boca con ellas, y rebentándoles en el cuerpo, se salieron de la sala: tanto se descompusieron, que Monsieur se amohinó, y riñéndoles á todos, con palabras nunca de él usadas reprendió el atrevimiento en su presencia: quedé tan avergonzado, tan otro yo por entonces, tan diferente de lo que antes era, cual si supiera de casos de honra, ó si tuviera rastro de ella. ¡Oh cuántas cosas castiga un rigor adonde no pudo labrar el amor! ¡Cuánto importa muchas veces dar una notable caida, para mirar otras dónde se ponen los piés, y cómo se pasa! Entonces vi mi fealdad, en aquel espejo me conocí, halléme de modo, que por cuantos amos ni mujeres tenia el mundo, no volviera á tratar de sus corretajes, ni á solicitarlas. ¡Qué buena resolucion si durara! Pasóse aquesto, y quedóse mi amo pensativo, la mano en la mejilla y el codo sobre la mesa, con el palillo de dientes en la boca, mal contento de que mis cosas corriesen de manera que le obligasen á lo que no pensaba hacer, aunque le convenia para evitar mayores daños, empeñándose tanto que diese notable nota contra su reputacion por mi defensa, que real y verdaderamente la muestra del paño del amo son sus criados. Mandóme bajar á comer, y nunca de allí en adelante, yo ni otro alguno de mis compañeros, por muchos dias le vimos el rostro alegre, ni tan afable como tenia de costumbre. Ya yo no me atrevia como antes á salir de casa si no era de noche; siempre asistia en mi aposento leyendo libros, tañendo, parlando con otros amigos; y de este retirarme se causó en los de casa nuevo respeto, en los de fuera silencio, y en mí otra diferente vida. Ya se caian las murmuraciones, ya se olvidaban con la ausencia mis cosas como si no hubieran sido. Visitábame á menudo aquel mancebito que tomó mi defensa; hízome muchos ofrecimientos de su hacienda y persona; díjome su tierra y nombre; que habia venido á Roma sobre cierto caso en que habia de dispensar su Santidad, y que habia gastado mucha hacienda y tiempo sin haber negociado. Halléme obligado á su buen proceder, creíle; y como deseaba se le ofreciese ocasion en que pagarle algo de la mucha obligacion en que me habia puesto, le rogué me diese parte de su negocio, para que yo lo pidiese de merced al embajador mi señor, y se lo negociase brevemente. Agradeciómelo mucho, y respondióme que ya se habia tomado cierta vereda por donde caminaba, y le daban buenas y ciertas esperanzas; mas que si de allí escapase, recibiria la merced que le ofrecia. Con esto fuimos dando y tomando razones, hasta que pi-

diéndome que saliésemos á pasear un poco á palacio, excusándome, le dije la causa porque me habia retirado, y cuan bien me iba con ello, pues no saliendo de casa estaba sosegado mi ánimo, y el alboroto de la ciudad. Era el mozo velloso, y no menos que yo; cogióme la palabra, por ser la que mas él deseaba oirme, y díjome: Señor Guzman, vuestra merced procede con tanta discrecion, que se conoce bien ser suya, y tengo por tan acertado el remedio, cuanto se me hace dificultoso entender que se pueda proseguir adelante, pues los casos que se ofrecen obligan á los hombres á quebrantar los mas firmes propósitos. Yo si fuese vuestra merced, habiendo de estarme tanto tiempo encerrado, tendria por mejor ganarlo en otra parte, dando una vuelta por toda Italia. De donde, no solo se sacaria notable gusto, sino que juntamente se conseguiria el fin que se pretende, y aun con mas ventajas que con estarse aquí encerrado, pues el tiempo y ausencia lo gastan todo, y son los mejores médicos que se hallan para sanar semejantes enfermedades. Fuéme juntamente con esto engolosinando con referirme curiosidades y grandes excelencias de Florencia, la belleza de Génova, el incomparable único gobierno y regimiento de Venecia, y otras cosas de gusto, que de tal manera me dispusieron, cavando en mí aquella noche toda, que no la reposé, ni pude imaginar en otra cosa. Ya me hallaba calzadas las espuelas caminando, porque luego en amaneciendo fuí á dar de vestir al embajador mi señor, y dándole cuenta de aquella resolucion, la estimó en mucho, teniéndola por honrada y acertada para todos. Díjome luego lo que dije que le habian dicho, y lo que le habia pasado sobre mesa cuando se quedó suspenso, como deseaba verme acomodado por la grande aficion que me tenia, y buscaba traza para ello; mas pues era tan buena la mia, si me quisiera ir á Francia, daria sus cartas para que sus amigos me favoreciesen, ó que hiciese la eleccion que mas me viniese á cuento, que de su parte haria conmigo como tenia obligacion á criado que tan bien le habia servido. Realmente yo quisiera pasar á Francia por las grandezas y majestad que siempre oí de aquel reino, y mucho mayores de su rey, mas no estaban entonces las cosas de manera que pudiera ejecutar mis deseos. Beséle las manos por la merced ofrecida, y díjele que gustaria (dándome su bendicion y licencia) de dar primero una vuelta por toda Italia, en especial á Florencia, que tanto me la tenian loada, y de camino á Siena, donde residia Pompeyo, un mi grande amigo, de quien su señoría tenia noticia por lo que de ordinario nos comunicábamos con cartas, aunque nunca nos habíamos visto. Mi amo se alegró mucho de ello, y desde aquel mismo dia comencé de aliñar mi viaje, llevando propuesto de allí adelante hacer libro nuevo, lavando con virtudes las manchas que me causó el vicio.

CAPÍTULO VIII.

Guzman de Alfarache se quiere ir á Siena, donde unos ladrones le roban lo que ha enviado por delante.

Aquel famosísimo Séneca, tratando del engaño (de quien ya dijimos algo en el capítulo tercero de este libro, aunque todo será poco) en una de sus epístolas dice ser un engañoso prometimiento que se hace á las aves del aire, á las bestias del campo, á los peces del agua y á los mismos hombres. Viene con tal sumision, tan rendido y humilde, que á los que no le conocen podria culpárseles por ingratitud no abrirle de par en par las puertas del alma, saliéndole á recibir con los brazos abiertos. Y como toda la ciencia que hoy se profesa, los estudios, los desvelos y cuidados que se ponen para ello, va con ánimo doblado y falso, tanto cuanto la cosa de que se trata es de suyo mas calificada en perjuicio, tanto con mayor secreto la contraminan, mas artillería y pertrechos de guerra se previenen para ella. No tenemos de que nos admirar cuando fuéramos engañados de esta manera, sino de que siempre no lo seamos; y siendo así, tengo por menor mal ser de otros engañados, que autores de tan sacrílega maldad. Entre algunas cosas que indiscretamente quiso reformar el rey don Alonso (que llamaron el Sabio) á la naturaleza fué una, culpándola de que no habia hecho á los hombres con una ventana en el pecho por donde pudieran otros ver lo que se fabricaba en el corazon; si su trato era sencillo y sus palabras januales con dos caras. Todo esto causa la necesidad; hallarse uno cargado de obligaciones y sin remedio para socorrerlas, hace buscar medios y remedios como salir de ellas. La necesidad enseña claros los mas oscuros y desiertos caminos. Es de suyo atrevida y mentirosa, como antes dijimos en la primera parte. Por ella tienen tambien sus trazas aun las mas simples aves. Corre con fortísimo vuelo la paloma buscando el sustento para sus tiernos pollos; y otra de su especie, desde lo mas alto de una encina, la convida y llama que se detenga y tome algun refresco, dando lugar que con secreto el diestro tirador la derribe y mate. Gallardéase por la selva, cantando, dulcemente sus enamoradas quejas el pobre pajarillo, cuando causándole celos el otro de la jaula ó la añagaza, le hacen quedar en la red, ó preso en las varetas. Allá nos dice Aviano filósofo en sus *Fábulas*, que aun los asnos quieren engañar, y nos cuenta de uno que se vistió un

pellejo de un leon para espantar á los demás animales; y buscándole su amo, cuando le vió de aquella manera, que no pudo cubrirse las orejas, conociéndole, dióle muchos palos, y quitándole la piel fingida, se quedó tan asno como antes. Todos y cada uno por sus fines, quieren usar del engaño contra el seguro de él, como lo declara una empresa significada por una culebra dormida y una araña que baja secretamente para morderla en la cerviz y matarla, cuya letra dice: *No hay prudencia que resista al engaño.* Es disparate pensar que pueda el prudente prevenir á quien le acecha. Estaba yo descuidado, habia recibido buenas obras, oido buenas palabras, veia en buen hábito á un hombre que trataba de aconsejarme y favorecerme, puso su persona en peligro por guardar la mia, visitóme (al parecer) desinteresadamente, sin querer admitir ni un jarro de agua; dijóme ser Andaluz de Sevilla, patria mia, caballero principal, Sayavedra, una de las casas mas ilustres, antigua y calificada de ella: ¿quién sospechara de tales prendas tales embelecos? Todo fué mentira, era Valenciano, y no digo su nombre por justas causas, mas no fuera posible juzgar alguno de su retórico hablar en castellano, de un mozo de su gracia y bien tratado que fuera ladroncillo, cicatero y bajamanero; que todo era como la compostura prestada del pavon, para solo engañar, teniendo entrada en mi casa y aposento, á fin de hurtar lo que pudiese. Fiéme de él, y otro dia viniéndome á visitar, como me halló de mudada, quedó admirado y confuso, sin saber qué pudiera ser aquello. Preguntómelo, y díjele que habia tomado su consejo, y estaba determinado de irme á Siena, donde residia Pompeyo, un grande amigo mio, para de allí pasar á Florencia, dando vuelta por toda Italia. Con esto parece que se alentó y alegró, loando mi parecer, y mudando su determinacion; porque si hasta entonces trazaba hurtarme alguno de mis vestidos ó joyas de oro, ya con aquella nueva, no se contentó con menos que con todo el apero. Estuvo con atencion viendo como aderezaba los baules, ayudándome á ello; vió donde guardé unos botoncillos de oro y una cadenilla con otras joyuelas que tenia, y mas de trescientos escudos castellanos que llevaba, porque la casa del embajador mi señor (como ya no jugaba sino guardaba) me valió, en casi cuatro años que le serví, muchos dineros en dádivas que me dió, baratos y naipes que saqué, y presentes que me hicieron. Cuando tuve mis baules bien cerrados y liados, puse las llaves encima de la cama, donde Sayavedra clavó su corazon, porque no deseaba entonces otra ocasion que poderlas haber á las manos para falsarlas. Vínole como *así me lo quiero, á qué quieres boca*; porque como estuviésemos hablando de mi viaje, y le dijese que pensaba enviar aquello por delante, y detenerme seis ó siete dias en Roma, despidiéndome de mis amigos, en tanto que aquello llegase á Siena, subieron á decirme que me buscaban unos hom-

bres. Pues como el aposento estaba descompuesto, sucio y mal acomodado para recibir visita, bajé á saber quiénes eran: en el ínterin tuvo Sayavedra lugar de imprimir las llaves todas en unos cabos de velas de cera que andaban rodando por mi aposento, si acaso no es que los trajo en la faltriquera. Los que me buscaban eran los muleteros ó arrieros que venian por la ropa, subieron, entreguésela, y llevároнla. Quedámonos parlando el amigo y yo, que como no salia de casa, creí que me hacia cortesía, nacida de amistad para entretenerme aquellos dias, y fué solo á esperar en cuanto se contrahacian las llaves y desvelarme para lo que luego diré. Visitóme tres ó cuatro dias, y cuando le pareció tiempo que tenia su negocio hecho, vino á mi aposento una tarde, muy parejo el rostro, cabizbajo, significando traer grande cargazon de cabeza, dolor en las espaldas, amarga la boca, y profundo sueño. Fingióse amorrado, y dijo no poderse tener en pié; que le diese licencia para volverse á su posada. Halléme corto de ventura, en que la mia no estuviese acomodada para poder hospedarle en ella y agasajarle por entonces. Pedíle que me dijese la suya para irle á visitar y enviarle algunas niñerías de enfermos, ó ver si pudiera serle de provecho en algo: respondióme que la tenia en casa de cierta dama secreta, mas que si su enfermedad pasase adelante, me avisaria de ello para que le visitase. Despidióse, y fuése aquel mismo dia por la posta á Siena, donde halló que ya sus amos y compañeros habian llegado al paso de los muleteros, porque los fueron acechando para ver dónde y á quién se entregaban los baules. Cuando á Siena llegó, y vieron entrar un gentilhombre de tan buen talle, por la posta, creyeron ser algun Español principal. Fuése á hospedar á una hostería, donde al momento acudieron sus compañeros que lo esperaban, que dando á entender ser sus criados, le servian al vuelo. Luego aquel dia envió con uno de ellos á llamar á Pompeyo, haciéndole saber como yo habia llegado á la ciudad. Y cuando mi amigo recibió el recado y supo estar yo en ella, fué tanta su alegría, que sin acertar ni aguardar á ponerse bien la capa, se tardó gran rato en ello, porque me dijo que ya se la puso del revés, ya por el ruedo; mas á medio lado y mal aliñado, salió á toda priesa de casa, cayendo y tropezando, con la priesa de llegar y deseo de verme. Llegó donde yo fingido estaba, formó muchas quejas de no haberse apeado en su casa, de que Sayavedra le dió excusas. Entretuviéronse tratando del viaje y cosas de Roma hasta ya de noche, que despidiéndose Pompeyo, dió Sayavedra (en su presencia) la llave de uno de los baules á uno de aquellos criados, diciéndole: Oyes, vete con el señor Pompeyo, y sácame tal vestido que hallarás en tal parte, para vestirme mañana. Fuéronse juntos, y el criado hizo puntualmente lo que le mandaron, desliando en presencia de Pompeyo el baul señalado, y sacando el vestido de él, volvióle á cerrar, y fuése con la llave. Aquella

noche le hizo llevar Pompeyo una muy buena cena, colacion y vino admirable, con que puestos á orza se dejaron dormir hasta el dia siguiente, que por la mañana le volvió á visitar Pompeyo, y dijéronle los criados que reposaba, porque no habia podido dormir en toda la noche. Quisiérase volver á ir, mas no se lo consintieron, diciendo que reñiria mucho su señor con ellos cuando supiese que su merced hubiese llegado, y no se lo hubiesen dicho. Entráronle á decir que allí estaba el señor Pompeyo, él se alegró mucho, y les mandó que metiesen asiento y entrase. Preguntóle por su salud Pompeyo, y qué habia sido la indisposicion pasada. Respondió que del poco uso y mucho cansancio de la posta no se hallaba bien dispuesto, y que pensaba sangrarse. Bien quisiera Pompeyo que mudara de posada y llevarle á la suya. Sayavedra dió por excusa tener criados inquietos, y que pensaba rehacerse de ellos dentro de ocho dias ó diez, que para entonces le prometia ir á recibir aquella merced. Suplicóle tambien fuera servido en el ínterin, enviarle allí con uno de sus criados los baules, porque de aquellos no tenia mucha satisfaccion, y dándoles las llaves podrian hacerle alguna falta. Pareciéle bien á Pompeyo en cuanto á aquello, y pesóle mucho que tratase de hacerse curar en hostería, mas con la promesa hecha, hizo lo que le pidió, y en llegando á su posada, cargaron los baules á unos pícaros, y con uno de los criados de su casa los llevaron donde Sayavedra estaba. Envióle aquel dia de comer muy regaladamente, y habiéndose á la noche despedido los dos amigos para irse á dormir, Sayavedra y sus compañeros mudaron en otra casa secreta lo que allí habian traido, y de allí se partieron luego á Florencia por la posta, donde cuando llegaron, se puso todo de manifiesto para hacer la particion. Eran los compañeros de Sayavedra maestros en el arte, astutos y belicosos; y el principal autor de ellos, natural de Bolonia, llamábase Alejandro Bentivoglio, y su padre era un letrado dotor de aquella universidad, rico, gran maquinador, no de mucho discurso, y fabricaba por la imaginacion cosas de gran entretenimiento. Este tuvo dos hijos, en condicion opuestos y grandísimos contrarios: el mayor se llamó Vicencio, mancebo ignorante, risa del pueblo, con quien los nobles de él pasaban su entretenimiento, decia famosísimos disparates, ya jactándose de noble, ya de valiente, hacíase gran músico, ginete, poeta, y sobre todo enamorado, y tanto, que se pudiera de él decir: Déjalas que penen. El otro era este Alejandro, grandísimo ladron, sutil de manos, y robusto de fuerzas: que de bien consentido y mal doctrinado resultó salir travieso, juntándose con malas compañías. Eran los compañeros de este otros tales, rufianes como él, que siempre *cada uno apetece su semejante, y cada género corre á su centro.* Pues como fuese la cabeza y mayor de sus allegados, el principal de todos en todo, hizo que Sayavedra se contentase con muy poco, dándole algunos y

los peores de los vestidos; y pareciéndole no tener allí buena seguridad, fuése á la tierra del papa, donde tenia el padre alcalde; partióse luego á Bolonia por la posta, llevándose la nata, joyas y dineros: recogióse á la casa de sus padres, y los demás compañeros (con lo que les cupo de parte) huyeron á Trento, segun despues en Bolonia me dijeron, y por allá se desparecieron. Cuando Pompeyo volvió á visitarme, como no halló mi estatua, ni á sus familiares, preguntó á los huéspedes por ellos; dijéronle como la noche antes habian salido de allí con los baules, no sabian adonde. Luego vió mala señal, y sospechando lo que pudiera ser, hizo extraordinarias y muchas diligencias en buscarlos; y teniendo noticia que iban por la posta camino de Florencia, envió un barrachel en su seguimiento con requisitoria para prenderlos. Ellos andan allá en su negocio, volvamos agora un poco al mio, y quiera Dios que en el entretanto parezca.

Quedéme aquellos dias contento y descuidado de tal bellaquería, y muy sobresaltado con deseo de saber de mi amigo enfermo, si tendria salud ó necesidad; esperéle cuatro dias, y viendo que no volvia, me detuve otros tantos en buscarle entre los de la patria, dando las señas, mas era *preguntar por Tunez en Portugal.* No me valerion diligencias, creí que sin duda estaria muy malo, si acaso ya no fuese muerto. Tambien me pareció, que pues me habia encubierto su posada, que seria la verdadera causa el no haber lugar para poderle visitar en ella. Hice todo el deber, y cuando no fué mi posible de provecho, dejéle un largo recado en casa, y pidiendo al embajador mi señor licencia, determiné la ejecucion del viaje para el siguiente dia. Él sintió mucho mi ausencia, echóme sus brazos encima, y al cuello una cadenilla de oro que acostumbraba traer de ordinario, diciéndome: Dóitela para que siempre que la veas tengas memoria de mí, que te deseo todo bien. Además me dió para el viaje (sin lo que yo llevaba mio) lo que bastaba para poder pasar algunos dias bien cumplidamente, sin sentir falta ninguna. Mandóme que de donde quiera que llegase le diese aviso de mi salud y sucesos, por lo que holgaria que fuesen buenos hasta volverme á ver en su casa. Sus palabras fueron tan amorosas, el razonamiento y consejos con que me despidió tan elegante y tierno, exhortándome á la virtud, que no pude resistir sin rasárseme con lágrimas los ojos. Beséle la mano, la rodilla sentada en el suelo: dióme su bendicion, y con ella un rocin, en que salí de su casa, y llevé todo el camino. Él y sus criados quedaron enternecidos con el sentimiento de mi partida; él porque me amaba, y me perdia, que sin duda le hice falta para el regalo de su servicio, y ellos, porque, aunque mis cosas eran malas para mí, jamás lo fueron para los compañeros, y llegados á las veras pusieran sus personas todos en defensa de la mia. Siempre les fuí buen amigo, nunca los in-

quieté con chismes, ni traje revueltos, no tercié mal con mi amo en sus pretensiones ó mercedes en que interesasen, antes les ayudaba en todo, y con esto hacia mi negocio, porque haciéndoselo á ellos en abundancia, de necesidad habian de ser mis mercedes muy mayores, pues ellos eran tenidos por criados, y yo en lugar de hijo. Así se alababan que siempre les era buen hermano, y mi señor de que tenia en mí un fiel criado; de manera, que ni mi servicio desmereció, ni mi amistad les faltó; y si la publicidad que se levantó de lo sucedido en casa de Fabia no se divulgara por boca de Nicoleta, que contó á cuantas amigas y amigos tenia la burla que recibí de su señora en el corral de su casa, nunca ye dejara la comodidad que tenia, ni mi señor el criado que tan bien le servia. Ved lo que destruye una mala lengua de mala mujer, que sin salvarse á sí, disfamó la casa de sus amos y descompuso la nuestra. Nadie les fie su secreto, ni á su consorte misma, si fuere posible, porque con poco enojo, por vengarse os quiebran el ojo, y con pequeña causa os hacen causa. Salí de Roma como un príncipe, bien tratado, y mejor proveido para poderme dar un gentil verde tan en tanto que se secaba el barro, que cuando acontecen á suceder tales casos, no hay tal remedio como tiempo y tierra en medio. Iba yo mas contento que Mingo, galan, rico, libre de mala voz, y con buen propósito, por lo que ya no pensaba volver á ser el que fuí, sino un fenix nuevo, renacido de aquellas cenizas viejas. Iba donde mi amigo Pompeyo me aguardaba con muy gentil aposento, cama y mesa. Llegué á Siena, y derechamente preguntando por él, me dijeron su posada; halléle en ella, recibióme alegre y confusamente, sin saber qué hacer ó decir del suceso pasado; estaba trístisimo interiormente, tanto por el valor del hurto, cuanto por la burla recibida, y mala cuenta que daria de mi hacienda. No me habló palabra de los baules, y quiseria encubrírmelo, mas no fué posible, porque luego el dia siguiente, que quisiera dar por Siena una gran pavonada, pidiéndolos para vestirme, fué forzoso decírmelo, dándome buenas esperanzas de que nada se perderia con la buena diligencia hecha. Sentí aquel golpe de mar con harto dolor, como lo sintieras tú cuando te hallaras como yo, desbalijado, en tierra extraña, lejos del favor, y obligado á buscarle de nuevo, y no con mucho dinero, ni mas vestido del que tenia puesto encima, y dos camisas en el portamanteo; empero líbreos Dios de *hecho es* cuando ya el daño no tenga remedio, que *forzoso lo habeis de beber, y no se puede verter.* Hice buen ánimo, saqué fuerzas de flaqueza, porque si en público lo sintiera mucho, fuera ocasion para ser de secreto tenido en poco, aventurando la amistad, supuesto que de lo contrario no se me pudiera seguir útil alguno. Consejo cuerdo es acometer á las adversidades con alegre rostro, porque con ello se vencen los enemigos, y cobran los amigos aliento. Tres dias

tuve (como dicen) calzadas las espuelas, esperando de camino lo que hubiese sucedido al barrachel en el suyo, si acaso hubiese tenido algun buen rastro. Y estando sentados á la mesa poco despues de haber comido, tratando de mis desgracias, y astucia que tuvieron los ladrones en robarme, sentí gran tropel de los criados y gente de casa que subian por escalera, diciendo: Ya viene, ya viene, ya pareció el principal de los ladrones, el hurto ha parecido. Con esto cobré ánimo, alegróseme la sangre, las muestras del contento interior me salieron al rostro, que no es posible disimular el corazon lo que siente con súbitas alegrías, pues á veces acontece, siendo grandes, ahogar su calor al natural y privar de la vida. Luz encendieran entonces en mis ojos, pues pareció que con ellos daba las albricias á cuantos me las pedian, y los brazos abiertos iba recibiendo en ellos los parabienes. Levantámonos de la mesa para salir al encuentro al barrachel, que cual otro yo, traia la boca llena de alegría, y habiéndonos abrazado estrechamente, cuando le pregunté por el hurto, me respondió que todo se haria muy bien. Volvíle á preguntar, ¿en qué modo? y díjome que uno de los ladrones venia preso, porque los otros no habian parecido, ni el hurto, mas que aqueste diria de todo. ¿Considerastes por ventura cuando alguna vez en las encendidas brasas aconteció caer mucho golpe de agua, que súbitamente se levanta un espeso humo tan caliente que casi quema tanto como ellas mismas? Tal me dejaron sus palabras; todas las muestras de alegría que poco antes derramaba por toda mi persona se apagaron con el agua de su triste nueva, y en aquel instante se levantó en mí una humareda de cólera infernal con que quisiera mostrar lo que sentia, mas como tan poco vale á eso, reportéme. Pompeyo pidió su capa, salió luego á tratar con el juez, que se hiciesen algunas diligencias importantes que al parecer convenia hacerse, mas todo fué sin provecho, porque ni negó el hurto, ni confesó su delito. Dijo que los otros le habian hecho, que solo él era criado de uno de ellos, y que le habian dado un solo vestidillo, que vendió y gastó en Florencia, y en el viaje agora cuando lo volvieron á Siena. Esto hacen los malos, ayudan y favorecen de obras y consejos al mal, y conseguido su intento se desamparan los unos á los otros, tomando cada cual su vereda. Con esta confesion, por ser este hurto el primero en que se habia hallado, con lo que mas alegó en su defensa, y por las consideraciones que se le ofrecieron al juez, fué condenado en vergüenza pública, y en destierro de aquella ciudad por cierto tiempo. Estaba un criado de casa con mucho cuidado esperando el suceso de este negocio para venirme á dar aviso de ello, y cuando le dijeron la sentencia, como si me trajera los baules, entró en el aposento con mucha priesa, risueño y alegre, y díjome: Señor Guzman, alégrese vuestra merced, que su ladron está condenado á la vergüenza, y hoy le sacan;

vaya si le quiere ver, que no tardará mucho. Mucho quisiera yo entonces que aqueste necio fuera mi criado, y estar en mi casa ó en otra parte donde á mi satisfaccion le pudiera romper los hocicos y dientes á mojicones; grandísimo enojo sentí con el disparate de sus palabras. Oh traidor! (decia entre mí) ¿vesme perdido y pobre, y quiéresme consolar con tus locuras? Ahogábame la cólera, mas enmedio de su fuerza mayor se me ofreció á la memoria otro consuelo semejante á este, que me contaron verdaderamente haber pasado en Sevilla, con que me retozó la risa en el cuerpo, y con las cosquillas olvidé la ira, y fué : un juez de aquella ciudad tenia preso por especial comision del supremo consejo á un delincuente, famoso falsario, que con firmas contrahechas á las de su Majestad y recaudos falsos habia cobrado muchos dineros en diversas partes y tiempos. Fué condenado á muerte de horca, no obstante que alegaba el reo ser de Evangelio, y declinaba jurisdiccion; mas el resuelto juez, creyendo que tambien los títulos eran falsos, apretaba con él, y de hecho mandó que ejecutasen su sentencia. El ordinario eclesiástico hacia lo que podia de su parte, agravando censuras hasta poner *cessatio a divinis;* mas como no fuese parte alguna toda su diligencia para impedir las del juez á que no le ahorcasen, ya cuando le tenian subido en lo alto de la escalera, la soga bien atada para quererle arrojar, se puso al pié de ella un cierto notario que solicitaba su negocio, y poniéndose la mano en el pecho, le dijo : Señor N., ya vuestra merced ha visto que las diligencias hechas han sido todas las posibles, y que ninguna de las esenciales ha dejádose de hacer para su remedio; ya esto no lo lleva, porque de hecho quiere proceder el juez, y como quien soy le juro que le hace notorio agravio y sinjusticia; mas pues no puede ser menos, preste vuestra merced paciencia, déjese ahorcar, y fíese de mí, que acá quedo yo.

Ved qué consuelo puede ser para los que padecen, cuando les dicen palabras tales y tan disparatadas. ¿Qué gusto podrá recibir un desdichado que ahorcan, con que acá le queda un buen solicitador? Y pudiérale muy bien decir el paciente : Harto mejor seria que subiésedes vos en mi lugar, y que fuese yo á solicitar mi negocio. Un hombre robado y pobre como yo, ¿qué abrigo ni honra podia sacar de ver llevar á un ladron á la vergüenza? ¿Por ventura, honrábame su afrenta, ó donde contara el caso y su castigo, me habian de dar por ello lo necesario? Fuíme de allí á otro aposento, considerando en las ignorancias de estos, y revolviendo sobre mi hurto como aquello que tanto me dolia, iba discurriendo en diferentes cosas, entre las cuales fué una lo poco que importan semejantes castigos : ¿qué vergüenza le pueden quitar ó dar á quien para hurtar no la tiene, y se dispone á recibir por ello la pena en que fuere condenado? Roba un ladron

una casa, y paséanle por la ciudad. En cuanto á mi mal entender y poco saber, no sé qué decir contra las leyes, que siempre fueron bien pensadas, y con maduro consejo establecidas; empero no siento que sea castigo para un ladron sacarle á la vergüenza, ni desterrarle del pueblo; antes me parece premio que pena, pues con aquello es decirle tácitamente: Amigo, ya de aquí te aprovechaste como pudiste, y te holgaste á nuestra costa; otro poquito á otro cabo, déjanos á nosotros, y pásate á robar á nuestros vecinos. No quiero persuadirme que el daño está en las leyes, antes en los ejecutores de ellas, por ser mal entendidas, y sin prudencia ejecutadas. El juez debiera entender y saber á quién y por qué condena, que los destierros fueron hechos no para ladrones forasteros, antes para ciudadanos, gente natural y noble, cuyas personas no habian de padecer pena pública ni afrentas; y porque no quedasen los delitos de los tales faltos de punicion, acordaron las divinas leyes de ordenar el destierro, que sin duda es el castigo mayor que pudo dárseles á los tales, porque dejan los amigos, los parientes, las casas, las heredades, el regalo, el trato y negociacion, y caminan sin saber adonde, y tratan despues no sabiendo con quien: fué sin duda grandísima y aun gravísima pena, no menor que de muerte, y fué permision del cielo que quien estableció la ley, siendo de ella inventor, la padeciese, pues le desterraron sus mismos Atenienses. Mucho lo sintieron muchos, y algunos igual que la muerte. Dícese de Demóstenes, príncipe de la elocuencia griega, que saliendo desterrado, y aun casi desesperado, vertiendo muchas lágrimas de sentimiento por la crueldad que con él habian usado sus naturales mismos, á quien él habia siempre amparado y favorecido, defendiéndolos con todo su posible. Y como en el camino llegase á un lugar donde halló acaso unos muy grandes enemigos, creyó que allí le mataran, mas no solo le perdonaron, sino que compadecidos de él, viéndole afligido le consolaron, haciéndole todo buen tratamiento, y proveyéndole de las cosas necesarias en su destierro. Lo cual fué causa de mas acrecentar su dolor, pues animándole sus amigos, les dijo: ¿Cómo quereis que me reporte, y deje de hacer grandes extremos, viendo la mucha razon que tengo? pues voy desterrado de una tierra donde son los enemigos tales, que dudo hallar (y me seria felicidad si alcanzase á granjear donde voy desterrado) tales amigos cuales ellos. Tambien desterraron á Temístocles, el cual siendo favorecido en Persia mas que lo era en Grecia, dijo á sus compañeros: Por cierto, si no dos perdiéramos, perdidos fuéramos. Los Romanos desterraron á Ciceron, inducidos de Clodio, su enemigo, despues de haber libertado á su patria. Desterraron tambien á Publio Rutilio, el cual fué tan valeroso, que despues cuando los de la parte de Sila (que fueron quien causaron su destierro) quisieron alzársele, no quiso recibir su favor, y dijo:

Mas quiero avergonzarlos estimando su favor en poco, y dándoles á sentir su yerro con mi agravio, que gozar el beneficio que me hacen. Desterraron tambien á Scipion Nasica en pago de haber libertado á su patria de la tiranía de los Gracos. Anibal murió en destierro. Camilo fué desterrado, siendo tan valeroso, que se dijo de él ser el segundo fundador de Roma por haberla libertado, y á sus enemigos mismos. Los Lacedemonios desterraron á su Licurgo, varon sabio y prudentísimo que les dió leyes. Y no se contentaron con solo esto, que aun le apedrearon y le quebraron un ojo. Los Atenienses desterraron con ignominia y sin causa á su legislador Solon, y le echaron á la isla de Chipre, y á su gran capitan Trasíbulo. Estos y otro infinito número de semejantes fueron desterrados, y daban esta pena los antiguos á los hombres nobles y principales por castigo gravísimo. Yo conocí un ladron, que, siendo de poca edad, y no capaz de otro mayor, como le hubiesen desterrado muchas veces, y nunca hubiese querido salir á cumplir el destierro, y tambien porque sus hurtos no pasaban de cosas de comer, le mandó la justicia poner un argollon con un virote muy alto de hierro, y colgando de él una campanilla, porque fuese avisando con el sonido de ella y se guardasen de él. Este se pudo llamar justo y donoso castigo. En esto acabarás de conocer qué grave cosa sea un destierro para los buenos, y cuan cosa de risa para los malos, á quien todo el mundo es patria comun, y donde hallan que hurtar, de allí son originarios. Donde quiera que llega entra de refresco, sin ser conocido, que no es pequeña comodidad para mejor usar su oficio sin ser sentido. No sé como lo entiende quien así castiga; menos mal fuera dejarle andar por el pueblo con la señal dicha, y guardarse de él, que no enviarle donde no le conocen con carta de horro para robar el mundo. No, no, que no es útil á la república, ni buena policía hacer á ladrones tanto regalo, antes por leves hurtos debieran dárseles graves penas. Échenlos, échenlos en las galeras, métanlos en presidios, ó denles otros castigos por mas ó menos tiempo, conforme á los delitos; y cuando no fuesen de calidad que mereciesen ser agravados tanto, á lo menos debiéranlos perdigar como en muchas partes acostumbran, que les hacen cierta señal de fuego en las espaldas, por donde al segundo hurto son conocidos. Llevan con esto hecha la causa, sábese quien son, y su trato; castiga la reincidencia mas gravemente; y muchos con el temor dan la vuelta, quedando de la primera corregidos y escarmentados, con miedo de no ser despues ahorcados. Esta sí es justicia, que todo lo mas es fruta regalada, y ocasion para que los escribanos hurten tanto como ellos, y no sé si me alargue á decir que los libran porque salgan á robar para tener mas que poderles despues quitar. Quiero callar, que soy hombre, y estoy castigado de sus falsedades, y no sé si volveré á sus manos, y tomen ven-

ganza de mí muy á sus anchos, pues no hay quien les vaya á la mano. Mi ladron se libró, confesó quienes eran los principales y el viaje que llevaron, con lo cual y con su paseo fué suelto de la cárcel, dejándome á mí en la suma pobreza, y á buenas noches. Mañana en amaneciendo te diré mi suceso, si de lo pasado llevas deseo de saberlo.

LIBRO SEGUNDO.

TRATA GUZMAN DE ALFARACHE DE LO QUE LE PASÓ EN ITALIA HASTA VOLVER A ESPAÑA.

CAPÍTULO I.

Sale Guzman de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévale en su servicio, y antes de llegar á la ciudad le cuenta por el camino muchas cosas admirables, y en llegando allá se la enseña.

Focion (famoso filósofo en su tiempo) fué tan pobre, que apenas y con mucho trabajo alcanzaba con que poder entretener la vida. Por lo cual, siempre que de sus cosas trataban algunos en presencia del tirano Dionisio, su gran enemigo, se burlaba de ellas y de él, motejándole de pobre, por parecerle que no le podia hacer otra mayor injuria. Cuando aquesto llegó á noticia del filósofo, no solo no le pesó, sino que, riéndose de él y de su locura, respondió á quien se lo dijo: Por cierto, Dionisio dice mucha verdad llamándome pobre, porque verdaderamente lo soy; empero mucho mas lo es él, y con mas veras pudiera tener vergüenza de sí mismo y afrentarse, porque si á mí me faltan dineros, los amigos me sobran: tengo lo mas, y fáltame lo menos; empero él, si dineros le sobran, los amigos le faltan, pues no se le conoce alguno que lo sea suyo. No pudo este filósofo satisfacerse mejor, ni quebrarle los ojos con mayor golpe ó pedrada que con llamarle hombre sin amigos. Y aunque acontece muchas veces comprarse con dineros, y suele ser este camino el principal de hallarlos, nunca este tirano supo granjearlos ni tenerlos. Y no es de maravillar que le faltasen, porque quien dice amigo, dice bondad y virtud, y quien ha de conservar amistad, ha de procurar que sus obras correspondan á sus palabras; y como todo él era tiranía, en todo de mala digestion y peor trato, y los amigos no se alcanzan con sola

buena fortuna, sino con mucha virtud, careciendo él de ella, siempre careció de ellos.

Nunca otro fué mi deseo desde que tuve uso de razon sino granjearlos, aun á toda costa; pareciéndome, como real y verdaderamente lo son, tan importantes á la próspera como en adversa fortuna. ¿Quién sino ellos gusta de los gustos, conserva la paz, la vida, la honra y la hacienda, celebrando las prosperidades de sus amigos? ¿Y dónde, con adversidad, se halla otro refugio, benignidad, consuelo, remedio y sentimiento de los males como propios? El hombre prudente, antes debe carecer de todos y cualesquier otros bienes, que de buenos amigos, que son mejores que cercanos deudos, ni propios hermanos. De sus calidades y condiciones muchos han dicho mucho (y algun dia diremos algo, Dios mediante), mas á mi parecer, donde amistad se profesa, el trato ha de ser llano, que ni altere, ni escandalice, ni dé cuidado, ni ponga en condicion al amigo de perderse. Hanse de avenir los dos, como cada uno consigo mismo, por ser otro yo mi amigo. Y de la manera que suele suceder al azogue con el oro, que se le mete por las entrañas, haciéndose de ambos una misma pasta, sin poderlos divìdir otra cosa que el puro fuego, donde queda el azogue consumido, tal el verdadero amigo, hecho ya otro él, nada puede ser parte para que aquella union se deshaga, sino con solo el fuego de la muerte sola. Débense buscar los amigos como se buscan los buenos libros; que no está la felicidad en que sean muchos, ni muy curiosos; antes en que sean pocos, buenos, y bien conocidos; que muchas veces, muchos impiden que sean verdaderas en todos las amistades. No que solo entretengan, sino que juntamente aprovechen al alma y cuerpo, que aquel se debe buscar que sin respeto de interés humano, aconseja el precepto divino; no que representen, sino que hablen, amonestan y enseñen. Y si aquel se llama verdadero amigo que con amistad sola dice á su amigo la verdad clara y sin rebozo, no como á tercera persona, sino como á cosa muy propia suya, segun la deseara saber para sí, de cuyas entrañas y sencillez hay pocos de quien se tenga entera satisfaccion y confianza; con razon el buen libro es buen amigo, y digo que ninguno mejor; pues de él podemos disfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad que hoy se practica de no querer saber, por no preguntar, sin temor que preguntando revelará mis ignorancias; y con satisfaccion que sin adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros á los amigos, que los amigos no siempre se atreven á decir lo que sienten y saben por temor de interés ó de privanza (como diremos presto y breve), y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio. Conforme á lo cual, siempre se tuvo por dificultoso hallarse un fiel amigo y verdadero; y son contados, por escrito están, y los mas en fábulas, los que se dice haberlo sido. Uno solo hallé de

nuestra misma naturaleza, el mejor, el mas liberal, verdadero y cierto de todos, que nunca falta, y permanece siempre, sin cansarse de darnos, y es la tierra. Esta nos da las piedras de precio, el oro, la plata, y demás metales, de que tanta necesidad y sed tenemos. Produce la yerba, con la que no solo se sustentan los ganados y animales de que nos valemos para cosas de nuestro servicio, mas juntamente produce aquellas yerbas medicinales que nos conservan la salud, y aligeran la enfermedad, preservándonos de ella. Cria nuestros frutos, dándonos telas con que cubrirnos y adornarnos. Rompe sus venas, brotando de sus pechos dulcísimas y misteriosas aguas que bebemos, arroyos y rios que fertilizan los campos, y facilitan los comercios, comunicándose por ellos las partes mas entrañas y remotas. Todo nos lo consiente y sufre, bueno y mal tratamiento, á todo calla; es como la oveja, que nunca la oirán otra cosa que *bien*: si la llevan á comer, si á beber, si la encierran, si la quitan el hijo, la leche, la lana y la vida, siempre á todo dice *bien*; y todo el bien que tenemos en la tierra, la tierra lo da. Ultimamente, ya despues de fallecidos y hediondos, cuando no hay mujer, padre, hijo, pariente, ni amigo que quiera sufrirnos, y todos nos despiden huyendo de nosotros, entonces nos ampara recogiéndonos dentro de su propio vientre, donde nos guarda en fiel depósito, para volvernos á dar en vida nueva y eterna. Y la mayor excelencia, la mas digna de gloria y alabanza, es, que haciendo por nosotros tanto tan á la continua, siendo tan generosa y franca, que ni cesa, ni se cansa, nunca repite lo que da, ni lo zahiere, dando con ello en los ojos, como lo hacen los hombres. En todos cuantos traté, fueron pocos los que hallé que no caminasen al norte de su interés propio, y al paso de su gusto, con deseo de engañar, sin amistad que lo fuese, sin caridad, sin verdad, ni vergüenza. Mi condicion era fácil, su lengua dulce, siempre me dejaron el corazon amargo, é indigestible, por lo arriba dicho. Empero segun el trato de hoy de tal manera corre la malicia, que mas nos debe admirar no ser engañados, que de serlo. Veíalos tan libres en prometer, cuanto cautivos en cumplir; fáciles en las palabras, y dificultosos en las obras. No hay Pílades, Asmundos ni Orestes; ya fenecieron, y casi sus memorias. Tanto lo digo por mi Pompeyo, y mas que por los mas que tuve, porqué á los mas ganélos hablando, y á él obrando. Muchos amigos tuve cuando próspero, todos me deseaban, me regalaban, y con sumision se me ofrecian; cuando faltaron dineros, faltaron ellos, fallecieron en un dia su amistad y mi dinero. Y como no hay desdicha que tanto se sienta como la memoria de haber sido dichoso, no hay dolor que iguale al sentimiento de ver faltar los amigos á quien siempre tuvo deseo de conservarlos. Ya me robaron, y quedé perdido; estuve algunos dias, aunque pocos, en casa de mi amigo, empero sentile hacérsele muchos, en que poco á poco se me

despegaba, y como anguila paso á paso en la ocasion se me resbalaba, dejándome la mano vacía. Ofrecíase á lo Cordobés; ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo; nada prometió ciertamente, ni en algo dejó de quedar dudoso; y lo que me acariciaba no era tanto con ánimo de hacerlo, cuanto para que por justicia no cobrara de él mi hacienda. Leíle los pensamientos, y como los mios fueron siempre nobles, las veces que de mi pérdida trataba, si algun cumplimiento hizo, fué fingido; empero cualquiera que fuese me agraviaba de ello como de una grave injuria, y con muchas veras rechazaba sus burlas, como si no lo fueran, ó tuvieran algun fundamento, haciendo caso de menos valer, que se tratase de interés mio, no consintiéndole que me sintiese flaqueza de ánimo; antes por no traer inquieto el suyo, viéndole tan atribulado y corto, determiné dejarle, y pasar á Florencia. Comuniquéle aqueste pensamiento, diciéndole que deseaba mucho ver aquella ciudad, por las grandezas que de ella me contaban; y como le salí á su deseo, asió de la ocasion, refiriéndome muchas de sus cosas memorables, con que me levantó los piés, y creció la codicia. No lo hacia por loármela, ni porque la viese, sino por no verme ya en su casa, que es triste huésped el de por fuerza. Despues que le dije mi determinacion, volvió á resfrescar el viento del regalo, para obligarme con él á que saliese con gusto y en paz, y quedarlo él, por lo que de mí se temia. Significó pesarle de mi partida, pero nunca hizo resistencia en ella para que me quedase; preguntóme cuándo me queria ir, pero no lo que habia menester llevar, aun siquiera de buen comedimiento. Fácil cosa es el ver, y mas lo es el hablar, pero muy dificultoso el proveer; que no conocen todos los que miran, ni los que hablan hacen. Como ya no me habia menester, y yo necio le habia dicho que no pensaba volver mas á Roma, hizo él su cuenta, para que ó de qué me puede ya ser de provecho aqueste tonto; tratóme como yo merecia. Entonces conocí, en cuanto se deja conocer el ánimo generoso con el agradecimiento del bien recibido. En esta mudanza de fortuna, hallé á la vista mil daños nunca temidos: mas como aun entonces tenia resuello para pasar adelante, no desmayé de todo punto. Procuré olvidar lo que no pude remediar, tomando por instrumento la memoria de mi jornada; y como la novedad ó extrañeza de las cosas lleva tras sí el ánimo de los hombres, con deseo de saberlas, dime mucha priesa hasta salir de Siena, tanto por esto como por dejar á Pompeyo sosegado, que aunque suelen decir á los huéspedes: *Comed con buena gana, que con buena ó con mala, tienen de contárosla por comida,* me daba pena su cortedad, el sentirle su solicitud socarrona, y verle andar tan ciscado. Despedíme de él, y aunque por ser yo quien era, por la amistad que le tuve lo sentí de manera que al tiempo del apartarnos me faltaron palabras, tampoco en él vi lágrimas. Comencé mi camino á solas,

no con pocos pensamientos, ni libre de cuidados, que á fe que mi caballo no llevaba tanto peso, empero íbalos trazando y acomodando como se me hiciesen mas ligeros, mejor pudiese salir de ellos, cuando á pocas millas encontré con Sayavedra, que salia de Siena, en cumplimiento de su destierro. No me bastó el ánimo así que le conocí á dejar de compadecerme de él y saludarle, poniendo los ojos, no en el mal que me hizo, sino en el daño de que alguna vez me libró; conociendo por de mas precio el bien que allí entonces de él recibí, que pudo importar lo que me llevó. Y paga mal el que con grandes ventajas no satisface la gracia recibida; además que la liberalidad supone generoso espíritu, y es de tal precio, por traer su orígen del cielo, que siempre se halla en los ánimos destinados para él. No pude resistirme sin hablarle con amor, ni él de recibirme con lágrimas, que vertiéndolas por todo el rostro, se vino á mis piés abrazándose con el estribo, y pidiéndome perdon de su yerro, dándome gracias de que nunca, estando preso, le quise acusar, y dándome tambien satisfacciones de no haberme visitado luego que salió de la cárcel, dando culpa de ello á su corto atrevimiento y larga ofensa; empero que para en cuenta y parte de pago de su deuda queria como un esclavo servirme toda su vida. Yo que siempre le conocí por hombre de muy gallardo entendimiento, vivo de ingenio, aunque por el mismo caso un perdido, empero dispuesto para cualquier cosa, holguéme con su ofrecimiento; así caminamos poco á poco en buena conversacion. Aunque verdaderamente yo sabia ser aquel muy gran ladron y bellaco, túvele por de menor inconveniente, que si fuera necio, que nunca la necedad anduvo sin malicia, y bastan ambas á destruir no una casa, empero toda una república; porque ni el necio supo callar, ni el malicioso juzgar bien; y si como siente habla, el escándalo y los trabajos están ya de las puertas á dentro de casa. Parecióme que si de alguno quisiera servirme, habiendo pocos mozos buenos, que aqueste seria menos malo, supuesto que por sus mañas me habia de hacer (como si fuera Lacedemonio) traer la barba sobre el hombro; y era de menor inconveniente servirme de él que de otro no conocido, pues de él sabia ya ser necesario guardarme, y con otro, pareciéndome fiel, me pudiera descuidar, y dejarme á la luna. Con esto, y que ya mis prendas eran pocas en que pudiera lastimarme mucho, lo admití en mi servicio. Preguntóme ¿qué viaje llevaba? Respondíle, que á Florencia, por satisfacer el deseo de lo que de ella me decian; y él me dijo: Señor, aun habrá sido poco respecto de la verdad; porque la relacion de lo curioso y bueno jamás llegó á henchir aquel vacío. Algun tiempo he residido en ella, pero siempre como si entrara el mismo dia, por las varias cosas que á cada paso allí se ofrecia que ver, y de mi voluntad nunca la dejara, si amigos no me obligaran á ello. Comencéle á preguntar de algunas

cosas de su principio y fundacion, y él me dijo: Pues el tiempo de caminar es ocioso, y la relacion de lo que se me manda breve, diré lo que por curiosidad y con verdad he sabido. Comenzó á discurrir luego desde las guerras civiles á quien Catilina dió principio entre los de Fiesole y Florentines, las pérdidas que tuvieron ya los del bando romano, ya su enemigo Bela Totile. Como en tiempo del papa Leon III el emperador Carlo Magno envió un grueso ejército contra los Fiesolanos, dejando á Florencia reedificada en poder de los Florentines, hasta que el papa Clemente VII y el emperador Cárlos V por fuerza de armas la ganaron para restituirla en su antigua posesion de que habia sido despojada la casa de los Médicis, que sucedió en el año de 1529, y como desde allí en adelante siempre fueron gobernados por la cabeza de un príncipe. Y aunque se les hizo á los principios algo áspero, ya están desengañados y conocen con cuanta mayor quietud viven debajo de su amparo, con seguridad en sus haciendas y vidas. Díjome que el primero que tuvieron fué Alejandro de Médicis, que verdaderamente se pudo bien llamar Alejandro, por su mucha benignidad, magnanimidad y esfuerzo, aunque violentamente le perdió en lo mejor de sus dias. A este sucedió un valeroso Cosme, gran duque de la Toscana, cuya memoria por sus heróicos hechos y virtudes, por su cristiandad y buen gobierno, será eterna. Quedó en su lugar Francisco, el cual por haber fallecido sin heredero, sucedió en la corona el famoso Ferdinando, su hermano, vivo retrato de Cosme, su padre, y su heredero en Estados y virtudes. Hoy gobierna con tanto valor de ánimo y prudencia, que no se sabe de señor su igual que sea mas de voluntad amado de su gente. Si la relacion fuera un poco mas larga, fuera necesario dejarla para otro dia, porque parece que la midió con el tiempo, pues ya estábamos tan cerca de la noche como de la posada. Entramos á descansar, y á otra dia, tomando la mañana por llegar temprano á Florencia, nos dimos un poco de mas priesa en el camino. Cuando llegamos á vista de ella, fué tanta mi alegría que no lo sabré decir, por lo bien que me pareció de lejos; que aunque no lo estaba mucho, á lo menos descubríla de alto abajo. Consideré su apacible sitio, vi la belleza de tantos y tan varios chapiteles, la hermosura inexpugnable de sus muros, la majestad y fortaleza de sus altas y bien formadas torres; parecióme todo tal, que me dejó admirado. No quisiera pasar de allí, ni apartarme de su lejos, tanto por lo que alegraba la vista, cuanto por no hacerla ofensa de cerca, si acaso (como todas las mas cosas) desdijese algo de aquella tan admirable perspectiva. Mas considerando ser aquella la caja, vine á inferir que sin duda seria de mayor admiracion lo contenido en ella. Y no fué menos, porque cuando á ella llegué, y vi sus calles tan espaciosas, llanas y derechas, empedradas de losas grandes, las casas edificadas de hermosísima cantería, tan opulentas y con

tanto artificio labradas, con tanto ventanaje y arquitectura, quedé confuso, porque nunca creí que habia otra Roma. Y bien considerado su tanto, le hace muchas ventajas en los edificios; porque los buenos de Roma ya están por el suelo, y poco hay en pié que no sean sombras de lo pasado, ruinas y fragmentos. Pero Florencia todo es flor, todo está vivo, tan costoso y bien tratado, que dije á Sayavedra: Sin duda, si los habitadores de esta ciudad son tan curiosos en el adorno de sus mujeres como de sus casas, que son las mas bienaventuradas de cuantas tiene la tierra. Púsome tal admiracion, que quisiera con mucho espacio quedarme mirando cada uno de aquellos edificios: mas como por acercarse la noche no diese á mas lugar el dia, fué forzoso recojernos á la posada. No tardamos en llegar á una donde nos acariciaron con tanto regalo, que verdaderamente no lo sabré bien decir, como lo debo encarecer. Tanta provision, limpieza, solicitud, afabilidad y buen tratamiento. En esto estaba tan cebado, que casi me hiciera poner en olvido lo que mas deseaba. Pasóseme aquella noche sin sentirla, no se me hizo media hora, gracias á la buena cama, y á la mañana (bien que con dolor de mi corazon, que aquel entonces era mi monte Tabor) llamé á Sayavedra que me diera de vestir, y para que, como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas de ella, en especial y primero la iglesia mayor; porque despues de oida misa, y encomendádonos á Dios, todo se nos hiciese dichosamente. Llevóme allá, y cumplida nuestra obligacion, estúveme bobo, mirando aquel famosísimo templo, y edificio del cimborio, que llaman allá cúpula, que mejor la llamaran cópula, por parecerme, y no á mí solo, sino á cuantos la ven, haberse juntado para ella toda la arquitectura que hay escrita, y mejores maestros de ella, teóricos y prácticos. Tan milagroso artificio, tal grandeza, fortaleza y curiosidad, sin duda ni agravio de cuanto se conoce hoy fabricado, se le puede dar lugar de octava maravilla. Considérese aquí quien algo de esto sabe, para que cuatrocientos y veinte palmos que tiene de alto la capilla sola, sin el remate de arriba, qué diámetro habrá menester, y en ello conocerá cual sea.

Otro viaje hice á la Anunciada, iglesia de este nombre, por una imágen que allí está pintada en una pared, que mejor se pudiera llamar cielo, teniendo tal pintura de la Encarnacion del Hijo de Dios; la cual se tiene por tradicion, haberla hecho un pintor, tan extremado en su arte, como de limpia y santa vida. Pues teniendo acabado ya lo que allí se ve pintado, y que solo restaba por hacer el rostro de la Vírgen Señora nuestra, temeroso, si por ventura sabria darle aquel vivo que debiera ya en la edad, en el color, en el semblante honesto, en la postura de los ojos, en esta confusion se adormeció muy poco, y en recordando, queriendo tomar los pinceles para (con el favor de Dios) poner manos en la obra, la

halló hecha. No es necesario aquí mayor encarecimiento, pues ya la hubiese milagrosamente obrado la mano poderosa del Señor, ó ya los ángeles, ella es angelical pintura. Y á este respecto, considerado lo restante de ella que el pintor hizo, se deja entender el espíritu que tendrá por el del artífice que mereció ser ayudado de tales oficiales. Tantos milagros hace cada dia, es tanto el concurso de la gente que la tiene devocion, y tanta la limosna que allí se distribuye á pobres, que me maravillé mucho como no eran ricos todos. Por ellos me vino á la memoria entonces el otro que me dijeron haber dejado la famosa manda de la albarda, haciéndoseme poco cuanto en ella se halló, respecto de lo que pudo ganar y dejar un tal supuesto. Y como sea notoria verdad, que *el hijo de la gata ratones mata,* mil veces me ocurrieron á la memoria cosas de mi mocedad: que si como llegué á Roma, hubiera venido allí con mis embelecos, tiña, lepra y llagas, pudiera dejar un mayorazgo. Consideré tambien que pocos de ellos eran curiosos ni políticos, antes bien burdos y de poco saber en respecto de los de mi tiempo; y como les conocia la flor burlábame de ellos. Gustaba de verlos, y quisiera de secreto reformarlos de mil imperfecciones que tenian. ¿Quién vió nunca que pobre honrado, buen oficial de su oficio, ni aun razonable, tuviese cuando mucho mas de hasta seis ó siete maravedís, ó cosa semejante, y no de mas valor en el sombrero? ¿ni caudal, que se le pudiese decir lo que allí á muchos, que ya les bastaba para comer aquel dia con aquello, que se fuesen y dejasen á los otros mas pobres? ¿Cuándo cupo en algun entendimiento de pobre, si no fuese pobre del entendimiento, aunque fuese principiante de dos meses de nominativos, tener un pan debajo del brazo, ni estar como vi á otro, con un palillo de dientes en la oreja? Entre mí dije: ¿O ladron pobre, traidor á tu profesion, luego tanto comes que te puede quedar algo entre los dientes? Ninguno vi que supiese donde iba tabla, no acomodaban cosa en su lugar ni tiempo conforme á ordenanza, todo se le iba en meter letra y no entonaban un punto. Allí reconocí un mozuelo de tiempo de Moros: ya estaba hombrecillo, solo era este quien algo sabia respecto de los otros; y á fe que quisiera yo tener puestas las manos donde tenia su corazon. Sin duda estaria riquillo, fué hijo de padres que pudieron dejarle mucho, eran muy gentiles maestros, era pobre de vientre y lomo, legítimo en todo; empero como todo requiere curso, y allí la justicia no les permitia tener academias, faltando los ejercicios y conclusiones, pueden echarse todos en un lodo con su briviática. Conocílo, y no me conoció; púdome bien decir: *tal te veo que no te conozco.* ¡Qué tentacion tan terrible me vino de hablarle! mas no me atreví. Díjele á Sayavedra: ¿Ves aquel pobre? aquel me puede hacer á mí rico. Preguntóme: ¿Pues cómo pide limosna? y díjele: Despues que una vez los hombres abren las bocas al pedir, cerrando los ojos á la

vergüenza, y atan las manos para el trabajo, entulleciendo los piés á la solicitud, no tiene su mal remedio. Vilo en una pobre de mi tiempo, la cual como se hubiese venido á Roma perdida, mozuela, enferma, comenzó á pedir, y llegando á estar sana, recia como un toro, tambien pedia; decíanla que sirviese, y decia que tenia mal de corazon, que se caia por el suelo cuando la daba, y hacia pedazos cuanto cerca hallaba. Con esto engañaba, y pasó algunos años, al fin de los cuales preguntando á uno que le dijo ser de su tierra, si conocia en ella sus padres, y diciéndole ser muertos, y haber dejado mucha hacienda, se puso en camino por la herencia, y fué tanta, que trataron de pedirla por mujer muchos hombres principales, y algunos de razonable hacienda (que no hay hierro tan malo que no pueda dorarse, todo lo cubre y tapa el oro), casóse con uno de muy buena parte y talle. Hallábase la mujer tan violentada no pidiendo limosna, que se iba secando y consumiendo, sin que los médicos atinasen con la enfermedad que tenia, hasta que se curó ella misma fingiéndose hipócrita, diciendo que por humildad queria pedir limosna para lo que habia de comer, y andaba por su casa entre sus criados de uno en otro mendigando; y porque todos la daban, aun aquello la causaba pena: encerrábase dentro de una cuadra donde tenia retratos, y pedíales limosna tambien á ellos. De esto se admiró Sayavedra mucho. De allí me llevó á la plaza de palacio, donde vi en medio de ella un valeroso príncipe, sobre un hermoso caballo de bronce tan al vivo y bien reparado, que parecian tener almas y movimiento. A mi parecer no supe, ni me atreví á juzgar cuál de los dos fuese mejor, aquel ó el de Roma; empero inclinéme, con mi corto saber, á dar á lo presente la ventaja, no por tenerlo presente, sino por merecerlo. Pregunté á Sayavedra, ¿cuyo retrato era el del caballero? Y díjome: Aquesta figura es del gran duque Cosme de Médicis, de quien por el camino vine tratando. Mandóle aquí poner para perpetua memoria el gran duque Ferdinando, su hijo, que hoy es. Quise saber por curiosidad qué altura tendria todo él; y como no pude alcanzar á medirle, me informaron, y lo parecia, que desde el suelo hasta lo mas alto de la figura tendria cincuenta palmos poco mas ó menos. A la redonda de esta plaza estaban otras muchas figuras de bronce vaciadas, y otras de mármol fortísimo, tan artificiosamente obradas que ponen admiracion, dejando suspenso cualquier entendimiento, y mas cuanto mas delicado, y solo al que sabe lo que aquesto sea. Despues visitamos el templo de San Juan Bautista, dignísimo de que se haga de él particular memoria, por serlo en su traza y demás cosas; el cual supe haberse fundado en tiempo de Octaviano Augusto, y haber sido dedicado á Marte. Allí me detuve viendo su antigüedad y fundacion; pues dicen de él, y se tiene per tradicion y razones de su fundacion, que será eterno hasta la consumacion del siglo, y puédese dar cré-

dito; pues con tantas calamidades no le tiene consumido el tiempo, ni las guerras, habiendo sido aquella ciudad por ellas asolada, y quedado solo él en pié, y vivo. Es ochavado, grande, fuerte y maravilloso de ver, en especial sus tres puertas, que cierran con seis medias, todas de bronce, y cada una vaciada de una pieza, labradas con historias de medio relieve, tan diestramente como se puede presumir de los artífices de aquella ciudad, que hoy tienen la primacía en lo que se conoce de todo el mundo. Tambien tiene otra grandeza, y es, que habiendo en Florencia cuarenta y una iglesias parroquiales, veinte y dos monasterios de frailes, cuarenta y siete de monjas, cuatro recogimientos, veinte y ocho casas de hospitalidad, y dos del nombre de Jesus, en parte alguna de ellas no hay pila de bautismo, sino solo en San Juan, y en ella se cristianan todos los de aquella ciudad, tanto el comun, como los principales caballeros y primogénitos del mismo príncipe. Poco á poco en el discurso del tiempo que allí estuve fuímos visitando las demás iglesias: eran de tanto primor, tienen tanta curiosidad, que no es posible referir aun muy poco respecto de lo mucho de ellas, ni el entendimiento es capaz de aprenderlo, segun ello es, menos que con la vista; porque haber de hacer memoria de tanta máquina, y en cada cosa de tantas tan particulares y sutiles menudencias, tan excelentes pinturas y esculturas, enteras y de medio relieve, fuera necesario hacer un muy grande volúmen, y buscarles otro cronista para saber engrandecerlas algo. Tiene allí el gran duque una casa y jardin que llaman el palacio de Pati, cuya excelencia, grandeza y curiosidad, así de jardines, como de fuentes, montes, bosques, caza y aposento, que puede sin encarecimiento decirse de él ser cosa real y grande; tal que puede competir con otro cualquiera de su género de las de toda la Europa. No quise dejar de saber y ver la cerca de esta ciudad que tan admirable riqueza encierra, y hallé tener en circuito cinco millas, muy poco mas ó menos, tiene diez puertas y cincuenta y una torres. Toda la ciudad está del muro adentro, que no tiene arrabales. Pasa por medio de ella el rio Arno, encima del cual hay cuatro famosísimas puentes, labradas de piedras fuertes y espaciosas. Y siendo lo dicho en todo extremo bien hecho, compite con ello el buen gobierno, costumbres y trato general. Con justísima razon se llamó Florencia, como flor de las flores, y flor de toda Italia, y donde florecen mas tantas cosas! en junto, y cada una en singular: las artes liberales, la caballería, las letras, la milicia, la verdad, el buen proceder, la crianza, la llaneza, y sobre todo la caridad y amor para con forasteros. Ella, como madre verdadera, los admite, agrega, regala y favorece mas que á sus propios hijos, á quien á su respecto podrán llamar madrastra. El tiempo que allí residí vine á inferir por los efectos las causas, conociendo cuales eran los habitadores, por la política con que son

gobernados, y en la observancia que á sus leyes tienen, y cuan inviolablemente son guardadas. Allí verdaderamente se saben conocer y estimar los méritos de cada uno, premiándolos con justas y debidas honras para que se animen todos á la virtud, y no estimen los príncipes á pequeña gloria, que deben conocerla por la mayor que se les puede dar, cuando se dice de ellos que con sus famosas obras compiten con las de sus vasallos. Conocí juntamente ser verdad lo que me habia referido Sayavedra, acerca de los ánimos encontrados; allí vi algo de lo mucho que sobra en otras partes, envidia y adulacion, que todo lo andan, y siempre residen donde hay deseo de privanzas, y por acrecentarlas en grave daño de todos, unos y otros. Finos contadores de lo ajeno, lindos geómetras para delinear lo que cada uno puede, y lo que no puede. Quédese aquí esto, que pues con tanta perfeccion se ha pintado una ciudad tan ilustre y generosa, no ha sido buena consideracion haberla tiznado con un borron tan feo.

CAPÍTULO II.

Guzman de Alfarache va en seguimiento de Alejandro, que le hurtó los baules; llega á Bolonia, donde le hizo prender el mismo que le habia robado.

En Florencia me comí todo el caballo que saqué de casas del embajador mi señor, y una mañana me almorcé las herraduras; digo que para venderle mandé que se herrase de nuevo, y las que me quedaron en casa viejas las vendió Sayavedra, y almorzamos. Si la hereje necesidad no me sacara de allí á coces y rempujones, fuera imposible hacerlo de mi voluntad en toda mi vida; quiero decir, á ley de creo, porque habia ya tomado bien la sal y sondado la tierra. No sé despues lo que hiciera, porque al fin *todo lo nuevo aplace*, y mas á quien como yo tenia espíritu ambulativo, amigo de novedades; así lo juzgaba entonces por la mucha razon que para ello tuve de mi parte. Yo llegué allí por tiempo de festines, traíanme otros mozos floreando de casa en casa, de fiesta en fiesta, de boda en boda; en una bailaban, en otra tañian, aquí cantaban, acullá se holgaban, todo era placer y mas placer, un regocijo de balde y ciento al envite. No se trataba en todas partes otra cosa que loables ejercicios y entretenimientos, muchas galas y galanes, muchas hermosas damas con quien danzaban, gallardísimos tocados, ricos vestidos y curioso calzado, que se llevaban tras de sí los ojos y las

almas en ellos. ¡Ved qué negro adobo para que no se dañase el adobado! *Si no bebo en la taberna, huélgome en ella: no hay hombre cuerdo á caballo,* y menos en el desbocado de la juventud. Era mozo al fin, y como la vejez es fria y seca, la mocedad es muy su contraria, caliente y húmeda. La juventud tiene la fuerza, y la senectud la prudencia, todo está repartido, á cada cosa su necesario; y aunque casi siempre lo vemos, viejos mozos, por maravilla se hallan mozos viejos; y aun digo que seria maravilla, como hallar un peral que llevase peras por Navidad: en Castilla digo, porque no me cojan por ceca los de otras tierras que no conozco. Váyase dicho, que siempre voy hablando con el uso de mi aldea, que yo no sé como baila en la suya cada uno. Vuelvo á mi cuento. Érame importantísimo salir de Florencia huyendo de mí mismo, sin saber á qué, ni á dónde, no mas de hasta dejar consumidas aquellas pobres y pocas monedas que me quedaron, y la cadenilla de memoria, que á fe que nunca se me apartaba punto de ella, pensando en la hora que habia de blanquearla; y como se me dió con amor, pesábame que forzoso habia de tratarla presto con rigor. Quisiérala conservar si pudiera, no apartándola de mí; mas casos hay en que pueden los padres empeñar á sus hijos. Paciencia, haré cuanto pudiere, y á mas no poder, perdone, que quien otro medio no tiene, y fuerza se le ofrece, mayores daños comete. Luchando andaba conmigo mismo, cruel guerra se traba de pensamientos en casos tales. Consideraba de mí en qué habia de parar, con qué me habia de socorrer. ¡Válgame Dios! ¡qué apretado se halla un corazon cuando no está la bolsa! ¡Cómo se aflojan las ganas del vivir cuando á ella se le aflojan los cerraderos! Y mas en tierras extrañas, y resuelto de olvidar malas mañas, no sabiendo á qué lo ganar, y faltando de donde poderlo haber, careciendo de persona y amigos á quien atreverme á pedir, y lejos de pensar engañar, que si me quisiera dar á ello, no era necesario tanto trabajo ni cuidado. Cortada tenia obra para todo el año, donde quiera que llegara no me habia de faltar en que me ocupar, que Dios loado, lo que una vez cobré nunca lo perdí, solo el uso desamparé, que las herramientas del oficio nunca las dejé de la mano, conmigo estaban do quiera que iba. Salí de Roma con determinacion de ser hombre de bien, á bien ó mal pasar; deseaba sustentar este buen deseo, mas como de aquestos están los infiernos llenos, ¿de qué me importaba si no me acomodaba? *Fe sin obras es fe muerta.* Ya tenia mozo, ved que buen aliño para buscar amo. Habíame acostumbrado á mandar, ¿cómo quereis que me humille á obedecer? Paréceme (aun á mas de dos, pues no creo haber sido solo en el mundo) que fuera hombre de bien, si con aquel toldo que llevaba, con el punto en que me veia, viera que no me faltaba, y que para sustentar aquel ánimo generoso tuviera muchos dineros con que dilatarlo, aunque de milagro pusiera un santo el caudal para ello; y aun entonces no

sé que me diga, creo que fuera milagro en mí para en aquel tiempo. Era mozo, criado en libertades, acostumbrado antes á buscar las ocasiones que á huirlas, mal pudiera con buenos deseos perder mis malas inclinaciones. Dice la señora doña (como es su gracia), yo seria buena y honesta, sino que la necesidad me obliga mas de cuatro veces á lo que no quisiera. En verdad, señora, que miente vuesa merced, que sí quiere. Oh! que lo hago contra mi voluntad, que no soy á tal inclinada. En buena fe sí es, que yo se lo veo en los ojos, porque si los quisiera quitar de la ventana para ponerlos en la rueca ó almohadilla, quizá que pudiera pasar. No son ya las manos de las mujeres tan largas que puedan á tanto, comer, vestir, y pagar una casa. Téngalas vuesa merced largas para querer servir, y daránla casa, y de comer, y dineros con que se vista. Bueno es eso, pues decís vos que no quereis entrar á servir, ¿y téngole yo de hacer que soy mujer? Eso mismo es lo que digo, que vuesa merced, y yo, y la señora Fulana, no queremos poner caudal, sino que todo se haga de milagro. Terrible animal son veinte años; no hay batalla tan sangrienta, ni tan trabada escaramuza como la que trae la mocedad consigo. Pues ya, si trata de quererse apartar de vicios, terribles contrarios tiene, con dificultad se vence por las muchas ocasiones que se le ofrecen, y ser tan propio en ellos caer á cada paso; no tienen fuerza en las piernas, ni saben bien andar. Es bestia por domar, trae consigo furor y poco sufrimiento; si un buen propósito llega, desbarátanlo ciento malos, que aun poner los piés en el suelo no le dan sosiego, no le consienten afirmar en los estribos, no se deja ensillar de todos, y enfrénanla muy pocos; no quiere que la lleven tan apriesa, ni por la senda que yo pensaba. Estaba todavía metido en el cenagal de vicios hasta los ojos (porque aunque no los ejercitaba, nunca los perdí de vista), y queria no hacer corcovos con la carga. El novillo cuando se doma, primero le vencen á brazos dando con él en el suelo, despues le atan en el cuerno una soga que le dejan traer arrastrando algunos dias, y cuando le quieren poner al yugo le juntan con un buey viejo ya diestro en el oficio; así le enseñan, yéndole disponiendo poco á poco. El mozo que tratare de querer ser viejo, deje mis pasos, y trate de vencer pasiones, dispóngase al trabajo, y á fuerza de su voluntad ríndala en el suelo, venciendo viejos deseos; átese una soga de sufrimiento y humildad que arrastre por algunos dias los malos apetitos, gastando el tiempo en virtuosos ejercicios, que á pocos lances llegará santamente al yugo de la penitencia, y con las buenas compañías hará costumbre al arado con que romperá la tierra de malas inclinaciones; que pensar alcanzarlo de un salto, ni que aproveche un solo yo quisiera, dígaselo á otro como él y de su tamaño, que yo ya sé que no quiere, que los que quieren, otros medios mas eficaces ponen. ¿Piensa por ventura, ó aguarda que rompa Dios los cielos para dar con él por el suelo misteriosamente,

como san Pablo? pues no lo aguarde por ese camino, que es un tonto, harto le derribó cuando le dió la enfermedad, cuando lo puso en el trabajo, y cuando le tocó en la honra; si entonces ó agora reparara en ello, lo mismo fué, y nunca quiso ni quiere decir: Señor, ¿qué quieres que haga, que aquí me tienes dispuesto á tu voluntad? ¿No quereis ser vos Pablo para Dios, y aguardais que sea Dios para vos? Y si con san Pablo lo hizo, fué porque le conoció un excesivo deseo de acertar, pues como celador de la ley lo hacia. Y no se sabe de alguno que con intencion sin obra se haya salvado; ambas cosas han de concurrir, intencion y obra: digo, si hay tiempo de obrar, que obra seria firme intencion con dolor de lo pasado para quien se le llegase la noche de la muerte y acabase luego; empero habiendo dia para poder trabajar en la viña, todo ha de andar á una, que ni el azadon solo, ni las manos faltas de instrumento podrán cavar la tierra; manos y azadon son menester. ¿Quién me ha metido en esto? ¿No estaba yo en Florencia muy á mi gusto? Vuélvome allá, y prometo segun en ella me iba, que de muy buena gana plantara en ella mis columnas, no buscando *plus ultra*, porque toda en todo era como así me la quiero; parecióme muy bien. Y si adulaciones ó envidias habia, por otra cuenta corrian, que no era yo de los comprendidos en el decreto, no tenia para que meterse Judas con la limosna de los pobres, pues de ello no me paraba perjuicio, no teniendo en palacio pretensiones; y si nada me habian de valer, no las habia menester usar, ni nunca las quise tratar, pareciéndome siempre uno de los mas graves y ocasionados daños de cuantos he conocido. Porque un solo adulador basta, no solo á destruir una república, empero todo un reino. Dichoso rey, venturoso príncipe aquel á quien sirven con amor, y se deja tratar de su pueblo, que solo él sabrá verdades con que podrá remediar males, y carecer de aduladores. Allí viviera yo, y lo pasara como un duque si tuviera con qué. No será menester que lo jure, que por mi simple palabra puedo ser creido. Faltábame ya el caudal, que *del monton que sacan y no ponen, presto le descomponen*. Si allí estuviera mas, viniera presto á menos, y fuera indecencia grande haber entrado á caballo, y verme salir á pié. Tomé por consejo sano sustentar mi honor, yéndome de allí con él, y por mi gusto, antes que forzado de necesidad viniese á descubrirla, obligándome á quedar por faltarme con que poder partir.

Dile parte de este pensamiento á Sayavedra, que como ya yo no conocia mi paradero, y que ninguna compañía en el mundo fuera mas á mi propósito que la suya para la mia, íbale disponiendo poco á poco, porque despues no viera visiones, y se le hiciera novedad lo que me viese hacer, y díjome: Señor, un remedio se me ofrece para lo presente, no costoso ni dificultoso, antes muy fácil, y que podria importar algo el provecho. Si de cualquiera manera se ha

de salir de aquí, sin ser necesario hacerlo mas por una puerta que por otra, pues por cualquiera salen á ver mundo, tomemos el camino de Bolonia, tanto por estar de aquí muy cerca, y veremos aquella insigne universidad, cuanto porque de camino podria ser que la buena ventura nos encuentre con Alejandro Bentivoglio, aquel mi amo que se llevó el hurto, que si allí le hallamos, como lo tengo por cierto, cierto será cobrarlo; porque con la informacion hecha en Siena, no hay duda que cuando por bien se deje de cobrar, por mal habrán de pagar él ó su padre. No me pareció mal consejo, asentóseme de cuadrado, sin mas consideracion que representárseme la fuerza de la justicia, que pues en ello no habia duda la menor del mundo, apenas habria llegado y comenzado á tratar de ello, cuando las manos cruzadas me salieran á cualquier partido, dándome alguna parte, ya que no fuera el todo; tanto por ser gente principal su padre y deudos, como porque por ningun caso habian de permitir que se tratara en tela de juicio caso tan feo. ¿Quereis oir una extrañeza? ¿veis cuán bella, cuán afable y de mi deseo era Florencia? En este punto arqueaba ya las cejas en oyéndola mentar. Hedióme, no la podia ver, todo me pareció mal hasta verme fuera de ella. ¡Ved lo que hace la falta del dinero! que aborrecereis en un punto las cosas que mas amais, cuando no tengais con que valeros á vos ni á ellas. Ya me parecia que no tenia el mundo ciudad como Bolonia, donde apenas habria metido los piés, cuando me dieran mi hacienda, tuviera que gastar, y mocitos estudiantes, gente de la hampa, de mi talle y marca, con quien pudiera darme tres ó cuatro filos cuando quisiera. Y aun pudieran caer de modo los dados, que pasara fácilmente con mis estudios adelante, pues lo que me hizo enseñar el cardenal mi señor aun estaba en su punto; y sin duda que pudiera bien ser preceptor en aquella facultad, y ganar de comer con ello siquiera si me fuera necesario. Mas ponéos á eso, arrojáos una loba estando cansado de arrastrar la soga. En resolucion, yo la tomé de hacer este viaje muy apriesa, y así lo puse por obra luego en un pensamiento. Cuando á Bolonia llegamos una noche, lo mas de ella no dormimos, porque se nos pasó en trazas, y díjome Sayavedra: Señor, á mí no me conviene parecer ni ser visto por algun modo, en especial á los principios, hasta ver cómo se pone la herida. Porque si Alejandro está en la ciudad, y sabe que yo he venido á ella, siendo como soy tan conocido, ha de procurar saber á qué y con quién, de donde podria resultar que se ausente de la ciudad, y no habremos hecho nada, ó que sospechando que yo fuí la causa de aqueste viaje y de su infamia, me quite la vida, y ninguna de ambas cosas nos viene á cuento, ni nos está razonable. Además, que si el negocio ha de llegar á tela de juicio, han de asir de mí el primero. Y no se ha de permitir (supuesto que preso no puedo ser de algun provecho) que me resulte mas daño del pasado. Lo que se

debe de hacer luego mañana por la mañana, es preguntar por él y procurarle conocer, y hecho esto, iremos despues tomando consejo con el tiempo. No me pareció malo este, salí por la ciudad, y á pocos pasos y menos lances, me le señalaron con el dedo; y no fuera necesario, que por solo el vestido supiera yo quien era. Estaba con otros mancebicos á la puerta de una iglesia, no creo que salia ni trataba de entrar á oir misa, que mas me pareció estar allí registrando á quien entraba. ¿Digo algo? ¿tendria remedio esto? No nos bastan las plazas y calles de todo el pueblo, que le traemos escandalizado con señas y paseos, y quizá otras cosas de peor condicion, ¡sin que no perdonemos aun el templo! Vamos adelante, no saltemos de la misa en el sermon. Parecióme que no estaba con mucha devocion, porque hablaban mucho de mano, y de cuando en cuando daban grande risa. Tenia puesto un jubon mio de tela de plata, y un coleto aderezado de ambar, forrado en la misma tela, todo acuchillado y largueado con una sevillanilla de plata, y ocho botones de oro con ámbar al cuello, todo lo cual me habia presentado un gentilhombre napolitano por cierto despacho que le solicité con el embajador mi señor. Cuando se le conocí, á puñaladas quisiera quitárscle del cuerpo, segun sentí en el alma que prendas tan de la mia hubiesen pasado en ajeno poder contra mi voluntad. Vime tentado por llegar á darselas, empero dije: No, no, Guzman, eso no, mejor será que tu ladron se convierta y viva, porque viviendo te podrá pagar, y si le matas, pagarás tú. De mejor condicion serás cuando te deban que no cuando debas. Mas fácil te será cobrar que pagar. No te hagas reo si tienes paño para ser actor. Poco á poco, vámonos á espacio, que nadie corre tras de nosotros, y si ley hay en los naipes, el parto viene derecho con mi buena ventura. El pájaro se asegure por agora, que es lo que importa, no espantemos la caza, que ciertos son los toros, el hurto está en las manos, no hay neguilla, por Dios que ha de cantar por bien ó por mal, decirnos tiene quién le puso tan gallardo, y en qué feria compró el vestido. Con esto me volvi á la posada, y díjele á Sayavedra lo que habia visto. Tenianme aderezada la comida, púsome la mesa, y despues de alzada, fuímos fabricando la red para la caza. Dimos en unos y en otros medios, y el buen Sayavedra titubeaba, no las tenia consigo todas, ya le pesaba del consejo temiendo el peligro. Ultimamente, concluyóse que la paz era lo mejor de todo, que *mas valia pájaro en mano que buey volando*, y de menor daño *mal concierto que buen pleito*. Fuímos de parecer que yo por un tercero hiciese hablar á su padre, dándole cuenta del caso, remitiéndole á su voluntad como mejor se sirviese, y de manera que no me obligase á tratar de cobrarlo con rigor, pues evidentemente aquella era hacienda mia. Hícelo así, busqué persona que con secreto y buen término se lo dijese; mas como donde hay poder asiste las mas veces la soberbia, y en ella está la tiranía, no solo no quiso

que se tratase de medios, mas aun lo hizo punto de menos valer, tomólo por caso de honra que se tratase de ello. Fingióse agraviado, aunque bien sabia que verdaderamente yo lo estaba, y sin dar alguna esperanza ni buena palabra despidió á mi mensagero. Cuando aquesto supe me ocurrieron mil malas imaginaciones. Mas como no se ha de dar mal por mal, apaciguéme con las pasadas consideraciones, y determinéme á hablar á un estudiante jurista de aquella universidad que me informaron tener buen ingenio, al cual haciéndole relacion del caso, de como por ser el padre persona tan poderosa temia el suceso, que me diese parecer en lo que deberia hacer. Él me dijo : Señor, ya es conocido Alejandro en esta ciudad, sábese quién es y su trato, que bastaba en otra parte para informacion; además, lo que decis es tanta verdad, cuanto que á nosotros todos nos consta de ella. Justicia teneis, y me parece que la pidais. Ya en toda Bolonia se sabe de vuestro hurto, porque luego como aquí llegó con él, se conoció ser ajena ropa, tanto porque la hizo aderezar á su talle, cuanto porque de aquí no sacó algunos borregos que vender para poder con lo procedido comprar lo que trajo. Y aun otro compañero de quien él se fió, le hurtó buena parte de ello por ganar tambien parte de los perdones. En lo que pudiere de mi oficio serviros, lo haré de muy buena gana. Con esto escribió la querella conforme á mi relacion, y presentéla luego ante el oidor del Torron, que es allí el juez del crímen. Ya sea lo que fuese, si el mismo juez, ó si el notario, no sé quién, por dónde ó cómo, al instante mi negocio fué público, al padre le dieron cuenta del caso, y como quien tanta mano allí tenia, se fué al juez, y acriminándole mi atrevimiento formó querella de mí, que le infamaba su casa, de lo cual pretendia pedir su justicia, para que fuese yo por ello gravemente castigado. Ello se negoció entre los dos de manera, que me hubiera sido mejor haber callado; el hombre tenia poder, el juez buenas ganas de hacerle placer, poco achaque fuera mucha culpa, que siempre suelen amor, interés y odio hacer que se desconozca la verdad; y con el soborno y favor pierden las fuerzas razon y justicia. Yo escupí al cielo; volviéronse las flechas contra mí, pagando justos por pecadores. Mucho daña el mucho dinero, y mucho mas daña la mala intencion del malo. Empero cuando se vienen á juntar mala intencion y mucho dinero, mucho favor del cielo es necesario para sacar á un inocente libre de sus manos. Líbrenos Dios de sus garras, que son crueles mas que de tigres ni de leones; cuanto quieren hacen, y salen con cuanto desean. ¡Oh! quién les pudiera decir ó hacerles entender lo poco que les ha de durar! Mandóme dar el juez un muy limitado término, imposible para poder hacer la informacion. ¿Quién vió nunca restringirle al actor los términos? principalmente habiendo alegado que la informacion del caso estaba en Siena, de donde se habia de compulsar,

y era imposible traerse de otra manera; ni por esas, pagar teneis aunque os pese. A este propósito, antes de pasar adelante, diré lo que aconteció en una villeta de Andalucía. Repartióse cierto pecho entre los vecinos de ella para un poco de obra que hicieron, y en el padron pusieron un hidalgo notorio, el cual como agraviado se quejaba de ello; mas con todo eso no le borraron. Cuando al tiempo de cobrar fueron á pedirle lo que le habian repartido, no quiso darlo, y en defecto de ello le sacaron una prenda. El hidalgo se fué á su letrado, hízole una peticion fundada en derecho, en que alegaba su nobleza, y que conforme á ella no se le pudo hacer algun repartimiento, que le mandasen volver lo que le habian sacado. Cuando esta peticion llevaron al alcalde, habiéndola oido, dijo al escribano: *Asentá que digo, que de ser hidalgo yo no se lo nego, mas es lacerado, y es bien que peche.* De tener yo justicia nadie lo dudaba, sabíanlo todos como cosa pública, mas era pobre, *y es bien que peche*; no era razon dármela. Luego vi mala señal, y que trabajaba en balde; mas no pude persuadirme ni pensar que habia de ser lo que vulgarmente dicen, *paciente y apaleado.* Sucedió que como no pude probar en tan breve término, quedó mi querella desierta, y tuvo lugar la parte contraria para dar la suya de mí, diciendo haberle hecho con mi peticion un libelo infamatorio contra su hijo, de que le resultaba quedar su casa y honra disfamadas, imploró osadamente largo y tendido, de manera que de un otro sí en otro, hinchió un pliego de papel, fundando agravios, y que por ser su hijo caballero principal, quieto y honrado, de buena vida y fama, debieran abrasarme; ya dije yo entre mí cuando me lo leyeron, mejor tengan entrambos la salud que la conciencia. De todo esto estaba descuidado, que nada sabia, hasta que yendo á hacer mis diligencias me prendieron en medio de la calle, y me llevaron al Torron sin otra informacion contra mí mas de mi sola peticion reconocida. No hay espada de tan delgados filos que tanto corte ni mal haga, como la calumnia y acusacion falsa, y mas en los tiranos, cuya fuerza es poderosísima para derribar en el suelo la mas fundada justicia del humilde, mas y mejor cuando se recatare menos. Mi negocio era llano, hiciéronle barrancoso, era público en la ciudad y fuera de ella, sin haber quien le ignorase, constábale al juez, habia bastante informacion. Todo eso es muy bueno, empero sois un gran tonto, sois pobre, fáltaos el favor, no habeis de ser oido ni creido, no son estos los casos que se han de tratar en tribunales de hombres, y cuando se os ofrezca, querellaos ante Dios, donde rostro á rostro está la verdad patente, sin que favor solicite, letrado abogue, escribano escriba, ni se tuerza el juez. Allí me hicieron la justicia juego, y el juego de manos, castigáronme como á deslenguado, mentiroso y malo, gasté mis dineros, perdí mis prendas, estuve aherrojado y preso, tratáronme mal de palabra, diciéndome muchas muy feas, indignas de mi per-

sopa, sin dejarme aun abrir la boca para satisfacerlas. Cuando quise responder por escrito, viendo lo que conmigo allí pasó, el procurador me dejó, el solicitador no acudió, el abogado huyó, y quedé solo en poder del notario. Solo el consuelo que tuve fué la voz general de mi agravio, consolándome que se llegará el temeroso y terrible dia en que maldecirá el poderoso todo su poder, porque será maldito de Dios, y lo que acá dejare no llegará en tercero poseyente, por mas fuerzas que piense que le pone al vínculo, que no puede aunque quiera vincular las inclinaciones de los que le han de suceder, ni hay prevencion que resista cuanto con la fuerza de un cabello á la divina voluntad, y es de fe que se tiene de consumir, porque son haciendas de pobres, ganadas en ira, y sustentadas con mentiras. Querrásme responder: pues para ese dia fiadme otro tanto. ¿Tan largo se te hace, ó piensas que no ha de llegar? No sé, pero sí que se te hará presto tan breve, que digas, aun agora pensé que sacaba los piés de la cama, y será ya cerrada la noche. Dirásme tambien: O que ni cavó ni aró para adquirirlo, tan bien se lo halló como en la calle, por los achaques que bien sabes, de cuando sirvió al embajador. ¿Y eso, por ventura es parte para que me lo quites? ¿no ves que aun así como lo dices te condenas? ¿pues los haces iguales á los bienes de las malas mujeres, y debes entender que lícitamente lo ganan, no embargante que sea ilícito su trato, y se lo debes en conciencia si te aprovechaste de alguna de ellas, y te sirvió por su interés? No solo esto es así, sino tambien público que no te puedes aprovechar de lo que el ladron asaltó en los caminos, y adquirió entre homicidios que hizo, ni de los bienes que robó; no le puedes quitar cosa de consideracion, porque ni eres tú su juez, ni parte para poder contra su voluntad adjudicar lo que á los otros quitó, porque para ellos él queda reo, y tú para él. Créeme que te digo verdad, y verdades. ¿Mas qué aprovecha? pero *gracia me llamo*. Si todos anduviésemos á oir verdades y á deshacer agravios, presto se henchirian los hospitales. Pues á buena fe que me acuerdo agora que vale mas entrar en el cielo con un ojo, que con dos en el infierno; y que quiso san Bartolomé mas llevar su pellejo desollado á cuestas, que irse bueno, entero y sano á tormento eterno, y que tuvo san Lorenzo por de mejor condicion dejarse abrasar acá que allá. Oh! que ni todos han de ser san Bartolomé ni san Lorenzo; salvémonos y basta. Yo me holgaria mucho de ello, que no hará poco quien se salvare, mas es menester mucho para salvarse, y será imposible salvarte tú con la hacienda que robaste que pudiste restituir, y no lo hiciste por darla á tus herederos, desheredando á sus propios dueños; y no te canses ni nos canses con bachillerías, que aquesto es fe católica, y lo mas embelecos de Satanás. Miserable y desdichado aquel que por mas fausto del mundo, y querer dejar ensoberbecidos á sus hijos ó nietos, ha hecho, y contra derecho, que

se hinchese su casa hasta el techo, dejándose ir condenado. No son burlas, no las hagas, que presto las hallarás veras; testigo te hago de que te lo digo, y no sabes por ventura si son tus dias cumplidos, ni si te queda mas vida de hasta tener leidos estos que te parecen disparates. Allá te lo dirán; confia con que acá dejas capellanías, y capilla de mi capa, que las misas no aprovechan á los condenados aunque se las diga san Gregorio, no tienen ya remedio despues de la sentencia. ¡Oh, válgame Dios! ¿cuándo podré conseguir de mí no enfadarte, pues aquí no buscas predicables ni doctrina, sino un entretenimiento de gusto con que llamar el sueño y pasar el tiempo? No sé con qué disculpar tan terrible tentacion, sino con decirte que soy como los borrachos, que cuanto dinero ganan, todo es para la taberna: no me viene ripio á la mano que no procure aprovecharle. Empero si te ha parecido bien lo dicho, bien está dicho; y si mal, no lo vuelvas á leer, ni pases adelante; porque son todos montes, y por rozar, ó escribe tú otro tanto, que yo te sufriré lo que dijeres. Concluyo aquí con decir, que cuando la desdicha sigue á un hombre, ninguna diligencia ni buen consejo le aprovecha, pues de donde *creí traer lana, volví trasquilado.*

CAPÍTULO III.

Despues de haber salido Guzman de la cárcel juega y gana, con que trata de irse á Milan secretamente.

Salí de la cárcel como de cárcel; no es necesario encarecerlo mas: pues por lo menos, es un vivo retrato del infierno. Salí con deseo de mi libertad, y no hice mucho en desearla, que á quien tan injustamente se la quitaron, causa tuvo para temer mayores daños; siéndole muy fácil de negociar al contrario cualquier demasía, pues no le fué dificultoso lo principal. Quizá piensan algunos que Dios duerme; pues aun los que no tuvieron verdadero conocimiento suyo, le tiemeron y temen. Preguntándole Hisopo á Chilo, ¿qué hace Dios? ¿en qué se ocupa? le respondió: En levantar humildes, y derribar soberbios. Yo soy el malo, y pues me dieron pena, debí de tener culpa, que no es de sospechar de un honrado juez que profesa ciencia y santidad, se querrá empeñar por amistades, ni dádivas ó medios. Allá se lo hayan, juzgados han de ser, no quiero yo juzgarlos, ni mas molerlos. Quedé tan escarmentado y medroso, tan escaldado que de allí adelante aun

del agua fria tuve miedo, ni por el Torron ó cárcel, ni cuatro calles á la redonda quisiera pasar; no tanto por la prision que tuve, cuanto por haberme visto en ella tan sin razon ofendido: no veia vara de arriero que no se me antojase ser de la justicia. Desde allí propuse para siempre dejarme antes vencer, que comparecer en tela de juicio, á lo menos excusarlo hasta no poder mas, y que sea mas fuerza que necesidad. La cuenta que hago es el consejo que á otro dí estando yo preso. Trajeron á la cárcel un hombre por habérsele vendido un sayo que decian ser hurtado, y el dueño de él era muy amigo mio: decia que aunque sabia ser el preso persona sin sospecha, que le habia de dar por lo menos al vendedor, porque con aquel sayo le hurtaron otras muchas cosas. Yo le dije, dejaos de pleitos, y tomad vuestro sayo, y no gasteis la capa, que os quedareis en blanco sin uno ni otro, y el escribano lo ha de llevar todo; no quiso, y porfiaba que habia de hacer y acontecer, que le decian su procurador y letrado que tenia justicia: en resolucion, anduvo mas de quince dias el pleito, no se halló culpa contra el preso, probó ser hombre de bien, echáronle libre la puerta fuera, quedando mi amigo necio arrepentido y gastado; de manera que vendió la capa, y no gozó del sayo, y aun se quedó por ventura sin jubon. Déjense de pleitos los que pudieren excusarlos, que son los pleitos de casta de pleitas, vanles añadiendo de uno en uno los espartos; y nunca se acaban si no los dejan de la mano. Traten de ellos los poderosos, y por causas graves, que cada uno de ellos tiene y puede, tirará la barra, y tendránle respeto si gasta, tiene y no le falta; empero tú, ni yo, que para cobrar cinco reales gastamos quince, y se pierden ciento de tiempo, ganando mil pesadumbres, y otros tantos enemigos, y peor si los traemos con quien puede mas; porque no es otra cosa pleitear un pobre contra un rico, que luchar con un leon ó con un oso á fuerzas. Verdad es que se sabe de hombres que los han vencido, empero ha sido por maravilla ó milagro: no son buenas burlas las que salen á la cara. ¿No ves y sabes que harán salir sol á la media noche, y lanzan los demonios en Bercebú? A los pobretes como nosotros, la lechona nos pare gozques, y mas en causas criminales, donde la calle de la justicia es ancha y larga; puede con mucha facilidad ir el juez por donde quisiere, ya por la una ó por lo otra hacera, ó echar por medio. Puede francamente alargar el brazo y dar la mano, y aun de manera que se les quede lo que le pusiéredes en ella, y el que no quisiere parecer (dóiselo por consejo) que al juez dore los libros, y al escribano haga la pluma de plata, echaos á dormir, que no es necesario procurador ni letrado. Si en Italia fuera como en muchas otras provincias, aun en las bárbaras, donde cuando absuelven ó condenan, escribe el juez en la sentencia la causa que le movió á darla, y en qué se fundó, fuera menor daño; porque la parte quedara satisfecha, y cuando

no, pudiera el superior enmendar el agravio. Mas conocí un juez, á quien habiéndole pagado un mercader muy bien una sentencia con ánimo de asombrar con ella su parte contraria, para que temeroso aceptase un concierto, y diciéndole un su particular amigo que lo supo, ¿que cómo contra tan evidente justicia sentenciaba? respondió, que no importaba, pues habia superiores que le desagraviarian, que no queria perder lo que le daban de presente. Renieguen de un fallo de estos á carga cerrada, que mas verdaderamente se puede llamar *fallo* de presente indicativo, pues engaña, y no juzga. Mi verdadera sentencia es que: fallo ser necio el que si puede no le evita; y en buena filosofía es menor daño sufrir á uno que á muchos. Cuando tu contrario te hiciere injuria, solo uno te la hace, y solo á él se la sufres; empero por cualquier camino que trates de vengarla, saltaste de la sarten al fuego, fuiste huyendo de un inconveniente, y diste de cabeza en muchos. ¿Quíreslo ver? Diréte las estaciones que se te ofrecen por andar. Lo primero, podria ser encontrar con alguacil muy gran desvergonzado que ayer fué tabernero como su padre, si ya no tuvieron bodegon: que si ladron era el padre, mayor ladron es el hijo; compró aquella vara para comer, ó la trae de alquiler como mula, y para comer ha de hurtar, y á voz de: Alguacil soy, traigo la vara del rey, ni teme al rey, ni guarda ley; pues contra rey, contra Dios y ley, te hará cien demasías de obras y palabras, poniéndote á pique de poderte acumular una resistencia. Yo conocí en Granada un alguacil que tenia dos dientes postizos, y en cierta refriega se los quitó; haciéndose sangre con sus manos mismas dijo que se los habian allí quebrado, y aunque no salió bien de ello porque se averiguó la verdad, á lo menos ya no lo dejó por diligencia. En su mano será, si levantares la voz ó meneares un brazo, probarte que la hiciste. Pondráte luego en poder de sus corchetes: mira qué gentecilla tan de bien, corchetes, infames, traidores, ladrones, borrachos, desvergonzados, y de la manera que decia un gracioso lacayo de sí mismo cuando le enojaban: Quien dijo lacayo, dijo bodegon; quien dijo lacayo, dijo taberna; quien dijo lacayo, dijo inmundicia; y la mujer que se puso á parir hijo lacayo, no habrá maldad que de ella no se presuma. Yo tambien digo, que quien dice corchetes, no hay vicio, bellaquería ni maldad que no diga; no tienen alma, son retratos de los mismos ministros del infierno. Si no te llevan asido por los cabezones, y te hicieren esta cortesía, será por lo menos de manera, que con mayor clemencia lleva el águila en sus uñas la temerosa liebre, que tu irás en las de ellos. Daránte codazos y rempujones, diránte desvergüenzas cual si tu fueras ellos, y no mas de porque con aquello dan gusto á su amo, y es costumbre suya; sin considerar que ni él ni ellos tienen mas poder que para llevarte preso con toda seguridad, sin hacerte injuria; de esta manera te llevarán al *retro*

vade á la cárcel. ¿Quieres que te diga qué casa es, qué trato hay en ella, qué se padece, y cómo se vive? Adelante lo hallarás en su propio lugar; baste para en este, que cuando allá llegues (mejor lo haga Dios) despues de haberte por el camino maltratado, y quizá robado lo que tenias en la bolsa ó faltriquera, te pondrán en las manos de un portero, y de tal casa, que como si esclavo suyo fueras, te acomodará de la manera que quisiere ó mejor se lo pagares. Mal ó peor, has de callar la boca, que no estás en tu casa, sino en la suya, y *debajo del poder, etc.* Porque ni valentías valen allí, ni amenazas les asombran. Registrarán te un alcaide y sotalcaide, mandones y oficiales, de quienes has de andar delante, la gorra en la mano, buscando invenciones de reverencias que hacerles, y de lo malo, eso no lo es tanto; porque verdaderamente alcaides hay que son padres, y tales los hallé siempre para mí, sin poderme nunca quejar de ellos. Verdad es que quieren comer de sus oficios, como cada cual del suyo, que aquello no se lo dan gracioso, y harta gracia te hacen si redimes tu necesidad, y te dan lado con que salgas á remediar tu vida, componer tu casa, *defender* tu pleito, mas en fin es tu alcaide, puede querer ó no querer, tiene mano en tu libertad y prision. Luego desde allí entras adorando un procurador; y mira qué te digo, que no te digo nada de él, porque tiene su tiempo y cuando; como empanadas de sábalo por la semana santa, su semana les vendrá. En resolucion, por no detenerme dos veces con una misma gente, digo que serán tus dueños y has de sufrirles, y al solicitador, al escribano, al señor del oficio, al oficial de cajon, al mozo de papeles, y al muchacho que ha de llevar el pleito á tu letrado. Pues ya cuando á su casa llegas, y le hallas enchamarrado, despachando á otros y esperando tú vez como barco, quisieras esperar antes á un toro. Diráte despues que le hagas larga relacion, que abrasará sus libros cuando no saliere con tu negocio; todos lo dicen; pocos aciertan y ninguno los quema. Impórtate la diligencia, no está el escribiente allí para hacerla, porque fué á llevar los niños á la escuela, ó á misa con la señora, pásase la ocasion por no escribirse la peticion. El señor licenciado sabe de leyes, pero no de letras; dicta y no escribe; porque le sacaron temprano de la escuela para los estudios, ó ya porque fué tarde á ella, ó por codicia de llegar presto á los Digestos, dejándose indigestos los principios. Como si bien escribir no supiese bien leer, y del bien leer y escribir naciese la buena ortografía, y de ella la lengua latina, y de aquí se fuese todo eslabonando uno con otro. Bien está, pasemos adelante otro poco á otro cabo, que nos comemos aquí las capas, y se gasta tiempo sin provecho. Lleguemos al juez ordinario, ya te dije algo de él; no sé mas que te diga, sino que públicamente vende la justicia, regateando el precio, y si no le das lo que pide, te responde que no te la quiere dar, porque les tiene mas de costa, y hay otro junto á tí

que le da mas por ella. Ya cuando llegares al superior, que pocas veces acontece respecto del pez, que muere acá primero: ya llegan allá desovados, flacos y sin provecho. Allí faltan intereses, pero hay pasiones algunas veces, y como no salió de su bolsa lo que costase á criar, lo mismo se le dará que te azoten, como que te ahorquen; seis años mas ó menos de galeras no importa, no sienten lo que sientes, ni padecen lo que tú; son dioses de la tierra, vanse á su casa, donde son servidos, por las calles adorados; por todo el pueblo temidos; ¿qué piensas que se les da por nada? En su mano tiene poder para salvarte ó condenarte; así lo hará como mas ó menos se le inclinare, ó se lo pidieren. Yo conocí un señor juez, el cual condenó á uno en cierta pena pecuniaria, y aplicó de ella doscientos ducados para la cámara, y mandó por su sentencia que en defecto de no pagarlos, fuese á servir diez años en las galeras al remo sin sueldo; y en siendo cumplidos fuese vuelto á la cárcel del mismo pueblo, y en él fuese ahorcado públicamente. Para mí, habiendo de mandar una tan grande necedad, mejor dijera que le ahorcaran primero y luego le llevaran á galeras; al revés como le dijeron á un mal pintor, el cual como en una conversacion dijese que queria mandar blanquear su casa, y luego pintarla, le dijo uno de los presentes: Harto mejor hará vuesa merced en pintarla primero y blanquearla despues. Jueces hay que juzgan al vuelo como primero se les viene á la boca. Pues ya si tienen asesor ó compañero que les quiera ir á la mano, pensarán que quitarte una tilde, ó mitigar las palabras de su sentencia, es como quitarlo del altar. ¿Ves como es menor mal que se vaya el que te ofendió con su atrevimiento, y que tú te quedes libre de tanto detrimento? Que cuando no fuese por lo ya dicho, estar sujeto á tantos, lo debieras permitir por no desacomodarte, desbaratando tu casa, trayendo corrida, y por la misma razon, en grave peligro tu honra y la persona de tu mujer, igualmente que á tus hijos y hacienda. Dirás: ¡Oh, que no es bien que aquel traidor que me ofendió se quede riendo de mí! No por cierto, no es bueno, ni razon; pero si así como así se han de reir de tí, menos malo es que se ria uno y no muchos: que si uno se riere del agravio que te hizo, ciento se reirán despues, viendo que fuiste necio, dándoles tu dinero, y que fué humo lo que con ello compraste; y se burla de tí quien mejor esperanza te pone, porque con ella te pela mas la bolsa. Bien está, empero por esto hay muchas iglesias, y es largo el mundo. ¿Dime ignorante, y por ventura con esto excusas esotro? ¿A todo bien suceder, es lo que has dicho mas de una dilacion de tiempo? ¿Allí en la iglesia no sufres al beneficiado, al cura y á su merced el señor sacristan? ¿Cuánto piensas que has de padecer para que te sufran y te consientan? ¿Piensas que no hay mas que decir *á la iglesia me voy?* Pesadumbres hay grandes, dineros cuesta desacomodarte, y no ha de ser

aquello para siempre. Parécete de menor inconveniente salir de tu casa, irte de tu tierra en las ajenas á reino extraño; y si eres por ventura Español, donde quiera que llegues has de ser mal recibido, aunque te hagan buena cara, que aquesa ventaja les hacemos á todas las naciones del mundo, ser aborrecidos en todas y de todos; cuya sea la culpa, yo no lo sé. Vas caminando por desiertos, de venta en venta, de posada en meson, parécete buena gentileza la que lleva el rey don Alonso. Venteros y mesoneros, poco sabes quien son, pues en tan poco los estimas, y no huyes de ellos. Ultimamente irás desacomodado con mucho calor, con mucho frio, vientos, aguas y gentes, padeciendo con personas y caminos malos. Ya, pues, cuando mucho llueve, si crecen los arroyos, no puedes pasar, llégase la noche, la venta está lejos, el tiempo se cierra y descargan los nublados; quisieras antes haberte muerto. Anda ya déjate de eso, estáte sosegado; bien es que te llamen cuerdo, sufrido, y no loco vengativo. ¿Qué te hicieron, qué te dijeron que tanto lo sientes? Dijéronte verdad, tú diste la causa; y si mintieron, quien miente miente, no te hizo agravio, ni tienes de qué satisfacerte con tanto peligro; dejándole por loco y estimándole en poco, no podrás tomar de él mayor venganza, ni darle mas grave castigo; déjalo pasar, y haz tu negocio; harto os he dicho, miradlo, pues yo me vuelvo al mio.

Salí de la cárcel, y fuíme á la posada, pobre, pensativo y triste. Díjele á Sayavedra: ¿Qué te parece lo bien que se ha medrado en esta feria? De esta vez de laceria salimos, buen verde nos podremos dar con la ganancia. ¿Consideras agora bien de la manera que labran aquí sobre sano á los que tratan de cobrar su hacienda? Él me dijo: Señor, ya lo veo, pues he sido testigo en todo lo pasado; mas ¿qué remedio hay á pasion de juez, y á fuerzas de poderoso? Lo que mas me pesa es, que te quejarás de mí, por haber sido instrumento de tu daño, y mas agora con este consejo que tan mal y á la cara nos ha salido, deseando cobrar esta deuda; mas *el hombre propone y Dios dispone*; ¿no son estas las cosas de quién pensara? porque no se puede prevenir una pedrada, que por casualidad tiró un loco, y mató con ella, ni ser adivinos de cosas tan desproporcionadas al entendimiento. En esto hablábamos, cuando entraron de fuera unos dos huéspedes de casa que venian desafiados con un mozo ciudadano, para jugar á los naipes; y en una cuadra, de donde se apartaba su aposento del mio, pusieron una mesa, y comenzaron el juego. Pues como yo anduviese por allí paseándome, viendo lo que pasaba, quise por entretenimiento llegarme cerca, tomé una silla que primero hallé, y estuve sentado en ella viendo el juego de uno de ellos por mas de dos horas, que ni se cargaba mas á la una que á la otra parte. Ya ganaban, ya perdian, todo estaba suspenso, sin haber diferencia conocida; entretenianse cada uno con

el dinero que sacó para el juego, esperando ventura, y estábame yo dehaciendo : ellos no tenian pena, y á mí me la daban sin qué ni para qué, mas de por solo mirarle sus naipes, las veces que dejaba de ganar ó perdia. ¡Oh extraña naturaleza nuestra, no mas mia que general en todos! ¿que sin ser aquellos mis conocidos, ni alguno de ellos, ni haberlos otra vez visto, pues aquella fué la primera por haber estado preso aquellos dias, y sin haberlos nunca tratado, me alegraba cuando ganaba el de mi parte; ¿qué pecado tan sin provecho el mio? ¿qué cosa mas sin propósito y necia que desear que perdiesen los otros, para que aquel se lo llevara, como si aquel interés fuera mio, y si me lo quitaran á mí, ó si hubieran de dármelo? ¡Cuánta ignorancia es echarse sobre sus hombros cargos ajenos, que ni en sí tienen sustancia, ni pueden ser de provecho! Pónese la otra en su ventana solo por curiosidad, y el otro á su puerta en acecho de la casa de su vecino, por saber quién salió antes del dia, ó cual entró á media noche, qué trajeron ó que llevaron, y de esto inferir sospechas, que por ventura son de cosas nunca hechas. Hermano, quitate de ahí; ayude Dios á cada uno si hace ó no hace, que podrá ser el que no peque la otra, y que peques tú; ¿qué te importa su vida ó su muerte, su entrada ó su salida? ¿qué ganas ó qué te dan por la mala noche que pasas? ¿qué honra sacas de su deshonra? ¿qué gusto recibes en eso? Si por ventura con ello le hubieras de hacer algun bien, conozco de tí que por no hacérsele no lo hicieras, ó si de velarle tu la casa, se siguiera no robársela los ladrones, y con mucho encarecimiento te lo pidiera, respondieras que harto mas te importaba mirar la tuya; que allá se la hubiese; que no te querias arromadizar, ni aventurar tu salud por tu vecino. Pues ¿cómo para hacerle bien y caridad no te quieres aventurar ni un cuarto de hora, y para sacar sus manchas al sol estás toda una noche? ¿Ves como haces mal, y que te digo verdad? ¿Conoces ya que te seria mejor y mas importante á tu salud acostarte temprano, ver lo que pasa de tus puertas adentro, y dejar las de los vecinos? ¿Quieres, á pesar de tu alma, cargarla con lo que no lleva la de la otra? Ella está salva, y tú te condenas. Juega quien se le antoja su hacienda; ¿y pésame á mí que pierda ó que gane? allá se lo aya. Si gustas de ver jugar, mira desapasionadamente si puedes; mas no podrás, que eres como yo, y harás lo mismo. Tendria, pues, por de menor inconveniente que jugases, que ponerte á mirar juego ajeno con pasion semejante, que quien juega, ya que desea ganar es una batalla de dos entendimientos ó de cuatro; aventuras en confianza del tuyo tu hacienda, deseas por lo menos que no te la lleven, procúrasla defender, y á eso te pones, á que como te la pueden quitar la quites; tienes en eso alguna manera de causa y excusa. Mas que solo por ver ciegue tanto la pasion á un hombre de buena razon,

dígame si la tengo en condenarla por disparate. Al cabo ya de rato comenzó á embravecerse el mar, y á nadar el dinero de una en otra parte; íbase la cólera encendiendo, y los naipes cargaban á una banda de golpe, con que de golpe dieron con uno de los tres al agua, dejándole con pérdida de mas de cien escudos: era el que yo miraba, y quedé tan mohino, casi como él, pareciéndome haber estado en la mia su desgracia, y haber yo sido el instrumento de ella; y tambien porque conocí que no le debia quedar otro tanto caudal en toda su hacienda. El juego ha de ser en una de dos maneras, ó para granjería ó para entretenimiento; si para granjería no digo nada, que los que tratan son como los corsarios que salen por la mar, quien pilla, pilla; cada uno arme su navío lo mejor que pudiere, y ojo al virote. Andan en corso todo el año para hacer en un dia una buena suerte. Los que juegan por entretenimiento han de ser solos aquellos que señalan los mismos naipes, en ellos hallaremos doctrina; si se consideran pintados reyes, caballos y sotas, y de allí abajo no hay figuras hasta el as, es decirnos que no los han de jugar otros que reyes, caballeros y soldados. A fe que no hallarás en ellos mercaderes, oficiales, letrados ni religiosos, porque no son de su profesion: los ases lo dicen, pues desde la sota, que es el soldado, hasta el as, que es la última carta, son chamuchina, y avisamos que si algunos mas de los dichos los jugaren, son todos unos asnos. Y así lo fué mi ahijado en perder lo que por ventura no era suyo, ni tenia con que poderlo pagar. No quiero tampoco apretar la cuerda tanto que niegue los nobles entretenimientos, que no llamo yo jugar á quien lo tomase por juego, unas veces, ó seis, ó diez en el año de cosa que no diese cuidado, ni pusiese codicia, y sí por solo gusto; no embargante que tengo por imposible sentarse uno á jugar sin codicia de ganar, aunque sea un alfiler, y le juegue con su mujer ó su hijo, que cuando no se juega interés de dinero, juégase á lo menos opinion del entendimiento y saber, y así nadie quiere que otro le venza. Este mi hombre dicho era uno de los huéspedes de mi posada: repartióse la ganancia entre su compañero y el ciudadano; quedaron desafiados para despues de cena, y así se fueron cada uno por su parte, y el perdidoso á buscar dineros. Debió de hacer en buscarlos toda buena diligencia, mas como es metal pesado, vase siempre á lo hondo, y sácase dificultosamente: no debió de hallarlos, y vínose sin ellos á casa mas enfadado de los que no le dieron que de los que le ganaron. Andábase paseando por la cuadra bufando como un toro, no cabia en toda ella, ya la paseaba por lo ancho, ya por lo largo, ya de rincon á rincon; enfadábale todo, blasfemaba de la mala ciudad, y del traidor que á ella le hizo venir, que no era tierra de hombres de bien, sino de salteadores, pues con tener en ella cien amigos conocidos y ri-

cos, no habia hallado en todos un real prestado; votaba de hacer y acontecer cuando en su tierra estuviese. Yo callaba y oia, y cuando se metió en su aposento sentí que se asentó sobre la cama, y en el mio se oian con el sonido de las tablas los golpes que debia de dar en ella. Llamé á Sayavedra en secreto, y díjele: Ocasion se me ofrece para salir de trabajos ó irme á ser hospitalero; y pues la poca moneda que me queda no es tanta que pueda sustentarnos mucho, cenemos bien, ó vamonos á dormir con un jarro de agua, pues así como así lo habemos de hacer mañana. ¿Qué te parece? ¿tiéneslo á disparate, ó por cordura? Paréceme que despues de cena se han de volver á juntar estos, y que al tercero le faltan lanzas para entrar en la tela; ¿no será bueno que salga yo á los mantenedores de refresco á correr las mias, tomando un puesto, aventurando á perder ó á ganar con esta miseria que me queda? Sayavedra me respondió que para todo le hallaria; que resuelto una vez á servirme, lo habia de hacer con mucho cuidado, ya fuese de veras ó en burlas; que á saltear ó á jugar le habia de tener siempre á mi lado, y así que hiciese lo que mandase; pero que para no dar con la honrilla en el suelo, pues en aquella ocasion estábamos tan apretados, asegurásemos la pobreza. Para lo cual él se acomodaria de modo que con seguridad y sutileza correria todo el campo, y me daria siempre aviso del juego de los contrarios, de modo que no pudiese perder teniendo razonable cuenta. Cuando esto me dijo pudieran echarme nesgas al pellejo, que no cabia de contento en él, porque con mi habilidad y manos en el naipe, juntando el aviso suyo, pudiera volverles tres partes de la moneda, y entre mí dije: ¡*No hay mal que no venga por bien*; aun si el daño que me hizo le viniese á restaurar por este camino! Yo deseaba decirle lo mismo, mas mucho me holgué que saliese de su boca la vileza, y no de la mia, que hasta en esto guardaba mis puntos de amo para con él; que pudiera ser que si corriera de mi mano el triunfo, dijera entre sí: Mira por amor de mí á quien sirvo, para no ser tal como él y tener sus costumbres; salí de ladron y dí en ventero; á qué árbol me arrimé; ganármela puede arrimada en la pared; y no estaba engañado. Ta, ta, eso no, amigo, entraos vos por los filos de mi espada, y dejad en hora buena venir cuanto mandáredes, que á fe que primero habeis de confesaros que oirme de confesion; no me habeis de tomar prenda sin que las vuestras estén rematadas. Mas ya una vez las máscaras quitadas, tenga y tengamos, démonos tantas en ancho como en largo, que no habrá mas de por medio que los barriles. Allí estuvimos dando y tomando grande rato sobre cuales eran señas mejores para dar el punto de ambos, y venimos á resolver que por los botones del sayo y coyunturas de los dedos, conforme al arte de canto llano. De manera nos adiestramos en cuatro repasadas, que nos enten-

díamos ya mejor por señas que por la lengua. Cuando ya se juntaron los combatientes, yo estaba paseándome por la cuadra, mi rosario en la mano como un ermitaño, y en el aposento mi criado. Trataron de volver á jugar, y el tercero dijo lo que le habia pasado, que no halló á cierto amigo que le habia de dar dineros; empero que si querian fiar de su palabra hasta otro dia, jugaria papeles. El ciudadano dijo: De buena gana lo hiciera, mas téngolo por mohina, y siempre pierdo. Desbaratábase ya la conversacion, y cada uno queria recojerse, y así antes que lo hiciesen, dije: Pues ese caballero no juega, cuando no sea mas de para entretenimiento de pasar un rato de la noche, y que no se deje tan santa obra por falta de un tercero, si vuesas mercedes gustan de ello, yo tomaré un poco las cartas. Alegráronse mucho porque les parecí tordo nuevo, que aun el pico no tenia embebido, y que me tenian ya en sus bolsas el dinero, y por parecerles que si perdia la moneda jugaria tambien la cadena (la cual yo descubrí adrede, quitándome los botones del sayo), y que si me picaba, como era mozo, no habria de tener sufrimiento para dejar de *arrojarles la soga tras el caldero, hasta que fuesen rocin y manzanas*. Comenzar queríamos nuestra faena, y para ello llamé á Sayavedra, y díjele: Daca de ahí algun dinero si tienes. Él sacó hasta cien reales que yo le habia dado para que me diese, y apartóse un poco de allí en cuanto se comenzó á bullir el juego, y llamándole á despabilar, le dije: ¿Hemos de hacer esto nosotros? Tanto tienes allá que hacer ó que dormir que no estarás aquí para lo que fueres menester. Él calló, y estúvose quedo, de manera y en parte que ninguna persona del mundo pudiera juzgar mal de él, porque jamás me miró ni quitó la mano del pecho, y de este modo me decia cuanto por allá pasaba. Y aunque siempre nos entendimos, no siempre me di por entendido, ni me aprovechaba de la cautela, antes cuando ganaba dos ó tres manos, me holgaba de perder algunas. Dejábalos otras veces cargar sobre mi dinero; empero, ni mucho ni siempre, porque no me diesen pellizco y me dejasen; dejábalos tocar, pero no entrar, y despues dábales otra carga para picarlos. Escaramucé de manera con ellos, y con tal artificio, que los traje siempre golosos. Ya cuando me pareció tiempo que se querian recoger, y tenian los frenos encima de los colmillos para estrellarse adonde quiera, parecióme darles alcance, y viéndolos en la red, arrojéme á ellos y al dinero, trayéndole á mi poder en pocos lances. Debí de ganarles á los dos lo que le habian ganado antes al tercero. Quedaron tan corridos y picados, que me la juraron para el siguiente dia, desafiándome al mismo juego. Aceptéselo de buen ánimo, vinieron, y dejéme perder hasta treinta escudos, con los que se levantaron, porque con sola esta pérdida los quise tener entretenidos y cebados, y el uno de ellos dijo: Alarguémonos algo, porque ya

es tarde; respondíle á esto: Antes por la misma razon lo será mayor que nos acostemos, y lo dejemos para mañana, que siendo vuesas mercedes servidos lo podremos hacer tomándolo de mas temprano, y jugando cuan largo les diere gusto. Holgaron de oirme y de haberme ganado, creyendo que habia mucho que poderme ganar. Otro dia se juntaron con muy gentiles bolsas de doblones castellanos, bien armados y á punto de guerra, y tendieron sobre la mesa puños de ellos de á dos, de á cuatro, y algunos de á diez, como si fueran de cobre, diciendo: Buen ánimo, soldado, que aquí tiene vuesa merced esto á su servicio, y respondíles: Aunque yo no soy tan rico que pueda servir á vuesas mercedes con tanta moneda, no me faltará la voluntad, á lo menos como de un criado. Quise decirles, para pasar á mi poder esa bella compañía de hombres de armas. Comenzamos á jugar, y fuílos cansando poco á poco dándoles cuerda, hasta que viéndolos ya parejos, les di una bella rociada, y en pocas manos vi puestos en estas mias mas de quinientos escudos, con lo cual no quisieron jugar mas hasta otro dia, que dijeron que volverian.

Holguéme mucho de oírselo, tanto porque ya tenian pareja la sangre, y yo sosegado el pecho, cuanto por parecerme que aquello me bastaba para entonces; empero no sabré decir cuanto me alegré de que se alzasen ellos, que siempre lo tuve por costumbre, para no mover ocasion de pendencia, que saliese de su voluntad jugar ó no jugar. Ellos en buen hora se fueron, y yo temeroso que por ventura el natural como natural, y el forastero, como necesitado, me hiciesen alguna demasía; pues ya yo sabia como corria la justicia de la tierra, y así á Sayavedra cuando estuvimos á solas, que sin hablar palabra ni decir adonde hacíamos el viaje, tomase por la mañana caballos para ir la vuelta de Milan. Así se puso en obra, dejándolos mohinos y sin blanca.

CAPÍTULO IV.

Caminando á Milan Guzman de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida.

A Milan caminábamos con tanta priesa como miedo, que como es alto de cuerpo, de lejos lo divisaba, y siempre con su sombra me temblaba el corazon, recelando el peligro en que él mismo me habia puesto, porque siempre creí que ninguna culpa quedó sin pena, ni malo sin castigo. Ya deseaba que naciesen con alas

los caballos para que volara el mio. Mas pobre de mí que lo mismo fuera, pues tambien las tuvieran los otros para darnos alcance. Todo lo veia lleno de malezas, en todo temia peligro, y mas en la tardanza. Yo con mis pensamientos, y Sayavedra con los suyos, íbamos mudos ambos, aunque con gran diferencia, que solo el mio era de verme puesto en salvo; y Sayavedra deseando saber lo que habia de tocar de las monedas. Fuimos caminando grande rato, hasta que por despedir el temor que tanto me atribulaba, olvidándole con algun entretenimiento, pareciéndome ser tan de locos callar mucho por los caminos, como hablar mucho en las plazas, dije á Sayavedra que tratásemos alguna cosa, ó me contase algun cuento de gusto. Entonces él, hallando su bola en medio de los bolos, tomó por donde quiso, y dijo: De un cuento quisiera yo que hubiera sido el gusto de la ganancia, mas yo confio que haber venido á servir á vuesa merced será, no solo para satisfacion de mi deuda, pero aun para gran exceso de granjería. Holguéme de oirle, y que me hubiese tocado en aquella tecla, y así le respondí: Hermano Sayavedra, lo pasado pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí ó por allí no tenga un resbaladero, todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza; otros la tienen por otros caminos, así como diste tú en este. Dios guarde mi juicio, que no sé lo que será de mí; tan ocasionado me veo como el que mas para cometer cualquier atrevimiento, que quien dió en el pasado (pues no fué menos que hurto ganar con engaño la miseria de aquellos pobretos, que quizá era todo el remedio de sus vidas), no perdonara un talego si le hallara huérfano de padre y madre, aunque tuviera mil escudos. Y pues dimos en esto, y de tu entendimiento conozco que se te alcanza cualquier lance, creo que habrás echado de ver que ni trato en Indias, ni soy Fucar, soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad por las causas que bien sabes, y no con mas ni mejor oficio del que has visto. Ya que no tengo de hacer vileza, ni tener mal trato, á lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como debe hacerlo cualquier hombre de bien, sin dejarme caer punto de aquel en que mis padres me dejaron, y mi fortuna me puso. Que si el embajador mi señor me tuvo en su casa y le serví, fué por el amor que me tuvo desde niño, y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fué muy antiguo un tiempo que se conocieron en París, y así me pidió, diciéndoles que me queria hacer hombre. Mas ya que aquello me sucedió, y de su casa salí, no pienso volver mas á ella si no fuere descansado y rico. Donde quiera se amasa buen pan, y ya el de Roma me tiene muy ahito. Y no será maravilla que todos busquemos manera de vivir, como la buscan otros de menos habilidad; sino, pon los ojos en cuantos hoy viven, considéralos, y hallarás que van buscando sus acrecentamientos, y faltando á sus obligaciones por aquí ó por allí: cada

uno procura valer mas. El señor quiere adelantar sus Estados, el caballero su mayorazgo, el mercader su trato, el oficial su oficio, y no todas veces con la limpieza que fuera lícito, pues algunas acontece que por meter los codos en la ganancia se zambullen hasta los ojos; no quiero yo decir en el infierno, dilo tú que tienes mayor atrevimiento. En resolucion, todo el mundo es la Rochela en este caso, cada cual vive para sí; quien pilla pilla, y solo pagan los desdichados como tú. Si fueras ladron de marca mayor, de estos de á trescientos, de á cuatrocientos mil ducados que pudieras comprar favor y justicias, pasaras como ellos; mas los desdichados que ni saben tratos, ni toman rentas, ni receptorías, ni saben alzarse á su vez con mucho, concertándose despues por poco, pagando en tercios, tarde, mal y nunca, esos bellacos vayan á galeras; ahórquenlos, no por ladrones (que ya por eso no ahorcan) sino por malos oficiales de su oficio. Diréte lo que le oí á un esclavo negro entre bozal y ladino, que viene bien aquí. En Madrid, en el tiempo de mi niñez que allí residí, sacaron á hacer justicia de dos adúlteros, y como esto, aunque se practica mucho, se castiga poco, que nunca faltan buenos y dineros con que se allane, con todo, por esta vez, y con el marido de esta mujer, no aprovecharon. Salió mucho número de gente á verlos, en especial mujeres, que no cabian por las calles, en toda la plaza, ni ventanas, todas lastimadas de aquella desgraciada. Ya cuando el marido la tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: *¡Ah Dios! ¿cuánta se ve que se la puede hacer?* Bien pudiéramos tambien decir, cuántos hay que condenan otros á la horca, donde parecieran ellos muy mejor y con mas causa. De nada me maravillo ni hago ascos: *Bailar tengo al son que todos, dure lo que durare como cuchara de pan.* Y pues dices que quieres mi compañía, y gustas de ella, no creo se te hará mala, ni dificultosa de llevar; porque soy compañero que sé agradecer y estimar lo que por mí se hace. *A las obras me remito;* ellas darán testimonio el tiempo andando. Mas porque tambien el premio es quien adelanta la virtud, animando á los hombres con esfuerzo, y es flaqueza de ánimo no tenerle cuando de él puede resultar alguna gloria ó beneficio, ni cumple la persona con lo que debe cuando no trabaja, pues nació para ello, y de ello se ha de sustentar, será muy justo que conforme á lo que cada uno metiere de puesto saque la ganancia. Paréceme dar asiento á esto como primera piedra del edificio, y despues trataremos de lo que se fuere mas ofreciendo. De todo lo que cayere ó se nos viniere á las manos, así de frutos caidos como por caer, se harán tres partes iguales, de todas las cuales tendrás tú la una, y la otra será para mí, y la tercera para gastos de avería, que todas veces hace buen tiempo, ni podremos navegar á viento en popa, ni con bonanza: y si arribáremos, es bien que no nos falten bastimentos; y si embistiéremos ó diéremos en bajío, no

falte bajel en que salvarnos. Esta parte se pondrá siempre separada, ha de ser como un erario para socorro de necesidades: que si con tiento vamos, pues entendimiento no falta, y entendemos algo de pilotaje, no me contento menos que con un regimiento de mi tierra, y hacienda con que pasar descansadamente antes de seis años. Alarga el ánimo á lo mismo, que tambien tendrás otro tanto con que poder volver á Valencia, no andes á raterías hurtando cartillas, ladron de coplas, que no se saca de tales hurtos otro provecho que infamia. En resolucion morir ahorcados, ó comer con trompetas; que la vida en un dia es acabada, y la de los trabajos es muerte cotidiana. Cuanto mas, que si nos diéremos buena maña, presto llegaremos á mayores, y no tendremos que temer; porque serán todos los meses de á treinta dias, y como son á oscuras todos los gatos negros, entenderémonos á coplas, que *un lobo á otro nunca se muerde*. Aquí tienes tu tercio de lo pasado si lo quisieres luego, que no es justo retener á nadie su hacienda: hágate Dios bien con lo que fuere tuyo, y dénos gracia para que con tal pié y buena estrella, se funde la compañía, y que no vengamos á manos de piratas, que no tienen ojo á mas que desflorar lo guisado, y comer el hervor de la olla. Con esto, y mostrarme liberal, fué asegurarle la persona para que no me dejase, porque habiendo de buscar marisco, no pudiera hallar compañero mas á propósito, ni tan bueno. Además de que siendo igual mio, era criado, y me reconocia por amo; que no es pequeña ventaja para cualquiera cosa llevar la mano. Él quedó tan rendido como agradecido, y de uno en otro lance vine á preguntarle la causa que le habia movido á robarme, y dijo: Señor, ya no puedo, aunque quisiese, dejar de hacer alarde público de mi vida, tanto por la merced recibida con tanta liberalidad en todo lo pasado, como por ser notoria, y porque con quien se ha de vivir ha de ser el trato llano, sin tener algo encubierto; que no solo á confesores, letrados y médicos ha de tratarse siempre verdad; pero entre los de nuestro trato, jamás faltó para podernos conservar. Y cumpliendo con tantas obligaciones, vuesa merced sabrá que soy Valenciano, hijo de padres honrados, que aun podrán ser conocidos algun dia por la fama, pues ya (sea Dios loado) son difuntos. Fuimos dos hermanos, y entrambos desgraciados, ya fuese porque de niños quedamos consentidos, ya porque dejándonos llevar de los impulsos de nuestro apetito, sin hacerles la debida resistencia, consentimos en esta tentacion (que mejor diria dimos en esta flaqueza), no creyendo los daños venideros, antes bien cebándonos con presentes gustos, hasta que ya resueltos una vez á ello, no se pudo volver atrás. El otro mi hermano es mayor que yo, y aunque ambos y cada uno teníamos razonable pasadía, mas aun eso no nos puso freno; tanta es, ó fué la fuerza de nuestra estrella; y tanto la de la mala inclinacion á no esquivarnos de ella, que pospuesto el honor, con mas

deseo de ver tierras que de sustentarle, salimos á nuestras aventuras. Mas porque pudiera ser no sucedernos de la manera que teníamos pensado, y para que en cualquier trabajo no fuéramos conocidos, ni pudiéramos quedar con infamia, fuimos de acuerdo en mudar los nombres. Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo: llamábase Juan Martí, hijo de Juan Lujan, y del Martí, y volviéndole por pasiva, llamóse Mateo Lujan. De esta manera desbarró por el mundo, y el mundo (me dicen) que le dió pago tan bien como á mí. Yo como no tengo letras, ni sé mas que un monacillo, eché por esos trigos, y sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allá, y púseme su apellido. Mas ni estuve jamás en Sevilla, ni de ella sé mas de lo que aquí he dicho. De esta manera salimos en un dia juntos peregrinando, empero cada uno tomó luego su parte. De él me dicen algunos que de vista le conocen, que le vieron en Castilla, y por la Andalucía muy maltratado; que de allí pasó á las Indias, donde tambien le fué mal. Yo tomé otra diferente derrota, fuíme á Barcelona, de donde pasé á Italia con las galeras, gasté lo que saqué de mi casa, halléme muy pobre, y como la necesidad obliga muchas veces (como dicen) á lo que el hombre no piensa, rodando y trompicando con la hambre, dí conmigo en el reino de Nápoles, donde siempre tuve deseo de residir, por lo que de aquella ciudad me decian. Anduve por todo él gastando de lo que no tenia, hecho un muy gentil pícaro, de donde dí en acompañarme con otros como yo, y de uno en otro escalon salí muy gentil oficial de la carda. Híceme camarada con los maestros, lleguéme á ellos por cubrirme con su sombra en las adversidades; así les anduve subordinando porque mi pobreza siempre fué tanta, que nunca tuve caudal con que vestirme para poner tienda de por mí; no por falta de habilidad, que mejor tijera que la mia no la tiene todo el oficio; pudiérales leer á todos ellos cuatro cursos de latrocinio, y dos de pasante, porque me dí tal maña en los estudios cuando le aprendí, que salí sacre. Ninguno entendió como yo la cicatería: fuí muy gentil caleta, buzo, cuatrero, maleador y mareador, pala, poleo, escolta, estafa y zorro; ninguno de mi tamaño, ni mayor que yo seis años, en mi presencia dejó de reconocerse bajamanero y baharí. Mas como por antigüedad y reputacion tenian tiranizado el nombre de famosos, eran los Césares ellos, y á nosotros los pobretos nos traian de casa en casa fregando la plata, haciendo los ojeos, buscando achaques, preguntando en unas partes: ¿Vive aquí el señor fulano? ¿Han menester vuesas mercedes un mozo? ¿Quieren comprar un estuche fino? y era de los que cortábamos á las mujeres, que haciéndolos aderezar con cintas nuevas, los íbamos á vender.

Otras veces fingíamos entrar á orinar, y si acertábamos con la caballeriza, donde nunca faltaba la manta de la mula, el almohaza

ó criba, la capa del mozo y el trabon, cuando mas no podíamos; y si acaso allí nos veian, luego bajándonos al suelo, soltando la cinta de los calzones, nos poníamos á un rincon, y en diciéndonos: Ladron, ¿qué haceis vos aquí? nos levantábamos atacando, y respondíamos: Mire vuesa merced cómo y con quién habla, que no hay aquí ningun ladron: halléme necesitado de la persona, y entréme aquí dentro. Unos lo creian, otros no, empero pasábamos adelante. Otras veces tomábamos por achaque (y no malo) entrarnos por toda la casa hasta hallar en qué topar; y si nos veian, luego pedíamos limosna. Con estos y otros achaques no habia clavo en pared que no contásemos, ó quitásemos; nada tenia seguridad. Yo era rapacejo, delgadillo, de pocas carnes, trazador, y sobre todo ligero como un gamo, acechaba de dia el trabajo de la noche, sin empacharme por el tiempo, y á pesar del sueño. Asistíamos de dia como buenos cristianos á las iglesias, á sermones, misas, estaciones, jubileos, fiestas y procesiones. Ibamos á las comedias, á ver ajusticiados, y á todas y cualesquier juntas donde sabíamos haber concurso de gente, procurándonos hallar continuamente en el mayor aprieto, entrando y saliendo por él una y mil veces, porque de cada viaje no faltaba ocupacion provechosa; ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, y dijes de niños. Cuando mas no podia, con las tijeras que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruelo que me parecia, y del mas pintado gentilhombre le sacaba por detrás ó por un lado (si acaso con el aprieto se le caia) para tres ó cuatro pares de soletas, y lo que yo de esto mas gustaba era verlos ir despues hechos un retrato de san Martin, con media capa menos, dándole vueltas, y haciendo gente, y así se iban corridos, viendo cortadas las faldas por vergonzoso lugar. Cuando esto no bastaba, nos llegábamos á las colgaduras de seda ó tela de oro, que nunca reparábamos en hacerles cortesía, mas á esto que á eso otro, ántes: *A mas Moros mas ganancia,* y por lo bajo de ellas sacábamos á una pieza ó dos (como teníamos la ocasion y tiempo) lo que mejor podiamos, y en los aires hacíamos de ello cuerpos á mujeres, bolsas, manguitas á niños, y otras mil cosas á este tono, acomodándolo siempre como no se perdiese hilo, en aquello que mas y mejor podia servir. Poco á poco nos vinimos allegando á la ciudad, con la fama de que venia nuevo virey, que á tales fiestas, á toros y ferias caminábamos de cien millas cuando era necesario. El coste del camino era siempre poco, que de unos lugares íbamos proveidos para los otros de muy buenas gallinas, capones, pollos, palomas duendas, jamones de tocino, y algunas alhajas que con facilidad se nos venian á la mano. Porque como para tomar buena posada se procuraba entrar siempre con sol, en aquel breve tiempo hasta las horas de recogernos, recorríamos los portillos de todo el pueblo, y cuanto habia dentro, con achaque de ir pidiendo para

un estudiante pobre que vuelve á su tierra necesitado. No tanto por lo que nos habian de dar, cuanto por lo que les habíamos de quitar, dando vista por los gallineros para trazar como mejor poderlos despoblar. Además que para las ventas y cortijos llevaba sedales fuertes, con finos anzuelos y con un cortezoncito de pan, y seis granos de trigo, se nos venian á las manos, y jamás echó lance que dejase de sacar pez tan grande como el brazo. Y á mal suceder, cuando se caia la casa, y no se hallaba que comer, á lo menos una muy bella posta de tenera no nos podia faltar como lo quisiésemos, de la primera y mas pintada que hallábamos en el camino. Luego que á Nápoles llegamos anduvo los primeros dias muy bueno el oficio, trabajóse mucho, muy bien y de provecho. Vestíme de manera que con la presencia pudiera entretener la reputacion de hombre de bien, y engañar con la pinta. Y si como la entrada que hicimos de juego de cañas, de oro y verde, solemne y bien sazonada de sal, no se nos percudiera despues á los fines por mi poco sufrimiento, de allí quedara en buen puesto; mas harto hice con escapar el pellejo, y sanas las aldabas. Yo tuve la culpa que me saliesen los huevos güeros, mas sea Dios loado, pues que pudiera ser el daño mayor, y aqueso me puso consuelo. Uno de mis camaradas era de la tierra, criado de un regente del consejo colateral, y sus padres le habian servido; diósele á conocer, fuéle á besar las manos, y no las volvió vacías, porque (holgándose de verle) le ofreció de hacer toda merced, y no al fiado, sino diciendo y haciendo, que pocas veces y en pocos acontece comer en un plato y á una mesa; mas cuando es el ánimo generoso, siempre se huelga de dar, y mas le crece cuanto mas le piden; porque siempre fué condicion del dar hacer á los hombres claros, cuanto los vuelve sujetos el recibir. Luego le acomodó en algunos negocios, á la verdad honrados, y dignos de otro mejor sugeto. Andábamos á su sombra hechos otros vireyes de la tierra, sin haber en toda ella quien se nos atreviera. Con este abrigo nos alargábamos á cosas en que por ventura nuestros ánimos no bastaran solos. Era él nuestra lengua, decíanos dónde habíamos de acudir, y cómo lo habíamos de hacer, á qué horas tendríamos mayor seguridad, por dónde podríamos entrar, y de qué personas nos habíamos de recelar: que (como diremos) los que hacen los hurtos mas famosos, mas calificados, y de importancia, son los allegados á las justicias; fáltales temor, tienen favor sobrado, llega la necesidad, ofrécese ocasion, remédielo Dios Todopoderoso. Iba yo un dia luchando á brazo partido con el pensamiento, deseoso de hallar en qué poder entretenerme, porque casi era medio dia y no habíamos ensartado aguja, ni dado puntada, pues volver á casa manivacío, sin haber llevado la provision por delante, y que por ventura los compañeros tuviesen ya labrada la miel, me llamarian zángano, que se la queria comer con mis manos lavadas; y así teníamoslo

por caso de menos valer, ir á mesa puesta sin llevar por delante la costa hecha: vi una casa de buena traza, y á lo que parecia mostraba ser de algun hombre honrado ciudadano. Entrméc por ella como si fuera mia, que nunca el tímido fué buen cirujano; aun allá en España dicen por estribillo las viejas á los medrosos cuando uno va despacio: *Anda, anda, que parece que vas á hurtar.* Donde quiera, y siempre me parecia entrar por mi casa, ó que iba con vara de justicia, y mandamiento de contado. Miré á una y otra parte, deseando hallar en qué topasen los ojos, y que diese que hacer á las manos; quiso la fortuna depararles encima de un bufete una saya grande negra de terciopelo labrado, de que pudiera bien sacar para tres pares de vestidos, calzones y ropillas, porque tenia mas de quince varas, y podian encajárselos, aunque fueran los mocitos mas curiosos de la tierra. Estuve acechando por todo aquello á ver si podria sacar aquella prenda sin costas ni daño de barras, y en toda la casa, ni en parte de ella sentí haber quien impedírmelo pudiese. Metíla debajo del brazo, y en dos cabriolas me puse de piés en la puerta de la calle. Cuando á ella llegué, llegaba tambien el señor de la casa, el cual era maestre Data en la ciudad, y viéndome salir asobarcado, preguntóme quién era, y por lo que llevaba. En aquel punto mismo saqué de la necesidad el consejo, y sin turbarme, antes con rostro alegre le dije: Quiere mi señora que se le tome un poco de alforza en esta saya, y se la recoja un poco de cintura, porque no le hace buen asiento por delante, y mándame que se la traiga luego. Él me dijo: Pues por vida vuestra, maestro, que se haga presto, y de vuestra mano. Con esto salí la calle abajo, dando mas vueltas que una culebra, ya por aquí, ya por acullá, por desmentir el rastro. Despues vine á saber por mi mal, que luego como en casa entró, sintió alborotado el bodegon, revuelto el palomar, y las mujeres á manga por hombro, dando y tomando sobre daca la saya, toma la saya, y la saya no parecia. Tú la quitaste, aquí la puse, acullá la dejé, quién salió, quién entró, ninguno ha venido de fuera, pues parecer tiene, los de casa la tienen, tú me la pagarás: andaba una grita y algazara que se venian los techos al suelo, sin entenderse los unos con los otros. En esto entró el dueño conociendo su yerro en haberme dejado salir con ella, y reportando á su mujer, la dijo, que un ladron la llevaba, contándola lo que conmigo habia pasado á su misma puerta: salióme á buscar, mas con mi buena diligencia me desaparecí por entonces, dando con la persona en salvo, y poniendo la prenda en cobro. Luego aquella noche me fuí á casa del gran condestable con deseo de poder ejecutar un lance que algunos dias antes habia hecho en borron; y aunque lo traia ya en blanco é hilvanado, nunca tuve ocasion para poderlo sacar en limpio hasta entonces. Juntábanse allí muchos caballeros á jugar, y de ordinario se solian hacer tres ó cuatro mesas, asistiendo de noche á ellas un paje ó

dos de guarda. Sobre cada tabla estaba puesta su carpeta de seda, y dos candeleros de plata; yo llevaba conmigo contrahechos un par de muy gentil estaño, y tales, que de los finos á ellos no se hiciera diferencia ni en la color ni en la hechura, buscados á propósito para el propio efecto. Llevé tambien dos velas, y todo bien cubierto me puse á un rincon de la sala, segun otras veces lo habia hecho, aguardando lance, y dando á entender ser criado de alguno de aquellos caballeros. Dos que jugaban á los cientos en una de aquellas mesas, pidieron velas; no habia allí mas de un paje, y tan dormido, que habiéndolas ya dos veces pedido no recordaba ni respondia. Yo acudí luego, y aderezando mis velas acá fuera, levantado el ferreruelo por cima del hombro como criado de casa, las metí en los candeleros que llevaba, y los de plata debajo del brazo, con lo que me fuí recogiendo hasta la posada, en donde, juntándolos con algunas otras piezas de plata que habia recogido, por quitarme de achaques y pesadumbres, si son mios, ó si son tuyos, daca señas, toma señas, de dónde los compraste, quién te los vendió, acogíme á lo seguro: hice de todo una pasta, y en un muy gentil tejo lo llevé á mi capitan, para que con su autoridad y buen crédito la vendiese. Hízolo así, sacó su quinto, segun le pertenecia, y dióme la resta en reales de contado, sin defraudarme un cabello. Ya era entre nosotros órden, que á nuestra cabeza le habíamos de acudir con aquella parte de todo lo que se trabajase, y esos eran sus derechos, tan bien pagados y ciertos como los de su Majestad en lo mejor de las Indias. Con esta gabela éramos de él amparados en cualquier peligro. Ninguno piense mascar á dos carrillos, que *no hay dignidad sin pension en esta vida.* Cada cual tiene sus dos hileras de dientes y muelas, todos quieren comer, en todo hay pechos y derechos, y corren intereses: *Una mano lava la otra, y entrambas la cara*; si me dan el capon, justo será que le dé una pechuga, y no hay dinero mejor empleado que en un ángel de guarda semejante. Palas hay tan tiranos y desalmados que luego estafan, y lo aplican todo para sí; quieren el pan y las maseras, el trabajo y el provecho, sin dejarnos otra cosa que el peligro y la pena de él, si nos cogen. Alzansenos á mayores, como Pizarro con las Indias: cuando mucho nos dan y grande merced nos hacen es de los escamochos, lo que no les vale de provecho, reservando para sí la gruesa del beneficio, como lo hizo Alejandro conmigo. Y despues cuando nos avizoran en la agonía, cálanse las gavias, y no conocen á nadie. Mas entre nosotros con este Milanés habia muy buen órden, porque de ninguna manera queria llevarnos mas de su solo quinto. Y si alguna vez teniendo necesidad nos pedia le prestásemos algo á buena cuenta, y si lo dábamos, luego lo asentaba en su libro, poniéndolo en el ha de haber, y á la márgen un ojo, á descontar. No, no, buena cuenta teníamos en todo siempre, solo faltaba que ayudase á cada uno su buena fortuna. Mis

compañeros no holgaban, que como buenos caseros, jamás vinieron con las manos en el seno. Éramos cuatro, tres á la faena, y el capitan para nuestra defensa. Ibamos algunas veces llevándole por delante, para que si alguno de nosotros diese salto en vago, hallándole con el hurto en las manos, hubiese quien le abonase ó volviese por él, dándole dos ó tres pescozones, enviándole de allí, diciendo: Andad para bellaco ladron, y voto á tal, que si mas os veo hurtar, os he de hacer echar á galeras. Creian con esto los presentes que serian aquellos gente honrada y piadosa; pasábamos con aquella fortuna. Otros habia tan pertinaces y duros, que con una cólera de fieras nos apretaban demasiado, no dejándonos de la mano hasta hacernos prender. A estos llegaban, y les decian: Deje vuesa merced á este bellaco ladron, déle cien coces, y no le haga prender, es un pobreto, y se comerá en la cárcel de piojos, ¿qué gana vuesa merced en hacerle mal? Salid de aquí, bellaco; y con esto nos daban un rempujon que nos hacian hocicar por sacarnos de sus brazos. Empero si todavía porfiaba, no queriéndonos largar, hacíamos nuestra diligencia en desasirnos, y volviámoslo pendencia, diciendo que mentia, que tan hombres de bien éramos como él: ellos en la fuga se metian de por medio en ademan de meter paz, ayudándonos á escapar y ponernos en libertad, y si necesario era, cuando no podian, derramaban el polco, del aire buscaban achaque, incitando con palabras á venir á las obras, hasta que con el alboroto mayor se sosegaba el menor, y así nos escabullíamos. Otras veces que íbamos huyendo con el hurto, si alguno venia corriendo tras de nosotros, y nos daba alcance, salíale un compañero de través á detenerle, poniéndosele delante, y preguntando sobre que habia sido la pesadumbre, no dejándole pasar de allí, á modo de querer poner paz y sosegarle; y por muy poquita demora que de cualquier manera hubiese, les tomábamos grandísima ventaja, porque además de la que siempre hace quien huye á quien corre, pone alas en los piés el miedo en casos tales. Los que corren se cansen presto naturalmente con el corto ánimo de hacer mal que los desmaya, no obstante que quieran y lo procuren: mas esles imposible forzar á la naturaleza, la cual siempre favorece á los que desean salvarse. De una ó de otra manera, siempre los detenian. Otras veces nos abonaban cuando habia pasado la palabra con el hurto, y no se nos hallaba, porque ya lo teníamos de allí tres calles ó cuatro: de manera que sus buenas palabras, intercesiones y abonos hacian que fuésemos libres de la mala opinion que se nos achacaba. En todas maneras, por acá ó por acullá, hacíamos nuestra hacienda, pesase á quien pesase, que para todo habia traza. Mas una vez que me descuidé, saliendo un poco á mariscar sin escolta y por el campo, no me la cubrirá pelo, ni se me caerá tan presto de encima. Mis pecados, y otro no, me sacaron á pasear un dia

por fuera de la ciudad, y como cerca de un arroyo estuviese sobre la yerba tendida mucha ropa, y el dueño de ella tras de un poco de repecho á la sombra de una pared, parecióme que ya debia de estar bien enjuta, ó á lo menos que lo estaba cuanto á mí me era menester. Dióme gana de doblar dos ó tres camisas buenas, que me parecia que me vendrian bien, y con facilidad lo hice, mas envolvílas, no quise pararme allí á doblarlas por hacerlo en mi posada con mayor comodidad y espacio : el dueño, que era una mujer de la maldicion, por estar, como dije, vueltas las espaldas, no pudo verme, mas no faltó quien, doliéndole poco las mias, y como á paso largo me iba trasponiendo, la dió el soplo. Levantó la buena mujer el tiple, que lo ponia en el cielo, y dejando una muchacha suya en guarda de lo que allí la quedaba, dió á correr en pos de mí; de manera, que viéndome perdido, con todo el disimulo del mundo, sin volver el rostro, ni mas mudanza que si conmigo no las hubiera, dejé caer en el suelo la mercadería, y pasé de largo con el paso compuesto sin alborotarme. Yo creí que la mala hembra, teniendo ya lo que la faltaba en sus manos tal vez se holgaria; mas no lo hizo así, que si primero daba gritos, era entonces voces con que hundia el campo todo. No era lejos de la ciudad, ni en parte tan sola, que dejasen de oirlo muchachos: juntáronse tantos, y con ellos tantos gozques, que parecian enjambres. A la grita de ellos me pararon vivo unos mancebos, de cuyo poder ya fué imposible defenderme. Desde aquel dia comencé á tomar tema contra esta gentecilla menuda, que nunca mas me pudieron entrar de los dientes adentro, destruyéronme con perseguirme. Cuando aquesto me decia Sayavedra, me venia á la memoria un famoso borracho de Madrid, el cual como le acosasen los muchachos, y le maltratasen mucho, cuando llegó á la boca de una calle, se bajó por dos piedras, y arrimándose á una esquina, les dijo : Ta, ta, vuesas mercedes no han de pasar adelante, suplícoles que se vuelvan, que yo doy la merced por ya recibida : si este hiciera otro tanto, quizá que se volvieran, como lo hicieron con el otro. Dijo luego, y en verdad, que donde quiera que se junta esta mala canalla, ningun hombre de bien puede hacer cosa buena. Yo voy huyendo de ellos, como de la horca, y faltó poco para subirme á ella, porque de sus manos me sacó la justicia, y me pusieron tras la red. Cuando esto me sucedió, luego hice dar aviso á mi capitan, que apenas alcanzó ó oir el grito, cuando en dos piés ya estaba conmigo informándome bien de lo que habia de hacer y decir. De allí se fué al notario, hablóle diciendo conocerme por hijo de padres muy honrados y nobles en España, que no era posible creerse cosa semejante de un caballero como yo : y en caso que fuera verdad, no era mucho de maravillar que con la mocedad, viéndome, si acaso lo estaba, con alguna necesidad, ó apretado de la hambre, me hubiese atrevido para

redimirla : empero que todo era de poca ó ninguna consideracion y ratería, de la que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, cuanto por mi mucha calidad y á causa de mi linaje. Con estas buenas palabras y su mejor favor, me puso dentro de dos horas á la puerta de la cárcel. A Dios pluguiera que no hubiera sucedido ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche, mas pues así sucedió, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado del portero, que siempre me perseguia en los umbrales de las casas, no se olvidó entonces en los de la cárcel; pues antes que me dejase sacar el pié á la calle, á la misma salida dí de ojos con el maestre Data, que andaba solicitando la soltura de un preso. Así que me vió y conoció, dióme tal rempujon á dentro que me hizo caer de espaldas en el suelo, y cargándose sobre mí, dijo al portero que echase el golpe; hízolo, y quedéme dentro : volviéronme á encerrar, púsome acusacion, apretándome de manera, que ni ruegos ni el interés de la saya fueron parte para que se bajase de la querella. Era hombre que podia, hiciéronse todas las posibles diligencias, ni me valió informacion de hidalguía, ni mi poca edad, para que á buen librar, y como si me lo dieran de limosna, por via de transacion y concierto, y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre, y tal, que no se me caerá para siempre. Por camisas fué, y sin ella me sacaron de medio cuerpo arriba, echándome desterrado de allí para siempre: con lo cual se quedó el majadero sin la saya. Ved á lo que llega un hombre necio abatanado, que quiso mas hacerme mal, que cobrar su hacienda. A mí me fué forzoso dejar la tierra y compañía, recogí la pobreza que habia juntado, y salí de allí vagando por toda Italia, hasta llegar á Bolonia, donde me recibió en su servicio Alejandro; el cual tiene por trato salir á corredurías fuera de su tierra, y en haciendo la cabalgada, se vuelve á sagrado con ella. Cuando nos hallamos en Roma en el fracaso de vuesa merced, solo era nuestro fin aguardar que se levantase alguna pelaza, de donde con seguridad pudiéramos alzar algun par de capas ó sombreros, mas como no hubo tiempo, trazamos luego el hacer el hurto, haciéndome cabeza de lobo, como siempre tenian costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias. Esto me venia diciendo cuando llegamos al fin de la jornada; quedóse así la plática, entrándonos en la hostería, donde se nos dió lo necesario para pasar luego el camino adelante.

CAPÍTULO V.

Sayavedra halla en Milan á un amigo suyo en servicio de un mercader; Guzman de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto.

Atento, entretenido y admirado me trajo Sayavedra esta jornada; y tanto, que para las demás que faltaban hasta Milan, siempre hubo de qué hablar, y sobre qué replicar, porque me hizo grande contradicion, y dificultoso de creer que hombres nobles, hijos de padres tales, permitan dejarse llevar tan arrastrados de sus pasiones, que olvidado el respeto debido á su nobleza, con trato de caridad y buena policía, sin precisa necesidad hagan bajezas, quitando á otros la hacienda y honra, que todo lo quita quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en mas de lo que tiene. Decia yo entre mí: Si á este Sayavedra (como dice) le dejó tan rico su padre, ¿cómo ha dado en ser ladron, y huelga mas de andar afrentado, que vivir temido y respetado? Si se cometen los males, hácese por la sombra que muestran de bienes; empero en el padecer no hay esperanza de ellos. Luego revolvia sobre mí en su disculpa, diciendo: Saldríase huyendo muchacho como yo; representáronsemes con su relacion mis propios pasos, mas volvia diciendo: Ya que todo eso así es, ¿porqué no volvió la hoja cuando tuvo uso de razon, y llegó á ser hombre haciéndose soldado? Tambien me respondia en su favor: ¿Y porqué no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el mio. Donosa está la milicia para que se aficionen á ella, buena paga les dan, bien lo pasan para que olvide un hombre su regalo, y aventure su vida en ella. Ya todo es mohatra, mucho servir, madrugar y trasnochar, el arcabuz á cuestas, haciendo centinela todo el cuarto en pié, y si es perdida en dos, y sin bullirlos de donde una vez los asentaren, lloviendo, tronando y venteando, y cuando á la posada volveis, ni halleis luz con que os acostar, lumbre con que poderos enjugar, pan que comer, ni vino que beber, y siempre andais muertos de hambre, sucios y rotos. No le culpo; empero á su hermano mayor, el señor Juan Martí, ó Mateo Lujan, como mas quisiere que sea su buena gracia, que ya tenia edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado, ¿qué diablo de tentacion le vino en dejar su negocio, y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, queriendo quitar capas? ¡Cuánto mejor le fuera ocupar su persona

en otros entretenimientos. Era buen gramático, estudiara leyes, que mas á cuanto y fácil fuera hacerse letrado. ¿Piensan por ventura que no hay mas que decir, ladron quiero ser, y salirse con ello? Pues á fe que cuesta mucho trabajo, y corre peligro. Además que no sé yo si en los derechos hay mas consejos, ó tantos cuantos ha menester un buen ladron. Pues ya, si hay dos, ó se juntan en un lugar, y á la porfía, y quiere alguno correr tras el otro que se ha llevado tras de sí la voz y fama de todo el cacoquismo y germanía, á fe mia que le importa, y no poco, apretar los puños mucho. Que con parecerme á mí como era verdad, que con cuanto me habia contado Sayavedra, era desventurada sardina, y yo en su respecto ballena, con dificultad y apenas osara entrar en exámen de licenciado, ni pretender la borla. ¿Y él y su hermano pensaba ya que con solo hurtar á secas, mal sazonado, sin sabor ni gusto podrian leer la cátedra de prima? Pensaron que no habia mas que hacer que lo que dijo un labrador, alcalde ordinario en la villa de Almonací de Zurita, en el reino de Toledo, habiendo hecho un pilar de agua donde llegase á beber el ganado, que despues de acabado soltaron la cañería en presencia de todo el concejo, y como unos dicen, alto está, y otros no está, se llegó el alcalde á beber, y en apartándose, dijo: *Pardios, no hay mas que hablar, que pues yo alcanzo, no habrá bestia que no alcance.* Como debieron de ver algunos ladroncillos de pan de poya, se les haria fácil, y dirian que tambien alcanzarian como los otros. Pues yo doy mi palabra que á tal pensamiento se les pudiera decir lo que otro labrador, tambien cerca de allí, en la Mancha, dijo á otros que porfiaban sobre la cria de una yegua; el uno de ellos decia: Jumento es, y el otro que no, sino mulato; y llegándose á mirarle el tercero, cuando hubo bien rodeado, y mirado el hocico y orejas, dijo: *Pardios que no hay que disputar, tan asno es como mi padre.* Quien se preciare de ladron, procure serlo con honra, no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla, y trompos á los muchachos, que no sirve mas que para dar de comer á otros ladrones, haciéndose sus esclavos de jornal, y si no les pecha, le ponen luego en percha. No hay hacienda ni espaldas que lo sufren, diz que por tan poco ha de arrestarse tanto. Por una saya, por dos camisas, *quien camisas hurta jubon espera,* haga lo que decia Chapin Vitelo, aquel valerosísimo capitan: *El mercader que su trato no entienda, cierre la tienda.* Pero dejemos agora estos ladrones aparte, y vuelvo á mí, que con poderme oponer á la magistral ya lo tenia olvidado, y no se apartaba entonces el miedo de á par de mí. Todo quiere curso, habia mil años que ni tomaba lanceta, ni hacia sangría, tenia ya torpe la mano, no atinaba con la vena. No hay tal maestro como el ejercicio, el cual si falta, el mismo entendimiento se hinche de moho y cria toba. Cuando en Milan entramos, anduvimos de vacaciones aque-

llos tres ó cuatro dias, que no me atreví á jugar por no hacerlo con gente de milicia, que juegan siempre con mucha malicia. Todos ó los mas procuran valerse de sus ventajas, yo no podia usar de las mias, ni me las habian de consentir, y yo por fuerza se las habia de consentir, aventuraba con ellos á ganar poco y á perder mucho. No quise mas que dar una vuelta por la tierra, viendo su trato y grandeza, y luego pasar adelante. Con esta determinacion me andaba paseando todo el dia de tienda en tienda, viendo tantas curiosidades que ponia grande admiracion verlas, y los gruesos tratos que habia en ellas aun de cosas menudas y de poco precio. Estando un dia en medio de la plaza, se llegó á Sayavedra un mozo bien tratado y de buena gracia, en sus acentos y talle fino Español, mas como los tenia por las espaldas, no pude ver ni entender por entonces mas de que se hicieron un poco á lo largo de mí, donde á solas por grande rato hablaron, lo que no me dejó de poner cuidado pensando qué pudieran estar tratando con tanto secreto, no habiéndose visto (á mi parecer) ni tratado de antes. Mas por no romper la plática hasta ver en lo que paraba, estuve quedo y advertido, y si de allí escapasen acudir yo con tiempo á la posada, y llegar primero antes que me mudasen. Siempre los tuve al ojo, sin hacer alguna mudanza en cuanto no la hiciesen ellos. Porque consideraba que si le llamaba, y despues le queria preguntar por lo que trataban, habria tenido Sayavedra ocasion para componer lo que quisiera, diciendo que por haberle llamado no acabaron la plática en que estaban. Así, por mejor satisfacerme, tuve por bueno tardarme allí algo mas, dejándoles el campo franco, pues no hacia mi dilacion en otra parte falta. Ya cuando fué hora de comer, el mozo se despidió para irse, y yo quise hacer lo mismo, que aun todavía estaba en pié mi sospecha. Como Sayavedra no me habló palabra, ni yo á él, siempre traje conmigo aquel recelo, y no con poco cuidado de alguna gatada, que la sospecha es terrible gusano del corazon, y no suele ser viciosa cuando carga sobre un vicioso, pues conforme á las costumbres de cada uno se pueden recelar de él. Mas como el deseo de las cosas hace romper por las dificultades de ellas, aunque quisiera callar no me pude sufrir sin preguntarle quién aquel mozo fuese, y de qué habia salido el triunfo para plática tan larga. Cuando acabamos de comer, y quedamos á solas, díjele: Aquel mancebo de esta mañana me parece haberle visto en Roma; ¿por ventura llámase Mendoza? No, sino Aguilera, me respondió Sayavedra, y muy águila para cualquiera ocasion; es un muy buen compañero, tambien cofrade, y una de las buenas disciplinas de toda la compañía, y ninguna mejor llaga que la suya. Es de muy gentil entendimiento, gran escribano y contador. Muchos años ha que nos conocemos, hemos peregrinado y padecido juntos en muchos y muy particulares trabajos y peligros, y agora me queria meter en uno que nos pudiera ser de

grandísima importancia, ó por nuestra desventura dar con el navío al través, que á todo daño se pone quien trata de navegar, pues no está entre la muerte y vida mas del canto de un traidor cañuto. Dábame cuenta como llegó á esta ciudad con ánimo de buscar la vida como mejor pudiera, mas que para no engolfarse sin sondar primero el agua, habia buscado un entretenimiento que le hiciese la costa sin sospecha, para que á dos dias no le prendiensen por vagabundo, y que asentó con un mercader de aquesta ciudad, que le recibió en su servicio por su buena pluma, y ha mas de un año que le sirve con tota fidelidad, esperando darle una coz á su salvo, como lo hacen las mulas al cabo de siete. Decíame que asentásemos compañía para hacer una empanada en que tuviésemos que comer para salir de laceria, mas no me pareció cosa conveniente; lo principal, por hallarme tan acomodado á mi gusto, y además de esto para mudar estado es necesaria mucha consideracion. Con poco no podíamos contentarnos, y con mucho era imposible salir bien, por la mala comodidad que teníamos. Aquí no habia donde poder estar secretos cuatro dias, ni huyendo caminar seguros sin que á cuatro pasos no nos volviesen presos, y nos dejasen los pescuezos de mas de la marca, sin quedar las personas de provecho. Estuvimos dando y tomando trazas, empero ninguna de provecho ni á propósito. Que cuando los fines no se pueden conseguir, son los medios impertinentes, y los principios temerarios. Así se apartó de mí, por no hacer á su amo falta, ya que nuestra plática no podia ser de provecho. Ni esto que me dijo me dejó seguro, ni dejé de darle crédito, por parecerme cosa que pudo ser. Pedí la capa, y salímonos de casa con determinacion de dar una vuelta por el campo, y aunque lo mas de la tarde tratamos de otras cosas, nunca se me apartó de la imaginacion mi tema; en ella iba y venia, pensando entre mí, aun si querria aqueste asegurarme, y darme un cabo que pasase la raya. ¿De quién me podria quejar sino de mi necedad? porque una bien se puede disimular, pero á dos, echarle á quien la espera una gentil albarda. ¿Qué seguridad puedo yo tener de este? pues *nunca buena viga se hizo de buen cohombro: el que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá, y será esta la fina, darle al maestro cuchillada sobre buena reparada.* Mas *aunque siempre tuve los ojos en la puerta, nunca me faltaron las manos de la rueca:* hecho estaba un Argos en mi negocio, y otro Ulises para el suyo, trazando cómo (si me hubiese dicho verdad) poder ayudarlos á lo seguro de todos, en caso que fuese negocio de consideracion para salir de laceria, que meter coste en lo que ha de ser de poco provecho es locura. Los empleos han de hacerse conforme á las ganancias: ponerse un hombre á querer alambicar su entendimiento muchas noches en lo que apenas tendrá para cenar una, no conviene. Mas porque por ventura pudiera ser viaje de provecho, y echar algun

buen lance, cuando á cenar volvimos á casa, y vi suspenso á Sayavedra, le dije : Paréceme que te arrobas por lo que no robas; inquieto te trae mucho el dinero del mercader; ¿es por ventura lo que pensabas alguna traza de las de Arquímedes? Pues á fe que conozco yo un amigo que no hiciera mal tercio en el negocio, si fuese gordal y de sustancia. ¿Cómo gordal y de sustancia? (respondió Sayavedra) de mas de veinte mil ducados ; paño hay para cortar y trazar á nuestra voluntad como quisiéremos. Yo le dije : Como no se corte de manera que de él nos hagan sotanas, bien me parece; mas pues tan pensado lo tienes (que no es posible no habérsete asentado alguna invencion), ¿qué resulta de todo que algo valga? Pardios, nada, me respondió Sayavedra, no acierto con la esquina, tanto ha que huelgo, que ya con el ocio ha criado el entendimiento sangre nueva, y está lleno de sarna. Mil veces comienzo con el trote, y á dos galopes me canso, todo lo hallo malo. Entonces le volví á decir, pues tan importante negocio es como dices, ¿qué parte me quereis dar porque os quite los cuidados, y salgais con vuestra victoria? Él me dijo : Señor, la mia y mi persona somos de vuesa merced, con Aguilera se ha de tratar por lo que le toca, y hecho el concierto con él, acabado es el cuento; con todos está hecho. Pues díjele : Vete á buscarle, y procura verte con él sin que de su casa te vean, y dile que nos veamos cuando tuviere lugar, que poco se perderá en que me conozca, si ya le conozco. Hízolo así, envióle á llamar con un papel secretamente, y cuando nos juntamos le pregunté por menudo las calidades, costumbres y trato de su amo, qué hacienda tenia, en qué, dónde y en qué monedas, y debajo de qué llaves. Comenzóme á hacer su relacion en esta manera : Señor, ya Sayavedra tiene dada relacion de mí á vuesa merced, y sabrá que soy calafate zurdo, un pobreto como todos, y aunque conozco que con menos ingenio hay millares muy ricos en el mundo, tambien he visto con estos á otros mas hábiles ahorcados, no siendo yo el que menos lo ha merecido, de lo que doy á Dios infinitas gracias. Puede haber poco mas de un año (que es el tiempo que ha que resido en esta ciudad) que sirvo á un mercader de harto trabajo, y de cuatro meses á esta parte soy su cajero; tengo los libros en mi poder, empero los dineros están en el suyo : amo y temo, no acabo de resolverme cómo hacerle un salto que no me deje despues en el aire, que para poco y malo, menor mal es pasar adelante con mi buen trato; y si fuese mucho querríalo gozar mucho. Helo comunicado con Sayavedra, porque para estos casos no hay hombre que pueda solo, para que por allá (entre personas de quien se pueda fiar, pues tiene tantos amigos) lo trate con alguno de ellos, que como son varios los entendimientos, cada cual discurre como mejor sabe, y algunas veces acontece dormitar Homero, y salir las trazas buenas. Y cuando anoche recibí su papel enviándome á llamar,

sospeché que no seria en balde, que ha mucho que le conozco, y nunca se suele armar sino á cosa señalada. Creo, si acaso le hallamos vado, que hemos de hacer un gentil negocio, de que nos ha de resultar mucho bien. Lo que de su hacienda con verdad puedo afirmar, como quien tan bien lo sabe por haberlo visto, es que valen las mercaderías que hoy tiene de las puertas adentro de su casa, para dar á solo mohatras, mas de veinte mil ducados, y de esto me da las llaves muchas veces por la confianza grande que de mí tiene; además, que bien sabe que no me tengo yo de cargar las balas á cuestas para llevárselas con lo que tienen. Lo que hay encerrado dentro en dos cofres de hierro, en todo género de moneda, pasa de quince mil ducados, y en el escritorio de la tienda encerró habrá doce dias un hermoso gato pardo rodado, tan manso y humilde como yo, no con ojos encendidos, no rasgadoras uñas ni dientes agudos, antes embutido con tres mil escudos de oro, en rubios doblones de peso de á dos y de á cuatro, sin que intervenga ni solo un sencillo en ellos, los cuales apartó y puso allí para dar á logro á cierto mercader que se los pide por seis meses, y no se los quiere dar por mas de cuatro con el cuarto de ganancia, de que le ha de hacer además la obligacion por contado. Es hombre del mas mal nombre que tiene toda la ciudad, y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien lo quiera, ni á quien mal no haga, no trata verdad, ni tiene amigo, trae la república revuelta, y engañados cuantos con él negocian. Tengo por cierto que de cualquier daño que viniese, sin duda seria en haz y en paz de todo el pueblo, ninguno habria que no holgase de ello. Con esto juntamente me dijo cómo se llamaba, dónde vivia, el escritorio á qué mano estaba, y el gato en qué gaveta; hízome tan buena relacion, que á cierra ojos pusiera las manos encima de él. Preguntéle si habria dificultad en hacer una impresion de llaves, díjome que muy fácilmente, porque las tenia todas en una cadenilla con las de los almacenes de mercaderías y cofres de hierro, las cuales de ordinario le daba para sacar lo que pedia; empero que como era tan avariento y miserable, lo hacia de modo que no las perdia del ojo. Holguéme de saber que habia facilidad en lo mas dificultoso, y díjele: Pues lo primero que habemos de poner en tabla para nuestro negocio ha de ser eso, traerme los moldes en cera para que yo las vea y me prevenga de otras, mandándolas luego hacer. Tambien será necesario estar de acuerdo en lo que se ha de hurtar por lo presente, y sea de modo que no asombre siendo en demasía, ni tan poco que deje de sernos de provecho, y lo que de ello ha de haber cada uno de nosotros. En cuanto al hurto, nos resolvimos en que fuesen los tres mil escudos del gato, y en lo demás anduvimos á tanto mas tanto, como si fueran ovejas las que se vendian, hasta que dije: De aqueste dinero, si se hubiese de hurtar lisamente, á todo riesgo de horca y cuchillo, natural cosa

es que cual el peligro, tal habia de ser la ganancia, y cabíamos en un tercio por personas, siendo tres los compañeros. Mas pues habemos de jugar á lo seguro, y pasar el vado á pié enjuto sin que de ello por algun modo se me pueda poner culpa ni cargar pena, quedando cada uno con su buena reputacion de vida y fama, entero el crédito y sana la nuez, bien mereciera cualquier buen arquitecto su parte legítima por solo delinearlo, sin otro algun trabajo, y esa quiero llevar yo, conforme á lo cual me pertenece liso un tercio, libre y descargado de todo jarrete, y en los otros dos tercios del remanente habemos de entrar á la parte, cada uno igual del otro con la suya, quedando en ella todos tres parejos. En esto se dió y tomó, mas como mi voto eran dos con el de mi criado, y de lo que se trataba no era particion de legítima de padres, quedamos en ello de acuerdo. Trájoseme la cera, y en estando las llaves hechas, y dada la muestra de ellas por Aguilera, que ya corrian en el oficio para que al tiempo de la necesidad no nos hiciesen caer en falta, le dije una noche que por la mañana queria verme con su amo, que tuviese ojo alerta en lo que allí se hablase, para lo que adelante sucediese, y que nos viésemos cada noche. Dijo que sí haria, y con esto se fué. Otro dia por la mañana fuí á la tienda del mercader, y en presencia de Aguilera su criado, despues de habernos hablado de cumplimientos, y saludádonos, le dije: Señor mio, soy un caballero que vine á esta ciudad ha pocos dias; vengo á hacer cierto empleo para unas donas, porque trato en mi tierra de casarme, para lo cual traigo poco mas de tres mil escudos que tengo en mi posada; no conozco la gente ni el proceder que aquí tiene cada uno, el dinero es peligroso, y suele causar muchos daños, en especial no teniéndolo el hombre con la seguridad que desea; no sé quien es cada cual, estoy en una posada, entran y salen ciento, y aunque me dieron la llave de la pieza, ó puede haber dos, ó acontecerme alguna pesadumbre. Hanme informado de quién vuesa merced es, de su mucha verdad y buen término, y véngole á suplicar se sirva tenga por bien guardármelos por algunos dias, en cuanto hallo y compro lo que voy buscando, que cuando se ofrezca en que servir á vuesa merced, la que me hará en esto, soy caballero que la sabré reconocer. El mercader ya creyó que los tenia en el puño; y aun agora sospecho que no fueron sus pensamientos otros que los mios, el de quedarse con ellos, y yo de robárselos. Ofrecióme su persona y casa, que podia tenerlo todo á mi servicio: díjome que los mandase traer muy en hora buena, que allí los guardaria, y me los daria cada y cuando, segun y de la manera que se los pidiese. Despedímonos con esto, él dispuesto á guardarlos, y yo con palabra dada de que luego se le traerian, mas nunca mas allá volví hasta que fué tiempo. Cuando á casa volvimos yo y Sayavedra, él estaba como tonto, preguntándome que de dónde le habíamos de dar á guar-

dar aquel dinero y yo riéndome le dije : ¿Luego ya no se lo llevaste? Rióse de lo que le dije, y volvíle á decir, ¿de qué te ries? Yo sé que allí lo tiene ya, y muy bien guardado : dile á tu amigo Aguilera, que de hoy en ocho dias nos veamos, y se traiga consigo el borrador de su amo que le suele servir de libro de memorias. En este intermedio de tiempo que aguardábamos el nuestro, desnudándome Sayavedra una noche, despues de metido en la cama, y no con mucha gana de dormir, que aun me desvelaban viejos cuidados, díjele : Has de saber, Sayavedra, que habiendo adolecido el asno, hallándose muy enfermo, cercano á la muerte, á instancia de sus deudos é hijos, que como tenia tantos, y cada cual quisiera quedar mejorado, los legítimos y naturales andaban á las puñadas. Mas el honrado padre, deseando dejarlos en paz, y que cada uno reconociese su parte, acordó de hacer su testamento, repartiendo las mandas en la manera siguiente :

« Mando que mi lengua, despues de yo fallecido, se dé á mis hijos los aduladores y maldicientes; á los airados y coléricos la cola; los ojos á los lascivos, y el seso á los alquimistas y *judiciarios*, hombres de arbitrios y maquinadores. Mi corazon se dé á *los* avarientos; las orejas á revoltosos y cizañeros; el hocico á los epicúreos, comedores y bebedores; los huesos á los perezosos; los lomos á los soberbios, y el espinazo á los porfiados. Dense mis piés á los procuradores; á los jueces las manos, y el testuz á los escribanos. La carne se dé á pobres, y el pellejo se reparta entre mis hijos naturales. »

No queria que diciéndonos este que robásemos á su amo, nos viniese á robar á nosotros, y nos dejase tan desnudos que nos obligase á cubrir con el pellejo de nuestro testador. Y seria mucha su cordura si nos burlase. Dígolo, porque para la prosecucion de nuestro intento, y poder salir bien de él, es necesario que de aquellos doblones de á diez que allí tengo le diésemos unos pocos hasta diez que hagan ciento, y no son barro. No querria que tirándonos un tajo con ellos, y buen compas de piés, fuese retirándose poco á poco. A esto me respondió : Si todos quinientos y quinientos mil pusiésemos en su poder, no faltara un carlin de todos ellos en mil años, por ser costumbre nuestra guardarnos el rostro con fidelidad grandísima, y quede á mi cargo el riesgo, para que corra todo por mi cuenta.

CAPÍTULO VI.

Sale bien con el hurto Guzman de Alfarache, dale á Aguilera lo que le toca, y váse á Génova con su criado Sayavedra.

La esperanza, como efectivamente no dice posesion alguna, siempre trae los ánimos inquietos y atribulados con temor de alcanzar lo que se desea. Sola ella es el consuelo de los afligidos, y puerto donde se ferran; porque resulta de ella una sombra de seguridad, con que se favorecen los trabajos de tardanza. Y como con la segura y cierta se dilatan los corazones, teniendo firmeza en lo por venir, así no hay pena que mas atormente que si se ve perdida, y muy poquito menos cuando se tarda. ¡Cuántos y cuán varios pensamientos debieron de tener mis dos encomendados en este breve tiempo! que como ni les dí mas luz, y los dejé con la miel en la boca, debieron de vacilar, y dar con la imaginacion mas trazas que tiene un mapa; unos por una parte, y otros por otra. Cuáles andarian, y con qué cuidado, deseando los fines prometidos, que no se les debieron hacer poco dudosos. Ya cuando vieron amanecer el sol del dia de ellos tan deseado, y de mí no menos, y Aguilera me trajo el libro borrador que le pedí, busqué una hoja de atrás, donde hubiese memorias de ocho dias antes, y en un blanco que hallé bien acomodado, puse lo siguiente: Dejóme á guardar don Juan Osorio tres mil escudos de oro en oro, los diez de á diez y los mas de á dos, y de á cuatro. Mas, me dejó dos mil reales en reales. Luego pasé unas rayas por cima de lo escrito, y á la márgen escribí de otra letra diferente: llevólos, llevólos. Con esto cerramos nuestro libro, y díselo. Mas, le dí diez doblones de á diez, y díjele: Que abriendo el escritorio sacase ciento del gato, y metiese aquellos en su lugar. Díle mas, dos bervetes, uno en que decia: estos tres mil escudos en oro son de don Juan Osorio; y el otro: aquí están dos mil reales de don Juan Osorio, su dueño. Advertíle que si dentro del gato hubiese algun otro bervete le sacase, y dejase solo el mio. Y el de los dos mil reales le metiese dentro de un talego, en que me dijo haber otros diez y siete mil, poco mas ó menos, que no sabia lo justo, porque cada dia se iban echando dineros en él; y que advirtiese que aqueste de la plata estaba en un arcon de junto al escritorio, y tenia por señas el talego una grande mancha de tinta junto á la boca. Con esto se fué Aguilera, llevando órden que aquella noche sin falta lo dejase

puesto cada cosa en su lugar, segun se lo habia dicho. El siguiente dia, despues de comer, me fuí á la tienda del mercader muy disimulado, mi criado detrás, nuestro paso á paso. Cuando allá llegamos, y él me vió, se alegró mucho, creyendo que ya le llevaba lo que le vine á pedir. Conformidad teníamos ambos en engañar, mas eran muy diferentes de las mias las trazas que él debia de tener pensadas. Cuando nos hubimos ya saludado, le dije: Aqueste criado vendrá por la mañana con un talego, y un papel mio, mande vuesa merced que se le dé todo buen despacho. El hombre como debia de ir mas caballero en su malicia, que receloso de la mia, creyó que le decia que por la mañana le llevarian el dinero, y díjome: Todo se hará como vuesa merced lo manda. Salíme por la puerta á fuera, y á menos de á veinte pasos andados, dí la vuelta, y díjele: Despues que de aquí salí, se me ha ofrecido al pensamiento que importa llevar luego ese dinero para cierto efecto, mándemelo dar vuesa merced. El hombre se alteró, y dijo: ¿Qué dinero es el que vuesa merced manda que dé? Y díjele: Todo, señor, todo; porque todo lo he menester. Él entonces dijo: ¿Cuál todo tengo de dar? Volvíle á decir: El oro, y la plata. ¿Qué oro y plata? me respondió; y respondíle: La plata y oro que vuesa merced acá tiene mio. ¿Yo de vuesa merced oro ni plata? me dijo. Ni tengo plata ni oro, ni sé lo que se dice. ¿Cómo no sé lo que me digo? le respondí alborotado. Bueno es eso por mi vida. Mejor es esotro, dijo él, pedirme lo que no me dió ni tengo suyo. Mire vuesa merced lo que dice, le volví á decir, que para burlas bastan, y son estas muy pesadas para quien le falta gusto. Eso está bueno, me dijo, las de vuesa merced lo son; váyase vuesa merced en hora buena, suplícole. ¿Que me vaya dice? antes no deseo ya otra cosa: mándeme dar vuesa merced aquese dinero. ¿Qué dinero tengo yo de vuesa merced que me pide para que se lo dé? Pídole, dije, los escudos y reales que le dejé á guardar el dia pasado. Vuesa merced, me respondió, nunca me dejó escudos ni reales, ni tal tengo suyo. Y díjele: Pues acaba vuesa merced en este momento de decirme delante de todos estos caballeros cuando le dije que vendria mañana mi criado por ellos, que se los daria, y agora que vuelvo yo, me los niega en un momento? Yo no niego á vuesa merced nada, me dijo, porque no tengo recibido algo que poder volver. Yo le traje á vuesa merced habrá ocho dias mi hacienda, le dije, y se la dí para que me la guardase, y la tiene recibida; mándemela luego dar, porque no es mi voluntad tenerla mas un momento en su poder. En mi poder no tengo un cuatrin de vuesa merced, váyase con Dios, no sea el diablo que nos engañe á todos. A mí fué á quien ya engañó en darle á vuesa merced mi hacienda; y con una cólera encendida que parecia echar fuego por todo el rostro, dije: ¿Qué quiere decir no darme mi dinero? Aquí me lo ha de dar luego de contado, sin faltar un cuatrin, ó mire cómo ha de ser. Mostróse

tan turbado y temeroso, viéndome tan colérico y resuelto, que no supo qué responder, y como sonriéndose, haciendo burla de mis palabras, decia que me fuese con Dios, ó con la maldicion, que ni me conocia, ni sabia quién era, ni cómo me llamaba, ni qué le pedia. ¿Agora no me conoce, ni sabe quién soy, para levantarse con mi hacienda? pues aun tiene justicia Milan, que me hará pagar en breve tres piés á la francesa. El hombre mas negaba, diciendo andar yo errado, que podria ser haberlo dado á guardar en otra parte, porque ni tenia dinero mio, ni me lo debia, no obstante ser verdad que yo le dije que se lo quise dar á guardar; empero que no habia vuelto con él, que me fuese á quejar á la justicia en hora buena, y si algo me debiese, que llano estaba para pagármelo. Con esta resolucion largué los pliegues á la boca, lanzando por ella espuma, y á grandes gritos, dije: ¡Oh, traidor, falso! justicia del cielo y de la tierra venga sobre tí, mal hombre! ¿así me quieres quitar mi hacienda delante de los ojos, dejándome perdido? la vida me has de dar ó mi dinero. Vengan aquí luego mis tres mil escudos, digo: no ha de aprovecharos el negarlos, que os los tengo de sacar del alma, ó me los habeis de poner en tabla, en oro y plata como de mí los recibistes. Alborotóse la casa, y los que allí habian estado presentes al caso desde el principio. Juntóse con ellos parte de los que pasaban por la calle, y de otros vecinos tanto número de gente, llamándose con el alboroto los unos á los otros, que ya nos ahogaban y no nos entendíamos. Andábanse preguntando todos, ¿qué voces eran, ó sobre qué reñíamos? Aquí y allí lo contaban ciento, y cada uno de su manera, y nosotros allá dentro, de modo que nos hundíamos con la reyerta. En esto llegó un bargello, que es como alguacil en Castilla, pero no trae vara, y haciendo lugar por medio de la gente, llegó donde estábamos, que ya nos ardíamos. Yo cuando vi justicia presente (aunque no sabia quién fuese, aunque sí ser justicia) vi mi pleito hecho, y dije luego: Señores, ya vuesas mercedes han visto lo que aquí ha pasado, y de la manera que aqueste mal hombre me niega mi hacienda; su mismo criado diga la verdad, y si lo negare, dígalo su mismo libro, donde se hallará escrito lo que de mí recibió, y en qué partidas, de la manera que se las entregué para que se nos conozca bien quién es cada uno, y cual dice verdad. ¿Yo habia de pedir lo que no le dí? Dentro de un gato suyo metió en aquel escritorio tres mil escudos de á dos, y de á cuatro, y por señas mas verdaderas y ciertas, hay entre medias diez escudos de á diez que todos hacen los tres mil al justo. Y en un talego que puso á guardar dentro de aquel arca, en que me dijo que habria entonces hasta diez y siete mil reales, pocos mas ó menos con los mios, metió los dos mil que le dí. Si no fuere como lo digo, que se quede con ellos, y me quiten la cabeza como á traidor; con tal que luego se averigüe todo en presencia de vuesas mercedes antes que venga

lugar de poderlo trasponer en otra parte. Y señalando al bargello, dije: Véale vuesa merced, véalo, y vea quién trata falsedad y engaño. El mercader dijo entonces: Yo lo consiento, tráiganse mis libros, véanse todos, y cuanto dinero tengo en toda mi casa; si tal así pareciere, yo quiero confesar que dice verdad, y ser el que miento. Los que presentes habia, dijeron: Acabado es el pleito, justificados están, la verdad se verá bien clara y presto en lo que ambos dicen. El mercader mandó á su cajero sacase su libro mayor, y cuando le trajo, dije: ¡Oh traidor! no está en ese libro, sino en el manual. Pidió el manual de la caja, y cuando le vi, volví á decir: No, no, no son aquí menester tantos enredos engañándonos con libros, que no digo esos, no hay para que roncear, en el que se asentaron las partidas no es tan grande, un libro es angosto y largo. Entonces dijo Aguilera: En el de memorias debe de querer decir, segun da señas de él, que no hay otro en esta casa de aquella manera, y sacándole allí, dijo: ¿Es por ventura este? Este sí, este sí, él es, véase lo que digo, no hay para qué esconderlo ni encubrirlo, aquí se hallará la verdad. Anduvieron hojeando un poco, y cuando reconocí las partidas y letra, dije: Vuesas mercedes vean lo que aquí dice, lean estas partidas, que me tiene testadas y adicionadas á la márgen; pues no le ha de valer tampoco por ahí, que mi dinero me tiene de dar. Vieron todos las partidas, y ser como yo lo decia; y el mercader estaba tan loco que no sabia qué decir, mas que jurar mil juramentos, que tal no sabia, cómo, ni quién lo habia escrito. Yo les dije, yo mismo lo escribí, mi letra es; pero la del márgen es diferente, y falsamente puesta y testadas, que no me han vuelto nada, y en aquel escritorio si no lo ha sacado, allí están mis escudos. Hacia unos extremos como un loco furioso; de manera que creyeron ser sin duda verdad cuanto decia; y procurándome sosegar, decian que me apaciguase, que no importaba estar testadas las partidas, ni escrito á la márgen habérmelos vuelto, si en lo demás era segun lo decia. Díjeles luego: ¿Qué mayor verdad mia, ó qué mayor indicio de su malicia puede haber que decir poco há que no le habia dado blanca, y hallarlo aquí escrito aunque testado? ¿Si lo recibió, porqué lo niega? ¿Y si no lo recibió, cómo está escrito aquí? Abrase aquel escritorio, que dentro estarán mis doblones, y los diez de á diez entre medias de ellos. Porfiaba el mercader, y deshacíase diciendo con varios juramentos y obsecraciones, que todo era maldad, y que se lo levantaba; porque doblones de á diez, ni uno siquiera habia en toda su casa. Tanto porfiaron, y el bargello tanto instó en que diese las llaves del escritorio, porque las resistia, no queriéndolas dar, que le juró si no se las diese que se le sacaria de casa, hasta dar noticia de todo al capitan de justicia (que allí es como en Castilla un corregidor) para que depositados se supiese la verdad. Finalmente las dió, y en abriéndole dije: Allí en aquella

gaveta los metió en un gato pardo rodado : abrieron la gaveta, y sacaron el gato, y queriendo contar el dinero para ver si estaba justo, salió el bervete y dije : Lean ese papel, que ahí dirá lo que hay dentro, y cuyo es. Leyéronle, y decia ser de don Juan Osorio. Contáronlo, y hallaron justos los tres mil escudos, con los diez de á diez que yo decia. Ya en este punto quedó el mercader absolutamente rematado, sin saber qué decir ni alegar, pareciéndole obra del demonio, porque hombre humano era imposible haberlo hecho; demás, que si yo tuve mano para ponérselos allí, con mayor facilidad se los pudiera sin esto haber llevado. Estaba sin juicio, y daba gritos que todo era mentira; que se lo levantaban, que aquel dinero era suyo y no ajeno, que si el diablo no puso allí aquellos doblones, que no los puso él, que me prendiesen porque tenia familliar. Yo decia : Prendanme muy en hora buena, con tal que me deis mi dinero. Dábale terribles voces, diciéndole : ¡Ah engañador! ¿aun teneis lengua con que hablar, viéndose la maldad tan evidente? Abran aquel arcon, que allí está la plata, y dentro la puso. No hay tal, decia él, que la plata que allí hay toda es mia, y lo son los tres mil escudos. ¿Cómo son vuestros, le dije, si acabais de confesar que no teníades doblones de á diez? Que Dios ha permitido que se os olvidase haberlos recibido para que yo no perdiese mi hacienda. El que ha de negar lo ajeno, ha de mirar lo que dice. Cuando aquí llegué me dijistes delante de aquestos caballeros que mañana me daríais mi hacienda, y luego que os la volví á pedir, delante de ellos mismos me la negásteis. Abrase aquel arca, sáquese todo, sépase quién es cada uno, y como vive. Abrieron el arca, y cuando vi el talego, aunque habia otros con él de mas y menos dineros, alargando el brazo, le señalé con el dedo. Ese de la mancha negra es : en resolucion se halló verdad cuanto les habia dicho : y mas quedaron certificados, cuando trastornando aquel talego para contar los dineros, hallaron el otro bervete que decia estar allí mios dos mil reales. Yo gritaba : Mal hombre, mal tratante, enemigo de Dios, falto de verdad y de conciencia; ¿y cómo si teníais mis dineros de la manera que todo el mundo ha visto y sabe, me borrábais lo escrito? ¿Cómo decíais que nada os habia dado? ¿Cómo que no me conocíais, ni sabíais quién era ni cómo me llamaba? ¿Ya, qué teneis que alegar? ¿Teneis mas falsedades y mentiras que decir? ¿Veis como Dios nuestro Señor ha permitido que os hayais tanto cegado, que ambos bervetes no tuvistes entendimiento para quitarlos, ni esconder la moneda? ¿Veis cómo ha vuelto su divina Majestad por mi mucha inocencia y sencillez con que os dí á guardar mi hacienda creyendo que siempre me la daríais, y que quien me aconsejó que os la diese, debió de ser otro tal como vos, y echadizo vuestro, para quedaros con ella? Cuantos estaban presentes quedaron con esto que vieron y oyeron tan admirados, cuanto enfadados de ver semejante

bellaquería, satisfechos de que yo tenia razon y justicia. Eran en mi favor la voz comun, las evidencias y experiencias vistas, y su mala fama sobre todo; y decian todos: Mirad si habia de hacer de las suyas, no es nuevo en el bellaco logrero robar haciendas ajenas; ¿no veis cómo á ese pobre caballero se le queria levantar con lo que le dió en confianza? Que si no fuera por su buena diligencia, para siempre se le quedara con ello. El mercader que á sus oidos oia estas y otras peores palabras, no tenia tantas bocas ó lenguas para poder satisfacer con ellas á tantos, ni era posible abonarse. Quedó tal, que ni sabia si soñaba, ó si estaba despierto. Paréceme agora que se pellizcaria las manos y los brazos para recordar, ó que le pasaria por la imaginacion, si habia perdido las dos potencias, entendimiento y memoria, y le quedaba la sola voluntad, segun lo que habia pasado. Él, como dije, tenia mal nombre, que para mi negocio estaba probado la mitad; y aquesto tienen siempre contra sí los que mal viven, pocos indicios bastan, y la hacen plena. Con esto, y con lo que juraron los que allí estaban de los primeros, que pidiéndole yo mi dinero, dijo que otro dia me lo daria, ó á mi criado, y como luego que volví por él, me lo nego. Su criado juró, como llegué á su tienda y en su presencia le rogué que me guardase tres mil escudos, pero que no sabia si se los dí, que á lo escrito se remitia, porque muchas veces faltaba de la tienda, y no sabia mas de lo dicho. Mi criado juró su verdad que por su mano los habia contado y entregado al mercader en presencia de otros hombres, que no sabia quién eran, porque como forastero no los conoció. Y con la evidencia cierta de todo cuanto dije, y ver testadas las partidas, estar la moneda señalada, tener cada talego su bervete de cuyo era, confirmó los ánimos en mi favor, volviéndose contra él, sin dejarle dar disculpa, ni querérsela oir, ni él tenia espíritu para hablar; porque con su mucha edad, y ver una cosa tan espantosa, que no acababa de sospechar qué fuese, le quedó tan robado el color como si estuviera difunto, quedando desmayado por mucho espacio. Ya creyeron ser fallecido, mas volvió en sí como embelesado, y tal, que ya me daba lástima; empero consolábame, que si se finara, me hiciera menos falta que su dinero. No hubo persona de cuantos allí se hallaron, que no dijese que se me diesen mis dineros. Yo como sabia que no bastaba decirlo el vulgo para dármelos, que solo el juez era parte para podérmelos adjudicar, prevíneme de cautela para lo de adelante, y cuando todos á voces decian, suyo es el dinero, dénsele, dénsele, respondia yo: No le quiero, no le quiero, depositese, depositese. Con esta mayor justificacion, el bargello que allí se halló presente, sacó el dinero de mal poder, y lo puso depositado en un vecino abonado; de donde, con poco pleito, en breves dias me lo entregaron por sentencia, quedándose mi mercader sin ellos y condenado en costas, además de la infamia general que le quedó

del caso. Despues que vi tanto dinero en estas pobres y pecadoras manos, me acordé muchas veces del hurto que Sayavedra me hizo, que aunque no fué tan poco que para mí no me hubiera hecho grande falta, si aquello no me sucediera, tampoco le conociera, ni con este hurto arribara; y así consolábame, diciendo: *Si me quebré la pierna, quizá por mejor; del mal el menos,* á todos nos vino bien; pues yo de allí adelante quedé con crédito y hacienda, mas de la que me pudieron quitar; Sayavedra quedó remediado, y Aguilera remendado. Llevé á mi casa mis dineros con todo el regocijo que podeis pensar, guardélos y arropélos, porque no se arromadizasen; y con ser esto así, aun mi criado no lo acababa de creer, ni aun tocándole con las manos. Parecíale todo sueño, y no posible haber salido con ello: santiguábase con ambas manos de mí, porque aunque cuando en Roma me conoció, supo mi vida y tratos, teniéndome por de sutil ingenio, no se le alcanzó que pudiera ser tanto, y que las mataba en el aire, creyendo poder ser muchos años mi maestro, y aun tenerme seis por su aprendiz. Entonces le dije: Amigo Sayavedra, esta es la verdadera ciencia, hurtar sin peligrar, y bien medrar; que la que por el camino me habeis predicado, ha sido Alcoran de Mahoma; hurtar una saya y recibir cien azotes, quien quiera se lo sabe; *Mas es la data que el cargo*: donde yo anduviere, bien podrán los de vuestro tamaño bajar el estendarte. De allí á dos dias vino Aguilera por su parte una noche, aunque si no fuera por Sayavedra, yo hiciera con boda y bodigos el alto de Velez; mas porque no me tuviese sobre ojos en mala reputacion, y quedase con algun mal concepto de mí, diciendo que quien mal trato usa con otro, tambien lo usaria con él; no quise por lo menos aventurar lo mas. Díjonos que su amo estaba muriéndose del enojo, loco de imaginar cómo pudo ser aquello, y aun le pasó por la imaginacion, no ser otra cosa que obra del demonio. Descontéle cien escudos de los que habia recibido ya de su mano, por los diez doblones, y díle lo que al justo le cupo, conforme al concierto. Despues acometí á darle á Sayavedra su parte, con la de la ganancia de los quinientos escudos; y dijo que allí lo tenia cierto para cuando lo hubiese menester; que pues él no tenia donde, lo guardase yo hasta mejor comodidad. Estuvimos en Milan otros diez ó doce dias, aunque siempre como asombrados y temerosos, por lo cual fuimos de acuerdo salir para Génova, no dando nunca cuenta de nuestro viaje á persona de las del mundo, ni alguna supo de nuestra boca dónde íbamos, por lo que pudiera suceder. Antes dábamos el nombre para otra parte muy diferente, fabricando negocio á que decíamos importarnos mucho acudir. Ibame yo paseando por una de las calles de Milan, adonde habia tantas y tan varias cosas de mercaderías, que me tenian suspenso; y acaso vi en una tienda una cadena que vendian á un soldado, á mis ojos, la cosa mas bella que jamás vieron. Dióme tanta codicia,

que ya por comprarla, si acaso no se concertasen, ó para mandar hacer otra semejante, me llegué á ellos, y estuvéla mirando, sin dar á entender mi deseo; y codiciéla tanto, que luego en aquel espacio breve, teniéndola por fina, se me ofreció traza como llevármela de camino y sin pesadumbre. Atento estuve al concierto, y tan vil era el precio de que se trataba, que creí ser de sola su hechura; mas como no se concertasen, comencé luego mi enredo, preguntando lo que valia y lo que pesaba. El mercader se rió de oirme, y dijo: Señor, esto no se vende á peso, sino así como está, un tanto por toda. En sola esta palabra conocí ser falsa, y pareciéndome mucha bajeza, por cosa tan poca, gastar almacen y traza, que pudiera despues acomodarse mejor en ocasion grave y de importancia, además que no se debe arriscar por poco mucho, y si por ventura yo allí segundaba, diera indicios de haber sido embeleco el pasado; concertéme con él, y paguésela con tanto gusto, como si fuera pieza de valor, y no la estimaba en menos, por lo que con ella interesaba, que se me representó serme de importancia para lo de adelante; y luego acordé hacer otra de oro fino, de la misma hechura y traza. Fuíme á un platero, hízola tal y tan semejante, que puestas ambas en una mano, era imposible juzgarlas, excepto en el sonido y peso, porque la falsa era mas ligera un poco, y de sonido campanil, que el oro le tiene sordo y aplomado. Túvome de toda costa seiscientos y treinta escudos poco mas ó menos, y holgara mas de que fueran mil, porque tanto mas me habia de valer la otra. Compré juntamente dos cofrecitos pequeños en que cupiesen al justo, uno para cada una en que llevarlas. Y porque aun todavía todas las coyunturas de mi cuerpo me dolian, pareciéndome tener desencasadas las costillas de la noche buena que me dió el señor mi tio, que la tenia escrita en el alma, y aun la tinta no estaba enjuta, viéndome de camino para Génova, díle á Sayavedra parte de mi pensamiento, no contándole lo pasado, mas de que cuando por allí pasé siendo niño, me hicieron cierta burla, porque no me vieron en el punto que quisieran para honrarse conmigo. Y en el alma me pesó de haberle dicho aun esto, porque no me hallara en mentira de lo que le habia dicho antes, mas no reparó en ello. Díjele juntamente con esto: Si tú, Sayavedra, como te precias fueras, ya hubieras antes llegado á Génova y vengado mi agravio; mas forzoso me será hacerlo yo, supliendo tu descuido y faltas. Y porque tambien será bien cancelar aquella obligacion y pagar deudas, porque la buena obra que me hicieron quede con su galardon bien satisfecha, además que para desmentir espías, conviene hacer lo que tu hermano y tú hicistes, mudar de vestidos y nombres. Paréceme muy bien, dijo Sayavedra, y digo: que quiero heredar el tuyo verdadero, con que poderte imitar y servir; desde hoy me llamo Guzman de Alfarache. Yo pues, dije, me quiero envestir el propio mio que de mis padres

heredé, y hasta hoy no lo he gozado, porque un don ha de ser del Espíritu Santo para ser admitido y bien recibido de los otros, ó ha de venir de línea recta, que los dones que ya ruedan por Italia, todos son infamia y desvergüenza, que no hay hijo de remendon español que no le traiga; y si corre allá como acá, con razon se les pregunta: ¿Quién guarda los puercos? Yo me llamo don Juan Guzman, y con eso me contento. Entonces dijo Sayavedra con grande alegría, don Juan de Guzman, vitor, vitor, vitor á quien tan buena pantorrilla le hace; tá, que ese sea su nombre. Mal haya el traidor que le manchare, quien te le quitare, hijo, la mi maldicion le alcance. Hice sacar lo necesario para un manteo y sotana de rico gorgueran, con lo que salimos camino de Génova.

CAPÍTULO VII.

Llega Guzman de Alfarache á Génova, donde conocido de sus deudos le regalaron mucho.

Largo tiempo conservará la vasija el olor ó sabor con que una vez fuere lleno: si el curso del mio, las ocasiones y casos, amor y temor no abrieren los ojos al entendimiento, si con esto no recordare del sueño de los vicios, no me puedo persuadir, que puedan fuerzas humanas; y aunque con estratagemas, trazas y medios pudiera ser alcanzarla, no á lo menos con tanta facilidad, que no sea necesario largo discurso con que haga su eleccion el hombre, distinguiendo lo útil de lo dañoso, lo justo de lo injusto, y lo malo de lo bueno. Y ya cuando á este punto llega, anda el negocio de condicion que quien se quisiere ayudar á salir del cenagal, nunca le faltarán buenas inspiraciones del cielo, que favoreciendo los actos de virtud, los esfuerza: con que (conocido el error pasado) enmienden lo presente, y lleguen á la perfeccion en lo venidero. Mas los brutos, que, como el torro, cierran los ojos y bajan la cabeza para dar el golpe siguiendo su voluntad, pocas veces, tarde ó nunca vendrán en conocimiento de su desventura; porque como ciegos no quieran ver, sordos de lo que no quieren oir, ni que alguno les inquiete su paso, huelgan irse paseando por la senda de su antojo, pareciéndoles larga, que no tiene fin, ó que la vida no tiene de acabarse: cuya bienaventuranza consiste solo en aquella idolatría. Son gente de ancha vida, de ancha conciencia, quieren anchuras y nada estrecho. Saben bien que hacen mal, y hacen mal por no hacer bien. Dánse para lo que quieren por

desentendidos, y no ignoran que se les va gastando la cuerda, estrechándose la salida, y que al cabo hay eternos despeñaderos: mas como vemos á Dios las manos enclavadas y dolorosas, paréçenos que se lastimará mucho cuando quiera lastimarnos. Dicen los tontos entre sí: nada nos duele, salud tenemos, dinero no falta, la casa está proveida, durmamos ahora, holguémonos lo poco que no cabe, tiempo hay, no es necesario caminar tan aprisa quitándonos la vida que Dios nos da. Dilátanla una hora, y pasa un dia; pásase otro dia: vase la semana, el mes corre, vuela el año, y no llega este cuando, que aun si llegase, bien seria, no llegaria tarde; aquesta es la deuda de quien se dijo que se cobra en tres pagas, empero págase la pena cuando se nos hace cierta, cruel y presto. ¡Quién considera un logrero, que olvidado de Dios, no piensa que lo hay, sino en aquella vil ganancia! ¿Quién ve un deshonesto, que con aquel torpe apetito adora lo que mas presto aborrece? y allí busca su gloria, donde conoce su tormento. Un cruel gloton, un soberbio hijo de Lucifer, mas que Diocleciano acostumbrado á martirizar inocentes, agraviando justos, y persiguiendo á los virtuosos. Un murmurador sin provecho, que pensando hacer en sí, deshace á los otros, y escarba la gallina siempre por su mal. Son los murmuradores como los ladrones y fulleros. El hombre honrado, rico y de buena vida no hurta, porque vive contento con la merced que Dios le ha hecho. Con su hacienda pasa, de ella come y se sustenta; suelen decir los tales: Yo, señor, tengo lo necesario para mí, y aun puedo dar á otros; hacen honra de esto, diciendo sobrarles que poder dar. El fullero ladron hurta, porque con aquello pasa; como no lo tiene, trata de quitar á otros donde quiera que lo halla. De esta manera el noble tiene para sí la honra que ha menester, y aun para poder honrar á otros, y el murmurador se sustenta de la honra de su conocido, quitándole y desquitándole de ella cuanto puede, porque le parece que si no lo hurta de otros, no tiene de donde haberlo para sí. ¡Gran lástima es que crie la mar peces lenguados, y produzca la tierra hombres deslenguados! Pues un hipócrita de los que dicen que tienen ya dada carta de pago al mundo, y son como los que juegan á la pelota, dan con ella en el suelo de bote, para que se les vuelva luego á la mano, y dándoles de voleo, alarguen mas la chaza ó ganen quince. Desventurados de ellos, que haciendo largas oraciones con la boca, con ella se comen las haciendas de los pobres, de las viudas y huérfanos, por lo cual será Dios con ellos en largo juicio. Suele ser el hipócrita como una escopeta cuando está cargada, que no se sabe lo que tiene dentro, y en llegándole muy poquito fuego, una sola centella despide una bala que derriba un gigante; así con pequeña ocasion descubre lo que tiene oculto dentro del alma. Detestad siempre de unos hombres como unos perales, enjutos, magros, altos y desvalidos, que se les cae la cabeza

para fingirse santos, andan encogidos, metidos en un ferreruelo raido, como si anduviesen amortajados en él. Son idiotas de tres altos, y quieren con artificio hacernos creer que saben; hurtan cuatro sentencias, de que hacen plato vendiéndolas por suyas, fingen modelar su justicia por la de Trajano, su santidad por san Pablo, su prudencia por Salomon, su sencillez por san Francisco, y debajo de esta capa suele vivir un mal vividor. Traen la cara macilenta y las obras afeitadas, el vestido estrecho y ancha la conciencia, un *en mi verdad* en la boca, y el corazon lleno de mentiras, una caridad pública, y una insaciable avaricia secreta, manifiéstanse ayunos así de manjares como de bienes temporales; con una sed tan intensa que se sorberán la mar, y no quedarán hartos; todo dicen serles demasiado, y con todo no se contentan, son como los dátiles, lo dulce afuera, la miel en las palabras, y lo duro adentro en el alma. Grandísima lástima se les debe tener por lo mucho que padecen y lo poco de que gozan, condenándose últimamente por sola una caduca vanidad en ser acá estimados. De manera, que ni visten á gusto, ni comen con él, andan miserables, afligidos, marchitos, sin poder nunca decir que tuvieron una hora de contento, aun hasta las conciencias inquietas, y los cuerpos con sobresalto; que si lo que de esta manera padecen, como lo hacen por solo el mundo y su exterior, para solo parecer, lo hicieran por Dios, para mas merecer, y por despues no padecer, sin duda que vivirian aun con aquello alegres en esta vida, y alegres irian á gozar de la eterna. Digamos algo de un testigo falso, cuya pena deja amancillado el pueblo, y á todos es agradable, gustando de su castigo por la gravedad de su delito. ¡Que por seis maravedís haya quien jure seis mil falsedades, y quite seiscientas mil honras ó interés de hacienda, que no son despues poderosos á restituir! ¡Y que de la manera que los trabajadores y jornaleros acuden á las plazas diputadas para ser desde allí conducidos al trabajo, así acuden ellos á los consistorios y plazas de negocios, á los mismos oficios de los escribanos á saber lo que se trata, y se ofrecen á quien los ha menester! No seria esto lo peor, si no los conservasen allí los ministros mismos para valerse de ellos en las ocasiones, y para las causas que los han menester, y quieren probar de oficio. No es burla, no encarecimiento, ni miento, testigos falsos halla quien los quisiere comprar, en conserva están en las boticas de los escribanos. Váyanlos á buscar en el oficio de N., ya lo quise decir, mas todos lo conocen. Allí los hay como pasteles, conforme los buscaren, de á cuatro, de á ocho, de á medio real, y de á real; empero si el caso es grave, tan bien los hay hechizos, como para banquetes y bodas, de á dos y de á cuatro reales, que depondrán á prueba de mosquete, de ochenta años de conocimiento. Como lo hizo en cierta probanza de un señor un vasallo suyo, labrador, de corto

entendimiento, el cual, encargado que dijese tener ochenta años, no entendió bien, y juró tener ochocientos. Y aunque admirado el escribano de semejante disparate, le advirtió que mirase lo que decia, le respondió: Mirá vos como escribís, y dejad á cada uno tener los años que quisiere, sin espulgarme la vida. Despues, haciéndose relacion de este testigo, cuando llegaron á la edad, parecióles error del escribano, y quisiéronle por ello castigar, mas él se disculpó, diciendo que cumplió con su oficio en escribir lo que dijo el testigo, que aunque le advirtió de ello, se volvió á ratificar, diciendo tener aquella edad, que así lo pusiese. Hicieron los jueces parecer el testigo personalmente, y preguntándole que porqué habia jurado ser de ochocientos años, respondió: Porque así conviene al servicio de Dios y del conde mi señor. Testigos falsos hay, las plazas están llenas, por dinero se compran, y el que los quisiere de balde, busque parientes encontrados, que por sustentar la pasion dirán contra toda su generacion, y de estos nos libre Dios, que son los que mas nos dañan. Dejémoslos, y vengamos á los de mi oficio, y á la cofradía mas antigua y larga, porque no quiero que digas que tuve para los otros pluma, y me quise quedar en el tintero, pasándome por mi puerta, que á fe que tengo de dar buenas aldabadas en ella, y no quedarme descansando á la sombra, ni holgando en la taberna. ¿Un ladron, qué no hará por hurtar? Digo ladron á los pobres pecadores como yo, que con los ladrones de bien, con los que arrastran gualdrapas de terciopelo, con los que revisten sus paredes con brocados y cubren el suelo con oro y seda turquí, con los que nos ahorcan á nosotros no hablo, que somos inferiores de ellos, y como los peces, que los grandes comen á los pequeños. Viven sustentados en su reputacion, acreditados con su poder, y favorecidos con su adulacion; cuyas fuerzas rompen las horcas, y para quien el esparto no nació, ni galeras fueron fabricadas, excepto el mando en ellas, de quien podria ser que nos acordásemos algo en su lugar si allá llegáremos, que allá llegaremos con el favor de Dios. Vamos ahora llevando por delante los que importa, que no se queden los tales como yo y mi criado. No se ha de dar puntada en los que roban la justicia, pues no los hay ni de alguno se sabe, mas si por ventura alguno lo ha hecho, ya se lo dijimos en la primera parte. No del regidor, de quien tambien hablamos, que no es de importancia ni de sustancia su negocio, pues fuera de sus estancos y regatonerías, todo es niñería. Dirán algunos: Tal eres tú como ellos, pues quieres encubrir sus mentiras, engaños y falsedades, que si se preguntase qué hacienda tiene mi-cer N., dirian: Señor, es un honrado regidor. ¿No mas de regidor? ¿Pues cómo come y se sustenta con solo el oficio, que no tiene renta, sustentando tanta casa, criados y caballos? Bueno es eso, bien parece que no lo entendeis; verdad es que no tiene

renta, pero tiene renteros, y ninguno lo puede ser sin su licencia, pagándole un tanto por ello, lo cual se le ha de bajar de la renta que pone, rematándosela por mucho menos. ¿Porqué no dices lo que sabes de esto? ¿Y que si alguno se atreve á hablar ó pujar contra su voluntad, lo hacen callar á coces, y no lo dejarán vivir en el mundo, porque como poderosos, luego les buscan la paja en el oido, y á diestro y á siniestro dan con ellos en el suelo? ¿Y que son como las ventosas, que donde sienten que hay en que asir, se hacen fuertes, y chupan hasta sacar la sustancia, sin que haya quien de allí las quite hasta que ya están llenas? ¿Di, cómo nadie lo castiga? porque á los que tratan de ellos, les acontece lo que á las ollas que se ponen llenas de agua encima del fuego, que apenas se calientan, cuando rebosa el agua por encima, y mata la lumbre; ¿haslo entendido bien? O porque tienen ángel de guarda que los libra en todos los trabajos del percuciente. Di tambien, pues no lo dijiste, que si á los tales despues de ahorcados les hiciesen las causas, dirian contra ellos aquellos mismos que andan á su lado, y ahora con el miedo comen y callan. Di sin rebozo que por comer ellos de balde ó barato, carga sobre los pobres aquello, y se les vende lo peor y mas caro. Acaba ya, di en resolucion que son como tú y de mayor daño, que tú dañas una casa y ellos toda la república. ¡O qué gentil consejo que me das! Ese, amigo mio, tómalo para tí. ¿Quiéres por ventura sacar las brasas con la mano del gato? Dilo tú si lo sabes, que lo que yo supe ya lo dije, y no quiero que conmigo hagan lo que dices que con los otros hacen. Basta que contra la decencia de su calidad y mayoría me alargué mas de lo lícito, sin que de nuevo quieras obligarme á espulgarles las vidas no siendo de provecho. Si acá en Italia corre de aquesa manera, gracias á Dios que me voy á España, donde no se trata de semejante latrocinio. Bien sé yo como se pudiera todo remediar con mucha facilidad, en aumento y de consentimiento de la república, en servicio de Dios y de sus príncipes, mas heme yo de andar tras ellos, dando memoriales, y cuando mas y mejor tenga entablado el negocio, llegue de través el señor don fulano, y diga ser disparate porque le tocan las generales, y dé con su poder por el suelo con mi pobreza? Mas me quiero ir al amor del agua con lo poco que me queda. Por decir verdades me tienen arrinconado, por dar consejos me llaman pícaro, y me los despiden, allá se lo hayan, caminemos con ello como lo hicieron los pasados, y rueguen á Dios los venideros que no se les empeore. Diré aquí solamente que hay, sin comparacion, mayor número de ladrones que de médicos. Y que no hay para que ninguno se haga santo, escandalizándose de oir mentar el nombre de ladron, haciéndole ascos y deshonrándolos, hasta que se pregunte á sí mismo, por aquí ó por allí, qué ha hurtado en esta vida, y para esto sepa que hurtar no es mas que tener la cosa

ajena contra la voluntad de su dueño. No se me da mas que no lo sepa, como que lo dé con su mano, si es por mas no poder, ó por allí redimir la vejacion. Comencélo desde la niñez, aunque no siempre lo usé, fuí como el árbol cortado por el pié, que siempre deja raices vivas, de donde á cabo de largos años acontece salir una nueva planta con el mismo fruto. Ya presto vereis como me vuelvo á hacer mis buñuelos. El tiempo que dejé de hurtar estuve violentado, fuera de mi centro; con el buen trato, ahora doy al malo la vuelta. Cuando muchacho estaba curtido y cursado en alzar con facilidad y buena maña cualquiera cosa mal puesta; despues ya hombre, á los principios me parecia estar gotoso de los piés y manos, torpe y mal diestro, mas en breve volví en mis carnes. Continuélo de manera, preciábame de ello tanto, como de sus armas el buen soldado, y el ginete de su caballo y jaeces. Cuando habia dudas yo las resolvia; si se buscaban trazas yo las daba; en los casos graves yo presidia. Oíanse mis consejos como respuesta de un oráculo, sin haber quien á mis perceptos contradijese, ni á mis órdenes replicase. Andaban tras de mí mas practicantes que suelen acudir al hospital de Zaragoza ni en Guadalupe. Usábalo á tiempo y con intermitencias, como fiebres, porque cuando todo me faltaba, esto me habia de sobrar, en la bolsa me lo hallaba como lo tuviera colgado del cuello en la cadenita del embajador mi señor, que aun la escapé de peligro mucho tiempo. Era tan propio en mí como el risible, y aun casi quisiera decir era indeleble como carácter, segun estaba impreso en el alma. Pero cuando no lo ejercitaba, no por eso faltaba la buena voluntad que tuve siempre pronta. Salimos de Milan yo y Sayavedra, bien abrigados y mejor acomodados de lo necesario, que cualquiera me juzgara por hombre rico y de buenas prendas. Mas cuantos hay que podrian decir, *comed, mangas, que á vosotras es la fiesta*: tal juzgan á cada uno, como le ven tratado. Si fueres un Ciceron mal vestido, serás mal Ciceron, menospreciaránte, y aun juzgaránte loco, que no hay otra cordura ni otra ciencia en el mundo, sino mucho tener y mas tener; lo que aquesto no fuere, no corre. No te darán silla ni lado cuando te vieren desplumado, aunque te vean revestido de virtudes y ciencia, ni se hace ya caso de los tales. Empero si bien representares, aunque seas un muladar, como estés cubierto de yerba, se vendrán á recrear en tí. No lo sintió así Catulo, cuando viendo á Nonio en un carro triunfal, dijo: ¿A qué muladar llevais ese carro de basura? Dando á entender que no están bien las dignidades á los viciosos; pero ya no hay Catulos, aunque son muchos los Nonios. Cuando fueres alquimia, eso que reluciere de tí, eso será venerado. Ya no se juzgan almas, ni mas de aquello que ven los ojos. Ninguno se pone á considerar lo que sabes, sino lo que tienes; no tu virtud, sino la de tu bolsa, y de tu bolsa, no lo

que tiene, sino lo que gastas. Yo iba bien apercibido, bien vestido, y la enjundia de cuatro dedos en alto. Cuando á Génova llegué, no sabian en la posada qué fiesta hacerme, ni con qué regalarme. Acordéme de mi entrada, la primera que hice, y cuán diferente fuí recibido, y cómo de allí salí entonces con la cruz á cuestas, y ahora me reciben las capas por el suelo. Apeámonos, diéronme de comer, estuve aquel dia reposando, y al otro por la mañana me vestí á lo romano, de manteo y sotana, con que salí á pasear el pueblo. Mirábanme todos como á forastero, y no de mal talle: preguntábanle á mi criado que ¿quién era? Respondia: Don Juan de Guzman, un caballero sevillano; y cuando yo los oia hablar, estirábame mas de pescuezo, y cupiéranme diez libras mas de pan en el vientre segun se me aventaba. Decíales que venia de Roma; preguntábanle si era muy rico, porque me veian llegar allí muy diferente que otros. Porque los que van á la corte romana y á otras de otros príncipes, acostumbran ser como los que van á la guerra, que todo les parece llevarlo negociado y hecho, con lo cual suelen alargarse á gastar por los caminos y en la corte misma, hasta que la corte les deja de tal corte que todo su vestido lo parece de calzas viejas. Despues vuelven cansados, disgustados y necesitados, casi pidiendo limosna. Pasan gallardos, y como los atunes gordos, muchos y llenos; mas despues que desovan, vuelven pocos, flacos y de poco provecho. Preguntábanle tambien si habia de residir allí algunos dias, ó si venia de paso: á todo respondia que era hijo de una señora viuda, rica, mujer que habia sido de cierto Genovés, y que habia venido allí á esperar unas letras y despachos, para volverse otra vez á Roma, y en el ínterin gustaba de ver á Génova, porque no sabia cuando seria su vuelta ó por donde, ni si tendria tiempo de poderla volver á ver. Era la posada de las mejores de la ciudad, y adonde acudian de ordinario gente principal y noble; allí estuvimos holgando y gastando, sin besar ni tocar en cosa de provecho; empero con estar parados ganábamos mucha tierra: no está siempre dando el reloj, que su hora hace, y poco á poco aguarda su tiempo. Algunas veces los huéspedes y yo jugábamos de poco, sin valerme de mas que de mi fortuna y ciencia, sin ser necesaria la tercería de Sayavedra, la cual no solia salir sino con terno rico y fiestas dobles; que cuando la pérdida ó ganancia no habia de ser de consideracion, era muy acertado andar sencillo; empero de este modo, iba continuamente con pié de plomo, conociendo el naipe; si no me daba y acudia mal, dejábalo con poca pérdida: mas cuando venia con viento favorable, nunca dejé de seguir la ganancia hasta barrerlo todo. Como ganase un dia poco mas de cien escudos, y hubiese halládose á mi lado un capitan de galera, de quien sentia haberse aficionado á mi juego, y holgádose de la ganancia, y que no andaba tan sobrado que se

hallase libre de necesidad, volví la mano, dile seis doblones de á dos, que seis mil se le hicieron en aquella coyuntura. Tiempos hay que un real vale ciento, y hace provecho de mil. Quedóme tan reconocido, cual si la gracia hubiera sido mayor ó de mas momento. Sucedióme muy bien, porque desde que de él entendí á lo cierto su dolencia, se me representó mi remedio, y hallé haber sido aguja de que habia de sacar una reja. Mi hacienda hice; de balde compra quien compra lo que ha menester. A los mas de la redonda tambien repartí algunos escudos por dejarlos á mi devocion y contentos á todos. Con lo cual, viéndome afable, franco y dadivoso, me acredité de manera que les compré los corazones, ganándoles los ánimos, *que quien bien siembra, bien coge.* Yo aseguro que cualquiera de todos cuantos conmigo trataban, pusiera su persona en cualquier peligro para defensa de la mia; y quedaba yo tan ufano, tan lijera la sangre y dulce, que se me rasaban los ojos de alegría. Este capitan se llamaba Favelo, no porque este fuese su nombre propio, sino por habérselo puesto cierta dama que un tiempo sirvió, y siempre lo quiso conservar en memoria de ella, de su hermosura y malogramiento, cuya historia me contó. De la manera con que de ella fué regalado, su discrecion, su bizarría: todo lo cual, con el cebo de falsas apariencias, quedó sepultado en un desesperado tormento de celos, necesidad y brutal trato. Nunca de allí adelante dejó mi amistad y lado; supliquéle se sirviese de mi persona y mesa, y aunque esta no le faltaba, lo aceptó por mi solo gusto. Siempre lo procuré conservar y obligar; llevábame á su galera, traíame festejando por la marina, cultivándose tanto nuestro trato y amistad, que si la mia fuera en seguimiento de la virtud, allí habia hallado puerto; mas todo yo era embeleco, siempre hice zanja firme para levantar cualquier edificio; comunicábamonos muy particulares casos y secretos, empero que de la camisa no pasasen adentro, porque los del alma, solo Sayavedra era dueño de ellos. Acá entre nosotros corrian cosas de amores, el paseo que dí, el favor que me dió, la vez que la hablé, y cosas á estas semejantes, que no llegasen á fuego, que no los amigos todos lo han de saber todo: *los llamados han de ser muchos, los escogidos pocos,* y uno solo el *otro yo.* Era este Favelo de muy buena gracia, discreto, valiente, sufrido y muy bizarro, prendas dignas de un tan valeroso capitan soldado de amor, y por quien siempre padeció pobreza, que nunca prendas buenas dejaron de ser acompañadas de ella. Yo como sabia su necesidad, por todas vias deseaba remediársela, y rendirlo. Tan buena maña me di con él y los mas que traté, que á todos los hacia venir á la mano, y á pocos dias creció mi nombre y crédito tanto, que con él pudiera hallar en la ciudad cualquiera cortesía. Con esto por una parte, y por otra mis deseos antiguos de saber de mí, por no morir con aquel dolor habiendo andado por aque-

llas partes, en especial considerando que con las buenas mias y las de la persona pudiera quien se fuera tenerse por honrado emparentando conmigo, y los deseos de perversa venganza que me traian inquieto; á pocas vueltas hallé padre y madre, y conocí todo mi linaje. Los que antes me apedrearon, ya disputaban sobre cual me habia de llevar á su casa primero, haciéndome mayor fiesta. En solo el dia primero que hice diligencia, me vine á hallar con mas deudos que deudas, y no lo encarezco poco. Que ninguno se afrenta de tener por pariente á un rico, aunque sea vicioso, y todos huyen del virtuoso si hiede á pobre. La riqueza es como el fuego, que aunque asiste en lugar diferente, cuantos á él se acercan se calientan, aunque no saquen brasa, y á mas fuego mas calor. Cuántos vereis al calor de un rico, que si les preguntasen qué haceis ahí, dirian: Aquí no hago cosa de sustancia. ¿Pues os dan alguna cosa, sacais algo de andaros hecho quita pelillo, congraciador, asistente de noche y de dia, perdiendo el tiempo de ganar de comer en otra parte? Señor, es verdad que de aquí no saco provecho, pero véngome aquí con el calor de la casa del señor N. como lo hacen otros. Los otros y vos, decidme quién sois, que no quiero que os quejeis que os llamo yo necios. Ahora bien, acercáronse muchos, cada cual ofreciéndose conforme al grado con que me tocaba, y tal persona hubo, que para obligarme y honrarse conmigo, alegó vecindad antigua desde bisabuelos. Quise por curiosidad saber quién seria el buen viejo que me hizo la burla pasada, y para hacerlo sin recelo ajeno, pregunté si mi padre habia tenido mas hermanos, y si de ellos alguno estaba vivo, porque siempre creí ser aquel tio mio. Dijéronme que sí, que habian sido tres, mi padre, y otros dos, el de enmedio era fallecido, empero que el mayor de todos era vivo, y allí residia. Dijéronme ser un caballero que nunca se habia querido casar, muy rico, y cabeza de toda la casa nuestra; diéronme señas de él, por donde lo vine á conocer. Dije que le habia de ir á besar las manos otro dia, mas cuando se lo dijeron y mi calidad, aunque ya muy viejo, vino como pudo con su bordon á visitarme, rodeado de algunos principales de mi linaje. Luego le reconocí, aunque lo hallé algo decrépito por la mucha edad. Holguéme de verlo, y pesábame ya hallarlo tan viejo, quisiéralo mas mozo, para que le durara mas tiempo el dolor de los azotes. Yo hallo por disparate el que para vengarse uno de otro le quita la vida, pues acabando con él acaba el sentimiento: cuando algo yo hubiera de hacer, solo fuera como lo hice con mis deudos, que no me olvidarán en cuanto vivan, y con aquel dolor irán á la tierra. Deseaba vengarme de él, y que por lo menos estuviera en el estado mismo en que lo dejé, para en el mismo pagarle la deuda en que tan sin causa ni razon se quiso meter conmigo. Hízome muchos ofrecimientos con su posada, empero aun en solo mentármela se me re-

botaba la sangre; ya me parecia picarme los murciélagos, y que salian por debajo de la cama la marimanta y cachidiablos como los pasados. No, no, una fué y llevósela el gato; ya dije, solo Sayavedra me podrá hacer otra, mas no por su bien, empero despues de él, á quien me hiciere la segunda, yo se la perdono. Hablamos de muchas cosas, preguntóme si otra vez, ó cuándo habia estado en Génova. ¿Esas teneis? dije, pues por ahí no me habeis de coger. Negúeselo á pié juntillo, solo le dije, que habria como tres años poco menos que habia por allí pasado sin poder ni quererme detener, mas de á hacer noche, á causa de la mucha diligencia con que á Roma caminaba, en la pretension de cierto beneficio. Díjome luego con mucha pausa, como si me contara cosas de mucho gusto: Sabed, sobrino, que habrá como siete años poco mas ó menos, que aquí llegó un mozuelo picarillo, al parecer ladron ó su ayudante, que para poderme robar vino á mi casa, dando señas de mi hermano que esté en gloria, y de vuestra madre, diciendo ser hijo suyo y mi sobrino; tal venia, y tal sospechamos de él, que afrentados de su infamia, lo procuramos aventar de la ciudad, y así se hizo con la buena maña que para ello nos dimos. Él salió de aquí huyendo como perro con vejiga, sin que mas lo viésemos, ni de él se supiese muerto ni vivo, como si se lo tragara la tierra. De la vuelta que le hice dar, me acuerdo que se dejó la cama toda llena de cera de trigo: ella fué tal como buena, para que con el miedo de otra peor huyese y nos dejase; y pues queria engañarnos me huelgo de lo hecho. Ni á él se le olvidará en su vida el hospedaje, ni á mí me queda otro dolor que haberme pesado de lo poco. Refirióme lo pasado, con grande solemnidad, la traza que tuvo, como no le quiso dar de cenar, y sobre todas estas desdichas lo mantearon. Yo pobre, como fuí quien lo habia padecido, pareció que de nuevo me volvieron á ello; abriéronseme las carnes, como el muerto de herida, que brota sangre fresca por ella si el matador se pone presente. Y aun se me antojó que las colores del rostro hicieron sentimiento, quedando (de oirlo solamente) sin las naturales mias. Disimulé cuanto pude, dando filos á la navaja de mi venganza, no tanto ya por la hambre que de ella tenia por lo pasado, cuanto por la jactancia presente con que se gloriaba de ella. Que tengo á mayor delito, y sin duda lo es, preciarse del mal que haberlo hecho. Pudriendo estaba con esto, y díjele: No puedo venir en conocimiento de quién puede haber sido ese muchacho que tanto deseaba tener parientes honrados. En obligacion le quedamos (cuando acaso sea vivo y escapase con la vida de la de Roncesvalles), que entre tanta nobleza nos escogió para honrarse de nosotros. Y si á mi puerta llegara otro su semejante, lo procuraria favorecer hasta enterarme de toda la verdad, que casos hay en que aun los hombres de mucho valor escapan de manera, que aun de sí mismos

van corridos, y despues de haber conocido á ese rapaz, lo hiciera con él segun él hubiera procedido consigo mismo, porque la pobreza no quita la virtud, ni la riqueza la pone; cuando no fuera tal ni á mi propósito, procuráralo favorecer, y de secreto lo ausentara de mí, y cuando en todo rigor mi deudo no fuera, estimara su eleccion. Andad, sobrino, dijo el viejo, como nunca lo vistes decis eso; yo estoy contentísimo de haberlo castigado, y como digo, me pesa, si de ello no acabó, que no le dí cumplida pena de su delito, pues tan desnudo y hecho harapos quiso hacerse de nuestro linaje. Pues que no trajo vestido de bodas, llévese lo que le dieron. En ese mismo tiempo, dije, yo estaba con mi madre allá en Sevilla, y no son tres años cumplidos que la dejé. Nací solo, no tuvieron mis padres otro. Aun aquí se me salió de la boca que tuve dos padres, y era medio de cada uno, mas volvílo á enmendar prosiguiendo: Dejóme de comer el mio, aunque no tanto que me alargue á demasías, ni tan poco que bien regido me pudiera faltar. No me puedo preciar de rico, ni lamentar pobre. Demás, que mi madre siempre ha sido mujer prudente, de gran gobierno, poco gastadora, y gran casera. Holgáronse de oirme los presentes, y no sabian en qué santuario ponerme, ni cómo festejarme, ni se tenia por bueno el que no me daba su lado derecho, y entre dos el medio. Entonces dije conmigo mismo entre mí: ¡Oh vanidad, cómo corres tras los bien afortunados en cuanto goza de buen viento la vela, que si falta, harán en un momento mil mudanzas! ¡Y cómo conozco de veras que siempre son favorecidos aquellos todos de quien se tiene alguna esperanza que por algun camino pueden ser de algun provecho! Y por la misma razon, ¡qué pocos ayudan á los necesitados, y cuántos acuden favoreciendo la parte del rico! Somos hijos de soberbia, lisonjeros, que si lo fuéramos de la amistad y caritativos, acudiéramos á lo contrario; pues nos consta que gusta Dios que como propios cada uno sienta los trabajos de su prójimo, ayudándole siempre de la manera que quisiéramos en los nuestros hallar su favor. Yo era el ídolo allí de mis parientes. Habia comprado de una almoneda una vajilla de plata que me costó casi ochocientos ducados, no con otro fin que para hacer mejor mi herida; convidélos á todos un dia y á otros amigos; híceles un espléndido banquete, acariciélos, jugamos, gané, y todo casi lo dí de barato, y con esto los traia por los aires. Quién les dijera entonces á su salvo: Sepan, señores que comen de sus carnes, en el hato está el lobo, presente tienen el agraviado, de quien se sienten agradecidos. Ah! si le conociesen, y cómo le harian cruces á las esquinas para no doblárselas en su vida, porque les va mullendo los colchones, y haciendo la cama donde tendrán mal sueño, y darán mas vueltas en el aire que me hicieron dar á mí sobre la manta, con que se acordarán de mí cuanto yo de ellos, que será por el tiempo de nuestras vidas. Ya

mi dolor pasó, y el suyo se les va recentando. Si bien conociesen al que aquí está con piel de oveja, se les haria leon desatado; bien está, pues pagarme tienen lo poco en que me tuvieron y lo que despreciaron su misma sangre. Gran añagaza es un buen *coram vobis*, gallardo gastador, galan vestido, y don Juan de Guzman; pues á fe que les hubiera sido de menos daño Guzman de Alfarache con sus harrapiezos, que don Juan de Guzman con sus gayaduras. Muchas caricias me hacen, mas traia el estómago con bascas y revuelto, como mujer preñada, con los antojos del deseo de mi venganza, que siempre la pensada es mala. Estudiábala muy de propósito, ensayándome muy de mi espacio en ella, y en este virtuoso ejercicio eran entonces mis nobles entretenimientos para mejor poder despues obrar, que fuera gran disparate haber hecho tanto preparamento sin propósito, y es inútil el poder cuando no se reduce al acto; paso á paso esperaba my coyuntura, que cada cosa tiene su cuando, y no todo lo podemos ejecutar en todo tiempo; que hay horas menguadas, estrellas y planetas desgraciados, á quienes se les ha de huir el mal olor de la boca y guardárseles el viento, para que no pongan al hombre adonde todos desean. Así aguardé mi ocasion, pasando todos los dias en festines, fiestas y contentos, ya por la marina, ya por jardines curiosísimos que hay en aquella ciudad, y visitando bellísimas damas. Quisiéronme casar mis deudos con mucha calidad y poco dote, no me atreví por lo que habrás oido decir por allá, y huyendo de que á pocos dias habíamos de dar con los huevos en la ceniza, mostréme muy agradecido no aceptando ni repudiando, para poderlos ir entreteniendo y mejor engañando, hasta ver la mia encima del hito, que cierto entonces, con mayor facilidad se hiere de mazo cuando el contrario tiene de la traicion menos cuidado y de sí mayor seguridad.

CAPÍTULO VIII.

Deja robados Guzman de Alfarache á su tio y deudos en Génova, y embárcase para España en las galeras.

Nunca debe la injuria despreciarse, ni el que injuria dormirse, que debajo de la tierra sale la venganza que siempre acecha en lo mas escondido de ella. De donde no piensan suele saltar la liebre. No se confien los poderosos en su poder ni los valientes en sus fuerzas, que muda el tiempo los Estados y trueca las cosas. Una pequeña

piedra suele trastornar un carro grande, y cuando al ofensor le parezca tener mayor seguridad, entonces el ofendido halla mejor comodidad. La venganza ya he dicho ser cobardía, la cual nace de ánimo flaco mujeril, á quien solamente compete. Y pues ya tengo referido de algunos y de muchos que han eternizado su nombre despreciándola, diré aquí un caso de una mujer que mostró bien serlo. Una señora, moza, hermosa, rica y de noble linaje, quedó viuda de un caballero igual suyo, de sus mismas calidades. La cual, como sintiese discretamente los peligros á que su poca edad la dejaba dispuesta cerca de la comun y general murmuracion (que cada uno juzga de las cosas como quiere y se le antoja), y siendo solo un acto suelen variar mil pareceres varios, y que no todas veces las lenguas hablan de lo cierto ni juzgan de la verdad; pareciéndole inconveniente poner sus prendas á juicio y su honor en disputa, determinóse al menor daño, que fué casarse. Tratábanle de ello dos caballeros iguales en pretender, empero desiguales en merecer. El uno muy de su gusto, segun deseaba, con quien ya casi estaba hecho, y el otro muy aborrecido y contrario á lo dicho, pues demás de no tener tanta calidad, tenia otros achaques para no ser admitido, aun de señora de muy menos prendas. Pues como con el primero se hubiese dado el sí de ambas la partes, que solo faltaba el efecto, viendo el segundo su esperanza perdida y rematada, su pretension sin remedio, y que ya se casaba la señora, tomó una traza luciferina con perversos medios para dar un salto para con que pasar adelante y dejar el otro atrás. Acordó levantarse un dia de mañana, y habiendo achechado con secreto cuando se abriese la casa de la desposada, luego sin ser sentido se metió en el portal, estándose por algun espacio detrás de la puerta, hasta parecerle que ya bullia la gente por la calle y todas las mas casas estaban abiertas. Entonces, fingiendo salir de la casa como si hubiera dormido aquella noche dentro de ella, se puso en medio del umbral de la puerta, la espada debajo del brazo, haciendo como que se componia el cuello, y acabando de abrocharse el sayo; de manera que cuantos pasaron y lo vieron, creyeron por sin duda ser él ya el verdadero desposado, y haber gozado la dama. Cuando tuvo esto en buen punto, se fué poco á poco la calle adelante hasta su posada. Esto hizo dos veces, y de ellas quedó tan público el negocio, y tan infamada la señora, que ya no se hablaba de otra cosa, ni habia quien lo ignorase en todo el pueblo, admirados todos de tal inconstancia en haber despreciado el primer concierto de tales ventajas, y hecho eleccion del otro, que tan atrasado y con tanta razon lo estaba. Pues como se divulgase haberlo visto salir de aquella manera medio desnudo, cuando llegó á noticia del primero, tanto lo sintió, tanto enojo recibió, y su cólera fué tanta, que si amaba tiernamente, deseándola por su esposa, cruelmente la aborreció huyéndola, y no solo á ella,

mas á todas las mujeres, pareciéndole que pues la que estimó en tanto, teniéndola por tan buena, casta y recogida, hizo una cosa tan fea, que habria muy pocas de quien fiarse, y seria ventura si acertase con una. Consideró sus inconstancias, prolijidades y pasiones, y juntamente los peligros, trabajos y cuidados en que ponian á los hombres; fué pasando de este á otros discursos, que favorecidos del cielo, hicieron que trocado el amor de la criatura en su criador, se determinase á ser fraile, y así lo puso en obra, entrándose luego en religion. Cuando á noticia de la señora llegó este hecho y su ocasion, por lo que se decia en el pueblo, y que ya no era en algun modo poderosa para quitar de su honor un borron tan feo, sintiólo como mujer tan perdida, que perdió junto honra, marido, hacienda y gusto, sin esperarlo ya mas tener por aquel camino, ni su semejante, sin poder jamás cobrarse. Fué fabricando con el pensamiento la traza con que poder mejor salvar su inocencia ejemplarmente; pareciéndole y considerándose tan rematada como su honestidad, y que de otro modo que por aquel camino era imposible cobrarlo, pagando una semejante alevosía con otra menos y mas cruel. Revistiósele una ira tan infernal, y fuéle creciendo tanto, que nunca pensó en otra cosa sino en como ponerlo en efecto. Líbrenos Dios de venganzas de mujeres agraviadas, que siempre suelen ser tales cuales aquí vemos esta presente. Lo que primero hizo fué tratar de meterse monja (que aun si aquí parara, hubiera mejor corrido), y dando parte de sus trabajos y pensamiento á otra muy grande amiga suya, del propio monasterio, lo efectuó con mucho secreto. Luego fué recogiendo dentro del convento todo el principal homenaje de su casa, joyas y dineros, anejándole por contratos públicos los mas de su hacienda. Esto hecho, estuvo esperando que se le volviese á tratar del casamiento de aquel caballero su enemigo, el cual á pocos dias volvió á ello, dando por disculpa el amor grande que le tenia, por cuya causa desesperado, usó de aquellos medios para poder conseguir lo que tanto deseaba. Mas pues conocia su culpa, y haber sido causa del yerro, queria soldar la quiebra ofreciéndose por su marido. Ella que otra cosa no deseaba para que su intencion saliese á luz y resplandeciese su honor con ello, respondió, que pues el negocio ya no podia tener otro algun mejor medio, aceptaba este. Mas que habia hecho un voto, el cual se cumplia dentro de dos meses poco mas en que no le podria dar gusto, que si el suyo lo fuese dilatarlo por este tiempo, que lo seria para ella, empero que si luego lo quisiese tratar de verlo efectuado, habia de ser con la dicha condicion, y juntamente con esto hacerlo muy de secreto, y tanto, cuanto mas fuese posible, hasta que pasado el término se pudiese manifestar. Aceptólo el caballero, hallándose por ello el hombre mas dichoso del mundo, y prevenido lo necesario, se hicieron con mucho silencio los contratos, con que fueron despo-

sados. Estuvieron juntos muy pocos dias, entretenido él con la esperanza cierta del bien cierto que ya poseia, y no menos ella con la de su venganza. Una noche despues de haber cenado, que se fué á dormir el marido, ella entró en el aposento, y sentada cerca de él, aguardó que se durmiese, y viéndolo traspuesto con la fuerza del sueño primero, lo puso en el último de la vida, porque sacando de la manga un bien afilado cuchillo, lo degolló, dejándolo en la cama muerto. A la mañana temprano salió de su aposento, y diciendo á la gente de su casa que habia su esposo tenido mala noche, que nadie lo recordase hasta que fuese su gusto llamar, ó ella volviese de misa. Cerró su puerta, y con buena diligencia se fué al monasterio, donde luego recibió el hábito, y fué monja, despues de lavada su infamia con la sangre de quien la manchó, dando de su honestidad notorio desengaño, y de su crueldad terrible muestra. Viene muy bien acerca de esto lo que dijo Frutillos, un loco que andaba por Alcalá de Henares, el cual yo despues conocí. Habíale un perro desgarrado una pierna, y aunque vino á estar sano de ella, no lo quedó en el corazon; estaba de mal ánimo contra el perro. Y viéndolo acaso un dia muy estendido á la larga por delante de su puerta durmiendo al sol, fuése allí junto á la obra de Santa María, y cogiendo á brazos un canto, cuan grande lo pudo alzar del suelo, se fué bonico á él sin que lo sintiese, y dejóselo caer á plomo sobre la cabeza. Pues como se sintiese de aquella manera el pobre perro, con las bascas de la muerte daba muchos aullidos y saltos en el aire, y viéndolo así, le decia: Hermano, hermano, *quien enemigos tiene no duerma.*

Ya otra vez he dicho que siempre lo malo es malo, y de lo malo tengo por lo peor á la venganza, porque corazon vengativo no puede ser misericordioso, y el que, no usare de misericordia no la espere ni la tendrá Dios de él. Por la medida que midiere ha de ser medido, hanlo de igualar con la balanza en que pesare á su prójimo. No se puede negar esto, mas tambien se me debe confesar que yerran aquellos que, sabiendo la mala inclinacion de los hombres, hacen confianza de ellos, y mas de aquellos que tienen de antes ofendidos, que pocos ó ninguno de los amigos reconciliados acontece á salir bueno. Mucho de Dios ha de tener en el alma el que por solo él perdonare. Pocos milagros habemos visto por este caso, y solo de uno vi en Florencia el testimonio, fuera de los muros de la ciudad, en la iglesia de San Miniato, dentro en la fortaleza, que por ser breve y digno de memoria, haré de él relacion.

Un gentilhombre florentin, llamado el capitan Juan Gualberto, hijo de un caballero titulado, yendo á Florencia con su compañía, bien armado y á caballo, encontró en el camino con un su enemigo grande que le habia muerto á un su hermano, el cual viéndose perdido y sujeto, se arrojó por el suelo á sus piés, cruzados

los brazos, pidiéndole de merced por Jesucristo crucificado que no lo matase. El Juan Gualberto tuvo tal veneracion á las palabras, que compungido de dolor, le perdonó con grande misericordia. De allí lo hizo volver consigo á Florencia, donde lo llevó á ofrecer á Dios en la iglesia de San Miniato, y puesto delante de un crucifijo de bulto, le pidió el don Juan Gualberto, que así le perdonase sus pecados, con la intencion que habia el perdonado aquel su enemigo. Vióse visiblemente como delante de toda la gente de su compañía, y otros que allí estaban, el Cristo humilló la cabeza bajándola. Reconocido Juan Gualberto de aquesta merced y cortesía, luego se hizo religioso, y acabó su vida santamente. Hoy está el Cristo de la forma misma que puso la humillacion, y es allí venerado por grandísima reliquia.

Cuando el perdon se hace sin este fundamento, siempre suele dejar un rescoldo vivo, que abrasa el alma solicitándola á la venganza. Y aunque para lo exterior parece ya estar aquel fuego muerto, de aquel agua mansa nos guarde Dios, que muchas, y aun las mas veces, queda cubierta la lumbre con la ceniza del engañoso perdon, mas en soplándola con un poco de ocasion, fácilmente se descubre y resplandecen las brasas encendidas de la injuria. Por mí lo conozco, que tanto fué lo que siempre me aguijoneaba la venganza, que como con espuelas parecia picarme los hijares como á bestia. Bien bestia, que no lo es menos el que conoce aqueste disparate. Poníame siempre á los ojos aquel zarandeado de huesos, y reparando en ello, parecia que aun me sonaban como cascabeles. Con esto y con la dulzura que me lo habian contado, y malas entrañas con que lo habian hecho, sin pesarles ya de otra cosa, mas de haberles parecido poco, me hacia considerar y decir: ¡O hideputa enemigos! ¿y si á vuestra puerta llegara necesitado, y qué refresco me ofreciérades para pasar mi viaje? Causábame cólera, y de ella mucho deseo de pagarme de todos los de la conjuracion. Y de ellos no tanto, cuanto del viejo dogmatista, como primero inventor y ejecutor que fué de ella y de mi daño. El tiempo iba pasando, y con él trabándose mas mis amistades, conociendo y siendo conocido. Tratábase con calor mi casamiento, deseando todos naturalizarme allá con ellos, visitaba y visitábanme, acudian á mi posada mis amigos, y yo á la de ellos, entraba ya como natural en todas partes, y en las casas del juego; en mi posada tambien solia trabarse, ya perdiendo, ya ganando, hasta una noche que acudiendo el naipe de golpe, traje á la posada mas de siete mil reales, de que dejé tan picados á los contrayentes, que trataron de alargar el juego para la noche siguiente. No me pesó de que se quisiesen alargar, porque ya yo estaba (como dicen) fuera de cuenta, en los nueve meses, que me habia dicho el capitan Favelo que se aprestaban las galeras, y creia que para pasar á España con mucha brevedad. Esto me traia ya de leva,

porque adonde quiera que fueran habia de ir con ellas; empero no me osaba declarar, hasta que hubiesen de salir del puerto. Aceptéles el juego, no con otro ánimo que de ir entreteniéndome con ellos largo, y estar prevenido para darles (á uso de Portugal) de pancada; perdí la noche siguiente, aunque no mas de aquello que yo quise, porque ya me aprovechaba de toda ciencia para hacer mi hecho, andábame con ellos á barlovento, y siempre sacándole á mi amigo su barato, porque lo habia de ser mucho mas para mí. Pocos dias pasaron, que viéndolo triste le pregunté qué tenia, y respondióme que solo sentia mi ausencia, porque sin duda seria el viaje dentro de diez dias á lo mas largo, que así tenian la órden. Sus palabras fueron perlas, y su voz para mí del cielo, como si otra vez oyera decir: ABRE ESA CAPACHA; porque con el porte de esta pensaba quedar hecho de bellota; y apartándolo á solas en secreto le dije: Señor capitan, sois tan mi amigo, estimo vuestras amistades en tanto, que no sé como encarecerlo ni pagarlas. Háseme ofrecido con vuestro viaje todo el remedio de mis deseos, que ya en otra cosa no consiste, ni lo espero. Y si hasta este punto no tengo dada de mí la razon que á una fiel amistad se debe, ha sido porque como tan cierto de ella, no he querido inquietar vuestro sosiego. Mi venida en esta ciudad no ha sido á verla, ni por el mucho gusto y merced de ella recibida, cuanto á deshacer cierto agravio que aquí recibió mi padre siendo ya hombre mayor, de un mancebo español que aquí reside. Obligóle á dejar la patria, porque corrido y afrentado, no pudiendo (á causa de su mucha edad) satisfacer como debiera, tuvo por menor daño hacer ausencia larga, y con este dolor vivió hasta ser fallecido. No tendrá razon de quejarse de mí quien á las canas de mi padre no tuvo respeto, que su propio hijo lo pierda para él en su venganza. Y porque podria suceder que despues de ya satisfecho de él, ó con su mucho favor, ó por su dinero, que no es menos, me quisiese hacer algun agravio, que diésedes vuestro favor, para que con solo él, y sin riesgo de vuestra persona, pusiésedes en salvo la mia con secreto. Dejaréisme con esto tan obligado, que me tendreis por esclavo eternamente, pues no tengo mas honra de cuanta heredé, y si mi padre no la tuvo para dejármela, por habérsela un traidor enemigo quitado, tambien yo vivo sin ella, y me conviene ganarla por mi propio esfuerzo y manos. Que si mis deudos no lo han hecho, ha sido tanto por no perderse, y cuanto porque como luego se ausentó mi padre, todo se quedó sepultado, pareciéndoles menor inconveniente dejarlo así suspenso, que levantar el pueblo ni mas publicarlo. Atento estuvo Favelo á mis palabras, y quisiera que se lo remitiera para que, haciéndose parte, como lo es el verdadero amigo, él mismo me dejara satisfecho, y aunque para ello me importunó haciendo grande instancia, no se lo quise admitir, diciéndole no ser conve-

niento ni justo que, siendo la injuria mia, otro se satisfiese de ella, que solo aqueso me sacó de mi tierra España, y á ella no volveria en cuanto yo mismo no diese á mi enemigo su pago, de tal manera que conociese á quién y porqué lo hizo. Demás, que me hacia notorio agravio en creer de mí que me faltaban fuerzas ó ánimo para tales casos y tan del alma. Con lo que le dije quedó tan sosegado, que no me volvió á replicar en ello, empero díjome: Si algo valgo, si algo puedo, si mi hacienda, vida y honra fuere para vuestro servicio de importancia, todo es vuestro, y si para el resguardo de lo que os podria suceder, quereis que yo y mi gente asistamos á la mira, ved lo que mandais que haga, todo es vuestro, y como de tal podreis en ello disponer á vuestro modo. Y tomo á mi cuenta que una vez puestos piés en galera, no será parte todo el poder de Italia para sacaros del mio, aunque hiciese para ello y fuese forzozo algun gravísimo peligro mio. De aqueso y lo demás estoy bien confiado, le dije, mas creo que no será necesario tanto caudal de presente; lo uno, porque tengo descuidado al enemigo, y en parte que solo con Sayavedra puedo salir con cuanto pretendo, y esto quedará de modo que cuando se quiera remediar ó me busquen, ya no serán á tiempo de poderme haber á las manos con el favor vuestro. Lo que mas me importa saber para con mayor seguridad salir adelante con lo que se pretende, solo es tener aviso al cierto del dia que las galeras han de zarpar, porque no pierda tiempo ni ocasion. Así me lo prometió, y fuimos de acuerdo que poco á poco y con mucho secreto, fuese haciendo pasar á galera mis baules y vestidos con Sayavedra, porque no se aguardase todo para el punto crudo, ni fuese necesario en él sino embarcarme. No cabia en sí Favelo del gusto que recibió cuando supo haberme de llevar consigo; previnose de regalos con que poder entretenerme, como si mi persona fuera la del capitan general. Yo llamé á mi criado, y díjele lo que me habia sucedido, que ya era tiempo de arremangar los brazos hasta los codos, porque teníamos grande amasijo, y harta masa para hacer tortas. Apenas hube acabádoselo de decir, cuando ya centellaba de contento, porque deseaba salir á montear. Luego se trató en el modo de la venganza, y yo le dije: La mayor, mas provechosa y de menor daño para nosotros, es en dinero. *Eso pido, y dos de bola,* dijo Sayavedra, que las cuchilladas presto sanan, pero dadas en las bolsas, tarde se curan y para siempre duelen. Yo le dije: Pues para que todo se comience á disponer de la manera que conviene, lo que ahora se ha de hacer, es comprar cuatro baules, los dos de ellos pondrás en galera en la parte que Favelo te dijere, y los otros dos cargarás de piedras, y sin que alguno sepa lo que traes dentro, los harás meter con mucho tiento en el aposento. Allí los irás envolviendo en unas arpilleras, porque donde quiera que fueren, aunque los traigan rodando, no suenen y vayan bien esti-

bados, no dejándoles algun vacío, ni lleven mas peso de aquel que te pareciere conveniente, ó satisfacer á seis arrobas escasas en cada uno. Díjele mas todo lo que habia de hacer, dejándole bien informado de ello. De allí me fuí á casa del buen viejo don Beltran, mi tio, y estando en conversacion, traje á pláticas lo mucho que temia salir de casa de noche, porque tenia en el aposento mis baules, en especial dos de ellos con plata, joyas de algun valor y dineros, y por decir verdad, mi pobreza toda. Él me dijo: Vuestra es la culpa, sobrino, que donde mi casa está, no era necesario posada, porque aunque la que teneis es la mejor de aquesta ciudad, ninguna en todo el mundo es buena, ni tal que podais en ella tener alguna seguridad, y porque sois mozo, quiero advertiros como viejo, que nunca os confieis de menos que muy fuerte cerradura en vuestros baules, y otra sobrellave de algunas armellas y candado que lleveis con vos de camino, y donde llegáredes, poned á las puertas de vuestro aposento, porque ya los huéspedes, ó sus mujeres, ó sus hijos ó criados, no hay aposento que no tenga dos y tres llaves, y á vuelta de cabeza perdereis de ojo lo que allí dejáredes, con menos que muy buen cobro; despues os lo harán pleito si trajistes ó si cometistes, y se os quedarán con ello. En la posada no hay cosa posada, nada tiene seguridad. Mas ya que como mancebo gustais de no veniros á esta casa vuestra, si en ello recibís gusto, tráiganse acá los baules, y no dejeis allá mas plata de la que tasadamente hubiéredes menester para vuestro servicio, que acá se os guardará todo en mi escritorio con toda seguridad, y no andareis tanto la barba sobre el hombro en cuanto aquí estuviéredes. Yo se lo agradecí de manera como si los baules valieran un millon de oro, y así lo debió de creer, ó poco menos; lo uno, porque ya él habia visto mi buena vajilla, la cadena y otras cosas, y dineros que llevaba; y lo segundo, por la instancia que hice sobre desear tenerlos á buen recaudo. De esta plática saltamos en la de mi casamiento, porque me dijo que ya tenia edad, y perdia tiempo si hubiese de tomar estado, á causa que los matrimonios de los viejos eran para hacer hijos huérfanos; que si no gustaba de ser de la iglesia, mejor seria casarme luego, tanto para mi regalo, cuanto para el beneficio y guarda de mi hacienda, porque los criados, aunque fieles, nunca les faltaban las mas veces desaguaderos, ya de mujeres, juego, gastos, vestidos y otras cosas, que viéndose necesitados y apretados á cumplir con las cosas de su cargo, se venian despues á levantar con todo, dejando robados á sus amos. Púsome muchas dificultades en mi estado, y fuíme luego tras ello haciendo relacion de las buenas prendas de la señora mi esposa. Que á lo que de él entendí, tambien era deuda suya por parte de su madre, de gente noble aunque pobre, pero podíase suplir por ser hermosa, y que me daba con ella de adehala (como despues vine á descubrir el secreto) una hija, que

dijeron haber tenido por una desgracia, de cierto mancebo ciudadano que le dió palabra de casamiento, y despues dejándola burlada se desposó con otra. Ofrecióme con ella, que tenia una madre que seria todo mi regalo y de los hijos que Dios me diese, porque no hallaria menos con el suyo el de la que me parió. A todo le hice buen semblante, diciendo que de su mano de necesidad seria cosa tal, cual á mí me convenia; mas que para que no se perdiese cierto beneficio que me daban, y quedase puesto cobro en él, era necesario regresarlo en un primo hermano mio, hijo de una hermana de mi madre, allá en Sevilla. Con esto lo dejé goloso y entretenido por entonces.

En esto hablábamos muy de propósito, cuando subió Sayavedra, y llegándoseme al oido, hizo como que me daba un largo recado. Yo luego levantando la voz, dije: ¿Y tú que le dijiste? Él me respondió de la misma forma: ¿Qué le habia de responder sino de sí? Mal hiciste, le dije; ¿no sabes tú que no estoy en Roma ni en Sevilla? ¿no sientes el disparate que hiciste haciéndome cargo de lo que no puedo? Llévale la cadena grande, dásela, y dile que lo que tengo le doy, que no me ocupe mas de aquello que me fuere posible, y me perdone. Sayavedra me dijo: Bien, á fe, ¿y quién ha de llevar á cuestas una cadena de setecientos ducados de oro? será necesario buscar un ganapan alquilado que le ayude. Díjele luego: Pues haz lo que te diré. Tómala y vete á casa de un platero, y escoge de su tienda lo que bien te pareciere, déjale la cadena y mas prendas que valgan lo que de ello hubieres menester, y págale un tanto por el alquiler, y aquesto será mejor, mas fácil y barato de todo, y si faltaren prendas, dáselas en escudos que lo monten. Con esto desempeñarás la necedad que hiciste, porque de otro modo no sé ni puedo remediarlo. El tio, que á todo lo dicho estuvo atento, dijo: ¿Qué prendas quereis dar, ó para qué? Yo le dije: Señor, quien tiene criados necios, forzoso ha de hallarse siempre atajado en las ocasiones, cayendo en cien mil faltas, ó desasosiegos y pesadumbres. Aquí está una señora castellana, la cual trata de casarse con un caballero de su tierra; son conocidos mios, y téngoles obligacion; hame querido hacer cargo de sus vestidos y joyas para el dia de su desposorio, y es ya tan cerca, que no ha de ser posible cumplir como quisiera. Mire vuesa merced á que árbol se arrima, ó adonde tengo yo de buscárselas. Dame mohina que aqueste tonto no haya sabido excusarme de lo que sabe serme tan dificultoso, si ya por ventura él no fué quien se convidó con ello, porque no creo que mujer de juicio le pidiese á él semejante disparate, y si lo hizo remédielo, allá se lo haya, mire lo que quisiere y hágalo. El viejo me dijo: No tomeis pesadumbre, sobrino, que todo eso es cosa de poco momento. A lugar habeis llegado, adonde no faltará cosa tan poca como esa. Yo le volví á decir: Ya, señor, sé que todos vuesas mercedes me las

harán muy cumplidas, y que lo que tuvieren propio no me podrá faltar. Mas como entre todo nuestro linaje no conozco alguno de los casados que las tenga, no me atrevo á suplicarles cosa en que tomen cuidado. En especial, que habérmelas pedido á mí es haberme obligado á enviárselas como de mano de un hidalgo de mis prendas, y no todas veces hay joyas en todas partes que puedan parecer sin vergüenza en tales actos. Ahora bien, me respondió, no tomeis cuidado en ello, dormid sin él, que yo por mi parte y algunos de vuestros deudos por la suya, buscaremos de las que por acá se hallaren razonables, y en lo demás, enviadme cuando mandáredes los baules. Por uno y otro le besé las manos, agradeciéndoselo con las mas humildes palabras que supe y se me ofrecieron, reconociendo la merced que me hacia en todo. Y despidiéndome de él, hice luego que á casa volví, que cerrados con tres llaves cada uno de los baules los llevasen allá. El tio cuando vió entrar á Sayavedra y los ganapanes con ellos, que apenas podia cada uno con el suyo, considerada la fortaleza de las llaves que llevaban, con la desconfianza que del huésped hice, y gran peso que tenian, acabó de certificarse que sin duda tendrian dentro gran tesoro. Preguntóle á Sayavedra: ¿Qué traen aquestos baules que tanto pesan? y respondióle: Señor, aunque lo que tiene mi señor dentro es de consideracion, lo que vale mas de todo es pedrería que ha procurado recoger por toda Italia, y no sé para qué ni adonde la quiere llevar. El viejo arqueó las cejas y abrió los ojos, como que se maravillaba de tanta riqueza, y poniéndolos de su mano á muy buen cobro debajo de siete llaves, como dicen, le quedaron en su poder, volviéndose á la posada Sayavedra. Como ya nos andábamos arrullando, procurábamos juntar las pajas para el nido. Aquella noche toda se nos pasó de claro, en trazas como luego por la mañana fuésemos con ellas á casa de otro mi deudo, mancebo rico y de mucho crédito, á darle otro Santiago. Hícelo así, que apenas el sol habia salido y él de la cama, cuando tomando Sayavedra las cadenas en dos cofrecitos iguales y muy parecidos, con sus muy gentiles cerraduritas, el muelle de golpe, y llevándolas debajo de la capa, fuimos allá, y hallámoslo levantado, que ya se vestia; no me pareció buena ocasion, y quisiera dejarlo para despues de comer, mas cuando le dijeron estar yo allí mostróse muy corrido de que luego no hubiese subido arriba. Díjele haberlo dejado por entender que aun estaria reposando: con estos cumplimientos anduvimos, y preguntándonos por la salud y cosas de la tierra, hasta que ya estuvo vestido, que nos bajamos á un escritorio. Cuando allí estuvimos un poco, me preguntó ¿á qué habia sido mi buena venida tan de mañana? Yo le dije: Señor, á tener buenos dias con los principios de ellos, pues las noches no me han sido malas. Lo que á vuesa merced vengo á suplicar, es que si hay en casa criado alguno de satisfaccion se mande llamar. Él tocó

una campanilla, y acudieron dos ó tres, y eligiendo al uno de ellos, dijo : Aquí Estefanelo hará lo que vuesa merced le mandare. Lo que le ruego es (dije) que con mi criado Sayavedra se lleguen á casa de un platero, y sepan los quilates, peso y valor de una cadena que aquí traigo. Sayavedra me dió luego el cofrecillo en que venia la de oro fino, y sacándola de él, se la enseñé. Holgóse mucho de verla por ser tan hermosa, de tanto peso y hechura extraordinaria, pareciéndole no haber visto nunca otra su semejante, para ser de oro liso, sin esmalte ni piedras. Volvísela luego á dar á mi criado, y fuéronse juntos ambos á hacer la diligencia en cuanto quedamos hablando de otras cosas. Cuando volvieron, trajeron un papel firmado del platero en que decia tocar el oro de la cadena en veinte y dos quilates y que valia seiscientos y cincuenta y tres escudos castellanos poco mas. Y viendo esto concluido, volvíle á pedir á Sayavedra que me la diese; dióme la falsa en el otro cofrecito abierto, de donde sacándola otra vez, la estuvimos un poco mirando; puesta en su cofrecito así abierto le dije : Lo que agora, señor, vengo á suplicar, es lo siguiente : yo he quedado picadillo de unas noches atrás con unos gentileshombres de esta ciudad, y no lo están menos ellos de que les tengo ganados mas de cinco mil reales. Hanme desafiado á juego largo, y querria, pues la suerte corre bien, irla siguiendo, probando con ellos mi ventura, que seria posible ganarles mucho aventurando muy poco, y porque todo consiste, ó la mayor parte de ello está en el bien decir, y los que jugamos vamos tan dispuestos á la pérdida como á la ganancia, no querria hallarme tan limitado, que si perdiese me faltase con que poderme volver á desquitar, y aun por ventura ganarles. Y pues por la misericordia de Dios no me falta dinero, y tengo en casa del señor mi tio casi cinco mil escudos, no me puedo tocar en ellos, porque luego que aquí lleguen ciertas letras que aguardo de Sevilla, no podré dilatar una hora la paga, ni mi partida para Roma, ya sea para pasar en mi cabeza cierto beneficio, ya sea para en la de mi primo hermano, segun se dispusieren las cosas á la voluntad y gusto del señor mi tio. De manera, que no es justo ni me conviene tocar en aquella partida, por lo que podria despues hacer falta, en especial pudiéndome ahora valer de joyas de oro y plata que no me son tan forzosas, ni tampoco quiero sin causa y expresa necesidad malbaratarlas ni deshacerme de ellas. Aquí tiene vuesa merced esta cadena, y sabe lo que vale; lo que suplico es, que con secreto (que no quiero que me juzguen acá por tan travieso, ni dar á todos cuenta de semejantes niñerías) se me tomen á cambio seiscientos escudos para la primera feria, que ya gane ó pierda se pagarán, ó con la propia cadena cuando todo falte, pues para eso la doy en resguardo, que vuesa merced la tenga en sí para el efecto, y tome por su cuenta el cambio y á mi daño. Díjele tambien, como para otra semejante ocasion habia

dado una vez cierta vajilla de plata dorada, nueva, y el que la recibió se sirvió de ella de manera, que cuando me la volvió no estaba para servir en mesa de hombre de bien, y así la vendí luego perdiendo las hechuras todas; por lo cual, para evitar otro tanto, le suplicaba lo dicho, y que no pasase la cadena en otro poder. Él se mostró correrse mucho que para cosa tan poca le quisiese dar prenda, mas yo dando con la mano á la tapa del cofrecillo, lo cerré de golpe, y se lo dí en las manos, diciendo que de ninguna manera recibiria la merced si allí no quedase, porque demás que yo no la traia por hacer tanto bulto y pesar tanto, holgaria mucho que la tuviese consigo y la guardase. Y tambien le dije, que como éramos mortales, por lo que de mí podria suceder, no era lícito hacerse otra cosa de como le suplicaba. Recibióla por la mucha importunacion mia, y ofrecióse á hacerlo en saliendo de casa. El mismo dia, estando á la mesa comiendo, entró el mismo criado Estefanelo con los seiscientos escudos; dile las gracias, que llevase á su amo, mas no tardó un credo, y casi el criado no habia salido de la posada, cuando estaba en ella su amo, y junto á mí. No me quedó en el cuerpo gota de sangre, ni la hallaran dentro de mis venas de turbado; aquí perdí los estribos, porque como acababa de recibir en aquel punto los escudos, y luego subió el amo tras el criado, creí que hubiesen abierto el cofrecillo, y hallase la cadena falsa, y que vendria para impedir que no se me diesen. Mas presto salí de la duda y perdí el miedo, porque con rostro alegre se me volvió á ofrecer, y si de alguna otra cosa tenia necesidad, y que aquellos dineros le habia dado un su amigo á daño, mas que seria poco. Entonces, entre mí, dije: Antes creo que por muy poco que sea, no dejará de ser para vos mucho, y mucho mas de lo que pensais. Díjele que no importaba, que en mas estaba la prenda que podrian montar los intereses. Allí estuvo parlando conmigo un poco, cuando en su presencia entraron los del juego, y pidiendo naipes á Sayavedra, se comenzó una guerrilla bien trabada; pareciéronle al pariente largos los oficios, dejónos, y fuése. Yo quedé tan emboscado en la moneda, teniendo en mi favor entonces á Sayavedra (porque como queriamos alzar de obra y coger la tela, no era tiempo de floreos), que á poco rato me dejaron mas de quince mil reales en oro. Diles barato á los que se hallaron presentes, y al capitan de allí á poco que vino le puse cincuenta escudos en el puño, que fué compar con ellos un esclavo, y todo mi remedio. Apartóme á solas, y apercibióme para domingo en la noche, que fué dentro de cuatro dias. Ya cuando me vi apretado de tiempo, hice tocar las cajas á recoger, enviando billetes de una en otra parte, diciendo haber de ser la boda para el lunes, que se me hiciese merced en lo prometido. No así las hormigas por agosto vienen cargadas del grano que de las eras van recogiendo en sus graneros, como en mi posada entraban joyas, á quien mas y mejores me las podia enviar. Tantas y tan ricas eran, que ya casi tenia

vergüenza de recibirlas. Mas híceles cara, porque no me parecieron caras. De casa del tio me trajeron un collar de hombros, una cinta y una pluma para el tocado, que de oro, piedras y perlas, valian las tres piezas mas de tres mil escudos. Los demás me acudieron con ricos broches, botones, puntas, ajorcas, arracadas, joyeles, cabos de tocas, y sortijas, todo muy cumplido, rico, y de mucho valor, lo cual como iba viniendo, sin que lo sintiera el capitan, se iba poniendo en sus cajas dentro de los baules, debajo de cubierta. Yo aquellos dias los anduve visitando y agradeciendo las mercedes hechas, hasta que viendo que las galeras habian de zarpar lunes de madrugada, domingo en la noche dije al huésped: Señor huésped, á jugar voy esta noche á casa de unos caballeros, allá creo que cenaré, y por ventura seria posible si se hiciese tarde quedarme á dormir, si ya el juego se departiese antes del dia; vuesa merced mire por el aposento en cuanto Sayavedra ó yo volvemos, que podria ser que él se viniese á casa. Salí con esto favorecido de la noche, dejándole los baules por paga del tiempo que me hospedó. Bien es verdad que con la priesa del viaje se los dejé llenos, empero de muy gentiles peladillas de la mar, que pesaban á veinte libras. Fuíme á dormir á galera con el capitan Favelo, mi amigo. No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Génova, el regalo que me hizo, la cena que me dió, y la cama que tenia prevenida. Preguntóme, ¿cómo dejaba hecho mi negocio? Díjele que muy á mi satisfaccion, y que despues le daria mas por menudo cuenta de lo que me habia pasado; con esto no me volvió á hablar mas en ello; cenamos, dormíme aunque no muy sosegado, no obstante que iba ya de espiga, empero llevaba el corazon sobresaltado de lo hecho. Así como se pudo se pasó la noche, y cuando el sol salia, sin haberme parecido menear ni un paso, ni sentido el ruido menor del mundo, como si estuviera en la mayor soledad que se puede pensar, ya recordado, y queriéndome vestir, entró mi capitan á decirme que habíamos doblado el cabo de Noli. Llevamos hasta allí admirable tiempo, aunque no siempre nos fué favorable, sino muy contrario, como adelante diremos, que nunca la fortuna es siempre próspera; va con la luna haciendo sus crecientes y menguantes, y cuanto mas ha sido favorable, mayor sentimiento deja cuando vuelve la cara. Solo un deseo llevé todo el camino, que fué de saber cuando aquel primero dia no volviese á la posada, qué pensaria el huésped, y al segundo, cuando no me hallasen, paréceme que llorarian todos por mí. ¿Cuántos escalofrios les daria? ¿Qué de mantas echarian, y ninguna en el hospital? ¿Qué diligencias harian en buscarme? ¿Qué de juicios echarian sobre á dónde podria estar, si me habrian muerto por quitarme alguna ganancia, ó si me habrian herido? Paréceme que imaginarian lo que fué, haberme venido con las galeras; pues desconfiados ya de todo el humano remedio, cuántas pulgas les darian muy malas noches por

muchos dias. Ahora los considero, y la priesa con que descerrajarian los baules para quererse pagar de ellos, alegando cada uno su antelacion de tiempo y mejoría en derecho. Paréceme que veo consolado y rico á mi huésped con sus dos buenas piezas, que tomadas á peso valian cualquiera buen hospedaje, y habia losa dentro que le podia servir en su sepultura. El tio viejo se hallaria bien parado con la pedrería que Sayavedra le dijo; pues el pariente con su cadena, quien duda que no burlase de los otros por hallarse con una tan buena pieza, de donde podria pagar el principal y daños. Mas cuando la hallasen de oro de jeringas, ¿qué parejo le quedaria el rostro, los ojos qué bajos, y cuántas veces los levantó para el cielo, no para bendecir á quien lo hizo tan estrellado y hermoso, sino para con los demás decretados maldecir la madre que parió un tan grande ladron? Con esto se quedaron, y nos dividimos. Pudiérales decir entonces lo que un ciego á otro en Toledo, que apartándose cada cual para su posada, dijo el uno de ellos : *A Dios, y veámonos.*

CAPÍTULO IX.

Navegando Guzman de Alfarache para España, se mareó Sayavedra, dióle una calentura, saltóle á modorra, y perdió el juicio. Dice que él es Guzman de Alfarache, y con la locura se arrojó á la mar quedando ahogado en ella.

Trajimos tan próspero tiempo á la salida de Génova, que cuando el sol salió el martes, habíamos doblado el cabo de Noli, como está dicho, y hasta llegar á las Pomas de Marsella tuvimos favorable viento. Allí esperamos hasta la primera rendida, siéndonos todo siempre apacible, porque corria un fresco levante, con el cual navegamos hasta el siguiente dia en la tarde, que se descubrió tierra de España con general alegría de cuantos allí veníamos. La fortuna, que ni es fuerte ni una, sino flaca y varia, comenzó á mostrarnos la poca constancia suya en grave daño nuestro, y hablando aquí ahora por los términos y lenguaje que á los marineros entonces les oí, cubrióse todo el cielo por la banda del maestral con oscuras y espesas nubes, que despedian de sí unos muy gruesos goterones de agua; faltónos este viento, comenzando á entristecer los corazones, que parecia tener encima de ellos aquella negrura tenebrosa, lo cual visto por los consejeros y pilotos; hicieron junta en la popa con ánimo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas; cada uno votaba lo que mas le

parecia importante, mas viendo cargar el viento en demasía, sin otra resolucion alguna, ni esperarla, fué menester amainar de golpe la borda, que llaman ellos la vela mayor, y poniéndola en su lugar, sacaron otra mas pequeña que llaman el marabuto, vela latina de tres esquinas, á manera de paño de tocar, hicieron á medio árbol tercerol, previniéndose de lo mas necesario. Pusieron los remos encima de los filares; á los pasajeros y soldados los hicieron bajar á las cámaras, muy contra toda su voluntad; comenzaron á calafatear las escotillas de proa, no faltando en todo la diligencia que importaba para salvar las vidas que tan á peligro estaban. Cerróse la noche y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal; por lo cual, para evitar que los daños no fuesen tantos, mandaron poner fanales de borrasca. La mar andaba entonces por el cielo, abriéndose á partes hasta descubrir del suelo las arenas; fué necesario poner en el timon de asistencia un aventajado, el cómitre se hizo atar al estanterol en una silla, determinado de morir en aquel puesto sin apartarse de él, ó sacar en salvamento la galera. Allí le preguntábamos algunos á menudo, y muchas mas veces de las que él quisiera, si corríamos mucho riesgo. Ved nuestra ceguera, que lo creyéramos mas de su boca que de la vista de los ojos, donde ya se nos representaba la muerte; mas parecíanos de consuelo su mentira, como la del médico para el consuelo del afligido y enfermo padre que pregunta por la salud y vida del hijo, si por ventura ya es difunto, y responde que tiene mejoría. De esta manera por animarnos decia que todo era nada, y dijo verdad, por lo que despues á cabo de poco sobrevino, porque no dejándonos el viento pedazo de vela sano, y tanto que fué necesario subir el treo, que es otra vela redonda con que se corren las tormentas, quiso nuestra desgracia que viniese sobre nosotros una galera mal gobernada, y embistiéndonos por la popa nos echó gran parte á la mar, y dióla á tiempo que juntamente saltó el timon en que solo teníamos esperanza. Viéndonos faltos de ella y de él, ya rendidos al mar y sin remedio, mas para no dejar de usar de todos los que pudieran en alguna manera dárnoslo, hicieron pasar los dos remos de las espaldas á las escalas, de donde nos íbamos gobernando con grandísimo trabajo. ¿Qué pudiera yo aquí decir de lo que vi yo en este tiempo y oyeron mis oidos, que no sé si se podria decir con la lengua, ó ser creido de los extraños? ¡Cuántos votos hacian! ¿A qué varias advocaciones llamaban? ¡cada uno ála mayor devocion de su tierra, y no faltó quien otra cosa no le cayó de su boca sino su madre! ¡Qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con los otros, como si fueran sus curas, ó tuvieran autoridad con que absolverlos! Otros decian á voces á Dios en lo que le habian ofendido, y pareciéndoles que seria sordo, levantaban el grito hasta el cielo, creyendo con la fuerza del

aliento levantar hasta allá las almas en aquel instante, pareciéndoles el último de su vida. De esta manera padeció la pobre y rendida galera con los que veníamos en ella hasta el siguiente dia, que con el sol y serenidad cobramos aliento, y todo se nos hizo alegre. Verdaderamente no se puede negar, que de dos peligros de muerte se teme mucho mas el mas cercano, porque del otro nos parece que podríamos escapar; empero en mí esta vez no temí tanto aquesta tormenta, ni sentí el peligro, respecto del temor de arriba, no por el mar, mas por la infamia. Harto decia yo entre mí cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecian los mas, que yo era el Jonás de aquella tormenta. Sayavedra se mareó de manera, que le dió una gran calentura, y brevemente le saltó en modorra. Era lástima de verle las cosas que hacia y disparates que hablaba, y tanto que á veces en medio de la borrasca y en el mayor aflicto, cuando confesaban los otros los pecados á voces, tambien las daba él diciendo: Yo soy la sombra de Guzman de Alfarache, su sombra soy que voy por el mundo, con que me hacia reir, y le temí muchas veces; mas aunque algo decia, ya lo veian estar loco, y lo dejaban para tal, mas no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que de ella yo le habia contado, componiendo de allí mil romerías; en oyendo al otro prometerse á Monserrate, allá me llevaba; no dejó estacion ó boda que conmigo no anduvo, guisábame de mil maneras, y lo mas galano (aunque con lástima de verlo de aquella manera), de lo que mas yo gustaba era, que todo lo decia de sí mismo como si realmente lo hubiera pasado. Ultimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano á cobrar la deuda vieja del sueño perdido, todos estábamos tales, y con tanto descuido, la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó á la mar por la timonera sin poderlo mas cobrar, porque cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo á voces: ¡Hombre á la mar! Luego recordamos, y hallándolo menos le quisimos remediar, mas no fué posible, y así se quedó el pobre sepultado, no con pequeña lástima de todos, que harto hacian en consolarme; significué sentirlo, mas sabe Dios la verdad. Otro dia cuando amaneció, levantéme luego por la mañana, y todo él casi se me pasó recibiendo pésames, cual si fuera mi hermano, pariente ó deudo que me hiciera mucha falta, ó como si cuando á la mar se arrojó, se hubiera llevado consigo los baules. Aquesos guarde Dios, decia yo entre mí, que los mas trabajos fáciles me serán de llevar. No sabian regalo que hacerme, ni cómo (á su parecer) alegrarme, y para en algo divertirme de lo que sospechaban y yo fingia, pidieron á un curioso forzado cierto libro de mano que tenia escrito, y hojeándolo el capitan, vino á hallarse con suceso que por decir en el principio de él haber en Sevilla

sucedido, le mandó que me lo leyese, y pidiendo atencion se la dimos, y dijo:

En Sevilla, ciudad famosísima en España, y cabeza de la Andalucía, hubo un mercader extranjero, limpio de linaje, rico y honrado, á quien llamaban micer Jacobo. Tuvo dos hijos y una hija de una señora noble de aquella ciudad. Ellos doctrinados con mucho cuidado en virtud y crianza, y en todo género de letras tocantes á las artes liberales, y ella en cosa de labor, con exceso de curiosidad, por haberse criado en un monasterio de monjas desde su pequeña edad, á causa de haber fallecido su madre de su mismo parto. Como los bienes de fortuna son mudables, y mas en los mercaderes, que traen sus haciendas en bolsas ajenas y á la disposicion de los tiempos, no medió pié de la buena suerte á la mala; sucedió, que como sus hijos viniesen de las Indias con suma de oro y plata, cuando ya llegaban á vista de la barra de San Lucar, y como dicen, dentro de las puertas de su casa, revolvió un temporal, que con viento deshecho, trayéndolos de una en otra parte, dió con el navio encima de unas peñas, y abierto por medio, se fué luego á pique, sin algun reparo, ni lo pudo tener mercadería ni persona de todo él. Cuando á los oidos del padre llegó tan afligida nueva de pérdida tan grande, se melancolizó de manera, que dentro de breves dias tambien falleció. La hija que residia en el convento, ya perdida la hacienda, los hermanos y padres difuntos, viéndose desamparada y sola, sintió su trabajo como lo pudiera sentir aun cualquiera hombre de mucha prudencia, por haberle faltado tanto en tan breve que pudo decirse un dia, y con ella la esperanza de su remedio, porque deseaba ser monja. Cesaron sus designios, comenzó su necesidad, cesaron los regalos, comenzaron los trabajos, y fueron creciendo de modo que ya no sabia qué hacer, ni cómo poderse allí dentro sustentar. Y aunque las conventuales todas que le tenian mucho amor por la nobleza de su condicion, afabilidad, trato y mas buenas partes, condolidas de su necesidad y pobreza, la quisieran tener consigo, mas como estaban subordinadas á voluntad ajena de su prelado, ni ellas lo pudieron hacer, ni á ella fué posible quedar, porque dentro de breve término se le notificó que saliese ó señalase la dote, y no pudiendo cumplir con lo segundo, tomó la resolucion en lo primero. Era tan diestra en labor, así blanca como bordados, matizaba con tanta perfeccion y curiosidad, que por toda la ciudad corria su nombre. Con esto las virtudes de su alma y hermosura de su rostro eran tan por exceso, que á porfía parece haberse fabricado por diestros diversos artífices en competencia, y todo junto, en comparacion de su recogimiento, mortificacion, ayunos y penitencia no llegaba. Viéndose pues desabrigada con temor de la murmuracion, y de ocasion que le pudiera dañar, celosa de su honor, buscó un aposento en compañía de otras doncellas religiosas,

donde sin tener otra sombra sino la de su trabajo, con él se alimentaba tasadísimamente y con grande límite, dando ejemplo de su virtud á todas las mas doncellas de su tiempo. El arzobispo de aquella ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidad, hijuelas y corporales matizados, y no sabiendo ni hallándose quien como Dorotea lo hiciese (que así se llamaba esta señora), por las buenas nuevas que de ella tuvieron, la buscaron y encomendáronle aquesta obra, prometiéndole por ella muy buena paga. Era necesario para tanta curiosidad que fuera el oro el mejor, mas delgado y florido que se pudiera hallar, y porque solo quien lo sabe gastar es quien lo sabe mayor escoger, ella propia en compañía de sus vecinas y amigas lo fueron á buscar á los batihojas, que son en Sevilla los oficiales que lo hacen y venden. Acertaron á entrar en casa de un mancebo de muy buena gracia y talle, que de muy poco tiempo habia comenzado á usar el oficio y puesto tienda, que para mas acreditarse procuraba que su obra hiciera ventajas conocidas á la de sus vecinos. De este quisieran comprar lo que para toda su labor les fuera necesario, tanto por ser á su propósito, cuanto por excusar la salida de su casa si el dinero les alcanzara, mas como solo llevaban lo que para principio se les habia dado, dijeron que llevarian un poco, y volverian por mas como se fuese obrando y ella cobrando. El mancebo, cuando vió la hermosura y compostura de la doncella, su habla, su honestidad y vergüenza, de tal manera quedó enamorado, que lo menos que le diera fuera todo su caudal, pues en aquel mismo punto le habia entregado el alma. Y sintiéndole que dejaba de comprar con su gusto por falta de dineros, tomado achaque para sus deseos de la ocasion que le vino á la mano, sin dejarla pasar ni soltarla ella, dijo: Señoras, si el oro es tal que hace á propósito para lo que se busca, escoja y lleve su merced lo que hubiere menester, y no le dé cuidado pagarlo luego, que por la misericordia de Dios ánimo tengo y caudal no me falta para poder fiar aun otras partidas mas importantes, y no á tan buena dita; vuesa merced, señora, lleve lo que quisiere, y pague luego lo que mandare, que lo mas que restare debiendo me irá pagando poco á poco segun lo fuere cobrando del dueño de la obra. A todas les pareció el mozo muy cortés, y buena la comodidad segun se deseaba. Dorotea le dió el dinero que tenia de presente, y habiendo escogido todo el oro que le pareció mejor y necesario, lo llevó consigo, dejándole dicha la calle y casa donde acudiese por la resta. Luego se fueron, quedando el pobre mozo tan amante y fuera de sí, cuanto falto de todo reposo y combatido de varios desasosiegos. Rompióle amor las entrañas, no comia, no bebia, ni vivia, tan ocupada tenia el alma en aquella peregrina belleza, espejo de toda virtud, que todo era muerte su trabajosa vida, sin saber qué hiciese. Y pareciéndole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ser

tener buen puerto sus castos deseos, quísose informar de quién era, de su vida, costumbres y nacimiento. La relacion que le hicieron y nuevas que de ella tuvo fueron tales, que con ellas quedó de nuevo muy mas perdido y menos confiado, nunca creyendo poder alcanzar tan grande riqueza, hallándose siempre indigno de tanto bien, como lo fuera para él poderla alcanzar por esposa. De todo desesperaba, en todo se conocia inferior, mas como no era posible ni en su mano volverse atrás, y las pasiones del alma no tocan menos á los mas pobres que á los mas poderosos, y todos igualmente las padecen, aunque se hallaba tan atrás, nunca dejó de porfiar para pasar adelante, perseverando en su honesto propósito, por haberlo puesto en las manos de Dios, que siempre los favorece y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, presentándole siempre que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto, empero que así lo hiciese como mejor conviniese á su servicio. Tambien se le representó que la mucha pobreza y discrecion le harian por ventura fuerza para que mirando á su soledad y remedio pospusiese pundonores vanos, acomodándose con el tiempo, y siéndole representado su honesto deseo de servirla, lo viniese á conceder. Con estos pensamientos y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando ni enfadando, antes tomando achaques, unas veces de ver su tan curiosa labor, otras por hacérsele paso, fingiendo lo que mas á propósito venia para hacer vista y por tomar amistad, que solo á este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor despues entablar el juego, y en el ínterin poder aquel espacio breve mitigar las ansias que siempre ausente le causaba su dama. En esto anduvo el mozo tan discreto como solícito, y tan solícito como enamorado, procediendo con tan honrados y buenos términos, que muy en breve granjeó todas las voluntades, no pesándoles de sus visitas, antes con ellas ya recibian regalo. Entre las que allí vivian, que eran cuatro hermanas, á la una de ellas, la mas venerable y grave, á quien tenian las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha, cuanto por ser mayor en edad, se fué inclinando mas en amistad y regalándola, con que despues, andando el tiempo en ocasiones que se ofrecian, poco á poco se fué descubriendo haciéndola capaz de sus deseos hasta de todo punto quedar aclarado con ella, suplicándole que interponiendo para ello su autoridad, fuese parte que sus esperanzas no quedasen sin el premio que de su valor y discrecion esperaba, y que siéndole favorable, la fuese disponiendo en las ocasiones que se ofreciesen de tal manera, que cualesquier dificultades quedasen llanas, pues de su parte ninguna se podia ofrecer, que á brazos cruzados no se pusiese á hacer toda su voluntad. Los buenos terceros bien intencionados, que sin respetos humanos tratan de las cosas honestas

con libertad y verdad, tienen siempre tal fuerza, que persuaden con facilidad, porque se les da todo crédito. Esta señora fué labrando en Dorotea de uno en otro lance, de manera, que convencida de razon, vino á condescender en el consejo que le dieron, y obedeciéndolo como de su verdadera madre, le besó por ello las manos, dejándolo en ellas. El desposorio se hizo con gusto general, y mayor el de Bonifacio (que así llamaban al desposado), porque se creyó hallar con aquella joya, el mas dichoso, bien afortunado y rico de los hombres, pues ya tenia mujer como la deseaba, en condicion y de mayor calidad que merecia, y tal, que pudiera vivir con ella seguro y honrado, sin temor de celoso pensamiento, ni de alguna otra cosa que le pudiera causar desasosiego. Vivian contentos, muy regalados, y sobre todo satisfechos del casto y verdadero amor que cada cual de ellos para el otro tenia. Él de ordinario asistia en la tienda ocupado en el beneficio de su hacienda, y ella en su aposento, tratando de su labor, así doméstica como de aguja, gastando en sus matices y bordados parte de la que su marido hacia. Crecíales la ganancia, y en mucha conformidad pasaban honrosamente la vida. El demonio vela y nunca se adormece, y en especial vela en destruir la paz, contra las casas y ánimos conformes, arma cepos y tiende redes con todo secreto y diligencia, para hacer como desea el daño posible, y dar con ello en el suelo. Andaba siempre acechando á esta pobre señora, procurando derribarla y rendirla, y cuando mas no pudiese, que á lo menos tropezase, y así en las visitas, en misa, en sermon, en las mayores devociones, en la comunion, aun en ella la inquietaba presentándole los instrumentos de su maldad, mancebos, galanes discretos, olorosos y pulidos, que le saliesen al encuentro, siguiéndola y solicitándola, mas de todo sacaba poco fruto, porque la casta mujer, mostrándose fuerte, siempre vencia con su honestidad semejantes liviandades. Y aunque, para quitar la ocasion, rehusaba cuanto mas podia el salir de su casa, y escasamente lo hacia á lo muy forzoso y necesario, donde tambien era perseguida, rondábanle la puerta noche y dia, buscaban invenciones y medios para verla, empero nada les aprovechaba. Entre los galanes que la deseaban servir, que todos eran mozos y señores, los mas principales de la ciudad, era uno el teniente de ella, mancebo soltero y rico. Vivia frontero de la misma casa, en otras principales, altas y de buen parecer, que por ser mas humildes y bajas las de Dorotea, no obstante que habia calle de por medio, cuando por los terrados, cuando por las ventanas, le señorcaba cuanto hacia, y tanto, que su esposo ni ella podian apenas vestirse ni acostarse sin ser vistos, en especial estando con descuido, y queriendo con cuidado acecharlos. Con esta ocasion, el teniente andaba muy apasionado y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud. Al fin se hubo de volver como los demás al puesto con la

caña, sin recibir algun favor, ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender, ni que desdorase un cabello del crédito de la mujer. Andaba tambien (con los muchos) en la danza, un otro penitente de la misma cofradía de los penantes, muy llagado y afligido; era Burgalés, galan, mozo, discreto y rico, las cuales prendas, favorecidas de sufran queza, pudieran allanar los montes. Mas la casta Dorotea, ni las partes de este, póder del teniente, ni pasiones de los demás, le hacian el menor sentimiento del mundo, como si en este no estuviera. Mostrábase á todos estos combates fortísima peña inexpugnable, donde los continuos combates de las furiosas ondas del torpe apetito (no pudiendo vencer) quedaron quebrantadas. No hay duda que siempre continuaba velando su honestidad, como la grulla, la piedra del amor de Dios levantada del suelo, y el pié fijo en el de su marido. Y fuera imposible herirla, si el sagaz cazador no le armara los lazos del engaño en la espesura de la santidad, para cazar á la simple paloma. Este Burgalés (que se llamaba Claudio) tenia en su servicio una gentil esclava blanca, de buena presencia y talle, nacida en España de una Berberisca, tan diestra en un embeleco, tan maestra en juntar voluntades, tan curiosa en visitar cementerios, y caritativa en acompañar ahorcados, que hiciera nacer berros encima de la cama. Ella era tal, cual para semejantes casos convenia. Llamóla un dia, dióle cuenta de su pena, pidiéndole consejo para salir con su pretension adelante. La buena esclava (como haciendo burla), despues de haberse bien satisfecho y enterado en el caso, riyéndose le dijo: ¡Pues cómo, señor! ¿qué montes quieres mudar, qué mares agotar, á qué muertos volver el espíritu, cuál dificultad es tan grande la que te aflije y tanto me encareces? No son esas las cosas que á mí me desvelan, poco aceite y menos trabajo se ha de gastar en ello de lo que piensas: ya puedes hacer cuenta que la tienes par tí; descuida y ten buen ánimo, que yo te daré la casa en las manos dentro de pocos dias, ó no me llamen Sabina, hija de Haja. Tomó el negocio á su cargo, y comenzó desde aquel punto á entablar el juego, dando trazas, como el que propone dar en el ajedrez un mate á tantos lances en casa señalada. Comenzó por el peon de punta, meneando los trebejos, y componiendo un cestillo de verdes cogollos de arrayan, cidro y naranjo, adornándolo de alelíes, jazmines, juncos, mosquetas y otras flores compuestas con mucha curiosidad, lo llevó al batihoja, diciéndole ser criada de cierta señora monja de aquella ciudad, abadesa del convento, que, teniendo noticia de la obra tan buena que allí se hacia, y necesidad forzosa de un poco de buen oro para unos ornamentos que dentro de la casa estaban acabando para el dia de San Juan, le regalaba con aquel cestillo, y suplicaba, que del oro mejor que tuviese, le diese dos libras para probarlo, y que saliendo tal como le ha-

bian certificado, y era conveniente á su propósito, lo pagaria muy bien, y siempre lo iria gastando de su casa, llevando para cada semana lo que se pudiese gastar en ella, demás, que tendria mucho cuidado de regalarlo. Bonifacio se alegró con la buena ocasion de la ganancia, y no menos con el cestillo de flores, que lo estimó en mucho por la curiosidad con que venia compuesto. El cual al punto, luego que lo recibió, habiendo despachado la esclava con el oro, lo llevó á su mujer, poniéndoselo en las faldas con grande alegría, que no con menor fué recibido de ella. Preguntóle de quién lo habia comprado, y díjole lo que pasaba. Entonces lo estimó en mas, porque le vino á la memoria el tiempo de su niñez, cuando con las mas doncellas de su edad y monjas del convento, se ocupaban en semejantes ejercicios. Rogó á su marido que si otra vez volviese la hiciese subir á su aposento, que holgaria de conocerla. Luego la semana siguiente, dentro de seis dias, veis aquí donde vuelve Sabina muy regocijada, diciendo del oro que habia sido bueno, y á pedir otro tanto que fuese de lo mismo, dándole un largo recado de parte de su señora, y con él una imágen pequeña de alcorza, y un rosario de la misma pasta, con tanta curiosidad obrado, que bien era digno de mucha estima. Así como lo vió, no quiso recibirlo, sino que de su mano lo diese á Dorotea su esposa. Cayóle la sopa de la miel, sucediéndole lo que deseaba, y á pedir de boca, mas haciéndose de nuevas, dijo : ¡Ay mal hombre! ¿dícelo de veras, y casado es? no lo creo. Aun nos lo habian vendido por soltero, y trataba ya mi señora de casarlo con una lega que tenemos tan linda como unas flores, hermosa y rica. Bonifacio le respondió : Rica y hermosa la tengo como allá me la podian dar, y con quien vivo contentísimo; subid, veréisla. Sabina le dijo : En buena fe no quiero, no sea que me burle, que es un traidor. No burlo de veras, le dijo Bonifacio; subid, amiga Sabina. Ella cuando entró en la pieza y vió á Dorotea, desalada y los pechos por tierra, se le lanzo á los piés haciéndole mil zalemas, admirada de su grande hermosura, que aunque habia oídola loar, era mucho mas la obra que las palabras. Quedó como embelesada de ver sus bastidores con los bordados y otras labores que le mostró en que se ocupaba, con cuánta perfeccion y curiosidad estaba obrado, diciendo : ¿Cómo es posible no gozar mi señora de cosa tan buena? No, no, no ha de pasar de aquí adelante, sin que con amistad muy estrecha se comuniquen. ¡Ay Jesus! cuando yo le cuente á mi señora la abadesa lo que he visto, ¡cuánta envidia me tendrá! ¡Cuánto deseo le crecerá de gozar un venturoso dia de tal cara! Por el siglo de la que acá me dejó, y así su alma esté do la cera luce, ó que landre mala me dé, si no fuera alcahueta de estos amores. Yo quiero de aquí adelante regalar á esta perla, y visitarla muy amenudo. Con estas palabras y

otras regaladísimas, llevó su oro despues de haberse despedido. Y de allí en adelante, de dos á tres dias continuaba la visita ya por oro, ya diciendo hacérsele camino por allí, diciéndole al marido que cometeria traicion si por allí pasase y dejase de entrar á ver aquel ángel. Otras veces, con achaque de traerle algun regalo, la iba disponiendo á que de su voluntad tuviese deseo de irse á holgar al monasterio un dia. Cuando ya le pareció tiempo, dió por allá la vuelta un lunes de mañana, y llevóle dos canasticos, uno con algunas niñerías de conservas, y otro de algunas frutas de aquel tiempo, las mas tempranas y mejores que se pudieron hallar. Dióseles diciendo, que por ser del huerto de casa, y lo primero que se habia cogido, le pareció á su señora que no pudiera estar en otra parte tan bien empleado como en ella. Y que juntamente le suplicaba dos cosas: la primera y principal, que pues de allí á ocho dias, el siguiente lunes, era la fiesta del glorioso san Juan Bautista, y el domingo su santa víspera, la hiciese merced en hacer penitencia pasando en el convento aquellos dos dias, pues en su casa no eran de ocupacion. Demás, que tenian las monjas muchas fiestas, y representaban una comedia entre sí á solas, que de nada gustaria si aquesta merced no le hiciese. Y que otras señoras principales parientas de las monjas vendrian por allí, para que acompañándola se fuesen juntas. Lo segundo, que le diese tres libras de buen oro para flecos de un frontal que deseaban acabar, para poner en un altar allá dentro, procurando, si fuese posible, se lo diese mas cubierto y delgado. A lo del oro, respondió Dorotea: Darélo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder, y tambien hiciera lo que mi señora la abadesa me manda, mas está en el de mi marido. Ya sabeis, hermana Sabina, que no soy mia; mi dueño es el que os puede dar el sí ó el no, conforme á su voluntad. En buena fe le respondió: Aun esa seria ella, si no me la diese; nunca yo medre si de aquí saliese todos estos ocho dias hasta llevarla. No seria razon que una cosa sola que mi señora suplica tan de veras, la primera y tan justa, se dejase de hacer, porque desea, como á la salvacion, gozar de aqueste paraiso. ¡Ay! calla, Sabina, dijo Dorotea; no hagais burla de mí, que ya soy vieja. ¡Vieja! dijo Sabina, sí, sí, de ese mal muere, como decirme ahora que la primavera es fin del año, y cuaresma por diciembre. Dejémonos de gracias, que así vieja como es la goce su marido muchos años, y les dé Dios fruto de bendicion. Ahora se haga lo que le suplico, que deseo ganar este corretaje, que mi señora la retoce. ¡Ay, cómo se ha de holgar con esta traidora! Bonifacio y Dorotea se rieron, y él (con alegre semblante), sin ver la culebra que estaba entre la yerba, ni el daño que le acechaba, por la grande confianza que de su esposa tenia, dijo: Ahora bien, por mi vida, que Sabina lo ha reñido y pleiteado con gracia, no se le puede negar lo que pide,

habiéndolo enviado á mandar la abadesa mi señora. Idos á holgar esos dos dias, que yo sé cuán de gusto serán para vos, y no menos para mí porque lo recibais. Hermana Sabina, decid á su merced, que así se hará como se manda; y cuando aquesas señoras que decís, vayan al monasterio, pasen sus mercedes por aquí, para que se vayan juntas. Agradecióles Sabina con tales palabras, cuales de mujer tan ladina, y que ya tenia negociado su deseo. Fuése á su casa tan contenta y orgullosa, que ya le parecia volverse atrás los pasos que adelante daba, y que á su posada nunca jamás llegaria. El corazon le rebentaba en el cuerpo de alegría; quisiera, si fuera lícito, irla cantando á voces por las calles. Echábasele de ver el contento en los visajes del rostro, hervíale la sangre, bailábanle los ojos en la cara, parecia que por ellos y la boca queria bozar la causa. Cuando en su casa entró, como una loca soltó los chapines, dejó caer de la cabeza el manto, y arrastrándolo por detrás, alzando con las manos por delante las faldas que le impedian el correr, entró desatinada en el aposento de su señor que la esperaba. Por decírselo todo, todo lo partia entre los dientes y la lengua, sin que alguna cosa dijese concertada. Ya comenzaba por activa, ya lo volvia por pasiva. Bien ó mal, tal como pudo, le dió el mensaje de modo, que todos aquellos ocho dias no acabaron, ella de referirlo, y él mil veces de preguntarlo. Volvian á cada paso á tratar una misma cosa, discantaban luego si aquello seria posible tener efecto. Parecíale que aquello que de ello hablaban, le habia de servir y quedar por paga, sin acabar de creer que pudiera ser cierto un bien tan deseado, ni llegar á gozar de tan alegre dia. Para el concierto tratado hizo que se previniesen unas mujeres conocidas de casa, de quien tenia satisfaccion de cualquier secreto, para que le ayudasen con su solicitud en este hecho. Llegado ya domingo, dia ya señalado para el efecto, vistiéndose unas en hábito de casadas, otras de doncellas, de dueñas otras, fueron con Sabina por Dorotea. Tocaron á la puerta, salió su esposo que ya las esperaba, y como viese una tan honrada escuadra de mujeres al parecer principales, llamó á la suya que bajase presto, porque esperaban. Ella bajó tan simple como contenta, habláronse todas con muy comedidos complimientos: y entregándosela el marido, la cogieron en medio, y con ella y grande alegría se fueron su viaje. Iban al monasterio encaminadas, cuando una de aquellas de tocas reverendas, dijo: ¡Ay amarga de mí! ¿cómo se nos ha olvidado ir por doña Beatriz la desposada, que nos estará esperando, y tambien la convidaron? Otra respondió luego: Por los huesos de mis padres que dice verdad, y que no me acordaba mas de ella que de la primera camisa que vestí. No podemos ir sin ella, volvamos por aquí, que presto llegaremos allá. Dió entonces la vuelta uno de aquellos cabestros de faldas largas y rosario al

cuello, por cencerro, tomando la delantera, y todas la siguieron hasta dar consigo en casa de Claudio. Llamaron á la puerta, salióles á responder por la ventana una esclavilla, preguntando quién llamaba y lo que queria. Una de ellas le dijo : Entra presto, y dile á tu señora que baje su merced presto, que la esperamos. Hizo como que fué á dar el recado, y cuando de allá dentro volvió con la respuesta, les dijo : A vuesas mercedes suplica mi señora se sirvan de no tomar pesadumbre de aguardar un poco, en cuanto se acaba de tocar, que será en breve, y entretanto se podrán vuesas mercedes entrar á sentarse á la sala. Ellas entraron por el patio en una bien aderezada, donde se quedaron las mas, y solas dos pasaron adelante á una mediana habitacion con Dorotea. Estaba muy bien puesta, con sus paños de tela de plata y damasco azul, y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto á ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos, y de allí á muy poco, dijeron : ¡Ay Dios, y qué prolija novia hace doña Beatriz, y si á mano viene, aun de la cama no se habrá levantado! Andad acá, hermana, sepamos cuándo habemos de ir de aquí. Salieron las dos, y quedándose sola Dorotea, se desparecieron todas, que persona viviente no se conocia por la casa.

Claudio entró luego, y tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto á Dorotea, le comenzó á hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se habia tenido, disculpando aquel proceder con lo mucho que le hacia padecer, de que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocia de vista y sabia sus pretensiones. Vióse atajada, no supo qué hacerse ni cómo defenderse, comenzó con lágrimas y ruegos á suplicarle no manchase su honor, ni le hiciese á su marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado ; empero no le fué de provecho. Dar gritos no le importaba, que no habia persona de su parte, y cuando de algun fruto le pudieran ser, y gente de fuera entrara, quien allí la hallara, forzoso habia de culpar su venida sin dar crédito al engaño, y así defendióse cuanto pudo. Claudio con palabras muy regaladas y obras de violencia, y contra su resistencia y gusto, tomaba de por fuerza los frutos que podia, pero no los que deseaba, con que se iba entreteniendo y cansándola. Finalmente, despues que ya no pudo resistirle, viendo perdido el juego, y empeñada la prenda en lo que Claudio habia podido poco á poco ir granjeando de su persona, rindióse, y no pudo menos. Ellos estaban solos á puerta cerrada, el término era largo de dos dias, la fuerza de Claudio mucha, ella era sola mujer y flaca, no le fué mas posible. Bien se pudiera decir, que habia sido pendencia de por San Juan, si no se les anublara el cielo. Comieron y cenaron con muchas libertades, y fuéronse á dormir á la cama, empero breve fué su sosiego, y sobresaltado su reposo, porque nunca el diablo hizo empanada de que

no quisiese comer la mejor parte. Costumbre suya es, cuando hace junta semejante, formar una tienda ó pabellon, convidando á que se metan dentro, que allí los encubrirá y nada se sabrá, haciéndose cargo del secreto, y despues cuando están encerrados, en el mayor descuido y mal pensada seguridad, abre las puertas, descubre, derriba los pabellones, manifestando en público el vicio recelado, y tañendo su tamborino á repique de campana, llama la gente para que allí acuda á verlos, dejándolos avergonzados y tristes, de que mas él se queda riyendo. ¿Quién creyera que intencion tan bien trazada viniera tan en breve á descubrirse por tan extraño camino? ¿Quién esperara de tan felices medios y principios, fines tan adversos y trágicos? Mal dije, pues no se podia esperar menos, considerada la danza y quien la guiaba. Demás, que de necesidad habia de castigar el cielo á letra vista semejante maldad y fuerza. Y aunque no fué la pena igual con el delito, fué á lo menos aldabada poderosa, para que cualquiera buen discursista reconociera la ofensa, é hiciera penitencia de ella. Como aquel dia todo anduvo tan sin cuenta ni órden, allá en su cuarto los criados ensancharon los vientres, quitaron los pliegues á los estómagos, y las canillas á las candiotas; comieron y bebieron hasta ir á las camas gateando, dejándose la chimenea con toda la lumbre, y cerca de ella mucha leña. El fuego se fué metiendo por los tueros y rajas, y ellos encendidos, se comunicaron con los mas que cerca estaban, de manera, que casi á la media noche todo aquel cuarto se quemaba, sin que persona lo sintiese, pues todos dormian. Era víspera de San Juan, el teniente andaba de ronda, y al grande resplandor que ya la lumbre se divisaba de muy lejos, vióla, y sospechó la verdad, que alguna casa se quemaba. Fuéronse por el rastro de la claridad hasta la casa de Claudio. Dieron voces y golpes á la puerta; la casa era grande, los unos de cansados, los otros bien borrachos, y otros abrasados, ninguno respondia. Levantóse por la vecindad mucho alboroto, unos y otros vecinos prevenianse cada cual de su remedio; fuése llegando mucha gente, y con fuerza que hicieron derribaron por el suelo las puertas, entraron por la casa creyendo que los de ella ya fueran consumidos todos con el fuego, y cuando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecia. Fueron las voces y el estruendo tanto, que Claudio recordó, y turbado de aquel ruido tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano y ambos desnudos, abrió la puerta del aposento, y cuando vió el fuego, volvióse adentro para cubrirse con algo y salirse huyendo. El teniente creyó que la gente de fuera fué quien abrió aquella sala para entrar á robar, acudió á la defensa con diligencia, y halló á los dos amantes que apriesa y por salvarse buscaban los vestidos, y teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo. Ya podeis considerar cuáles podrian estar, y qué pudieran sentir,

viéndose desnudos, la casa llena de gente, y sobre todo su mayor enemigo el teniente, que los habia cogido juntos. Volvamos pues á él, que luego conoció á Dorotea. Quedó tan fuera de sí, que de los tres no se pudiera conocer alguna diferencia cual estaba mas muerto, porque nunca el teniente pudiera persuadirse de persona del mundo á semejante cosa, pues teniendo por testigos á sus propios ojos aun los tachara. Vióse tan turbado, tan abrasado de celos, tan desesperado y loco, que por vengarse de ellos, y sin otra consideracion, los hizo llevar á la cárcel, con ánimo de vengarse, y mas de Dorotea, que por no haberle admitido estaba resuelto de infamarla, buscando rastros para tener ocasion con que prender tambien á su marido, pareciéndole no haber sido posible no ser sabedor y consentidor del caso, dando á su mujer licencia que fuese á dormir con aquel mancebo por interés grande que por ello le habria dado. Que una pasion de amor hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles. A ella la llevaron cubierta con su manto, con órden que no fuese por entonces conocida hasta hacer la informacion, y á él por otra parte tambien lo llevaron preso. Y aunque hizo Claudio por impedirlo grandes diligencias, pretendiendo excusar los graves daños que de ello pudieran resultar, ni ruegos ni dineros fueron parte á que la rabia del corazon se le aplacase al juez. Ellos quedaron en su prision, y el juez echando espuma por la boca, hasta que se aplacó el fuego y lo dejó muerto, mas el de su corazon muy vivamente ardia. Era ya despues de media noche, habia padecido mucho con el cansancio, y mas con el enojo; fuése á dormir, si pudo, pues se cumplió el refran en él, *así tengais el sueño*. No lo tuvo bueno ni es de creer, antes con el enojo trazaria la venganza, fraguándola de mil modos para que no escapasen, ó á lo menos no quedase limpia la honra. Mas estaba haciendo la cuenta sin la huéspeda, que apenas él tenia los piés en la cama, cuando ya Dorotea tenia cobro. Dormia Sabina en un aposento mas adentro del de su ama, para si en algo fuese menester de noche, y como hubiese tenido atencion á todo lo pasado, acudió presto al remedio, que siempre las mujeres en el primer consejo son mas prontas que los hombres, y no ha de ser pensado para que acierten algunas veces. Sacó de su aposento un muy gentil capon que habia quedado de la cena, el cual acomodó con un gentil pedazo de jamon de la Sierra, con un frasco de generoso vino, buen pan, y reales en la bolsa, y poniéndose un colchon, sábanas y un cobertor en la cabeza, y la cesta en el brazo, se fué á la cárcel. Pidió al portero, que le dejase meter aquella cama y cena para una dueña de su amo, que porque tardó en dar un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandó traer el teniente presa. Con esta poca culpa, y cuatro reales de á cuatro que le metió en la mano, le abrió las puertas, haciéndole cien reverencias, aunque con la

ropa que sobre la cabeza llevaba no le vió la cara. Ella entró con su recado á Dorotea, que mas estaba muerta que viva; estuvieron hablando solas, porque las mas presas ya dormian, y de allí resultó que Dorotea hecha Sabina, y puesta una saya suya verde que llevaba, llamó al portero, y le dió la cena, diciendo que la dueña no la queria, ni dormir en cama, hasta salir de allí. Él vió su cielo abierto, y *al sabor del tocino se puso en manos del vino,* guardando la resulta para el siguiente dia. En cuanto el carcelero se ofrendaba, se cargó Dorotea el colchon en la cabeza, y salió de la cárcel dejando en su lugar á Sabina, y con dos de las mujeres del dia pasado se volvió á casa de Claudio hasta por la mañana, que con ellas y otras volvió á su casa fingiéndose no haber estado buena de salud, y que por eso se volvia. Ya el teniente andaba orgulloso para el siguiente dia martes, y no se olvidaba Claudio, porque como ya sabia estar la señora en salvo, hizo que un su amigo hablase al asistente suplicándole que personalmente lo desagraviase, viendo la sin justicia que le habian hecho. Tambien el teniente cuando fué á comer á su casa, y se puso á la ventana mirando con infernal celo á las de Dorotea, miró, y reconocióla que sentada con su marido estaban comiendo juntos. Perdia el seso, estaba sin juicio pensando qué fuese aquello; envió á la cárcel á saber quién soltó la presa de la noche antes; dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueño lo pasado; así pasó aquel dia hasta el siguiente, que viniendo á la visita el asistente con sus dos tenientes, mandaron llamar á Claudio y á la mujer que con él habia presa, los cuales, como ya hubiesen dicho en su confesion quiénes eran, y allí fueron públicamente conocidos, fueron sueltos; empero no tan libres que Claudio no purgase bien las costas, porque cuando á su casa llegó, halló la mayor parte de ella y de sus bienes abrasados, y juntamente á una su hermana honesta de las que sacaron á Dorotea de su casa, la cual fué hallada con un su dispensero en una misma cama muertos, y otros tres criados. Tanto sintió este dolor, lastimóle de tal manera el corazon semejante afrenta, porque aquello habia sido en toda la ciudad notorio, que de la intensa imaginacion cayó gravemente enfermo. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino solo para hacer penitencia del grave pecado cometido, convaleció, y sin dar cuenta de ello á persona del mundo, se fué al monte, donde acabó santamente siendo religioso de la órden de San Francisco. Dorotea se fué con su marido en paz y amistad, cual siempre habian tenido, y el teniente se quedó muy feo sin muchos doblones que le daban, y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor. Porque Sabina y las mas que supieron su afrenta, dentro de muy pocos dias murieron, que así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos.

Con esta historia y otros entretenimientos, venimos con bonanza hasta España (que no poco la tuve deseada), sin ferros, artillería, remos, postizas ni arrombados, porque todo fué á la mar, y quedé yo vivo, que fuera mas justo perecer en ella. Desembarcamos en Barcelona, donde dije á mi amigo el capitan Favelo, que habia votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España hasta llegar en Sevilla y visitar la imágen de nuestra Señora del Valle, á quien me habia ofrecido, y héchole cierta promesa si de allí escapase. Llególe al alma perder mi compañía, mas no pude hacer otra cosa, que temí no viniesen en mi seguimiento con alguna saetía ó algun otro bajel. Compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y los baules, recibí un criado, y diciendo ir mi viaje, sin que alguno supiese lo contrario, nos despedimos como para siempre.

LIBRO TERCERO.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA VIDA, DESDE QUE A ESPAÑA VOLVIÓ, HASTA QUE FUÉ CONDENADO A LAS GALERAS Y ESTUVO EN ELLAS.

CAPÍTULO I.

Despedido Guzman de Alfarache del capitan Favelo, diciéndole ir á Sevilla, se fué á Zaragoza, donde vió el arancel de los necios.

Cuando con algun fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer á su propósito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, árbol ó yerba con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los naturales, y de esta manera se les han levantado millares de testimonios, él es el que miente, y cárgaselo á ellos. Yo aquí haré al revés, porque no mintiendo, diré su mentira, y no porque yo afirme que lo sea, sino porque lo parece; y debe de ser verdad, pues Apolonio Tianeo lo toma por su cuenta, y dice haber visto una piedra que llaman pantaura, reina de todas las piedras, en quien obra el sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos. Y de la manera que la piedra iman atrae á sí el acero, esta pantaura atrae todas las otras piedras, preservando de todo mortal veneno á quien consigo la tiene. Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Todas las atrae á sí, preservando de todo veneno á quien la poseyere. Todo lo hace y obra, es ferocísima bestia, todo lo vence, tropella y manda. Todo lo trae sujeto á su poder, la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales, no se le resiste pez grande ni pequeño en los cóncavos y huecos de las peñas sumergidas debajo del agua, ni le huyen las aves de mas ligerísimo vuelo. Desentraña lo mas pro-

fundo sobre que hacen estribo los montes altísimos, y saca secas las imperceptibles arenas que cubre la mar en su mas profundo piélago. ¿Qué alturas no allanó, cuáles dificultades no venció, qué imposibles no facilitó, en qué peligros le faltó seguridad, á cuáles adversidades no halló remedio, qué deseo que no alcanzase, ó qué ley hizo que no se obedeciese? Y siendo como es un tan ponzoñoso veneno, que no solo como el basilisco siendo mirado mata los cuerpos, empero con el deseo (siendo codiciada) infierna las almas, es juntamente con esto triaca de sus mismos daños, en ella está su contraveneno si de ella supieren aprovecharse. La riqueza de suyo y en sí no tiene honra, ciencia, poder, valor, ni otro bien, pena ni gloria, mas de aquella para que cada uno de los que la tienen la encamina. Es como el camaleon, que toma la color de aquella cosa sobre que se asienta, ó como la naturaleza del agua del lago Feneo, de quien dicen los de Arcadia que quien la bebe de noche enferma, y que sana si la bebe despues del sol salido. Quien hubiere adolecido guardando y atesorando de noche secretamente con cargo de su conciencia, en saliendo la luz del sol, conocimiento verdadero de su pecado, será sano. Ni se condena el rico, ni se salva el pobre, por ser el uno pobre y el otro rico, sino por el uso de ello; que si el rico atesora y el pobre codicia, ni el rico es rico, ni el pobre pobre, y se condenan ambos. Aquella se podrá llamar suma y verdadera riqueza, que poseida se desprecia, que solo sirve al remedio de necesidades, que se comunica con los buenos y se reparte por los amigos. Lo mejor y mas que tienen, es lo que menos de ellas tienen, por ser tan ocasionadas en los hombres. Ellas de suyo son dulces, y golosos ellos, la manzana corre peligro en las puas del erizo.

La providencia divina (para bien mayor nuestro), habiendo de repartir sus dones, no cargándolos todos á una banda, los fué distribuyendo en diferentes modos y personas, para que se salvasen todos. Hizo poderosos y necesitados. A ricos dió los bienes temporales, y los espirituales á los pobres, porque distribuyendo el rico su riqueza con el pobre, de allí comprase la gracia, y quedando ambos iguales, igualmente ganasen el cielo. Con llave dorada se abre, tambien hay ganzúas para él, pero no por solo mas tener se podrá mas merecer, sino por mas despreciar, que sin comparacion es mucho mayor la riqueza del pobre contento, que la del rico sediento. El que no la quiere, aquese la tiene, á ese le sobra, y solo él podrá llamarse rico, sabio y honrado. Y si el cuerdo echase la cuerda, y quisiese medir lo que ha menester con lo que tiene, nuestra naturaleza con poco se contenta, y mucho le sobraria; empero si como loco alárga la soga, y quiere abrazar lo que tiene con lo que desea, hincha Dios esa medida de suerte, que con cuanto el mundo tiene será pobre. Para el de mal contento todo es poco, mucho le faltará por mucho que tenga. Nunca el ojo

del codicioso dirá, como no lo dicen la mar y el infierno, ya me basta. Rico y prudente serias, cuando tan concertado fueses, que quien te conociese se admirase de lo poco que tienes y mucho que gastas, y no causase admiracion en tí lo poco que puedes y lo mucho que otros tienen. Vesme aquí ya rico, muy rico, y en España, pero peor que primero; que si la pobreza me hizo atrevido, la riqueza me puso confiado; si me quisiera contentar y supiera gobernar, no me pudiera faltar; empero como no hice lo uno, ni supe lo otro, por el dinero puse á peligro el cuerpo, y en riesgo el alma; nunca me contenté, nada me quietó: como no lo trabajaba, fácilmente lo perdia; era como la rueda de la noria, siempre henchia y luego vaciaba, estimábalo en poco, y guardábalo menos, empleándolo siempre mal. Era dinero de sangre, gastábalo en sepulturas para cuerpos muertos, en obras muertas y mundanos vicios, en tal vino ello á parar, pues ello se fué con la facilidad que se vino, perdílo y perdíme, como lo verás adelante.

Huyendo del mal que me pudiera suceder, salí de Barcelona por sendas y veredas, de lugar en lugar, y de trocha en trocha. Dije que caminaba para Sevilla, dí excusas, inventé votos y mentiras, no mas de para desmentir espías, y que de mí no se supiese, ni por el rastro me hallasen. Las mulas eran mias, el criado nuevo y bozal en mis mañas, íbame por donde queria, segun me lo pedia el gusto, y primero se me antojaba, hoy aquí, mañana en Francia, sin parar en ninguna parte, y siempre trocando de vestidos, pues á parte no llegué donde lo pudiese diferenciar que no lo hiciese, que todo era cien escudos mas ó menos. De esta manera caminé por aquella tierra toda, hasta venir á dar en Zaragoza con mi persona, que no me dió pequeño contento aportar en aquella ciudad tan principal y generosa. Como la mocedad estimulaba, y el dinero sobraba, y las damas de ella incitaban, me fuí deteniendo allí algunos dias, que todos y muchos mas fueron muy pocos para considerar y gozar de su grandeza. Tan hermosos y fuertes edificios, tan buen gobierno, tanta provision, tan de buen precio todo, que casi daba de sí un olor de Italia. En sola una cosa la hallé muy extraña, y á mi parecer por entonces á la primera vista muy terrible. Hízoseme dura de digerir, y mas de poderse sufrir, porque no sabia la causa. Y fué ver, como conociendo los hombres la condicion de las mujeres, que muy pequeña ocasion les basta para hacer de sus antojos leyes, formando de sombras cuerpos, las quisiesen obligar á que perdiendo el decoro y respeto que á sus difuntos maridos deben, las dejen ellos puestas de piés en la ocasion, ó en el despeñadero, de donde á muchas les hacen saltar por fuerza. Ibame paseando por una espaciosa calle, que llaman el Coso, no mal puesto ni poco picado de una hermosa viuda, moza, y al parecer de calidad y rica. Estúvele mirando y estúvose queda,

bien conoció mi cuidado, mas no se dió por entendida, ni hizo algun semblante, como si yo no fuera ni allí ella estuviera; díle mas vueltas que da un rozin de noria (que no lo somos menos los que tales locuras solicitamos), empero ni ella se mostró esquiva ó desgraciada, ni yo le hablé palabra, hasta que á mi parecer, enfadada de verme necio de tan callado, creo diria entre sí: ¿Quién será este tan pintado pandero que me ha tenido por blanco de puntería dos horas, y no ha disparado ni aun abierto la boca? Quitóse de allí, aguardé que volviese á salir con determinacion de perder un virote para enmandar el extravío, empero á esotra puerta. Fuíme á la posada, y preguntéle al huésped al descuido, y dándole señas, quien seria, ó si la conocia, y respondióme: Aquesa señora es una viuda, no una sino muchas veces muy hermosa. Quise saber en qué modo, y díjome: Tiene muchas hermosuras, que cualquiera bastaba en otra. Es hermosa de su rostro, como por él se deja ver, eslo tambien de linaje, por ser de lo mejor de aquesta ciudad, tambien lo es en riqueza, por haberle quedado mucha suya y de su marido, y sobre toda hermosura es la de su discrecion. Vi tan llena la medida, que luego temí que habia de verter, y dije al huésped: ¿Cómo sus deudos consienten, si tan principal es, que una señora, y tal, esté con tanto riesgo? Porque juventud, hermosura, riqueza y libertad, nunca la podrán llevar por buenas estaciones. ¡Cuánto mejor seria hacerla volver á casar, que consentirle viudez en estado tan peligroso! Y díjome: No lo puede hacer sin grande pérdida, pues el dia que segundare de matrimonio, perderá la hacienda que de su marido goza, que no es poca, y siendo viuda será siempre usufructuaria de toda. Entonces dije: ¡O duro gravámen! ¡O rigurosa cláusula! Cuánto mejor le fuera hacer con esa señora y otras tales, lo que algunos y muchos acostumbran en Italia, que cuando mueren, les dejan una manda generosa, disponiendo que aquello se dé á su mujer el dia que se casare, que para eso se lo deja, solo á fin que codiciosas de ella tomen estado, y saquen su honor de peligro. Fuílo apretando mas en esto, y díjome: Señor caballero, ¿no ha oido vuestra merced en cada tierra su uso? Aquesto corre aquí, como esotro en Italia. *Cada cuerdo en su casa sabe mas que el loco en la ajena.* Volvíle á decir: Si acá no hay mas ley de aquesa, y se deja gobernar de las de *yo me entiendo*, no las apruebo, que por eso tambien se dijo: *al mal uso quebrarle la pierna.* La ley santa, buena y justa, se debe fundar sobre razon. Esa me parece á mí que la diera muy bien quien supiera de ella mas que yo (me respondió el huésped), empero la que á mí me parece tener alguna fuerza, y que debió de mover los ánimos, no fué que la viuda no se casase, mas que, siendo viuda, no viniese necesitada, y quitarles la ocasion de que por no tener faltasen á su obligacion, y el usar mal de lo que se instituyó para bien, la culpa es de ellas, y la pena de ellos. El

hombre no me satisfizo con su buena razon, é hice luego un discurso pensando entre mí lo que son mujeres, que si por mal se llevan, son malas, y si por bien, peores, y de ninguna manera se dejan conocer. Son el mal y el bien de su casa. Corriendo trompican, y andando caen. Su nombre se traen consigo, mujer de mole, por ser toda blanda, excepto de condicion. Figuráronseme (y perdónenme la humildad de comparacion) como la paja, que si en el campo en su natural, y en los pajares la dejan, se conserva con el agua y con los vientos, empero si en algun aposento quieren estrecharla, rompe las paredes, y no han de sacar de ella mas de aquel zumo que quisiere dar de sí, como la naranja, ó ha de amargar sin ser de provecho. No saben tener medio en lo que tratan, y menos en amar ó aborrecer, ni lo tuvieron jamás en pedir y desear, siempre les parece poco lo mucho que reciben, y mucho lo poco que dan. Son por lo general avarientas, empero con todas estas faltas, desdichada de la casa que sus faldas no andan; donde no hay chapines, no hay cosa bien puesta, comida sazonada, ni mesa aseada. Y como el aliento humano sustenta los edificios para que no vengan en ruina y caigan, así la huella de la mujer concertada sustenta la hacienda, y la multiplica, y como *el tocino hace la olla, y el hombre la plaza, la mujer la casa.* No es aqueste lugar para tratar sus virtudes, vengo á las mias, que entonces eran mas que las del tabaco. Estúveme un rato entreteniendo con el huésped, que me hacia relacion de muchas cosas de aquella ciudad, sus privilegios y libertades, de que estaba tan gustoso, y me tenia tan suspendido con su buena plática, que no me hacia falta otro buen entretenimiento. Mis pecados que lo hicieron. Yo habia salido de la mar con un grande romadizo, y no se me habia quitado, saqué de la faltriquera un lienzo, y sonéme las narices, y cuando lo bajé, mirélo, como suele ser general costumbre de los hombres. El traidor del huésped, como era decidor y gracioso, díjome luego: ¡Señor, señor, huya, huya, escóndase presto! ¡Pobre de mí! Pues como estaba perdigado, á cada paso me parecia que me ponian en el asador; apenas me lo dijo, cuando en dos brincos me puse tras de una cortina de la cama. Él, que no sabia mi malicia, parecióle aquello inocencia, y riyéndose, me volvió á decir: No tiene gota en los piés, á fe que es bien ligero, salga vuestra merced acá, quiso Dios que no fué nada, ya es ido, bien puede salir seguro. Salí de allí sin color, el rostro ya difunto, maravillóme mucho como segun mi temor y turbacion, con semejante susto no me arrojé por las ventanas á la calle. Salí perdido, y aun casi corrido; empero procurélo disimular por no levantar alguna polvareda que no me viniese á cuento. Preguntéle, ¿qué habia sido aquello? y díjome: Sosiéguese vuestra merced, y mándeme dar un par de sueldos. Díle un real en los aires, y como lo vi sosegado riyéndose en mucho espacio le volví á preguntar,

¿para qué lo habia pedido, y qué habia pasado? Él entonando mas la risa, el rostro alegre, me dijo: Yo, señor, tengo aquí una procuracion sustituida de los administradores del hospital, para cobrar cierto derecho de los que á mi posada vienen, y lo deben. De aquí adelante podrá vuestra merced andar por todo el mundo con mi cédula, sin que se le haga mas molestia, ni le pidan otra cosa; con este real está ya hecho pago de la entrada, y tiene licencia para la salida. Cuando esto me decia, estaba yo de lo pasado y con lo presente tan confuso, que se me pudiera decir lo que á cierta señora hijadalgo notoria, que habiendo casado con un cristiano nuevo, por ser muy rico y ella pobre, viéndose preñada y afligida como primeriza, hablando con otra señora su amiga, le dijo: En verdad que me hallo tal, que no sé lo que me diga, en mi vida me vide tan judía. Entonces la otra señora con quien hablaba, le respondió: No se maraville vuestra merced, que trae el judío metido en el cuerpo. A fe que yo estaba de manera entonces, que si la risa y trisca del huésped no me sacara presto de la duda, creo que allí me cayera muerto. Alentóme su aliento, alegróme su alegría, y viéndolo tan de trisca, le dije: Ya cuerpo de mí, pues tengo pagada la pena, quiero saber cuál fué mi culpa, que habrá sido rigurosa sentencia de juez condenarme por el cargo que nunca me hizo, ni me recibió descargo, que aun podria ser que oidas las partes me volviesen mi dinero; y si acaso pequé, razon será saber en qué, para poder adelante corregirme. Por parecerme vuestra merced caballero principal y discreto, le quiero leer el arancel que aquí tengo para la cobranza de las penas con que son castigados los que incurren en ellas: el real de la entrada por el muñidor; espere vuestra merced un poco en cuanto vuelvo con él. Fuése y trajo consigo un libro grande, que dijo ser donde asentaba las entradas de los hermanos, y sacando de él unos pliegos de papel que tenia sueltos, comenzóme á leer unas ordenanzas, de las cuales diré algunas que me quedaron en la memoria, con protestacion que hago de poner despues con ellas las que mas me fueren ocurriendo, y decian así:

Arancel de Necedades.

« Nos la Razon, absoluto señor, no conociendo superior, para la reformacion y reparo de costumbres, contra la perversa necedad y su porfía, que tanto se arraiga y multiplica en daño notorio nuestro y de todo el género humano, para evitar mayores daños, y que la corrupcion de tan peligroso cáncer no pase adelante, acordamos, y mandamos dar, y dimos estas nuestras leyes á todos los nacidos y que adelante sucedieren, por via de hermandad y junta, para que como tales, y por nos establecidas, las guarden y

cumplan en todo y por todo, segun aquí se contiene, y so la pena de ellas.

« Otrosí; porque lo que primero se debe y conviene prevenir, para la buena expedicion y ejecucion de justicia, son oficiales de legalidad y confianza, tales cuales convenga para negocio tan importante y grave, nombramos y señalamos por jueces á la buena policía, Curiosidad y Solicitud nuestros legados, para que como nos, y representando nuestra persona misma, puedan administrar justicia, mandando prender, soltando y castigando segun hallaren por derecho. Y nos desde aquí señalamos por hermanos mayores de esta liga, á los que fueren celosos, cada uno en su lugar, y el que lo fuere mas que nosotros. Nuestro fiscal será la Diligencia, y el muñidor la Fama.

« Primeramente, á los que fueren andando y hablando por la calle consigo mismos, y á solas, ó en su casa lo hicieren, los condenamos á tres meses de necios, dentro de los cuales mandamos que se abstengan y reformen, y no lo haciendo, les volvemos á dar cumplimiento á tres términos perentorios, dentro de los cuales traigan certificacion de su enmienda, pena de ser tenidos por precitos, y mandamos á los hermanos mayores los tengan por encomendados.

« Los que, paséandose por alguna pieza ladrillada, ó losas de la calle, fueren asentando los piés por las hiladas ó ladrillos, ó por el órden de ellos, si con cuidado lo hicieren, los condenamos en la misma pena.

« Los que, yendo por la calle, por debajo de la capa sacaren la mano, y fueren tocando con ella por las paredes, admítense por hermanos, y se les conceden seis meses de aprobacion, en que se les manda se reformen, y si lo hicieren costumbre, luego el hermano mayor les dé su túnica y las demás insignias, y sea tenido por profeso.

« Los que, jugando á los bolos, cuando acaso se les tuerce la bola, tuercen el cuerpo juntamente, pareciéndoles que así como ellos lo hacen lo hará ella, en su pecado morirán. Declarámoslos por hermanos ya profesos. Y lo mismo mandamos entenderse con los que semejantes visajes hacen derribándose alguna cosa, y con los que, llevando máscaras de matachines, ó semejantes figuras, van por dentro de ellas haciendo gestos, como si real y verdaderamente les pareciese que son vistos hacerlos por defuera, no lo siendo, y con los que los contrahacen sin sentir lo que hacen, ó cortando con algunas malas tijeras, ó trabajando con algun instrumento, tuercen la boca, sacan la lengua y hacen visajes tales.

« Los que, cuando esperan al criado habiéndolo enviado fuera, si acaso se tarda, se ponen á las puertas y ventanas, pareciéndoles que con aquello se darán mas priesa, y llegarán mas presto, condenamos á los tales á que se retracten y reconozcan su culpa, so pena que no lo haciendo se procederá contra ellos.

« Los que brujulean los naipes con mucho espacio, sabiendo cierto que no por aquello se les han de pintar ó despintar de otra manera que como les vinieron á las manos, los condenamos á lo mismo, y por causas que á ellos nos mueven se les da licencia, que sin que incurran en otra pena, sigan su costumbre, con tal condicion, que cada vez que viere al hermano mayor, ó pasare por su puerta, haga reconocimiento, con descubrirle la cabeza.

« Los que, cuando están subidos en alto, escupen abajo, ya seapor ver si está el edificio á plomo, ya para si aciertan con la saliva en alguna parte que señalan con la vista, los condenamos á que se retracten y reformen dentro de un breve término, pena de ser habidos por profesos.

« Los que, yendo caminando, preguntan á los pasajeros cuanto queda hasta la venta, ó si está lejos el pueblo, por parecerles que con aquello llegarán mas presto, los condenamos en aquella misma pena, dándoles por penitencia la del camino, y la que van haciendo con los mozos de las mulas y venteros. Lo cual se ha de entender teniendo firme propósito de la enmienda.

« Los que orinando hacen señales con la orina, señalando en las paredes, ó dibujando en el suelo, ya sea orinando á hoyuelo, se les manda no lo hagan, pena que, si perseveraren, serán castigados de su juez, y entregados al hermano mayor.

« Los que, cuando el reloj toca, dejando de contar la hora, preguntan las que da, siéndoles mas decente y fácil el contarlas, lo cual procede las mas veces de humor colérico abundante, mandamos á los tales que tengan mucha cuenta con su salud, y siendo pobres, que el hermano mayor los mande recoger al hospital, donde sean preparados con algunas guindas ó naranjas agrias, porque corren riesgo de ser muy presto modorros.

« Los que, habiendo poco que comer y muchos comedores, se divierten á contar cuentos, gustando mas de ser tenidos por lenguaces, decidores y graciosos, que de quedarse hambrientos, por ser tintos en lana y batanados, los remitimos con los incurables. Y mandamos que se tenga mucha cuenta con ellos, porque están en siete grados, y falta muy poco para ser necesario recogerlos.

« Los que, por ser avarientos, ó por otra cualquier causa ó razon que sea, como no nazca de fuerza ó necesidad (que no se deben guardar leyes en los tales casos), cuando van á la plaza, compran de lo mas malo por mas barato, como si no fuese mas caro un médico, un boticario y barbero todo el año en casa, curando las enfermedades que los malos mantenimientos causan, condenámoslos en desgracia general de sí mismos, declarándolos, como los declaramos, por profesos, y les mandamos no lo hagan, ó que serán por ello castigados de los curas, del sacristan y sepulturero de su parroquia, mas ó menos conforme al daño.

« Los que las noches del verano, y algunas en el invierno, se po-

nen con mucho espacio, ya sea en sus corredores y patios, ensillados, ya en ventanas, ó en otras algunas partes, enfrenados, y de las nubes del aire fueren formando figuras de sierpes, de leones y de otros animales, los declaramos por hermanos; empero si aquel entretenimiento lo hicieren para dar en sus casas lugar ó tiempo (á lo que algunos acostumbran por sus intereses), para ver el signo de Tauro, Aries y Capricornio, lo cual es torpísimo caso y feo, condenámoslos á que, siendo tenidos por tales hermanos, no gocen de los privilegios de ellos, no los admitan en sus cabildos, ni se les dé cera el dia de su fiesta.

« Los que, llevando zapatos negros ó blancos, ya sean de terciopelo de color, para quitarles el polvo que llevan, ó darles lustre, lo hicieren con la capa, como si no fuese mas noble y de mejor condicion, y costosa, y por limpiarlos á ellos la dejan á ella sucia y polvorosa, los condenamos por necios de baqueta, y siendo nobles, por de terciopelo de dos pelos fondo en tonto.

« Los que, habiéndose pasado algunos dias que no han visto á sus conocidos, cuando acaso se hallan juntos en alguna parte, se dicen el uno al otro : ¿Vivo está vuestra merced? Vuestra merced en la tierra? No obstante que sea encarecimiento, los nombramos por hermanos, pues tienen otras mas propias maneras de hablar sin preguntar si está en tierra ó vivo, el que nunca fué al cielo y está presente, y les mandamos poner á los tales una señal admirativa, y que no anden sin ella por el tiempo de nuestra voluntad.

« Los que, despues de oida misa, y cuando rezan las Ave Marías á la campana de alzar, ó en otra cualquier hora que en la iglesia se hace señal, en acabando sus oraciones dicen, beso las manos á vuestra merced, aunque se suponga ser en rendimiento de gracias, habiendo dado la cabeza de ellos los buenos dias ó noches, los condenamos por hermanos, y les mandamos que abjuren, pena de la que siempre traerán consigo, siendo señalados con su necedad, pues en mas estiman un beso las manos falso y mentiroso (que ni se las besan ni se las besarian aunque los viesen obispos, y mas las de algunos que las tienen llenas de sarna ó lepra, y otros con unas uñas acanaladas, que ponen asco mirarlas), que un Dios os dé buenas noches ó buenos dias. Y lo mismo les mandamos á los que responden con esta salva cuando estornuda el otro, pudiéndole decir : Dios os dé salud.

« Los que, buscando á uno en su casa, y preguntando por él, se les ha respondido no estar en ella, y haber ido fuera, vuelven á preguntar : ¿Pues ha salido ya? Dámoslos por condenados en rebeldes contumaces, pues repiten á la pregunta que ya les tienen satisfecha.

« Los que, habiéndose llevado medio pié, ó por mejor decir, los dedos de él en un canto, y con mucha flema llenos de cólera, vuelven á mirarlo de mucho espacio, los condenamos en la misma

pena, y los mandamos que la quiten ó no la miren, pena que se les agravará con otras mayores.

« Los que, sonándose las narices, en bajando el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiese salido perlas de ellas, y las quisiesen poner en cobro, condenámoslos por hermanos, y que cada vez que incurrieren en ello den una limosna para el hospital de los incurables, porque nunca falte quien otro tanto por ellos haga. »

Cuando aquí llegó, me pareció que solo le faltó campanilla. Dióme tanta risa, y el papel era tan largo, que no lo dejé pasar adelante, y preguntéle : Ya, señor huésped, que me ha hecho amistad en avisarme para saber corregirme, ¿dígame ahora, ese hospital que dice, dónde está, quién lo administra, ó qué renta tiene? Respondióme : Señor, como son los enfermos tantos, y el hospital era incapaz y pobre, viendo ser los sanos pocos, y los enfermos muchos, acordóse que trocasen las instancias, y así es ya todo el mundo enfermería. Pues los discretos y cuerdos (le pregunté), ¿dónde tendrán alojamiento que puedan estar seguros del contagio? A esto me respondió : Uno solo se dice que sea solo el que no ha enfermado, pero hasta este dia no se ha podido saber quien sea; cada cual piensa de sí que lo es, mas no para que los mas estén satisfechos de ello. Lo que por nueva cierta puedo dar, es que dicen haberse hallado un grandísimo ingeniero, el cual se ofrece á meter en un huevo á cuantos de este mal de todo punto se hubieren hallado limpios, y que juntamente con sus personas, meterá sus haciendas, heredamientos y rentas, y que andarán tan anchos y holgados, que apenas vendrán á juntarse los unos con los otros. Ya no lo pude sufrir, y díjele : Malicia es esa, y no menos grande que la casa de los necios; empero, bien considerado, conocí su verdad, viendo que somos hombres, y que todos pecamos en Adan. La conversacion pasara mas adelante, y el arancel se acabara de leer, si la noche no viniera tan aprisa, porque me picaba mucho la viuda, y queria dar una vuelta, para ver qué mundo corria por aquellos barrios; empero dejando para el siguiente dia lo que aquel no dió lugar, pedí un vestidillo galan que tenia, y mi espada debajo del brazo salí por la ciudad á buscar mis aventuras. Ibame paseando por la calle muy descuidado que hubiera quien ganármela pudiese, aunque le diera siete á ocho. Y al trasponer de una esquina, en unas encrucijadas, encontréme con dos mozuelas de muy buen talle la una, y la otra parecia su criada; lleguéme á ellas, y no me huyeron; detúvelas, y paráronse. Comencé á trabar conversacion y tuviéronmela con tanto desenfado y cortesanía, que me tenian suspenso; á cuanto á la señora le dije, me tuvo los envites, no perdiéndome surco, ni dejándome carta sin envite; comencéme á querer desenvolver de manos, y como á lo melindroso hacia la

hembra que se me defendia, empero de tal manera, con tal industria, buena maña, y grande sutileza, que cuanto en muy breve espacio traje ocupadas las manos por su rostro y pechos, ella con las suyas no holgaba, que metiéndolas por mis faltriqueras, me sacó lo poco que llevaba en ellas. Con aquel encendimiento no lo sentí, ni me fuera posible aun en caso que fuera con cuidado, porque nunca en tales tiempos hay memoria ni entendimiento, solo se ocupa la voluntad. Ella en el mismo punto, cuando tuvo su hacienda hecha, y sacándome importancia hasta cien reales, dijo: Mira, hermanito, déjame ahora por tu vida, y haz lo que te dijere por amor de mí; aguárdame á la vuelta de esta calle por donde venimos, que la segunda casa es la mia; no vamos mas de por una poca de labor á una casa cerca de aquí, y al momento seré contigo. Luego volveremos, y entrarás en mi casa, que no estamos mas de yo y mi criada solas, y verás como te sirvo de la manera que mandares, y oirásme cantar y tañer, de manera que digas que no has visto mejores manos en tu vida en una tecla. Ponte aquí á esta vuelta para que no te sientan ir conmigo, que aun soy mujer casada y de buena opinion en el pueblo, y no querria perderla; pero parécesme de tal calidad, que cualquiera cosa se puede arriscar por tí. Creíla todo cuanto me dijo; por tan cierto lo tuve como en las manos. Hice lo que me mandó, púseme tras la esquina, y desde las ocho y media de la noche hasta las once dadas no me quité del puesto paseando; todo se me antojaban bultos y que venian, mas así me pudiera estar hasta este dia, que nunca mas volvió. Cuando ya vi ser tarde, sospeché que tendria su galan, y que, habiendo ido á su casa, no la dejaria volver; culpábala, y no mucho, que lo mismo me hiciera yo si por mis puertas entrara. Vi que no habia sido mas en su mano, y dije: *Aun serán buenas mangas despues de Pascua.* Esto aquí nos lo tenemos, cierto está, un dia viene tras otro; dejéle señalada la puerta, y pasé con mi estacion adelante, donde me llevaban los deseos. Cuando allá llegué, todo estaba muy sosegado, que ni memoria de persona parecia por la calle, ni en puerta ó ventana. Estuve mirando y acechando por una parte y otra, dí vueltas, hice ruido, tosí, desgarré, mas como si no fuera. Ya despues de buen rato, cuando cansado de pasear y esperar me quise volver á la posada desesperado de cosa que bien me sucediese, salió á una ventana pequeña un bulto, al parecer y en el habla de mujer, cuyo rostro no vi, ni cuando lo viera pudiera dar fe de él, por hacer tan oscuro. Comencéle á decir mocedades ó necedades (que no eran ellas menos), y díjome no ser ella con quien yo pensaba que hablaba, sino criada suya fregona de las ollas. Sea quien hubiere sido, tan bien hablaba, de tal manera me iba entreteniendo, que me olvidé por mas de dos horas, pareciéndome un solo momento. Veis aquí, si

no lo habeis por enojo, cuando á cabo de rato sale un gozque de Bercebut, que debia de ser de alguna casa por allí cerca, y comenzónos á dar tal batería, que no me fué posible oir ni entender mas alguna palabra. La ventana estaba bien alta, la mujer hablaba paso, corria un poco de fresco, tanto ladraba el gozque, y tal estruendo hacia, que pensándolo remediar, busqué con los piés una piedra que tirarle, y no hallándola bajé los ojos, y divisé por junto de la pared un bulto pequeño y negro; creí ser algun guijarro, asílo presto, empero no era guijarro ni cosa tan dura; sentíme lisiada la mano, quísela sacudir, y díme con las uñas en la pared, corrí con el dolor con ellas á la boca, pesóme de haberlo hecho. No me vagaba escupir, acudí á la faltriquera con esotra mano para sacar un lienzo, empero ni aun lienzo le hallé. Sentíme tan corrido de que la mozuela me hubiese burlado, tan mohino de haberme así embarrado, que si los ojos me saltaban del rostro con la cólera, las tripas me salian por la boca con el asco; queria lanzar cuanto en el cuerpo tenia, como mujer con mal de madre. Tanto dió el perro en perseguirme, que á la mujer le fué forzoso recogerse, y cerrar su ventana, y á mí buscar donde lavarme. Arrastré los dedos por las paredes, como mas pude y mejor supe, fuíme con mucho enojo á la posada, con determinacion de volver la noche siguiente á los mismos pasos, por si acaso pudiera encontrarme con aquella buena dueña que nos vendió el galgo.

CAPÍTULO II.

Sale Guzman de Alfarache de Zaragoza, vase á Madrid, á donde, hecho mercader, lo casan, quiebra con el crédito, y trata de algunos engaños de mujeres, y de los daños que las contraescrituras causan, y del remedio que se podria tener en todo.

Luego que á casa llegué, me fuí derecho al pozo, y fingiendo quererme refrescar, porque mi criado no sintiera mi desgracia, le hice sacar dos calderos de agua; con el uno me lavé las manos, y con el otro la boca, que casi la desollé, y no estaba bien contento ni satisfecho de mí. En toda la noche no pude cobrar sueño, considerando en la verdad que la mujer me habia confesado, que me acordaria de sus manos para en toda mi vida. Ved si la dijo, pues aun hago memoria de ellas para los que de mí sucedieren. Yo aseguro, que no se hizo tanta de las de la Griega Elena, ni de la Romana Lucrecia. Cuando daba en esto, la con-

versacion de la otra me destruia, queria olvidarlo todo, y acudia por el otro lado la memoria del guijarro, alterábaseme otra vez el estómago. ¿Qué ha de ser esto de esta noche? ¿Cuándo habemos de acabar con tanto? Que si *de una parte me cerca Duero, por otra Peña Tajada.* Decia, considerando entre mí: Si aquesta pequeña burla (no mas de por haberlo sido) la siento tanto, ¿cómo lo habrán pasado mis parientes con la pesadumbre que les hice? Cuándo aquesto así duele, ¿qué hará con guindas? Ya lo pasaba en esto, ya en lo que habia de hacer al siguiente dia, cómo y de qué me habia de vestir, si habia de arrojar la cadena del dia de Dios, de las fiestas terribles, por dónde habia de pasear, qué palabras me atreveria á decir para moverla, ó qué regalo le podria enviar con que obligarla. Luego volvia, diciendo: Si mañana hallase aquella mozuela, ¿qué le haria? ¿Pondriále las manos? No. ¿Quitaréle lo que llevare? Tampoco. ¿Pues tratar su amistad? Menos. Pues (decíame yo á mí) ¿para qué la quiero buscar? Ya conozco las buenas y diestras manos que trae por la tecla. Váyase con Dios, *allá se lo haya Marta con sus pollos,* que á fe que si le sobrara, no se pusiera en aquel peligro. Mirábame á mí, conocíame, volvia considerando á solas: ¿Cuáles quejas podrá dar el carnicero lobo del simple cordero? ¿Qué agua le pone turbia, para que tanto de él se agravie? ¿No puedo traer en una muy valiente acémila el oro y plata, perlas, piedras y joyas que traigo robadas de toda Italia, y acuso á esta desdichada por una miseria que me llevó, quizá forzada de necesidad? ¡O condicion miserable de los hombres! ¡qué fácilmente nos quejamos! ¡cuán de poco se nos hace mucho, y cómo muy mucho lo criminamos! ¡O Majestad inmensa divina! ¡qué mucho te ofendemos, qué poco se nos hace, y cuán fácilmente lo perdonas! ¿Qué sujecion tan avasallada es la que tienen los hombres á sus pasiones propias? Y pues lo mejor de las cosas es el poderse valer de ellas á tiempo, y conozco que se debe tener tanta lástima de los que yerran, como envidia de los que perdonan, quiéromela tener á mí; allá se lo haya, yo se lo perdono. Así me amaneció. Ya la luz entraba escasamente por unas juntas de ventanas, cuando tambien por ellas pareció haber entrado un poco de sueño; dejéme llevar, y traspúseme hasta las nueve, sin decir esta boca es mia. No tanto me holgué por haber dormido, como de quedar dispuesto á poder velar la noche siguiente, sin quedar obligado á pagar por fuerza el censo en lo mejor de mi gusto, si acaso acertara otra vez á cobrarlo. Levantéme satisfecho y deseoso; fuíme á misa, visité la imágen de nuestra Señora del Pilar, que es una devocion de las mayores que hoy tiene la cristiandad. Gasté aquel dia en paseos, vi mi viuda, que saliendo á la ventana, se puso en el balcon á lavar las manos, quisiera que aquellas gotas de agua cayeran en mi corazon, para si acaso pu-

dieran apagar el fuego de él, no me atreví á hablar palabra, púseme á una esquina, miréla con alegres ojos y rostro risueño, ella se rió, y hablando con las criadas que allí estaban dándole la tohalla, con la fuente y jarro, sacaron las cabezas afuera, y me miraron. Ya con esto me pareció hecho mi negocio; atiesé de piernas y pecho, y levantando el pescuezo díle dos o tres paseos, el canto del capote por cima del hombro, el sombrero puesto en el aire, y llevando tornátiles los ojos, volviéndola á mirar á cada paso, de que no poco estaban risueñas y yo satisfecho; tanto me alargué, tan descompuesto anduve, como si fuera negocio hecho, y corriera la casa por mi cuenta, y á todo esto estuvo siempre queda, sin quitarse de la ventana. Paseábanla muchos caballeros de muy gallardos talles y bien aderezados, empero á mi juicio ninguno como yo. A todos les hallé faltas, que me parecian en mí ventajas y sobras. A unos les faltaban los piés, y piernas á otros, unos eran altos, otros bajos, otros gordos, otros flacos, los unos gachos, y otros corcovados. Y solo era para mí el solo, el que no padecia excepcion alguna, y en quien estaba todo perfecto, y sobre todo mas favorecido, porque á ninguno mostró el semblante que á mí. Acercóse la noche, levantóse de la ventana, volvió la vista hácia donde yo estaba, y entróse adentro. Fuíme á la posada rico y pensativo en lo que habia de hacer, quiso venir el huésped á tenerme conversacion, pero como ya de nada gustaba mas de mis contemplaciones, díjele que me perdonase, que me importaba ir fuera. Cené, y tomando mi espada salí de casa en demanda de mi negocio. Vereis cuál sea la mala inclinacion de los hombres, que con haber hecho aquel discurso en favor de la mujer que me llevó aquella miseria, me picaban tábanos por hallarla, y dí cien vueltas aquella noche por la propia calle, pareciéndome que pudiera ser volver á verla otra vez en el mismo puesto, sin saber porqué ó para qué lo hacia, mas de así ociosamente hasta hacer hora. Ya cuando vi que lo era, fuíme mi calle adelante, y al entrar en la del Coso por una encrucijada, casi frontera de la casa de mi dama, divisé desde lejos dos cuadrillas de gente, unos á la una parte, y otros á la otra. Volvíme á retirar adentro, y parado á una puerta consideraba: yo soy forastero, esta señora tiene las prendas y partes que todo el mundo conoce, pues á fe que no *está la carne en el garabato por falta de gato.* No es mujer esta para no ser codiciada y muy servida. Estos aquí no están esperando á quien dar limosna; yo no sé quien son, ó lo que pretenden, si son amigos y todos una camarada, ó si alguno de ellos es interesado aquí; si me cogen por desgracia en medio, no digo yo manteado, acribillado y como del Coso agarrochado, por ventura me dejarán muerto; la tierra es peligrosa, los hombres atrevidos, las armas aventajadas, ellos muchos, yo solo; Guzman, guarte no sea nabo. Y si son enemigos y quieren sacudirse, yo no los he de poner en paz, antes he

de sacar la peor parte, ya sea por aquí, ya por allí; volvamos á casa, que es lo mas cierto; mas á cuento me viene mirar por mis baules, y salirme de lugar que no conozco, ni soy conocido, que *á quien se muda Dios le ayuda.* Dí la vuelta en dos piés, y en cuatro trancos llegué á mi posada; recogíme á dormir con mejor gana y menos penas que la noche pasada, que verdaderamente no hay así cosa que mas desamartele que ver visiones. De esta manera me determiné á salir de allí el siguiente dia, y así lo hice. Víneme poco á poco acercando á Madrid, y cuando me vi en Alcalá de Henares, me detuve ocho dias por parecerme un lugar el mas gracioso y apacible de cuantos habia visto despues que de Italia salí. Si la codicia de la corte no me tuviera puestas en los piés alas, bien creo que allí me quedara gozando de aquella fresquísima ribera, de su mucha y buena provision, de tantos agudísimos ingenios, y otros muchos entretenimientos. Empero como Madrid era patria comun y tierra larga, parecióme no dejar un mar por el arroyo. Allí al fin, está cada uno como mas le viene á cuento; nadie se conoce, ni aun los que viven de unas puertas adentro; esto me arrastró, allá me fuí. Estaba ya todo muy trocado de como yo lo dejé, ni habia especiero, ni memoria de él. Hallé poblados los campos, los niños mozos, los mozos hombres, los hombres viejos, y los viejos fallecidos. Las plazas calles, y las calles muy de otra manera, con mucha mejoría en todo. Aposentéme por entonces muy á gusto, y tanto, que sin salir de la posada estuve ocho dias en ella, divertido con solo el entretenimiento de la huéspeda, que tenia muy buen parecer. Era discreta, y estaba bien tratada. Hízome regalar y servir los dias que allí estuve con toda la puntualidad posible. En este tiempo anduve haciendo mi cuenta, dando trazas en mi vida, qué haria, ó cómo viviria, y al fin de todas ellas venció la vanidad. Comenzé mi negocio por galas y mas galas; hice dos diferentes vestidos de calza entera y muy gallardos; otro saqué llano para remudar, pareciéndome que con aquello si comprase un caballo, que quien así me viera, y con un par de criados, fácilmente me compraria las joyas que llevaba. Púselo por obra, comencé á pavonear y gastar largo, la huéspeda no era corta, sino gentil cortesana, dábame cañas á las manos en cuanto era mi gusto. Aconteció, que como frecuentasen mi visita muchas de sus amigas, una de ellas trajo en su compañía una muchachuela de muy buena gracia, hermosa como un ángel, y con ser tan por extremo hermosa, era mucho mas vellosa. Hícele el amor, mostróse arisca, *dádivas ablandan peñas;* cuanto mas la regalé, tanto mas iba mostrándoseme blanda, hasta venir en todo mi deseo. Continué su amistad algunos dias, en los cuales nunca cesó (como si fuera gotera) de pedir, pelar y repelar cuanto mas pudo, tan sutil y diestramente, cual si fuera mujer madrigada, muy cursada y curtida; empero bastábale la doctrina de su madre. Pidióme una

vez que le comprase un manteo de damasco carmesí que vendia un corredor á la Puerta del Sol, con muchos abollados y pasamanos de oro, y no querian por él menos de mil reales. Pareciéndome aquella una excesiva libertad (porque, aunque me tenia un poco picado, no lo habia hecho tan mal con ella, que ya no le hubiese dado mas de otros cien escudos, y que si así me fuese dejando cargar á su paso, en tres boladas no quedara bolo enhiesto), no se lo dí; enojóse, no se me dió nada; sintióse, díme por no entendido; indignáronse madre é hija, callé á todo hasta ver en qué paraba; no me vinieron á visitar, ni yo las envié á llamar; entraron en consejo con mi huéspeda, que fueron todas *el lobo y la vuelpeja, y tres al mohino:* veis aquí cuando á medio dia estaba comiendo, muy sin cuidado de cosa que me lo pudiera dar, donde veo entrar por mi aposento un alguacil de corte. ¡Ah, cuerpo de tal! *aquí morirá Sanson y cuantos con él son.* Mi fin es llegado, dije. Levantéme alborotado de la mesa, y el alguacil me dijo: Sosiéguese vuestra merced, que no es por ladron. Antes no creo que puede ser por otra cosa, dije entre mí. Ladron dijistes, creí que lo decia por donaire, y por esa causa queria prenderme; turbéme de modo, que ni acertaba con palabra, ni sabia si huir, si estarme quedo. Teníanme tomada la puerta los corchetes, la ventana era pequeña y alta de la calle, no pudiera con tanta facilidad arrojarme por ella, que primero no me cogieran, y cuando pudiera escapar de sus manos me matara. Ultimamente, con toda mi turbacion, como pude, le pregunté qué mandaba. Él con la boca llena de risa, y muy sin el cuidado que yo estaba, metiendo la mano en el pecho, sacó de él un mandamiento, en que me mandaban prender los alcaldes por el virgo de Justilla; ¡válgate la maldicion por hembra, y á mí sé lo que te pides, y no mientes como cien mil diablos! juréle ser falsedad y testimonio. El aguacil riyéndose me dijo que así lo creia, empero que no podia exceder del mandamiento, ni soltarme, que tomase la capa, y me fuese con él á la cárcel. Vime desbaratado, yo tenia los baules cuales ya podrás imaginar, mis criados no eran conocidos, estaba en posada donde me habian hecho la cama, y quizá para tener achaque de robarme; si allí los dejaba, quedaban como en la calle, y si los queria sacar, no tenia donde ponerlos. Pues ir á la cárcel es como los que se van á jugar á la taberna en la montaña, que comienzan por los naipes, y acaban borrachos con el jarro en las manos. Pensando ir por poco pudiera ser salir por mucho, estaba que no sabia lo que hacerme. Aparté á solas al alguacil, roguéle que por un solo Dios no permitiese mi perdicion, díjele que aquella hacienda quedaba en riesgo y perdida, que diese traza como no se me hiciese agravio, porque me robarian, y que solo aquese habia sido el intento de aquella gente. Era hombre de bien (que no fué pequeña ventura), discreto, cortesano, sabia mi verdad como quien conocia bien á la

parte, prometí de pagárselo muy á su gusto; díjome que no tuviese pena, que haria lo que pudiese por servirme. Dejó allí los criados en mi guarda, y salió á buscar á la parte que habian con él venido, y estaban en el aposento de la huéspeda. Fué, y volvió con unos y otros medios; amenazólas que si no lo hacian habia de jurar en mi favor la verdad, y descubrir la bellaquería si no se contentaban con lo que fuese bueno. Ellas que vieron su pleito mal parado, lo dejaron todo en sus manos, y concertónos en dos mil reales, que le fué por juramento á la madre, que le habia de pagar el manteo con el doblo, y no la tendria contenta, mas yo sé lo que quedó, porque no se lo debia. Paguéselos, y yéndonos al oficio del escribano se bajaron de la querella. Costóme todo hasta doscientos ducados, y en media hora lo hicimos noche; mas no tuve aquella en la posada, ni mas puse pié de para sacar mi hacienda, y al punto alcé de rancho, fuíme á la primera que hallé, hasta que busqué un honrado cuarto de casa, con gente principal; compré las alhajas que tuve necesidad, y puse mis pucheros en órden. Cuando andaba en esto, encontréme una mañana con el mismo alguacil en las Descalzas, y despues de haber ambos oido una misma misa nos hablamos, y juréle por el sacramento que allí estaba que tal cargo no le tuve á aquella mujer, y díjome: Caballero, no es necesario ese juramento para lo que yo sé, cuanto mas para lo que aquí es muy público. Yo conozco aquella mozuela, y con esta demanda que puso á vuesa merced, son tres las querellas que ha dado en esta corte por el mismo negocio. Dió la primera ante el vicario de la villa de un pobre caballero de Epístola, que vino aquí á cierto negocio; era hijo de padres honrados y ricos, el cual por bien de paz les dejó hasta la sotana, y se fué como dicen en camisa. Despues lo pidieron otra vez en la villa, querellándose al teniente de un Catalan rico, de quien tambien pelaron lo que pudieron, pero este jurada se la tiene, que no le dejará la manda en el testamento. Agora se querelló á los alcaldes de vuestra merced, y si no fuera por parecerme de menor inconveniente pagarles aquel dinero, que consentirse ir preso, dejando su hacienda desamparada, verdaderamente no lo consintiera, hiciera mi oficio; empero *del mal el medio*, que aunque sin duda vuesa merced saliera libre, no pudiera ser con tanta brevedad que no pasase algun tiempo en pruebas y respuestas, con esto excusamos prisiones, grillos, visitas, escribano, procuradores; daca la relacion, vuelve de la relacion, que todo fuera dilacion, vejacion y disgusto; mas barato se hizo de aquella manera, y con menos pesadumbre. Lo que como hidalgo y hombre de bien puedo á vuesa merced asegurar, es que he servido á su Majestad con esta vara casi veinte y tres años, porque va ya en ellos, y que de todos cuantos casos he visto semejantes á este, no he sabido de tres en mas de trescientos que se hayan pedido con justicia, porque nunca

quien lo come lo paga, ó por grandísima desgracia. Siempre suele salir horro el dañador, y despues lo echan á la buena barba; siempre suele recambiar en un desdichado, de quien puede sacar honra y dineros, ó marido á propósito para sus menesteres. Él es como la seca, que el daño está en el dedo y escupe debajo del brazo. La causa es, porque, ó luego el delincuente huye, ó es persona tal á quien seria de poca importancia pedirlo. Estas mozuelas ándanse por esas calles, ó en casa de sus amigas, ó en las de sus padres, entra en la cocina el mozo, tiene lugar de hablarlas y ellas de responderle, ambos están de las puertas adentro, sóbrales el tiempo, no les falta gana, llega la ocasion, y dejan asentada la partida. Y como sucede las mas veces aquesto con gente pobre, y luego él, en oliendo el tocino, se sale de casa y no parece, cuando los padres lo alcanzan á saber, para no quedarse sin el fruto de sus trabajos, danle una fraterna, y ellos mismos andan despues á ojeo, y la echan á la mano á persona tal, que saquen costo y costas de su mercadería, y así viene quien menos culpa tiene á lavar la lana. Entonces le pregunté: ¿Pues dígame vuesa merced, suplícoselo, si nunca los tales casos acontecen sino á solas, quién hay que jure con verdad, si ella no da gritos para que se vea la fuerza, y acude gente que los halle á entrambos en el acto? Respondióme: No es necesario, ni en tales casos piden al testigo que diga si los vió juntos, que seria infinito; basta que depongan que los vieron hablar y estar á solas, que la besó, que los vieron abrazados, ó de las puertas adentro de una pieza, ó tales actos que se pudiera de ellos presumir el hecho. Porque con esto, y la voz que ella misma se pone de haber sido forzada, hallándola ya las matronas como dice, bastan para prueba. Yo vi en esta corte un caso muy riguroso, y el mayor que vuestra merced habrá oido. Aquí estuvo una dama muy hermosa y forastera, la cual venia ladrada de su tierra, no con otro fin que á buscar la vida; tratóse como doncella, y en ese hábito anduvo algunos dias. Pretendióla cierto príncipe, y habiéndole hecho escritura por ochocientos ducados, en que con él concertó su honor, diciendo quererlos para su casamiento, no pagándoselos al plazo, ejecutó, y cobró. Despues de allí á pocos años, que no pasaron cuatro (siendo favorecida de cierto personaje), hizo un escabeche, con que habiendo tratado con cierto extranjero, querelló de él, y alegando el reo contra ella la escritura original, y la paga del interés, lo condenaron y pagó. Allá dijo, que no hubo, que sí hubo, en resolucion, la mujer en cada lugar cobraba dos ó tres veces lo que no vendia, y de esta manera pasaba. Vuestra merced no se tenga por mal servido en lo hecho, porque libró muy bien, que á fe que los testigos decian ensangrentados, aunque no lo quedó ella. Despedímonos, y fuése; yo quedé admirado de oir semejante negocio. De allí me fuí deslizando poco á poco en la consideracion de cuán santa, cuán justa

y lícitamente habia proveido el santo concilio de Trento sobre los matrimonios clandestinos. ¡Qué de cosas quedaron remendadas! ¡Qué de portillos tapados, y paredes levantadas! Y cómo si la justicia seglar hiciera hoy otro tanto en casos cual el mio, no hubiera el quinto ni el diezmo de las malas mujeres que hoy hay perdidas. Porque real y verdaderamente, hablando entre nosotros, no hay fuerzas, sino grado. No es posible hacerla ningun hombre solo á una mujer, si ella no quiere otorgar con su voluntad; y si quiere, ¿y qué le piden á él? diré lo que verdaderamente aconteció en un lugar de señorío en Andalucía. Tenia un labrador una hija moza, de quien se enamoró un mancebo, hijo de vecino de pueblo, y habiéndola gozado, cuando el padre de ella lo vino á saber, acudió á una villa, cabeza de aquel partido, á querellarse del mozo. El alcalde tuvo atencion á lo que decian, y despues de haber el hombre informádole muy á su placer del caso, le dijo: ¿Al fin os querellais de aquese mozo que retozó con vuestra muchacha? El padre dijo que sí, porque la deshonró por fuerza. Volvió el alcalde á preguntar: Y decidme, ¿cuántos años tienen él y ella? El padre le respondió: Mi hija hace para el agosto que viene veinte y un años, y el mozo veinte y tres. Cuando el alcalde oyó esto, enojado, y levantándose con ira del poyo, le dijo: ¿Y con eso venis agora? Él de veinte y tres, y ella de veinte y uno; andad con Dios, hermano, ved qué gentil demanda. volveos en buena hora, que muy bien pudieron hacerlo. Si así se les respondiese con una ley, en que se mandase que mujer de once años arriba, y en poblado, no pudiese pedir fuerza, por fuerza serian buenas. No hay fuerza de hombre que valga contra la que no quiere; y cuando una vez en mil años viniese á ser, no se habia de componer á dinero, ni mandándoles casar (salvo si no le dió ante testigos palabra de ello), no habia de haber otro medio que pena personal, segun el delito, y que saliese á la causa el fiscal del rey, para que no pudiese haber, ni valiese perdon de parte. Yo aseguro que de esta manera ellos tuvieran miedo, y ellas mas vergüenza, porque quitándoles esta guarida, desconfiadas, no se perderian. Si fué su voluntad, ¿qué piden? Si no tienen qué, no engañen. Aquí entra luego la piedad, y dice: Oh! que son mujeres flacas, déjanse vencer por ser fáciles en creer, y falsos los hombres en el prometer, deben ser favorecidas; esto es así verdad, empero si supiesen que no lo habian de ser, sabrianse bien guardar, y aquesta confianza suya las destruye, como la fe sin obras, que tiene millares en los infiernos. Ninguna se fie de hombre; prometen con pasion, y cumplen con dilacion y sin satisfaccion, y la que se confiare quéjese de sí si la burlare. Prenden á un pobreto, como yo he visto muchas veces revolverse dos criados en una casa, y estando ella como gusano de seda de tres dormidas[1], con quien ha querido, cuando el amo los halla

[1] A las tres dormidas es cuando los gusanos de la seda hacen los capullos.

juntos, prende al desdichado que ni comió nata ni queso, sino solo el suero que arrojan á los perros. Tiénenlo en la cárcel, hasta que ya desesperado lo hacen que se case con ella, porque lo condenan en pena pecuniaria, que vendidos él y todo su linaje, no alcanzan para pagarla. Cuando se ve perdido y cargado de matrimonio, quítale á bofetadas lo que tiene, vánse uno por aquí y el otro por allí, él se hace romero y ella ramera; ved qué gentil casamiento, y qué gentil sentencia. ¡Oh, si sobre aquesto se reparase un poco! no dudo en el grande provecho que de ello resultase. Pagué lo que no pequé, troqué lo que no comí. Puse mi casa, recogíme con lo que tenia, porque temia no me sucediese con otra huéspeda lo que con la pasada. Y porque tambien recelaba que aquel collar y cinta que me habia enviado el tio, siendo piezas de tanto valor, pudieran ser por la fama descubiertas, quíseme retirar á solas á mi casa, y en parte donde con secreto pudiese deshacerlo todo. Así lo hice, desclavé las piedras á punta de cuchillo, quité las perlas, puse cada cosa de por sí, metí en un grande crisol todo el oro, no de una vez, que no cupo, sino en seis ó siete, y así lo fundí, yéndolo aduzando con un poco de soliman, que yo sabia un poquito del arte, y teniendo un riel prevenido, lo fuí de mi espacio haciendo barretas. Parecióme cordura que por sus hechuras no quedase deshecha la mia, y tuve por mejor perderlas que perderme. Híceme tratante con aquellas piedras, informándome muy bien primero del valor de ellas, y de cada una, haciéndolas engastar en cruces, en sortijas, en arracadas y otras joyas, donde mejor se podian acomodar, diferenciado el engaste, de manera, que con el oro mismo y las piedras, hice diferentes piezas, que unas vendidas, otras fiadas á desposados, y rifadas muchas, perdí muy poco de lo que de otra manera se pudiera ganar, y con menos pesadumbre de riesgo. Mi caudal crecia, porque ya me habia hecho muy gentil mohatrero; crédito no me faltaba, porque tenia dinero. Dábanse junto á mi casa unos solares para edificar; parecióme comprar uno, por tener una posesion y un rincon propio en que meterme, sin andar cada mes con las talegas de las alcomenías á cuestas mudando barrios. Concertéme, paguélo en reales de contado, y cargáronme dos de censo perpetuo en cada un año. Labré una casa, en que gasté sin pensarlo, ni poderme volver atrás, mas de tres mil ducados. Era muy graciosa, y de mucho entretenimiento. Pasaba en ella, y con mi pobreza, como un Fucar, y así acabara, si mi corta fortuna y suerte avarienta no me salieran al encuentro, viniéndose á juntar el tramposo con el codicioso. Como mi casa estaba tan bien puesta, mi persona tan bien tratada, y mi reputacion en buen punto, no faltó un loco que me codició para yerno. Parecióle que todo yo era de comer, y que no tenia dentro ni pepita que deshechar. Aun esta es otra locura, casar los hombres á sus hijas con hijos de padres no conocidos. Mira, mira, toma el

consejo de los viejos, *al hijo de tu vecino mételo en tu casa.* Sabes qué mañas, qué costumbres tiene, si tiene, si sabe, si vale, y no un venedizo, que pudieran otro dia ponérselo desde su casa en la horca, si acaso lo conocieran. Era tambien mohatrero como yo, que siempre acude cada uno á su natural. Tanto se me vino á pegar, que me llegó á empegar; casóme con su hija, y otra no tenia; estaba rico, era moza de muy buena gracia, prometióme con ella tres mil ducados, dije que sí. Él, como era vividor, solo buscaba hombre de mi traza, que supiese trafegar con el dinero, y en esto tuvo razon, porque mucho *mas vale un yerno pobre que sepa ser vividor, que rico y gran comedor.* Mejor es hombre necesitado de dineros, que dineros necesitados de hombre. Aqueste se aficionó de mí, *tratáronse los conciertos, y efectuáronse las bodas.* Ya estoy casado, ya soy honrado, la señora está en mi casa muy contenta, muy regalada y bien servida. Pasáronse algunos dias, y no fueron muchos, cuando llevándonos mi suegro un domingo á comer á casa, despues de alzadas mesas, que nos quedamos los tres á solas, díjome así: Hijo, como ya con los años he pasado por muchos trabajos, y veo que sois mozo, y estais al pié de la cuesta, para que llegueis á lo alto de ella descansado, y no volvais á caer desde la mitad, os quiero dar mi parecer, como quien tanto es interesado en vuestro bien, que de otra manera, no tenia para que daros parte de lo que pretendo. Lo primero habeis de considerar, que si un maravedí sacáredes del caudal con que trateis, que se os acabará muy presto, cuando sea muy grueso. Tambien habeis de hacer como con vuestro buen crédito paseis adelante, y si habeis de ser mercader, seais mercader, poniendo aparte todo aquello que no fuere llaneza, pues no se negocia ya sino con ella, y con dinero, cambiar y recambiar. Yo procuraré iros dando la mano cuanto mas pudiere siempre, y porque, lo que Dios no quiera, si alguna vez diere vuelta el dado, y no viniere la suerte como se desea, purgaos en salud, prevenios con tiempo de lo que os puede suceder. Otorgaránse luego dos escrituras, y dos contraescrituras, la una sea confesando que me debeis cuatro mil ducados que os presté, de la cual os daré luego carta de pago, como la quisiéredes pintar, y ambas las guardaremos, para si fueren menester, aunque mucho mejor seria que tal tiempo nunca llegase, ni lo viésemos por nuestra puerta. La otra será, yo haré que os venda mi hermano quinientos ducados que tiene de juro en cada un año, y haráse de esta manera: no faltará un amigo cajero que por amistad haga muestra del dinero, para que pueda el escribano dar fe de la paga, ó ahí lo tomaremos y nos lo prestarán en el banco á trueco de cincuenta reales, y cuando se haya otorgado la escritura de venta, vos le volvereis á dar á él poder en causa propia, confesando que aquello fué fingido, mas que real y verdaderamente siempre aquellos quinientos ducados fueron y son

suyos. Parecióme muy bien, por ser cosa que pudiera importar y nunca dañar. Hízose así como lo trazó el maestro, y como aquel que de bien acuchillado sabia como se habia de preparar el atutía, pues ya tenia el camino andando, y con la misma traza se habia enriquecido. De esta manera fuí negociando algun tiempo, siendo siempre puntual en todo, y como la ostentacion suele ser parte de caudal por lo que al crédito importa, presumia de que mi casa, mi mujer y mi persona, siempre anduviésemos bien tratados, y en mi negociacion ser un reloj. Era la señora mi esposa de la mano horadada, y taladrada de sienes, yo por mi negocio le comencé á dar mano, y ella por el suyo tomó tanta, que con sus amigas en banquetes, fiestas y meriendas, demás de lo exorbitante de sus galas y vestidos, con otros millares de menudencias, que como rabos de pulpos cuelgan de cada cosa de estas, juntándose con la carestía que sucedió aquellos primeros años, lo poco que correspondieron los negocios, ya me conocí flaqueza, ya tenia vahidos de cabeza, y estaba para dar conmigo en el suelo, faltaba muy poco para dejarme caer á plomo. *Nadie sabe, si no es el que lo lasta, lo que semejante casa gasta.* Si en este tiempo se hiciera la ley en que dieron en Castilla la mitad de multiplicado á las mujeres, á fe que no solo no se lo dieran, empero que se lo quitaran de la dote. Debian entonces de ayudarlo á ganar, empero ahora no se desvelan, sino en como acabarlo de gastar y consumir. Hacienda y trato tenia yo solo para ser brevemente muy rico, y con la mujer quedé pobre. Como solo mi suegro sabia tambien como yo el debe y ha de haber de mi libro, no me faltaba el crédito, porque todos creyeron siempre que aquellos quinientos ducados eran mios. Con aquella sombra cargué cuanto mas pude, hasta que no pudiendo subir el peso, me asenté como edificio falso. Llegábase ya el tiempo de las pagas, que aunque siempre corre, para los que deben vuela, y es mas corto. Vime apretado, no podia sosegar ni tener algun reposo; fuíme á casa de mi suegro á darle cuenta de mi cuidado; él me alentó cuanto mas pudo, diciendo que no desmayase, pues teníamos el remedio á las manos, de puertas adentro de nuestra casa. Tomó la capa, y fuímonos mano á mano los dos al oficio de un escribano de provincia, grande amigo suyo, y llevandolo á Santa Cruz, que es una iglesia que está en la misma plaza, frontero de la cárcel y de los oficios, allí le hicimos en secreto relacion del caso. Y dijo mi suegro: Señor N., este negocio le ha de valer á vuestra merced muchos ducados, y en la pesadumbre pasada que yo tuve, bien sabe que no me llevó blanca ni derechos algunos de los que me tocaban en cuanto el pleito duró. Mi yerno debe por otra escritura, primera que la mia, mil ducados, y está presentada y hechas diligencias en otro oficio, empero queremos que todo pase ante vuestra merced, y en esta consideracion ha de tratarnos como á sus amigos y servidores, que yo quiero no

solo dejar de satisfacer esta merced, empero aquí mi hijo el dia que saliere, dará para guantes doscientos escudos, y yo quedo por su fiador. El escribano dijo : Haráse todo de la manera que vuestra merced fuere servido; preséntese luego esa escritura de los cuatro mil ducados, y concertaremos la décima con un amigo á quien daremos cuenta de esta pretension, para que lo haga por cualquier cosa que le demos, y lo mas déjese á mi cargo. Mi suegro presentó su obligacion, y lleváronme preso, ejecutóme toda la hacienda, salió luego mi mujer con su carta de dote, con que ocuparon tanto paño, que faltaba mucho para cumplir el vestido; porque habiéndose ambos echado sobre la casa, obligaciones y muebles, no quedó ni se halló en qué hincar el diente, pues joyas y dineros ya los teníamos puestos en cobro. Cuando me vieron mis acreedores preso, acudió cada uno embargándome por lo que le tocaba, presentando sus escrituras y contratos ante diferentes escribanos, empero saliendo á esto el nuestro, pidió que como á originario se habian todos de acumular al que pasaba en su oficio, por ser el mas antiguo, y donde primero se pidió. Así lo mandaron los alcaldes, viendo ser cosa justificada. Como vieron el mal remedio que con mis bienes tenian, acudieron luego á embargar los quinientos ducados de renta. Salió su dueño, y defendiólos; dijo el tio de mi mujer ser suyos. Comenzóse á trabar sobre todo un pleitecillo que pasaba de mil y quinientas hojas, así escrituras de obligaciones, como testamentos, particiones, poderes, y otra multitud grande que se vino á juntar de papeles. Cada uno que lo pedia para llevarlo á su letrado, como habia de pagar al escribano tantos derechos, temblaba; pagábanlo unos, empero habia otros que viendo el pleito mal parado y muy marañado, no lo querian, y deseaban que se diesen medios en la paga, por no hacer mas costas, y *echar la soga tras el caldero*. Veian que ya una vez puesto en aquello, no habian de salir con ello, antes me ayudaban á negociar, por ser el daño irremediable de otra manera. Pedí esperas por diez años, fuéronmelas concediendo algunos, juntóseles luego mi suegro, y como cargó á su parte la mayor, hicieron á los menos pasar por lo que los mas, con que salí de la cárcel, quedando el escribano el mejor librado. De este bordo, aunque me puse braguero, fué de plata, quedéme con mucha hacienda de los pobres que me la fiaron engañados en mi crédito; hice aquella vez lo que solia hacer siempre, mas con mucha honra y mejor nombre, que aunque verdaderamente aquesto es hurtar, quédasenos el nombre de mercaderes, y no de ladrones. En esto experimenté lo que no sabia de aqueste trato. Estas tretas hasta entonces nunca las alcancé. Parecióme cautela dañosísima y digna de grande remedio, porque con las contraescrituras no hay crédito cierto, ni confianza segura, siendo lo mas perjudicial de una república, por causarse de ellas la mayor parte de los pleitos,

con las cuales muchos vienen de pobres á quedar muy ricos, dejando á los que lo eran perdidos y por puertas. Y siendo la intencion del buen juez averiguar la verdad entre los litigantes, para dar á cada uno su justicia, no es posible, porque anda todo tan marañado, que los que del caso son mas inocentes, quedan los mas engañados, y por el consiguiente agraviados. La causa es, porque cuando quien trata el engaño comienza dando traza en su cautela, es lo primero que hace tomarle á la verdad los pasos y puertos, de manera que nunca se averigüe, con lo cual faltando esta luz queda ciego el juez, y sale triunfando la mentira del que no tiene justicia. Yo sé que no faltará quien diga, que son las contraescrituras importantes para el comercio y trato, pero tambien sé que le sabré decir que no son. Quien quisiere ayudar á otro con su crédito, déselo como fiador, y no como encubridor de su malicia. Lo que de Barcelona supe la primera vez que allí estuve, y ahora de vuelta de Italia en estos dos dias, es que ser uno mercader es dignidad, y ninguno puede tener tal título, sin haberse primero presentado ante el prior y cónsules, donde lo abonan para el trato que pone. Y en Castilla, donde se contrata la máquina del mundo, sin haciendas, sin fianzas ni abonos, mas de con solo buena maña para saber engañar á los que se fian de ellos, toman tratos para que seria necesario en otras partes mucho caudal con que comenzarlos, y muy mayor para el puesto que ponen. Y si despues falta el suceso á su imaginacion, con el remedio de las contraescrituras quedan mas bien puestos y ricos que lo estaban de antes, como lo habemos visto en muchos cada dia. Llévanse con su quiebra detrás de sí á todos aquellos que los han fiado, los cuales consumen lo poco que les queda en pleitos. Y si acaso son oficiales ó labradores, el señor pierde tambien su parte, pues faltan los que ayudan en los derechos de sus alcabalas, y la república, la obra y trabajo de estos hombres, que como embarazados en litigios no acuden á sus ministerios. Menor daño seria que unos pocos y malos no fuesen ricos, que no que abrasasen y destruyesen á muchos buenos. No habiendo contraescrituras, cada cual podria fiar seguramente, porque tendria noticia de la hacienda cierta que tiene aquel á quien se la da, sin que despues le salgan otros dueños. Y porque podria ser que se tratase algun tiempo del remedio de esto, diré los efectos de semejante daño brevemente, si acaso no se deja de hacer porque yo lo dije, que muchas cosas pierden buenos efectos porque no se conozcan ajenos dueños en ellas, y lo quieren ser en todo solos aquellos que las hacen ejecutar. Empero dígalo yo, y nunca se remedie, cumpla yo mis obligaciones, y mire cada uno por las que tiene, que discrecion y edad no les falta, no les falte la gana de remediar lo que importare al servicio de Dios y de su rey, siendo bien universal de la república.

Todas aquellas veces que el mercader pobre se quiere meter á

mayor trato, pide para su crédito á un su pariente ó amigo le dé algun juro de importancia ó hacienda en confianza, de lo cual hace contraescritura, en que se confiesa, que no obstante que aquello parece suyo, real y verdaderamente no lo es, y que se lo volverá siempre, cada y cuando que se lo pida. Con esto halla quien le fia su hacienda. Ved quien somos, pues para los negros de Guinea bozales y bárbaros llevan cuentecitas, dijes y cascabeles, y á nosotros con solo el sonido, con la sombra y resplandor de estos vidritos nos engañan. Si el trato sale bien, bien, vuélveseles á sus dueños lo que recibieron de ellos, y si mal, hácenlo trampa y pleito de acreedores, todo va con mal. El que dió la hacienda en confianza, vuelve á cobrar con la contraescritura, y los demás todos quédanse burlados.

Cuando no quiere alguno pagar lo que debe antes de llegar el plazo en que ha de pagar la deuda, vende ó traspasa su hacienda en confianza con alguna contraescritura, y sucede, que cuando llega el plazo, es ya muerto el deudor que hizo la cautela, y el verdadero acreedor no puede cobrar, porque aquel de quien hizo confianza encubre y calla la contraescritura, quédanse con todo, y va el difunto á *porta inferi*.

Para engañar con su persona, si quiere tratar de casarse con mucha dote, hace lo mismo. Busca haciendas en confianza, y como despues de casado crecen las obligaciones, y no pueden con el gasto, cobra lo suyo su dueño, y quedan los desposados padeciendo necesidad. Luego conocido el engaño, falta el amor, y algunas, y aun muchas veces llegan á las manos, porque la mujer no consiente que se venda su hacienda, ó no quiere obligarse á las deudas del marido.

Todo lo cual tendria facilísimo remedio, mandando que no hubiese tales contraescrituras, ni valiesen, deshaciéndose las hechas, con que cada uno volviese á tomar en sí lo que de esta manera tiene dado. Sabríase al cierto la hacienda que tiene cada cual, si se le puede fiar ó confiar, excusaríanse de los pleitos la mitad, por ser de esta naturaleza, y tener de aquí su principio los mas de los que se siguen por Castilla.

CAPÍTULO III.

Prosigue Guzman de Alfarache con el suceso de su casamiento, hasta que su mujer falleció, que volvió á su suegro la dote.

¿Habeis bien considerado en qué laberinto quise meterme? ¿Qué me importa, ó para qué gasto tiempo? ¿Por ventura podrélas ablandar? ¿Volveré blanco al negro por mucho que lo lave? ¿Ha de ser de algun fruto lo dicho? Antes creo que me quiebro la cabeza, y es gastar en balde la costa y el trabajo, sin sacar yo de ello provecho ni honra, porque dirán que para qué aconseja el que á sí no se aconseja. Que igual hubiera sido haberles contado tres ó cuatro cuentos alegres, con que la señora doña Fulana (que ya está cansada, y durmiéndose toda con estos disparates) hubiera entretenídose. Ya le oigo decir á quien está leyendo, que me arroje á un rincon, porque le cansa oirme. Tiene mil razones, que como verdaderamente son verdades las que trato, no son para entretenimiento, sino para sentimiento; no para chacota, sino para con mucho estudio ser miradas, y muy remedadas; mas porque con la purga no hagas ascos, y la dejes de tomar por el mal olor y sabor, echémosle un poco de oro, cubrámosla por encima con algo que bien parezca. Vuélvome al punto de donde hice la digresion. Ya me alcé á mayores con los mas que pude, que fué mucho menos de lo que yo quisiera y habia menester, porque para grande carga, es necesario grandes fuerzas, que los que sobre arena fundan torres, muy presto dan con el edificio en tierra. Los que se hubieren de casar, ellos han de tener que comer y ellas han de traer que cenar. No son dote cuatro paredes y seis tapices, cuando para la primera entrada tengo de gastar en joyas y aderezos aquello con que busco mi vida. Gástase lo principal, y quédome despues con la necesidad, porque *quien compra lo que no ha menester, vende lo que ha menester*. ¿De qué fruto es para un pobre hombre negociante seis pares de vestidos á su esposa, en que consume todo el caudal que tiene? ¿Por ventura podrá despues tratar con ellos? Estaba la señora mi mujer mal acostumbrada, y poco práctica en miserias; en casa de su padre lo habia pasado bien y con mucho regalo, y en mi poder no menos; hacíansele los trabajos muchos y duros. Con lo poco que me quedó volví á dar mis mohatras con aquella libertad, *sicut erat in principio*. Yo fiaba, y mi

suegro compraba, y al contrario, como caian las pesas; empero nunca la mercadería salia de casa. Lo mas ordinario era oro hilado, algunas veces plata labrada, joyas de oro, encajando bien las hechuras, y con ello algunas bromas de que no se podia salir, y habíamos comprado á menos precio. Ganábase con que menos mal pasar, todo era poco por serlo tambien el caudal, y así poco á poco nos lo íbamos comiendo y consumiendo, empero á la dote no se tocaba, siempre andaba en pié, por ser posesiones á quien jamás mi mujer consintió que se llegase ni aun por lumbre. Dábamos la hacienda fiada por cuatro meses, con el quinto de ganancia. El escribano (que lo teníamos á propósito y conocido, como lo habíamos menester) daba siempre fe del entrego de las mercaderías; tomábalas luego en sí el corredor, que era nuestra tercera persona, y una misma conmigo y con el escribano. Llevábalas en su poder, y dentro de dos horas llevaba el dinero á su dueño, con aquello menos en que decia que lo vendia, y quedábasenos en casa, recibia su carta de pago, y á Dios con todos. Teníamos por costumbre valernos de un ardid sutilísimo para que no se nos escapase alguno por los aires alegando hidalguía, ó alguna otra excepcion que le valiese, ó de que se pudiese aprovechar. Cuando habíamos de dar una partida, reconocíamos la dita, y siendo persona de quien sabíamos que tenia de que pagar, y que la tomaba por socorrer de presente alguna necesidad, se la dábamos llanamente, aunque algunas veces aconteció faltarnos de estas ditas algunas que teníamos por las mejores y mas bien saneadas. Y cuando no era bien conocida ni para nosotros á propósito, pedíamosle fiador con hipoteca especial de alguna posesion. Y aunque supiésemos claramente no ser suya, ó que tenia un censo para cada dia, y que no habia teja ni ladrillo que no fuese deudor de un escudo, no se nos daba de ello un cuarto. Esto mismo era lo que buscábamos, porque les hacíamos confesar en la escritura que aquella posesion era suya realenga, libre de todo género de censo perpetuo y al quitar, y no hipotecada ni obligada por otra deuda, y con esto cuando el dia del plazo no pagaban, ya teníamos alguacil de manga, con quien estábamos concertados que nos habia de dar un tanto de cada décima que les diésemos, al punto se la cargábamos encima ejecutándolos. Cuando alguna vez acaso se querian oponer, ó hacian algunas piernas por no pagar, luego se saltaba la del monte, hacíamos el pleito de civil criminal, buscábamosle luego algun sobrehueso, sabíamos el censo que tenia sobre la casa, con que dábamos con el hombre de barranco pardo abajo por el estelionato. De esta manera jugábamos al cierto, y sin esta prevencion, jamás efectuábamos partida por algun caso. Si ello era lícito, ya yo me lo sabia, mas corríamos como corren, teníamos callos en las conciencias, ni sentíamos, ni reparábamos en poco

mas ó menos. Yo bien sé que todo el tiempo que de esto traté, verdaderamente nunca me confesé, y si lo hice, no como debia, ni mas de para cumplir con la parroquia, porque no me descomulgasen. ¿Queréislo ver? Pues considerad, si allí prometia la restitucion, cuando la tuviese y mejor pudiese, y juntamente la enmienda de la vida, si entonces corrian quince, veinte y mas obligaciones, y nunca fuí á decir ni á hacer diligencia con los obligados en ellas, diciéndoles como aquella contratacion fué ilícita y usuraria, que por descargo de mi conciencia y para dignamente recibir el sacramento de la comunion, les queria rebatir y bajar todo lo que lícitamente no pude llevar; si cuando me vinieron á pagar, tampoco se lo volví, ¿qué intencion fué aquesta? Por Dios mala. Esto era lo que debia hacer, no lo hice, ni hoy se hace; Dios nos dé conocimiento de nuestras culpas, que cierto sé que si entonces acabara la vida corria el alma ciento de rifa. Gente maldita son mohatreros, ni tienen conciencia, ni temen á Dios. ¡O qué gallardo y qué cierto tiro aqueste, qué cerca lo tengo, y cómo aguardan los traidores bien! Que tentacion me da de tirarles y no dejarles hueso sano, que como soy ladron de casa, conózcoles los pensamientos. ¿Quereisme dar licencia que les dé una gentil barajada? Ya sé que no quereis, y porque no quereis, en mi vida he hecho cosa de mas mala gana que hacer con ellos la vista gorda, dejándolos pasar sin que dejen prenda; mas porque no digan que todo se me va en reformaciones, les doy lado. Y porque podria ser necesitarlos alguna vez, no quiero ganar enemigos, á los que podria despues desear por amigos, porque al fin tanto lo son, cuanto les habemos menester y pueden ser de provecho; y así como el amigo fiel se deja conocer en los bienes, no se esconde nunca en los males el enemigo. Una cosa sola diré; haga un hombre su cuenta, y tenga necesidad en que se haya de valer de solos doscientos ducados, hallará que si solos de años los trae de mohatra montará mas de seiscientos. Ved pues, á este respecto, ¿qué hará lo mucho, cómo lo pagará el que no pudo lo poco? Aquí se queden, y vuelvo sobre mí.

Por no hacer los hombres lo que deben, digo que vienen á deber lo que hacen. ¿Qué vale mucho ganar? ¿qué aprovecha mucho tener, si no se sabe conservar? Pues vemos claro que le *vale mucho mas al cuerdo la regla, que al necio la renta.* El que tuviere tiempo, no aguarde otro mejor, ni esté tan confiado de sí que deje de velar sobre sí con muchos ojos, porque de lo que le pareciere tener mayor seguridad, en lo mismo ha de hallar un Martinus contra, que es lo que solemos decir, un Gil que nos persiga. Dineros tuve, rico me vi, pobre me veo, sabe Dios por quién y porqué. Esperaba un dia en que ordenar los que me quedaban por vivir; nunca llegó, porque siempre me fié de mí, pareciéndome que aunque pudiera con todos mentir, no á lo menos

engañarme á mí mismo. Veis aquí como de confiarse uno de sí hace que se olvide de Dios, de donde nace perderse las haciendas y las almas. El enemigo mayor que tuve fuí yo á mí mismo, con mis propias manos llamé á mis daños; de la manera que las obras buenas del bueno son el premio de su virtud, así los males que obra un malo vienen á serlo de su mayor tormento. Mis obras mismas me persiguieron, que los tratos ni los hombres fueran poca parte; pero permite Dios que aquello que tomamos por instrumento para ofenderle, aqueso mismo sea nuestro verdugo. No tanto sentia ya que me faltase la hacienda, que bien me sabia yo que los bienes y riqueza de fortuna con ella vienen y tras ella se van, y que cuanto mas favorable se mostrare, menor seguro tiene; solo sentia que aquello mismo que habia de ser mi alivio, mi mujer, aquella que con instancia pidió á su padre que la casase conmigo, y para ello puso mil terceros, el otro yo, la carne de mi carne y hueso de mis huesos, esa se levantase contra mí, persiguiéndome sin causa, no mas de por verme ya pobre. Y que llegase á tal punto sin aborrecimiento, que contra toda verdad me levantase que estaba amancebado, que era un perdido, y que con estas causas hallase favor con que tratar de apartarse de mí, no faltando letrado que se lo aconsejase, firmándolo de su nombre que podia. ¡Dolor cruel! Verdaderamente, cuando el matrimonio contraido es malo de desañudar, cuando está mal unido es peor de sufrir, porque la mujer sediciosa es como la casa que se llueve, y tanto cuanto resplandece mas en prudencia y buen gobierno cuando se quiere acomodar con la virtud, tanto mas queda oscura, insufrible y aborrecida en apartándose de ella. ¡Qué facilidad tienen para todo! ¡Qué sutil habilidad para cualquiera cosa de su antojo! No hay juicio de mil hombres que igualen á solo el de una mujer para fabricar una mentira de repente. Y aunque suelen decir que el hombre que apetece soledad tiene mucho de Dios ó de bestia, yo digo que no es tanta la soledad que él solo padece, cuanta la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto. Caséme rico, casado estoy pobre, alegres fueron los dias de mi boda para mis amigos, y tristes los de mi matrimonio para mí; ellos los tuvieron buenos, y se fueron á sus casas, yo quedé padeciendo los malos en la mia, no por mas de quererlo así mi mujer y ser presuntuosa. Era gastadora, franca, liberal, enseñada siempre á verme venir como abeja, cargado de regalos, no llevaba en paciencia verme salir por la mañana y que á medio dia volviese sin blanca, perdia el juicio cuando veia que lo pasado faltaba. Pues ya pobre de mi, cuando del todo se acabó el aceite, y sintió que se ardian las torcidas, cuando no habiendo que comer, ni adonde salirlo á buscar, se sacaban de casa las prendas para vender, aquí era ello, aquí perdió pié y paciencia, nunca mas me pudo ver, aborrecióme como si fuera su enemigo verdadero. Ni mis blandas palabras,

amonestaciones de su padre, ni ruego de sus deudos, conocidos ni parientes fueron parte para volverme á su gracia. Huia de la paz, porque la hallaba en la discordia, amaba la inquietud por ser su sosiego; tomaba por venganza retirarse á solas, faltándome á la cama y mesa, y aun dejaba de comer muchas veces porque sabia lo bien que la queria, y que con aquello me martirizaba. No sabia ya qué hacerme, ni cómo gobernarme, porque todo tenia dificultad en faltando la causa de su gusto, que solo consistia en el mucho dinero. Verdaderamente parece que hay mujeres que solo se casan para hacer ensayo del matrimonio, no mas de por su antojo, pareciéndoles como casa de alquiler, si me hallare bien, bien, y si mal todo será hacerlo bulla, que no han de faltar un achaque y dos testigos falsos para un divorcio. Pues ya si acierta la mujer á tener un poquito de buen parecer, y se pican algunos de ella, no quiero pasar adelante. Señores letrados, notarios y jueces, abran el ojo, y consideren que no es menos lo que hacen que deshacer un matrimonio, y dar lugar al demonio para que por esa puerta pierdan las vidas las mujeres, los hombres las honras, y entrambos las haciendas, y les prometo de parte de Dios Todopoderoso, que les ha de venir del cielo por ello gravísimo castigo, escociéndoles donde les duela; miren que son pecados ocultos, y vienen por ellos los trabajos muy secretos. No porque no le dió el marido una cuchillada que le hizo con ella dos caras, ó lo molió á palos, crea que aquel delito quedó sin castigo, entienda que lo es cuando le quita otro á él su mujer, y que lo permite así el señor. Cuando viere su casa llena de discordia, de infamia, de enfermedades, considere que por aquello le vienen. Con todos hablo, métanse la mano en el seno los que lo causan y los que lo favorecen, que todos andan en una misma renta. Quien las ve los dias de la boda, como todo anda de trulla, qué solícitos andan todos, hasta el señor desposado, qué contentos, y como gustan de los entretenimientos, de las mesas espléndidas, está la cama hecha de lana nueva, suave y blanda, háceseles dulce. Acábese la moneda, falten las galas, no anden las cosas á una mano como arroz, luego se corta la leche, al momento se pierde la gracia de muchos años como con un pecado mortal. Sucédeles lo que á mí, que me perdí, no por inhabilidad ni falta de solicitud, que buena traza y mañas tuve, mas fué por lo que poco antes dije, son castigos de Dios, que como es infinito, no tiene arancel, ni está su poder limitado á castigar esto por esto, y esotro por esotro. En una cosa nos dice sentencia cierta y pena de pecado constituida ya para él, demás de otras que tocan al alma, y las que nacen de las circunstancias. La mia fué hacienda mal ganada, que me habia de perder y perderla. Pues ya si acaso se casa una mujer, y se halla despues con que la engañaron, porque su marido no tenia la hacienda que le dijeron, y le fué necesario sacar las joyas fiadas, y á pocos dias llega el mercader de la seda

pidiendo lo que se le debe, y el sastre por las hechuras, ó el alguacil por uno y otro, no hay de que pagar, y si lo hay es mas forzoso comer, que con eso no se puede trampear, ni dejarlo para otro dia, por ser mandamiento de *no embargante*, aquí deshacen la rueda los pavones, mirándose á los piés. Comiénzanse á marchitar las flores, acábanseles la fuga, el gusto y la paciencia, hacen luego un gesto como quien prueba vinagre, y si les preguntásedes entonces qué tienen, qué han, ó cómo les va de marido, responderán tapándose las narices: Cuatriduano es, ya hiede, no alcen la piedra, no hablemos de él, dejémoslo estar, que da mal olor, trátese de otra cosa. ¿Pues cómo, cuerpo de mi pecado, señora, no se queja Lázaro en el sepulcro de tus miserias, de donde no puede salir, dentro de las escuras y fuertes cárceles, en el sepulcro de tus importunaciones, envestido en la mortaja de tu gusto, que siempre te lo procura dar á trueco, riesgo y costa del suyo, ligadas las manos y rendido á tu sujecion, tanto cuanto tú lo habias de estar á la suya, calla el que tiene á cuestas la carga y ha de socorrer la necesidad, y por ventura por tí está en ella y la padece; no se queja de verse ya podrido de tus impertinencias, viéndose metido entre los gusanos de tus demasías que le roen las entrañas; tus desenvolturas en salir, tus libertades en conversar, tus exorbitancias en gastar y desperdiciar, en ir entonando tu condicion, que tiene mas misturas y diferencias que un órgano, y de cuatro dias te hiede? Respóndame por vida de sus ojos, si ayer no dejó ermita ni santuario que no anduvo, si desde que tiene uso de razon (y antes que la tuviera, pues aun ahora le falta) no llegó noche de San Juan que sin dormir (porque dicen que quita el sueño la virtud), estuvo haciendo la oracion que sabe, y valiérale mas que no la supiera, pues tal ella es y tan reprobada, y sin hablar palabra (que diz que tambien esto es otra esencia de aquella oracion) estuvo esperando el primero que pasase de media noche abajo, para que conforme lo que le oyese decir, sacase de ello lo que para su casamiento le habia de suceder, haciendo en ello confianza, y dándole crédito como si fuera un artículo de fe, siendo todo embeleco de viejas hechiceras y locas, faltas de juicio; si no dejó beata ni santera por visitar, ó que no enviase á llamar; si á todas las trajo arrastrando faldas y rompiendo mantos, que nunca se les cayeron de los hombros, poniendo candelillas, ella sabe á quién; si pasando la raya, sin rebozo ni temor de Dios, no dejó cedazo con sosiego, ni habas en su lugar, que todo no lo hizo bailar por malos medios y con palabras detestadas y prohibidas por nuestra santa religion; si no quedó casamentero ni conocido á quien dejase de importunar, diciéndoles como estaba enferma, y deseaba casarse; dale Dios marido (digo de otro) quieto, de buena traza, honrado, que con toda su diligencia buscaba un real con que la sustente, y no le falte para sus untos y copetes, ¿porqué de cuatro dias dices que

ya hiede? ¿Porqué te aflijes y enfadas en que te traten de él? Murmuras de sus buenas obras, finges que te las finge, regulando por tu corazon el suyo; no quieres que lo desentierren, y desentiérrasle tú hasta los huesos de todo su linaje, mintiendo y escandalizando á quien te oye, poniéndole mala voz, publicando á gritos lo que ni tú con verdad sabes, ni en él cabe, no mas de por injuriarlo y afrentarlo. Haces como mujer, eres mudable, y quiera Dios que sus mudanzas no nazcan (cuando esto anda de esta traza) de ofensas cometidas contra él, contra Dios y contra tí.

Ya, pues aquí he llegado sin pensarlo, y en este puerto aporté, quiero sacar el mostrador y poner la tienda de mis mercaderías, como lo acostumbran los aljemifaos ó merceros que andan de pueblo en pueblo, aquí las ponen hoy, allí mañana, sin hacer asiento en alguna parte, y cuando tienen vendido vuélvense á su tierra. Vendamos aquí algo de esta buena hacienda, saquemos á plaza las intenciones de algunos matrimonios, tanto para que se desengañen de su error, las que por tales fines los intentan, como para que sepan que se saben, y es bien que les digamos lo mal que hacen, pues verdaderamente hacen mal, y luego nos volveremos á nuestro puesto.

Algunas toman estado no con otra consideracion mas de para salir de sujecion, y cobrar libertad. Paréceles á las señoras doncellas que serán libres y podrán correr y salir en saliendo de casa de sus padres, y entrando en las de sus maridos; que podrán mandar con imperio, tendrán qué dar, y criadas en quien dar; háceseles áspera la sujecion; paréceles que casadas luego han de ser absolutas y poderosas, que sus padres las acosan, que son sus verdugos, y que serán sus maridos mas que cera blandos y amorosos; lo cual nace de no recatarse los padres en los tratos con sus mujeres, viven como brutos, levantan los deseos en las hijas, encienden los apetitos, dan con ellas al traste, porque como son imprudentes, no distinguen, abrazan todo lo suave y dulce, pensando hallarlo en toda parte, no creyendo que hay amargo ni acedo sino en solo sus padres. Esto las inquieta, trayéndolas desasosegadas, desvanecidas y sin juicio. Como miran esto, porque no se ponen los ojos en la otra su amiga, que se casó con un marido celoso y áspero, que no solo nunca le dijo buena palabra, pero no le concedió salida gustosa, ni aun á misa, sino muy de madrugada, con una saya de paño, en un manto revuelta, como si fuera una criada, y sobre todo, no como á su mujer, empero como á esclava fugitiva la trata, piensa que los casamientos, que son, sino acertamientos, como el que compra un melon, que si uno es fino le salen ciento pepinos ó calabazas. ¿No ha visto á la otra su conocida que se casó con un jugador, que no le ha dejado sábanas en cama que no las haya puesto en la mesa del juego? ¿No consideró de la otra su vecina

lo que padece con su marido amancebado, que no hay mañana de cuantas Dios amanece, que no amanezca la espuerta colmada en casa de su amiga, y en la suya propia están pereciendo de hambre? No le han dicho de algunos, que cuando por las puertas de sus casas entran, ajustan los ojos con los piés, y no los alzan para otra cosa que reñir y castigar sin cosa ni otra consideracion, mas de por su mala digestion? ¿Piensan por ventura, que son todas adoradas y queridas de sus maridos como de sus padres? pues yo les aseguro que vi al mejor marido ido, y que no vi padre que no fuese padre, pocos maridos; milagro ha sido el que no faltó en alguna de las obligaciones del matrimonio, y no conocí padre que dejase jamás de serlo, aunque fuese muy malo el hijo.

Otras lo hacen, que no tienen padres, por salir de la mano de sus tutores, creyendo que con ellos están vendidas y robadas. Hacen su cuenta, y dicen entre sí, que como aquel dispende su hacienda, lo haria mejor su marido que por no desposeerse y dársela se olvida de ponerla en estado, que mañana le dará una enfermedad y se quedará ella muerta y ellos con su dinero. Dicen con esto: ¿cuánto mejor seria que aquesto que tengo lo gocen mis hijos que no mis enemigos que me desean la muerte por heredarme? Casarme quiero, y sea con un triste negro, que no lo ganaron mis padres para que lo comiesen mis tutores, trayéndome como me traen, rota y hecha pedazos, hambrienta, y deseosa de un real con que comprar alfileres. Esto las precipita, y tomando el consejo de la que primero se lo da les parece que pues le dice aquello aquella su amiga, que lo hace por quererla bien, y da con ella en un lodazal, de donde nunca quedan limpias en cuanto viven, porque hicieron eleccion de quien vistió su persona, regaló su cuerpo, engordó sus caballos, aderezó sus criados, gastó en las fiestas, dejando su mujer al rincon, y lo que propuso y deseaba dejar á sus hijos, la hacienda, ya cuando viene á estar cargada de ellos, no tiene real que darles ni dejarles, porque todo lo llevó el viento. Y si se temia que por heredarla sus deudos le deseaban quitar la vida, y á su marido no menos, porque con deseo de mudar de ropa limpia, cansado de tanta mujer, que nunca le faltó de cama y mesa, desea, y aun por ventura lo procura, meterla debajo de la tierra, y así la pobre nunca consigue lo que con su imaginacion propone.

Tratan otras livianas de casarse por amores, dan vista en las iglesias, hacen ventana en sus casas, están de noche sobresaltadas en sus camas, esperando cuando pase quien con el chillido de su guitarrilla las levante; oye cantar unas coplas que hizo Gerineldos á doña Urraca, y piensan que son para ella. Es mas negra que una graja, mas torpe que tortuga, mas necia que una salamandra, mas fea que un topo, y porque allí la pintan mas

linda que Venus, no dejando cajeta ni balija de donde para ella no sacasen los alabastros, carmines, turquesas, perlas, nieves, jazmines, rosas, hasta desenclavar del cielo el sol, la luna, pintándola con estrellas, y haciéndole de su arco cejas. Anda vete, loca, que no se acordaba de tí el que las hizo, y si te las hizo mintió para engañarte con adulacion, como á vana y amiga de ella; quien te hizo esas coplas, te hizo la copla, guarte de él, que con aquel jarabe las va curando á todas, á cada una le dice lo mismo. Leyó la otra la Diana, vió las encendidas llamas de aquellas pastoras, la casa de aquella sabia tan abundante de riquezas, las perlas y piedras con que los adornó, los jardines y selvas en que se deleitaban, las músicas que se dieron, y como si fuera verdad, ó lo pudiera ser y haberles otro tanto de suceder, se despulsan por ello. Ellas están como yesca, sáltales de aquí una chispa, y encendidas como pólvora quedan abrasadas. Otras muy curiosas, que dejándose de vestir, gastaron sus dineros alquilando libros, y porque leyeron en don Belianis, en Amadis, ó en Esplandian, si no lo sacó acaso del caballero del Febo, los peligros y mal andanzas en que aquellos desafortunados caballeros andaban por la infanta Magalona, que debia de ser alguna dama bien dispuesta, les parece que ya ellas tienen á la puerta el palafren, el enano, y la dueña con el señor Agrajes, que les diga el camino de aquellas espesas florestas y selvas, para que no toquen al castillo encantado, de donde van á parar en otro; y saliéndoles al encuentro un leon descabezado, las lleva con buen talante, donde son servidas y regaladas de muchos y diversos manjares, que ya les parece que los comen y que se hallan en ello, durmiendo en aquellas camas tan regaladas y blandas, con tanta quietud y regalo, sin saber quién lo trae ni de dónde les viene, porque todo es encantamento. Allí están encerradas con toda honestidad y buen tratamiento, hasta que viene don Galaor y mata al gigante, que me da lástima siempre que oigo decir las crueldades con que los tratan, y fuera mejor que con una señora de estas los hubieran enviado á Castilla, donde por solo verlos pagaran muchos dineros, con que tuvieran bastante dote para casarse, sin andar por tantas aventuras ó desventuras, y así deshace todo el encantamento. No falta otro tal como yo que me dijo el otro dia, que si á estas hermosas les atasen los libros tales á la redonda, y les pegasen á todos fuego, que no seria posible arder, porque su virtud lo mataria; yo no digo nada, y así lo protesto, porque voy por el mundo sin saber adonde, y lo mismo dirán de mí. Otras hay, que porque vieron un mocito engomado, y aun quizá lleno de gomas, como razo de Valencia, con mas fuentes que Aranjuez, pulidetes mas que Adonis, aderezados para ser lindos y que se precian de ello (como si no fuesen aquellas curiosidades vísperas de una hoguera; sea la mujer, mujer, y el

hombre, hombre; quédense los copetes, las blanduras, las colores y buena tez para las damas que lo han menester y se han de valer de ello, bástale al hombre tratarse como quien es, muy bien le parece tener la voz áspera, el pelo recio, la cara robusta, el talle grave, y las manos duras); paréceles á sus mercedes que un lindo de estos está siempre con aquella existencia, que no tienen pasiones naturales, no escupen, tosen, y viven sujetos á la zarzaparrilla y quina, emplasto meliloto, ungüento apostolorum, y mas miserias y medicinas que los otros, que pierden el seso y se despulsan por ellos; de manera, que si el freno de la vergüenza no les hiciera resistencia, fueran peores que un demonio suelto. Y si les preguntan á todas, ó á cualquiera de ellas, ¿qué veis, qué sentís, qué pensais? maldita otra respuesta tienen para todo, sino solo decir ser su gusto. Y si les poneis delante el disparate que hacen, los inconvenientes que se siguen, lo mal que se aconsejan, á todo responden: Yo lo tengo de padecer, y no nadie por mí. Si mal me sucediere, yo me lo tengo de llevar y por mi cuenta corre, déjenme, que yo sé lo que me hago. Y no sabe la desventurada lo que se hace ni lo que se dice. Pues ya si se hallan obligadas de confites, de la cintita, del estuchito, del billete que le trajo la moza, y del que le respondió al señor, de que le dió un pellizco, ó le tomó una mano por bajo de la puerta, si no fué un pié; ya cuando á esto llega, solo Dios podrá remediarlo, no hay medicinas para su mal, tocada está de la yerba.

Mujeres hay tambien que solo se casan por ser galanas de corazon. Y para poderlo andar, ver y ser vistas, vestirse y tocarse cada dia de su manera, pareciéndoles que porque vieron á la otra un dia de fiesta ó toda la semana engalanarse, que luego en siendo casada, la traerá su marido de aquella manera, y si no mejor, no menos, y que como á la otra *trótalo-todo*, le darán á ella licencia para poder andar deshollinando barrios. Aquí entra la pendencia, porque si no le sucede como lo piensa, ó porque su marido no gusta ó no quiere que su mujer esté mas vestida ni desnuda que para él, y que si el otro lo consiente, quizá no lo hace bien y se lo murmuran, y no quiere que con él se haga otro tanto, por el mismo caso que no la dejan vestir y calzar, holgar y pasear, como la que mas y mejor, no queda piedra sobre piedra en toda la casa, forma traiciones con que vengarse de su desdichado marido, que de bien considerado, conociendo quien ella es, teme que si le diese licencia y alas, le aconteceria como á la hormiga, para su perdicion, así no se atreve ni consiente. Solo esto basta para que luego ella se arañe y mese, llamándose la mas desdichada de las mujeres, que á Dios pluguiera que cuando nació su madre la ahogara, ó la hubiera echado antes en un pozo que puéstola en tan mal poder, que sola ella es la mal casada, que fulanilla es una tal, y que su marido la trae como una perla regalada, que no es menos ella, ni

trajo menos dote, ni se casara con él si tal pensara; deshónralo de vil, bajo, apocado, que mejores criados tuvo su padre, que no mereció descalzarle la servilla. ¡Desventurada de mí! Como en ese regalo me criaron, para eso me guardaron, para que viniéredes vos á traerme de esta suerte, hecha esclava, de noche y de dia sirviendo la casa, y á vuestros hijos y criados. ¿Mirad quién? mi duelo, como si fuese tal como yo, que sabe Dios y el mundo quien es mi linaje, don Fulano y don Zutano, el obispo, el conde y el duque, sin dejar velloso ni raso, alto ni bajo de que no haga letanía. Pues ya desdichado de él, si acaso acierta (que nunca le suceda tal á ninguno) á tener en su casa consigo á su vieja madre, á sus hermanas doncellas, ó hijos de otra mujer. Para ellos es la hacienda que mis padres ganaron, con ellos la gasta, ellos la comen, y á mí me tratan como á negra. ¡Negra! Y á Dios pluguiera que me trataran como á la de N. Tal que por aquí pasa cada dia como una reina, con una saya hoy, otra mañana; yo sola estoy con estos trapos desde que me casé, que no he tenido con que remendarlos, encerrada, entre aquestas paredes metida, mira con qué peines, y con qué rastillos. ¿Qué se puede responder á esto sino dejarlo? que seria no acabar el intento que se pretende.

Cásanse otras para que con la sombra del marido no sean molestadas de las justicias, ni vituperadas de sus vecinas, ó de otras cualesquier personas. Ya esta es bellaquería, suciedad y torpeza; ¿qué se puede mas decir? Son libres, deshonestas, y sin honra, hacen como los hortelanos, que ponen un espantajo en la higuera para que no lleguen los pájaros á los higos. Ellos allí están de manifiesto para quien el hortelano quisiere y los pagare; pero los pájaros no los piquen, esos no toquen á ellos; no ha de haber quien las corrija, quien las reprenda, ni quien abra la boca para decirles palabra, porque hay espantajo en la higuera, está el marido en casa. Ellas bien pueden dar ó vender su honra y persona, como quisieren ó como mas gustaren, á vista de todos, pero no quieren que haya justicia que las castigue, pues aconteceráles lo lo que á las viñas, que tendrán guarda en tiempo de fruto, empero presto llegará la vendimia y quedarán abiertas, hechas pasto comun, para que los ganados las huellen, quedando rozadas y perdidas. Hermana, que son caminos esos del infierno, que te llevará Dios el marido por tus disoluciones y desvergüenzas, para que con ese azote seas castigada, saliendo en pública plaza tus maldades, en la balanza que trajiste la honra de él andará la tuya presto; mas mirad á quién se lo digo, ni para qué me quiebro la cabeza: no temió á su marido, perdió á Dios la vergüenza, y quiérosela poner con estos disparates, que no son otra cosa para ella.

Tambien hay otras que se casan por ver que se pierde su hacienda, y sin dar ellas alguna causa, mas de por ser mozas, les traen algunos maldicientes las honras en almoneda, ó corren pe-

ligro por otras causas. *Del mal el menos,* ya que á Dios no le cabe parte alguna de todos estos matrimonios, que se dirian mejor obras de demonios. Como todas las cosas tienen de bueno ó malo, tanto cuanto lo es el fin á que van encaminadas, y este conocido, se determinan las acciones que caminan al mismo, y las que se apartan de él, teniéndole siempre mas amor que las que á él nos guian, así no se ama en las tales el matrimonio por matrimonio, porque solo hacen de él un medio para conseguir su deseo. Y aquestas mujeres tales no caminan derechamente, á lo menos van cerca de acertar presto; empero no tengo por buen matrimonio, ni lo es, cuando lleva otro fin que de solo servir á Dios en aquel estado. Todos estos matrimonios permite Dios, pero en los mas mete el diablo su parte, y no la peor. Bueno y santo es el sacramento, pero tú haces del casamiento infierno. Para quietud se instituyó, tú no la quieres ni la tienes, y antes andas echándole traspiés para dar con él en el suelo. No tome ni ponga la doncella ó la viuda su blanco en la libertad, en el salir de sujecion de padres ó tutores, no se deje llevar del vano amor, déjese de su torpeza la que sigue á su sensualidad, y crean, si no lo hicieren, que sucederles mal á las unas y á las otras, el no salir los maridos como pensaron y desearon, ser esclavas despues de casadas, tenerlas encerradas, el darlas mala vida, perdérseles la hacienda, cargar de hijos, vaciarse la bolsa, sobrevenir trabajos, jugar el desposado, amancebarse, tratar mal á sus mujeres, morir á sus manos, nace de los malos fines que tomaron, de adelantar su calidad ó su cantidad, ó por otros ya dichos; ó por eso solo se perdieron. Ese ídolo de Baal que adoraron, en él se confiaron, pensaron que los pudiera socorrer, librar y defender, empero cuando lo hubieren de veras menester, no hayais miedo, ni creais que os ha de enviar fuego con que encendais, no lo tiene ni lo puede dar. Adorais ídolos, pues de ninguno habeis de ser socorridos en los trabajos, que son ídolos al fin, obras hechas de vuestras propias manos, fabricados por antojo, y adorados por solo gusto. Bajará fuego del cielo que consuma el sacrificio, leña, piedras y cenizas, hasta las aguas mismas en el de Elías [1], aunque muchas veces lo haya hecho mojar y mas mojar. ¿Sabeis qué son los matrimonios que Dios ordena, y los que haceis por solo ser obedientes á su voluntad, y los consultastes con ella, dejándole á él solo que obrase como mas conviniese á su servicio,

[1] Esto sucedió cuando Elías, para confundir á los profetas de Baal á presencia del pueblo de Israel en el monte Carmelo, propuso que estos sacrificasen á su dios y él al suyo, y que aquel que hiciese bajar fuego sobre el holocausto fuese reconocido por el verdadero. Ellos le invocaron en vano; pero Elías, despues que por su órden se derramaron sobre la víctima y el altar cuatro cántaros de agua por tres veces, se dirigió al Dios de Abrahan, y al punto el fuego del cielo cayó y devoró el holocausto.

sin buscar malos y torpes medios? Que aunque los mojen cien veces las aguas de las persecuciones, hambres, frios, cárceles y mas trabajos de la vida, no impide, fuego del cielo, amor de Dios y su caridad baja que lo consumen. Ella lo arrebata y se lo lleva, poniéndolo presente ante su divina Majestad, para mas méritos de gracia y gloria. Quédese aquí esto como de sermon, y volvamos á mi casamiento, que no debiera. Padecí con mi esposa como con esposas casi seis años, aunque los cuatro primeros nos duró tierno el pan de la boda, porque todo era flor, mas cuando íbamos de cuesta, que acudimos al mediano, y faltaba dinero para él, cuando la basquiña de tela de oro y bordada, ya se vendia el oro, y no quedaba tela, ni aun de araña, que no se vendiese, y de razonable paño fuera bien recibida; cuando ya no pude mas, que me subia el agua por encima de la boca, porque nunca me consintió vender posesion suya ni mia, ni habia crédito en la tienda para dos maravedís de rábanos, vime tan apretado, que por el consejo de mi suegro quise usar de medios de algun rigor. Buenas noches nos dé Dios; comenzó fuera de todo tono á levantar tal algazara, que como si fuera cosa de mas momento, acudieron á socorrerla los vecinos, hasta que ya no cabian en toda la casa; venido á saber la verdad, quiso Dios que no fué nada, veian mi razon, volvíanse á salir, empero no por eso dejaba ella sus lamentaciones, que habia para cien semanas santas, era forzoso para no venir á malas dejarla, por no quedar obligado en oyéndola responderle con palabras y obras. Tomaba la capa, salíame de casa, dejábala en sus anchos que hiciese y dijese hasta que mas no quisiese, y de aquesto se irritaba en mayor cólera, ver que despreciaba lo que me decia. Y puedo confesar con verdad, que de todo el tiempo que con ella viví, jamás me acusé de ofensa que le hiciese. Dar Dios los bienes ó quitarlos, es diferente materia, por no ser en manos de los hombres pasar con ellos adelante, ni estorbar que no vuelvan atrás; no se llamará perdido el que pone sus medios conforme lo hicieron otros, con que quedaron remediados, y siente mal quien lo piensa. Solo es perdido aquel que se distrae con mujeres, con el juego, con bebibas y comidas, con vestidos demasiados, ó con otros vicios; entiéndame, señor vecino, con él hablo, bien sabe porqué se lo digo, y quisiérale decir, que quizá por su temeridad y mal consejo está desde acá en los infiernos. Haga penitencia, y mire como vive para que no muera. De modo que no el bien ó mal suceder son causas de discordias, ni se deben mover por eso entre casados, que no tiene un marido mas obligacion que á poner toda su diligencia y trabajo, el suceso espere lo que viniere, que harto hace quien le tiene la dote bien parada y mejorada, sin habérsela vendido ni malbaratado. Ella sin duda no se debia de confesar, y si se confesaba no decia la verdad, y si

la decia, la debia de adulterar de modo que la pudiesen absolver; engañábase así la pobre, pensando engañar á los confesores. No faltaban con esto alguna gentecilla ruin de bajos principios y fundamentos y menos entendimientos, que por adular y complacerla le ayudaban á sus locuras, favoreciéndolas, no dándome oido ni sabiendo mi causa, y estos fueron los que destruyeron mi paz, y á ella la enviaron al infierno, porque de una enfermedad aguda murió, sin mostrar arrepentimiento ni recibir sacramento. En dos cosas pude llamarme desgraciado; la primera en el tal matrimonio, pues de mi parte puse todos los medios posibles en la guarda de su ley; la segunda, en que ya que lo padecí tanto tiempo y perdí mi hacienda, no me quedó carta de pago, un hijo con que valerme de la dote, aunque no me puedo de esto quejar, pues en haberme faltado, la desdicha me hizo dichoso, que no hay carga que tanto pese como uno de estos matrimonios, y así lo dió bien á sentir un pasajero, el cual yendo navegando, y sucediéndoles una gran tormenta, mandó el maestre del navio que aligerasen presto de las cosas de mas peso para salvarse, y tomando á su mujer en brazos dió con ella en la mar. Queriéndolo despues castigar por ello, excusábase diciendo que así se lo mandó el maestre, y que no llevaba en toda su mercadería cosa que tanto pesase, y por eso lo hizo. Veis aquí ahora mi suegro que nunca conmigo tuvo alguna pesadumbre, antes me acariciaba y consolaba como si fuera su hijo, y volviéndose de mi bando contra su hija la reprendia, tanto que viendo como no aprovechaba, nunca quiso entrarle por sus puertas, empero cuando mas aborrecida la tuvo, al fin era su hija; que son los hijos tablas aserradas del corazon, duelen mucho, y quiérense mucho. Sintió su falta, pero quedamos muy en paz, enterramos á la malograda (que así se llama ella), hicimos lo que debíamos por su alma, y á pocos dias tratamos de apartar la compañía, porque quiso que le volviese lo que me habia dado con su hija, no halló resistencia en mí, díle cuanto me dió, muy mejorado de como me lo entregó, agradeciómelo mucho, dímonos nuestros finiquitos, quedando muy amigos, como siempre lo fuimos.

CAPÍTULO IV.

Viudo ya Guzman de Alfarache, trata de oir artes y teología en Alcalá de Henares para ordenarse de misa. Y habiendo ya cursado vuélvese á casar.

Para derribar una piedra que está en lo alto de un monte, fuerzas de cualquier hombre son poderosas y bastan, con poco la

hace rodar al suelo; empero para si se quisiese sacar aquella misma piedra de lo hondo de un pozo, muchos no bastarian, y diligencia grande se habia de hacer. Para caer yo de mi puesto, para perder mi hacienda con el buen crédito que tenia, solos fueron poderosos los desperdicios de mi mujer; empero ahora para volverme á levantar, necesario serian otros tios, parientes, otra Génova, y otro Milan, que otro Sayavedra viniese, ó que aquel resucitase, porque nunca mas hallé criado ni compañero semejante con quien poderme llevar, ni me supiera entender. Los bienes y hacienda, cuanto tardan en venir, tan brevemente se van, con espacio se juntan, y apriesa la distribuyen los perdidos. Cuanto hay hoy en el mundo, todo está sujeto á mudanzas y lleno de ellas; ni el rico esté seguro, ni el pobre desconfie, que tanto tarda en subir como en bajar la rueda, tan presto vacía como hinche. Los excesivos gastos de mi casa me dejaron de todo punto vacío de joyas y dineros; pudiera la señora mi esposa, con buena conciencia, si ella la tuviera, reconocida de lo que por ella padecí, por los trabajos que de su exorbitancia me vinieron, dejarme alguna pequeña parte de su hacienda, lo que lícitamente pudiera, con que siquiera volviera (solo y recogido) á poner algun tratillo, diera mis mohatras, ocupara por otra parte mi persona en algo que me hiciera la costa, con que pudiera convalecer de la flaqueza en que me dejó; empero no solo en esta ocasion, pero en las mas que se me ofrecieron con mis amigos, podré decir lo que Simónides. Tenia este dos cofres en su casa, y decia de ellos, que solia en ciertos tiempos abrirlos, y que cuando abria el de los trabajos, de que pensó y esperaba sacar algun fruto, y le salió incierto, siempre lo halló colmado y lleno; empero el otro, donde se guardaban las gracias que le daban por el bien que hacia, nunca halló cosa en él, y siempre lo tuvo vacío. Igualmente fuimos desgraciados este filósofo y yo, una misma estrella parece que influyó en ambos, porque aunque siempre me apasioné por ayudar y favorecer, sin considerar el daño ni el provecho que de ello me habia de resultar, ni tomar el consejo de los que dicen, *haz bien y guarte*, puedo juntamente decir, que *nunca lavé cabeza que no me saliese tiñosa.* Y siempre, aunque con ello me perdia, porfiaba, porque borracho con aquel gusto, no reparaba en el daño que me hacian: que cuanto es fácil despojar á un ébrio, es dificultoso á un sobrio; pueden robar al que duerme, pero no á quien vela. Nunca velé sobre mí, nunca creí que me pudiera faltar, siempre que lo tuve hice aquesta cuenta, y cuando me hallé necesitado dí en este conocimiento. Aunque fuí malo, deseaba ser bueno, cuando no por gozar de aquel bien, á lo menos por no verme sujeto de algun grave mal. Olvidé los vicios, acomodéme con cualquier trabajo, por todas vias intenté pasar adelante, y salí desgraciado de todas. En solo hacer mal y hurtar

fuí dichoso, para solo esto tuve fortuna, para ser desdichado venturoso. Esta es traza del pecado, favorecer en sus consejos, ayudar á sus valedores, para que con aquel calor se animen á mas graves delitos, y cuando los ve subidos en la cumbre, de allí los despeña. Sube los ladrones por la escalera, y déjalos ahorcados. A diferencia de Dios, que nunca envió trabajo que no fructificase bienes, de los mas graves males mayores glorias, llevándonos por estrecha senda hasta las anchuras de la gloria, donde viene á darse á sí mismo. Parécenos cuando nos vemos ahogados en la necesidad, que se olvida de nosotros, y es como el padre, que para enseñar á su hijo que ande, hace como que lo suelta de la mano, déjalo un poco, fingiendo apartarse de él; si el niño va hácia su padre, por poquito que mude los piés, cuando ya se cae, viene á dar en sus brazos, y en ellos lo recibe, no dejándolo llegar al suelo; empero si apenas lo ha dejado cuando luego se sienta, si no quiere andar, si no mueve los piés, si en soltándolo se deja caer, no es la culpa del amoroso padre, sino del perezoso niño. Somos de mala naturaleza, nada nos ayudamos, ninguna costa ponemos, no queremos hacer diligencia, todo aguardamos á que se nos venga. Nunca Dios nos olvida ni deja, sabe muy bien quitar á los malos en un momento muchos grandes poderes adquiridos en largos años, y darle á Job brevemente con el doblo lo que le habia quitado poco á poco. Yo quedé tan desnudo, que me vi solamente arrimado á las paredes de mi casa; si cuando tuve me regalaba, ya deseaba tener algo con que poder pasar la vida y sustentarla. Perecia de hambre, acordéme de mi mocedad, haber conocido en Madrid un niño bien inclinado, y de gallardo entendimiento para la edad que tenia. Criábalo una señora madre suya en amor, aunque no lo habia parido, túvolo siempre muy doctrinado, y juntamente con esto bien regalado. Habíase criado en Granada, donde hay unas uvas pequeñuelas y gustosas, que allí llaman jabíes; pues como en Madrid no las hubiese y el niño nunca queria comer de otras que de aquellas de su tierra, cuando vió que no se las daban, viendo unas albillas en la mesa, pidió uvas de las chicas como solia; la madre le dijo: Niño, aquí no hay uvas chicas que darte, sino estas El niño volvió á decir: Pues madre, deme de esas, que ya las como gordas. Ya yo las comia gordas, todo me sabia bien, y nada me hacia mal, sino solo aquello que no comia; que las vueltas de los tiempos obligan á todo, y á valernos de cosas que á nosotros y á él son muy contrarias. Hube de hacer lo que no pensé, para poder siempre decir, que ni el amor propio me hizo dudar, ni el temor temer, sin acometer á todos los medios de que me pudiese aprovechar. Y sin duda, si en una cosa perseveraba, tengo para mí que me valiera de ella y por aquel camino; mas era colérico, gastaba el tiempo en principios, y así nunca les veia los fines, determinábame á ser bueno, cansábame

á dos pasos, era *piedra movediza, que nunca la cubre moho*, y por no sosegarme yo á mí, lo vino á hacer el tiempo. Vime desamparado de todo humano remedio, ni esperanza de poderlo haber por otra parte ó camino que de aquella sola casa. Púseme á considerar, ¿qué tengo ya de hacer para comer? Morder en un ladrillo, haciaseme duro; poner un madero en el asador, quemaríase. Vi que la casa en pié no me podia dar género de remedio; no hallé otro mejor que acogerme á sagrado, y díjeme: Yo tengo letras humanas, quiero valerme de ellas oyendo en Alcalá de Henares, pues la tengo á la puerta, unas pocas de artes y teología; con esto me graduaré, que podria ser tener talento para un púlpito; y siendo de misa y buen predicador, tendré cierta la comida, y á todo faltar meterme fraile, donde la hallaré cierta. Con esto no solo repararé mi vida, empero la libraré de cualquier peligro en que alguna vez me podria ver por casos pasados. El término de pagar lo que debo viene caminando, y la hacienda va huyendo; si con esto no lo reparo, podríame ver despues apretado y en peligro. Bien veo que no me nace del corazon, ya conozco mi mala inclinacion; mas quien otro medio no tiene, y otra cosa no puede, acometer debe á lo que hallare. No tengo mas que barloventear, esto es, echar la llave á todo, antes que preso me la echen. Valdréme para los estudios del precio de esta casa, que bien esplendido, aunque quiera gastar cada un año cien ducados, y ciento y cincuenta, que será lo sumo, aunque me quiera tratar como un duque, tengo dineros para todo el tiempo, y me sobrarán para libros y con que graduarme. Tomaré para esto un buen camarada, estudiante de mi profesion, porque juntos continuemos los estudios, pasemos las lecciones, confiramos las dudas, y nos ayudemos el uno al otro; consideraba este discurso, y en él tomé resolucion. Mala resolucion, mal discurso, que quisiese saber letras para comer de ellas, y no para fructificar en las almas. ¡Que me pasase por la imaginacion ser oficial de misa, y no sacerdote de misa! ¡Que tratase de hacerme religioso, teniendo espíritu escandaloso! ¡Desdichado de mí! Desdichado de aquel, si alguno por su desventura no propuso en su imaginacion lo primero de todo el servicio y gloria del Señor. Si trató de su interés, de sus acrecentamientos, de su comida, por los medios de este tan admirable sacrificio; si procuró ser sacerdote ó religioso, mas de por solo serlo y dignamente usarlo; si codició las letras para otro fin que ser luz y darla con ellas. ¡Traidor de mí, otro Judas, que trataba de la venta de mi maestro! Y advierto con esto, que no hace otra cosa todo aquel que tratare de ordenarse de misa, ó meterse fraile, solo puesta la mira en tener que comer, ó que vestir ó gastar. Y traidor padre, cualquiera que sea, si obligare á su hijo contra su inclinacion, que sin voluntad lo haga, porque su abuelo, su tio, su pariente ó deudo dejó una capellanía, en

que lo llamaba por cercano. ¿Qué piensa que hace cuando le mete fraile, ó por no tener hacienda que dejarle, ó por otras causas mundanas y vanas? Que por maravilla de ciento acierta el uno, y se van despues por el mundo perdidos, apóstatas, deshonrando su religion, afrentando su hábito, poniendo en peligro su vida, y metiendo en el infierno el alma. Dios es el que ha de llamar, y el que ungió á David, él es quien elige sacerdotes. El religioso por él ha de serlo, tomándolo por fin principal, y todo lo mas por accesorio, que claro está y justo es que quien sirve al altar coma de él; y seria inhumanidad, habiendo arado el buey, despues del trabajo atarlo á la estaca sin darle su pasto. Abra cada cual el ojo, mírelo bien primero que como yo se determine. Considere á lo que se pone, y qué peligro corre. Pregúntese á sí mismo, ¿qué le mueve á tomar aquel estado? porque caminando á oscuras, dará de ojos en las tinieblas. Lucidísimo, puro y mas limpio que el sol ha de ser el blanco del buen sacerdote y religioso. No piensen los padres, que por dar de comer á sus hijos los han de hacer de la iglesia, nó por ser cojos, flacos, enfermos, inútiles, faltos ó mal tallados han de dar con ellos en altar ó en la religion, que Dios de lo mejor quiere para su sacrificio, y lo mejor que tiene nos da por ello, que si mala eleccion hiciéredes, os quedareis en blanco; reservastes lo mejor para vos, pues aquese os llevará Dios, y quedareis los ojos quebrados, falto de ambos, del malo que le distes, y del bueno que os llevó. No se han de trocar los frenos porque no se descompongan los caballos; denle su bocado á cada uno, que no haria buen casado un continente, y seria malo un lascivo para religioso. Muchas moradas hay en la gloria, y para cada una su senda derecha. Tome cada cual el camino que le guia para su salvacion, y no se vaya por el del otro, que se perderá en él, y pensando acertar, nunca verá lo que desea, ni lo que pretende. Disparate gracioso seria, si para ir yo de Madrid á Barajas, me fuese por la puente segoviana, pasando á Guadarrama; ó queriendo ir á Valladolid me fuese por Sigüenza. ¿No veis el descamino, conoceis la locura? El vírgen sea vírgen, el casado sea casado, absténganse los continentes, el religioso sea religioso, váyase cada uno por su camino adelante y no lo tuerza.

Tomé resolucion en hacerme de la iglesia, no mas de porque con ello quedaba remediado, la comida segura, y libre de mis acreedores, que llegados los diez años habian de apretar conmigo. Con esto los daba un gentil tapacoba, cerrábales el emboque, y dejábalos muy feos. Vendí mi casa casi por lo mismo que me habia costado, porque aunque de las labores por maravilla suele sacarse lo que se gasta, la mia vino á llegar á poco menos de todo el costo, porque le dió mas valor haberse mejorado con otros edificios aquel barrio, y así la mejoró el tiempo.

Cuando tuvo el escribano las escrituras hechas, á punto para otorgarse por las partes, dijo, que primero y ante todas cosas habíamos de ir á casa del señor del censo perpetuo á tomar por escrito su licencia, requiriéndole, si las queria por el tanto, y á pagarle los caidos con la veintena? Cuando allá llegamos y se hizo la cuenta, hallamos que los caidos no llegaban á seis reales, y pasaba de mil y quinientos la veintena. Parecióme cosa cruel y fuera de toda policía, que se le hubiese de dar una cantidad semejante, que montaba mucho mas de lo que costó de principal el suelo; no los queria pagar, mas porque la venta no se deshiciese, y la ocasion de mi remedio se pasase, paguélos, con protestacion que hice de pedírselos por justicia por no debérselos. El dueño se rió de mí, como si le hubiera dicho alguna famosa necedad, y bien pudo ser, que á mí por entonces no me lo pareció. Preguntéle, que ¿de qué se reia? Y dijo, que de mi pretension, y que me los volveria luego todos, porque cada dia le diese medio real, hasta que saliese con la sentencia del pleito. Casi lo quise aceptar, pareciéndome que no seria parte la mala costumbre, para que averiguado el dolo no se deshiciese, y no solo esto que digo, mas aunque todo el reino lo pediria en cortes y por su propio interés, como bien universal de la república, saliera por mí á la causa en cuanto se proveyese de remedio en ello. No iba tan fuera de propósito, ni con tan flacos fundamentos, que con lo que sabia entonces, creí sustentar en pié mi opinion, pareciéndome ciencia cierta. Pudiera ser que la defendiera un poco, y quizá un mucho, y tan mucho, que diera con él y con todos los de este género en el suelo, como se hizo un tiempo con algunos censos al quitar que corrian entonces, por haberse hallado cierta especie de usura en ellos. La causa que tuve para defenderme, fué ver que nacia de un discurso de natural razon, considerando que solo de ella tuvieron principios las leyes todas; y que por ser este negocio no tan corriente por el mundo, no se reparaba en él, pero que si con alguna curiosidad se quisiese advertir, hallarian algo de acedo, por donde cuando no se quitase todo, se remediaria mucha parte. Porque supuesto que no vale mas una cosa que aquello que dan por ella, y aquesto que se da que debe ser terminado, finito y cierto; si á mí me vendieron aquel suelo en precio de mil reales, con dos de censo perpétuo, y no hubo persona que mas por él diese, ni mas valia, yo gasté largos tres mil ducados de mi dinero; si es verdad y regla del derecho que ninguno puede hacerse rico de ajena sustancia, ¿porqué aquel con lo mio lo ha de ser? Que aquesto que le da este mas valor al suelo sea hacienda mia, ya consta; porque si aquella misma fábrica se desbaratase luego, volveria el fundo á quedar en el mismo punto que antes, al tiempo y cuando lo compré, y mas parecia llevar esta veintena pena de delito por haber labrado, que deuda justa, pues nace de caso in-

justo; de tal manera es verdad lo dicho, que si este mismo dia que vendí esta casa, tuviera puesta en ella una columna ó estatua de piedra de mucho valor, y comprándomela con la misma casa, me dieran por todo junto diez mil ducados, y de todos ellos me habian de llevar la veintena, si yo por excusarla pude quitar y quité la estatua, y vendí la casa en solos mil, pude hacerlo muy bien, y no se me pudo pedir otra cosa de mas del precio de la casa. Vamos pues adelante con esto: si despues quitase la reja, la viga y la ventana, si desbaratase las paredes, y de casa de diez mil ducados la hiciese de ciento, tambien podria, y pude vender sin cargo de la veintena todo aquello que quité y separé de la casa, pues ¿cómo se compadece que las partes no deban cada una de por sí á solas, y juntas formen débito? Si el dueño dijese: Hasme de pagar veintena del precio en que primero compraste aqueste fondo, que fué de aquellos mil reales, y con aquella carga determinada y cierta fuese corriendo siempre, tendria razon, fundado en el dominio directo, y que aquello se vendió con aquella condicion de precio determinado, lo cual yo acepté de mi voluntad. Empero, ¿cómo me pudo él obligar, ni yo consentir en pagar lo que no se pudo saber, que ni cuanto habia de ser, y que pudiera subir á tanto exceso, que solo con aquella veintena se pudiera comprar un pueblo? y como fueron los que gasté tres mil ducados, pudiera ser trescientos, treinta, ó treinta mil, y aquella casa pudo venderse treinta veces en un año, que fuera un excesivo y exorbitante derecho, y aquesto ni lo es de civil ni canónico, ni tiene otro fundamento que nacer del que llamamos de las gentes, y no comun, sino privado, porque lo pone quien quiere, y no corre generalmente, sino en algunas partes, y en término de cuatro leguas lo pagan en unos pueblos, y en otros no. En especial en Sevilla, ni en la mayor parte del Andalucía no lo conocen, jamás oyeron tal cosa. El censo perpetuo que se funda, ese para siempre se paga sin otras adehalas ni sacaliñas, aunque la posesion se venda cien mil veces. Para que fuese lícito llevar la veintena, debiera ser ley comun aprobada y consentida en el reino, mas no lo es ni lo fué, sino solo aprobada de los ignorantes, y el yerro de los tales no puede hacerla. Si el censo al quitar ha de tener tantas calidades para poderse llevar, y se sabe ya lo que de él se tiene de pagar á tanto por ciento, ¿qué causa puede haber para que no se trate de los perpetuos? ¿qué gabela es esta, qué razon hay para pagarla, de qué parte se debe, si del precio en que compré ó del en que vendo, pagando derechos de mi propio dinero, de mis expensas, mejoramientos y de mi propia industria? Cuanto que mirado el caso así desnudo, si por allá no se le halla corriente, parece injusto quitarme la hacienda que con buena fe y título gasté, ó la de mi mujer y mis hijos, de que las mas veces y de ordinario se pierde la mitad en los edificios. Pues ¿cómo se

puede permitir que no solo venga mi caudal á menos, por el beneficio de aquel suelo, mas que tambien haya de pagar y perder lo que me llevan de veintena? Y cuando se haya de pagar como se paga enteramente, véase, trátese de ello, y determínese, que siendo difinido quedaremos con satisfaccion que se consultó, que lo miraron buenos entendimientos, que fué justo, y de otra manera el pueblo vive con escándalo, porque hablando todos de este agravio, unos le tienen por injusticia, y no falta quien dice mas adelante, dándole peores nombres. Esto me pasó entonces con su dueño; él y yo sabíamos poco, quísome replicar diciendo, que aquello habia sido condicion del contrato, y que hace fuerza, porque á tanto quiera obligarse uno de su voluntad, como quedará obligado. Esto no me satisfizo, porque le respondí con la verdad, que tambien seria condicion de un contrato si yo prestase cien ducados, los cuales me habian de pagar dentro de tanto tiempo, y no lo haciendo, me habian de dar ocho reales cada dia, hasta que me pagasen el principal, y esto no es lícito; de manera, que para justificarse una cosa, no solo basta ser condicion contratada y consentida, mas que sea permitida y lícita. Volvióme á decir, por eso va en ventura que la casa se venda ó no se venda, que si no se vendiere, no se me debe. ¡O qué buena razon! le dije; luego porque la casa se venda, viene á ser la veintena del contrato la pena. Y si lo es, ¿porqué me atas las manos, y prohibes que no las pueda vender á tales y tales personas? tú mismo con lo que dices dañas el contrato. Abres puerta para que siempre te pagen, vendes la cosa por lo que vale, y quieres tener Indios que te den el sudor de su rostro y trabajen para tí, no por otra cosa que haber mejorado tu fundo, y asegurándote mas el censo, hacen de mejor condicion tu hacienda, con menoscabo y pérdida de la suya, ¿y quieres llevarles de veinte uno por ello? ¿Aun si lo hicieran con mala fe, pudieras pretender tu derecho; empero de aquella posesion de que ya quedaste ajeno, y me constituiste dueño en tu lugar, de lo que yo pude conforme á mi eleccion quitar y poner, que aun haya de pagarte pension de mi gusto? ¿De las estatuas, de las pirámides, de las fuentes, de cuyos conductos y aguas yo siempre soy señor, y lo puedo volver á enajenar todo sin que tengas en ello parte, quieres que se te adjudique porque dices que sigue al todo? De todo punto no lo entiendo, ni creo poderse llevar en justicia, en cuanto por los que saben y pueden determinarlo no sallere determinado. Paguéle, aunque no quise, dejando hecho aquel protesto; comencé á seguir mi pleito, llegábase ya el tiempo de mi curso, dejélo por acudir á lo que mas me importaba; y dando cuidado á un amigo solicitador, y á mi suegro, dejé con otros cuidados este. Recogí mi dinero, púselo en un cambio, donde me rendia una moderada ganancia; iba gastando de todo ello lo que habia menester; hice manteo y sotana, junté mi ajuar para una

celda, y fuíme de allí á Alcalá de Henares, que muchas veces lo habia deseado. Cuando allá me vi, quedé perplejo en lo que habia de hacer, no sabiéndome determinar por entonces á cuál me seria mejor y mas provechoso, ser camarista ó entrar en pupilaje. Ya yo sabia qué cosa era tener casa y gobernarla, de ser señor en ella, de conservar mi gusto, de gozar mi libertad; haciaseme trabajoso, si me quisiese sujetar á la limitada y sutil racion de un señor maestro de pupilos, que habia de mandar en casa, sentarse á cabecera de mesa, repartir la vianda para hacer porciones en los platos, con aquellos dedazos y uñas, corvas de largas, como de un avestruz, sacando la carne á hebras, estendiendo la menestra de hojas de lechugas, rebanando el pan por evitar desperdicios, dándonoslo duro porque comiésemos menos, haciendo la olla con tanto gordo de tocino, que solo tenia el nombre, y así daban un brodio mas claro que la luz, ó tanto, que fácilmente se pudiera conocer un pequeño piojo en el suelo de la excudilla, que tal cual se habia de migar ó empedrar, sacándolo á golpe de pison, y de esta manera se habian de continuar cincuenta y cuatro ollas al mes, porque teníamos el sábado mondongo. Si es tiempo de fruta, cuatro cerezas ó guindas, dos ó tres ciruelas ó albaricoques, media libra ó una de higos, conforme á los que habia de mesa, empero tan limitado, que no habia hombre tan diestro que pudiese hacer segundo envite. Las uvas partidas á gajos, como las merienditas de los niños, y todas en un plato pequeño, donde quien mejor libraba sacaba seis; y esto que digo no entendais que lo dan todo cada dia, sino de solo un género, que cuando daban higos, no daban uvas, y cuando guindas, no albaricoques. Decia el pupilero, que daba la fruta tercianas, y que por nuestra salud lo hacia. En tiempo de invierno sacaban en un plato algunas pocas de pasas, como si las quisieran sacar á enjugar, extendidas por todo él; daba para postre una tajadita de queso, que mas parecia viruta ó cepilladura de carpintero, segun salia delgada, porque no entorpeciese los ingenios, tan llena de ojos y trasparente, que juzgara quien la viera ser pedazo de tela de entresijo flaco. Medio pepino, una sutil tajadita de melon pequeño, y no mayor que la cabeza. Pues ya si es dia de pescado, aquel potaje de lentejas como las de Isopo, y si de garbanzos, yo aseguro no haber buzo tan diestro que sacase uno de cuatro zabullidas, y un caldo propio para teñir tocas. De castañas lo solian dar un dia de antipodio en la cuaresma, no con mucha miel, porque las castañas de suyo son dulces, y daban pocas de ellas, que son madera. ¿Pues qué diré del pescado? Aquel pulpo y bello puerro, aquella belleza de sardinas arencadas, que nos dejaban arrancadas las entrañas, una para cada uno, y con cabeza si era dia de ayuno, porque los otros dias cabíamos á media. ¿Pues el otro pescado que el abad dejó y nos lo daban á nosotros? Aquel par de huevos estrellados, como los de la venta,

ó poco menos, porque se compraban en junto para gozar del barato, y conservábanlos entre ceniza ó sal, porque no se dañasen, y así se guardaban seis y siete meses. Aquel echar la bendicion á la mesa, y antes de haber acabado con ella ser necesario dar gracias, de tal manera, que habiendo empezado á comer en cierto pupilaje, uno de los estudiantes que sentia mucho calor y habia venido tarde, comenzóse á desabrochar el vestido, y cuando quiso comenzar á comer, oyó que ya daban gracias, y dando en la mesa una palmada, dijo: Silencio, señores, que yo no sé de que tengo de dar gracias, ó denlas ellos. La ensalada de la noche muy menuda, y bien mezclada con harta verdura, porque no se perdia hoja de rábano ni de cebolla que no se aprovechase, poco aceite, y el vinagre aguado, lechugas partidas, ó zanahorias picadas con su buen orégano. Solian entremeter algunas veces, y siempre por el verano, un guisadito de carnero; compraban de los huesos que sobrabran á los pasteleros, costaban poco y abultaban mucho; ya que no teníamos que roer, no faltaba en que chupar; al sabor del caldo nos comíamos el pan, unas aceitunicas acebuchales, porque se comiesen pocas, un vino de la pasion de dos orejas, que nos dejaba el gusto peor que de cerveza. ¿Qué diré del cuidado que la mujer ó ama del pupilero tenia en venirnos á notificar los ayunos de la semana para que no pidiésemos los almuerzos? Aquel comutar de cenas en comidas, que ni valian juntas para razonables colaciones, que cuando nos las daban venian mas ajustadas que azafran, con el peso de cuatro onzas por todo, como si el casuista que lo tasó acaso supiera mi necesidad, ó como si en razon de nuestros estudios y de las malas comidas no le pudiéramos argüir, que debian reservarnos con los mas, pues entramos en el número de los trabajadores, ó como si la vianda que nos dan fuese cóngrua para nuestro sustento, pues todo era tan limitado, tan poco y mal guisado, como para estudiantes y en pupilaje, que son de peor condicion que niños de la doctrina, que traen los estómagos pegados al espinazo, con mas deseo de comer que el entendimiento de saber. Solia decirnos algunas veces nuestro pupilero, que decia Marco Aurelio, que los idiotas tenian dieta de libros, y andaban hartos de comidas, que solo el sabio, como sabio, aborrece los manjares por mejor poderse retirar á los estudios, que á los puercos y en los caballos estaba bien la gordura, y á los hombres importaba ser enjutos, porque los gordos tienen por la mayor parte grueso el entendimiento, son torpes en andar, inválidos para pelear, inútiles para todo ejercicio, lo cual en los flacos era por el contrario. Yo me holgaba confesarle aquesto, con que no me negara otra mayor verdad, que poco y mal comer acaban presto la vida, y si no tengo de lograr mis estudios, en vano se toma el trabajo de ellos. ¿Ved por mi vida cuál halcon salió á caza que primero no lo cebasen? ¿Qué podenco, qué galgo, qué lebrel

salió al monte que lo llevasen hambriento? Tengan y tengamos, que bueno es en todo el medio. Aquí les confesaremos que no se ha de comer hasta hartar si nos conceden que no habemos de ayunar hasta dejarnos caer, que habia estudiante de nosotros que se le conocian ahilársele los excrementos en el estómago. Con todo esto lo elegí por de menor inconveniente, pareciéndome que siendo como era ya hombre, si tomase camarada, lo habia de hacer con otro igual mio, y que como somos diferentes en rostro, tenemos diferentes las condiciones, y pudiera encontrar con quien pensando aprovechar en las letras me acabase de dañar con vicios, cursándolos mas que la escuela. *Del mal el menos*; híceme pupilo, teniendo por mejor tropellar con el qué dirán de ver á un jayan como yo, con tantas barbas como la mujer de Peñaranda, metido entre muchachos. Consolábame que tambien habia entre nosotros algunos casi como yo, y estábamos mezclados como garbanzos y chochos. Con esto estaba libre de todo género de cuidado, no me lo daba la comida ni el buscarla ó proveerla, quedaba libre para solo mi negocio, y todo en todo. Excusábame de amas, que son peores que llamas, pues lo abrasan todo. ¿Amas, dije, no seria bueno darles una razonable barajadura, ó siquiera un repelon? A las de los estudiantes digo, que son una muy honrada gentecilla. ¿Qué liberales y diestras están en hurtar, y qué flojas y perezosas para el trabajo? ¿Cómo limpian las arcas, y qué sucias tienen las casas? Ama solíamos tener que sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio, porque del carbon, de las especias, de los garbanzos y de todas las mas cosas, ya cuando no podia hurtar el dinero, guardábalas en especie, y en teniéndolo junto, nos lo vendian, pedian para ello, y gastaban de lo que habian llegado. Si habian de lavar, hurtaban el jabon, y á puros golpes en las piedras, con abundancia del agua del rio, hacian blanquear la ropa en detrimento suyo, porque le quitaban dos tercios de la vida. No solo nos hacian el daño del sisar, empero destruíanlo todo. Sabido para qué lo hacian, ó en qué lo gastaban, era con el capigorrista de sus ojos, á quien traian en los aires, para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando el puchero de lo mejor y mas florido; si acaso estaba en casa, le daban el hervor de la olla, sopitas abahadas, carne sin hueso, ropa enjabonada, y sobre todo bien remendados de nuestra sustancia. Ellas en fin son perjudiciales, indómitas y sisantes, peores mucho que un mochilerillo de un soldado que sisaba de un pastel, y de ocho maravedís doce, porque del pastel alzaba la tapa y sorbíale el caldo, y enviándolo por vino se quedaba con los ocho maravedís que le daban para él, y vendia el jarro por un cuarto, venia luego llorando y diciendo que se le habia derramado el vino quebrándose el jarro. Jamás vino á casa cuarto de carnero que poco á poco no le faltase un quinto, y le quitase el riñon, diciendo

que á devocion del bienaventurado san Zoilo, y así nunca se comian; pero no era tan devoto su estudiante que á todo hacia, y para él no habia de haber cosa en que no se le adjudicase su parte, y muchas veces todo, diciendo aquí lo puse, allí estaba, el gato lo comió, allí lo dejé; no le faltaban achaques para sisar y hurtar cuanto querian, pues queredles apretar, limitar, ó ir á la mano en algo, y hablar una sola palabra que no les venga muy á cuento, no hay vecino en el barrio, no hay tienda, taberna ni horno donde no cuenten luego vuestra vida y milagros, que sois un malaventurado, apocado, hambriento, mezquino, de mala condicion, gruñidor, que les tentais los huevos á las gallinas, que veis como se espuma la olla, que atais el tocino para echarlo dentro, y con solo un cuarto de él haceis toda la semana, porque se vuelve á sacar y se guarda. Váseos de casa, y quereis traer otra, no la hallareis que por la puerta os entre, y habeis de serviros á vos mismo, porque luego le dicen, y ella se informa primero que os entre á servir, lo que la otra dijo de vos, y por lo que se fué. Quien se quisiere servir por todo ha de pasar con ellas, á nada se les ha de replicar, su voluntad han de hacer, y aun mal contentas. Acontecióme antes de casado recibir en mi casa una mujer, y ser tan puerca, floja y de mal servicio, que la despedí al tercero dia; luego recibí otra que venia convaleciente, y recayendo en la enfermedad, solo me sirvió dos dias, que se volvió al hospital; trajéronme otra luego, tan grande ladrona, que mandándole asar un conejo lo hizo pedazos para guisarlo en cazuela, y solo sacó á la mesa la cabeza, piernas y brazos, porque lo mas hizo de ello lo que quiso, y viendo semejante bellaqueria, solo aquel dia estuvo en casa, despedíla para por la mañana. Cuando los vecinos vieron que en seis dias habia tenido tres mujeres, y que cada una cuando salia iba rezando y murmurando de mí, levantóse una mala voz, pusiéronme cien faltas, y tanto, que mas de veinte dias me fuí á comer al bodegon, que ninguna mujer queria venir á mi casa por las nuevas que de mí le daban, hasta que un amigo me trajo una peor que todas, porque se amancebaba con cuantos la querian, y á todos los traia al retortero; quísela luego echar, pero no me atreví por amor de la mala voz de mis vecinos, y digo verdad que tuve á esta causa por menos inconveniente despedir la casa y mudarme á otro barrio, sufriendo hasta entonces á esta mujer, que despedirla, y así lo hice. Si estais en casa quieren salir fuera, si vais fuera quieren quedar en casa, si huelgan piden para lino, si se lo dais os infaman de casero, y nada de esto hacen sin su misterio; licencia os doy que lo sospecheis, como no penseis que son malas de sus personas, pues hasta hoy se ha visto ama, como no sea de estudiantes, que haga semejante vileza. No se amancebarán con el mozo de plaza, ni con el lacayo, ni hurtarán aunque lo hallen rodando por el suelo. No estimaba ni sentia tanto ver

que me robaban la hacienda, ó estar amancebadas, aunque no lo debiera consentir en mi casa, cuanto que me quisiesen quitar el entendimiento privándome de él, que con mentiras y lágrimas quisiesen acreditar sus embelecos, de manera, que sabiendo yo la verdad muy clara, viendo á los ojos presente su maldad, su bellaquería y mal trato, me obligasen á tenerlo por bueno y santo, esto me sacaba de juicio. Mucho se padece con ellas en todo tiempo y de cualquiera edad; si son viejas malas, y si mozas peores, y si esto es una sola, ¿qué se padecerá donde son menester dos? Dichoso aquel que las puede excusar y servirse de menos, porque no hay cuando peor lo sirvan que cuando tienen mas que lo hagan. Con todo esto, protesto que no lo digo por la señora ama que me oye, que yo no sé y la conozco por muy mujer de bien, y que lo perdonará todo porque le den un traguito de vino. Asistí en mi pupilaje, sufrílo por no sufrirlas, reparaba las faltas teniendo en mi aposento algunas cosas prevenidas de regalo con que se iba pasando menos mal, entreteniéndolas cuando era necesario. Eso teníamos bueno, que nos consentian asar una lonja muy gentil de tocino, por solo que los convidásemos á ella, y lo tomaran de partido los pupileros cuatro dias en la semana. De esta manera, despues de haber oido las artes y metafísica, me dieron el segundo en licencias, con agravio notorio á voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado primero por anteponer á un hijo de un grave supuesto de ella. Entré á oir mi teología, comencéla con mucho gusto porque lo hallaba ya en las letras, con el cebo de aquel dulcísimo entretenimiento de las escuelas, por ser una vida hermana en armas de las que siempre tuve. ¿Dónde se goza mayor libertad? ¿Quién vive vida tan sosegada? ¿Cuáles entretenimientos, de todo género de ellos, faltaron á los estudiantes, y de todo mucho? Si son recogidos hallan sus iguales y si perdidos no les faltan compañeros. Todos hallan sus iguales como los han menester, y los estudiosos tienen con quien conferir sus estudios, gozan de sus honras, escriben sus lecciones, estudian sus actos, y si se quieren espaciar son como las mujeres de la montaña, donde quiera que van llevan su rueca, que aun arando hilan. Donde quiera que se halla el estudiante, aunque haya salido de casa con solo ánimo de recrearse por aquella tan espaciosa y fresca ribera, en ella va recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad, que verdaderamente los hombres bien ocupados nunca la tienen. Si se quiere desmandar una vez en el año, aflojando al arco la cuerda, haciendo travesuras con alguna bulla de amigos, ¿qué fiesta ó regocijos se iguala con un correr de un pastel, rodar un melon, bolar una tabla de turron? ¿Dónde ó quién lo hace con aquella curiosidad? Si quiere dar una música, salir á rotular, ó dar una matraca, gritar una cátedra, ó levantar en los aires una guerrilla por solo antojo, sin

otra razon ó fundamento, ¿quién, dónde ó cómo se hace hoy en el mundo como en las escuelas de Alcalá? ¿Dónde tan floridos ingenios en artes, medicina y teología? ¿Dónde los ejercicios de aquellos colegios teólogo y trilingüe? ¿De dónde cada dia salen talentos y tan buenos estudiantes? ¿Dónde se hallan un semejante concurrir en las artes los estudiantes, que siendo amigos y hermanos, como si fuesen fronteros están siempre los unos contra los otros en el ejercicio de las letras? ¿Dónde tan buen trato, tanta disciplina en la música, en las armas, en danzar, correr, saltar y tirar la barra, haciendo los ingenios hábiles y los cuerpos ágiles? ¿Dónde concurren juntas tantas cosas buenas con clemencia de cielo y provision de suelo, y sobre todo una tal iglesia catedral, que se puede justamente llamar fenix en el mundo por los ingenios de ella? ¡Oh madre Alcalá! ¿qué diré de tí que satisfaga, ó cómo para no agraviarte callaré, que no puedo? Por maravilla conocí estudiante notoriamente distraido, de tal manera, que por el vicio (ya sea de jugar, ó cualquiera otro) dejase su fin principal en lo que tenia obligacion, porque lo teníamos por infamia. ¡Oh dulce vida la de los estudiantes! Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato á un novato, meterlo en rueda, sacarlo nevado, darle garrote al arca, sacarle la patente, ó no dejarle libro seguro, ni manteo sobre los hombros, aquel sobornar votos, aquel solicitarlos y adquirirlos, aquella certeza en los de la pátria, el empeñar de prendas en cuanto tarda el recuero, unas en pastelerías, otras en la tienda, los Escotos en el buñolero, los Aristóteles en la taberna, desencuadernado todo, la cota entre los colchones, la espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel con el tapadero de la tinaja; ¿en qué confitería no teníamos prenda y taja cuando el crédito faltaba? De esta manera, con estos entretenimientos proseguí mi teología, y cuando cursaba en el último año, ya para quererme hacer bachiller, mis pecados me llevaron un domingo por la tarde á Santa María del Val. Romerías hay á veces que valiera mucho mas tener quebrada una pierna en casa. Esta estacion fué causa y principio de toda mi perdicion, de aquí se levantó la tormenta de mi vida, la destruccion de mi hacienda y acabamiento de mi honra. Salí de mi casa con sola intencion de visitar esta santa casa, hícelo, y al entrar en la iglesia vi un corrillo de mujeres, y entre ellas algunas de muy buena gracia, llevóme la costumbre á la pila del agua bendita, zabullí la mano dentro, díme con una poca en la frente, pero siempre los ojos en el pié de hato. Sin mirar al altar, ni considerar en el sacramento, asenté la rodilla en el suelo, sacando adelante la otra pierna como ballestero puesto en acecho; en lugar de persignarme hice por cruz un ciento de garavatos, y fuíme derecho á donde vi la gente, mas antes que llegase vi que se levantaron, y saliendo de allí se fueron por entre los álamos adelante, á la

orilla del rio, y sobre un pradillo verde, haciendo alfombra de su fresca yerba, se sentaron en ella. Seguíalas yo de lejos hasta ver donde paraban, y viéndolas con un poco de reposo, y que ya sacaban de las mangas algunas cosas que llevaron para merendar, me fuí acercando á ellas. Eran una viuda mesonera con sus dos hijas mas lindas que Polux y Castor, iban con otras amigas no de poca buena gracia, mas la que así se llamaba, que era la hija mayor de la mesonera, de tal manera las aventajaba, que parecia traerlas arrastradas; eran estrellas, pero mi Gracia el sol. Yo era conocidísimo, habia mas de siete años que residia en Alcalá, y siempre muy bien tratado y tenido por uno de los mejores estudiantes de ella, y acreditado de rico; las mozuelas eran triscadoras y graciosas, ya querian comenzar á merendar, cuando burlando quise meterme de gorra, empero de veras me la echaron, pues por ellas me la puse. Dejando esto en este punto, antes de continuarlo conviene advertiros, que con los gastos de los estudios, en libros, en grados y vestirme, íbamos casi ajustando la cuenta yo y mi hacienda; teníala, pero tan poca, que no pudiera con ella ordenarme, y como antes de tomar el grado de bachiller en teología era necesario tener órdenes, y estas era imposible por faltarme capellanía, no tuve otro remedio que acudir á pedírselo á mi suegro, con quien siempre me comuniqué, porque nunca hasta entonces habia faltado la amistad; él me puso ánimo, dándome consejo y remedio juntos, que quien puede poco hace cuando aconseja si no remedia. Dijo que me haria donacion de las posesiones de las dotes de mi mujer, diciendo dármelas para que se fundase cierta capellanía que yo sirviese por su alma, y que por otra parte le hiciese declaracion de la verdad, obligándome á absolverlas, cada y cuando que me las pidiese. Aun hasta para en esto son malas estas contraescrituras, pues dan lugar contra lo establecido por santos concilios, corriendo tan descaradamente sin temor de las gravísimas penas y censuras en que se incurre por semejante simonía. ¡Válgame Dios! ¿Y cómo á tan grave daño se debiera cortar el hilo? Mas por no cortar yo el que llevo, agradecíselo mucho, beséle las manos, viendo cuán de buena voluntad se queria ir conmigo mano á mano paseando hasta el infierno, por tenerme compañía. ¿Diré aquí algo? Ya oigo deciros que no, que me deje de reformaciones tan sin qué ni para qué. No puedo mas; pero si puedo, Guzman amigo, ¿esto por ventura corre por tu cuenta, ni nada de ello? No por cierto. ¿Piensas que tú solo eres el primero que lo siente, ó que serás el último en decirlo? Di lo que te importa, y hace á tu propósito, que dejaste las mozas merendando, el bocado en la boca, y á los demás suspensos de las palabras de la tuya. Vuélvenos á contar tu cuento, y quédese aqueste así para quien hiciere al suyo. Razon pides, no te la puedo negar, y pues con tanta facilidad te la concedo, con-

cédeme perdon de aquesta culpa, que ya vuelvo. Yo estaba ya en el punto que has oido, los cursos casi pasados, la capellanía fundada para ordenarme y tomar el grado dentro de tres meses. Esto era en febrero, las órdenes habian de ser por las primeras témporas, y el grado á principio de mayo. Tenia esta rapaza decir y hacer, nombre y obras, toda era gracia, y juntas las gracias todas eran pocas para con la suya. Toda ella era una caja de donaires, en cuanto hermosa no sé como mas encarecerte su belleza que callando, cantaba suavísimamente á una vihuela, tañíala con mucha destreza, tenia gran discrecion, era viva de ingenio y ojos, risa formaba con ellos donde quiera que los volvia, segun se mostraban alegres. Puse los mios en ellos, y parece que los rayos visuales de ambos, reconcentrados adentro, se volvieron contra las almas; conocíle aficion, y creyóla de mí, desposeyóme del alma, y díjeselo á voces mirándola, empero la boca siempre callada, que nunca se abrió á otra palabra por entonces, que á pedirle por merced si me la querian hacer en convidarme; ofreciéronme todas cada una su parte de merienda, y aun casi por fuerza me quisieron obligar á recibirla. Cuando les dí las gracias de su buen comedimiento, hube (muy de mi agrado, y constreñido de ser mandado) de coger el manteo, y sentado encima, de alcanzar parte, y no pequeña, porque me regalaban á porfía, siéndoles agradecido, haciendo la razon á los brindis, me valió por bastante cena. Cuando hubieron acabado, sacó la criada la vihuela, que debajo del manto llevaba, y dándomela Gracia, con toda la suya, de su mano á la mia, me mandó que les tañese, porque querian bailar; hiciéronlo de manera, con tanta destreza y arte, y con tanta excelencia de bien mi prenda, que no me quedó alguna que allí no se rematase.

Cuando cansadas quisieron reposar un poco, volviendo á poner la vihuela en las manos de quien la recibí, supliquéle que un poco cantase, y sin algun melindre, templándola con su voz, lo hizo de manera, que parecia suspender el tiempo, pues no sintiéndose lo que se tardó en ello, llegó la noche. Hízose hora de volverse á sus casas, acompañélas todo el camino, trayendo á mi dama de la mano. Vime á los principios perdido, sin saber por donde comenzar, hasta que, conocida de ella mi cortedad ó temor, no sé si con cuidado, tropezó del chapin, acudíle los brazos abiertos, y recibíla en ellos, alcanzándole á tocar un poco de su rostro con el mio. Cuando ya estuvo en pié, lo tomé de allí, culpando á mis ojos de haberle hecho mal con ellos, respondióme de modo que me obligé á replicarle, y como la llevaba de mano, apretésela un poco, y riyéndose dijo, que por mas que apretase no sacaria de ella jugo; de aquí tomé mayor atrevimiento en el hablar, de manera, que haciendo que nos quedábamos atrás por no poder mas andar, íbamos tratando de nuestros amores, digo yo de los mios, y ella

riyéndose de todo, y tomándolo en pasatiempo. Era taimada la madre, buscaba yernos, y las hijas maridos; no les descontentaba el mozo, diéronme cuerda larga hasta dejarlas dentro de su casa, donde cuando llegamos me hicieron entrar en su aposento que tenian muy bien aderezado, llegáronme una silla, hiciéronme descansar un poco, y sacándome una caja de conserva, me trajeron con ella un jarro de agua, que no fué poco necesaria para el fuego del veneno que me abrasaba el corazon, mas no aprovechó. Ya era hora de despedirme, hícelo, suplicándoles me diesen su licencia para recibir aquella merced algunas veces; ellas dijeron que se la haria en servirme de aquella casa, y conocerian en ello mis palabras, cuando correspondiesen á las obras. Despedíme, dejélas; no las dejé ni me fuí, pues quedándome allí, llevé conmigo la prenda que adoraba. ¡Qué noche quereis que sea para mí esta! ¡qué largas horas, qué sueño tan corto, qué confusion de pensamientos, qué guerra total, qué batalla de cuidados, qué tormenta se ha levantado en el puerto de mi mayor bonanza! dije. ¿Cómo en tan segura calma me sobrevino semejante borrasca, sin sentirla venir, ni saberla remediar? Perdido voy, incierta es la esperanza del remedio. Pues ya cuando amaneció, que me fuí á las escuelas, ni supe si en ellas entré, ni palabra entendí de cuanto en la leccion dijeron; volvíme á la posada, sentéme á la mesa, y quedábanseme los bocados en la boca helados, con tanto descuido de lo que hacia, que puse cuidado á mis compañeros, y admiracion en el pupilero, que creyó ser principio de alguna enfermedad gravísima, y no estuvo engañado, pues de allí resultó mi muerte. Preguntóme qué tenia; no supe responderle, mas de que sin duda el corazon se recelaba de algun gravísimo daño venidero, porque desde el dia pasado lo sentia caido en el cuerpo, que casi no me animaba. Díjome que no fuese Mendocino, ni diese á la imaginacion tales disparates, que olvidase supersticiones, que aquello no era otra cosa que abundancia de mal humor, que presto se gastaria. Como ya yo sabia que no se medicinaba mi mal con yerbas, disimulélo, y dije, por no dar á sentir mi desdicha: Señor, así será, y así lo haré, mas mucho me fatiga. Levantéme de la mesa, empero no de comer; y subiendo á mi aposento, fué tanto lo que me apretó aquella congoja, que dejándome caer encima de la cama, la boca y ojos en el almohada, vertí por ellos mucha copia de lágrimas, enterrando los suspiros entre la lana. Sentíme con esto algo aliviado, y con el deseo de ver el médico de mi salud, tomando el manteo, y dejando la leccion, me fuí á su casa. No puedo en solas dos palabras dejar por decir, que no hay ejercicio alguno que no quiera ser continuado, y que faltarle un punto de su ordinario, es un punto que se suelta de una calza de aguja, que por allí se va toda. Con esta leccion que perdí, perdí todos cuatro cursos, y á mí con ellos; pues de una en otra dejé de continuarlas,

no dándoseme por ellas un comino. Habíame ya matriculado Amor en sus escuelas, Gracia era mi rector, su gracia era mi maestro, y su voluntad mi curso; ya no sabia mas de lo que queria que supiese; comencé riyendo y acabé llorando, de burlas les pedí un bocado de la merienda, de veras lo hallé despues atravesado á la garganta, fué de veneno que me quitó el entendimiento, y como sin él anduve mas de tres meses, dando de mí una muy grande nota, que un tan famoso estudiante quisiese así perderse; y movido el rector de lástima, cuando lo supo, quiso ponerme remedio, y fué dañarme mas, que viéndome de todas partes apretado, y mas de mi pasion propia, rebenté sin poderme resistir. Ya nuestros amores iban muy adelante, los favores eran grandes, las esperanzas no cortas, pues las dejaban á mi voluntad, queriendo recibirla por esposa. Troquemos plazas, y tome la mia el mas cuerdo del mundo; hállese sujeto de prisiones tan fuertes, y con tan justas causas para rendirse; siéntase acosado queriéndoselo impedir, y deme luego consejo. No supe otro medio, dejélo todo por lo que pensé que fuera mi remedio. La madre me ofreció su casa y toda su hacienda, era mujer acreditada en el trato, tenia mucho y buen despacho; ganaba bien de comer, regalábame mucho; servíame al pensamiento, trayéndome aseado, limpio y oloroso, mirado y respetado como señor de todo; nunca creí que aquello me faltara, quise quitarme de malas lenguas que ya me levantaban lo que si fuera verdad quizá no me perdiera. Señores mios, con perdon de vuestras mercedes, caséme. No ha sido mala cuenta la que dí de tantos estudios, de tantas letras, de verme ya en términos de ordenarme y graduarme, para poder otro dia catedrar por lo menos, porque pudiera segun la opinion que tuve. Y ya en la cumbre de mis trabajos, cuando habia de recibir el premio, descansando de ellos, volví de nuevo como Sísifo á subir la piedra[1]. Considero ahora lo que muchas veces entonces hice; como sabe Dios trocar los designios de los hombres, como ya hecho el altar, puesta la leña, Isac encima, el cuchillo desnudo, el brazo levantado, descargando el golpe, impide la ejecucion. Guzman, ¿qué se hicieron tantas velas, tantos cuidados, tantas madrugadas, tanta continuacion á las escuelas, tantos actos, tantos grados, tantas pretensiones? Ya os dije, cuando en mi niñez, que todo vino á parar en la CAPACHA, y ahora los de mi consistencia en un meson, y quiera Dios que aquí paren.

[1] Sísifo era castigado en los infiernos con la pena de subir á lo alto de una montaña un enorme penasco, que tan pronto como estaba colocado en la cumbre, bajaba rodando á la llanura: y en estos continuos é inútiles esfuerzos expiaba sus delitos.

CAPÍTULO V.

Deja Guzman de Alfarache los estudios, vase á vivir á Madrid, lleva su mujer, y salen de allí desterrados.

Pues de bachiller en teología salté á maestro de amor profano, ya se supone que soy licenciado, y como tal podré con su buena licencia decir lo que conozco de él, y como tan buen practicante suyo. Si lo quisiésemos definir, habiendo tantos dicho tanto, seria volver á repetirlo millares de veces repetido. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que aunque mas de él se diga, quedará menos entendido; empero diremos de él algo con los muchos. Es amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un exceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazon, como la yerba del ballestero, que hasta llegar á él, como á su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo, aun es dificultoso echarlo de ella. Es niño antojadizo, y desvaria; es viejo, y caduca; es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata; es Dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon; es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tirano. Píntanlo ciego, porque no tiene medio, ni modo, distincion ó eleccion, órden, consejo, firmeza ni venganza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva á desdichado fin; de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecucion de ellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y consideracion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fué necesario trascurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran. Porque como despues de la caida de nuestros primeros padres, con aquella levadura se acedó toda la masa, corrompida de los vicios, vino en tal ruina la fábrica de este reloj humano, que no le quedó rueda con rueda, ni muelle fijo que las moviese. Quedó tan desbaratado, sin algun órden ó concierto, como si fuera otro contrario, en ser muy diferente el primero en que Dios lo crió, lo cual nació de la inobediencia sola. De allí

le sobrevino ceguera en el entendimiento, en la memoria olvido, en la voluntad culpa, en el apetito desórden, maldad en las obras, engaño en los sentidos, flaqueza en las fuerzas, y en los gustos penalidades; cruel escuadron de salteadores enemigos, que luego cuando un alma la infunde Dios en un cuerpo, le sale al encuentro pegándosele; y tanto, que con su halago, promesas y falsas apariencias de torpes gustos, la estragan y corrompen, volviéndola de su misma naturaleza. De manera, que podria decirse del alma, estar compuesta de dos contrarias partes, una racional y divina, y la otra de natural corrupcion. Y como la carne adonde se aposenta sea flaca, frágil, y de tanta imperfeccion, habiéndolo dejado el pecado inficionado todo, vino á causar que casi sea natural á nuestro ser la imperfeccion y desórden, tanto y con tal extremo, que podríamos estimar con el mayor vencimiento el que hace un hombre á sus pasiones. Mucha es la fortaleza del que puede resistirlas y vencerlas, por la guerra infernal que se hacen siempre la razon y el apetito, que como él nos persuade con aquello que mas conforma con la naturaleza nuestra, con lo que mas apetecemos y esto sea de tal calidad que nos pone gusto al traerlo, y deseo en el conseguirlo; y por el contrario, la razon es como el maestro que, para bien corregirnos, anda siempre con el azote de la reprension en la mano, acusándonos el mal que hacemos; hacemos como los niños, huimos de la escuela con temor del castigo, y nos vamos á las casas de las tias, ó de los abuelos, donde se nos hace regalo; y de esta manera, siempre ó las mas veces, queda (que no debiera) la razon avasallada de nuestro apetito. El cual, como tiene ya sobre nosotros adquirida tanta posesion y señorío, siendo el del torpe amor tan vehemente, tan poderoso, tan propio de nuestro ser, tan uno y ordinario nuestro, tan pegado y conforme á nuestra naturaleza, que no es mas propia la respiracion ó el vivir, síguese de necesidad ser lo mas dificultoso de reprimir, y el enemigo mas terrible, y el que con mayor poder y fuerza nos acomete, asalta y rinde. Y aunque sea notoria verdad, que teniendo la razon, como tiene, su antiguo y preeminente lugar, suele algunas veces impedir con su mucha sagacidad y valor, que una repentina vista (aunque traiga pujanza de causas poderosas que la favorezcan al mal) pueda con facilidad robar de improviso la volundad, sacando á un hombre de sí; empero por lo que tengo dicho, como el apetito y voluntad sean tan certeros, tan libres, tan señores y enseñados á nunca obedecer ni reconocer superior, es fácilísimo, que teniéndolos amor de su parte, haga cualesquier efectos de la manera y segun que mejor le pareciere. Y tambien porque siendo, como lo es, todo bien apetecible de su misma naturaleza, y todo lo que se obra es en razon del bien que se nos representa ó hallamos en ello, siempre deseamos conseguirlo, llegándolo á nosotros; y si nos fuese posible querríamos con el mismo deseo convertirlo en sustancia nuestra.

Resulta de esto, no ser forzoso ni necesario para que uno ame que pase distancia de tiempo, que siga discurso ni haga eleccion, sino que con aquella primera y sola vista, concurran juntamente cierta correspondencia ó consonancia, ó lo que acá solemos vulgarmente decir, una confrontacion de sangre á que por particular influjo suelen mover las estrellas, porque como salen por los ojos los rayos del corazon, se inficionan de aquello que hallan por delante semejante suyo, y volviendo luego al mismo lugar de donde salieron, retratan en él aquello que vieron y codiciaron, y por parecerle al apetito prenda noble, digna de ser comprada por cualquier precio, estimándola por de infinito valor, luego trata de quererse quedar con ella, ofreciendo de su voluntad el tesoro que tiene, que es la libertad, quedando el corazon cautivo de aquel señor, que dentro de sí recibió. Y en el mismo instante que aquesta bien, ó aquesta cosa que se ama, se considera, luego que aplica el hombre su entendimiento á tenerlo por sumo bien, deseándolo convertir en sí, se convierte en él mismo. Síguese de esto, que aquellos mismos efectos que puede causar por largos tiempos, ganándose por continuacion ó trato, tan bien se puedan causar en el instante que se causa esta complacencia del bien que nos figuramos, porque como no sabemos, ó por hablar lenguaje mas verdadero, no queremos irnos á la mano, y por la corrupcion de nuestra naturaleza, flaqueza de la razon, cautiverio de la libertad y débiles fuerzas, deslumbrados de esta luz, vamos desalados, perdidos y encandilados á meternos en ella, pareciéndonos decente y propio rendirnos luego, como á cosa natural. Y tanto como lo es la luz del sol, el frio de la nieve, quemar el fuego, bajar lo grave, ó subir en su esfera el aire, sin dar lugar al entendimiento ni consentir al libre albedrío, que gozando de sus privilegios, usen su oficio por haberse sujetado á la voluntad que ya no era libre, y en cambio de contrastarla le dan armas contra sí: esto mismo le sucede á la razon y entendimiento con la misma voluntad, que cuando en la primera edad, en el estado de inocencia eran señores absolutos los que gobernaban con sujecion, y tenian en paz toda la fábrica, quedaron esclavos obedientes despues del primer pecado, y por ministros de aquella tiranía. Luego son favorecidos del ciego y depravado entendimiento, y sedientos de su antojo, se abalanzaron de pechos por el suelo á beber las aguas de sus gustos. Corren como halcones con capirotes, ya por lo mas levantado de los aires, ya por lo espeso de los bosques, no conociendo el venidero peligro, ni temiendo el daño cierto. Así nunca reparan en distancia de tiempo que se les ponga delante, por la cual causa es el amor impaciente, y hizo tales efectos en mí. Volvíme á casar segunda vez, muy con mi gusto, y tanta que tuve por cierto, que nunca por mí se comenzara el tocino del paraiso, y que fuera el hombre mas bienaventurado de la tierra. Nunca me pasó por la

imaginacion considerar entonces, que aquel sacramento lo debiera procurar para solo el servicio y gloria de Dios, perpetuando mi especie, mediante la sucesion; solo procure la deleitacion. Menos dí lugar al entendimiento que me aconsejase de lo que él bien sabia, ni le quise oir; cerré los ojos á todos, despedí á la razon, maltraté á la verdad, porque me dijo, que casando con hermosa, era de necesidad haber de ofrecérseme cuidados, por haber de ser comun; últimamente, de mal aconsejado, conseguí con mi gusto un mal bien deseado; cegáronme dotes naturales, diéronme hechizos, gracia y belleza, tan propio de mi esposa, y sin ningun artificio. Yerra el que piensa que pueda parecer algo bien con ajena compostura, pues lo ajeno se lo da, y luego que se lo vuelve, vuelve lo feo á quedarse con su fealdad. Tuve dias muy alegres; que los que no gozan de suegra, no gozan de cosa buena; tratábame como á verdadero hijo, buscando por cuantas vias podia mi regalo; no trajo huésped bocado bueno á casa que no me alcanzase parte, ni ella lo pudo haber, que no me lo comprase; y como mi esposa trajo poco dote, tenia para hablar poca licencia, y menos causa de pedirme demasías; era moza, y tanto, que pude hacerla de mi voluntad; tomé parientes que se honraban de mí por las ventajas que me reconocian, que á quien los toma mejores, nunca le falta señores á quien servir, jueces á quien temer, y dueños á quien ser forzosos tributarios. Mi suegra lo era mia, y mi cuñada mi esclava; mi esposa me adoraba, y toda la casa me servia. Nunca jamás como aquel breve tiempo, me vi libre de cuidados, no eran otros los mios que comer, beber, dormir, holgar y sin ser ni de un solo maravedí pechero; me bailaban delante todos las bocas llenas de risa. Era danza de ciegos, y yo lo estaba mas, que los guiaba. Dicen de Circes, una ramera, que con sus malas artes volvia en bestias los hombres con quien trataba; cuáles convertia en leones, otros en lobos, jabalíes, osos ó sierpes, y en otras formas de fieras; pero juntamente con aquello quedábales vivo y sano su entendimiento de hombre, porque á él no les tocaba. Muy al revés lo hace ahora estotra ramera, nuestra ciega voluntad, que dejándonos las formas de hombres, quedamos con entendimiento de bestias; y como ya otra vez dije, nunca se vió mudanza de fortuna que no se acompañase de daños nunca presumidos ni pensados, y siempre se nos finge á los principios blandísima y suave para mejor despeñarnos con mayor pena, pues la que se siente mas es, en la falta de los bienes acordarse de los muchos poseidos; dió la vuelta conmigo, con mi mujer y toda su familia. Mi suegro, que haya buen siglo, aunque mesonero, era un buen hombre, que no todos hacen subajar las maletas ni alforjas de los huéspedes; muchos hay que no mandan á los mozos quitar á las bestias la cebada, ni á los amos les moderan la comida, que son cosas esas que tocan mas á mujeres por ser curiosas, y si algo

de esto hay, no tienen ellos la culpa, ni se debe presumir esto de mi gente, por ser, como eran, todos de los buenos de la montaña, hidalgos como el Cid, salvo, que por desgracias y pobreza vinieron en aquel trato, lo cual se prueba bien con lo siguiente; porque como él fuese tan honrado, tan amigo de amigos, inclinado á hacer bien, fió á un su compañero en cierta renta de diezmos; algunos quisieron decir que la cebada y trigo la gastó en su casa; pero no lo creo, pues tan mal salió de ello, salvo si no se perdió por pasar adelante con su honra, pues segun decian despues mi suegra, mujer y cuñada, fué hombre muy amigo de bien comer, y que su mesa siempre tuviese abundancia, sus cubas generosos vinos, y su persona bien tratada; fué usufructuario de su vida, que hay hombres cuyo Dios está en su vientre. Yo conocí en Sevilla un hombre casi su semejante, aunque de poca honra, el cual trataba de solo trasladar sermones, y le pagaban á medio real por pliego, el cual como lo hubiese menester para que me trasladase cierto proceso dentro de mi casa, y tardase mucho en volver á trabajar despues de medio dia, diciéndole yo que cómo se habia detenido tanto, me respondió que habia ido muy lejos á comer. Pues como yo le viese un hombre hecho pedazos, con mas rabos que un pulpo, sin zapatos, calzas, capa ni sayo, y tan pobre, pareciéndome que podria, ó debia comer en la taberna, le dije: ¿Pues no hay bodegones por aquí cerca sin ir tan lejos? Y respondióme: Señor, sí hay, pero ninguno de ellos tiene lo que yo como, ni lo dan en otro que á donde voy. Quise por curiosidad saber qué comia, y díjome: Yo soy pobre hombre, como lo que gano, y gano lo que puedo para vivir mejor. En el bodegon á donde voy, saben ya que me tienen de dar una libreta de carnero merino castrado, y para con él una salsa de oruga hecha con azúcar. Con esto paso el invierno, que para el verano, con una poca de ternera me basta. Digo de mi cuento, que como el compañero de mi suegro faltase, y él al cabo de pocos dias falleciese, cuando se cumplió el plazo de la paga, vinieron á ejecutar á mi suegra; por ella llevaron cuanto en toda la casa hallaron, que no faltó sino llevarnos á vueltas de ello á mí y á mi mujer, empero tanto monta, pues dieron con las personas de patitas en la calle. Vímonos desbaratados como quien escapa robado de corsarios, recogímonos como pudimos á casa de un vecino, y como habian de dar los acreedores el meson á quien mejor se lo pagase, no faltaron para él opositores, que *quien es de tu oficio ese es tu enemigo*; nunca en los tales falta envidia, siempre les pesa del acrecentamiento del otro. Aquel meson estaba de antes bien acreditado, fueron echando pujas (queriéndolo cada cual para sí) sobre las de mi suegra, que tambien lo pretendia por su arrendamiento, como mujer que allí se habia criado, y á sus hijas, y por su buena gracia estaba en él aparroquiada. Quedamos con él apesar de ruines, mas tan subido de precio, y por

sus cabales, que apenas alcanzábamos un pan y sardinas, que toda la ganancia se la chupaba la renta como una esponja; y tanto, que perecíamos (con el oficio) de hambre. Cuando me vi tan apurado, quise revolver sobre mí, valiéndome de mi filosofía, comenzando á cursar en medicina, como hijo de sastre; pero no pude, ni fué posible, aunque continué algunos dias, y se me daba muy bien, por los famosísimos principios que tenia de la metafísica, que así se suele decir, que *comienza el médico de donde acaba el físico*, y *el clérigo de donde el médico*. Todo mi deseo era si pudiera sustentarme hasta graduarme; mas era en vano, aunque para poderlo hacer permití en mi casa juego, visitas, conversaciones y otras impertinencias, que todas me dañaron; *huí del perejil, y nacióme en la frente;* mas parecióme que nada de aquello pudiera tocar á fuego, y que bastaba la sola golosina, y fuera como los cominos, que colgados en un taleguillo en el palomar, á solo el olor vinieran las palomas; empero sucedióme lo que al confitero, que al sabor de lo dulce acudian las moscas y se lo comian. A los principios disimulélo un poco, y poco basta consentir á una mujer para que se alargue mucho. Todo andaba de harapo; comíamos, aunque limitadamente, mas ya las libertades entraban muy á lo hondo, perdian pié, desmandábanseme faltando el miedo y respeto, mi reputacion se anegaba, nuestra honra se abrasaba, la casa se ardia, y todo por el comer se sufria. Callaba mi suegra, solicitaba mi cuñada, y *tres al mohino jugaban al mas certero;* yo no podia hablar, porque dí puerta, y fuí ocasion, y sin esto pereciéramos de hambre: corrí con ello, dándome siempre por desentendido, hasta que mas no pude. Los estudiantes podian poco, que nunca sus porciones tienen fuerzas para sufrir ancas, y no habia en todos ellos alguno, que rigiendo la oracion se hiciera nominativo, á quien se guardara respeto, y acudiera con lo necesario; pues mal comer, poco y tarde, y por tan poco interés dar tanto, que siempre habia de verme puesto en acusativo como la persona que padece, no quise. Hice mi cuenta, *ya no puede ser el cuervo mas negro que sus alas;* el daño está hecho, y el mayor trago pasado, empeñada la honra, menos mal es que se venda, el provecho aquí es breve, la infamia larga, los estudiantes engañosos, la comida difícil; no solo conviene mudar los bolos, empero hacerlo con mucha brevedad. Malo de una manera, y peor de la otra, vamos á lo que nos fuere de mas provecho, donde, ya que algo se pierda, no seamos como el sastre del campillo, que cosia de balde y ponia, el hilo, no ha de arrojarse todo con la maldicion, quédenos algo que algo valga, siquiera lo necesario á la vida, comer y vestido. Salgamos de aqueste valle de lágrimas antes que vengan las vacaciones, donde todo calme. Dejemos esta gente *non sancta*, de quien lo que mas en grueso se puede sacar es un pastel de á real, ó dos pellas de manjar blanco, y cuando dan para ello no se van de casa hasta comerse la mitad;

si sus madres les envian un barril de aceitunas cordobesas, cumplen con darnos un platillo, y nos quiebran los ojos con dos chorizos ahumados de la montaña. No, no, eso no, que nos tiene mas de costa. Yo sabia ya lo que pasaba en la corte, habia visto en ella muchos hombres que no tenian otro trato, ni comian de otro juro que de una hermosa cara, y aun la tomaban en dote, porque para ellos era una mina, buscando y solicitando casarse con hembras acreditadas, diestras en el arte, que supiesen ya lo que les importaba, y donde les apretaba el zapatillo; veia tambien las buenas trazas que tenian para no quedar obligados á lo que debieran, que cuando estaba tomada la posada, ó dejaban caer la celosía, ó ponian en la ventana un jarro, un chapin, ó cualquiera otra cosa, en que supiesen los maridos que habian de pasarse de largo, y no entrasen á embarazar. A medio dia ya sabian que habian de tener el campo franco, entraban en sus casas, hallaban las mesas puestas, la comida buena, y bien prevenida, y que no habian de calentar mucho la silla, porque quien la enviaba querria venirse á entretener un rato, y á las noches en dando las Ave Marías volvian otra vez, dábanles de cenar, íbanse á dormir solos, hasta que se les hiciese hora á sus mujeres de irse con ellos á la cama, y acontecia detenerse hasta el dia, porque iban á visitar á sus vecinas; en resolucion, ellos y ellas vivian con tal artificio, que sin darse por entendidos de palabra, sabian ya lo que habia cada uno de poner por la obra. Y estos tales eran respetados de sus mujeres y de las visitas, á diferencia de otros, que sin máscara ni rodeo pasaban por ello y aun lo solicitaban, llamando y trayendo consigo á los convidados, comiendo en una mesa y durmiendo en una cama juntos. Yo conocí uno, que porque un galan de su mujer se amancebó con otra, se fué á él, y diciéndole que por qué faltas que le hubiese hallado habia dejádola, y le dió dos puñaladas, aunque no murió de ellas. Estos tales van al bodegon por la comida, por el vino á la taberna, y á la plaza con la espuerta. Pero los mas honrados hasta que dejen la casa franca, y se vayan á la comedia ó al juego de los trucos, cuando acaso les faltan las comisiones. No hiciera yo por ningun caso lo que algunos, que cuando en presencia de sus mujeres alaban otros algunas buenas prendas de damas cortesanas, les hacian ellos que descubriesen allí las suyas, loándoselas por mejores. Mas en cuanto á una tácita permision sin género de sumision, esa ya yo estaba dispuesto á ello; cogí mi hatillo, que todo era el del caracol, que cupo en una caja vieja bien pequeña, y metida en un carro, sentados encima de ella, nos vinimos á Madrid cantando *tres ánades madre*. Venia yo á mis solas haciendo la cuenta, conmigo llevo pieza de rey, fruta nueva, fresca y no sobajada, pondréle precio como quisiere. No me puede faltar quien por suceder en mi lugar me traiga muy bien ocupado, y un trabajo secreto puédese disimular á título de amistad; ahor-

rando la costa de casa, y ganando yo por otra parte, presto seré rico, tendré para poner una casa honrada donde reciba seis ó siete huéspedes que me den lo necesario bastantemente, con que pasaremos. Yo tengo todas aquellas partes que importan para cualquier negocio que de mí quieran fiar, para fuera soy solícito, y para en casa sufrido, iré cobrando crédito, y en teniendo colmada la medida de mi deseo alzaréme á mayores, pondré mi trato, sin que sea necesario tener otros achaques. Venia mi esposa con el mejor vestido de los que tenia, y un galan sombrerillo con sus plumas, y fuera de ellas maldito el caudal, ni aun cañones que teníamos otros, excepto la guitarra. Cuando á la corte llegamos, luego al instante, antes de bajar los piés en el suelo, corrió la fama de la bien venida, hizo reseña con su hermosura, llegósele la gente, y el que mas por entonces mostró desearnos acomodar fué un ropero rico de la calle Mayor, que preguntándonos de dónde veníamos, y á donde caminábamos, cuando le dije que allí no mas, y que no teníamos posada conocida, profesando querernos hacer amistad, nos llevó á la de una su conocida, donde nos hicieron todo buen acogimiento, no por el asno, sino por la diosa. El buen ropero dijo que vendríamos muy cansados de la mala noche y del camino, y pues no teníamos quien luego nos trajese lo necesario, descuidásemos de ello, que con su criado lo enviaria. Hízonos aquel dia traer de comer gallardamente de casa de un figon, que allí lo tenia siempre bien prevenido, y véislo aquí donde viene á la tarde, donde ya despues de cumplimientos y comedimientos le pregunté ¿que cuánto habia gastado? Respondióme ser todo una miseria, que deseaba servirme cuando se ofreciese ocasion en cosas de mas calidad, y que de aquella no habia que hacer caso; hízose como del corrido, en que se le tratase de ello, empero yo porfiaba en que habia de recibir el costo que fuese, lo que es amistad, amistad, y el dinero, dinero; así me vino á decir que todo habia costado ocho reales solos, díselos, mas porque no saliese de casa comencé á usar de mi oficio, que tomando la capa, dije que me importaba ir á visitar á cierto amigo; dejélos en buena conversacion en el aposento de la huéspeda, y fuíme á pasear hasta la noche. Cuando volví ya estaba la mesa puesta, la cena guisada, y todo tan bien prevenido como si para ello le hubiera quedado á mi mujer mucho dinero; no le hablé palabra, ni pregunté de dónde habia venido, ni quién lo habia enviado, tanto porque no me convenia, cuanto porque la huéspeda dijo que habíamos de ser aquella noche sus convidados; fuélo tambien el señor de la ropería, y desde aquella cena quedamos muy grandísimos amigos. Veníanos á visitar, llevábanos á todos á holguras, á cenar al rio, á comer en quintas y jardines, las tardes á comedias, dándonos aposento y muy buena colacion en él, con que fuimos pasando un poco de tiempo. Y aunque verdaderamente hacia el hombre cuanto podia, y nada nos

faltaba, ya se me hacia poco porque habia quien lo queria sacar de la puja. Yo sabia que las mujeres de buen parecer son como harina de trigo, de la flor, de lo mas apurado y sutil de ella se saca el pan blanco regalado que comen los príncipes, los poderosos y gente de calidad. El no tal, que sale del moyuelo, del corazon y algo mas moreno, come la gente de casa, los criados, los trabajadores y personas de menos cuenta, y del salvado se hace pan para perros, ó lo dan á los puercos. La hermosa y de buena cara, luego que llega en alguna parte donde no es conocida, lo primero se llevan los mejores del pueblo, los principales y ricos de él, y los que son señores ó mas valen. Luego entran (cuando ya estos están hartos) los plebeyos, los hijos de vecinos y gente que con un cantarillo de arrope por vendimias, una carga de leña por Navidad, una cestilla de higos por el tiempo pagan salario para todo el año, como al médico y barbero. Mas en pasando de estos anda ladrada de los perros, no hay zapatero de viejo que no las acometa, ni queda cedacero que no las haga bailar al son de la sonaja. Ya le habia dado un vestido de azabachado negro, guarnecido de terciopelo, con un manteo de grana guarnecido con oro; teníamos cama, bufete y sillas, y no supe de donde se habian comprado cuatro buenos guadamaciles; la casa estaba, que con pocos tratos mas, pudiéramos morar por nosotros; la huéspeda nos desollaba, pareciéndole que tambien habia de meter sopa y mojar en la miel, por sola la permision que ponia de su parte, y aquesto no era lo que yo buscaba ni me venia bien á cuenta; tampoco el señor, porque solicitaba la cátedra otro mejor opositor de mas provecho. Y aunque conozco que procedia en su trato como ropavejero de bien, es caso muy distinto del mio, que *hoy daré por tres lo que mañana no por diez*. El tiempo es el que lo vende, y no es á propósito que sea hombre de bien uno, si yo lo he menester para otro, porque importa poco que sea buen músico el sastre para hacer bien un vestido, ni el médico que trata de mi salud que sea famoso jugador de ajedrez; dinero y mas dinero era lo que yo entonces buscaba, que no bondades ni linajes. Lo que no era de mucho provecho me causaba mucho enfado; no solamente me contentaba con el sustento y vestido necesario, sino con el regalo extraordinario, que comprasen á peso de oro la silla que se les daba, la conversacion que se les tenia, el buen rostro que se les hacia, el dejarlos entrar en casa, y sobre todo la libertad que les quedaba saliéndome yo de ella, y esto no podia hacer nuestro buen hombre. Queríanos llevar por el canto llano que comenzó, cuando al principio nos conoció, como si fuera imposicion de censo perpetuo, que habia siempre de pasar de una misma forma. Ya yo sabia quien con exceso de ventajas era mas benemérito y mas á mi cuento; empero poníaseme solo por delante la diferencia que hace tienes á quieres, haberlo yo de ir á dar á entender que gustaria

de su amistad. Bien sabia, y me constaba, que la deseaba, mas era extranjero y no se atrevia; pues acometerle yo fuera estimarnos en poco, dejar al otro tambien fuera locura, porque *mejor es pan duro que ninguno*, ni osaba tomar ni dejar. De esta manera fuí algunos dias pasando diestramente hasta ver el mio. Acudia de ordinario á las casas de juego, ya jugando, ya siendo tomajon, pidiendo á mis amigos y conocidos del tiempo pasado, y lo que me daban ó juntaba, esperaba ocasion, y cuando el ropero estaba en casa dábaselo á mi mujer para el gasto, por no darle á entender mi flaqueza, y que consentia sus visitas por el sustento, y en apartándose de allí, luego á mi mujer le pedia dineros para jugar, y volviámelos á dar, aun otros muchos; de manera, que siempre fuí para con él señor de mi voluntad, sin darle alguna entrada por donde pudiera perdérseme respeto. Andaba el extranjero por su parte bebiendo vientos, haciendo grandísimas diligencias por ganarnos la voluntad, y nosotros, cada uno de por sí por tener la suya, conociendo las ventajas que se habian de seguir; mas como yo por mi parte recataba mi casa de algun desastre, temí no la hollasen dos á la par, que ni sufrió dos cabezas un gobierno, ni se anidaron bien dos pájaros juntos en un agujero, y tampoco mi mujer se atrevia por no juntar cuadrillas ni ser comun de tres, hasta que ya viéndolo bien, que á cuento nos venia, y que cuanto el ropero aflojaba la cuerda, el extranjero apretaba mas en su negocio, que andaban los presentes, joyas, dineros y banquetes en buen punto, alcéme á mayores diciendo que no me hallaba en disposicion de pagar posada pudiendo sustentar casa; con esto apartamos el rancho, y puse mi tienda. El extranjero me hacia mil zalemas, y yo al ropero la cara de perro, tanto cuanto el uno me llevaba tras de sí, procuraba ir sacudiendo al otro de mí, hasta que ya cansado de él vine á decirle, que si me habia pasado á casa sola era por solo ser el señor de ella y andar á mi gusto, si vestido, ó si desnudo, que me hiciese merced de visitarme á tiempos que le pudiese bien recibir, y no cuando tuviese forzosa ocupacion en mis negocios, porque yo ni mi mujer podíamos estar siempre dispuestos ni emballestados esperando visitas. El hombre lo sintió de manera, que nunca mas volvió á cruzarme los umbrales, excepto por tercerías de su amiga, huéspeda que habia sido nuestra, y allá se veian en achaque de visita de mil á mil años, cuando podia escaparse. Acá nuestro extranjero, como anduvo tan manirroto y liberal, fuéme forzoso mostrarme de buen semblante, porque iba deportante, y segun llevaba el paso, presto saliéramos de muda, y así fué; porque como mi mujer le fuese haciendo buen rostro, viéndose sola, estimaba él en tanto cualquier pequeño favor, que lo pagaba con peso de oro. Dímonos por amigos, convidóme á su casa, y pidiéndome licencia, envió á la mia

muchos y muy buenos platos de los manjares que sirvieron á nuestra mesa, y con secreta órden á los criados que los llevaban, que no los volviesen, y que allá los dejasen, aunque todos eran de plata. No me pesaba de ello, empero pesábame que tan al descubierto se hiciese, pues no hay hombre tan leño que no entienda, que cuando aquesto se hace no es á humo de pajas, ni por sus ojos vellidos. Galana cosa es que un poderoso regale á mi mujer, y que no haya yo de conocer el fin que lleva. Holgábame yo, todos hacen lo mismo; no dice verdad quien dice que le pesa, que si le pesara, no lo consintiera. Si me holgaba yo de ello, y consentia que mi mujer lo recibiera, si la dejé salir fuera, y gusté que cuando volviese viniese cargada de la joya, del vestido nuevo, de las colaciones, y mi desvergüenza era tanta, que las comia, y con todo lo mas disimulaba, lo mismo hacen ellos; no quieran ó piensen cargarme las cabras y salirse á fuera, que les prometo que los entiendo y los entienden; y aun es lo peor, que cuando me veian ir por la calle muy galan, con el cintillo en el sombrero de piezas y piedras finísimas, me decian á las espaldas, y aun tan recio que pude bien oirlo: Bellos pitones lleva Guzman, bien se le lucen, y algunos de ellos que me lo decian quizá me lo envidiaban, y otros no se lo veian á sí mismos, pero veíanselos á ellos. Nuestro extranjero compró nuestra libertad, y tenia tanta que ya en mi posada no se hacia otra sino la suya; pero yo siempre sustenté mis trece llevándolo en amistad, haciéndome del honrado. Como la espuma crecian los bienes en mi casa, colgaduras de invierno y verano, tapices de Bruselas, brocateles adamascados, camas de damasco, pabellones, colchas, alfombras, almohadas del estrado, y otros muebles dignos de un señor; pues la mesa que tuve y casa que sustenté, no creo que bastaran dos mil ducados al año, y cuando me daba gusto volver loco al patron, cuando habíamos comido (que lo solia hacer algunas veces, en especial dias de fiesta), mandaba yo sacar sobre mesa la guitarra, y decíale á mi mujer: Por tu vida, Gracia, que nos cantes un poco, que de otra manera por maravilla la tomaba. En mi presencia, en cantar (que aunque sabia ella que yo lo entendia y nada ignoraba, guardábame siempre mucho aquel decoro) recatábase cuanto podia de que yo viese cosa de que me afrentase, y quedase obligado á la demostracion del sentimiento. Cada uno de nosotros nos entendíamos, y los unos á los otros, no dándonos por entendidos, ni de ello jamás tratábamos. Al buen señor le gastábamos muchos de los bellos escudos, yo me trataba como un príncipe, rodaban por la casa las piezas de plata, en los cofres no cabian las bordaduras y vestidos de varias telas de oro y sedas, los escritorios abundaban de joyas preciosísimas, nunca me faltó que jugar, siempre me sobró con que triunfar, y con esto gozaban de su libertad, porque como yo sintiese que no con-

venia entrar en casa (lo cual sabia por ver que tenia cerrada la puerta), pasaba de largo hasta parecerme hora, y viendo que la tenian abierta era señal que pasaban el tiempo en buena conversacion, entrábame allá, y parlábamos todos. ¿Ves toda esta felicidad, esta serenidad y fresco viento? ¿Ves aquesta fortuna favorable, risueña y franca? Pues no sucedió menos que con todo lo mas en que tuve malos medios, ni creo que alguno pueda escaparse sin borrascas tales de cuantos navegaren este océano. A la fama de tanta hermosura y de tanta licencia la tomaron algunos príncipes y caballeros que olieron el tocino; paseos van, recados vienen, aunque nunca, segun creo, se les hizo amistad ni se dió causa con que nuestro dueño se ofendiese; con todo eso, viéndose perseguido y conquistado de otros mas poderosos en hacienda, linaje y galas, andaba celosísimo, perdia el juicio, quiso á los principios esforzarse á competir con ellos haciendo franquezas extraordinarias, con dádivas de mucho precio, que importaron millares de ducados, mas cuando vió que no podia pleitear contra tanto poder, ni resistir á tanta fuerza, sin hacérsela nadie, sin causa y sin mas de su consideracion, se fué retirando de sola una sombra. ¿Qué de veces consideraba yo este necio, que despepitado iba en seguimiento de una torpeza, con tan extraña costa y tanto sobresalto? Reíame de él y de su poco entendimiento, como si una de las criadas de mi casa llegara pidiéndole cualquiera cosa de mucho valor se la diera con mucho gusto, y si acaso llegara un pobre á pedirle medio real por Dios, lo negara. Todos tuvimos nuestro pago, el señor á quien servimos por enriquecernos quedó pobre, nosotros por mal gobierno no fuimos ricos, y juntos dimos en el suelo. *El hombre comenzó á huir, y los otros á perseguir*, que cuanto tienen de señores los que lo son, tanto tienen de libres en lo que pretenden, y sobre todo quieren que por su sola persona se les postre todo viviente. Quisiérales yo decir ó preguntar: Señor, ¿qué te debo, qué me das, de qué me vales para que quieras que te sirva con obras, palabras y pensamientos? Y sobre todo ya con lo que mal pagan tambien maltratan con una sequedad, con una soberbia, como si fuera deuda porque me pudieran ejecutar. Su licencia fué tanta, su trato tal, que á pocos dias dimos en manos de la justicia. Supo lo que pasaba un ministro grave, é hizo como cuando asentó el leon compañía con los mas animales, que habiendo cazado un ciervo lo adjudicó todo para sí; de esta manera se levantó con ello, y para hacerlo con un poco de buen color, comenzó con un poco de estruendo como que nos queria hacer una causa. Yo cuando lo supe acudí á el formando quejas de semejante agravio, haciéndome de los Godos, y él que otra cosa no deseaba, me hizo todo buen acogimiento, sentóme á par de sí, preguntóme ¿de que tierra era? Díjele que de Sevilla. ¡Oh! dijo, ¿de Sevilla? la mejor tierra de todo

el mundo. Comenzóme á tratar de ella, engrandeciéndome sus cosas, como si de aquello me resultara honra ó provecho. Preguntóme que ¿quiénes habian sido allí mis padres? Y cuando se los nombré, dijo haber sido sus grandes amigos y conocidos; refirióme cierto pleito, que siendo él allí juez habia sentenciado en su favor, y díjome, que tenia por cierto aun ser mi madre viva, porque la conoció mucho en sus mocedades; tanto me dijo, que solo le faltó hacerme su deudo muy cercano. Harto lo esperaba yo, cuando tan particulares cosas me decia y señas me daba, y entre mí decia: Todo lo pueden los poderosos; y acordéme de cierto juez que habiendo usado fidelísimamente su judicatura, y siendo residenciado, no se le hizo algun cargo de otra cosa, que de haber sido muy humanista, lo cual como se le reprendiese mucho, respondió: Cuando á mí me ofrecieron este cargo, solo me mandaron que lo hiciese con rectitud, y así lo cumplí; véase la instruccion que me dieron, y dónde se trata en ella de que fuese casto, y háganme de ello cargo. De manera, que porque no lo llevan dicho expresamente, les parece que no van contra su oficio, aunque barran todo un pueblo; como lo hizo cierto juez, que habiendo estrupado casi treinta doncellas, y entre ellas una hija de una pobre mujer, cuando vió el daño hecho, le fué á suplicar, que ya pues la tenia perdida, se la diese, porque no se divulgase su deshonra; y sacando él un real de ocho de la bolsa, le dijo: Hermana, yo no sé de vuestra hija; veis ahí esos ocho reales, decidlos de misas á san Antonio de Padua, que os la depare. Ahora bien, mas yo no sé á quién esto le parece bien. Pierdo el seso del poco castigo que se hace por delitos tan graves. Mandóme ir á mi casa, ofreciéndose de hacerme mucha merced, y que tendria mucha cuenta con lo que se me ofreciese, que bastaba ser de Sevilla, é hijo de tales padres, para que con muchas veras acudiese á mis negocios. Con esto me volví, y á pocos dias estábamos á solas mi mujer y yo bien descuidados, veis aquí una noche, que andaba de ronda, se llegó á nuestra puerta, y haciendo llamar á ella, preguntaron por mí pidiendo para su merced un jarro de agua. Entendíle la sed que traia, supliquéle con instancia que me hiciera merced en beberla sentado; él no deseaba otra cosa, entró, y dándole una silla, le sirvieron una poca de conserva con que bebió. Comenzó la conversacion de que venia cansadísimo, y que habia visto aquella noche mujeres muy hermosas, empero que ninguna tanto como la mia. Dijo, que la loaban mucho de buena voz, yo le dije que pidiese la vihuela, y pues de ello gustaba su merced, que cantase alguna cosa: hízolo sin algun melindre, pareciéndonos á entrambos que seria de mucha importancia tener granjeado un tan buen personaje por amigo, para lo que allí se nos pudiese ofrecer. El hombre quedó pasmado de verla y oirla, y cuando se quiso ir, me mandó que lo visitase á

menudo. Despidióse, y quedámonos tratando de cosas pasadas, y como para las venideras nos venia tan á buen propósito aquel favor, con quien seríamos tenidos y temidos. Yo lo visité algunas veces, y uno de los dias que iba mas descuidado de cosa que me lo pudiera dar, me dijo: que pues él estaba vivo, ¿porqué no queria con su calor tratar de alguna comision, que me fuese honrosa y provechosa? Respondíle, que le besaba las manos por merced semejante, mas que por no cansarlo, no habiéndole en algo servido, no trataba de ello. Entonces vendiéndome las amistades de mis padres (aunque mas era por ganar la de mi mujer), me ofreció una comision, diciendo que me seria muy provechosa. Díle por ello las gracias, que fueron principio de todas mis desgracias, porque dentro de dos dias me puso los papeles en la mano, con órden que fuese á hacer cierta cobranza por el consejo de hacienda, la cual sacó (pidiéndolo para mí) de un su gran amigo, que asistia en aquel tribunal, diciendo serlo yo mucho suyo, y persona benemérita, digna de cosas muy graves, cual se veria por la buena satisfaccion que daria de mi persona y negocios. Cuando la tuve despachada, salí de mi casa bien contra toda mi voluntad, porque llevaba ochocientos maravedís de salario; y para quien como yo estaba tan mal acostumbrado á buena mesa, no tenia para comenzar á comer con ellos, cuanto mas para poder ahorrar que traer ó enviar á mi casa, empero érame ya forzoso hacerlo; callé, y tomélo, por excusar mayores daños. Partíme y perdíme, porque le pareció al señor que con mercedes ajenas habia de ganar esclavos que le sirviesen, y que de aquellos ochocientos maravedís pudiera repartir con mi mujer, sustentándose ambas casas, y aquello nos bastaba por paga, con que no solo habia de ser franco de pecho y de todo derecho, empero que no se habia de mirar al sol ni recibir visitas mas de la suya. Quiso ser tan juez de mis cosas y apretarlas tanto, que morian de hambre, y se iban cada dia vendiendo las alhajas para sustento. No le pareció buena cuenta, ni aun razonable á mi huéspeda ser mucha la sujecion, y poca la provision. Comenzó á rozarse la primera, tambien falseaba la tercera, que era una su muy grande amiga, porque pensó sacar de este mercado muy buenas ferias, y cuando el señor sintió la mala consonancia, pareciéndole que con mi presencia se remediaria todo, hizo que no se me diesen mas prorogaciones, y que me mandasen venir á dar cuenta de lo hecho. Hiciéronlo, y volví muy de mejor gana de la con que fuí, porque volví empeñado, y hallé mi casa gastada. Él creyó que mi presencia fuera parte para el remedio de su gusto, y salióle al revés, porque con mi presencia creció el gasto, y la libertad para poderlo hacer. Hallóse rematado, sin saber como mejor negociar, y pareciéndole que ninguna cosa ya haria tanto al caso como el rigor, para cogernos por cerca cruzadas las manos, y con lágrimas

le fuésemos á pedir misericordia, trató con sus compañeros de hacernos desterrar, y así nos lo notificaron. Yo hice mi cuenta; este señor lo pretende ser tanto, que quiere que yo le sustente la casa y el gusto, vendiendo lo que con muchas afrentas y trabajos he adquirido, pues quedar no puedo si me falta la libertad con que ganarlo, menos malo será obedecer, que aunque para nosotros es duro, para él será doloroso; si nos quebramos un ojo, le sacamos á él dos, pues le falta la cuenta que hizo, y le sale al revés el pensamiento. Demás de esto, al fin de aquel año se cumplian los diez en que habia de pagar á mis acreedores, vínome todo á cuenta. Ya yo sabia estar mi madre viva, hice alquilar un coche para nuestras personas, y dos carros para llevar la hacienda y gente, dejando la corte y cortesanos, pareciéndonos de mas importancia los peruleros, calladamente me vine á Sevilla.

CAPÍTULO VI.

Llegan á Sevilla Guzman de Alfarache y su mujer; halla Guzman á su madre ya muy vieja; vase su mujer á Italia con un capitan de galera, dejándole solo y pobre; vuelve á hurtar como solia.

Como los que se escapan de algun grave peligro, que pensando en él siempre aun les parece no verse libres, me acuerdo muchas mas veces (y nunca se me olvida) mi mala vida, y mas la del discurso pasado, el mal estado, poca honra, falta de respeto que tuve á Dios todo aquel tiempo que seguí tan malos pasos, admirándome de mí que fuese tan bruto, y mas que el mayor de los hombres, pues ninguno de todos los criados en la tierra permitieron lo que yo, haciendo caudal de la torpeza de mi mujer, poniéndola en la ocasion, dándola tácita licencia, y aun expresamente mandándole ser mala, pues le pedia la comida, el vestido y sustento de la casa, estándome yo holgando y lominhiesto. Terrible caso es, y que pensase yo de mí ser hombre de bien, ó que tenia honra, estando tan lejos de ella, y falto del verdadero bien. ¡Que por tener para jugar seis escudos, quisiese manchar los de mis armas y nobleza, perdiendo lo mas dificultoso de ganar, que es la honra y la opinion! ¡Que profanando un tan santo sacramento usase de él de manera que habiendo de ser el medio para mi salvacion lo hiciese camino del infierno, por solo tener una sola desventurada comida, ó por un triste vestido! ¡Que me pusiese á peligro que á espalda vuelta, y aun rostro á rostro, me lo pudiesen dar por afrenta, obligándome á perder por ello la vida!

Que un hombre no pueda mas, que lo sepa y disimule, ó por el mucho amor, ó por el mucho dolor, ó por no dar otra campanada mayor, no me admira, y no solamente pudiera no ser esto vicio, mas virtud y mérito, no consintiéndolo, ni dando favor ó entrada para ello; mas que como yo no solo gustaba de ello, mas que si necesario era, les echaba como dicen la capa encima, no sé si estaba ciego, si loco, si hechizado, pues no lo consideraba, ó cómo si lo consideré, no le puse remedio, antes lo favorecia. ¡O loco, loco, mil veces loco! ¡qué poco se me daba de todo, sin reparar en lo mal que se compadecian honra y mujer guitarrera, ni que diese solas á otros que á mí con ella! Suelen los hombres para obligar á sus damas darles músicas, y cantarles en las calles, pero mi mujer enamoraba los hombres, yéndoles á tañer y á cantar á sus casas. Bien claro está de ver, que tales gracias de suyo son apetecibles; pues ¿cómo convidando con ellas no me las habian de codiciar? ¿Qué juicio tiene un hombre que á ladrones descubre sus tesoros? ¿con qué descuido duerme, ó cómo puede nunca reposar sin temor que no se los hurten? ¡Que fuese yo tan ignorante, que ya que pasaba por semejante flaqueza, viniese por interés á dar en otra mayor, loar en las conversaciones en presencia de aquellos que pretendian ser galanes de mi esposa, las prendas y partes buenas que tenia, pidiéndole y aun mandándole que descubriese algunas cosas ilícitas, pechos, brazos, piés, y aun, y aun (quiero callar que me corro de imaginarlo), para que viesen si era gruesa ó delgada, blanca, morena ó roja! ¡Que ya todo anduviese de rompido, que aquello que en otro tiempo abominaba, con el uso y frecuentacion se me hiciese fácil, y entretenimiento! ¡Que le consintiese visitas, y aun se las trajese á casa, y dejándolas en ella me volviese á ir fuera, y sobre todo quisiese hacerlos tontos á todos, para que me diesen á entender que creian ser aquello bueno y lícito, siendo depravado y malo! ¡Que la hiciese salir á solicitar comisiones, y buscarme ocupaciones á casa de personajes que la codiciaban, y que me diese por desentendido de la infamia con que á su casa volvia con ellas ó sin ellas! ¡Que dándole tantos banquetes, joyas, dineros y vestidos, quisiera yo creyesen se los daban á humo muerto, y por sus ojos vellidos, por amistad sola, sencilla, sin doblez, y sin otra pretension! ¡Qué puedo responderme, ó qué se podia esperar de mí, que no solo lo consentia, mas juntamente lo causaba? Tuvo mucha razon el que viéndome algo medrado en Madrid, en la cárcel y en mi presencia, dijo: Veisme á mí aquí, que ha tres años que estoy preso por ladron, por falsario, por adúltero, por maldiciente, por matador, y otras mil causas que me tienen acumuladas, que con todas ellas muero de hambre, y el señor Guzman, con solo dar á su mujer una poca de licencia, vive libre, descansado y rico. ¿Qué podreis creer que sentí? ¡O maldita riqueza, maldito descanso, maldita

libertad, y maldito sea el dia que tal consentí, ya fuese por amor, por necesidad, por privanza, ó algun otro interés! Mas para que se conozca el paradero que tiene lo que así se granjea, y el desdichado fin de tales gustos, contaré mis desdichas, discurso de mi amarga vida, y en mi mal empleada.

Caminábamos á Sevilla como dicen, al paso del buey, con mucho despacio, porque se le mareaba en el coche una falderilla que llevaba mi mujer, en quien tenia puesta su felicidad, y era todo su regalo, que es cosa muy esencial y propia en una dama uno de estos perritos, y así podrian pasar sin ellos como *un médico sin guantes y sortija, un boticario sin ajedrez, un barbero sin guitarra, y un molinero sin rabelico.* Cuando allá llegamos con el deseo de aquellos peruleros, y de ver nuestra casa hecha otra de la contratacion de las Indias, barras van, barras vienen, que pudiera toda fabricarla de plata, y solarla con oro, ya me parecia verlos entrar asobarcados con barras, las faltriqueras descosidas con el peso de los escudos y reales, todo para ofrecer al ídolo: con aquello me vengaba del que nos enviaba desterrados, y entre mí le decia: ¡O traidor, que por donde me pensaste clavar, te dejé burlado! A tierra voy de Jauja, donde todo abunda, y las calles están cubiertas de plata, donde luego que llegue, nos vendrán á recibir con palio, y mandaremos la tierra. Con estos y otros tales pensamientos, al emparejar con san Lázaro, se me refrescó en la memoria cuanto allí me pasó cuando de Sevilla salí; vi la fuente donde bebí, los poyos en que me quedé dormido, las gradas por donde bajé y subí, vi su santo templo, y desde acá fuera, dije: ¡Ah, glorioso santo! cuando de vos me despedí, salí con lágrimas, á pié, pobre, solo y niño; ya vuelvo á veros, y me veis rico, acompañado, alegre, y hombre casado. Representóseme de aquel principio todo el discurso de mi vida hasta en aquel mismo punto; acordéme de la ventera y venta donde me dieron aquella buena tortilla de huevos, y el machuelo de Cantillana, mas ya lo habia dejado á la mano derecha; entré por aquella calzada real, dimos vuelta por el campo, cercando la ciudad hasta el meson de los Carros, donde por fuerza los mios habian de parar, y como todos aquellos eran pasos muchas veces andados en mi niñez, y tierra conocida, donde recibí el ser, alegróseme la sangre, como si á mi madre misma viera. Reposamos allí aquella noche muy bien, mas á la mañana me levanté con el sol para buscar posada y despachar mi ropa de la aduana, y tambien á procurar si por ventura hallase á quien de mi madre nos dijese; mas por buena diligencia que hice, no fué de provecho, ni de ella hallé rastro; creí hallarlo todo como lo habia dejado, mas aun sombra ni memoria de ello habia, que unos mudados, ausentes otros, y los mas muertos, no habia piedra sobre piedra. Dejélo hasta mas de propósito, por la priesa que tenia entonces de acomodarme, y andando buscando adonde,

vi una cédula sobre la puerta de una casa en los barrios de San Bartolomé; hice que me la enseñasen. vila, y parecióme buena por entonces. concertéla por meses, y pagando aquel adelantado, hice pasar á ella toda mi ropa. Descansamos dos dias comiendo y durmiendo, hasta que ya le pareció á Gracia que no era justo haber llegado á ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dejar de salir á pasearla. Fuíme á Gradas, concertéle un escudero de quien se acompañase, porque supiese andar las calles, y fuese adonde mas gustase sin rodear ó perderse ni andar preguntando, y en mas de quince dias no dobló el manto, que mañana y tarde siempre salia, y nunca se cansaba, ni hartaba de ver tantas grandezas, porque aunque se habia hallado bien todo el tiempo que residió en Madrid, y le parecia que hacia la corte ventajas á todo el mundo, con aquella majestad, grandezas de señores, trato gallardo, discrecion general, y libertad sin segundo, hallaba en Sevilla un olor de ciudad, un otro no sé qué, otras grandezas, aunque no en calidad por faltar allí reyes, tantos grandes y titulados, á lo menos en cantidad, porque habia grandísima suma de riquezas, y muy en menos estimadas, pues corria la plata en el trato de la gente como el cobre por otras partes, y con poca estimacion la dispensaban francamente. A pocos dias llegó la cuaresma, y vió la semana santa de la manera que allí la celebran, las limosnas que se hacen, la cera que se gasta; quedó pasmada y como fuera de sí, no pareciéndole que aquello pudiera ser, y exceder mucho en las obras á lo que antes le habian dicho con palabras. Ya en este tiempo, y pocos dias despues que á la ciudad llegué, con mucha solicitud, por señas y rodeos, vine á saber de mi madre, y se pudo decir haberla hallado por el rastro de la sangre; pues tratando mi mujer con otras amigas damas y hermosas, preguntando por ella, vino á saber como asistia en compañía de una hermosa moza, de quien se sospechaba ser madre, por el buen tratamiento que le hacia y respeto con que la trataba; mas verdaderamente no lo era, ni tuvo mas que á mí. Lo que acerca de esto hubo, solo fué, que como se viese sola, pobre, y que ya entraba en edad, crió aquella muchacha para su servicio, y salióle acaso de provecho, y así se valian las dos como mejor podian. Yo cuando supe de ella hice mucha instancia para traerla conmigo, por la mala gana con que dejaba su mozuela, tanto por haberla criado, cuanto por no venir á manos de nuera, y siempre que se lo rogaba, me respondia, que *dos tocas en un fuego, nunca encienden lumbre á derechas.* Que no era tanto el dolor que con la soledad padecia uno solo, cuanto la pena que recibe quien tiene compañía contra su gusto; y pues *nunca nuera se llevó á derechas con su suegra,* que mejor pasaria mi mujer sola conmigo que con ella, mas el amor de hijo pudo tanto que la hice venir en mi deseo. Era mi madre, deseábala regalar, y darle algun descanso; que aunque siempre se me repre-

sentaba con aquella hermosura y frescura de rostro con que la dejé cuando de ella me fuí, ya estaba tal, que con dificultad la conocieran. Halléla flaca, vieja, sin dientes, arrugada, y muy otra en su parecer. Consideraba en ella lo que los años estragan; volvia los ojos á mi mujer, y decia : Lo mismo será de esta dentro de breves dias; y cuando alguna mujer escape de la fealdad que causa la vejez, á lo menos habrá de caer por fuerza en la de la muerte. De mí figuraba lo mismo, empero en estas y otras muchas y buenas consideraciones que siempre me ocurrian, hacia como el que se detiene á beber en alguna venta, que luego suelta la taza y pasa su camino. Poco me duraban, túvelas en pié siempre, nunca les dí asiento en que reposasen, porque las que habia en la posada, estaban ocupadas de la sensualidad y apetito. A instancia mia se vinieron á juntar suegra y nuera; mi madre ya la conocistes, y sino de vista, por sus famosas obras, pudiéraseles sujetar cualquiera otra de muy gallardo entendimiento, así por serlo el suyo, como por la doctrina con que fué criada, y sobre todo las experiencias largas de sus largos años. Dábale buenos consejos, que no admitiese mocitos de barrio, que demás de infamar decia de ellos, que son *como el agua de por San Juan, quitan el provecho, y ellos no lo dan*. Acaban en sus casas de comer, no tienen que hacer, viénense á la nuestra, quieren que los entretengan en buena conversacion, estanse allí toda la tarde, *tres necios de plata y un majadero en menudos*, no con mas fundamento que ser del barrio. De pajes de palacio y estudiantes decia lo mismo, son como cuervos que huelen la carne de lejos, y de otra cosa no valen, que para picar y pasearla. Decíale que hiciese cruces á su puerta para los casados, que de ningun enemigo podria resultarle algun otro mayor daño, porque las mujeres con el celo hacen muchos desconciertos, y cuando mas no pueden se van á un juez, y con cuatro lágrimas y dos pucheritos alborotan el pueblo y descomponen el crédito. Tan ajustada la tenia, y tales lecciones le daba, como aquella que del vientre de su madre nació enseñada. Sacábala siempre tras de sí, no dejando estacion por andar, fiesta por ver, ni calle por pasear. Cuando venian á casa, unas veces volvian con amadicitos, otras con alanos, y de ellos escogian los que mas á mi madre le parecian de provecho, que como tan baquiana en la tierra, todo lo conocia, y como sabia todo lo trascendia. Decia de los caballeritos, que ni por lumbre, porque por el yo me lo valgo, mi alcorzado y copete, mi lindeza lo merece, aun creian que les habian de convidar con ello y hacerles una reverencia. Harto hizo y trabajó porque no la conociesen los de la plaza de San Francisco, temiéndose de su trato; pues en comenzando los escribanos de la justicia, no paraban hasta el que asiste al cajon, á quien les parecia debérseles todo de derecho; empero no pudieron escaparse de ellos, que por bien ó por mal, por fieros y amenazas, como absolutos y disolutos

(digo algunos) hacen mas tiranías que Totila[1] ni Dionisio[2], como si no hubiese Dios para ellos. La flota no venia, la ciudad estaba muy apretada, cerradas las bolsas, y nosotros abiertas las bocas, muriendo de hambre, vendiendo y comiendo, y sobre todo pechando, íbanos mal, porque aun con esto á cada repelon destocaban la muchacha, por cada niñería nos hacian mil fieros, no habia pícaro que no se nos atreviese, unos con mi señor don fulano, y otros con don zutano. Mi mujer andaba temerosa y muy cansada de tanta suegra, porque como conmigo estuvo siempre con tanta libertad, y se hallaba con ella sujeta, sin ser señora de su voluntad, si la una hablaba, la otra rezongaba, de cada pulga fabricaban un pueblo, levantábase tal tormenta, que, por no volverme á ninguna de las partes, tomaba la capa en viendo los delfines encima del agua, saliame huyendo á la calle, y dejábalas asidas de las tocas. Tanto se indignaba mi mujer que no volviese por ella, pareciéndole, que *á tuerto ó á derecho ayude Dios á los nuestros*, que con razon ó sin ella me habia de poner contra mi madre, mas no era lícito. Fuéme cobrando tal odio, aborreciéndome tanto, que hallándose con la ocasion de cierto capitan de las galeras de Nápoles que allí estaban, trocó mi amor por el suyo, y recogiendo todo el dinero, joyas de oro y plata con que nos hallábamos entonces, alzó velas, y fuése á Italia, sin que mas de ella supiese por entonces. Yo habia oido decir que aquel era verdaderamente loco que buscaba su mujer habiéndosele ido, ó que al enemigo se le habia de *hacer la puente de plata* por donde huyese; parecióme que solo me iria mejor que mal acompañado, que aunque sea verdad, que todo lo consentia, y de ello comia, ya me cansaba, porque cada cual me acosaba. Ved la fuerza del uso, como siempre me crié sujeto á bajezas, y estuve acostumbrado á oir afrentas niño y mozo, tambien se me hacian fáciles de llevar cuando era hombre. Mi mujer se fué, merced me hizo, porque fuera de la obligacion de consentirla, estaba libre del pecado cotidiano; yo no la eché, por su gusto se ausentó; seguirla era imposible por el riesgo que corria si á Italia volviera. Recogíme con mi madre, fuimos vendiendo para comer las alhajas que nos quedaron; mas como nos quedaron mas dias que alhajas, al cabo de poco nos dieron alcance, san Juan y Corpus Christi cayeron para mí en un dia; faltó que vender, dinero con que comprar, halléme roto sin que me vestir, ni otro remedio con que lo ganar, sino con el antiguo mio. Salíame las noches por esas encrucijadas, y cuando á mi casa volvia venia cubierto con dos ó tres capas, las que con me-

[1] Rey de los Godos en Italia, que habiendo saqueado á Roma, redujo á las personas de calidad á tal miseria, que las señoras romanas se veian precisadas á mendigar su sustento á las puertas de los Godos.

[2] Tirano de Siracusa, famoso por sus vicios y crueldades.

nos alboroto y riesgo podia cautivar; á la mañana, ya entre los dos amanecian hechas ropillas; dábamoslas á vender en gradas, ó buscábamos modo como mejor salir de ellas. No le contentó este trato á mi madre, por no haberlo jamás usado, y por no verse afrentada en su vejez; así acordó de volverse á su tienda con la mozuela que antes tenia, la cual así se alegró cuando la vió en su casa, como si por sus puertas entrara todo su remedio. Yo me acomodé con otros camaradas para pasar la vida en cuanto se llegase otro mejor tiempo; servíales de dar trazas, ayudábales con mi persona en las ocasiones, íbamos por las aldeas y pueblos comarcanos, nunca faltaban por los trascorrales algunas coladas, que con las canastas mismas trasponíamos en los aires. Teníamos en los arrabales y en Triana casas conocidas adonde sin entrar en la ciudad hacíamos alto, y despues poco á poco, lavado y enjuto, lo íbamos metiendo, ya por las puertas ó por cima de los muros, despues de media noche cuando la justicia estaba retirada. Para los vestidos de paño y seda que regateábamos teníamos roperos conocidos á quien lo dábamos de buen precio, sin que perdiésemos blanca del costo, y una vez entregados, ya sabian bien que aquellos eran bienes castrenses ganados en buena guerra, y que los habian de disfrazar para que nunca fuesen conocidos, ó su daño; que no teníamos mas obligacion que darles la mercadería enjuta y bien acondicionada, puesta las puertas adentro de sus casas, libre de aduana y todos derechos, y allá se lo hubiesen. La ropa blanca tenia buena salida, por la buena comodidad que se ofrecia por las noches en el baratillo; ganábase de comer honrosamente, y de todo salíamos bien. Una temporada del invierno fueron las aguas tan continuas, que nadie salia de su casa, ni daban lugar á que se la visitásemos, andábamos estrechos de dinero, y como, pasando por una calle, viese que se habia caido toda la delantera de una casa, pregunté cuya era; dijéronme ser de una señora viuda; fuí á su casa, y díjele, que pues allí no habia morador, me diese licencia para entrarme dentro, y se la guardaria. Ella, temerosa de que no se me cayese toda encima, me dijo, que mirase bien lo que hacia, porque se venia por el suelo, y respondíle que no importaba, porque allí habia un aposento alto seguro, en que poderme recoger; que los pobres no tenian que temer ni que perder, pues aun traen sobrada la vida. Dióme licencia de muy buena gana, y dentro de cuatro dias ya no le habia dejado por quitar puerta ni cerradura; otro dia me fuí á la plaza de San Salvador, é hice pregonar, que quien quisiese comprar cuatro mil ó cinco mil tejas, que yo se las venderia. No se hallaba entonces una por ningun precio; vinieron á mí desalados tres ó cuatro albañiles, y á cual primero las habia de comprar, no faltó sino acuchillarse. Concertélas á cinco maravedís, y llevándolos á mi casa les enseñé los tejados, diciendo ser yo el mayordomo, y que mi ama queria hacer la casa

de terrados. A vueltas de los mios, tambien les señalé algunos de los vecinos paredaños, de donde las habian de quitar, diéronme seiscientos reales á buena cuenta de lo que montasen hasta cinco mil, y quedaron de venir por ellas otro dia. Cuando tuve mi dinero cobrado, fuíme á la señora de la casa, y díjele, que ¿porqué consentia tan grande lástima, que su mayordomo habia vendido ya las tejas de los tejados? Ella se alborotó, diciendo que no tenia mayordomo, ni sabia quien tal pudiese haber hecho. Yo entonces le dijé: Pues para que vuestra merced vea quien lo hace, ya me han mandado salir de ella, y hoy me mudo á otra parte, porque mañana por la mañana vendrán á quitar y llevar las tejas; mande vuestra merced enviar ó ir allá, y verán lo que pasa. Con esto me despedí de ella, y otro dia desde lejos, puesto á una esquina, me puse á ver el alboroto, que fué muy para ver, los unos á destejar, la buena señora por defender su hacienda; en resolucion, dió querella del albañil pobre, y no solo no quitó las tejas, empero le pagó las puertas. Con esto pasé algunos dias encerrado en casa con muy gentil brasero, hasta que ya no me buscaban, pasado aquel primero movimiento. Haciase un dia en San Agustin una fiesta, y como las tales lo eran para nosotros, acudí á ella, y seutíle á un hidalgo bulto de dineros en la faltriquera, debajo de la espada, y al pasar por un paso estrecho, levantésele un poco, y metiendo la garra, díle tumbo en ella, sin que real se me escapase; mas la inquietud me impedia poder sacar la mano llena, que venia colmada, y fué forzoso caérseme mucha parte de ellos en el suelo. Pues como estaba ladrillado el claustro, é hiciesen al caer mucho ruido, dejélos caer todos, y metiendo la mano en mi faltriquera, allí en un punto saqué de ella un lienzo, y dando voces á la gente que se desviase, porque por sacar aquel lienzo se me habia derramado aquel dinero, todos hicieron lugar; y el buen señor á quien se los habia robado, movido de caridad, oyendo mis lástimas, que decia irlos á pagar á un mercader, se bajó conmigo al suelo y me los ayudó á recoger, sin que faltase blanca. Díle las gracias por ello, y fuíme muy contento á mi casa. *De aquí le nació el pico al garbanzo*; este hurtillo fué mi perdicion, siendo el último que hice, y el que mas caro de todos me costó; porque aunque algunas veces me habian tenido preso por semejantes heridas, de todas habia salido á buen puerto, con dineros negociaba cuanto queria, y allí no se trata de otra cosa, sino de buscar de comer cada uno, mas esta vez no me valieron triunfos, que los habia ya renunciado. Como me vi con dineros, quise prevenir, primero que se gastase, de donde valerme de otros, porque siempre que con mi habilidad podia socorrer la necesidad, no buscaba pesadumbres. Yo me hallaba con algunos bolsos de los que habia cortado, y algunas piececillas que dentro de ellos habia cogido; dí á guarnecer uno, el mejor que me pareció, y metiéndole dentro seis escudos en tres

doblones de oro, cincuenta reales en plata, un dedal de plata y cuatro sortijas, lo llevé á mi madre, y se lo enseñé muy despacio, y aun se lo dí por escrito que lo fuese decorando sin que se le pudiese olvidar letra, por lo que importaba la buena memoria. Y bien instruida en lo que despues habia de hacer, me fuí á la celda de cierto famoso predicador en opinion de un santo, y díjele: Padre mio, soy un pobre forastero, vine á esta ciudad, y estoy en ella muy necesitado; deseo de acomodarme si hallase alguna casa honrada, donde tuviese una poca de quietud en el alma, que solo eso pretendo, y no repararia en el salario, porque con un honesto vestido y una limitada comida para poder pasar, no tengo ni quiero mas granjería. Y aunque me veo tan afligido y roto, que por mal vestido no hallaré quien de mí se quiera servir, y pudiera muy bien valerme socorriendo mi necesidad en esta ocasion, tengo por mejor padecerla, esperando en el Señor, que condenar mi alma ofendiendo á su divina Majestad en usurpar á nadie su hacienda. No permita el Señor que bienes ajenos me saquen de trabajos corporales, dejándome dañada la conciencia. Yo salí esta mañana de mi casa, para ir á buscar donde trabajar con que comprar un pan que comer, y me hallé aquesta bolsa en medio de la calle; quise ver lo que tenia dentro, y cuando sentí ser dineros, la volví á cerrar con temor de mi flaqueza, no me obligase á hacer cosa ilícita. Vuestra paternidad la reciba, y, pues el domingo ha de predicar, la publique. Podria ser que pareciese su dueño, y tener de ella mas necesidad que yo; ayúdele Dios con ella, que no quiero mas bienes de aquellos con que su divina Majestad mejor ha de ser de mí servido. El fraile, cuando me oyó y vió tan heróica hazaña, creyó de mí ser algun santo; solo le faltó besarme la ropa, y con palabras del cielo me dijo: Hermano mio, dadle á Dios muchas gracias que os ha dado claro entendimiento y ciencia de lo poco que valen los bienes de la tierra, confiad que quien os ha comunicado ese tal espíritu, tambien os dará lo que le cuesta menos, y tiene dada su palabra. El que á los gusanillos, á las mas desventuradas y tristes gusarapas y sabandijuelas no falta, tambien os acudirá con todo aquello de que os viere necesitado. Esta es obra sobrenatural y divina, que pone admiracion á los hombres, y da motivo á los ángeles que le alaben por haber criado tal hombre; don suyo es, reconocédselo, y dadle por todo alabanzas perseverando en la virtud. Yo haré lo que me pedís y vuelvo por acá un dia de la semana que viene, que yo confio en el Señor, que os ha de hacer mucho bien y merced. Cuando aquesto me decia, me daba lanzadas en el corazon, porque considerada su mucha santidad y sencillez con mi gran malicia y bellaquería, pues con tan mal medio lo queria hacer instrumento de mis hurtos, rebentáronme las lágrimas, creyó el buen santo que por Dios las derramaba, y tambien como yo se puso tierno. Esto

se quedó así hasta el domingo, que fué dia de Todos los Santos, y cuando fué á predicar gastó la mayor parte de su sermon en mi negocio, encareciendo aquel acto, por haber sucedido en un sugeto de tanta necesidad; exagerólo tanto, que movió á compasion á cuantos se hallaron para hacerme bien. Así le acudieron con sus limosnas que me las diese. Luego lunes por la mañana mi madre acudió á la portería, preguntó por aquel padre, diciendo tener con él un caso importantísimo, y como la vió el portero tan angustiada se lo llamó al momento. Cuando se vió con él, asióle de las manos y de los hábitos, echándose de ródillas por el suelo hasta querer besarle los piés, y díjole que la bolsa era suya, que por un solo Dios se la diese; dióle las señas de todo como quien bien las tenia estudiadas, y el fraile se la entregó conociendo ser verdaderas. Cuando mi madre la vió en sus manos, abrióla, y sacando un doblon de los tres que dentro tenia, se lo dió al padre que me lo diese de hallazgo, y cuatro reales para dos misas á las ánimas de purgatorio, á quien dijo que la tenia encomendada. Cobró con esto su bolsa, y llevómela luego á la posada sin faltar ni un alfiler de toda ella; que aun con cuidado le metí dentro un papelillo de ellos, porque pareciese todo ser cosa de mujer. Despues de pasado esto, de allí á dos dias, miércoles por la tarde, fuí á visitar á mi fraile, que ya me tenia un cofre lleno de vestidos, que pudiera bien romper diez años, y dineros que gastar por algunos dias; diómelo con alegre rostro, y mandóme que volviese otro dia, que tenia una buena comodidad que darme. Fuíme, y volví cuando me habia dicho, y despues de preguntarme si sabia escribir, y que lo enteré de mi habilidad, me dijo que cierta señora, que tenia su marido en las Indias, buscaba una persona tal, que le administrase su hacienda en la ciudad y en el campo, que si era cosa de mi gusto le avisase, para que tratase de ello. Yo, luego despues de darle las gracias, dije: Padre mio, lo que toca al trabajo de mi persona, la solicitud y fidelidad que se debe, solo eso podré ofrecer, empero no soy de esta tierra, ni tengo quien me conozca; si esa señora me ha de fiar su hacienda, querrá juntamente quien á mí me fie, y no lo tengo; solo este inconveniente hallo, vea vuestra paternidad ahora lo que fuere servido que haga. Él respondió que seria mi fiador, y por aquello no lo dejase; aceptélo de buena voluntad, viendo ir por aquel camino mi negocio bien guiado, que no hay cosa tan fácil para engañar á un justo, como santidad fingida en un malo.

CAPÍTULO VII.

Despues de haber entrado Guzman de Alfarache, á servir á una señora, la roba; préndenlo, y condénanlo á las galeras para toda su vida.

Tanta es la fuerza de la costumbre, así en el rigor de los trabajos, como en las mayores felicidades, que siendo en aquellos importantísimo alivio para en algo facilitarlos, es en los bienes el mayor daño, porque hacen mas duro de sufrir el sentimiento de ellos cuando faltan. Quita y pone leyes, fortaleciendo las unas y rompiendo las otras; prohibe y establece como poderoso príncipe, y consecutivamente á la parte que se inclina; lleva tras de sí el edificio, tanto en el seguir los vicios, cuanto en ejercitar las virtudes. En tal manera, que si á la bondad se aplica, corre peligro de poderse perder fácilmente, y juntándose á lo malo, con grandísima dificultad se arranca. No hay fuerzas que la venzan, y tiene poder sobre todo caso. Algunos la llamaron segunda naturaleza; empero por experiencia nos muestra que aun tiene mayor poder, pues la corrompe y destruye con grandísima necesidad. Si amargo apetece, con tal artificio lo conserva y endulza, que como si tal no fuese lo vuelve suave, y acompañada con la verdad, es el monarca mas poderoso, y su fortaleza inexpugnable. ¿Quién sino ella hace al pobre pastor asistir en los desiertos campos, en la hondura de los valles, en las cumbres de los empinados montes y sierras, contra las inclemencias del riguroso invierno, sufriendo tempestades, continuas lluvias, vientos y aires? ¿y en el verano riguroso sol que tuesta los árboles, abrasa las piedras, y derrite los metales? Y siendo su fuerza tanta, que hace domesticarse las fieras mas fieras y ponzoñosas, refrenando sus furias y mitigando sus venenos, el tiempo la gasta, con él se labra, y solo á él se sujeta, porque para con él son sus telas de araña hechas contra un elefante, que si ella es poderosa, él es prudente y sabio, y como el ingenio suele sobrepujar á todas humanas fuerzas, así el tiempo á la costumbre. Sigue la noche al dia, la luz á las tinieblas, al cuerpo la sombra, tienen perpetua guerra el fuego con el aire, la tierra con el agua, y todos entre sí los elementos. El sol engendra el oro, da ser y vivifica; de esta manera el tiempo sigue, persigue y fortalece á la costumbre. Hace y deshace, obrando sábiamente con silencio, segun y por el órden mismo que acostumbra ella con las continuas gotas cavar las duras piedras. Es la costumbre ajena, y el tiempo nuestro; él es quien le

descubre la hilaza, manifestando su mayor secreto, haciendo con el fuego de la ocasion ensayo de sus artes. Con experiencia nos enseña los quilates de aquel oro, y el fin adonde siempre van sus pretensiones encaminadas, y quien conmigo no tuvo alguna misericordia, pues en breve hizo público lo que siempre con instancia procuré que fuese oculto. Todo lo dicho se verificó bien de mí en propios términos y casos. ¡Oh! cuántas veces, tratando de mis negocios, concertando mis logros, fabricando mis marañas por subir los precios, vendiendo con exceso mas al fiado que al contado, el rosario en la mano, el rostro igual, y con un *en mi verdad* en la boca (por donde nunca salia) robaba públicamente de vieja costumbre, y descubriólo el tiempo! ¡Cuántas veces me oyeron decir: Prometo á vuestra merced, que me tiene mas de costo, y no gano un real en toda la partida, y si la doy barato, es porque tengo de dar unos dineros para el tiempo, y daba otras causas, no habiéndolas para ello mas de querer ganar á ciento por ciento de su mano á la mia! ¡Cuántas veces tambien, cuando tuve prosperidad y trataba de mi acrecentamiento (por solo acreditarme, por sola vanagloria, no por Dios, que no me acordaba, ni en otra cosa pensaba que solamente parecer bien al mundo, y llevarlo tras de mí, para que, teniéndome por caritativo y limosnero, viniesen á inferir que tendria conciencia, que miraba por mi alma, é hiciesen de mí mas confianza) hacia juntar á mi puerta cada mañana una cáfila de pobres, y teniéndolos allí dos ó tres horas, porque fuesen bien vistos de los que pasasen, les daba despues una flaca limosna, y con aquella nonada que de mí recibian ganaba reputacion, para despues mejor alzarme con haciendas ajenas! ¡Cuántas veces de mi pan partí medio (no quedando hambriento, sino muy harto), y con aquella sobra, como se habia de perder ó dar á los perros, lo repartí en pedazos y lo dí á pobres; no donde sabia padecer mas necesidad, sino donde creí que seria mi obra mas bien pregonada? Y cuantas otras veces teniendo sangriento el corazon y dañada la intencion, siendo naturalmente pusilánime, temeroso y flaco, perdonaba injurias, poniéndolas á cuenta de Dios en lo público, quedándome dañada la intencion de secreto, con secreto lo disimulé, y en público dije: ¡Sea Dios loado; siendo de mí verdaderamente ofendido, pues maldita otra cosa que impidió mi venganza, sino hallarme inhábil para ejecutarla, porque viva la tenia dentro del alma! ¡Cuán abstinente me mostré otras veces, qué ayunador y reglado, no mas de por parecerlo, para poder guardar mas y gastar menos; que cuando de ajena sustancia comia, cuando de lo del prójimo gastaba, un lobo estaba en mi vientre, nunca pensaba verme harto! ¡Qué continuamente visitaba los templos, asistia en las cárceles por acreditarme con los ministros oficiales de ellas, no por los presos, antes por si alguna vez me viese

preso, que ya me conociesen y mas me respetasen! Si acudí á los hospitales, anduve romerías, frecuenté devociones, royendo altares, no faltando á sermon de fama, en jubileo, ni á devocion pública, todos aquellos pasos eran enderezados á cobrar buena fama, para mejor quitar al otro la capa. Pues no se me olvida, que hartas y muchas veces me decian, y supe de algunas cosas muy secretas, que por serlo tanto, cuando despues trataba de ellas con sus dueños mismos, aconsejándolos ó corrigiéndolos en ellas, entendian de mí que debia saberlo por divina revelacion, y así lo daba yo á entender por indirectas, ganando con aquello grandísima reputacion, en especial con mujeres, que tras esto y gitanas corren como el viento, fáciles en creer, y ligeras en publicar, de cuyas bocas iban esparciéndose mas mis alabanzas. Hartas y muchas veces, cuando algun pobre se quiso valer de mí, como tenia tanta y tal reputacion, pedia limosna públicamente para él á los que me conocian, y juntando mucho dinero le daba muy poco, quedándome con ello, quitaba para mí la nata, y dábales el sucro. Si queria hacer alguna muy grande bellaquería, lo primero que para ello procuraba, era prevenirme de una muy hermosa y grande capa de coro con que cubrirla, para mejor disimularla con santidad, con sumision, con mortificacion, con ejemplo, y asolaba por el pié cuanto queria. Sino vedlo ahora con cuánta facilidad engañé á este santo; y no fué solo este daño el que hice, mas otro mayor se siguió, que fué dejarle fallida la opinion; á lo menos pudiéralo quedar cuando tambien zanjada no la tuviera, que instrumento habia yo sido y causa tuve dada de harto perjuicio contra su buena reputacion. Asentóme con aquella señora, creyendo de mí que la sirviera con toda fidelidad, segun pudo presumirse de los actos que mostré de tanta perfeccion. Dióme mucho crédito con el abundante caudal del suyo; recibióme con voluntad en su servicio, fióme su hacienda y familia, dióme un muy honrado aposento, regalada cama y todo servicio, acarició me, no como á criado, mas como á un deudo y persona de quien creia que le haria Dios por mí muchas mercedes. Pedíame algunas veces le rezase un Ave María por la salud y buen suceso de su esposo. Respondíale á todo como un oráculo, con tanta mortificacion, que le hacia verter lágrimas. Con esto la engañé, la robé, y sobre todo la injurié, ofendiendo su casa, pues teniendo en ella para su servicio una esclava blanca, que yo mucho tiempo creí ser libre, tal en cautelas ó peor que yo, me revolví con ella. *No sé como nos olimos, que tan en breve nos conocimos*: á pocos dias entrado en casa no habia órden para poderla echar de mi aposento, en son de santa para los demás, y por todo extremo disoluta conmigo, como si fuera criada en la casa mas pública del mundo; y con tal sagacidad, que otro que yo entre todos los criados, ni su ama misma la alcanzaron á conocer aquel se-

creto, y con él me regalaba tanto, que siempre abundaba mi caja de colaciones, como si fuera una confitería. Proveíame de toda ropa blanca, bien aderezada, olorosa y limpia; su señora gustaba de ello, porque á los dos nos tenia por santos. Dábame dineros que gastase, sin que yo tampoco supiese al cierto de dónde los habia, quién, ó cómo se los daba; bien que se me traslucian algunas cosas, mas por no caer de mi punto, no quise ser curioso en apurarlas; y para nunca perderla en cuanto yo allí estuviese, y mejor poder obligarla, íbala sustentando con palabras y esperanzas, que teniendo con qué, buscaria manera como ahorrarla, y me casaria con ella. Esto le hacia desvelarse y enloquecer en mi servicio; porque segun el amor que le fingí, aunque muy astuta, siempre lo tuvo por cierto, como si yo no fuera hombre y ella esclava. No sabia mi ama de mas hacienda, ni mas poseia de aquello que yo le daba; la de la ciudad estaba en mi mano, y juntamente gobernaba la del campo, y toda la esquilmaba, porque mi designio era hacer una razonable pella, y dar conmigo lejos de allí á buscar nuevo mundo. Queríame pasar á las Indias, y aguardaba embarcacion, como quiera que fuese, mas no lo pude lograr, que conociendo mi ama su cierta perdicion, que los caseros le decian haberme ya pagado, los pastores que vendian los ganados, el capataz que sacaba los vinos de las bodegas, y que de todo no habia blanca, porque me alzaba con todo, determinóse á comunicarlo á solas con un hidalgo deudo suyo, díjole la mala cuenta que daba de todo, que le pusiese conveniente remedio. Él, sin decirme palabra, ya cuando yo andaba en vísperas de alzar las eras, muy descuidado y libre de tal suceso, estando durmiendo la siesta con mucho reposo, dió un alguacil sobre mí, prendióme, y sin decir porqué ni cómo, sino que allá me lo dirian, me llevó á la cárcel. Esto se hizo, porque no se alborotase la casa ni el barrio con algunas libertades mias cuando supiese por cuya órden me prendian. Iba yo por el camino suspenso y mentecato; ya juzgaba si fuese requisitoria de Italia, ya si de mis acreedores en Castilla, ó si de mis nuevos hurtos, no purgados en aquella ciudad. Y aunque de cualquiera cosa de estas me pesaba, sentia mucho perder aquel pesebre, que con el mal nombre faltaria mi estimacion, y no me acudirian como antes, mas paciencia. Gracias á Dios, que ya esta desgracia sucedió á tiempo que me halló de corona, que como mi madre vivia por sí, poco á poco le iba llevando todo cuanto recogia, y ella me lo guardaba; despues abrieron mi caja y no hallaron en ella mas que una bula del año pasado y trastos viejos. Acudieron á la cárcel á pedirme cuenta; díla tan mala como se puede presumir de quien solo cobraba y nunca pagaba. No hay tales cuentas como las en que se reza. Hiciéronme terrible cargo, quedóse la data en blanco, acudieron al fraile, dándole cuenta del

caso; él como prudente ni condenó ni absolvió, hasta darme á mí un oido, y juzgar despues de informado de ambas partes. Vínome á visitar á la cárcel, neguéselo todo á pié juntillo, afirmando ser falso testimonio que me levantaban, y estar tan inocente que ninguno lo era mas en el mundo de aquel negocio, y así esperaba en Dios que como libró á José y á Susana no se descuidaria de mi verdad, ni dejaria perecer mi justicia, mas que todo aquello y castigos mayores merecian mis culpas por otras ofensas mias contra su divina Majestad cometidas. El buen religioso no sabia qué, ni á quién habia de dar crédito, quedó perplejo, y en caso de duda se acostó por entonces á la parte del caido, socorriendo á lo mas flaco. Estúvome consolando con palabras, prometiéndome su solicitud en mi defensa, encomendado mis negocios al Señor, que me librase y tuviese de su mano. Despidióse de mí, fuése al oficio del escribano para quererme abonar, pidiéndole por caridad que mirase mucho por mi causa, que me tenia sin duda por varon santo. Mas cuando el escribano le oyó decir esto, riyéndose mucho de ello, sacó los procesos que contra mí tenia, y haciéndole relacion de las causas, diciéndole quién yo era, los hurtos que habia hecho y embelecos de que usaba, corrióse; y con toda la sencillez del mundo, sin creer que me dañaba, le contó el caso que con él me habia pasado, y por el órden que me habia conocido, de dónde habia resultado acreditarme tanto, porque no lo tuviesen por hombre falto, que se movia sin causas en mi defensa. Cuando el escribano le oyó, sintió en el alma mi maldad, que así hubiese querido burlar á un tan grave personaje; indignóse contra mí de manera, con un coraje tan encendido, que si en su mano fuera me ahorcara luego. Dejó el oficio, fué á casa del teniente, hízole relacion de palabra, y tal que lo puso de su misma tinta, y afrentado de ello como si les hubieran dado poder en causa propia, me cogieron á cargo, haciéndome de aquel otro nuevo, y mandándome agravar prisiones, dijeron al alcaide que me tuviera en un calabozo. No me cogió tan desnudo este dia que me faltasen dineros con que sustentar la tela y hacer la guerra, mas es la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume, convirtiéndolo en su propia sustancia. Largas experiencias hice de ella, y por mi cuenta hallo ser un molino de viento y juego de niños; ninguno viene á ella, que no sea molinero y muela, diciendo, que su prision es por un poco de aire, un juguete, una niñería, y acontece á veces traer á uno de estos por tres ó cuatro muertes, por salteador de caminos, ó por otros atrocísimos y feos delitos. Ella es un paradero de necios, escarmiento forzoso, arrepentimiento tardo, prueba de amigos, venganza de enemigos, república confusa, infierno breve, muerte larga, puerto de suspiros, valle de lágrimas, casa de locos, donde cada uno grita y trata de

sola su locura. Siendo todos reos, ninguno se confiesa por culpado, ni su delito por grave. Son los presos de ella como la parra de uvas, que luego que comienzan á madurar cargan avispas en cada racimo, y sin sentirse los chupan, dejándolo solamente las cáscaras vacías en el armadura, y segun el tamaño así acude el enjambre. Cuando traen á uno preso le sucede lo propio, cargan en él oficiales y ministros, hasta no dejarle sustancia, y cuando ya no tiene que gastar se lo dejan allí olvidado, y esto seria menos mal, respecto de otro mayor que acostumbran, dándole luego con la sentencia como á pobre, dejándolo perdido y desbaratado. Luego como lo entregan al primer portero en la puerta principal de la calle, le hacen el tratamiento que su bolsa merece; que aquel portero hace como el que compra, que nunca repara en la calidad que tiene quien vende, sino en lo que vale la cosa que le venden; así á él no se le da un real que sea el preso quien fuere, solo repara en lo que le diere. Cuando el caso no es de calidad ni tiene pena corporal que nazca de atrocidad, como seria muerte, hurto famoso, pecado feo y otros cuales aquestos, déjanlo andar por la cárcel, habiéndoselo pagado; era mi prision primera hasta que diera fianzas de estar á derecho por aquella deuda, ya me conocian, todos nos entendíamos, éramos camaradas, contentélos y quedéme abajo con ellos, aunque siempre tuve ojo, á si pudiese con buen seguro coger la puerta, y esperaba mejor comodidad para hacerlo. Mas desde que asomé por vistas de la cárcel, y despues de ya dentro de ella, estuve rodeado de veinte procuradores, que con su pluma y papel escribian mi nombre y la causa de mi prision, facilitándola todos. El uno decia ser su amigo el juez, el otro el escribano, el otro que dentro de dos horas haria que me diesen en fiado; decia otro que mi negocio era cosa de burla, que por los aires me haria soltar luego con seis reales; cada uno se hacia señor de la causa, y decia pertenecerle aqueste, porque me acompañó desde que me vió traer preso, y se previno conmigo del negocio aquel, porque yo le rogué que me fuese á llamar á un mi amigo escribano, allí junto á la cárcel; otro porque fué quien primero escribió, y tenia ya hecha peticion para el teniente; mas de todos ellos, entre mí me reia, porque los conocia y sabia su trato, que solo viven de coger de antemano lo que pueden, y despues con dos yuntas de bueyes no les harán dar paso, y hubo alguno de ellos que teniendo poder para defender á un ladron entró á pedirle dineros para hacer el interrogatorio despues de rematado á las galeras. Estando altercando todos cual habia de procurar mi negocio, entró rompiendo por ellos muy confiado y hecho señor de él, cierto procurador que antes lo habia sido mio en las causas criminales, y dijo: ¿Acá está vuestra merced? Díjele que sí, pues me habian preso; y díjome: ¿Pues qué ha sido la causa? Y cuándo se la hube dicho, respondióme: ¿Ríase vuestra merced de

ello y calle; ¿tiene ahí algun dinero que llevemos al escribano, y daré luego peticion al teniente para que le mande soltar con fianzas de la haz? Y si no lo proveyere, lo llevaremos á la sala mañana, y sus señores lo mandarán luego. Yo hablaré á uno de ellos, que es gran señor mio, y no estará vuestra merced aquí á medio dia. Cuando los otros oyeron esto, dijeron: ¿Qué, qué? ¡O qué gentil manera de dar peticion! ¿Estamos aquí veinte hombres dos horas ha trabajando en el negocio, y víenese ahora muy de su espacio á querer escribir en él? Mi procurador les dijo: Señores, aunque vuestras mercedes hubieran escrito en él dos meses ha, en llegando yo, habia de ser negocio mio, que aqueste caballero es muy grande amigo, y despáchole yo sus negocios todos; bien pueden irse con Dios y dejarlo. Ellos cuando le oyeron replicaron: ¡O qué lindito! ¡Qué gentil manera de negociar, y qué buena flor se porta! ¡Y con qué nos viene ahora sus manos lavadas á querer llevar la causa! Váyase norabuena, que aqueste caballero verá la razon, y dará la razon á quien quisiere, no tengamos aquí voces. Él que sí, los otros que no, asiéronse de manera, que se vinieron á decir quiénes eran, sin dejar mancha por sacar, y la manera con que robaban á los presos, que fué un coloquio para quien los oyó de mucho entretenimiento, por ser de verdades representado al vivo, y es trato comun suyo este, de cada hora, y con cada preso. Ya cuando los hubieron metido en paz, me llegué á mi dueño viejo, y pedíle que acudiese á lo necesario, que yo le pagaria, díle cuatro reales, y no lo volví á ver en aquellos dias. Bien sabia yo ya lo que habia de hacer, y que por solo aquello venia, por asegurar la olla del dia siguiente, y tener con que salir á la plaza; mas fuéme forzoso elegirlo á él, por temor que tuve, que como sabia mis causas viejas, á dos por tres descornara la flor, y me hiciera en dos horas juntar un ciento de ellas. Y si así como así, ó porque callase, ó porque procurase le habia de pagar, tuve por mejor que fuese mi procurador, aunque aquel no era negocio de muchas tretas, y solo consistia en dineros. Mas despues cuando me vinieron á encomendar por el embeleco, que se vinieron á juntar las causas, lo hube bien menester. Ya iba el negocio de veras, pasáronme arriba, quisieron echarme grillos, redimílos á dineros, pagué al portero á cuyo cargo estaban, y al mozo que los echa; el escribano acudia, las peticiones anduvieron, daca el agente, toma el abogado, poquito á poquito como sanguijuelas me fueron chupando toda la sangre hasta dejarme sin virtud. Quedé como el racimo seco en las cáscaras. A todo esto, no es bien pasar en silencio lo que con mi dama me pasaba, pues cada mañana, luego en amaneciendo, llovia sobre mí el maná, en ella hallaba mi remedio proveyéndome de todo lo necesario. Y en el rigor de mi prision, habiéndome sentenciado el teniente á galeras, me envió una carta, que por ser donosa me pareció hacer memoria de ella, y porque tambien es

bien aflojar al arco la cuerda, contando algo que sea de entretenimiento, decia de esta manera :

« *Sentenciado mio*,

« La presente no es para mas de que dejeis la tristeza y tomeis alegría, baste que yo no la tenga por tí, mi alma, desde el dia de Santiago á las dos de la tarde que te prendieron durmiendo la siesta, que aun siquiera no te dejaron acabar de reposar, y mas la que hoy he recibido, con que me han dicho que ya te sentenció el teniente á doscientos azotes y diez años de galeras. Malos azotes le dé Dios, y en malas galeras él esté ; bien parece que no te quiere como yo, ni sabe lo que me cuestas. Díceme Juliana que te diga que apeles luego ; apela veinte veces y mas, las que te pareciere, y no se te dé nada, que todo se remediará con el favor de Dios y ese señor teniente ; aun bien que no te has de quedar ahí para siempre, que por esta cara de mulata, que se ha de acordar de las lágrimas que me ha hecho verter, que han sido tantas, que por poco lo hubiera dado á sentir á todo el mundo. Y mas lo hubiera dado á sentir si no fuera por temor de quedar ahogada en ellas, y despues no gozarte, que á fe que te tengo ya pesado á ellas, y sacaréte á nado de aquese calabozo donde tienes mi alma encadenada. Juliana dirá los cabellos que me saqué de la cabeza cuando me lo dijeron ; ahí te lleva veinte reales para tu pleito, y con que te huelgues, porque te acuerdes de mí, aunque yo sé cuando para mí no eran menester estos proverbios, y en un momento que me apartaba de tí para echar carbon á la olla se te hacian mil años. Acuérdate, preso mio, de lo que te adoro, y recibe aquesta cinta de color verde que te doy por esperanza que te han de ver mis ojos presto libre. Y si para tus necesidades fuere menester venderme, échame luego al descubierto dos hierros en esta cara, y sácame á esas gradas, que yo me tendré por muy dichosa en ello. Dícesme que Soto tu camarada está malo, de que se burló mucho el verdugo con él, hasta hacerlo músico. Hame pesado que un hombre tan principal haya consentido que aquese hombrecillo vil y bajo se le atreviese, y que de miedo suyo haya dicho lo suyo y lo ajeno. Dale mis encomiendas aunque no lo conozco, y dile que me pesa mucho, y parte con él de aquesa conserva, que para tí, bien mio, la tenia guardada. Mañana es dia de amasijo, y te haré una torta de aceite, con que sin vergüenza puedas convidar á tus camaradas. Envíame la ropa sucia, y póntela limpia cada dia, que pues ya no te abrazan mis brazos, cánsense y trabajen en tu servicio para las cosas de tu gusto. Mi ama jura que te ha de hacer ahorcar, porque dice que la robaste ; harto mas tiene robado ella á quien tu sabes : ya me entiendes, y *á buen entendedor pocas palabras*. Si Gomez el escudero te fuere á ver, no le hables palabra, que es hombre de dos caras,

y se congracia con todos, y es amigo de taza de vino. De todo te doy aviso, y porque aquesta no es para mas, ceso y no de rogar á Dios que te guarde y saque de aquese calabozo. Fecha en este tu aposento á las once de la noche, contemplando en tí, bien mio. Tu esclava hasta la muerte. »

Aquesta mantuvo la tela todo el tiempo de aquel trabajo, porque los gastos eran muchos, y por mucho que habia recogido todo se hizo como la sal en el agua. Tambien mi madre, cuando vió mi pleito mal parado, díjome que la robaron, y á lo que yo entendí, fué que se quiso quedar con ello. Fuéme forzoso hacerme con los demás, y andar al hilo de la gente. Mi pleito anduvo, el dinero faltó para la buena defensa, no tuve para cohechar al escribano, estaba el juez enojado, y echóse á dormir el procurador, pues el agente, pajas. Ya no habia sustancia en el gajo, fuéronse las avispas, dejáronme solo, confirmaron la sentencia, con que los azotes fuesen vergüenza pública, y las galeras por seis años. Cuando me vi galeote rematado, rematé con todo al descubierto, jugaba mi juego sin miedo ni vergüenza, como esclavo del rey, que nadie tenia ya que ver conmigo. Pero muy consolado, que tambien á mi camarada Soto lo condenaron á lo mismo, y salimos en una misma colada. Y si como estuvimos en la prision juntos y en un calabozo, y pasamos la misma carrera, quisiera que nos conserváramos, á él y á mí nos hubiera ido mejor; mas como verás adelante, salióme zaino. Era muy gentil aserrador de cuesco de uva, siempre habia de ser su taza de profundis, que hiciese media azumbre, y esto lo descompuso en el ansia, que por haberse puesto á orza cantó llanamente á las primeras vueltas. Viéndome ya rematado, y sin algun remedio ni esperanza de él, quise probar mi ventura, mas no la tuve nunca, y fuera milagro que no me faltase entonces. Híceme por quince dias enfermo, no salí del calabozo, ni me levanté de la cama, y al fin de ellos ya tenia prevenido un vestido de mujer, con una navaja me quité la barba, y vestido, tocado y afeitado el rostro, puesto mi blanco y poco de color, ya cuando quiso anochecer salí por las dos puertas altas de los corredores, que ninguno de los porteros me habló palabra, y tenian ambos buena vista, sus ojos claros ó sanos, mas cuando llegué abajo á la puerta de la calle, y quise sacar el pié fuera, puso el brazo delante del postigo un portero tuerto de un ojo, que á Dios pluguiera que del otro fuera ciego, detúvome y miróme, reconocióme luego, y dió el golpe á la puerta. Yo iba prevenido de un muy gentil terciado para lo que pudiera suceder, quiso mi desgracia que lo saqué á tiempo que ya no pudo aprovechar, criminóse con esto mi delito, hiciéronme volver arriba, y fulminándome nueva causa, me remataron por toda la vida. Y no fué poca cortesía no pasearme con aquel vestido, como se hizo alguna vez con otros. *Pensé huir el peligro y dí en la muerte.*

CAPÍTULO VIII.

Sacan á Guzman de Alfarache de la cárcel de Sevilla para llevarlo al puerto á las galeras; cuenta lo que pasó en el camino, y en ellas.

Galeote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo á las faenas para comer con ellos. Hícome de la banda de los valientes, de los de *Dios es Cristo*, púseme mi calzon blanco, mi media de color, jubon acuchillado y paño de tocar, que todo me lo enviaba mi dama, con esperanzas que aun habia de pasar aquel tiempo, y habia de tener libertad. Con esto, y cobrando mis derechos de los nuevos presos, pasaba gentil vida, y aun vida gentil, que tal es la de los tales como yo, cuando se hallan allí en aquel estudio. Cobraba el accite, prestaba sobre prendas un cuarto de un real por cada dia, estafaba á los que entraban, dábales culebras, libramientos y pesadillas, porque allí aunque se conoce á Dios, no se teme; tiénenle perdido el respeto como si fueran paganos, y por la mayor parte, los que vienen á semejante miseria son rufianes y salteadores, gente bruta, y por maravilla cae, ó por desdicha grande, un hombre como yo, y cuando sucede, acaso es que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerlo en conocimiento de su pecado, y á tiempo que con clara vista lo conozca, le sirva y se salve. Huyó en mi tiempo un rufian, que teniéndolo sentenciado á muerte, y puesto en la enfermería para sacarlo al dia siguiente á justiciar, viendo jugar en tercio á los que lo guardaban, se levantó del banco y se fué para ellos como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena, y preguntándole donde iba, dijo: Acá vengo á pasar el tiempo un rato. Las guardas le dijeron que se ocupase rezando y encomendándose á Dios, y respondióles: Ya tengo rezado cuanto sé, y no tengo mas que hacer, barajen y echen por todos, y tráigase vino con que se ahogue esta pesadumbre. Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: Díganle á ese hombre que es para mí; basta, no digan mas, y juguemos, que juro á Cristo que no entiendo en lo que ha de parar este negocio. A este son bailan todos: otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello, y llevar el bigote levantado, ha de ser su salvacion. Y como en buena filosofía, los manjares que se co-

men vuelven las hombres de aquellas complexiones, así el trato de los que se tratan, de donde se vino á decir : *no con quien naces, sino con quien paces*. Ya yo era uno de estos, y como bárbaro queria ocupar un poco de dinerillo que tenia en alquilar uno de aquellos bodegones de la cárcel, mas temiendo el dia que pudieran tocar al arma, y por no dejar perdido el empleo, no lo hice, y acertélo, que como ya hubiese número de veinte y seis galeotes, y trajésemos inquieta la cárcel, temió el alcaide no le hiciésemos algun agujero por donde nos desapareciésemos, hizo diligencias en descargarse de nosotros. Un lunes de mañana nos mandaron subir arriba, y dando á cada uno el testimonio de su sentencia, nos fueron aherrojando, y puestos en cuatro cadenas, nos entregaron á un comisario, que nos llevase nuestro poco á poco un rato á pié y otro paseándonos. De esta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las rameras, que se iban mesando por la calle, arañándose las caras por su respecto cada una, y ellos los sombreros bajos encima de los ojos, iban como corderos mansos y humildes, no con aquella braveza de leones fieros que solian, y porque no les valia hacerlos. No puedo negar haberlo sentido mucho, acordándome de tanto tiempo bueno como por mí pasó, y cuan mal supe ganarlo. Vínome á la memoria, si esto se padece aquí, si tanto atormenta esta cadena, si así siento aqueste trabajo, si esto pasa en el madero verde, ¿qué hará el seco? ¿Qué sentirán los condenados á eternidad en perpetua pena? En esta consideracion pasé las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó, ni quiso verme, y solo fuí solo entre todos. Caminábamos á espacio segun podíamos, y era harto poco, porque cuando yo iba libre queria detenerme mi compañero á lo que le hacia necesario. El otro iba cojo de llevar el pié descalzo, y todos los mas muy fatigados. Éramos hombres, y como tales en sentir ninguno se nos aventajaba. ¡O condicion miserable nuestra, y á cuántos varios y miserables casos estamos obligados! Llegamos á las Cabezas, y al salir de ellas una mañana, ya que tendríamos andado poco mas de una media legua, divisó uno de nosotros á un mozuelo que venia hácia el pueblo con una manada de lechoncillos de cria, y pasando la palabra de unos en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del Turco, y hecho de todos una media luna, les acometimos de tal órden, que cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron en medio, y á bien librar del mozuelo venimos á salir á lechon por hombre. Bien que dió gritos, haciendo exclamaciones, pidiéndole al comisario, que por un solo Dios nos los mandase volver, mas él se hizo sordo, como quien habia de ser el mejor librado, y nosotros pasamos adelante con la presa. Cuando á la venta llegamos á sestear, quisiera el comisario que partiéramos del hurto con él, que pues habia sido consentidor, tenia la misma parte que cualquier agresor. Mandé

que le asasen uno, y sobre cual habia de dar el suyo se levantaba un alboroto de la maldicion, porque no habia en todos nosotros tres que tuviesen uso de razon. Cuando vi el motin, y que pudiera justamente hacerme á mí mas cargo por de mas entendimiento, dije: Señor comisario, aquí tiene vuestra merced el mio á su servicio, y si gustare de ello, pues hay harta gente de guarda, mande vuestra merced que me deshierren, que yo se lo aderezaré de mi mano, que aun reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero. Agradecióme mucho el cumplimiento, y dijo: Verdaderamente, despues que vienes á mi cargo, he reconocido en tí cierta nobleza, que debe proceder de alguna buena sangre; yo te agradezco el presente, y holgaré comerlo, como lo tienes ofrecido. Sacóme de la cadena, y encomendándome á las guardas, pedí el recaudo que fué necesario, y segun el malo que allí habia, no pude mas que sazonarlo bien de asado, con sus huevos batidos y sal. Quisiérale hacer algun relleno, me faltó lo necesario; hícele una salsa de los higadillos, que le supo muy bien. Habian llegado en la misma ocasion unos pasajeros, los cuales no poco les pesó de hallarnos allí, por parecerles que aun las orejas no las tenian seguras de nosotros. La mesa en que habian de comer era una banca larga, llegada junto á un poyo; la comida se aderezó para todos junta, el comisario les hizo cumplimiento, sentáronse los tres á la hila, y el uno de ellos tomó su portamanteo, y poniéndolo á sus piés debajo de la mesa, puso tambien unas alforjas en que traia queso, la bota del vino, y un pedazo de jamon, y para poderle sacar mejor, desvió por delante un poco el portamanteo, dejando las alforjas entremedias de él y de sus piernas. Yo cuando vi que tanto se recataba, sospeché que no sin causa, y pidiéndole un cuchillo á la huéspeda, lo metí en el brazo por entre la manga, y poniendo un barreño grande con agua debajo de la mesa, y en él una garrafa de vino á enfriar, para servir al comisario, cada vez que me bajaba para querer dar vino, trabajaba un poco en el portamanteo, hasta que habiéndole quitado las hebillas, y dándole una gentil cuchillada, pegada con la cadenilla, saqué de él dos envoltorios pequeños y algo pesados, los cuales acomodé por luego en los calzones, y volviendo á ponerle las hebillas, quedó todo cubierto sin dejarse ver alguna cosa del hurto. Acabaron de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta, se fueron los forasteros, y nosotros comenzamos á querer aliñar para querer tambien hacer lo mismo. Soto mi camarada iba en otra cadena diferente, que no poca pena me daba no poder ir parlando con él, mas antes que me herrasen llegúme á él de secreto, y díle los dos lios que me los guardase, para poder despues en mejor ocasion saber lo que llevaban; recibiólos alegremente, y matando su lechoncillo sin que se lo sintiese alguno, se los metió en el cuerpo, y abocóle las asadurillas á la herida, de

manera, que no se cayesen, y mejor pudiese tenerlos encubiertos. Ya cuando me quisieron meter en la cadena, roguéle al comisario me hiciese merced en acomodarme con mi camarada, y él de muy buena gana lo hizo; sacó á uno de los de aquel ramal, y trocónos. Ibamos caminando perezosamente, segun costumbre, y á pocos pasos andados, díjele á Soto: ¿Qué os digo, camarada? ¿Dónde guardaste aquello? Él como si no me conociera, ni le hubiera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso habria bebido al uso de la patria, y estaba trascordado; íbale haciendo recuerdos de cuando en cuando, y él negaba siempre, hasta que mohino me dijo: ¿Venís borracho, hermano? ¿Qué me pedis, ó qué me dísteis, que ni os entiendo, ni os conozco? No puedo exajerar el coraje que allí recibí de semejante ingratitud en un hombre á quien yo tanto habia regalado siempre, que bocado no comí sin que con él partiese, ni real tuve de que no le diese medio, y que tambien habia de tener en aquello su parte, que me negase amistad y lo que le habia dado. Él era de mala digestion, alborotóse á mis palabras, desentonó la voz con juramentos y blasfemias que obligaron al comisario á quererlo castigar con un palo. Yo, confiado en la merced que me hacia, le supliqué lo dejase, porque iba enojado; y queriendo saber la causa de tanta descompostura, y viendo que ya se queria quedar con todo, hice mi cuenta: si al comisario le digo lo que pasa, podrá ser que ya que no todo á lo menos partirá conmigo, y tocaré algo siquiera; no se ha de quedar este ladron con ello riyéndose de mí. Determinéme á contarle lo sucedido, que no poco se debió de holgar, por la codicia que luego le nació de quitárnoslo á entrambos. Mandóle á Soto que luego diese lo que le habia dado; nególo valentísimamente; hizo que las guardas lo buscasen, hicieron su diligencia y no le hallaron memoria de ello: creí que tambien él hubiese hecho lo que yo, dándolo á otro. Díjele al comisario que sin duda lo habria rehundido entre los mas que íbamos allí, porque real y verdaderamente yo se los dí. Él viendo que palabras blandas, amenazas, ni otro algun remedio era parte á que lo manifestase, mandó hacer alto para hacerle dar tormento; y como allí no habia otros instrumentos mas que cordeles, diéronselo en las partes bajas, y en comenzando á querer apretar por ser tan delicadas y sensibles, y él que siempre fué de poco ánimo, confesó donde los llevaba. Luego le quitaron el lechon (que aun tambien se quedó sin él), y sacados los lios para ver lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles corales con sus extremos de oro, que debian ser encomiendas diferentes. Él se los echó en la faltriquera prometiéndome hacer amistad por ello, y darme lo que yo quisiese. Soto se indignó contra mí, de manera que fué necesario volvernos á dividir, porque aun divididos le pusieron guadafiones á los pulgares en cuanto

iba caminando, porque cuando hallaba guijarros me los tiraba. Con este trabajo llegamos á las galeras á tiempo que las querian despalmar para salir en corso, y antes de meternos en ellas nos llevaron á la cárcel, donde pasamos aquella noche con la mala comodidad que las pasadas, y allí peor por ser estrecha y estar ocupada, mas como tal ó cual, así la llevamos, y habia de sér por fuerza, pues no podíamos aunque quisiéramos arbitrar ni escoger. Habló el comisario con los oficiales reales. Vinieron con los de las galeras y el alguacil real, y habiéndonos ya reseñado y hecho nuestros asientos, dieron su recado de la entrega al comisario, y diciéndome que me veria y lo haria muy bien conmigo, tomó su mula y acogióse que nunca mas lo vi. Para querernos pasar de la cárcel á las galeras, antes de sacarnos hicieron en ella repartimiento, y á seis de nosotros nos cupo ir juntos á una, y mis pecados que así lo quisieron, el uno de ellos era Soto mi camarada. Luego nos entregaron á los esclavos moros, que con sus lanzones vinieron á llevarnos, y atándonos las manos con los guardines que para ello traian, fuimos con ellos. Entramos en galera, donde nos mandaron recoger á la popa, en cuanto el capitan y cómitre viniesen para repartirnos á cada uno en su banco; y cuando llegaron anduviéronse paseando por crujía, y los forzados de una y otra banda comenzaron á darles voces, pidiendo que se les echasen á ellos; unos decian que tenian allí un pobrete inútil, otros que cuantos habia en aquel banco todos eran gente flaca, y viendo lo que mas convenia, cúpome á mí el segundo banco adelante del fogon, cerca del rancho del cómitre, al pié del árbol, y á Soto le pusieron en el banco del patron. Dióme pena tenerlo tan cerca de mí por la enemistad pasada, que nunca mas pudimos digerirnos el uno al otro, él á lo menos que tenia corazon crudo, porque yo jamás le negué amistad, ni le habia de faltar en lo que me hubiera menester; mas él quisiera que como el comisario se alzó con todo se lo hubiera dejado, y lo hubiera hecho si tan mal pago creyera que habia de darme. Cuando me llevaron al banco diéronme los de él el bien venido, que trocara de buena gana por un bien excusado; diéronme la ropa del rey, dos camisas, dos pares de calzones de lienzo, almilla colorada, capote de jerga y bonete colorado. Vino el barberote, rapáronme la cabeza y barba, que sentí mucho, por lo mucho en que lo estimaba; mas acordéme que así corria todo, y que mayores caidas habian otros dado de mas alto lugar; quité los ojos de los que iban adelante, y volvílos á los que venian detrás, que aunque sea verdad ser la suma miseria la de un galeote, no la hallaba tanta, como mi primero mal casamiento, y consoléme con los muchos que semejante tormento quedaron padeciendo. El mozo del alguacil se llegó luego á echarme una calceta y manilla, con que me asió á un ramal de los mas mis camaradas: diéronme mi racion de

veinte y seis onzas de bizcocho. Acertó á ser aquel dia de caldero, y como era nuevo, y estaba desproveido de gabeta, recibí la mazamorra en una de un compañero. No quise remojar el bizcocho, comíle seco, á uso de principiante, hasta que con el tiempo me fuí haciendo á las armas. El trabajo por entonces era poco, porque como se concertaban las galeras y estaban despalmadas, no servia de otra cosa toda la chusma que de dar á la banda cuando nos lo mandaban, porque no se derritiese con el sol el sebo. Todo el vestido que metí en galera lo junté y vendí. Hice de ello algun dinerillo, el cual junté con otro poco que saqué de la cárcel, y no sabia cómo ni dónde poderlo tener guardado con secreto, para socorrer algunas necesidades que se suelen ofrecer, ó para hacer algun empleo con que poder hallarme con seis maravedís cuando los hubiese menester; y como ni allí tenia cofre, arca ni escritorio cerrado adonde poderlo guardar, me trajo un poco inquieto, sin saber qué hacer de él. En tenerlo conmigo, corria peligro de los compañeros; darlo á tercero ya tenia experiencia de la mala correspondencia. Todo lo veia malo, hube de pensarlo bien, y resolvíme que no podria darle mejor lugar y secreto que arrimado con el corazon: otros lo tienen adonde ponen su tesoro, y púselo yo al revés. Busqué hilo, dedal, aguja, hice un landre, donde cosiéndolo muy bien lo traia puesto, como dicen, al ojo, libre de sus amigos, enemigos mios, que siempre me lo andaban acechando, en especial un famoso ladron camarada mio de junto á mí, que no fué posible hurtarme de él á media noche y á oscuras, para guardarlo en aquella parte, porque cuando me sentia dormido me visitaba todo al tiento; y como las alhajas no eran muchas, eran fácilmente visitadas; recorrióme la mochila, el capote y los calzones, hasta que vino á dar con el almilla, que mejor la pudiera llamar alma, pues con aquel calor vivificaba la sangre con que la sustentaba. Su cuidado era mucho en robarme, y no menor el mio en recelarme, que si alguna vez me la desnudaba, de tal manera la ponia, que fuera imposible no llevándome á cuestas podérmela sacar de abajo. Con esta solicitud caminaba, y estuve mucho tiempo; en el cual como considerase que donde quiera que un hombre se halle tiene forzosa necesidad para sus ocasiones de algun ángel de guarda, puse los ojos en quien pudiera serlo mio; y despues de muy bien considerado, no hallé cosa que tan á cuento me viniese como el cómitre, por mas mi dueño, que aunque sea verdad que lo es de todos el capitan, como señor y cabeza, nunca suele por su autoridad empacharse con la chusma; son gente principal y de calidad, no tratan de menudencias ni saben quién somos. Tambien porque lo tenia por mas vecino, y como á tal pudiera regalarlo con facilidad, y por ser el que tiene mando y palo. De esta manera me fuí poco á poco metiendo de cuña en su servicio, ga-

nando siempre tierra, procurando pasar á los demás adelante, tanto en servirlo á la mesa como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa, que á pocos dias ya ponia los ojos en mí: no pequeña merced recibia que se dignase de verme, pareciéndome cada vez que me miraba una bula ó indulto de azotes, y que me dejaba con esto absuelto de culpa y de pena. Mas engañéme, porque como naturalmente son ásperos, y se buscan tales para tal oficio, nunca ponen los ojos para considerar ni agradecer lo bueno, sino para castigar lo malo; no son personas que agradecen, porque todo se les debe. Matábale de noche la caspa, dábale friegas en las piernas, hacíale aire, quitábale las moscas, con tanta puntualidad que no habia príncipe poderoso mas bien servido, porque si le sirven á él por amor, al cómitre por temor del arco de pipa ó anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano, y aunque sea verdad que no es aqueste modo de servir tan perfecto y noble como otro, á lo menos pone mayor cuidado el medio. Entre unas y otras, cuando le veia desvelado lo entretenia con historias y cuentos de gusto. Siempre le tenia prevenidos dichos graciosos con que provocarle la risa, que no era para mí poco regalo verle alegre la cara. Ventura tuve con él acerca de esto; y mereciólo mi buen servicio, porque ya no queria que otro le sirviese las cosas de su regalo, sino yo, en especial que tenia sobre ojos á un forzado, que antes que yo le habia servido; porque con tratarlo bien siempre andaba desmedrado, y cada dia se iba mas consumiendo, dábale pena verlo, pues con tener mejor vida que los otros, y tanto que le daba de comer de su mismo plato y de lo mejor, era como los potros de Gaeta, que cuanto mas bien los piensan, valen menos y son peores. Viéndonos juntos una tarde, sirviéndole á la mesa, me dijo: Guzman, pues tienes letras y sabes, ¿no me dirias ahora qué será la causa que habiendo Fermin entrado en galera robusto, gordo y fuerte, habiéndole procurado hacer amistad, teniéndolo en mi servicio, no comiendo bocado que con él no lo partiese, tanto se desmedra mas, cuanto yo mas lo acaricio? Entonces le respondí: Señor, para satisfacer á esa pregunta seráme necesario referir otro caso semejante á este de un cristiano nuevo y algo perdigado, rico y poderoso, que viviendo alegre, gordo, lozano y muy contento en unas casas propias, aconteció venírsele por vecino un inquisidor, y con solo el tenerlo cerca vino á enflaquecer de manera, que lo puso en breves dias en los huesos, y juntamente daré á entrambos la absolucion con otro caso verdadero, y fué de esta manera.

Tuvo Muley Almanzor (que fué rey de Granada) un muy gran privado suyo, á quien llamaron el alcaide Buferiz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero, y otras muchas partes, dignas de su mucha privanza, por las cuales el rey lo amaba, y tanto por la

confianza que tenia, que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para él, cuando se atravesara de por medio su servicio; y como los que aquesta gloria merecen son siempre envidiados de los indignos de ella, no faltó quien, oyéndole decir al rey lo dicho, dijo: Señor, pues para que veas que no sale cierto le que tanto encareces del alcaide, pruébalo en alguna dificultad que lo sea, y por la diligencia que para ello pusiere, conocerás de veras las de su alma para contigo. Fué contentísimo el rey con esto, y dijo: No solo le quiero mandar cosa que sea dificultosa, mas aun será imposible; y mandándole llamar, le dijo: Alcaide, tengo que os encargar una cosa que habeis luego de cumplir sopena de mi desgracia; y es que os entregaré un carnero bueno y gordo, el cual tendreis en vuestra casa, dándole de comer su racion entera, como siempre se le ha dado, y mas, si mas quisiere, y dentro de un mes me lo habeis de dar flaco. El pobre Moro, que otro no fué siempre su deseo que acertar á servir á su rey, aunque nunca creyó podria salir con un imposible semejante, no por eso desmayó, y recibiendo el carnero lo hizo llevar á su casa, segun se lo habia mandado, y puesto á imaginar cómo saldria con su deseo, tanto cavó con el pensamiento que vino á dar en una cosa muy natural, con que facilísimamente cumplió con el precepto. Hizo que le trajesen hechas dos jáulas, ambas de fuerte madera y de igual tamaño, las cuales puso cercanas la una de la otra, y en ellas metió en la una el carnero y en la otra un lobo. Al carnero le daban su racion cumplidamente, y al lobo tan limitada que siempre padecia hambre, y así con ella procuraba cuanto podia (sacando la mano por entre las verjas) llegar adonde el carnero estaba, procurando comérselo. El carnero, temeroso de verse tan cercano á su enemigo, aunque comia lo que le daban, hacíale tan mal provecho por el susto que siempre tenia, que no solamente no medraba, empero se vino á poner en los puros huesos. De este modo lo entregó á su rey, no faltándole á lo por él mandado, ni cayendo de su acostumbrada gracia. Mi cuento sirve al propósito acerca de haberse Fermin enflaquecido en la privanza, pues el temor que tiene de vuesa merced, á quien él tanto deseaba servir, le hace no medrar. Cayóle al cómitre tan en gracia lo bien que le traje acomodado el cuento, que me hizo mudar luego de banco, pasándome á su servicio con el cargo de su ropa y mesa, por haberme siempre hallado igual á todo su deseo. No por aquella merced que para mí fué muy grande, habiendo querido excusarme de las obligaciones de forzado, en usar los oficios de galera, dejé (por solo mi gusto) de acudir á ellos; quise saber de mi voluntad lo que alguna vez podrian obligarme de necesidad. Enseñéme á hacer medias de punto, dados finos y falsos, cargándolos de mayor ó menor, haciéndolos dos ases uno enfrente de otro, ó dos seises para fulleros, que los buscaban de esta manera. Tambien aprendí á ha-

cer botones de seda y cerdas de caballo, palillos de dientes muy graciosos y pulidos, con varias invenciones y colores, matizados de oro, cosa que solo yo dí en ello. Estando mi peso en este fiel, fué necesario salir á Cádiz mi galera por unos árboles y entenas, brea, sebo y otras cosas, que fué aqueste viaje la primera cosa en que trabajé, que como era tan privado del cómitre, no me obligaban á mas de lo que yo queria; y como aquesta faena no fuese á mi parecer trabajosa, por no ir en alcance, ó de huida, donde importan el trabajo y fuerzas, y por entre puertos de ordinario se boga descansadamente y sin azotes, como por entretenimiento, fuí aguantando el remo, solo por comenzar á saber lo que aquello era en alguna manera; mas no fué tan poco ni fácil, que á causa que traíamos remolcando los árboles y entenas, cuando llegamos á dar fondo no viniese muy bien cansado y sudado, por no querer apartarme de allí, ni dar ocasion á murmuracion, dejando de la mano lo que una vez quise de mi gusto poner en ella. Fué aquesto causa, que con facilidad aquella noche, despues de acostado mi amo, me durmiese, dejándome caer como una piedra. Y dílo bien á entender á mis camaradas, pues lo que antes no habian oido, me sintieron entonces que fué roncar como un cochino. El traidor de mi banco, el primero como estaba cerca, oyóme, y llamando pasico á otro del mio muy aliado suyo, le dijo su deseo y buena ocasion que habia para hurtarme aquel dinerillo; acomodáronse ambos así en la manera del partirlo como del quitármelo, que hubieran salido muy bien con todo si yo *no tuviera el padre alcalde.* Quitáronmelo con mucha facilidad, y luego pasó banco, pareciéndoles que haber sido de noche y no sentidos de alguno, teniendo ambos firme la negativa, se quedarian con ello. Despues de amanecido, recordados ya todos, yo me levanté algo pesado de sueño, pero ligero de ropa; porque aquel peso que solia tener encima de mi corazon, ya no lo sentia, y pesábame mucho que no me pesase; miré, y hallé mi dinero menos; quedé mortal como un difunto, no supe que hacer; si callaba, lo perdia; y si hablaba, me lo habian de quitar; ya me hallé desposeido de ello de cualquier manera, y entre mí dije: Si quien me lo quitó no me ha de quedar agradecido, ni por ello tengo de recibir de él algun beneficio, mejor será que lo goce quien, ya que se quede con ello, no dejará de hacerme algun reconocimiento, y juntamente con esto quedará castigado el que aqueste daño ha querido hacerme; á lo menos comerálo con dolor, cuando no saquen de ello algun otro provecho. Cuando el cómitre se levantó de dormir y le dí el vestido, díle larga relacion de mi desgracia, diciéndole como habia sacado aquellos dinerillos de Sevilla, y juntádolos con lo procedido del vestido que metí en galera, lo cual tenia guardado para socorro de algunas necesidades que suelen ofrecerse, ó para hacer empleo en algo que fuese apro-

vechado. Enseñéle con esto el falsopeto en que los tenia guardados, que dejaron la señal amoldada, como si fuera cama de liebre que se habia levantado de ella en aquel punto. Parecióle al cómitre ser evidente verdad la que le decia, y dándome crédito por solo aquel indicio y amor que me tenia, mandó poner en ejecucion dos bancos de adelante y seis de atrás, donde viniendo el mozo del alguacil con el escandallo, le dieron á cada uno cincuenta palos de hurtamano, que les hicieron levantar los verdugos en alto, dejando los cueros pegados en él. Haciánseles preguntas á cada uno de por sí, de lo que sabia de vista ó por oidas, y despues de bien azotados, los lavaban con sal y vinagre fuerte, fregándoles las heridas, dejándolos tan torcidos y quebrantados, como si no fueran hombres. Cuando sucedió este hurto, acaso no dormia un forzado gitano, y cuando llegó su vez, que lo querian arrizar, dijo que habia sentido á su compañero aquella noche antes levantarse y echarse sobre el otro banco mio, pero que no sabia para qué. Cuando el forzado sintió que hablaban de él y lo cargaban, se puso en pié diciendo que se le habia embarazado el ramal en los del otro banco, y que tenia el pié de la manilla torcido, y se habia levantado en pié para desenmarañarla; mas como la razon era flaca, y no tal que pudiera ser admitida por excusa, y mas de quien tan bien los conoce, al momento lo arrizaron, y diéronle muchos palos mas que á los otros. Y fué tanto el coraje que cobró el cómitre con el mozo del alguacil porque no se los daba con las ganas que él quisiera, que le mandó dar luego á él otros tantos, demás de otros muchos que le dió de su mano con un arco de pipa. Y con aquella ira volvió luego á mandar arrizar otra vez al delincuente, á quien bastaran los azotes ya pasados, mas cuando se vió arrizar otra vez, creyó del cómitre que lo habia de matar á palos hasta que confesase la verdad, y tuvo por bien decirla de plano, quién, y cómo tenia el dinero, y la traza que se habia tomado para quitármelo, excusándose lo mas que podia, diciendo que bien descuidado estaba él de ello si no le incitaran. Fué muy mejorado en azotes por su culpa, y volvieron el dinero, que fué de mí muy bien recibido de mano del cómitre, aconsejándome juntamente que lo emplease aprovechándome de él, que mi comodidad seria muy de su gusto. Iba creciendo como espuma mi buena suerte por tener á mi amo muy contento. Y queriendo salir las galeras, que se habian de juntar con las de Nápoles para cierta jornada, salí á tierra con un soldado de guarda, y empleé mi dinerillo todo en cosas de vivanderos, de que luego en saliendo de allí habia de doblarlo, y sucedióme bien. Hice, con licencia de mi amo, de aquella ganancia un vestidillo á uso de forzado viejo, calzon y almilla de lienzo negro ribeteado que por ser verano era mas fresco y á propósito. Ya con las desventuras iba comenzando á ver la luz de que gozan los que siguen á la virtud, y protestando con

mucha firmeza de morir antes que hacer cosa baja ni fea; solo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa, de donde vine á considerar, y díjeme una noche á mí mismo: Ves aquí, Guzman, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad; ya estás arriba, y para dar un salto en lo profundo de los infiernos, ó para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir á tu señor por temor de los azotes, que dados hoy no se sienten á dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso y solícito en buscar invenciones con que acariciarlo para ganarle la gracia, que cuando conseguida la tengas, es de un hombre, y cómitre. Pues bien sabes tú que no la ignoras, pues tambien lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios, y cuánto mas tiene que darte, y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aquese sueño; vuelve y mira, que aunque sea verdad haberte traido aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto; búscate caudal para hacer empleo, búscalo ahora, y hazlo de manera, que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces, y cuidado que tomas en servir á ese tu amo, ponlo á cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibirálo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia que si antes no tenia precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro. ¿Cuál hermano desamparó á su buen hermano? sírvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazon, pesándote de haberle ofendido, que dándoselo á él juntará tu caudal con el suyo, y haciéndolo de infinito precio, gozarás de vida eterna. En este discurso, y otros que nacieron de él, pasé gran rato de la noche no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido, y cuando recordé, halléme otro no yo ni con aquel corazon viejo que antes; dí gracias al Señor, y supliquéle que me tuviese de su mano; luego traté de confesarme á menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos dias; mas era de carne, á cada paso trompicaba, y muchas veces caia; mas en cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé de allí en adelante renovado, aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás; que aquesto mas malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan porque las juzgan por hipocresía. Dicen vulgarmente un refran, que *se sacan por las vísperas los dias santos*. El que quisiere saber como le va con Dios, mire como lo hace Dios con él, y sabrálo fácilmente. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligacion como cristiano, son tus obras de algun mérito, conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en tí, mira si te trata como se trató á sí, que señal segura es

que tu señor te ama, cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? trabajos. Pues cuando partiere de ellos contigo mucho te quiere, su regalado eres, fiesta te hace, sábela recibir aprovechándote de ella, no creas que deja de darte gustos y haciendas, por ser escaso, corto ni avariento, porque si quieres ver lo que aqueso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los Moros, los infieles, los herejes. Mas á sus amigos y á sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer, y su divina Majestad se sirviera de ello, de otra manera saliera yo aprovechado. Helo venido á decir, porque verdaderamente cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazon, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio como tan gran pecador, aun por aquella migaja de aquel cornadillo, al mismo punto tuve la paga; luego comenzaron á nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debia lo considerara; sacóme de aquel regalo, comenzóme á dar toques y aldabadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, secóseme, nacióle un gusano en la raiz, con que hube de quedar á la fuerza del sol, padeciendo nuevas calamidades y trabajos, por donde no pensé sin culpa ni rastro de ello, y son estos para quien sabe conocerlos el tesoro escondido en el campo. Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye ahora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, á que daré fin en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO IX.

Prosigue Guzman lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre de ellas.

Hubo un famoso pintor, tan extremado en su arte, que no se le conocia segundo; y á fama de sus obras, entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hízolo el pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniéndolo acabado, púsolo donde se pudiera enjugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra, y saber el estado en que la tenian, enseñósela el pintor, diciendo tenerla ya hecha; y como, cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los piés arriba y la silla debajo. El caballero

cuando lo vió, pareciéndole no ser aquello lo que le habia pedido, dijo: Señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo, y aqueste antes parece que se está revolcando. El discreto pintor le respondió: Señor, vuesa merced sabe poco de pintura; ella está como se pretende, vuélvase la tabla. Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño de ella quedó contentísimo, tanto de la buena obra, como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán el caballo que se revuelca; empero si volviésemos la tabla hecha por el soberano artífice, hallaríamos que aquello es lo que se pide, y que la obra está con toda su perfeccion. Hácensenos (como poco ha decíamos) los trabajos ásperos, desconocémoslos, porque se nos entiende poco de ellos; mas cuando el que nos los envia enseña la misericordia que tiene guardada en ellos, y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos. De cuantos forzados habia en la galera, ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, de como contento en saber que daba gusto, desclavóse la rueda, dió vuelta conmigo por desusado modo nunca visto. Acertó en este tiempo á venir á profesar en galera un caballero del apellido del capitan de ella, y aun se trataban por parientes; era rico, tratábase bien, y traia una gruesa cadena de oro al cuello á uso de soldados, casi como la que algun tiempo tuve. Hacia plato en la popa, tenia un muy lucido aparador de plata, y criados de su servicio bien aderezados, y al segundo dia de su embarcacion, le faltaron de la cadena diez y ocho eslabones, que sin duda valian cincuenta escudos. Túvose por cierto lo habria hecho alguno de sus criados; porque cuantos entraban en la cámara de popa eran personas conocidas, carecientes de toda sospecha. Mas con todo esto, azotaron á todos los criados del capitan en caso de duda, y no parecieron para siempre, ni se tuvo rastro de quién ó cómo los hubiese llevado. Y para excusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitan á su pariente, que lo mas acertado seria, para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas á un forzado de satisfaccion, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque á ninguno se le daria por cuenta, que se atreviese á hacer falta en un cabello. Al caballero le pareció muy bien, y andando buscando quien de todos los de la galera seria suficiente para ello, no hallaron otro que á mí, por la satisfaccion de mi entendimiento, buen servicio, y estar bien tratado y limpio. Cuando le dijeron mis partes, y supo ser entretenedor y gracioso, no veia ya la hora de que me pasasen á popa. Llamaron al cómitre, y habiéndome pedido, no pudo menos de darme, aunque lo sintió mucho, por lo bien que conmigo se hallaba; echáronme un ramal bien largo, y cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme y de tratarme, porque correspondian mucho mi talle, rostro y obras: enfadóse de verme asido como si fuera

mona, pidióle al capitan me pusiese una sola manilla, y así se hizo. De esta manera quedé mas ágil para poderle mejor servir, así comiendo á la mesa, como dentro del aposento y mas partes que se ofrecia de la galera. Entregáronme por inventario su ropa y joyas, de que siempre dí muy buena cuenta, y de quien él y yo teníamos menos confianza y mas recelaba, era de sus criados, porque como ya me hubiese hecho cargo de la recámara, con facilidad tendrian excusa en lo que pudiesen hurtarme á su salvo. Ellos dormian con el capellan en el escandalar, y el caballero en una banca del escandalarete de popa, y yo en la despensilla de ella, donde tenia guardadas algunas cosas de regalo y bastimento. Yo me hallaba muy bien, bien que trabajaba mucho, mas érame de mucho gusto tener á la mano algunas cosas con que poder hacer amistades á forzados amigos, y aunque quisiera hacérselas tambien á Soto mi camarada nunca dió lugar por donde yo pudiera entrarle; deseábale todo bien, y hacíame cuanto mal podia, desacreditándome, diciendo cosas y embelecos del tiempo que fuimos presos, y él supo mios en la prision. De manera, que aunque ya yo, cuanto para conmigo, sabia que estaba muy reformado, para los que le oian, cada uno tomaba las cosas como queria, y cuando hiciera milagros, habian de ser en virtud de Bercebut. Él era mi cuchillo, sin dejar pasar ocasion en que no lo mostrase, mas no por eso me oyeron decir de él palabra fea, ni darme por sentido de cuanto de mí dijese. De todo se me daba un clavo, solo mi cuidado era entender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podria ser (por él ó por otro, con mi buen servicio) alcanzar algun tiempo libertad. Cuando venia de fuera, salíalo á recibir á la escala, dábale la mano á la salida del esguife, hacíale palillos para sobremesa de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos de ellos; traíale la plata y mas vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos; el vino y agua fresca, mullida la lana de los traspontines, el rancho tan aseado, de manera, que no habia en todo él, ni se hallara una pulga, ni otro algun animalejo su semejante; porque lo que me sobraba del dia, me ocupaba en solo andar á casa de ellos, tapando los agujeros de donde aun tenia sospecha que se pudieran criar, no solo porque careciese de ellos, mas aun de todo su mal olor. Tanta fué mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dejaba mi amo de conversar con sus criados, y muy de su espacio parlaba conmigo cosas graves de importancia. Pero hacia en esto lo que los destiladores, alambicábame, y cuando habia sacado la sustancia que deseaba, retirábase, ó por mejor decir, se recelaba de mí, que no las tenia todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque ya no

habia de tratar de otra cosa, por la resolucion tomada de mí en este caso. Contábale cuentos donosos á la mesa, las noches y siestas, procurando tenerlo siempre alegre; y en especial habia dado en melancolizarse unos pocos de dias antes, por haber tenido una carta de un personaje grave á quien él tenia mucha obligacion, el cual en su vida se habia querido casar y apretaba mucho por casarlo; y como así lo viese fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me la dijo, y aun me pidió consejo de lo que haria en el caso. Yo le respondí: Señor, lo que me parece que se le podria responder á quien tanto huyó de casarse, y quiere obligar á otro que lo haga, es que vuestra merced lo hará si le diere por mujer á una de sus hijas. A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba, y pasando adelante la plática, en cuanto se hacia horas de comer, me preguntó le dijese, como quien dos veces habia sido casado, ¿qué vida era, y cómo se pasaba? Respondíle: Señor, el buen matrimonio de paz, donde hay amor igual y conforme condicion, es una gloria, es gozar en la tierra del cielo, es un estado para los que lo elijen, deseando salvarse con él, de tanta perfeccion, de tanto gusto y consuelo, que para tratar de él seria necesario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio granjería, no sabré que responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mujeres hay, que verdaderamente reducirán á buen término y costumbres, con su sagacidad y blandura, los hombres mas perversos y desalmados que tiene la tierra; y otras por el contrario, que harán perder la paciencia y sufrimiento al mas concertado y santo. Véase por Jacob el estado en que la suya lo puso, cómo lo persiguió, y cuánto le importó asirse de Dios, para solo defenderse de ella mas que de todas las mas persecuciones, y así estando en cierta conversacion tres amigos, dijo el uno: Dichoso aquel que pudo acertar á casar con buena mujer. El otro respondió: Harto mas dichoso es el que la perdió presto, si la tuvo mala. Y el tercero dijo: Por mucho mas dichoso tengo al que ni la tuvo buena ni mala. Lo que aprieta una mujer importuna y de mala digestion, dígalo el Provenzal, que cansado ya de sufrir la suya, y no teniendo modo ni ciencia para corregirla, por escabullirse de ella sin escándalo, acordó de irse á holgar con toda su casa y gente á una hacienda que tenia en el campo, para la cual se habia de pasar por una ladera de un monte que pasa por junto del Ródano, rio caudaloso, que por aquella parte, por ser estrecha y pasar por entre dos montes, va muy hondo y con furiosa corriente. Acordó de tener tres dias sin que bebiese gota de agua una mula en que su mujer habia de ir, y cuando llegaron á parte que la mula divisó el agua, no fueron poderosos á detenerla, que bajándose por la ladera abajo, de una en otra peña, procurando con grandísima instancia el agua, llegó al rio, de

donde no siendo posible volver á subir ni tenerse, fué forzoso dar ambos dentro de él, quedando la mujer ahogada, y la mula salió á nado con mucha dificultad lejos de allí, tan cansada y sin tiento, que no podia tenerse sobre sus piés. Para los que nunca supieron del matrimonio, y lo desean, pudiérales traer á propósito lo que les pasó á los tordos un verano despues de la cria. Juntóse de ellos una bandada espesa, que cubrian los aires, y hecha compañía, se partieron juntos á buscar la vida; llegaron á un país de muchas huertas, con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreacion y mantenimientos; mas cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusiéronles lazos, y poco á poco los iban destruyendo. Viéndose, pues, los tordos perseguidos, buscaron otro lugar á su propósito, y halláronlo tal como el pasado, mas acontecióles tambien lo mismo, y tambien huyeron con miedo del peligro. De esta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que de ellos quedaron, acordaron de volverse á su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: Ah! dichosos vosotros, y míseros de nos, que aquí nos estuvimos, y cuales veis estamos flacos, vosotros venís que da contento veros la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podeis de gordos volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre. A esto les respondieron los bien venidos: Vosotros no considerais mas de la gordura que no veis, que si pasásedes por la imaginacion los muchos que de aquí salimos, y los pocos que volvemos, tuviérades por mejor vuestro poco sustento seguros, que nuestra hartura con tantos peligros y sobresaltos. Los que ven los gustos del matrimonio, y no pasan de allí á ver que de diez mil no escapan diez, tuvieran por mejor su seguro estado de solos, que los trabajos y calamidades de los mal acompañados. En esto se llegó la hora del comer, y puesta la mesa, servimos la vianda segun era costumbre, teniendo yo siempre los ojos puestos en las manos de mi amo, para ejecutarle los pensamientos; mas cuanto mas en esto velaba, se desvelaba mi enemigo Soto en destruirme, pues cuando mas no pudo, compró á puro dinero su venganza, solo para hacerme mal. Hízose amigo con un criado, paje que era del capitan, y tal como él, pues el interés lo corrompió contra mí. Prometióle unas gentiles medias de punto, que tenia hechas, y dijo que se las daria, si cuando alguna vez pudiese (sirviendo á la mesa) hurtar alguna pieza de plata de ella, la llevase á esconder abajo en mi despensilla, sin que yo lo sintiese, que haria en esto dos cosas; la primera, que ganaria las medias que por ello le ofrecian; y lo segundo, él y sus compañeros volverian en su antigua privanza, derribándome á mí de ella. No le pareció mal al mozo, y hallándose aquel dia con la

ocasion de bajar abajo, se llevó en las manos un trinchero, el cual escondió, alzando el tabladillo, en las cuadernas. Despues de levantada la mesa, queriendo recoger la plata para limpiarla, hallándolo menos, hice diligencia buscándolo, y como no lo hallase, dí noticia de como me faltaba, para que se hiciese diligencia en buscarlo por los criados de la popa. El capitan y mi amo creyeron á los principios la verdad, mas como era testimonio levantado por mi enemigo Soto, luego pasó la palabra que le oyeron decir, que yo con la privanza lo habria hurtado, y queria dar á los otros la culpa por quedarme con él. Ayudóle á ello el mozo agresor, y dando de aquí principio á sospecha, me apercibió mi amo muchas veces que dijese la verdad antes que llegase á malas el negocio; mas como estaba libre, no pude satisfacer con otra cosa que palabras buenas. El traidor del paje dijo que me visitasen la despensilla, que no era posible, sino que allí lo tendria escondido, porque no habiendo salido fuera de la popa, se habria de hallar en mi aposento. Parecióles á todos bien, y bajando abajo, habiéndolo todo trasegado, buscaron á donde lo habia metido, y sacándolo, dijeron que ya lo hallaron, y que lo habia yo allí escondido, porque otra persona no era posible haberlo hecho. Pues como esto trajese consigo apariencia de verdad, y á mí me cogieron en la negativa, confirmaron por cierta la sospecha, cargándome de culpa. El capitan mandó al mozo del alguacil que me diese cincuenta palos, de los cuales me libró mi amo, rogando por mí, que se me perdonase por ser la primera, y me advirtió que si en otra me cogian lo pagaria todo junto. Nunca mas alcé cabeza, ni en mí entró alegría, no por lo pasado, sino temiendo lo por venir, que quien aquella me hizo, para mayor mal me aguardaba cuando de aquel escapase. Y recelándome de ello, supliqué con mucha instancia que me relevasen de aquel cargo, que yo queria luego entregar á otro las cosas de él, y tendria por mejor que me volviesen á herrar en mi banco. Creyeron que todo habia sido y nacido de deseo que tenia de volver á servir á mi amo el cómitre, y cuanto mas lo suplicaba, mas instaban en que por el mismo caso, aunque me pesase, habia de asistir allí toda mi vida. ¡Pobre de mí! dije, ya no sé que hacer, ni cómo poderme guardar de traidores. Hacia cuanto podia y era en mi mano, velando con cien ojos encima de cada niñería, y nada bastó, que ya se iba haciendo tiempo de levantarme, y era necesario caer primero. Una tarde que mi amo vino de fuera, lo salí á recibir, como siempre, á la escalerilla, díle la mano, subió arriba, quitéle la capa, la espada y el sombrero, díle su ropa y montera de damasco verde, que la tenia siempre á punto, bajé lo demás abajo, poniendo en su lugar cada cosa. Esa misma noche sin saber cómo, quién, ó por qué modo, porque si no fué obra del demonio, nunca pude colegir lo que fuese, que derribando el sombrero de donde lo habia colgado, lo hallé sin trencelin, el cual te-

nia unas piezas de oro. Él se desapareció en los aires, que cuando á la mañana lo vi sin él, y de aquella manera, quedé asombrado. Hice cuantas diligencias pude buscándolo, y ninguna fué de provecho. No pareció, ni de él hubo rastro ni memoria. Cuando á mi amo se lo dije, dijo: Ya os conozco, ladron, y sé quien sois, y porqué lo haceis; pues desengañaos, que ha de parecer el trencelin, y no habeis de salir con vuestras pretensiones. Bien pensais que desde que faltó el trinchero, no he visto vuestros malos hígados, y que andais rodeando como no servirme; pues habéislo de hacer aunque os pese por los ojos, y habeis de llevar cada dia mil palos, y mas que para siempre no habeis de tener en galera otro amo, que cuando yo no lo fuere, os han de poner adonde merecen vuestras bellaquerías y mal trato, pues el bueno que con vos he usado, no ha sido parte para que dejeis de ser el que siempre, y sois Guzman de Alfarache, que basta. No sé qué decirte, ó cómo encarecerte lo que con aquello sentí, hallándome inocente, y con causa legítima cargado. Palabra no repliqué, ni la tuve, porque aunque la dijera del Evangelio, pronunciada por mi boca no le habian de dar mas crédito que á Mahoma. Callé, que palabras que no han de ser de provecho á los hombres, mejor es enmudecer la lengua, y que se las diga el corazon á Dios. Díle gracias entre mí á solas, pedíle que me tuviese de su mano como mas no le ofendiese; porque verdaderamente, ya estaba tan diferente del que fuí, que antes creyera dejarme hacer cien mil pedazos que cometer el mas ligero crímen del mundo. Cuando se hubieron hecho muchas diligencias, y vieron que con ninguna de ellas parecia el trencelin, mandó el capitan al mozo del alguacil, me diese tantos palos, que me hiciese confesar el hurto con ellos. Arrizáronme luego, ellos hicieron como quien pudo, y yo padeci como el que mas no pudo. Mandábanme que dijese de lo que no sabia, rezaba con el alma lo que sabia pidiendo al cielo, que aquel tormento y sangre que con los crueles azotes vertia, se juntasen con los inocentes que mi Dios por mí habia derramado, y me valiesen para salvarme, ya pues habia de quedar allí muerto. Viéronme tal, y tan para espirar, que aunque pareciéndole á mi amo mayor mi crueldad, en dejarme así azotar, que la suya en mandarlo, mas compadecido de tanta miseria, me mandó quitar. Fregáronme todo el cuerpo con sal y vinagre fuerte, que otro fué segundo mayor dolor. El capitan quisiera que me dieran otro tanto en la barriga, diciendo: Mal conoce vuestra merced á estos ladrones, que son como raposas; hácense mortecinos, y en quitándolos de aquí corren como unos potros, y otros por un real se dejarán quitar el pellejo. Pues crea el perro que ha de dar el trencelin ó la vida. Mandóme llevar de allí á mi despensilla, donde me hacian por horas mil notificaciones, que lo entregase ó tuviese paciencia, porque habia de morir á palos, y no lo habia de gozar; mas como nadie da lo que no tiene, no pude

cumplir lo que se me mandaba. Entonces conocí qué cosa era ser forzado, y como el amor y rostro alegre que unos y otros me hacian era por mis gracias y chistes; empero que no me lo tenian, y el mayor dolor que sentí en aquel desastre no tanto era el dolor de lo que padecia, ni ver el falso testimonio que se me levantaba, sino que juzgasen todos que de aquel castigo era merecedor, y no se dolian de mí. Pasados algunos dias despues de esta refriega, volvieron otra vez á mandarme dar el trencelin, y como no lo diese me sacaron de la despensilla bien desflaquecido y malo, subiéronme arriba donde me tuvieron grande rato atado por las muñecas de los brazos, y colgado en el aire; fué un terrible tormento, donde creí espirar, porque se me afligió el corazon de manera, que apenas lo sentia en el cuerpo, y me faltaba el aliento. Bajáronme de allí, no para que descansase, sino para volverme á crujía, arrizáronme á su propósito de barriga, y así me azotaron con tal crueldad como si fuera por algun gravísimo delito, mandáronme dar azotes de muerte, mas temiéndose ya el capitan que me quedaba poco para perder la vida, y que me habia de pagar al rey si allí peligrase, tuvo á partido que se perdiese antes el trencelin que perderlo y pagarme. Mandóme quitar, y que me llevasen de allí á la corulla y en ella me curasen. Cuando estuve algo convalecido aun les pareció que no estaban vengados, porque siempre creyeron de mí ser tanta mi maldad que antes queria sufrir todo aquel rigor de azotes que perder el interés del hurto, y mandaron al cómitre que ninguna me perdonase, antes que tuviese mucho cuidado en castigarme siempre los pecados veniales como si fuesen mortales; y él, que forzoso habia de complacer á su capitan, castigábame con rigor desusado, porque á mis horas no dormia, y otras veces porque no recordaba : si para socorrer alguna necesidad vendia la racion, me azotaban, tratándome siempre tan mal, que verdaderamente deseaban acabar conmigo, pues para tener mejor ocasion de hacerlo á su salvo, me dieron á cargo todo el trabajo de la corulla, con pretexto que por cualquiera cosa que le faltase á ello seria muy bien castigado. Habia de bogar en las ocasiones como todos los mas forzados; mi banco era el postrero y el de mas trabajo, á las inclemencias del tiempo, el verano por el calor y el invierno por el frio, por tener siempre la galera el pico al viento. Estaban á mi cargo los ferros, las gumenas, el dar fondo y zarpar en siendo necesario. Cuando íbamos á la vela tenia cuidado con la orza de avante y con la orza de novela. Hilaba los guardines todos, las sagulas que se gastaban en galera; tenia cuenta con las bozas, torcer juncos, mandarlos traer á los proeles, y enjugarlos para enjucar la vela del trinquete; entullaba los cabos quebrados, hacia cabos de derrata y nuevos á las gumenas; habia de ayudar á los artilleros á bornear las piezas; tenia cuenta de taparles los fogones, que no se llegase á ellos, y de guardar las cuñas y cucharas,

lanadas y atacadores de la artillería, y cuando faltaba oficial de cómitre ó sotacómitre, me quedaba el cargo de mandar acorullar la galera y adrizarla, haciendo á los proeles que trajesen esteras y juncos para hacer fregajos, y fretarla, teniéndola siempre limpia de toda inmundicia; hacer estoperoles las filastras viejas, para los que van á dar á la banda, que aquesta es la ínfima miseria y mayor bajeza de todas, pues habiendo de servir con ellos para tan sucio ministerio, los habia de besar antes que dárselos en las manos. Quien todo lo dicho tenia de cargo, y no habia sido en ello acostumbrado, imposible parecia no errar, mas con el grande cuidado que siempre tuve procuré acertar, y con el uso ya no se me hacia tan dificultoso. Aun quisiera la fortuna derribarme de aquí si pudiera, mas como no puede su fuerza extenderse contra los bienes del ánimo, y la contraria hace prudentes á los hombres, túveme fuerte con ella. Y como el rico y el contento siempre recelan caer, yo siempre confié levantarme, porque bajar á mas no era posible; sucedióme al punto de la imaginacion. Soto mi camarada no vino á las galeras porque daba limosnas, ni porque predicaba la fe de Cristo á los infieles; trajéronlo á ella sus culpas, y haber sido el mayor ladron que se habia hallado en su tiempo en toda Italia, ni España : una temporada fué soldado, sabia toda la tierra, como quien habia paseádola muchas veces. Viendo que las galeras navegaban por el mar Mediterráneo, y se encostaban otras veces á la costa de Berbería y Turquía, buscando presas, imaginó de tratar con algunos Moros y forzados de su bando, de alzarse con la galera; para lo cual ya estaban prevenidos de algunas armas él y ellos, y las tenian escondidas en sus remiches, debajo de los bancos, para valerse de ellas á su tiempo. Mas como no podia tener su designio efecto, sin tenerme de su bando por el puesto que yo tenia en mi banco, y estar á mi cargo el picar de las gumenas, parecióles darme cuenta de su intencion, haciendo para ello su cuenta, y considerando que á ninguno de todos les venia el negocio mas á cuento que á mí, tanto por estar ya rematado por toda la vida, cuanto por salir de aquel infierno donde me tenian puesto, y tan ásperamente me trataban. Quisiérame hablar para ello Soto, mas no podia; envióme su mensajero, pidiéndome reconciliacion y favor en su levantamiento. Respondíle, que no era negocio aquel para determinarnos con tanta facilidad, que se mirase bien, considerándolo á espacio, porque nos poníamos á caso muy grave, de que convenia salir bien de él ó perderíamos las vidas. Al Moro que me trajo la embajada no le pareció mal mi consejo, y dijo que llevaria mi respuesta á Soto, y me volveria otra vez á hablar. En el ínterin que andaban las embajadas, hice mi consideracion, y como siempre tuve propósito firme de no hacer cosa infame ni mala por ningun útil que de ella me pudiese resultar, conocí que ya no era tiempo de darles consejo, así por su resolucion, como porque si les

faltara en aquello, temiéndose de mí no los descubriese, me levantarian algun falso testimonio para salvarse á sí, diciendo que yo por salir de tanta miseria los tenia incitados á ellos. Díles buenas palabras, é híceme de su parte, quedando resueltos de ponerlo en ejecucion el dia de San Juan Bautista por la madrugada. Pues como ya estábamos en la víspera, y un soldado viniese á dar á la banda, cuando me levanté á quererle dar el estoperol, díjele secretamente: Señor soldado, dígale vuestra merced al capitan que le va la vida y la honra en oirme dos palabras del servicio de su Majestad, que me mande llevar á la popa. Hízolo luego, y cuando allá me tuvieron, descubríle toda la conjuracion, de que se santiguaba, y casi no me daba crédito, pareciéndole que lo hacia porque me relevase de trabajo, y me hiciese merced. Mas cuando le dije dónde hallaria las armas, quién, y cómo las habian traido, dió muchas gracias á Dios que le habia librado de tal peligro, prometiéndome todo buen galardon. Mandó á un cabo de escuadra que mirase los bancos que yo señalé, y buscando las armas en ellos las hallaron. Luego se fulminó proceso contra los culpados todos, y por ser el siguiente dia de tanta solemnidad, entretuvieron el castigo para el siguiente. Quiso mi buena suerte y Dios que fué de ello servido, y guiaba mis negocios de su divina mano, que abriendo una caja para colgar las flámulas de las entenas del árbol mayor y trinquete, tanto en hacimiento de gracias, como á honor y regocijo del dia, hallaron dentro de ella una cama de ratas, y el trencelin de mi amo. Soto, queriéndolo confesar, y pidiéndome perdon del testimonio que me fué levantado del trinchero, declaró juntamente cómo y porqué lo habia hecho, y que aunque me habia prometido amistad, era con ánimo de matarme á puñaladas en saliendo con su levantamiento, de todo lo cual fué nuestro Señor servido de librarme aquel dia. Condenaron á Soto y á un compañero que fueron las cabezas del alzamiento, á que fuesen despedazados de cuatro galeras, ahorcaron cinco, y á muchos otros que hallaron con culpa dejaron rematados al remo por toda la vida, siendo primero azotados públicamente á la redonda de la armada. Cortaron las narices y orejas á muchos Moros, porque fuesen conocidos, y exagerando el capitan mi bondad, inocencia y fidelidad, pidiéndome perdon del mal tratamiento pasado, me mandó desherrar, y que como libre anduviese por la galera, en cuanto venia cédula de su Majestad, en que absolutamente lo mandase; porque así se lo suplicaban, y lo enviaron consultado. Aquí dí punto y fin á estas desgracias: rematé la cuenta con mi mala vida; la que despues gasté todo el restante de ella, verás en la tercera y última parte, si el cielo me la diere antes de la eterna que todos esperamos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TABLA.

ADVERTENCIA DEL EDITOR ESPAÑOL..... v
EL ALFÉREZ LUIS DE VALDÉS A MATEO ALEMAN, ELOGIO..... íb.

PARTE PRIMERA.

AL VULGO..... viij
AL DISCRETO LECTOR..... x
GUZMAN DE ALFARACHE A SU VIDA..... xj
DECLARACION PARA EL ENTENDIMIENTO DE ESTE LIBRO..... xij

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I. — En que cuenta quién fué su padre..... 1
CAPITULO II. — En que Guzman de Alfarache prosigue contando quiénes fueron sus padres, y principio de conocimiento y amores de su madre..... 11
CAPITULO III. — Como Guzman salió de su casa un viernes por la tarde, y lo que le sucedió en una venta..... 22
CAPITULO IV. — En que Guzman de Alfarache refiere lo que un arriero le contó que le habia pasado á la ventera de donde habia salido aquel dia, y una plática que le hicieron..... 27
CAPITULO V. — De lo que á Guzman de Alfarache le aconteció en Cantillana con un mesonero..... 35
CAPITULO VI. — En que Guzman de Alfarache acaba de contar lo que le sucedió con el mesonero..... 39
CAPITULO VII. — Como creyendo ser ladron Guzman de Alfarache fué preso, y habiéndole conocido le soltaron. Promete uno de los clérigos contar una historia para entretenimiento del camino..... 43
CAPITULO VIII. — En que Guzman de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraxa segun se la contaron..... 60

LIBRO SEGUNDO.

TRATASE COMO VINO A SER PÍCARO, Y LO QUE SIÉNDOLO LE SUCEDIÓ.

CAPITULO I. — Como Guzman de Alfarache saliendo de Cazalla, á la vuelta de Madrid, en el camino sirvió á un ventero..... 82
CAPITULO II. — Como Guzman de Alfarache, dejando al ventero, se fué á Madrid, y llegó hecho pícaro..... 87
CAPITULO III. — En que Guzman de Alfarache prosigue contra las vanas honras. De-

clara una consideracion que hizo, de cual debe ser el hombre con la dignidad que tiene..... 90
CAPITULO IV. — En que Guzman de Alfarache refiere un soliloquio que hizo, y prosigue contra las vanidades de la honra..... 95
CAPITULO V. — Como Guzman de Alfarache sirvió á un cocinero..... 100
CAPITULO VI. — En que Guzman de Alfarache prosigue lo que le pasó con su amo el cocinero hasta salir despedido de él..... 110
CAPITULO VII. — Como despedido Guzman de Alfarache de su amo, volvió á ser picaro, y de un hurto que hizo á un especiero..... 116
CAPITULO VIII. — Como Guzman de Alfarache, vistiéndose muy galan en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hicieron, y despues en Malagon..... 123
CAPITULO IX. — Como Guzman de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de donde tuvo origen la mala voz: *en Malagon en cada casa un ladron, y en la del alcalde, hijo y padre*..... 130
CAPITULO X. — De lo que á Guzman de Alfarache sucedió sirviendo al capitan, hasta llegar á Italia..... 136

LIBRO TERCERO.

TRATA EN ÉL DE SU MENDIGUEZ, Y LO QUE CON ELLA LE SUCEDIÓ EN ITALIA.

CAPITULO I. — Como hallando Guzman de Alfarache los parientes que buscaba en Génova, se fué á Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron..... 142
CAPITULO II. — Como, saliendo de Génova Guzman de Alfarache, comenzó á mendigar, y juntándose con otros pobres aprendió sus estatutos y leyes..... 147
CAPITULO III. — Como Guzman de Alfarache fué reprendido de un pobre jurisperito, y lo demás que le pasó mendigando..... 152
CAPITULO IV. — En que Guzman de Alfarache cuenta lo que le sucedió con un caballero, y las libertades de los pobres..... 157
CAPITULO V. — En que Guzman de Alfarache cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia..... 162
CAPITULO VI. — Como, vuelto á Roma Guzman de Alfarache, un cardenal, compadecido de él, mandó que fuese curado en su casa y cama..... 167
CAPITULO VII. — Como Guzman de Alfarache sirvió de paje á monseñor ilustrísimo cardenal, y lo que le sucedió..... 173
CAPITULO VIII. — Como Guzman de Alfarache vengó una burla que el secretario hizo al camarero á quien servia, y el ardid que tuvo para hurtar un barril de conserva.. 181
CAPITULO IX. — De otro hurto de conservas que hizo Guzman de Alfarache á monseñor, y como por el juego él mismo se fué de su casa..... 187
CAPITULO X. — Como despedido Guzman de Alfarache de la casa del cardenal, asentó con el embajador de Francia, donde hizo algunas burlas. Refiere una historia que oyó á un gentilhombre napolitano, con que dá fin á la primera parte de su vida..... 193

PARTE SEGUNDA.

AL CURIOSO LECTOR..... 207

LIBRO PRIMERO.

DONDE CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ DESDE QUE SIRVIÓ AL EMBAJADOR SU SEÑOR HASTA QUE SALIÓ DE ROMA.

CAPITULO I. — Guzman de Alfarache disculpa la continuación de su discurso, pide atencion, y da noticia de su intento..... 209
CAPITULO II. — Guzman de Alfarache cuenta el oficio de que servia en casa del embajador su señor..... 215

CAPITULO III. — Guzman de Alfarache cuenta lo que le aconteció con un capitan y un letrado en un banquete que hizo el embajador..... 225
CAPITULO IV. — Agraviado solo el doctor que Guzmanillo le hubiese injuriado en presencia de tantos caballeros, quisiera vengarse de él. Sosiégalo el embajador de España, haciendo que otro de los convidados refiera un caso que sucedió al condestable de Castilla don Alvaro de Luna..... 233
CAPITULO V. — No sabiendo una matrona romana cómo librarse (sin detrimento de su honra) de las persuasiones de Guzman de Alfarache, que la solicitaba para el embajador su señor, le hizo cierta burla que fué principio de otra desgracia que despues le sucedió..... 241
CAPITULO VI. — En la casa que se retiró Guzman de Alfarache, se quiso limpiar. Cuenta lo que le pasó en ella, y despues con el embajador su señor..... 248
CAPITULO VII. — Siendo pública en Roma la burla que se hizo á Guzman de Alfarache, y el suceso del puerco, de corrido se quiere ir á Florencia: hácesele amigo un ladron para robarle..... 254
CAPITULO VIII. — Guzman de Alfarache se quiere ir á Siena, donde unos ladrones le roban lo que ha enviado por delante..... 261

LIBRO SEGUNDO.

TRATA GUZMAN DE ALFARACHE DE LO QUE LE PASÓ EN ITALIA HASTA VOLVER A ESPAÑA.

CAPITULO I. — Sale Guzman de Alfarache de Siena para Florencia, encuéntrase con Sayavedra, llévale en su servicio, y antes de llegar á la ciudad le cuenta por el camino muchas cosas admirables, y en llegando allá se la enseña..... 272
CAPITULO II. — Guzman de Alfarache va en seguimiento de Alejandro, que le hurtó los baules; llega á Bolonia, donde le hizo prender el mismo que le habia robado... 282
CAPITULO III. — Despues de haber salido Guzman de la cárcel juega y gana, con que trata de irse á Milan secretamente..... 291
CAPITULO IV. — Caminando á Milan Guzman de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida..... 301
CAPITULO V. — Sayavedra halla en Milan á un amigo suyo en servicio de un mercader; Guzman de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto..... 313
CAPITULO VI. — Sale bien con el hurto Guzman de Alfarache, dale á Aguilera lo que le toca, y váse á Génova con su criado Sayavedra..... 321
CAPITULO VII. — Llegá Guzman de Alfarache á Génova, donde conocido de sus deudos le regalaron mucho..... 329
CAPITULO VIII. — Deja robados Guzman de Alfarache á su tio y deudos en Génova, y embárcase para España en las galeras..... 340
CAPITULO IX. — Navegando Guzman de Alfarache para España, se mareó Sayavedra, dióle una calentura, saltóle á modorra, y perdió el juicio. Dice que él es Guzman de Alfarache, y con la locura se arrojó á la mar quedando ahogado en ella..... 353

LIBRO TERCERO.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA VIDA, DESDE QUE A ESPAÑA VOLVIÓ, HASTA QUE FUÉ CONDENADO A LAS GALERAS Y ESTUVO EN ELLAS.

CAPITULO I. — Despedido Guzman de Alfarache del capitan Favelo, diciéndole ir á Sevilla, se fué á Zaragoza, donde vió el arancel de los necios..... 369
CAPITULO II. — Sale Guzman de Alfarache de Zaragoza, vase á Madrid, á donde hecho mercader lo casan, quiebra con el crédito, y trata de algunos engaños de mujeres, y de los daños que las contraescrituras causan, y del remedio que podria tener en todo..... 380
CAPITULO III. — Prosigue Guzman de Alfarache con el suceso de su casamiento, hasta que su mujer falleció, que volvió á su suegro la dote..... 394
CAPITULO IV. — Viudo ya Guzman de Alfarache, trata de oir artes y teología en Alcalá de Henares para ordenarse de misa. Y habiendo ya cursado vuélvese á casar..... 407

CAPITULO V. — Deja Guzman de Alfarache los estudios, vase á vivir á Madrid, lleva su mujer, y salen de allí desterrados..... 425
CAPITULO VI. — Llegan á Sevilla Guzman de Alfarache y su mujer; halla Guzman á su madre ya muy vieja; vase su mujer á Italia con un capitan de galera, dejándole solo y pobre; vuelve á hurtar como solia..... 439
CAPITULO VII. — Despues de haber entrado Guzman de Alfarache á servir á una señora, la roba; prendenlo, y condénanlo á las galeras para toda su vida..... 449
CAPITULO VIII. — Sacan á Guzman de Alfarache de la cárcel de Sevilla para llevarlo al puerto á las galeras; cuenta lo que pasó en el camino, y en ellas..... 458
CAPITULO IX. — Prosigue Guzman lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre de ellas..... 469

FIN DE LA TABLA.